

Alcances y significaciones de la incidencia soviética en las prácticas políticas del Partido Comunista de la Argentina (1919-1943)

Autor:

Piemonte, Víctor Augusto

Tutor:

Adamovsky, Ezequiel

2013

Tesis presentada con el fin de cumplimentar con los requisitos finales para la obtención del título Doctor de la Universidad de Buenos Aires en Historia

Posgrado

**Alcances y significaciones de la incidencia soviética en las prácticas
políticas del Partido Comunista de la Argentina (1919-1943)**

Víctor Augusto Piemonte

Tesis de Doctorado en Historia

Director: Dr. Ezequiel Adamovsky

Codirector: Dr. Mariano Eloy Rodríguez Otero

Facultad de Filosofía y Letras

Universidad de Buenos Aires

2013

ÍNDICE GENERAL

TABLA DE ABREVIATURAS.	4
---	---

AGRADECIMIENTOS.	5
-----------------------------------	---

INTRODUCCIÓN

1. Presentación del tema.	6
2. Hipótesis de trabajo.	8
3. Algunas aclaraciones sobre el objeto de estudio.	9
4. Estado de la cuestión.	12

CAPÍTULO 1: Algunas cuestiones nodales en torno del internacionalismo comunista en la Argentina: de la autonomía relativa del PCA a la dependencia del PCUS y de la IC.

1.1. Acerca de la organización del movimiento comunista internacional.	24
1.2. La hegemonía soviética en la IC.	28
1.3. Una ruptura fundacional: de la escisión en el PSA a la integración en la IC.	31
1.4. La lucha antiimperialista y la dependencia de criterios.	39
1.5. Los inicios agitados de una relación armoniosa: los primeros representantes cominternianos en el PCA.	43

CAPÍTULO 2: Estableciendo jerarquías. La IC en Argentina y el PCA en Sudamérica.

2.1. La dirección argentina en la Unión Soviética.	53
2.2. La implementación del “frente único”	60
2.3. El trabajo por la elevación teórica de los comunistas argentinos.	66
2.4. Los múltiples debates por el sindicalismo: la mayoría del PCA, la minoría del PCA y el CE de la IC.	71
2.5. La Carta Abierta ante la cuestión del programa.	75
2.6. La consolidación orgánica del chispismo: el Partido Comunista Obrero en busca del reconocimiento de Moscú.	83
2.7. Facciones y reordenamiento permanente.	91

CAPÍTULO 3: La compleja relación entre la representación de la IC y la dirección argentina.

3.1. ¿Conflictos personales o programáticos? En busca del “desviacionismo zinovievista” en el Secretariado Sudamericano.	96
3.2. Una vez más, la cuestión sindical.	108
3.3. ¿La Unión Soviética interviene en el PCA o el PCA solicita la intervención de la Unión Soviética en sus asuntos locales?	116
3.4. El “éxito” inmediato en la era del post-penelonismo.	124
3.5. El triunfo del ghioldismo.	132

CAPÍTULO 4: La cuestión de la autonomía en la política cultural del PCA.

4.1. La política internacional en el desarrollo del comunismo en la Argentina.	139
4.2. Algunos antecedentes inmediatos en el proyecto cultural clasista del PCUS.	143
4.3. Algunos antecedentes inmediatos en el proyecto cultural clasista del PCA.	147
4.4. El papel del intelectual para el PCA durante la estrategia de “clase contra” clase: las polémicas Arlt-Ghioldi.	153

4.5. El rol del intelectual revolucionario en tiempos de dependencia: las polémicas Barletta-Moog y González Tuñón-Moog.	162
4.6. La <i>intelligentsia</i> soviética se transforma: el Primer Congreso de Escritores Soviéticos en la configuración del “realismo socialista”	167
4.7. La estrategia de “frente popular” en la política cultural del PCA.	171
4.8. Batir el nazifascismo, el nuevo deber de la cultura comunista.	180

CAPÍTULO 5: La Unión Soviética ante la Guerra Civil española: la relación entre la IC y el PCE a partir del rol de Victorio Codovilla.

5.1. La difícil convivencia del PCE al interior del Frente Popular español.	184
5.2. La Unión Soviética y el PCE, los apoyos materiales e ideológicos del gobierno de Juan Negrín.	190
5.3. La dirección soviética en los entretelones de la diplomacia internacional.	196
5.4. El papel de Codovilla en la reorganización del PCE.	203
5.5. La proyección del PCA en el PCE.	212

CAPÍTULO 6: El rol de la dirección del PCA en la España republicana y su significado en relación a la IC.

6.1. La importancia de la Guerra Civil española para el PCA.	216
6.2. Una reflexión en torno de los interbrigadistas argentinos.	224
6.3. Más allá de las cuantificaciones posibles: quiénes eran, qué buscaban y cómo eran organizados los voluntarios argentinos.	230
6.4. La dirección del PCA cambia de sede.	237
6.5. Más que nunca, sección argentina de la IC.	245

CAPÍTULO 7: La última contradicción de la IC y la importancia de su desaparición para el PCA.

7.1. Del pacto Ribbentrop-Molotov a la Gran Guerra Patria.	249
7.2. La posición del comunismo argentino.	258
7.3. El X Congreso del PCA.	269
7.4. Del antibelicismo a la guerra, del padrinazgo a la orfandad.	280

CONSIDERACIONES FINALES.

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA.

TABLA DE ABREVIATURAS

Organizaciones políticas, sindicales y sociales:

Agitprop: Departamento de Agitación y Propaganda

AIAPE: Agrupación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores

BI: Brigadas Internacionales

CC: Comité Central

CE: Comité Ejecutivo

CEDA: Confederación Española de Derechas Autónomas

CGT: Confederación General del Trabajo

CNT: Confederación Nacional del Trabajo

COA: Confederación Obrera Argentina

CUSC: Comité de Unidad Sindical Clasista

IC: Internacional Comunista

IJC: Internacional Juvenil Comunista

ISR: Internacional Sindical Roja

FAI: Federación Anarquista Ibérica

FJC: Federación Juvenil Comunista

FOARE: Federación de Organismos de Ayuda a la República Española

FONC: Federación Obrera Nacional de la Construcción

FORA: Federación Obrera de la República Argentina

FORSA: Federación de Obreros Rusos de Sudamérica

FP: Frente Popular

NKVD: Comisariado del Pueblo de Asuntos Internos de la Unión Soviética

PCA: Partido Comunista de la Argentina

PCE: Partido Comunista de España

PCO: Partido Comunista Obrero

PCUS: Partido Comunista de la Unión Soviética

POUM: Partido Obrero de Unificación Marxista

PPCC: Partidos Comunistas

PSA: Partido Socialista Argentino

PSI: Partido Socialista Internacional

SRI: Socorro Rojo Internacional

SSA: Secretariado Sudamericano de la Internacional Comunista

UGT: Unión General de Trabajadores

USA: Unión Sindical Argentina

VAPP: Asociación Pansoviética de Escritores Proletarios

Publicaciones periódicas:

BR: Bandera Roja

ETL: El Trabajador Latinoamericano

LCS: La Correspondencia Sudamericana

LH: La Hora

LI: La Internacional

LNE: La Nueva España

AGRADECIMIENTOS

La realización de esta tesis debe tanto a las fuentes que conforman su materia prima como a todas aquellas personas que colaboraron conmigo para que pudiera analizarlas. En primer lugar, agradezco a mi director de tesis, Ezequiel Adamovsky, que conoce el oficio de historiador como si fuera una invención de su autoría, y a mi codirector, Mariano Rodríguez Otero, artesano de la palabra que siempre tiene para prestar un libro más. Agradezco también a quienes, con motivo de los temas por los que compartimos un interés apasionado, proporcionaron datos y formularon comentarios, críticas y sugerencias, ya fuera en el marco de algún seminario o de alguna jornada, ya en un pasillo o en un viaje en colectivo: Patricio Geli, Daniel Campione, Ricardo Martínez Mazzola, Carlos Miguel Herrera, Karina Vásquez, Natalia Casola, Víctor Jelfets, Nicolás Iñigo Carrera, Horacio Tarcus, Liliana de Riz, Néstor Kohan, Adrián Celentano. A Hernán Camarero, que abrió el camino a los estudios de largo aliento sobre comunismo en la Argentina. A Lara Lonkewitsch, quien llevó con valentía de hoplita la difícil tarea de enseñarme el idioma ruso. Mis padres y hermanos, mi amigo y colega Esteban Da Ré y mi compañera Jimena Rinaldi aportaron para que esta tesis creciera siempre, en tanto que Luciano, mi hijo por venir, ayudó a que pudiera concluirla. Por último, deseo manifestar mi profunda gratitud por su hospitalidad al personal de la Hemeroteca de la Biblioteca Nacional y de las bibliotecas del Congreso de la Nación, del Centro Cultural de la Cooperación y del Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en Argentina.

INTRODUCCIÓN

1. Presentación del tema

A través de sus más de cien años de existencia, las fuerzas políticas de izquierda que se originaron en la Argentina lograron experimentar –aunque con distintos grados de intensidad según su cambiante gravitación social en cada momento histórico específico– un rol de considerable magnitud al interior de la escena política y cultural del país. No obstante, el variado espectro de aquellos sectores organizados que componían y que componen el campo de la izquierda política argentina resultó, durante largo tiempo, víctima de una generalizada desatención por parte de la comunidad científica, tanto local como extranjera.

Como parte destacada de aquel compendio de agrupamientos dotados de una fuerte significación social, el Partido Comunista Argentino (PCA) fue, a lo largo de sus años formativos, protagonista de una profunda penetración en el seno del movimiento obrero, la cual no atinó a encontrar tampoco un correlato acorde en la generación de producciones intelectuales que permitieran dar cuenta de su significado en la historia argentina del siglo XX. Fue necesario esperar hasta el retorno de la democracia para que comenzara a emerger una proyección colectiva de aspiraciones críticas dirigida a subsanar las carencias precedentes.¹ La presente investigación se desarrolla al calor de esta realidad de renovación historiográfica y su objetivo general es el de analizar la relación existente entre el PCA y su homólogo soviético a través del estudio del desempeño registrado por aquellas posturas teórico-prácticas implícitas en los principios programáticos que fueron reunidos en el marco organizativo del Partido.

Nuestra investigación recorre los años de formación y consolidación del PCA, quedando así limitada al arco temporal consistente en los años de existencia de la Internacional Comunista (IC), en cuya adscripción se apoyaba la sección argentina para reclamar una posición de privilegio dentro del conjunto de los Partidos Comunistas de Sudamérica. La atención se centra especialmente en el período comprendido entre la incorporación del PCA en 1921 a la IC y el año de 1943. La fecha de cierre marca un

¹ Este proceso de apertura en las investigaciones sobre partidos comunistas nacionales a partir de las sucesivas restauraciones constitucionales ha sido una constante para una parte importante de los países de América Latina, siendo acaso la producción de Olga Ulianova respecto de las actividades del Partido Comunista de Chile el ejemplo más representativo de esta situación para los años de la Tercera Internacional, en especial: O. Ulianova y Alfredo Riquelme Segovia, *Chile en los archivos soviéticos 1922-1991: Komintern y Chile 1922-1931*, tomo I, Santiago de Chile, LOM, 2005; O. Ulianova y Alfredo Riquelme Segovia, *Chile en los archivos soviéticos 1922-1991: Komintern y Chile 1931-1935*, tomo II, Santiago de Chile, LOM, 2009.

momento de singular trascendencia, pues encontró al comunismo ante el desafío que implicaba desarrollar públicamente una defensa de la intervención soviética en la Segunda Guerra Mundial y afrontar la disolución de una Tercera Internacional.

Partiendo de la consideración de que las crisis traen aparejada la posibilidad de desentrañar los mecanismos ocultos que dinamizan el normal funcionamiento de un partido político (así como también de cualquier otra institución), entendemos que cada una de las siguientes situaciones complejas debe ser analizada en profundidad, pues contribuirá a los fines convocados: el agitado período de las disidencias internas que proliferaron durante la década de 1920 en el PCA, las derivas del fin del surgimiento de facciones reflejadas en el proyecto cultural que acompañó el cambio de orientaciones políticas suscitado dentro de la Unión Soviética, las implicancias generadas en el comunismo vernáculo a partir de las dos grandes coyunturas bélicas desatadas en el período abordado (la Guerra Civil española y la Segunda Guerra Mundial). Estos grandes nudos problemáticos emergen como oportunidades únicas para captar en toda su significación la consolidación y la reconfiguración de las relaciones interpartidarias argentino-soviéticas.

El recurso heurístico fundamental con el que hemos trabajado consiste en una colección microfilmada que documenta la relación del PCA con la Internacional Comunista entre los años 1921 y 1940, la cual se erige en nuestra materia prima más importante. Compuesta por 5370 páginas copiadas del Instituto de Marxismo-Leninismo dependiente del Comité Central del ex-Partido Comunista de la Unión Soviética, este archivo se halla disponible en las bibliotecas del Congreso de la Nación, de la Fundación de Investigaciones Sociales y Políticas, de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, de la Fundación Juan B. Justo y del Centro Cultural de la Cooperación. Aunque conocida su existencia por el grueso de los investigadores que encuentran en el PCA su objeto de estudio en la primera mitad del siglo XX, esta importantísima documentación de origen ruso no fue nunca destinataria de una investigación abordada en forma sistemática. El acceso a este rico *corpus* documental puede resultar particularmente dificultoso a causa de la multiplicidad de idiomas en que se hallan redactados los documentos que lo componen. Sin que haya copias en más de una lengua de cada documento, trabajar con este archivo obliga a una correcta lectocomprensión del ruso,² el francés, el inglés, el alemán y el italiano, además del castellano. Nuestra única dificultad se presentó en los escritos en lengua alemana,

² Dejamos constancia aquí del modo utilizado para transliterar el alfabeto cirílico al latino, correspondiente al sistema aprobado por la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos.

pero por fortuna se trata de documentos protocolares que casi en su totalidad se limitan a registrar los nombres propios de aquellos dirigentes que tomaban parte en las reuniones del Comité Ejecutivo de la IC.

De igual modo, hemos trabajado asiduamente con las publicaciones regulares e irregulares de carácter político, filosófico, económico, social y cultural que forman parte del gran acervo editorial del comunismo en la Argentina. Estos materiales guardan una importancia central al momento de captar en toda su dimensión las posturas oficiales del PCA ante cada lineamiento programático que fue impuesto a partir de las exigencias propias de cada coyuntura atravesada en el período abordado.

2. Hipótesis de trabajo

Son varios los interrogantes que motivan el desarrollo de esta tesis. A su vez, todos ellos confluyen en un interrogante mayor que permite dar cuenta en toda su dimensión el alcance de cada uno de ellos. Los interrogantes primarios, o hipótesis primarias, guardan una enorme importancia para el análisis de la historia del PCA, pese a lo cual no habían sido satisfechos por la historiografía existente: ¿es en todo tiempo el PCA un partido orientado por problemáticas europeas?; ¿fue en realidad un partido de la clase obrera?; ¿qué papel desarrollaron realmente los representantes de la Tercera Internacional en el PCA?; ¿es la Unión Soviética la que interviene en el PCA o es la dirección del PCA quien solicita la intervención de la Unión Soviética en sus asuntos locales?; ¿tienen los conflictos intrapartidarios un carácter personalista o se fundamentaron mayoritariamente en diferencias de principios políticos y de programas de acción?; ¿cuáles fueron las tensiones entre una política cultural autóctona y la política cultural soviética?; ¿qué lugar asignó el PCA a la formación cultural y teórica de sus afiliados?; ¿qué rol se le adjudicó al intelectual dentro del partido?; ¿en qué consistió el peso específico de la participación de la Argentina en general y del PCA en particular en la Guerra Civil española?; ¿cuál fue el lugar asignado por la Unión Soviética al PCA dentro del movimiento comunista internacional y cuál en la región sudamericana?; ¿cuál fue la posición del comunismo argentino frente al estallido de la Segunda Guerra Mundial?; ¿en qué medida influyó y con qué sentido la disolución de la IC en el desarrollo posterior de la política del comunismo argentino?

En síntesis, la hipótesis central de esta investigación es la siguiente: la dependencia hacia Moscú generada no por la IC sino por el propio PCA le impidió a este último disponer del *corpus* teórico marxista-leninista y de una experiencia práctica adecuada

para el trazado y la aplicación de políticas concretas ante los desafíos abiertos por cada nueva coyuntura nacional e internacional. Al mismo tiempo, planteamos que las causas por las cuales el PCA buscó emparentarse desde un comienzo con las experiencias de la Unión Soviética y de la IC -y que condujeron en el corto plazo a la pérdida de su autonomía relativa- residieron tanto en la afinidad teórica-metodológica como en la reputación que la adscripción a la primera revolución socialista otorgaba para establecer un distingo fundamental con las demás fuerzas de izquierda y proporcionar así un lugar sólido desde el cual reclamar el apoyo de las masas trabajadoras. Consideramos que estos postulados pueden ser debidamente advertidos a partir del análisis minucioso de cuatro ejes problemáticos centrales, a saber: 1) la resolución de rencillas facciosas en la dirección del PCA mediante la relación que cada una de ellas buscó establecer con el PCUS; 2) las políticas culturales del PCA que acompañaron los grandes cambios de orientación política implementados por la IC; 3) las funciones especiales asignadas a la dirección central del PCA por el Comité Ejecutivo de la IC en tiempos de la Década Infame argentina y la Guerra Civil española; 4) la interpretación del PCA del contexto internacional signado por la Segunda Guerra Mundial antes y después de la invasión nazi a la Unión Soviética.

3. Algunas aclaraciones sobre el objeto de estudio

Puesto que las principales preocupaciones que motivan esta investigación encuentran su centro en las diversas líneas políticas implementadas durante la IC, no pretendemos realizar un abordaje integral sobre el PCA. Teniendo en cuenta el carácter vertical del organismo con sede en Moscú y el de su sección argentina, la atención está puesta especialmente en las relaciones que mantuvieron las direcciones del PCA y del PCUS en aquellos años. A medida que el partido fue experimentando la consolidación de una suerte de elite dirigente, la cercanía con las más altas autoridades soviéticas pasó a convertirse en la principal carta de triunfo a la hora de disputar la legitimidad interna. Es por ello que para el análisis general de un partido político con las características que presentó el PCA en el período abordado, tan propicio a la emergencia de grupos orientados a disputar el predominio de una dirección fuertemente enquistada en su seno, han sido de gran utilidad las precisiones teóricas desarrolladas por el politólogo italiano Giovanni Sartori.³ Su diferenciación entre “facciones” y “tendencias” constituye una herramienta teórica de enorme valor al momento de dar cuenta críticamente de aquellos

³ G. Sartori, *Partidos y sistemas de partidos*, Madrid, Alianza, 1992.

movimientos relativos a los distintos momentos identificables de configuración y reconfiguración del poder que se dieron al interior del PCA. En el planteo del politólogo italiano, una “tendencia” es un indicador que da cuenta de la presencia en los partidos de “subunidades más difusas frente a las más delimitadas y más visibles”, en tanto que la “facción” es un “grupo específico de poder”⁴.

Habiéndose tratado de un partido ilegalizado durante gran parte del período aquí abordado, sus estructuras internas permanecieron confinadas a la informalidad no-institucionalizada.⁵ La ausencia de un desempeño normativo reglado coartó las posibilidades de establecer cambios en la conducción, lo que conllevó a corto plazo a un proceso de burocratización. La dinámica interna propia de las formas organizativas que se dio el PCA acabó atentando contra sus posibilidades reales de adaptación, lo que se hizo especialmente visible en los períodos de crisis que aquí hemos destacado como momentos nodales de su proceso formativo. El PCA careció de un mecanismo esencial a la hora de evitar la hipertrofia: la autonomía de sus dirigentes. En otras palabras, relegó a Moscú la autonomía de sus dirigentes, lo que no pudo sino repercutir en la falta de inventiva al momento de diseñar soluciones eficaces ante las situaciones problemáticas enfrentadas. Esto hizo del PCA una estructura partidaria propensa al ejercicio prácticas “rutinizadas”, sustentadas en la rigidez de la jerarquía burocrática.⁶ Es por esto que la cuestión de la dirección adquiere una dimensión especialmente relevante para la historia del PCA.

Dado que las facciones encierran la facultad de ejercer algún grado variable de influencia tanto en la organización interna como en la delimitación del proceso de toma de decisiones,⁷ su presencia fue percibida por la dirección oficial del PCA como una amenaza para la estabilidad del partido. Fue por ello que la emergencia de las distintas facciones que acompañaron al PCA en la década de 1920 se convirtió en motivo desencadenante de conflictos intrapartidarios. A pesar de la evidente importancia que

⁴ Ídem, p. 100. Cf. también Luis Arranz Notario, “Modelos de partido”, en *Ayer*, N° 20, 1995, p. 86.

⁵ A propósito del concepto de “institucionalización” de los partidos político, el doctor en Ciencias Políticas Kenneth Janda lo define de la siguiente manera: “As a property, party institutionalization can be defined as the extent to which a party is reified in the public mind so that it exists as a social organization apart from its momentary leaders while regularly engaging in valued patterns of behavior”. K. Janda, “Comparative Political Parties: Research and Theory”, in Ada W. Finifter (ed.): *Political Science: The State of the Discipline II*, Washington, D.C., American Political Science Association, 1993, p. 167.

⁶ Cf. Steven Levitsky, *La transformación del justicialismo. Del partido sindical al partido clientelista, 1983-1999*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005, pp. 4-25.

⁷ El funcionamiento de las facciones como agente modificador de los partidos políticos en el sentido indicado fue comprobado empíricamente a través de estudios de caso con partidos de Inglaterra y Alemania entre 1950 y 1990 en Robert Harmel and Alexander C. Tan, “Party actors and party change: Does factional dominance matter?”, in *European Journal of Political Research*, vol. 42, N° 3, 2003, pp. 409-424.

entonces encierra, y aunque la bibliografía que teoriza en torno de los partidos políticos haya experimentado un crecimiento notable en las últimas dos décadas,⁸ lo cierto es que el estudio de la dinámica de facciones intrapartidarias no fue objeto de una atención merecida dentro de este subcampo de las ciencias políticas.⁹

Urge señalar los motivos por los cuales nos detendremos en el análisis de los acontecimientos que involucraron prioritariamente a aquellos dirigentes comunistas que se asentaban en la Capital Federal. Ello se debe fundamentalmente al hecho de que nuestros análisis toman por centro los comportamientos cambiantes que tuvieron lugar dentro de la dirección del PCA. Su núcleo, cabe destacar, se concentraba en la capital del país. Del mismo modo, es importante tener presente que la mayor parte de los afiliados con que contó el partido se concentraron en Capital Federal y alrededores, si bien contó con organizaciones consolidadas en otras provincias del interior, especialmente en Santa Fe, Córdoba y Entre Ríos. Esta realidad es atestiguada por la producción editorial dirigida a los militantes de base que tuvo lugar en los años que aquí nos ocupan. En efecto, las publicaciones comunistas en Argentina editadas en castellano denotan la ebullición de Capital Federal (sin indicación): *Lucha*, *La Voz del Desocupado*, *La Voz del Dependiente*, *Catita Roja*, *La Batalla* (Rosario), *El Martillo* (Avellaneda), *Puerto Nuevo*, *La Voz Alpargatera*, *El Tinkal*, *Tribuna Proletaria* (Posadas), *I.T.F.*, *Bisturí*, *La Tierra* (Posadas), *Rumbo*, *Acción Cuyana* (Mendoza), *El Centinela Gastronómico*, *América Libre* (Córdoba), *Adelante* (Avellaneda), *FUA*, *Despertar*, *Lampazo*, *El Veneno*, *El Obrero Sastre*, *El Obrero del Riel*, *El Obrero Metalúrgico*, *El Centinela*, *Socorro Rojo*, *La Internacional*, *Frente Único*, *Nuestra Palabra*, *La Voz de la Obrera*, *Acción*, *Unidad*, *Unidad* (otra, La Plata), *Nuestro Organizador* (La Plata), *Acción Popular*, *Frente Estudiantil*, *Unidad* (Avellaneda), *La Horma*, *Acción Socialista*, *El Obrero de Frigorífico* (Avellaneda), *El Andamio*, *El Taladro* (Remedios de Escalada), *Defensa* (Bahía Blanca), *Ayuda Roja*, *Avanti*, *La Lanzadera*, *Unión Plástico Proletario*, *El Luchador*, *La Semana* (Resistencia), *El Vigía Tranviario*, *El Obrero Telefónico*, *Tribuna Obrera* (Paraná), *Combate* (Córdoba), *Actualidad*, *El Obrero Textil*, *La Gaceta Universitaria* (Córdoba), *Flecha* (Córdoba), *Orientación Ferroviaria* (Rosario), *Octubre* (Rosario), *Bisturí* (Rosario), *Visión*, *F.O.V.*, *La República*, *Mundo Nuevo*, *Clase*.¹⁰

⁸ José Ramón Montero y Richard Gunther, “Los estudios sobre los partidos políticos: una revisión crítica”, en *Revista de Estudios Políticos* (Nueva Época), N° 118, octubre-diciembre de 2002, pp. 10-12.

⁹ Patrick Köllner and Matthias Basedau, “Factionalism in Political Parties: An Analytical Framework for Comparative Studies”, in *Working Papers. Global and Area Studies*, N° 12, December 2005, p. 6.

¹⁰ Cf. Carlos M. Silveyra, *El comunismo en la Argentina*, Buenos Aires, Patria, 1936, pp. 420-426.

Tiene sentido, en consecuencia, situar nuestro estudio sobre las relaciones entre el PCA y el PCUS de manera eminente en los sucesos que implicaron a la dirección porteña. Incluso los estudios más recientes estiman que al promediar el decenio de 1940, un cuarto de la población económicamente activa de la Argentina estaba ocupada en actividades industriales. El 84% de esta PEA se asentaba en Buenos Aires y el Litoral.¹¹ Sin olvidar que para el PCA -así como para todos los partidos comunistas (PPCC) alineados con Moscú- la clase neurálgica que debía conducir los procesos socioeconómicos se hallaba encarnada por el proletariado industrial. Era a este actor social hacia donde el partido debía destinar sus conocimientos políticos, constituyéndose en su guía genuina. Esto no impediría en absoluto que el PCA apoyara activamente reclamos campesinos, y de hecho así quedó confirmado con su intervención en las huelgas de cañeros tucumanos y chaqueños que tuvieron lugar entre 1934 y 1936. El campesinado podía y debía ser objeto de atención por parte de los comunistas y la articulación con sus actividades clasistas cobraría especial atención toda vez que pudieran emerger coyunturas generadoras de intersticios para la expresión de reclamos anticapitalistas. No obstante, y no tanto por un apego inmediato a las estrategias bolcheviques en la Revolución Rusa como por las condiciones mismas de su aparición y el legado doctrinario recibido del socialismo del que había formado parte hasta ese momento, los comunistas en ningún momento del período comprendido por la presente investigación retirarán a la clase obrera el privilegio de ver en ella el actor social revolucionario por antonomasia para la Argentina. Prueba de ello es la ausencia de todo interés serio por establecer entre los campesinados y la Internacional Campesina o Krestintern cualquier tipo de relación equivalente a la que mantenía el partido entre el proletariado y la Internacional Sindical Roja o Profintern.

4. Estado de la cuestión

Mucho se ha avanzado en el conocimiento largamente vedado a la historia de las izquierdas argentinas en general. Como parte de este proceso, la historia del Partido Comunista de la Argentina ha sido en los últimos años sometida a análisis crítico en varias de sus prácticas habituales e irregulares y a lo largo de distintos momentos de su existencia. Dos motivos han servido especialmente a este propósito. Por un lado, el fin de aquella situación de asfixia intelectual que acompañó la desactivación política de la sociedad de masas en el país hasta diciembre de 1983. Esta realidad ha quedado

¹¹ E. Adamovsky, *Historia de las clases populares en la Argentina*, vol. 2, Buenos Aires, Sudamericana, 2012, p. 63.

demostrada en la inexistencia de propuestas interpretativas sobre un movimiento comunista hasta entonces demonizado desde las esferas represivas del poder. En este sentido, nada tiene de casual el hecho de que José Aricó haya debido cabo su magnífica y comprometida producción intelectual durante el exilio en México.¹²

Realizada esta mención, presentamos a continuación algunos antecedentes que reconoce nuestro proyecto de investigación para la evaluación del estado actual de conocimiento acerca de la problemática que será tratada en el plazo correspondiente a la finalización del plan propuesto:

1) Por un lado, se destaca un grupo de publicaciones de procedencia militante. Hasta entrados los años ochenta no existió verdaderamente un proyecto sistemático dirigido a promover la investigación historiográfica referida al PCA -y ello en parte no menor como consecuencia de las condiciones políticas imperantes en el país, adversas a este tipo de estudios-. Esto acabó por facilitar la hegemonía de una producción con aspiraciones divulgativas e intención proselitista. Síntoma de esta observación es la posibilidad de apreciar en cada uno de estos esfuerzos la ausencia generalizada de aquella locución teórica y/o heurística que podría dar sustento a las afirmaciones realizadas. No es casual que los títulos de las publicaciones que tienen al PCA como núcleo de estudio resulten demasiado generales, pues se preanuncia en ellos el tratamiento superficial y expeditivo de que es objeto su historia. A pesar de que las argumentaciones contenidas en estos escritos no bastan para explicar por sí solas el sistema de problemas que aquí se propone abordar, constituyen de todos modos una importante herramienta para la crítica hermenéutica, pues el hecho mismo de que hayan podido ver la luz hace que presten un servicio útil al análisis de las condiciones que las habilitaron. Se evidencia la posibilidad de catalogar este grupo de textos, subdividiéndolos en dos vertientes antagónicas, que encuentran su razón de ser en la intencionalidad práctica que las anima: 1.1) El conglomerado de las “historias oficiales” se compone de todas aquellas elaboraciones funcionales a los intereses del Partido, y surgen, en consecuencia, del interés por crear una justificación ideológica de las actividades del mismo, al tiempo que se procura cooptar por su mediación a la mayor

¹² En este punto coincidimos con Gerardo Leibner y James N. Green, aunque discrepamos por completo en la observación por ellos vertida acerca de que la actividad de Aricó a fines de la década de 1970 y comienzos de la siguiente fue posibilitada por el distanciamiento del investigador respecto de aquel objeto de estudio social cuya problemática candente se hallaba vigente. Por el contrario, entendemos que las razones por las que pudo el intelectual marxista realizar análisis desde su posición teórica fuera del país residieron en la extrema represión impuesta contra toda ideología transgresora del orden social y no en cuestiones del orden de la metodología científica. G. Leibner y J. N. Green, “New Views on the History of Latin American Communism”, in *Latin American Perspectives*, vol. 35, N° 2, March, 2008, p. 4.

cantidad posible de adherentes para sus propuestas políticas¹³. 1.2) Dentro del conjunto de publicaciones de procedencia militante, se recorta un compendio de “contrahistorias” que señalan supuestos errores y desviaciones por parte del PCA respecto de aquel que se considera su objetivo primigenio. Por tal motivo, el grueso de estas publicaciones pertenece a militantes que abandonaron la organización partidaria,¹⁴ o bien a otros núcleos políticos que compitieron con ésta.¹⁵

2) Existe en la actualidad una variedad importante de estudios que abordan distintos aspectos de las acciones de PCA y sus implicaciones. Los primeros en surgir estuvieron marcadamente orientados hacia una comprensión holística de la historia del PCA, con tendencia a detenerse en los años de vida iniciales del partido y su relación general con el movimiento obrero argentino.¹⁶ Los trabajos más recientes editados en las últimas dos

¹³ Partido Socialista Internacional, *Historia del socialismo marxista en Argentina*, Buenos Aires, *s/e*, 1919; Comisión del Comité Central del Partido Comunista, *Esbozo de Historia del Partido Comunista de la Argentina. (Origen y desarrollo del Partido Comunista y del movimiento obrero y popular argentino)*, Buenos Aires, Anteo, 1947; Benito Marianetti, *Argentina. Realidad y perspectivas*, Buenos Aires, Platina, 1964; V. Codovilla, *¿Hacia dónde marcha el mundo?*, Buenos Aires, Anteo 1943; V. Codovilla, *La unión nacional es la victoria (discursos y escritos)*, Buenos Aires, Problemas, 1943; V. Codovilla, *Por la unión nacional al gobierno provisorio: carta a los patriotas y antifascistas de la Argentina*, Montevideo, Selecciones, 1944; V. Codovilla, *Una trayectoria consecuente en la lucha por la liberación nacional y social del pueblo argentino: trabajos escogidos*, Buenos Aires, Anteo, 4 vols., 1964; Rodolfo Ghioldi, *Los comunistas al servicio de la patria*, Buenos Aires, Ed. del Partido Comunista, 1945; R. Ghioldi, *Escritos*, Buenos Aires, Anteo, 4 vols., 1975-1977; Rubens Iscaro, *Origen y desarrollo del movimiento sindical argentino*, Buenos Aires, Anteo, 1958; R. Iscaro, *Historia del Movimiento Sindical*, Buenos Aires, Ciencias del Hombre, 1973; Gerónimo Arnedo Alvarez, *Cuatro décadas de los procesos políticos argentinos. Selección de trabajos*, Buenos Aires, Fundamentos, 3 vols., 1977-1978; Paulino González Alberdi, *La primera conferencia comunista latinoamericana*, Buenos Aires, Centro de Estudios, 1978; Athos Fava, *El Partido Comunista*, Buenos Aires, Sudamericana, 1983; Leonardo Paso, *Historia de los partidos políticos en la Argentina (1900-1930)*, Buenos Aires, Ediciones Directa, 1983; Oscar Arévalo, *El Partido Comunista*, Buenos Aires, CEAL, 1983; O. Arévalo, “Historia del Partido Comunista”, en *Todo es Historia*, N° 250, abril de 1988; Rita Bertaccini, *El nacimiento del Partido Comunista*, Buenos Aires, Anteo, 1988.

¹⁴ Rodolfo Puiggrós, *Historia crítica de los partidos políticos argentinos*, Buenos Aires, Argumentos, 1956; José Ratzer, *El movimiento socialista en Argentina*, Buenos Aires, Agora, 1981; Juan José Real, *Treinta años de historia argentina*, Buenos Aires-Montevideo, Ediciones Actualidad, 1962.

¹⁵ Jorge Abelardo Ramos, *El partido comunista en la política argentina. Su historia y su crítica*, Buenos Aires, Coyoacán, 1962; J. A. Ramos, *Historia del Stalinismo en la Argentina*, Buenos Aires, Rancagua, 1974; J. A. Ramos, *Breve Historia de las Izquierdas en la Argentina*, 2 vols., Buenos Aires, Claridad, 1990; Jorge Enea Spilimbergo, *El socialismo en la Argentina. Del socialismo cipayo a la izquierda nacional*, Buenos Aires, Mar Dulce, 1969; José Hernández Arregui, *La formación de la conciencia nacional. 1930-1960*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1973; Otto Vargas, *El marxismo y la revolución argentina*, tomo I, Buenos Aires, Agora, 1987; O. Vargas, *El marxismo y la revolución argentina*, tomo II, Buenos Aires, Agora, 1999.

¹⁶ Emilio Corbière, “Orígenes del comunismo argentino”, en *Todo es Historia*, N° 81, febrero, 1974; E. Corbière, “La fundación del Partido Comunista, 1917-1920”, en *Todo es Historia*, N° 106, marzo, 1976; E. Corbière; *Orígenes del comunismo argentino: el Partido Socialista Internacional*, Buenos Aires, CEAL, 1984; Alberto Plá, “Orígenes del Partido Socialista Argentino, 1986-1918”, en *Cuadernos del Sur*, 4, 1986; José Aricó, “Los comunistas en los años treinta”, en *Controversia*, N° 2-3, México, 1979; J. Aricó, “Los comunistas y el movimiento obrero”, en *La Ciudad Futura. Revista de cultura socialista*, N° 4, marzo, 1987; Julio Godio, *El movimiento obrero argentino (1910-1930). Socialismo, sindicalismo, comunismo*, Buenos Aires, Legasa, 1988; J. Godio, *El movimiento obrero argentino (1930-1943): socialismo, comunismo y nacionalismo obrero*, Buenos Aires, Legasa, 1989; Daniel Campione, “Los

décadas, en cambio, evidencian una predilección por abordar períodos más sucintos y temas más específicos, los cuales tienen por eje de su análisis la penetración del comunismo en el movimiento obrero que precedió a la consolidación del peronismo,¹⁷ la relación entre política y cultura comunistas,¹⁸ la acción comunista entre los jóvenes,¹⁹

comunistas argentinos. Bases para la reconstrucción de su historia”, en *Periferias. Revista de Ciencias Sociales*, año 1, N° 1, segundo semestre, 1996.

¹⁷ Gabriela Águila, “Los comunistas y el movimiento obrero en Rosario 1943-1946”, en *Anuario 15. Rosario: Escuela de Historia, Facultad de Humanidades y Artes*, Universidad Nacional de Rosario, 1991-1992; Celia Durruty, *Clase obrera y peronismo*, Buenos Aires, Pasado y Presente, 1969; Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero, *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1971; Hugo del Campo, *Sindicalismo y peronismo*, Buenos Aires, CLACSO, 1983; Isidoro Cheresky, “Sindicatos y fuerzas políticas en la Argentina preperonista (1930-1943)”, en Pablo González Casanova (comp.): *Historia del movimiento obrero en América Latina*, vol. 4, México, Siglo XXI, 1984; Hiroshi Matsushita, *Movimiento obrero argentino 1930/1945. Sus proyecciones en los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Siglo Veinte, 1983; Juan Carlos Torre, *La vieja guardia sindical y Perón. Sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1990; Daniel James, *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990; Daniel Lvovich y Marcelo Fonticelli, “Clase contra clase. Política e historia en el Partido Comunista argentino (1928-1935)”, en *Desmemorias*, año VI, N° 23/24, 1999; Mirta Lobato, “Rojos: algunas reflexiones sobre las relaciones entre los comunistas y el mundo del trabajo en la década de 1930”, en *Prismas: revista de historia intelectual*, vol. 6, N° 6, 2002; Joel Horowitz, “Ideologías sindicales y políticas estatales en la Argentina, 1930-1943”, en *Desarrollo Económico*, vol. 24, N° 94, julio-septiembre de 1984; J. Horowitz, *Los sindicatos, el Estado y el surgimiento de Perón, 1930-1946*, Buenos Aires, Eduntref, 2004; Louise Doyon, *Perón y los trabajadores. Los orígenes del sindicalismo peronista, 1943-1955*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006; Hernán Camarero, “Los comunistas argentinos en el mundo del trabajo, 1925-1943. Balance historiográfico e hipótesis interpretativas”, en *Ciclos*, N° 22, Buenos Aires, IIHES/Facultad de Ciencias Económicas/UBA, 2do semestre, 2001; H. Camarero, “La experiencia comunista en el mundo de los trabajadores, 1925-1935”, en *Prismas: revista de historia intelectual*, vol. 6, N° 6, 2001; H. Camarero, “El Partido Comunista y los sindicatos en la Argentina durante las décadas de 1920 y 1930”, ponencia presentada en las IX Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia, Tucumán, 19 al 22 de septiembre, en *Historiapolitica.com*, 2007; H. Camarero, *A la conquista de la clase obrera. Los comunistas y el mundo del trabajo en la Argentina, 1920-1935*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007; H. Camarero, *Comunismo y movimiento obrero en América, 1914-1943*, tesis de doctorado, inédita, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 2008; H. Camarero, “Perfiles de una organización política obrerista. Proletarización, células de base y subjetividad militante revolucionaria en las primeras décadas del Partido Comunista Argentino”, en Pablo Pérez Branda (comp.): *Partidos y micropolítica. Investigaciones históricas sobre partidos políticos en la Argentina del siglo XX*, Mar del Plata, Ediciones Suárez, 2011; H. Camarero, “El tercer período de la Comintern en versión criolla. Avatares de una orientación combativa y sectaria del Partido Comunista hacia el movimiento obrero argentino”, en *A Contracorriente*, vol. 8, N° 3, Spring 2011; H. Camarero, “La estrategia de *clase contra clase* y sus efectos en la proletarianización del Partido Comunista argentino, 1928-1935”, en *Pacarina del Sur. Revista del pensamiento crítico latinoamericano*, vol. II, 2011; H. Camarero, “Partido y sindicato en la Argentina. La actuación de los comunistas en los gremios hasta mediados de los años treinta”, en *Ciclos en la historia, la economía y la sociedad*, vol. 20, N° 39, enero/junio, 2012.

¹⁸ Waldo Ansaldi, Alfredo Pucciarelli y José Villaruel (eds.), *Representaciones inconclusas. Las clases, los actores y los discursos de la memoria. 1912-1946*, Buenos Aires, Biblos, 1995; Leandro Gutiérrez y Luis Alberto Romero, *Sectores populares. Cultura y Política. Buenos Aires en la entreguerra*, Buenos Aires, Sudamericana, 1995; Roberto Pittaluga, “Los significados del comunismo o la lucha por el nombre”, en *Taller. Revista de Sociedad, Cultura y Política*, vol. 6, N° 17, Buenos Aires, diciembre 2001; Julia Risler y Daniela Lucena, “Arte y Cultura en los años ’20: discusiones en torno al Partido Comunista”, ponencia presentada en *X Jornadas Interescuelas/ Departamentos de Historia*, Rosario, 29-30 de septiembre, 2005; Ana Longoni y Daniela Lucena, “De cómo el jubilo creador se trastocó en desfachatez. El pasaje de Maldonado y los concretos por el Partido Comunista. 1945-1948”, en *Políticas de la Memoria*, N° 4, verano 2003-2004; Laura Prado Acosta, “Concepciones culturales en pugna. Repercusiones del inicio de la Guerra Fría, el zhdanovismo y el peronismo en el Partido Comunista argentino”, *Nuevo Mundo. Nuevos Mundos*, Paris, 2013 [Recuperado en:

la/s postura/s del PCA frente al ascenso del peronismo,²⁰ la relación entre el PCA y la dictadura militar abierta en 1976²¹ o bien el curso de las ideas políticas que tomaron cuerpo en el pensamiento y acciones de algunos de sus protagonistas más destacados.²² Un lugar destacado dentro de la problemática propuesta es el que ocupan el estudio de Schenkolewski-Kroll,²³ quien indaga las afecciones sufridas en el trato entre el PCA y Moscú a partir de su paso a la clandestinidad en los años treinta, y la obra colectiva de Daniel Campione, Mercedes López Cantera y Bárbara Maier,²⁴ en donde son presentados y reproducidos algunos de los documentos que registraron la relación entre el PCA y la IC.

Se observa que dentro de este grupo en crecimiento, hay una tendencia hacia la producción breve, de corte monográfico. No obstante, resulta visible que esta situación es representativa de un momento particular que se inscribe en un proyecto de largo aliento, dirigido a dar paso a un número cada vez mayor de elaboraciones, a medida que

<http://nuevomundo.revues.org/64825>. Ultimo acceso: 11/5/2013] H. Camarero, “El Partido Comunista argentino y sus políticas en favor de una cultura obrera en las décadas de 1920 y 1930”, en *Pacarina del Sur*, año 3, N° 11, abril-junio 2012.

¹⁹ Isidoro Gilbert, *La Fede. Alistándose para la revolución. La Federación Juvenil Comunista, 1921-2005*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009.

²⁰ Gino Germani, *Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*, Buenos Aires, Paidós, 1962; Samuel Amaral, “Peronismo y marxismo en los años fríos: Rodolfo Puiggrós y el Movimiento Obrero Peronista, 1947-1955”, *Investigaciones y Ensayos*, N° 50, 2000; S. Amaral, *La renuencia de las masas: el Partido Comunista ante el peronismo, 1945-1955*, Buenos Aires, Documentos de Trabajo - Universidad del Cema, N° 379, 2008; Carlos Altamirano, *Peronismo y cultura de izquierda*, Buenos Aires, Tesis, 2001; José E. Schulman, “Algunos de los debates comunistas ante el surgimiento del peronismo y las elecciones de 1946”, *Periferias*, año 6, N° 9.

²¹ Natalia Casola, “El Partido Comunista Argentino y el golpe militar de 1976: las raíces históricas de la convergencia cívico-militar”, en *Revista Izquierdas*, año 3, N° 6, 2010; N. Casola, “¡Soldados de la patria no apunten contra el pueblo!”, en *Conflicto Social*, Año 3, N° 3, Junio 2010, pp. 29-58; N. Casola, *Estrategia, militancia y represión. El Partido Comunista de Argentina bajo última dictadura militar, 1976-1983*, Tesis de Doctorado, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, 2012; N. Casola, “«¡Los comunistas no somos subversivos!»: El PC y la dictadura militar argentina (1976-1983)”, en *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, año I, N° 2, marzo de 2013, pp. 133-156; Paula Daniela Fernández Hellmund, “Acerca de la convergencia cívico-militar del Partido Comunista de la Argentina (1975-1982)”, en *Aletheia*, vol. 2, N° 4, julio 2012; Pedro Rodolfo Kozul, “La postura política del Partido Comunista Argentino entre los años 1976-1983. ¿Rumbo a una política errante o errante en una política sin rumbo?”, en *Revista Izquierdas*, N° 16, agosto 2013, pp. 75-94.

²² Jaime Marín, *Misión secreta en Brasil. El argentino Rodolfo Ghioldi en la insurrección nacional-libertadora de 1935 liderada por Luis Carlos Prestes*, Buenos Aires, Dialéctica, 1988; Néstor Kohan, “Herejes y ortodoxos. E. Giudici y las diversas tradiciones culturales del comunismo argentino”, en *Periferias*, Nros. 2 y 3, 1997; Jorge Myers, “Rodolfo Puiggrós, historiador marxista-leninista: el momento de Argumentos”, en *Prismas: revista de historia intelectual*, vol. 6, N° 6, 2002; Pablo Domínguez, *Victorio Codovilla: la ortodoxia comunista*, Buenos Aires, Capital Intelectual, 2006; Alicia Dujovne Ortiz, *El camarada Carlos. Itinerario de un enviado soviético*, Buenos Aires, Aguilar, 2007; Omar Acha, *La Nación futura. Rodolfo Puiggrós en las encrucijadas argentinas del siglo XX*, Buenos Aires, Eudeba, 2007.

²³ Silvia Schenkolewski-Kroll, “El Partido Comunista en la Argentina ante Moscú: deberes y realidades, 1930 – 1941”, en *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, vol 10, N° 2, julio-diciembre, 1999.

²⁴ D. Campione, M. López Cantera y B. Maier, *Buenos Aires-Moscú-Buenos Aires. Los comunistas argentinos y la Tercera Internacional. Primera parte (1921-1926)*, Buenos Aires, Ediciones del CCC, 2007.

surge la disponibilidad de nuevos recursos bibliográficos y documentales. De hecho, se dispone ya de estudios pormenorizados en el área de las relaciones entre los trabajadores y el PCA.²⁵ Esto último no podrá sino estimular la discusión teórica, tan necesaria al propósito de enriquecer el caudal actual de conocimiento.

Específicamente para el tema de las relaciones internacionales que fueron establecidas durante el período propuesto entre Argentina y la Unión Soviética, se cuenta con algunos estudios que, aun en aquellos casos en que no aluden directamente a la cuestión, resultan muy sustanciosos para el abordaje de las vinculaciones a nivel estatal y de partido.²⁶

²⁵ H. Camarero, op. cit., 2007; H. Camarero, op. cit., 2008; Diego Ceruso, *Comisiones internas de fábrica. Desde la huelga de la construcción de 1935 hasta el golpe de estado de 1943*, Buenos Aires, PIMSA-Dialektik, 2010.

²⁶ Eudocio Ravines, *La gran estafa: la penetración del Kremlin en Iberoamérica*, Santiago, Francisco Aguirre, 1952; Robert J. Alexander, *Communism in Latin America*, New Brunswick, N. J., Rutgers University Press, 1957; Günther Nollau, *International communism and World revolution. History and methods*, London, Hollis & Carter, 1961; Kermit E. McKenzie, *Comintern and World Revolution, 1928-1933*, Columbia University Press, New York, 1964; Rollie E. Poppino, *International Communism in Latin America*, New York, Free Press of Glencoe, 1964; Annie Kriegel, *Las internacionales obreras*, Barcelona, Martínez Roca, 1968; A. Kriegel, *Los grandes procesos en los sistemas comunistas: la pedagogía infernal*, Madrid, Alianza, 1973; Fernando Claudín, *La crisis del movimiento comunista. I. Del Komintern al Kominform*, París, Ruedo Ibérico, 1970; León Trotsky, *Los cinco primeros años de la Internacional Comunista*, Buenos Aires, Ediciones Pluma, 1974; Carlos Echagüe, *El otro imperialismo*, Buenos Aires, Ediciones de Mayo, 1974; Eric Hobsbawm et al., *Historia del marxismo*, Barcelona, Bruguera, 1979; Gerard Fichet, “Tres decenios de relaciones entre América Latina y la Unión Soviética”, en *Comercio Exterior*, vol. 31, N° 2, México, 1981; Michael Löwy, *El marxismo en América Latina*, México, Ediciones Era, 1982; Milos Hájek, *Historia de la Tercera Internacional. La política de frente único (1921-1935)*, Barcelona, Crítica, 1984; Carol R. Saivetz and Sylvia Woodby, *Soviet-Third World Relations*, Westview Press, Boulder, 1985; Julio Godio, *La Internacional Socialista en la Argentina*, Buenos Aires, CEAL, 2 vols., 1986; Edward Hewlett Carr, *El Ocaso de la Comintern 1930-1935*, Madrid, Alianza, 1986; Manuel Caballero, *La Internacional Comunista y la revolución latinoamericana*, Caracas, Nueva Sociedad, 1987; A. Plá, *El PCA (1918-1928) y la Internacional Comunista*, op. cit.; Mario Rapoport, “Las relaciones argentino-soviéticas. Comercio y política entre la Argentina y la URSS”, en *Todo es Historia*, nros. 207 y 208, Buenos Aires, 1984; M. Rapoport, “Argentina and the Soviet Union: History of Political and Commercial Relations (1917-1955)”, in *The Hispanic American Historical Review*, vol. 66, N° 2, May, 1986; M. Rapoport, *Política y diplomacia en la Argentina. Las relaciones con EEUU y la URSS*, Buenos Aires, Tesis; 1987; M. Rapoport, *Los partidos de izquierda, el movimiento obrero y la política internacional (1930-1946)*, Buenos Aires, CEAL, 1988; Hugo Perosa, *Las relaciones argentino-soviéticas contemporáneas*, tomo 1, Buenos Aires, CEAL, 1989; M. Rapoport y Claudio Spieguel, “La Tercera Internacional y América del Sur. Notas introductorias para su estudio”, ponencia presentada en las *Jornadas sobre los trabajadores en la historia del siglo XX*, Buenos Aires, Fundación Simón Rodríguez, julio 1991; Augusto Varas (comp.), *América Latina y la Unión Soviética. Una nueva relación*, Buenos Aires, FLACSO-RIAL, Grupo Editor Latinoamericano, 1987; A. Varas, “La Unión Soviética en la política exterior de América Latina: los casos de Chile, Argentina, Brasil y Perú”, en *Documento de trabajo*, N° 158, FLACSO, Santiago, 1982; A. Varas, *De la Komintern a la perestroika. América Latina y la URSS*, Santiago, FLACSO, 1991; I. Gilbert, *El oro de Moscú. Historia secreta de la diplomacia, el comercio y la inteligencia soviética en la Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 1994; Michelle Dreyfus et al. (dirs.), *Le Siècle des communismes*, Paris, Les Editions de l’Atelier, 2000; Ricardo Melgar Bao, “Redes y representaciones cominternistas: el Buró Latinoamericano (1919-1921)”, en *Universum*, Universidad de Talca, N° 16, 2001.; Lazar JEIFETS, Víctor JEIFETS y Peter Huber, *La Internacional Comunista y América Latina, 1919-1943. Diccionario biográfico*, Instituto de Latinoamérica de la Academia de Ciencias e Institut pour l’histoire du communisme, Moscú/Ginebra, 2004; Lazar JEIFETS, *Misia Vil’iamsa i rozhdenie «penelonizma»*, Sankt Peterburg, Nauka, 2005; Olga Ulianova, “Develando un mito: emisarios de la Internacional Comunista en Chile, en *Historia*, vol. 41, N°

El movimiento comunista internacional despertó un interés inmediato entre activistas políticos y científicos sociales de las más variadas extracciones ideológicas, al punto tal de que 3.816 ítems -entre libros, artículos y capítulos de libros- conteniendo información relativa o estudios sobre la IC fueron editados entre 1919 y 1979 en aquellos países donde los PPCC fueron más fuertes.²⁷ Al menos aquel fue el número de la producción relevada, lo que no quiere decir que no hayan existido incluso más trabajos sobre la temática en cuestión. Muchos más fueron los análisis que siguieron desde el comienzo de la década de 1980 hasta la fecha. Un papel especialmente importante a este respecto devino por los efectos que generó la apertura de los archivos de Moscú en 1991.²⁸ Sorprende, entonces, que las mismas repercusiones no se hayan dado sino hasta fecha mucho más reciente para los casos de América Latina en general y de la Argentina en particular. Sin embargo, y a pesar de las intensas dificultades que encontraron los estudios sobre comunismo en la región latinoamericana, no se debe considerar que sea esta una laguna historiográfica aislada o regional. Es importante recuperar la observación formulada por los especialistas rusos sobre historia del comunismo soviético Víktor JEIFETS y Lazar JEIFETS, quienes, pese a la gran cantidad de materiales publicados en el mundo, sostienen que la historia de la Comintern, plagada de vicios y superficialidades (debidos en gran parte a los intereses ideológicos comprometidos en los tiempos de la Guerra Fría y a las restricciones en la consulta de archivos documentales), es una de las ramas de la historia rusa contemporánea que más falencias presenta.²⁹ Es por esto que, entendemos, los aportes realizados en torno a la relación existente entre la IC y sus secciones nacionales contribuye tanto al conocimiento de la historia del país al que pertenece la sección nacional considerada como al conocimiento de la historia soviética, y que redundará, necesariamente, en una

1, Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago, enero-junio 2008; Robert Service, *Camaradas. Breve historia del comunismo*, Barcelona, Ediciones B, 2009; Daniel Kersfeld, *Rusos y rojos. Judíos comunistas en tiempos de la Comintern*, Buenos Aires, Capital Intelectual, 2012.

²⁷ El listado completo de esta voluminosa producción puede consultarse en Vilém Kahan (ed.), *Bibliography of the Communist International (1919-1979)*, Leiden-New York-København-Köln, E. J. Brill, 1990.

²⁸ Cf. Patricia Kennedy Grimsted, "Increasing reference access to post-1991 Russian archives", *Slavic Review*, vol. 56, N° 4, Winter, 1997, pp. 718-759.

²⁹ Víktor JEIFETS y Lazar JEIFETS, "Pora otkazat'sia ot tendentsioznosti i naivnosti", *Latinskaia Amerika*, N° 4, 1995, p. 110. Una discusión colectiva a propósito de la importancia de la relación entre América Latina y la Comintern, aunque demasiado sintética y sin fundamentación teórica ni documental, tuvo lugar entre investigadores de varias universidades e institutos de Rusia, en AAVV, "Komintern i Latinskaia Amerika", *Latinskaia Amerika*, N° 10, 1999, pp. 57-72. En la conclusión de este intercambio académico inicial, uno de sus intervinientes, A. I. Stroganov, no dudaba en señalar que el PCA constituía un ejemplo muy claro de la línea sectaria y el dogmatismo revolucionario que dominó las estrategias y tácticas de la IC en los partidos latinoamericanos durante la primera mitad de los años '30. AAVV, "Komintern i Latinskaia Amerika", *Latinskaia Amerika*, N° 12, 1999, p. 113.

comprensión mayor del movimiento comunista internacional en la primera mitad del siglo XX.

A propósito de la Guerra Civil española, actualmente subsiste en la historiografía una situación de rezago explicativo en torno de la enorme cantidad de temáticas englobadas por la guerra iniciada en 1936 y sus múltiples conexiones con el desarrollo de la política argentina. Si bien esta deficiencia ha comenzado a ser revertida a partir de la generación relativamente constante de estudios sistemáticos desde 1986, la cual ha logrado mayor continuidad en el último decenio, también es cierto que la producción intelectual destinada a dar cuenta en clave interpretativa de los distintos nudos problemáticos que la asonada franquista generó o coadyuvó a generar en la Argentina -en encadenamientos hacia delante y hacia atrás- continúa siendo relativamente escueta. Los primeros escritos referidos a estas cuestiones estuvieron, lógicamente, orientados a dar cuenta de un cúmulo de generalidades que empezaron a llenar el vacío de conocimiento vigente.³⁰ Una vez que estuvieron sentados los precedentes básicos comenzó a tener lugar una producción más específica, ocupada en recortes temáticos específicos y desarrollados con una mayor rigurosidad científica. Las áreas de interés estuvieron concentradas en las repercusiones registradas en las culturas políticas nacional y regionales,³¹ la

³⁰ Ernesto Goldar, *Los argentinos y la Guerra Civil Española*, Buenos Aires, Contrapunto, 1986. [Aquí utilizamos la edición de Plus Ultra de 1996]. Hubo un precedente para el estudio de Goldar, y es el artículo de Enrique Pereira, que irrumpió en la historiografía en solitario, puesto que no pudo dialogar con ningún interlocutor. El trabajo de Pereira distribuye por igual responsabilidades ante el estallido bélico y sus consecuencias, dando cuenta de una República asediada tanto por derecha como por izquierda. Además de poner en un mismo nivel la acción de los golpistas y la reacción de los constitucionales, se vislumbra en Pereira la concepción de un pueblo de España inerte, sin iniciativa ni vigor, al que no le queda más opción que la de padecer “las acechanzas y trampas que les tendían la izquierda delirante y la derecha reaccionaria”. Su mirada reduccionista lo lleva a pergeñar una defensa republicana a todas luces fraudulenta por parte de anarquistas, comunistas, trotskistas y separatistas. Por todos estos motivos, estimamos, el artículo comentado ha sido obviado por la historiografía subsiguiente. Enrique Pereira, “La guerra civil española en la Argentina”, en *Todo es Historia*, Buenos Aires, año X, N° 110, julio de 1976, pp. 8 y 25. La bisagra que inauguró el paso a los estudios sistemáticos basados en la utilización de fuentes documentales vino dado por el amplio arco temático abordado por Mónica Quijada en *Aires de República, aires de Cruzada: la Guerra Civil Española en Argentina*, Barcelona, Sendai, 1991. M. Quijada, *Relaciones hispano-argentinas, 1936-1948. Coyuntura de Crisis*, Tesis Doctoral, Universidad Complutense, Madrid, 1989; Mark Falcoff, “Argentina”, in Mark Falkoff & Fredrick Pike (eds.): *The Spanish Civil War, 1936-1939. American Hemispheric Perspectives*, Lincoln and London, University of Nebraska Press, 1982; Lidia Bocanegra, “Argentina en la Guerra de España”, en Juan Bautista Vilar y Abdón Mateos (eds.): *Historia del Presente*, N° 12, 2da. época, Madrid, Eneida, 2008; Enrique Mayoichi, “La Guerra Civil Española”, *La Nación*, N° 888, Buenos Aires, julio de 1986.

³¹ María Dolores Béjar, “Cómo vieron y vivieron los argentinos la contienda”, en *Todo es Historia*, Buenos Aires, N° 148, 1979; Ducezio Alejandro Licitra, *La política del gobierno de Burgos en Argentina y Uruguay durante la Guerra Civil Española*, Tesis de Licenciatura, Departamento de Historia de América, Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense de Madrid, 1986; Marilú Bou, “1936: el fraude, el frente, el fascismo”, en *Todo es Historia*, año XIX, N° 237, febrero de 1987, pp. 8-25; Mónica Quijada, “Los españoles de la Argentina ante la guerra civil española: las instituciones de la comunidad”, en A. Boix et. al.: *Inmigración, integración e imagen de los latinoamericanos en España. (1938-1987). Apuntes introductorias*, Madrid, Cuadernos sobre Cultura Iberoamericana, 1988; Mónica Quijada, Nuria Tabanera y Manuel Azcona, “Actitudes ante la guerra civil española en las sociedades

recepción de los acontecimientos en la prensa,³² los movimientos de solidaridad expresados en las campañas para coleccionar fondos y en el enrolamiento de voluntarios,³³

receptoras”, en AAVV: *Historia general de la emigración española a Iberoamérica*, vol. 1, Madrid, Historia 16, 1992; Beatriz Figallo, “La Argentina y el régimen primorriverista”, en *Res Gesta*, N° 31, 1992, pp. 99-113; Silvina Montenegro, *La guerra civil española y la política argentina*, Departamento de Historia de América I, Facultad de Geografía e Historia, Universidad Complutense de Madrid, Tesis Doctoral, 2002; Saúl Luis Casas, *La Guerra Civil Española y el Antifascismo en la Argentina 1936-1941. Las Baleares y la Ayuda a la República*, Tesis de Maestría, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata, inédita, 2005; Saúl Luis Casas, “El antifascismo y la lucha política en la Argentina en el contexto de la Guerra Civil Española”, en *Congreso Internacional La Guerra Civil Española 1936-1939*, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 2006 [Edición electrónica: http://www.secc.es/media/docs/8_1_SL_Casas.pdf. Último acceso: 2/2/2012]; Hernán M. Díaz, *Historia de la Federación de Sociedades Gallegas. Identidades políticas y prácticas militantes*, Buenos Aires, Biblios, 2007, pp. 81-95; Luis Alberto Romero, “La Guerra Civil Española y la polarización ideológica y política: la Argentina 1936-1946”, en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, vol. 38, N° 2, julio-diciembre 2011.

³² B. Figallo, “La II República Española en guerra: los planteamientos del gobierno de Largo Caballero a través del periódico ‘Claridad’”, en *Res Gesta*, Rosario, N° 27-28, 1990; María Jesús Comellas, “El estallido de la Guerra Civil Española en la prensa argentina”, en *Res Gesta*, N° 31, Rosario, 1992; Víctor Trifone y Gustavo Svarzman, *La repercusión de la guerra civil española en la Argentina (1936-1939)*, Buenos Aires, CEAL, 1993; L. Bocanegra, *El fin de la Guerra Civil española y el exilio republicano: visiones y prácticas de la sociedad argentina a través de la prensa. El caso de Mar del Plata, 1939*, Tesis Doctoral, Universidad de Lleida, junio de 2006; Jorge Saborido, “Una avanzada franquista en la Argentina: la revista *Por Ellos* (1937)”, en *Anuario*, N° 7, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Nacional de La Pampa, 2006, pp. 71-82; L. Bocanegra, “El impacto del exilio republicano español en la sociedad argentina. Una visión a través de la prensa marplatense, 1939”, Congreso Internacional: A 70 años de la Guerra Civil española, *Ariadna Tucma: Revista Latinoamericana*, Buenos Aires, 2007, pp. 1-17; L. Bocanegra, “El final de la Guerra Civil española en la prensa marplatense”, en *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe* (EIAL), Volumen 18:2, Instituto de Historia y Cultura de América Latina, Universidad de Tel Aviv, Israel, 2008, pp. 1-24; Laurent Bonardi, “La guerre civile espagnole dans la presse argentine”, *Revista de Historia Actual*, N° 7, 2009, pp. 105-112.

³³ Gino Baumann, *Los Voluntarios Latinoamericanos: En las Brigadas Internacionales, las milicias, la retaguardia y el ejército republicano*, San José de Costa Rica, Guayacán, 1997; G. Baumann, *Los voluntarios latinoamericanos en la Guerra Civil Española*, Universidad de Castilla-La Mancha, 2009; L. Bocanegra, “La ayuda argentina a la República española. Un análisis a través del ejemplo marplatense, 1939”, en *Congreso Internacional La Guerra Civil Española 1936-1939*, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 2006, pp. 1-20 [tomado en: http://www.secc.es/media/docs/8_2_Lidia_Bocanegra.pdf. Último acceso: 2/2/2012]; Graciela Mochkofsky, “Guerra Civil española: los argentinos que fueron a pelear contra Franco”, *Clarín*, 4/6/2006; Lucas González, Jerónimo Boragina, Gustavo Dorado, Ernesto Sommaro, *Voluntarios de Argentina en la Guerra Civil Española*, Buenos Aires, Ediciones CCC, 2008; J. Boragina y E. Sommaro, “Brigadistas por la República. Mar del Plata y la Guerra Civil Española”, en *Todo es Historia*, N° 468, Buenos Aires, julio de 2006, pp. 70-78; documental *Esos Mismos Hombres - Voluntarios argentinos en la Guerra Civil Española*, realizado por el Grupo de Historia Desde Debajo de Mar del Plata; J. Boragina, “Voluntarios de Argentina en la Guerra Civil española”, en *El Rapto de Europa*, Madrid, Editorial Calamar Edición y Diseño SRL, junio de 2008, pp. 45-50; “Brigadistas argentinos en la guerra civil española, olvidados de la Historia”, entrevista a J. Boragina, *Publico.es*, 8/10/2008; J. Boragina, “Carlos Kern Alemann, uno de tantos”, Buenos Aires, Goethe Institut, 2009 [Tomado de <http://www.goethe.de/wis/bib/prj/hmb/the/ami/es4898543.htm>. Último acceso: 21/4/2013]; J. Boragina, “Voluntarios argentinos en la Brigada XV Abraham Lincoln”, en *The Volunteer*, 1/6/2010 [Tomado de <http://www.albavolunteer.org/2010/06/voluntarios-argentinos-en-la-brigada-xv-abraham-lincoln/>. Último acceso: 18/4/2013]. Respecto de la participación militar, existe también un trabajo sobre la intervención de la marina argentina en la guerra, Beatriz J. Figallo, “Participación de la armada argentina durante la guerra civil española”, en *Revista de Historia Naval*, N° 10, 1985, pp. 51-72.

las políticas estatales de asilo para la recepción de los refugiados.³⁴ También se cuenta con algunos testimonios de participantes argentinos destacados.³⁵

Si bien los temas abordados por la historiografía argentina son variados y contribuyen todos ellos a arrojar luz sobre las implicancias de la Guerra Civil española en el acontecer político argentino de las fuerzas contestatarias al *statu quo*, en ningún caso los estudios tomaron por centro de análisis al PCA; antes bien, este último fue objeto de incorporaciones inevitables pero marginales. No sorprende entonces que se haya dicho muy poco respecto de la participación específica del comunismo argentino ante los sucesos de España. Se sabe que el PCA impulsó en Argentina durante el mes de agosto de 1937 la formación de la Federación de Organismos de Ayuda a la República Española (FOARE) con el fin de reunir ayuda material, pero también humana, para el frente de batalla.³⁶ Igualmente se ha mencionado la colaboración directa de Codovilla con el Comisariado del Pueblo de Asunto Internos de la Unión Soviética (NKVD) en los planes para expulsar al jefe de gobierno republicano Francisco Largo Caballero y

³⁴ Joe Robert Juárez, “Argentine neutrality, mediation, and asylum during the Spanish civil war”, in *The Americas*, vol. XIX, N° 4, 1963, pp. 383-403; Beatriz J. Figallo, *La Argentina en la Guerra Civil Española (Defensa y aplicación del Derecho de Asilo)*, Tesis de Licenciatura, Instituto de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de Rosario, Universidad Católica Argentina, inédita, 1984; Mónica Quijada y Jean Grugel, “Chile, Spain and Latin America: The Right of Asylum at the Onset of the Second World War”, in *Journal of Latin American Studies*, Vol. 12, part 2, May 1990, pp. 353-374; Raanan Rein, “Otro escenario de lucha: franquistas y antifranquistas en la Argentina, 1936-1949”, en *Ciclos en la historia, la economía y la sociedad*, Buenos Aires, año V, vol. V, N° 9, 2° semestre, 1995, pp. 31-52; Leonardo Senkman, “La Argentina neutral de 1940 ante los refugiados españoles y judíos”, en *Ciclos*, año V, vol. V, N° 9, 2° semestre, 1995; B. Figallo, *La Argentina ante la guerra civil española: el asilo diplomático y el asilo naval*, Rosario, Instituto de Historia, Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, Universidad Católica Argentina, 1996; R. Rein, “Francoist Spain and Latin America, 1936-1953”, en Stein Ugelvik Larsen (ed.), *Fascism outside Europe. The European impulse against domestic conditions in the diffusion of global fascism*, New York, Columbia University Press, 2001; Antonio Manuel Moral Roncal, “El asilo diplomático: un condicionante de las relaciones internacionales de la República durante la Guerra Civil”, en *Congreso Internacional La Guerra Civil Española 1936-1939*, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, Madrid, 2006, pp. 1-20 [tomado de: http://www.secc.es/media/docs/6_4_Moral_Roncal.pdf]; B. Figallo, *Diplomáticos y marinos argentinos durante la crisis española: los asilos de la Guerra Civil*, Buenos Aires, Librería-Editorial Histórica, 2007; María Paula Cicogna, “Breve historia de los refugiados en Argentina durante el siglo XX”, en *Historia Actual Online*, N° 18, Invierno, 2009, 51-63; Lidia Bocanegra, “La República Argentina: el debate sobre la guerra civil y la inmigración”, en Abdón Mateos (ed.): *Ay de los vencidos. El exilio y los países de acogida*, Madrid. Eneida, 2009.

³⁵ Cayetano Córdova Iturburu, *España bajo el comando del pueblo*, Buenos Aires, Acento, 1938; Bernardo Edelman, *España contra el fascismo*, Buenos Aires, JAEL, 1939; V. Codovilla, “José Díaz. Ejemplo de dirigente obrero y popular”, *Una trayectoria consecuente en la lucha por la liberación nacional y social del pueblo argentino*, tomo I, Buenos Aires, Anteo, 1964; Juan José Real, “Recuerdos de la derrota y de la huída”, en AAVV: *Los que fueron a España*, Buenos Aires, Crisis, 1973; Mika Etchebéhère, *Mi guerra de España. Testimonio de una miliciana al mando de una columna del POUM*, Barcelona, Plaza & Janés, 1987; Fanny Edelman, *Banderas. Pasiones. Camaradas*, Buenos Aires, Dirple, 1996; Samuel Joukovsky, *Uno de tantos (un argentino en la guerra civil española)*, Buenos Aires, s/e, 1998; Norma A. Jiménez, *Testimonios republicanos de la Guerra Civil española*, Buenos Aires, La rosa blindada, 2001; Graciela Mochkofsky, *Tío Boris. Un héroe olvidado de la Guerra Civil Española*, Buenos Aires, Sudamericana, 2006.

³⁶ La declaración de formación de la FOARE fue dada a publicidad en *España Republicana. Decano de la prensa republicana en Amércia*, año XX, 14/8/1937, p. 5.

para reprimir al Partido Obrero de Unificación Marxista en Cataluña. La realidad es que, de entre el número creciente de análisis publicados sobre la Guerra Civil española y la Argentina, ninguno ha tenido por centro la acción del PCA, quedando limitado su estudio, toda vez que fue ineludible su abordaje tangencial, a la intensa campaña de ayuda material y de reclutamiento de voluntarios, principalmente a través de su predominio dentro de la FOARE. Esta deficiencia bibliográfica no se condice con el estrecho compromiso que dedicó el PCA a la lucha antifascista en España.

CAPÍTULO 1: Algunas cuestiones nodales en torno del internacionalismo comunista en la Argentina: de la autonomía relativa del PCA a la dependencia del PCUS y de la IC

Durante los años de la IC, la política exterior soviética tuvo una incidencia de primer orden tanto para la generación de los acontecimientos internos como para el desarrollo de los partidos comunistas de todo el mundo. Entendemos, por tal motivo, que la historia del PCA no puede ser debidamente comprendida en sus formulaciones y comportamientos internos si no se toman en cuenta las acciones salientes en cada momento particular del PCUS. De igual modo, estimamos que resulta inevitablemente sesgada toda aquella perspectiva teórico-analítica que, centrada en la dilucidación de los mecanismos más hondos que intervienen en la activación de la dinámica soviética, no establece en un plano de primera importancia el desarrollo de su historia política exterior.

Fue Alberto Plá quien dio cuenta de la relevancia que tiene la presencia de la IC en el desarrollo del PCA durante sus años formativos.¹ En efecto, no se puede dejar de lado la intensa vida vinculada a la política internacional en la que participa el partido en ese período. Queda claro, asimismo, que la correa de transmisión en esta vinculación - creciente a medida que se van produciendo las primeras rupturas internas- entre Buenos Aires y Moscú se halla conformada por las direcciones partidarias. Por lo tanto, constituyen los intercambios entablados y las decisiones tomadas entre estas últimas la principal materia de análisis de esta investigación. La historia del PCA en los años de la IC, no puede ser analizada de manera adecuada si no se toma en cuenta la dimensión internacional dentro de la cual se desarrolló cada uno de sus posicionamientos. Era en este sentido que Perry Anderson recordaba aquellas críticas formuladas por Eric Hobsbawm al estudio de James Klugmann sobre la historia del Partido Comunista de Gran Bretaña, referidas al hecho de que se hubiera negado toda relevancia en las explicaciones allí vertidas al rol desempeñado por la IC.² Esto no implica, en forma alguna, considerar *a priori* la existencia de un entramado relacional unívoco entre la IC y sus secciones constituyentes.

A los fines operativos de la presente investigación, por lo tanto, realizaremos en este capítulo inicial un recorrido argumentativo que habrá de componer y resolver

¹ Alberto Plá, "El PCA (1918-1928) y la Internacional Comunista", en *Anuario*, N° 12, Rosario, Universidad Nacional de Rosario, 1986-1987, p. 339.

² Perry Anderson, "La historia de los partidos comunistas", en Raphael Samuel (ed.): *Historia popular y teoría socialista*, Barcelona, Crítica, 1984, p. 157.

interpretativamente la situación autónoma/heterónoma que presentaba el PCA al momento de pasar a integrar la estructura de la IC. En este sentido, resulta de suma relevancia, en primera instancia, destacar los aspectos organizativos más salientes que presentó la IC. De este modo resultará clarificado el rol jerárquico atribuido a cada una de sus partes esenciales y especialmente permitirá comprender de manera cabal la importancia que para la toma de resoluciones de conjunto encerró la celebración altamente irregular a partir de la muerte de Lenin de los congresos de la IC. En segundo lugar, y estrechamente vinculado con lo anterior, resulta fundamental establecer cuál fue el peso específico del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) dentro del conjunto de los Partidos Comunistas que integraron la IC. Mediante este procedimiento se podrá vislumbrar en qué medida las grandes líneas políticas trazadas por esta última guardaron consonancia con la configuración política interna y externa de la Unión Soviética en los grandes momentos históricos del período. En tercer lugar, es inevitable establecer, si bien sucintamente, los términos en que se llevó a cabo la ruptura dentro del Partido Socialista Argentino (PSA) y que originaron la emergencia del Partido Socialista Internacional (PSI), más tarde rebautizado como PCA. Determinar las primeras percepciones y concepciones que motivaron el apoyo de los comunistas argentinos a la Revolución de Octubre y a la IC favorecerá una comprensión adecuada sobre la postura establecida inicialmente por el PCA ante el PCUS. El desarrollo de la posición de los líderes argentinos ante la dirección soviética no se mantuvo incólume a lo largo de la década de 1920, por lo que será preciso anticipar, como cuarta medida, un tema de alta complejidad que será analizado a fondo en el segundo y el tercer capítulos: los comienzos de la pérdida de independencia por parte del PCA para la lectura de la realidad sociopolítica nacional. Por último, y en relación con lo anterior, será presentado el terreno sobre el cual comenzaron a intervenir los primeros representantes de la IC en la sección argentina. La recepción que de aquellos realizaron los líderes comunistas de la Argentina dependió tanto del rol que se pretendió otorgar al partido como de la existencia o inexistencia de faccionalismos internos y de las metodologías adoptadas para resolverlos.

1.1. Acerca de la organización del movimiento comunista internacional

El Comité Central del Partido Comunista (bolchevique) de Rusia realizó un llamamiento el 24 de enero de 1919 convocando a la celebración del congreso inaugural de una nueva Internacional revolucionaria que viniera a suplantarse a la “obsoleta”

Segunda Internacional, la cual había naufragado en la traición de su política colaboracionista con los proyectos imperialistas de las burguesías nacionales. Las premisas para conformar una nueva organización internacional fueron elaboradas bajo los conceptos del PC de Rusia y de la Unión “Spartacus” de Alemania.³ La solicitud para la fundación de una organización verdaderamente proletaria y campesina fue suscrita por los partidos comunistas de Alemania, Austria, Polonia, Hungría, Letonia, Finlandia, la Federación Socialista Balcánica y el Partido Socialista Obrero de Estados Unidos. El congreso fundacional de la Tercera Internacional finalmente fue llevado a cabo en el mes de marzo de 1919, en momentos en que el territorio ruso se hallaba sitiado por las fuerzas de la reacción que, con ayuda extranjera, reivindicaban una vuelta al zarismo. Esta situación conllevó a que tan sólo un pequeño grupo de delegados pudieran apersonarse en Moscú para tomar parte efectiva en la cita.⁴ Las cuestiones organizativas de fondo no pudieron encontrar el ámbito adecuado para el debate en el I Congreso y en consecuencia éste no pasó de ser una carta de presentación al mundo, por lo que, en opinión de Zinoviev, la Tercera Internacional resultaba convertida transitoriamente en una “sociedad de propaganda”⁵. Quedaban así postergadas para la realización del congreso siguiente las formalidades de la constitución definitiva a partir de la aprobación de los estatutos de la IC. En adelante, las prácticas de los distintos partidos comunistas que dieron su adhesión a la Internacional Comunista no pudieron sino hallarse condicionadas por las discusiones y las decisiones consensuadas en su seno. Tal como señaló Roberto Pittaluga, el proceso político abierto en Rusia en 1917 retomó las viejas polémicas que enfrentaban la reforma con la revolución y les dio un nuevo sentido dentro de un marco en el que la IC jugó un rol central al obligar a todas las partes interesadas, especialmente desde las 21 condiciones impuestas en el II Congreso de 1920, a decidir entre “la adhesión incondicional o el rechazo frontal de la

³ “La tercera Internacional. El documento de Moscú”, *Documentos del progreso*, año I, N° 4, 15/9/1919, p. 6.

⁴ Mathias Rakosi, “Noticia histórica”, en AAVV: *Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista. Primera parte*, Córdoba, Cuadernos de Pasado y Presente, N° 43, 1973, pp. 4-5 [publicado originalmente en *Annuaire du Travail*, 1923].

⁵ Michael T. Florinsky, “World Revolution and Soviet Foreign Policy”, in *Political Science Quarterly*, vol. 47, N° 2, June, 1932, p. 208.

experiencia y el proyecto bolchevique”⁶. Las condiciones de admisión fueron un éxito, obteniendo el voto negativo de tan sólo dos de los delegados presentes en el congreso.⁷

En sus primeros años de existencia, el camino que iba trazando la IC era decidido principalmente por quienes entonces eran sus directores, Zinoviev y Bukharin. Recién hacia fines de 1928 y comienzos de 1929 se alzó la figura de Stalin como denominador común en las decisiones que en adelante tomó el Comité Ejecutivo de la IC. De hecho, fue Zinoviev y no Stalin quien tuvo a su cargo la elaboración de la táctica del “frente único” diseñada para disputar el apoyo de los obreros a la socialdemocracia mediante la unidad por la base y sin establecer coaliciones con los partidos socialistas. Así, la construcción de un rival “socialfascista” no correspondió a una iniciativa de Stalin.⁸ Otro tanto había ocurrido con la diagramación del proyecto del “socialismo en un solo país”, contrario a la noción trotskista de “revolución permanente”, difundida originalmente por Bukharin en vísperas del XIV Congreso del PCUS y no por Stalin.⁹

El Congreso era el órgano supremo de la IC. En él se encontraban representadas todas las secciones y allí se discutían cuestiones relativas a los programas, tácticas y organización. En el Congreso residía la facultad de introducir reformas al programa y a los estatutos de la IC. La cantidad de votos de que disponía cada partido no era homogénea, sino que dependía de su número de afiliados así como también de la relevancia que tenga políticamente el país al que pertenecían. Podían ser solicitados Congresos extraordinarios, pero era esta una facultad que quedaba reservada a aquellos partidos que hubieran sumado la mitad o más del total de votos emitidos en el último Congreso celebrado. El Congreso Mundial elegía el CE de la IC, el cual se erigía en autoridad superior entre congresos, y le fijaba residencia. El CE de la IC elegía a su vez un Presidium para que se hiciera cargo de la administración de la IC en los períodos que mediaban entre sesiones. Estos dos órganos tenían la facultad de dar forma a nuevas oficinas para que operen de manera permanente, con la intención de entablar relaciones fluidas con las secciones. Para dar mayor precisión a sus actividades, la IC crea los Secretariados Internacionales, dependientes también del CE de la IC. Así se crearon el

⁶ R. Pittaluga, “La revolución rusa: algunas recepciones en la Argentina”, en Ezequiel Adamovsky, Martín Baña y Pablo Fontana (Comps.): *Octubre Rojo. Noventa años después*, Buenos Aires, Libros del Rojas, 2009, p. 103.

⁷ *The Communist International*, “The conditions of admission into the Communist International adopted at the II. Congress of the Comintern and the cleansing of the ranks of the Communist Parties (By O. Piatnitsky)”, August 15th, vol.X, N° 16, 1933, p. 531.

⁸ Nicholas N. Kozlov and Eric D. Weitz, “Reflections on the Origins of the ‘Third Period’: Bukharin, the Comintern, and the Political Economy of Weimar Germany”, in *Journal of Contemporary History*, vol. 24, N° 3, July, 1989, pp. 387-410.

⁹ Cf. Giuliano Procacci, “Las posiciones en litigio”, en AAVV: *El socialismo en un solo país*, Córdoba, Cuadernos de Pasado y Presente, N° 36, 1972, p. 2.

Secretariado Internacional de Europa Occidental, el de Europa Central, de Asia y África, el Norteamericano, el Centroamericano, el Sudamericano, y el Idiomático.¹⁰

Existía también una Comisión Internacional de Control, que tenía su cargo, como su nombre lo indica, el control sobre la unidad y la cohesión de los distintos partidos comunistas (PPCC), aunque también ejercía supervisión sobre miembros individualizados. El 18 de julio de 1920 se creó el Consejo Internacional de Sindicatos Profesionales Industriales. Al realizar su primer congreso en 1921, cambió el nombre por el de Internacional Sindical Roja (ISR), también conocido por el acrónimo ruso Profintern. Una de sus principales tareas consistió en la creación de Comités de Propaganda. Su objetivo era que operaran de enlace entre la ISR y las organizaciones del proletariado revolucionario. A lo largo de gran parte de su existencia la ISR intentó lograr un bloque de unidad sindical con los sindicatos reformistas. No obtuvo éxito en sus propuestas, siendo uno de sus últimos reveses más resonantes el rechazo de la Federación Sindical Internacional en julio de 1939 a su invitación para conformar el “frente único”. Entendían los delegados de los sindicatos reunidos en la FSI que la voluntad de la ISR no pasaba por la unidad de la masa de trabajadores organizados, sino por la destrucción y posterior asimilación del movimiento sindical no-comunista. Temían que los 23 millones de afiliados de los que disponía el organismo comunista dejaran muy pronto sin voz en las asambleas y reuniones a los poco menos de 17 millones de afiliados a los gremios nucleados en la FSI. Por su parte, la Sociedad Internacional para Ayuda de los Revolucionarios (o MOPR, según siglas en ruso), más conocida como Socorro Rojo Internacional (SRI), contaba aproximadamente 6 millones de miembros y se definía como la “retaguardia roja de la revolución”. Su papel consistía en realizar tareas de solidaridad con todos aquellos que, por su lucha contra la explotación capitalista, sufrían condenas y persecuciones políticas.

Los órganos encargados de llevar a cabo el trabajo de educación comunista entre los jóvenes eran la Juventud Comunista, que operaba en la Unión Soviética, y la Internacional Juvenil Comunista, que actuaba en el resto del mundo donde existían PPCC. Desde 1922 tenía la función de proveer de nuevos cuadros al movimiento comunista internacional. La Internacional Juvenil Comunista (IJC) también tomaba sus decisiones centrales por medio de la celebración de Congresos a los que concurrían delegados de las distintas secciones integrantes. También al igual que la IC, disponía de un CE y un Presidium. El grupo de los Pioneros (o Exploradores Rojos), encargado de

¹⁰ C. M. Silveyra, op. cit., p. 76.

realizar actividades entre los niños, fue creado en 1924. El trabajo que en él se realizaba estaba bajo la dirección del PCUS y del Komsomol. Por último se debe mencionar la Internacional Roja Femenina, que tenía por objeto contribuir a la emancipación de la mujer de las distintas formas de dominación que padece bajo el capitalismo occidental: la familia, la maternidad, la religión y la moral burguesa. Radicada en Moscú y con un plan organizativo elaborado en mayo de 1924, la Internacional Roja Femenina tenía la misión de hacer comprender a las mujeres que también ellas podían tomar parte en las luchas –sociales, políticas y económicas- del proletariado. Por medio de estos organismos principales el movimiento comunista aspiraba a penetrar en cada uno de los aspectos más importantes de la vida social.¹¹

1.2. La hegemonía soviética en la IC

El II Congreso de la IC de 1920, que con sus 21 condiciones sentó las bases sobre las cuales serían admitidos los nuevos partidos miembros, dio forma al mecanismo centralizador y a la estructura organizativa que definieron al organismo hasta su disolución. La IC se convertía así en la cabeza y la burocracia del movimiento comunista internacional. Con sede en Moscú, y a pesar de las declaraciones de democracia participativa interna, la IC quedaba bajo el control férreo del Kremlin. La percepción de esta situación llevaba a Trotsky a formular en su exilio de Alma-Ata una pregunta crucial:

¿Quién modificó, pues, el Comité ejecutivo, responsable únicamente ante los Congresos, si éstos no fueron convocados? La respuesta es perfectamente clara. El núcleo director del partido comunista de la U.R.S.S., cada vez que su composición cambiaba, seleccionaba a los que componían el Comité ejecutivo de la Internacional comunista, independientemente de sus Estatutos y de las decisiones de su quinto Congreso.¹²

En reemplazo del orden caótico que había imperado en el congreso fundacional, el congreso de 1920 resultó de una trascendencia indiscutida, puesto que su objetivo fue contribuir al armado estructural de la IC y a la regulación de las relaciones internas. No obstante, las medidas adoptadas fueron decididas desproporcionadamente por la Rusia soviética: los votos decisivos fueron otorgados a los partidos que simpatizaban con el Partido Bolchevique, en tanto que a los partidos no-bolcheviques se les asignó una

¹¹ Toda esta información fue recopilada por los anticomunistas estudiosos del movimiento comunista internacional Nicolás Rodinevitch y Eduardo Comín Colomer, *La Internacional Comunista o Komintern y sus Organizaciones Auxiliares*, Madrid, Ediciones Españolas, 1941.

¹² León Trotsky, *El gran organizador de derrotas*, Madrid, Hoy, 1930 [1928], p. 20.

participación reducida al voto consultivo.¹³ Asimismo, por ejemplo, cuando en su VI Congreso de 1928 resolvió emprender una campaña agresiva contra la socialdemocracia, que iba a desencadenar profundas consecuencias para el comunismo y la izquierda en su conjunto, encontró muchas resistencias entre los delegados. Para la implementación definitiva de las resoluciones adoptadas en aquel congreso, hubo que esperar a que tuviera lugar previamente la celebración del X Pleno del CE de la IC, ocurrida en junio de 1929. Producto de las desavenencias al interior del PCUS entre Stalin y el jefe de la IC, Nikolai Bukharin, este último fue depuesto de su cargo. Fue el derrotero de la rivalidad entre estos dos miembros de la vieja guardia bolchevique acerca de las cuestiones más salientes de la economía y la política soviéticas lo que en última instancia condujo, también dentro de la IC, al aplastamiento del grupo de Bukharin junto con todo su paquete de propuestas. Efectivamente, la influencia permanente y directa ejercida por el PCUS y el estado soviético sobre la IC resultaba inevitable.

Este es tan solo un caso, tan paradigmático como trascendente, de la incidencia que las fricciones internas en la dirección del PCUS imprimieron su signo en la IC. Los combates dirigidos por el stalinismo dentro de la Unión Soviética contra trotskistas, zinovievistas y bukharinistas, encontraron correlato inmediato en la Tercera Internacional.¹⁴ Las expulsiones realizadas en el PCUS por motivos de discrepancia ideológica fueron replicadas en las distintas secciones de la IC. Así cayó en desgracia uno de los principales encargados de coordinar las acciones del movimiento comunista latinoamericano y cuya participación en la crisis del PCA de 1927 había sido de relevancia, el suizo Jules Humbert-Droz, quien habiendo ingresado al grupo “oportunista” liderado por Bukharin “se había apartado de la línea correcta de la Comintern”¹⁵.

La fuerza de la IC necesaria para lograr una unidad de intereses capaz de superponerse a la de los objetivos nacionales que debían ser sacrificados en aras de una estrategia compartida por todas sus partes era provista por el prestigio del primer estado obrero. Su sola existencia alcanzó en los primeros decenios para mantener unido al

¹³ De un total de 136 votos decisivos, 88 correspondieron a grupos bolcheviques y pro-bolcheviques de la Unión Soviética, Europa del Este y el Báltico. El resto de los votos efectivos recayó en partidos procedentes de una treintena de países que escapaban a la influencia soviética inmediata. Edward B. Richards, “The Shaping of the Comintern”, *American Slavic and East European Review*, vol. 18, N° 2, April, 1959, p. 197.

¹⁴ Cf. William J. Chase, *Enemies within the gates? The Comintern and the Stalinist repression, 1934-1939*, New Haven and London, Yale University Press, 2001, pp. 13-16.

¹⁵ Walter Ulbricht, *X Plenum Ispolkoma Komintern. Mezhdunarodnoe polozhenie i zadachi Kommunisticheskogo Internatsionala*, Moskva, Gosudarstvennoe Izdatel'stvo, 1929, p. 235.

movimiento comunista internacional, atenuando sus contradicciones internas. Esta realidad hizo en gran medida posible el surgimiento de una supremacía soviética.¹⁶ La IC disponía dentro de la Rusia soviética de una importante cantidad de instituciones que estaban encargadas de proveer a los distintos organismos resolutivos de los análisis internacionales que debían constituir la sustancia para trazar las distintas políticas comunistas a nivel mundial. No obstante, esta elevada valoración de los “expertos del conocimiento” no encontraba una correspondencia acorde a la hora de comunicar a la población soviética los eventos mundiales y las interpretaciones y proyecciones de éstos. Por el contrario, la agencia estatal de noticias TASS obtuvo en junio de 1925 el monopolio para informar dentro de la Unión Soviética las novedades de carácter internacional, en perjuicio de los emprendimientos informativos gestionados por la IC.¹⁷ A diferencia de lo ocurrido en el resto de los partidos integrantes, quedaba claro que las representaciones sobre la revolución mundial proporcionadas dentro de la Unión Soviética eran una actividad exclusiva del PCUS, lo que equivale a decir que, al menos en la materia referida a la prensa nacional, el partido soviético estaba en condiciones de operar según su propio y exclusivo criterio, sin dar mayores participaciones a los especialistas del partido comunista mundial. En el mismo sentido, vale recordar que el Departamento de Agitación y Propaganda (Agitprop), que estaba compuesto por un importante número de intelectuales comunistas procedentes de Occidente y a cuya cabeza originalmente se encontraban el húngaro Bela Kun y el alemán Alfred Kurella, se hallaba bajo la supervisión directa del Politburó del CC del PCUS.¹⁸

En efecto, la vida cotidiana de la IC se encontraba fuertemente atravesada por los acontecimientos soviéticos. Y ello fue así no sólo porque el consentimiento de la dirección del PCUS fuera un requisito ineludible para efectivizar los cambios sustanciales en los lineamientos programáticos del movimiento comunista internacional y de cualquiera de sus partes. Además de su injerencia estructural permanente, influyó Moscú en la generación de consecuencias significativas a través de decisiones coyunturales que repercutieron en el armado organizativo de la IC. Hasta la celebración del VI congreso de 1928, la Comintern albergó en su dirección una mayoría abrumadora de comunistas de origen soviético. La suerte de los máximos dirigentes estuvo

¹⁶ Cf. Jacques Levesque, “Modèles de conflits entre l’URSS et les autres états socialistes”, *Canadian Journal of Political Science/Revue canadienne de science politique*, vol. 7, N° 1, March, 1974, pp. 135-137.

¹⁷ Gleb J. Albert, “Think Tank, Publisher, Symbol: The Comintern in the Early Soviet Media Landscape”, in *The International Newsletter of Communist Studies*, XVII, N° 24, 2011, pp.118-119.

¹⁸ Ludmila Stern, *Western Intellectuals and the Soviet Union, 1920-40. From Red Square to the Left Bank*, London and New York, Routledge, 2007, pp. 36-37.

estrechamente ligada a la posición favorable o desfavorable respecto del proyecto stalinista ocupada en la política interna de la Unión Soviética. De este modo, la caída en desgracia de Zinoviev, presidente del Consejo del CE de la IC desde su fundación hasta 1926, comenzó cuando pasó a integrar junto a Trotsky la Oposición Unificada que intentó, sin éxito, enfrentar a Stalin. De igual manera, Osip Piatnitsky cumplió un rol fundamental desde la jefatura del Departamento de Enlace Internacional del Comintern desde 1921, pero su trabajo quedó trunco cuando, acusado de ser un enemigo del pueblo por oponerse abiertamente dentro del CE de la IC al proceso virulento de las grandes purgas, fue arrestado por el NKVD en 1937.

En los cada vez más prolongados períodos entre congresos, el Comité Ejecutivo (CE) era la máxima autoridad de la IC, su centro rector. Tenía la facultad de aprobar o vetar los programas de las secciones nacionales. Según lo establecido en el II Congreso de julio de 1920, las decisiones del CE de la IC tenían carácter obligatorio para el conjunto de los partidos que integran la organización. Las secciones nacionales debían aceptar la supervisión de inspectores procedentes de Moscú, encargados de evaluar el trabajo cotidiano de los partidos. No fue sino hasta que tuvo lugar la celebración del III Congreso de la IC que se produjo la incorporación del PCA en su seno. Sin embargo, las relaciones de la flamante sección argentina con el Partido Bolchevique y la IC no comenzaban en 1921, sino que hundían sus raíces en la Revolución de Octubre y eran ratificadas en marzo de 1919 cuando encontraba su origen el “partido mundial de la revolución”.

1.3. Una ruptura fundacional: de la escisión en el PSA a la integración en la IC

Hasta la aparición de los partidos modernos, aquellos que predominaron en la arena política fueron los partidos de notables, caracterizados por la debilidad interna de sus estructuras y el sesgo oligárquico de sus principios e intervenciones.¹⁹ Interesado en anteponer la política moderna de sesgo ideológico a la política “criolla” personalista,²⁰ el PSA rompió, junto a la Unión Cívica Radical, con el modelo de organización política lábil vigente en el país hasta comienzos de la década de 1890. Por contraste con la existencia previa de modalidades de encuadramiento con finalidades exclusivas de electoralismo circunstancial, se ve emerger en el campo político argentino mediante

¹⁹ Pablo Oñate, “Los partidos políticos”, en Rafael del Aguila (ed.): *Manual de ciencia política*, Madrid, Trotta, 2005, pp. 256-257.

²⁰ Cf. Alfredo Galletti, *La realidad argentina en el siglo XX. Tomo I: La política y los partidos*, Buenos Aires, FCE, 1961, pp. 51-53.

aquellas dos agrupaciones partidarias la formación de nucleamientos doctrinarios con derechos y obligaciones explícitamente estipulados y sostenidos por aspiraciones de permanencia en el mecanismo político institucionalizado.²¹ De hecho, la lógica y el dinamismo propuestos por la UCR y el PSA es lo que les permite en las elecciones de 1912 captar la atención de un electorado que recién comenzaba a estrenarse.²² A partir de esta nueva configuración del sistema político argentino, los antagonismos ideológicos, no basados *a priori* en conflictos de índole personal, pasarán a constituir una característica de los partidos políticos modernos.²³ Vale decir que el motor dinamizador de las fricciones intrapartidarias -que son los que interesan a nuestro propósito- será desde entonces el producto de que sean asumidos de maneras distintas por sectores enfrentados aquellos contenidos programáticos que conforman la doctrina compartida. El surgimiento de vertientes disidentes al interior del PSA en los años anteriores a la aparición del Partido Comunista es un reflejo concreto que permite dar cuenta de esta situación.

La concentración de poder y el centralismo en la toma de decisiones dentro del socialismo fueron creciendo a ritmos cada vez más acelerados, según crecía el partido en número de miembros y en impacto social, hasta decantar en una hegemonía franca por parte de la corriente parlamentarista encabezada por Juan B. Justo. El estallido de la Gran Guerra hubo de amplificar los efectos de este proceso hasta colocarlo en su punto de ebullición. Con anterioridad al inicio de las hostilidades bélicas el socialismo no constituía una estructura rígida y cerrada, sino que, por el contrario, admitía en su seno la generación de prácticas relativamente radicalizadas, visibles desde 1912, con las cuales los planteos tradicionales de corte evolucionista podían convivir sin mayores inconvenientes.

En efecto, a comienzos de la década de 1910 se advierte, mediante la incorporación de militantes noveles, la emergencia de un ala indiscutiblemente revolucionaria que reclama un lugar dentro del partido a través de las Juventudes Socialistas. A partir de la aparición en julio de 1912 del primer número del periódico *Palabra Socialista*, la existencia de una corriente que se reconoce a sí misma como revolucionaria y que dice recuperar los componentes más radicales de la doctrina socialista es una realidad que da

²¹ Darío Cantón, *Elecciones y partidos políticos en la Argentina. Historia, interpretación y balance: 1910-1966*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1973, pp. 19-21. Darío Cantón, *El Parlamento Argentino en épocas de cambio: 1890, 1916 y 1946*, Buenos Aires, Editorial del Instituto, 1966, p. 28.

²² D. Cantón y Jorge Raúl Jorrot, *Elecciones en la ciudad, 1892-2001. Tomo II (1912-1973)*, Buenos Aires, Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires, 2001, p. 214.

²³ Maurice Duverger, *Los partidos políticos*, México, FCE, 1957, p. 32.

cuenta de la conformación de tendencias intrapartidarias, es decir, de la generación de dos posiciones contrastantes al interior del socialismo argentino. En su primer número, el periódico de los jóvenes socialistas partía lanzas contra la política del parlamentarismo mayoritario, que a sus ojos había dado por tierra con cuanta postura teórico-práctica desafiante del orden burgués podía llegar a esgrimir el partido:

En desacuerdo con el pensamiento reformista del teórico socialista alemán Bernstein, de que, en la lucha por la emancipación obrera, “el movimiento es todo y nada, lo que se llama habitualmente la aspiración final del socialismo”, nosotros entendemos que este movimiento, para responder real y fecundamente a los trascendentales fines de la doctrina marxista, debe cultivar con firmeza las concepciones fundamentales del socialismo, o *de otro modo el ideal de la completa transformación social*.²⁴

Del mismo modo, el Centro de Estudios Sociales Carlos Marx, creado igualmente por los jóvenes marxistas más activos, intentó durante su breve existencia reconducir la disyuntiva entre el capital y el trabajo asalariado, revitalizando la necesidad de promover desde el socialismo la transformación abrupta de la sociedad. Para los jóvenes de izquierda, la actividad del partido debía torcer el rumbo impuesto por la dirección, reestableciendo un activismo tripartito que sacara del “pedestal” a la política y la pusiera en un mismo nivel con el cooperativismo, pero muy especialmente con el gremialismo:

La organización obrera en sindicatos, además de formar una fuerte conciencia de clase, sirve no sólo para conseguir mejoras determinadas y reformas trascendentales para un gremio cualquiera, sino también para imponer el respeto y el cumplimiento al capitalismo de leyes conquistadas mediante la acción política, a beneficio del pueblo productor.²⁵

Como se puede observar, la adopción de postulados teóricos e intervenciones prácticas en torno de la esfera política presenta la germinación de un grupo del Partido Socialista que claramente toma distancia respecto de la conducción que lo lidera. Si esta tendencia a la confrontación interna no alcanza por sí sola para constituir un motivo de ruptura ello se debe, según nuestra opinión, al hecho de que el rápido cercenamiento de sus expresiones por parte del sector parlamentarista impide que se propaguen y ganen el terreno suficiente para ejercer una rivalidad genuina. Fue en este contexto de tensiones internas cuando el socialismo parlamentarista no sólo permitió, sino que además

²⁴ Partido Socialista Internacional, *Historia del socialismo marxista en Argentina. Origen del Partido Socialista Internacional*, Buenos Aires, s/e, 1919, p. 13.

²⁵ *Palabra Socialista*, año I, N° 3, 15/8/1912, p. 3.

incentivó la profundización de las polémicas entre los marxistas y los sindicalistas revolucionarios, poniendo nada menos que el órgano oficial del partido a disposición de los fuertes intercambios.²⁶ La mayoría socialista podía especular con que el desgaste que así sufrían los izquierdistas en el frente de lucha ideológica con el sindicalismo se vería reflejado paralelamente en la merma de su participación dentro del partido. No es tampoco de despreciar el rédito político que la vertiente parlamentaria obtiene a partir de los triunfos electorales en la Capital del país -que para el año de 1914 se representa en la obtención de diez bancas en la legislatura nacional-, lo que permite a los dirigentes del PSA ganar terreno suficiente para aumentar su margen de acción dentro del conjunto.

Sin embargo, la alternativa socialista al electoralismo, no cediendo en sus esfuerzos por reconducir la militancia socialista hacia la senda de la acción revolucionaria, volvería a encontrar nuevas posibilidades de emergencia, siendo su materialización en el Comité de Propaganda Gremial una de las experiencias que iban a calar con mayor profundidad dentro del movimiento obrero de la época. Esta facción se hará particularmente fuerte cuando los acontecimientos generados por la Primera Guerra Mundial involucren a la Argentina, obligándola a tomar decisiones alrededor de la ruptura de relaciones diplomáticas o la permanencia en el neutralismo, al tiempo que el éxito de la Revolución bolchevique y la finalización de la participación de Rusia en el conflicto bélico europeo potenciará las posiciones del internacionalismo revolucionario. Las raíces del PCA se hundían en los márgenes del PSA, los inconformistas más inquietos de éste iban a ser los protagonistas de la fundación de aquél. El disparador de este cambio de papel y de escenario en el teatro de la política argentina vino dado por el desarrollo accidentado de la coyuntura bélica internacional.

En las discusiones parlamentarias que a mediados de 1913 tuvieron por eje los criterios empleados para la aprobación de las partidas presupuestarias, el senador socialista Enrique del Valle Iberlucea se había manifestado contrario a que se mantuviera la espiral ascendente de gastos que insumía el Ministerio de Guerra y

²⁶ Coincidimos plenamente con el señalamiento respecto de que, al responder afirmativamente al ofrecimiento para interceder en las páginas de *La Vanguardia*, Sebastián Marotta, líder del sindicalismo revolucionario argentino que se hizo fuerte en la FORA del IX Congreso, “actuó -de hecho- como interlocutor y vocero de la mayoría del C. E. del P. S.”, ya que, al adherir a la segregación organizativa del proletariado en un núcleo económico y otro político, sus intervenciones “expresaron casi fielmente los puntos de vista de la dirección reformista del partido [...]”. Hernán Camarero y Alejandro Schneider, *La polémica Penelón-Marotta (marxismo y sindicalismo soreliano, 1912-1918)*, Buenos Aires, CEAL, 1991, p. 58.

Marina de la nación.²⁷ La guerra submarina total declarada por Alemania iba a producir un cambio drástico en la posición neutralista hasta entonces asumida unánimemente por el PSA. Peligraba ahora la integridad del comercio trasatlántico y la corriente parlamentaria extremó sus reclamos de garantías para la circulación internacional de mercancías. La facción izquierdista dentro del partido opuso resistencia. El III Congreso extraordinario del Partido Socialista, que tuvo lugar en el local de la Sociedad Verdi durante los días 28 y 29 de abril de 1917, se convirtió en el foro donde los contrincantes ideológicos confluyeron por última vez en calidad de miembros de una misma organización política.²⁸

Para entonces la convivencia de las dos facciones intrapartidarias era una carga muy pesada de sobrellevar. Los marxistas fundaron un nuevo periódico para difundir sus proclamas y dejar constancia de su mirada sobre los hechos. Así nació *La Internacional*, que desde su primer número, editado en agosto de 1917, contó con los aportes de José Penelón (obrero linotipista), Juan Ferlini (escritor), Juan Greco (obrero linotipista), Aldo Cantoni (médico), Rodolfo Ghioldi (maestro), Victorio Codovilla (empleado telegráfico). Finalmente, en el transcurso de los días 5 y 6 de enero de 1918 se celebró el Congreso Constitutivo del flamante Partido Socialista Internacional, futuro Partido Comunista de la Argentina.

El socialismo internacionalista no era el producto de una irrupción práctica realizada en el vacío, sino la consecuencia de un proceso histórico identificable, hallándose el germen de su manifestación en la emergencia y consolidación de tendencias interiores al PSA. Sin embargo, es cierto también que los futuros fundadores del comunismo en la Argentina no tenían más que una representación escueta de las teorías con que Lenin intentaba agitar, sin llegar en ningún momento a salir de un lugar marginal, a los delegados de la Segunda Internacional en sus distintos congresos y conferencias. Esta situación de desconocimiento primario respecto de la *praxis* radicalizada del leninismo no era exclusividad sintomática del PSA. El propio György Lukács, a todas luces uno de los más notables intelectuales marxistas de la época, reconocía no haber tenido en tiempos de la experiencia soviética de Hungría en 1919 -así como tampoco ningún otro teórico revolucionario de su país- un conocimiento profundo de las ideas de Lenin sobre

²⁷ Cf. E. del Valle Iberlucea, *Discursos parlamentarios*, Valencia, F. Sempere y Compañía, s/f [circa 1915], pp. 43 y 51.

²⁸ Estos acontecimientos fueron muy bien retratados por E. J. Corbière, *Orígenes del comunismo argentino*, op. cit., y D. Campione, *El comunismo en argentina*, op. cit.

la revolución, las cuales gozaban apenas de una circulación relativamente buena en Alemania.²⁹

Sería incorrecto suponer, mediante el ejercicio de la apreciación retrospectiva concedora de su derrotero, que el bolchevismo ruso adoptó desde un primer momento la postura esgrimida en pos de transformar la guerra entre naciones en una guerra entre clases. Por el contrario, y hasta el retorno de Lenin a Rusia en abril de 1917, el bolchevismo comulgó con el centrismo socialdemócrata que a nivel internacional encabezaba Karl Kautsky. Para aclarar un poco el motivo de dicho posicionamiento acaso sirva recordar el temor al aislamiento que el bolchevismo padecía a causa de la incapacidad que manifestaba la socialdemocracia occidental a la hora de comprender las especificidades rusas, situación que conllevó a que los escritos de Lenin fueran escasamente difundidos.³⁰ De hecho, para esta época el proletariado internacional desconocía casi por completo la experiencia política y organizativa propia del bolchevismo.³¹ No fue sino hasta junio de 1917 que el Comité Central del Partido Comunista (bolchevique) de Rusia decidió editar una serie de revisiones sobre el programa del partido preparadas entre abril y mayo,³² entre cuyos diversos componentes prescriptivos se destacaba la ruptura definitiva con las direcciones de los partidos socialdemócratas oficiales, defensoras del concepto de “patria” esbozado por las burguesías nacionales, y, por lo tanto, contrarias a la noción de pacificación por vía revolucionaria.

En momentos en que la guerra submarina total declarada por Alemania afectó los intereses económicos de las naciones agroexportadoras, los internacionalistas del socialismo argentino no confluyeron con Lenin en la urgencia que suponía la defensa encarnizada del derecho de las naciones a la autodeterminación. En la entrevista

²⁹ Cf. G. Lukács, “Prólogo” [Budapest, marzo de 1967], en *Historia y conciencia de clase*, Madrid, Sarpe, 1985, pp. 32-33. En una entrevista concedida en 1969 profundiza esta percepción, recordando que los escritos provenientes de Rusia que tenían difusión se limitaban a Plejánov; en tanto, la figura de Lenin empezó a cobrar cierta relevancia recién con el triunfo de la Revolución de Octubre, en “Texto de la entrevista a Luckács”, realizada por András Kovács, en G. Lukács: *Revolución socialista y antiparlamentarismo*, Córdoba, Cuadernos de Pasado y Presente, N° 41, 1973, p. 137. Este mismo desconocimiento de la figura de Lenin en particular y de los bolcheviques en general, tan notorio en los primeros meses posteriores al triunfo de Octubre, fue también debidamente señalado por Robert Service, *Historia de Rusia en el siglo XX*, Barcelona, Crítica, 2000, p. 77.

³⁰ Cf. Georges Haupt, “Lenin, los Bolcheviques y la Segunda Internacional (1905-1914)”, en Román Rosdolsky et al.: *Guerra y revolución*, Puebla, Universidad Autónoma de Puebla, 1984., pp. 120-121, pp. 126-127. Conducidos por Molotov y Stalin, los bolcheviques “intercedían en favor de la unidad política e incluso organizativa con los mencheviques”, partidarios, por entonces, de la posición centrista que defendía el destacado dirigente checo. R. Rosdolsky, “La política oportunista de la Segunda Internacional y la política de paz de los bolcheviques antes de la Revolución de Octubre”, Idem, p. 47.

³¹ Así lo atestigua el editorial “Lo sfacelo della socialdemocrazia” de la revista comunista *Lo Stato Operaio. Rassegna di politica proletaria*, anno VII, N° 4, aprile 1933, p. 162.

³² V. I. Lenin, “Materiales sobre la revisión del programa del partido”, en *Obras completas*, t. XXV, Buenos Aires, Cartago, 1970, pp. 439-463.

mantenida por Corbière con Rodolfo Ghioldi, éste reconoce el desconocimiento que en aquel entonces embargó a los internacionalistas respecto de la teoría leninista orientada a la reconversión de la lucha interimperialista en guerra civil interclasista.³³ Los futuros fundadores del comunismo argentino no propugnaron la destrucción del estado nacional burgués a partir de transmutación de la lucha interburguesa en un conflicto interclasista. Tampoco es que estuvieran en las condiciones propicias para hacerlo. A diferencia de lo que acontecía en Rusia, la Argentina no movilizó sus tropas en la Primera Guerra, la masa de los trabajadores no fue armada ni obligada a movilizarse en favor de la promoción de aquellos intereses de clase que le eran ajenos. La campaña de agitación llevada adelante por los internacionalistas argentinos con motivo de la guerra se concentró, en cambio, en presionar al gobierno de Yrigoyen para que se conservara la política de no-intervención. La actitud frente al aparato del estado era, en este sentido, de diálogo antes que de confrontación.

A diferencia de lo que ocurriría en años posteriores, emergía entre los comunistas de la Argentina una independencia de pensamiento que se traslucía en su capacidad para asimilar y adaptar aquellos recursos teórico-prácticos de procedencia dispar cuya utilidad considerase conveniente para la consecución del proyecto político que empezaba a pergeñar. De tal suerte, en cuanto quedó libre de manos para conducirse a su antojo, el socialismo internacionalista emuló en principio al PSA, asumiendo como propias las reivindicaciones plasmadas en el programa mínimo de este último.³⁴ Y es que los dirigentes internacionalistas continuaron encontrando en la lucha parlamentaria un instrumento para la introducción de mejorías inmediatas en las condiciones materiales de existencia de los trabajadores, producto de haber conservado la premisa socialista que hacía del Congreso de la Nación Argentina un espacio de intervención válido para la agitación del proletariado. En el plan proto-comunista de generar una conciencia social revolucionaria, la lucha parlamentaria estaba relegada a desempeñar un papel defensivo y preparatorio. Para el PSI, las elecciones no revestían un carácter prioritario.

³³ E. Corbière, *Orígenes del comunismo argentino*, op. cit., p. 84. Esta situación se comprueba en los pasos iniciales de la prensa comunista argentina; cuando se publica una primera biografía de Lenin, la redacción se refiere a él sin apasionamientos, denotando la escasa información disponible sobre su persona. De hecho, se anuncia al final de la nota en cuestión que “Los apuntes relativos a Lenine los extractamos de unas referencias biográficas utilizadas por Bonafoux, corresponsal del «Heraldo de Madrid» en Londres para un artículo publicado en este diario [...]”, “Lenine-Kerensky. A modo de advertencia”, *La Internacional* (en adelante *LI*), año I, N° 4, 20/9/1917, p. 3.

³⁴ Cf. Daniel Campione, *Juan Ferlini. Un marxista revolucionario en el Concejo Deliberante*, Buenos Aires, Cuadernos de la FISyP, N° 5 (2° serie), marzo de 2001, p. 7.

Los marxistas no habían roto con el partido matriz para repetir sus mismas fórmulas. Esto quedó explicitado con la importante cuestión revolucionaria conjugada en Rusia. Recibida con preocupación y recaudos en el seno del PSA, los internacionalistas se apresuraron a manifestar abiertamente su solidaridad con la Revolución de Octubre, al tiempo que expresaron “el deseo de que se reconstruyera la Internacional Obrera y Socialista sobre la base del marxismo revolucionario”³⁵. En este sentido, resulta interesante recordar lo sucedido en el IV Congreso extraordinario del PSA, celebrado en la ciudad de Bahía Blanca en enero de 1921, en donde la mayoría de los afiliados al partido se manifestó en contra de la intervención minoritaria que proponía adherir a la Tercera Internacional. Sostuvo entonces Enrique Dickmann que constituía éste el punto más saliente y exitoso de la reunión. El diputado socialista consideraba que, de haberse visto convalidada en la votación interna la moción pro-bolchevique que encabezaba Enrique del Valle Iberlucea, el partido y sus miembros no podrían desentenderse de las acusaciones por delito de sedición que indudablemente les caerían a causa de la praxis revolucionaria contenida en la declaración de principios proclamada por los soviéticos.³⁶ Así, la adscripción a la IC le otorgaba al PCA una identificación con el movimiento revolucionario de proyecciones mundiales gestado en Rusia que podía ser esgrimida como credencial de autenticidad frente a los obreros y campesinos, pero que también granjeaba de inmediato el rechazo de la derecha reaccionaria.

Tal como señala uno de los mayores especialistas en las relaciones entre la IC y América Latina, Víctor Jeifets, la decisión del CE de la IC de aceptar el ingreso del PCA a las filas de la Tercera Internacional no estuvo basada primeramente en los informes que Rodolfo Ghioldi, una de las figuras máximas del comunismo argentino, enviaba a Moscú comentando los avances del proletariado argentino y de su vanguardia encarnada en el nuevo partido comunista, sino antes bien en la influencia que el PCA podía ejercer sobre las corrientes de izquierda existentes -ya en germen, ya consolidadas- en los países vecinos.³⁷ Incluso antes de que hubiera tenido lugar la creación de la IC, la dirección del PCA había tomado parte en la actividad de las fuerzas políticas revolucionarias de la región, lo que le había dado un carácter de “Internacional subcontinental”. La dirección del partido argentino recurrió en forma permanente a su

³⁵ Oscar Arévalo, “Historia del Partido Comunista”, op. cit., p. 10.

³⁶ Enrique Dickmann, *Recuerdos de un militante socialista*, Buenos Aires, La Vanguardia, 1949, p. 226.

³⁷ V. Jeifets, “La derrota de los «Lenins argentinos»: La Internacional Comunista, el Partido Comunista y el movimiento obrero de Argentina, 1919-1922”, en *Pacarina del Sur. Revista de pensamiento crítico latinoamericano*, N° 6, enero-marzo 2011, s/p [<http://www.pacarinadelsur.com/home/huellas-y-voces/404-hacia-la-revolucion-panamericana-la-comintern-y-la-creacion-del-comunismo-centroamericano>. Acceso: 12/7/2011].

situación de primer partido comunista de Latinoamérica para reclamar internacionalmente un lugar de primacía sobre los demás partidos de la región y nacionalmente el rol de vanguardia del proletariado argentino integrada en el movimiento que bregaba por la revolución mundial.

El comunismo argentino fue, en sus orígenes, tanto anticapitalista como antinacionalista. Pero hizo un esfuerzo especial por no ser una fuerza antinacional, puesto que su lógica de acción se hallaría delimitada por las condiciones estructurales objetivas del país,³⁸ al menos hasta el momento en que se produce la expulsión del grupo vinculado a Fernando Penelón en 1927 y se consolida el predominio de la dirección adicta a Moscú encarnada en la dupla Victorio Codovilla-Rodolfo Ghioldi, diseñando para el comunista un perfil de partido “orientado hacia afuera”³⁹. El PCA conservó durante sus primeros años de existencia los lineamientos programáticos más salientes del PSA -tal como puede notarse, por ejemplo, en la defensa del librecambio y en todo el entramado ideológico particular derivado de ella-⁴⁰, en los cuales difícilmente podría advertirse la traspolación mecánica de las teorías adoptadas por el socialismo europeo.

1.4. La lucha antiimperialista y la dependencia de criterios

A medida que pasaban los años, el PCA tomaba cada vez mayor distancia con el PSA y jerarquizaba de manera creciente las posturas soviéticas sobre el modo de conducir las prácticas políticas cotidianas. De tal modo, el fin de las facciones en el PCA afectó su caracterización sobre la estructura económica y social de la Argentina, que hasta entonces había resultado poco definida. La realidad nacional no recayó en una interpretación especular con la realidad soviética, pero implicó una aceptación disciplinada de la versión reduccionista con la IC adjudicó a las estructuras socioeconómicas para el conjunto de los países de América Latina. Si en los años 1923-

³⁸ En este sentido, Omar Acha sostiene: “El comunismo experimenta un desgarramiento entre la admiración irrenunciable por la Unión Soviética y un nacionalismo descentrado, justamente por la atracción ejercida por la Patria del Socialismo. Pero su idea de la historia está matizada por una evaluación de la estructura socioeconómica argentina y no por la sociedad rusa. El anclaje en la situación local activa una tendencia nacionalista que, a partir de los años sesenta, contrapesa a la dominante «línea Mayo-Caseros»”. O. Acha, “La historia de izquierda en la Argentina”, en *Herramienta*, 2009 [Recuperado de: <http://www.herramienta.com.ar/herramienta-web-3/la-historia-de-izquierda-en-la-argentina>. Ultimo acceso: 19/9/2012].

³⁹ Cf. Darío Cantón, *Elecciones y partidos políticos en la Argentina*, op. cit., p. 112.

⁴⁰ La originalidad del pensamiento socialista argentino y su contraposición con los preceptos europeos alrededor de la cuestión del libre comercio ha sido analizada en Víctor Augusto Piemonte, “Cuestión nacional y desarrollo económico en tiempos de la Gran Guerra: el Partido Socialista de Argentina en su relación con el librecambio”, en *Políticas de la Memoria*, N° 10/11/12, Verano 2011/2012, pp. 214-223.

1924 los dirigentes del PCA no destinaban una sola palabra a los problemas del imperialismo en aquellos momentos en que configuraban sus proyectos para dar forma a un programa centrado en las reivindicaciones inmediatas, la nueva concepción del trabajo comunista implementada en 1927-1928 fue especialmente atenta de la política exterior soviética a través de la morfología que fue otorgada al antiimperialismo. En efecto, la cuestión del imperialismo fue señalada como una de las tareas inmediatas que debía encarar el PCA en la célebre Carta Abierta enviada por la IC en 1925 (sobre la importancia de este episodio particular volveremos *in extenso* en el capítulo siguiente). No obstante, la dirección argentina continuó sin otorgarle el lugar central que se le exigía, motivo por el cual una facción izquierdista en ascenso, minoritaria dentro del CC del PCA, tomó como bandera la promoción de la lucha antiimperialista. Los izquierdistas pretendieron hacer de esta conexión inmediata entre el diagnóstico cominterniano y su propia práctica (discursivamente) orientada a la nacionalización de las industrias extranjeras y el control de la organización nacional por los obreros y campesinos el fundamento de su reclamo por ser reconocido como el núcleo comunista legítimo dentro del PCA. Pero por entonces, la conducción encabezada por Ghioldi y Penelón negaba importancia a la presencia del capital extranjero en la industria y entendía que la nacionalización escapaba a la comprensión de los trabajadores.⁴¹ No obstante, esta situación iba a experimentar un cambio drástico una vez producido el distanciamiento del grupo penelonista, más reacio a aceptar aquellas posiciones internacionalistas a ultranza que podían entrar en contradicción con los intereses del partido a nivel nacional.

En su intervención del 26 de noviembre de 1927 en la VII sesión plenaria de la IC, Victorio Codovilla se refirió al impacto que tenía sobre Latinoamérica la recomposición mundial del capitalismo y se concentró en el análisis sobre el imperialismo en la Argentina. Codovilla acordaba con Bukharin en la imposibilidad de eludir el hecho de que esta recomposición del capitalismo incrementaba las contradicciones internas del sistema y creaba las condiciones para el inicio de una nueva etapa de luchas revolucionarias.⁴² En opinión de Codovilla, quien empezaba a ganar relevancia dentro del partido a pasos agigantados, en esta época era muy visible la decadencia del imperialismo inglés y el reemplazo de su predominio por el imperialismo

⁴¹ Proyecto de Programa de Reivindicaciones Inmediatas. Despacho de los miembros en disidencia de la Comisión de Programa nombrada en el VI Congreso del Partido Comunista de la Argentina compañeros Angélica Mendoza y Cayetano Oriolo, Archivo de la Internacional Comunista, Biblioteca del Congreso de la Nación Argentina (en adelante Archivo IC, BCNA), rollo (r.) 3, sección (s.) 23.

⁴² Nicholas N. Kozlov and Eric D. Weitz, op. cit., p. 390.

norteamericano.⁴³ Antes del estallido de la Primera Guerra Mundial, la exportación de carnes hacia Gran Bretaña representaba el 70% en el total del comercio exterior argentino; a comienzos de 1928, dicho comercio había descendido al 42%.⁴⁴ Codovilla hacía constar que, comparativamente, el imperialismo británico daba claras muestras de pérdida de terreno frente al imperialismo norteamericano. En el mercado de importaciones la falta de atención de británicos y terratenientes argentinos había dejado el terreno libre para la penetración del capital norteamericano apoyado en la naciente burguesía industrial local.⁴⁵ Mientras que en las importaciones realizadas en Argentina durante 1914 contabilizaban un 41% para Estados Unidos y un 40% para Inglaterra, en 1925 la relación se había ampliado a favor de los trusts norteamericanos, los cuales acaparaban el 67%, en tanto que los británicos descendían al 25%. Finalmente, destacaba Codovilla, Estados Unidos subía al 69% su representación en el comercio argentino, Gran Bretaña caía al orden del 15%.⁴⁶

Carente de una estructura capitalista consolidada todavía en 1928, la etapa que debía atravesar la Argentina era la misma que le correspondía al resto de América Latina: una etapa democrático-burguesa de sesgo antiimperialista. Transmitiendo la concepción compartida por el CC del PCA, Codovilla sostenía en la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana, reunida en la ciudad de Buenos Aires en 1929, que los países de América Latina, considerados como un todo homogéneo, constituían un bloque de países dependientes. En América Latina la crisis había comenzado a dar sus síntomas antes de que se produjera el crack bursátil de Nueva York. Los motivos en que descansaba la crisis de las economías latinoamericanas se correspondía con las crisis propias de los países coloniales y semicoloniales, consistente en la sobreproducción de productos agrícolas y materias primas, crisis de precios, el retraimiento de los mercados interno y externo.⁴⁷ Los golpes de estado en América Latina eran un nuevo método de dominación implementado por las burguesías nacionales, los terratenientes y el imperialismo para hacer recaer sobre los trabajadores los costos de la crisis e impedir,

⁴³ Los izquierdistas que abandonaron el PCA en 1925, conocidos desde entonces como “chispistas”, siguieron manteniendo sus proclamas antiimperialistas y entendieron que el avance cada vez más importante del imperialismo norteamericano en la Argentina conduciría, indefectiblemente, a “una guerra más cruenta que la reciente y en la que la Argentina se vería envuelta, sin más objeto que el de servir los intereses de uno u otro de los imperialismos”. *Boletín de la Liga Anti-Imperialista*, “Manifiesto”, año I, N° 2, mayo de 1926, p. 2.

⁴⁴ Secretariado de Países Latinos, Comisión Argentina, sesión del 9/1/1928, pp. 1, 4, Archivo IC, BCNA, r. 2, s. 15.

⁴⁵ *Idem*, p. 6.

⁴⁶ *Idem*, p. 2.

⁴⁷ Copia taquigráfica de la intervención de Victorio Codovilla en el XI Pleno de la Internacional. 4/4/1931, pp. 1, 3, Archivo IC, BCNA, r. 1, s. 6 [en francés].

en el mismo proceso, el desarrollo de una revolución de masas. Se adoptó entonces la concepción para los países de la región de la revolución de carácter democrático y antiimperialista.⁴⁸

La posición oficial del PCA parecía ahora no admitir grados de independencia respecto de las disposiciones centrales del comunismo mundial, aún cuando varios delegados comunistas por América Latina ante el VI Congreso de la IC habían criticado algunos de los aspectos centrales del discurso de Bukharin. El comunista brasileño Paulo de Lacerda había puesto en entredicho la percepción que Moscú pretendía arraigar en el movimiento comunista internacional cuando sostuvo que en 1928 se habían producido los primeros síntomas de organización comunista en Latinoamérica; en realidad era “la Internacional Comunista la que por primera vez se ha interesado en el movimiento comunista de América Latina”.⁴⁹ Pero también, lo que es más importante todavía, se objetaba la escasa atención sobre las condiciones estructurales de los países coloniales, semicoloniales y dependientes. La interpretación oficial del PCA sobre las condiciones estructurales de la Argentina se reducía a la rotulación adjudicada por Bukharin para el conjunto de la región en su presentación ante el VI Congreso de la IC, sin que se recurriera a un análisis pormenorizado de las condiciones heterogéneas presentes en los países latinoamericanos, sobre los cuales quedaba establecido que se trataba de semicolonias.⁵⁰

Este tipo de comportamientos alimentó toda suerte de especulaciones acerca del control que habría ejercido el PCUS a través de la IC en el PCA. Igualmente, la participación de agentes de la IC en el PCA tuvo lugar tempranamente, engrosando las argumentaciones vertidas en el sentido indicado. Sin embargo, la supervisión, las recomendaciones y las críticas por ellos efectuados -como se anticipará brevemente en el apartado siguiente- estuvieron lejos de constituirse en las causas principales de la pérdida de la autonomía registrada por la dirección argentina.

⁴⁸ Cf. N. Kohan, *Marx en su (tercer) mundo. Hacia un socialismo no colonizado*, Buenos Aires, Biblos, 1998, p. 19; Mercedes López Cantera, “Una aproximación a los primeros análisis de la dependencia argentina y latinoamericana”, en *Ariadna Tucma Revista Latinoamericana*, N° 7, vol. 1, Marzo 2012-Febrero 213, s/p.

⁴⁹ “Intervenciones de la delegación latinoamericana sobre el informe Bujarin”, en AAVV, *VI Congreso de la Internacional Comunista. Informes y discusiones. Segunda parte*, México D.F., Cuadernos de Pasado y Presente, N° 67, 1978, p. 82.

⁵⁰ “La crisis sobre el proletariado de las colonias y semi-colonias”, *Frente Único*, año I, N° 3, 20/10/1932, p. 2. Cf. Alejandro Cattaruzza, “Historias rojas. Los intelectuales comunistas y el pasado nacional en los años 1930s”, en *Prohistoria*, año XI, N° 11, Rosario, primavera 2007, pp. 173-174; A. Cattaruzza, “Visiones del pasado y tradiciones nacionales en el Partido Comunista Argentino (ca. 1925-1950)”, en *A Contracorriente*, vol. 5, N° 2, Winter 2008, p. 177.

1.5. Los inicios agitados de una relación armoniosa: los primeros representantes cominternianos en el PCA

Con el arribo a Buenos Aires de Maximilian Cohen, el año de 1921 dio comienzo a la participación sistemática en el seno del PCA de un grupo de extranjeros enviados por la IC. Bajo el seudónimo de Henry Allen, Cohen tuvo una estadía muy breve en Argentina, llegando en el mes de mayo y partiendo hacia Brasil en agosto. Todavía no había siquiera el PSI logrado la aceptación formal por parte de la IC, que obtuvo en el III Congreso celebrado en junio y julio de 1921, por lo cual es de esperar que la presencia de Cohen haya estado orientada por la intención de recabar información y aportar a la financiación de los grupos comunistas en la región.⁵¹ En un país con una política migratoria abierta, no era la primera vez que la afluencia de inmigrantes redundaba en su intervención en la vida política argentina. Aun cuando los inmigrantes fijaran residencia temporaria en Argentina, fue moneda corriente su aceptación en los agrupamientos de izquierda. Es por esto que cuando llegan los emisarios cominternianos al PCA no se genera ningún revuelo. Los trastornos que efectivamente suscitan entre la dirección de la sección argentina residen, según se verá en el próximo capítulo, en el carácter por momentos polémico que adoptan las críticas y las recomendaciones de los agentes de la IC.

La incorporación transitoria de militantes revolucionarios rusos reconocía antecedentes importantes desde el mismo momento en que el comunismo daba sus primeros pasos en Argentina. La inmigración rusa en la Argentina se intensificó notablemente después de la revolución de 1905-1907. Varios de los participantes de la sublevación del acorazado Potemkin fueron a refugiarse a la Argentina en 1906. Algunos marineros más del navío ruso llegaron al país procedentes de Rumania en 1907 y 1908, de donde iban huyendo a causa de las duras represiones de que era destinataria la sublevación del campesinado rumano.⁵² No obstante, varios de ellos, insatisfechos con las posibilidades de participación política que les ofrecía el país de recepción, resolvieron abandonar el continente americano y volver a Rusia para retomar las actividades revolucionarias tras la consumación de la derrota del zarismo. Esto estaría

⁵¹ En este sentido, cuenta Félix Weil que Cohen entregó en Montevideo dinero al grupo anarquista La Batalla creyendo que se trataba de un nucleamiento de comunistas uruguayos. L. Jeifets, Víctor Jeifets y Peter Huber, *La Internacional Comunista y América Latina, 1919-1943. Diccionario biográfico*, Instituto de Latinoamérica de la Academia de Ciencias e Institut pour l'histoire du communisme, Moscú/Ginebra, 2004, p. 80.

⁵² Anatoli Chernenko y Alexei Shliajov, "Participantes de la primera revolución rusa en la Argentina", en *Revista "América Latina" del Instituto de América Latina de la Academia de Ciencias de la URSS*, Ediciones N de P, agosto de 1981, p. 4.

hablando de la inexistencia de posibilidad de revolución social en la Argentina de la época; al menos tal era la percepción de los agitadores políticos rusos por entonces. Los emigrantes del acorazado fueron solventados en gran medida por los refugiados políticos rusos en Londres. Una vez llegados a la costa argentina, los rusos buscaron ganarse la vida en el interior del país. Por entonces la comunidad rusa en Argentina alcanzaba las 150.000 personas, de las cuales 50.000 eran obreros calificados.⁵³ La mayoría de esta población se concentró en Buenos Aires, Rosario, La Plata y Comodoro Rivadavia. En Buenos Aires los rusos crearon la organización socialdemócrata de emigrantes rusos *Avangard*, producto de la división entre los partidarios de la autonomía judía que fundan el Bund y los “asimilacionistas” conocidos como *iskrovzes*.⁵⁴ Estos últimos optaron por el ingreso en el Partido Socialista, al cual abandonaron rápidamente para pasar a conformar en los años '20 la “pata judía” del PCA.⁵⁵

Los rusos en Argentina dieron también forma al grupo argentino de asistencia al Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia. Este último grupo era dirigido por Mikhail Komin-Alexandrovsky, dirigente del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia, quien llegó a la Argentina en 1909. Komin-Alexandrovsky participó en la fundación de la Federación de Obreros Rusos de Sudamérica (FORSA), grupo que a partir de 1917 empezó a editar el periódico *Golos Truda (La voz del trabajo)*, del cual era director. También ejerció puesto ejecutivo en el Grupo Comunista Ruso, integrado desde 1920 al PCA. Komin-Alexandrovsky fue elegido por los miembros de la Federación de Obreros Rusos como delegado para el II Congreso de la IC.⁵⁶ Llevando consigo informes del PCA, llegó a Moscú después de que hubieron terminado las sesiones del Congreso; no obstante, fueron escuchados sus planteos y notificaciones referidos al movimiento obrero argentino. La IC solicitó a Komin-Alexandrovsky su regreso a Buenos Aires, el

⁵³ V. P. Kazalov, “Komintern, kompartii i rabochee dvizhenie v Argentine”, *Latinskaia Amerika*, N° 11, 1996, p. 97.

⁵⁴ Cf. Susana B. Sigwald Carioli, *El proletariado judío. Desde la Semana Roja al Centenario*, Buenos Aires, Editora del Archivo, 1991, p. 37; D. Kersfeld, op. cit., p. 96.

⁵⁵ Ariel Svarch, *El comunista sobre el tejado. Historia de la militancia comunista en la calle judía (Buenos Aires, 1920-1950)*, Tesis de Licenciatura, inédita, Universidad Torcuato Di Tella, Departamento de Historia, 2005, p. 7.

⁵⁶ Edgardo Bilsky señala que la Federación de Obreros Rusos era conducida por una mayoría anarquista. E. Bilsky, *La semana trágica*, Buenos Aires, CEICS-Ediciones RyR, 2011, p. 83. El interés que igualmente manifestaron por tender puentes con la naciente Internacional Comunista se explica en el hecho de que los anarquistas se habían volcado masivamente en todo el mundo a saludar el triunfo de la Revolución rusa, en la cual esperaban lograr una participación mayor, aspiración que quedó evidentemente sepultada tras los sucesos de Kronstadt y tras la celebración del X Congreso del Partido Comunista bolchevique de Rusia en 1921.

cual se produjo el 13 de julio de 1921⁵⁷. A partir de su experiencia como delegado escribió su libro *Impresiones del viaje a la Rusia soviética*, algunos de cuyos capítulos fueron reproducidos en las páginas de *La Internacional*. Komin-Alexandrovsky volvió finalmente a Rusia en 1923 para hacer tareas de funcionariado, lugar que no abandonaría y en el cual lo encontraría el XXII del PCUS de 1961.⁵⁸

Junto a Komin-Alexandrovsky se desempeñó como delegado de la IC en Argentina otro emigrado ruso con quien compartió la militancia dentro de FORSA, Major Semionovich Mashevich. Habiendo tomado parte él también en el II Congreso de la IC, volvió a Buenos Aires en la segunda semana de marzo de 1921 con informaciones de la Unión Soviética que motivaron las reuniones del CE del PCA en los días 13 y 15 de ese mes. Los documentos que habían sido proporcionados al improvisado delegado ruso de la FORA X⁵⁹ para su entrega al partido argentino consistían en manifiestos del Comité Provisorio de la ISR, de la sección israelita del PCUS y de la IJC destinados, respectivamente, a los agremiados, israelíes y jóvenes de la Argentina. Se incluía además la resolución del CE de la IC acerca de la cuestión argentina y una nota de la Academia Socialista de Moscú indicativa de la literatura a difundir. En relación a esto último, recibió el PCA fondos para publicar libros de la IC; el primero de los títulos a publicar se esperaba que fuera *La acumulación del capital* de Rosa Luxemburg.⁶⁰ Mashevich era miembro de la Agrupación Comunista Israelita “Avangard” y a ella despachó la documentación traída de Moscú. No obstante, debió dirigirse al PCA por indicación expresa del Grupo Comunista Ruso, basado en el reconocimiento del partido como única sección oficial de la IC en el país.

Mashevich volvió a Rusia en momentos en que se preparaba el III Congreso de la IC. Según queda registrada en una nota de Codovilla redactada en Berlín el 11 de mayo de 1921, dirigida al CE de la IC y firmada por él y por Rodolfo Ghioldi, Mashevich recibió entonces el encargo de entregar en Moscú un informe elaborado por el PCA a propósito de la situación argentina.⁶¹ Codovilla puso en aviso la necesidad de validar el informe entregado por Mashevich aún cuando el mismo no contara con el sello del partido, lo que implicaba un incumplimiento de la normativa estipulada a tal propósito. El motivo de esta informalidad quedaba explicado y justificado en los “momentos apremiantes de

⁵⁷ Lazar JEIFETS, *Misiia Vil'iamsa i rozhdenie «penelonizma»*, op. cit., p. 32.

⁵⁸ A. Chernenko y A. Shliajov, op. cit., p. 9.

⁵⁹ Cf. L. JEIFETS, V. JEIFETS y P. Huber, op. cit., p. 203.

⁶⁰ Carta de Rodolfo Ghioldi al Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, marzo de 1921, Archivo de la Internacional Comunista, Centro Cultural de la Cooperación (en adelante Archivo IC, CCC), 329.15(82) PCA2.

⁶¹ Documento N° 3134, 11/5/1921, Archivo IC, CCC, 329.15(82) PCA2.

su redacción”. Lo interesante de esta misiva no es tanto la confirmación del compromiso inicialmente asumido por el PCA de cumplir con el suministro de informaciones de los hechos producidos en las secciones acorde a lo convenido por la IC, sino la prueba fehaciente del lugar secundario que le deparaban los comunistas argentinos a esta actividad.

Efectivamente, a poco de haber concluido el III Congreso de la IC, su CE manifestó al PCA que había dejado de recibir noticias e informes oficiales de su parte desde que se produjo la partida de Rodolfo Ghioldi y le solicitaba que tuviera a bien reestablecer los contactos regulares -con carácter mensual- refiriendo el estado de la situación en las principales tareas políticas y sindicales, así como lo hacía el resto de los partidos comunistas.⁶² La falta de periodicidad en las comunicaciones mantenidas entre el centro organizativo y las secciones ejecutoras cobraba especial importancia, dentro del lugar relegado que la IC otorgaba a Sudamérica, por tratarse en el caso del PCA de un partido que oficiaba de “hermano mayor” entre sus pares regionales. El partido argentino había destinado una gran atención a lograr esa posición, y la dirección soviética no había tardado en aceptar y reconocer tal juicio. Jules Humbert-Droz, miembro fundador del PC de Suiza y jefe del Secretariado Latino del CE de la IC, había tenido a su cargo la redacción de la resolución por medio de la cual se aceptó al PCA en la IC. En 1925, cuatro años más tarde de aquella comunicación y después de varias experiencias de participación de comunistas argentinos con grupos comunistas o proto-comunistas vecinos, Humbert-Droz ratificaba que

No olvidamos que nuestra sección argentina fue una de las primeras que adhirieron a la I.C. y que aún antes de la revolución de Octubre, los militantes de la izquierda del Partido Socialista, se declararon de acuerdo con los bolscevisquis y secundaron en Sudamérica la oposición revolucionaria a la guerra, haciendo triunfar nuestra común idea; hecho que determinó su expulsión de las filas socialistas.⁶³

Si bien se habían opuesto en forma irrenunciable a la postura beligerante defendida por la mayoría parlamentaria del socialismo argentino, hemos visto ya que en realidad los futuros creadores del PSI no habían adherido en realidad a las tesis de guerra civil interclasista esbozadas por Lenin. En otras palabras, Humbert-Droz adoptaba íntegro el discurso legitimador con que los primeros comunistas de Argentina se presentaban a la clase obrera nacional y al organismo central del proletariado internacional. Además de la concordancia de perspectivas e intereses entre la IC y el PCA, entraba en juego la

⁶² Carta del CE de la IC al PCA, 17/2/1922, Archivo IC, BCNA, r. 3, s. 19.

⁶³ Carta de Jules Humbert-Droz al CE del PCA, enero de 1925, p. 1, Archivo IC, BCNA, r. 3, s. 19.

capacidad y el voluntarismo de este último para supervisar el desarrollo disciplinado del comunismo en el sur del continente americano. En la conferencia que mantuvo el CE Ampliado de la IC en febrero de 1922 se había trabajado especialmente alrededor de la organización de la publicación periódica propia. El órgano de la IC se publicaba en tres idiomas (francés, alemán e inglés) y se editaba tres veces por semana. Sin embargo, las direcciones sudamericanas no habían dado muestras de ningún interés por colaborar con el periódico cominternista. Por tal motivo, en aquella conferencia se adoptó la resolución para que cada uno de los comités ejecutivos que integraban el organismo comunista internacional designara un corresponsal encargado de enviar informaciones con periodicidad a la prensa de la IC.

Claramente, esta propuesta tenía entre sus propósitos atender problemas como el que planteaba el PCA cuando no cursaba sus reportes a la IC, incumpliendo el compromiso estipulado en ese sentido. A partir de entonces, la recepción de informes debía pasar a ocupar un lugar destacado. Los CCEE de los partidos sudamericanos podrían hacer sus envíos en cualquiera de los idiomas aceptados por la publicación, o bien en lengua castellana, y debían ser dirigidos a una dirección en Berlín. Los temas sobre los que debían versar las correspondencias eran: conflictos obreros y campesinos de importancia, desarrollo de las organizaciones obreras (en sus vertientes sindical, política y cooperativa), vinculaciones entre el imperialismo extranjero y las clases dominantes locales, intereses y luchas sindicales y políticas de las clases sociales.⁶⁴ Se solicitaba que las apreciaciones que fueran volcadas en los reportes estuvieran acompañadas de un basamento empírico acorde con las argumentaciones expuestas. La carta, y no era en absoluto un tema menor, se enviaba al CE del PCA para que éste se ocupara de distribuir copias entre todas las centrales obreras de Sudamérica. A los pedidos de información mensual ya realizados, agregaba la IC que, entre las temáticas a comunicar fueran incluidos los avances registrados en el trabajo del Comité de Propaganda para América del Sur.⁶⁵ Por todo esto, no era de extrañar que el Presidium de la Internacional le encargara al PCA la conformación del Bureau Sudamericano de Propaganda, lo que daba cuenta del liderazgo consentido del partido argentino en la región. En una carta enviada a Buenos Aires, altos dirigentes de la IC consultaron a la dirección argentina en qué condiciones se encontraba la concreción de dicho encargo.⁶⁶ Las únicas

⁶⁴ Carta del CE de la IC al CE del PCA, 18/4/1922, p. 1, Archivo IC, BCNA, r. 3, s. 19.

⁶⁵ Secretariado de la Comintern, División Latina, Sección de la América Latina, Carta al Comité Ejecutivo de Partido Comunista Argentino, s/f, Archivo IC, BCNA, r. 3, s. 19.

⁶⁶ Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista al Partido Comunista de la Argentina, 17/2/1922, Archivo IC, BCNA, r. 3, s. 19.

informaciones recibidas al respecto, notificaban los soviéticos, les fueron provistas por los partidos chileno y uruguayo. La omisión de remisiones periódicas a Moscú redundaba, al decir de la dirección argentina, en toda una suerte de presunciones erróneas sobre la evolución del comunismo en la Argentina.

De este modo, el CE de la IC increpó al PCA por haber dejado librados a su suerte a los trabajadores que en septiembre de 1921 se habían sublevado contra las condiciones de explotación extrema a las que eran sometidos en la Patagonia. El partido argentino tan sólo había publicado una nota de protesta en *La Internacional* una vez que los trabajadores patagónicos habían sido masacrados. La actitud adoptada por la dirección del PCA era, a los ojos del CE de la IC, totalmente incomprensible. Criticaron también el comportamiento que había mantenido el PCA ante la huelga de ferroviarios en Rosario durante el mes de diciembre de 1921. Una vez más, ni la dirección del partido ni su órgano oficial habían hecho campaña de agitación alguna por los cinco mil empleados ferroviarios en huelga. La única acción dirigida a revertir este silencio había consistido en el envío tardío, a tres semanas de iniciado el conflicto, de un corresponsal a la capital santafesina. Cuando finalmente llegaron las noticias a las páginas del periódico comunista, si bien favorables a la posición de los huelguistas, el tono adoptado destilaba derrotismo, dando a entender que la campaña de los ferroviarios era una causa perdida y que debía ser interrumpida. El PCA no había sabido leer las necesidades del momento. La burguesía capitalista había emprendido una ofensiva mundial contra los trabajadores, y lo que se requería entonces era responder al ataque apoyando con todas las fuerzas la lucha de los obreros contra la reacción capitalista. Abandonar a las masas explotadas cuando se hallaban en plena lucha “équivaux à une désertion”⁶⁷. Por eso el CE de la IC exhortaba a la dirección comunista a modificar su actitud frente al desarrollo de los acontecimientos y a apoyar activamente la lucha de los obreros contra la burguesía.

Señalaba el CE de la IC, en último lugar, la actitud confusa y alejada de las indicaciones dadas por la IC en el congreso de unificación sindical que había tenido lugar recientemente en la Argentina entre la autodesuelta FORA IX y algunos sindicatos autónomos. En opinión del CE de la IC urgía fortalecer el bloque de partidarios de la adhesión -fuera incondicional o no- a la ISR. Era necesario actuar con algo de diplomacia a los efectos de minar desde adentro del movimiento sindical el lugar que ocupaban los anarquistas y los sindicalistas reformistas. A fin de cuentas, no eran pocos

⁶⁷ Carta del CE de la IC al CC del PCA, ¿marzo de 1922? (poco legible), p. 2, Archivo IC, BCNA, r. 3, s. 19, [En francés].

los militantes anarquistas que habían saludado la revolución rusa y, aún cuando se manifestaran bajo el influjo de la confusión provocada por los cambios abruptos del momento, se declaraban a favor de la dictadura del proletariado. No obstante, desde la prensa del PCA se había tratado con profunda animadversión a aquellos trabajadores no-comunistas a los que debía tender el ofrecimiento para conducir la unidad sindical habían conducido el plan al fracaso. Para el CE de la IC, el error más grave del PCA en el plano sindical pasaba por la negativa a integrar el Consejo Federal de la Unión Sindical Argentina. Con la intención de contribuir a la corrección de estos errores tácticos, Humbert-Droz envió en febrero de 1922 un telegrama a Buenos Aires desde Moscú reclamando el envío de reportes mensuales para poder coordinar el trabajo sindical en la Argentina con las tácticas del Profintern acerca de la unificación del movimiento obrero.⁶⁸

Señala también Víctor JEIFETS que en el PCA se había hecho todo lo posible por dilatar el llamamiento para forjar una sección del Profintern en los sindicatos argentinos que habían adherido al gobierno bolchevique en su intención de evitar “una eventual creación en el país de alguna organización que pudiese establecer lazos directos con la IC”⁶⁹. De igual modo, basándose en el trabajo que realizaban desde la legalidad, los líderes del comunismo argentino se habían negado a cumplir con los mandatos emanados por la IC para que se organizara un aparato clandestino. Tampoco respondió positivamente el PCA al pedido de intervención en el proceso huelguístico que se estaba dando en el país y del cual la huelga de los peones patagónicos era por entonces su punto álgido. Estas medidas habían sido promovidas por el enviado desde Moscú, Komin-Alexandrovsky. Esta situación conflictiva dio lugar a toda una serie de acusaciones cruzadas, de incumplimiento de los mandatos acordados en la IC por parte del PCA, de un lado, y de profundo dogmatismo por parte del emisario moscovita, del otro lado.

La falta de envíos regulares de informes a la IC había dado lugar a estas interpretaciones inexactas a propósito de las acciones del partido en el país que, en consecuencia, el CE del PCA se sentía en la obligación de desmentir. Un informe elaborado por Juan Greco y José Penelón para su presentación en Moscú en septiembre de 1922 representó el primer intento sólido dirigido a revertir esta situación. Así, son denunciadas por falsas las informaciones acerca de que el PCA se había opuesto a la formación de una sección de la ISR en la Argentina y de que se había mostrado pasivo

⁶⁸ Telegrama de Humbert-Droz al CE del PCA, 10/2/1922, Archivo IC, BCNA, r. 3, s. 19 [En francés].

⁶⁹ V. JEIFETS, “La derrota de los «Lenins argentinos»”, op. cit., s/p.

ante la huelga patagónica que fue brutalmente reprimida.⁷⁰ Especial atención se destinó al abordaje de la relación entre la dirección argentina y el emisario de la IC Komin-Alexandrovsky. Este último había declarado a Moscú que la mayoría del CE del PCA acusaba posturas reformistas. Por eso en el informe de respuesta se cargaba tintas contra Komin-Alexandrovsky, quien resultaba acusado de colaborar con el grupo anarco-sindicalista que editaba *Bandera Roja*, periódico al que en un número de *Mouvement Communiste International* habría hecho pasar como el órgano oficial comunista en el país. En una muestra de autonomía y en especial desacuerdo con el máximo representante de la IC en el país, se producía un fuerte choque verbal cuando se señalaba que “la misión del delegado Komin-Alexandrovsky ha perjudicado más que favorecido a la acción comunista”, al tiempo que recomendaban con soltura que “la Internacional Comunista se preocupe de enviar delegados que puedan ser útiles y no obstáculos para la acción comunista, en el futuro”⁷¹. Para lograr una comprensión más acabada respecto del motivo por el cual se producen las confrontaciones entre los militantes rusos y la dirección del PCA es necesario tener presente que tanto Komin-Alexandrovsky como Mashevich buscaban “ser vistos no solo como informantes o mensajeros, sino como líderes comunistas locales, a partir de las organizaciones inmigrantes, reales o infladas, que dirigen”⁷². En el afán de cada uno de ellos por ganar el beneplácito de Moscú, fueron habituales las referencias peyorativas que cada delegado cominterniano lanzó contra sus colegas, pero también se hicieron corrientes las críticas negativas destinadas al trabajo de los dirigentes argentinos. De este modo, no tardaron en aparecer los primeros signos de deterioro de una relación que nació de la competencia y no del esfuerzo mancomunado. La relación entre estos representantes de la IC y los líderes del PCA será motivo de análisis del capítulo siguiente.

⁷⁰ Informe de la delegación argentina al IV Congreso del CE de la IC, julio-octubre 1922, p. 32, Archivo IC, BCNA, r. 1, s. 1.

⁷¹ Idem, pp. 33-34.

⁷² O. Ulianova, “Develando un mito”, op. cit., p. 107.

CAPÍTULO 2: Estableciendo jerarquías. La IC en Argentina y el PCA en Sudamérica

En el mismo momento en que el Partido Socialista Internacional adhirió a las 21 condiciones impuestas por la Internacional Comunista y pasó a convertirse en el Partido Comunista de la Argentina, comenzó un ciclo de profundas disensiones internas entre las distintas facciones que lo componían. Fueron tres las grandes crisis intrapartidarias que en la década de 1920 acabaron confluyendo en sendos procesos de escisión y fundación de nuevas agrupaciones partidarias. En los tres casos las divergencias se originaron en las distintas apropiaciones que los grupos antagónicos efectuaron en torno a los cambios de tácticas diseñados por la IC. La metodología adoptada a la hora de resolver los conflictos también siguió un mismo patrón: tanto la mayoría dominante en el Comité Central del partido como la minoría acudieron a Moscú reclamando su intervención para dirimir los conflictos. La única excepción a la norma para la resolución de los problemas –no así para la emergencia de los mismos- se produjo en la última gran ruptura que atravesó al partido en la década de 1920, encarnada por el grupo que acompañó al concejal comunista José Penelón, el más destacado miembro fundador del PCA.

En este estudio se analizan las dos primeras luchas faccionalistas. Sometiendo a examen aquellas hipótesis clásicas que adjudicaron al PCA un carácter extranjero y extranjerizante, sojuzgado por la voluntad soviética y promotor local acrítico de las cambiantes orientaciones políticas confeccionadas por la IC para conveniencia del PCUS, indagaremos las posibilidades de existencia de una autonomía relativa dentro de la dirección de la sección argentina para el período abordado. Asimismo, procuraremos advertir si no es el propio PCA quien conduce la fagocitosis de sus propios márgenes de autonomía a cambio de una relación más estrecha con Moscú que le permita ganar mayor legitimidad entre sus partidos homólogos de la región sudamericana. En efecto, consideramos que el ingreso cada vez más activo del CE de la IC en la toma de decisiones locales fue el producto de la voluntad de los comunistas argentinos y de la presión ejercida en consecuencia antes que la aplicación rigurosa en extremo de las 21 condiciones de la IC. En este sentido, se trató por entonces de una “mediación” soviética antes que de una “intervención”. Por otro lado, entendemos que, si bien la mediación soviética representó una ruptura respecto de la relación precedente entre el organismo internacional y el partido nacional en la medida en que en adelante la

consulta a la IC será naturalizada, la alineación de Buenos Aires a Moscú terminó de refinarse con la expulsión de Penelón y sus seguidores.

Quien se ha ocupado de estudiar las primeras luchas facciosas al interior del PCA con mayor detalle y mediante la consulta de importantes documentos pertenecientes a los archivos soviéticos fue el dirigente del Partido Comunista Revolucionaria, Otto Vargas. Llevando a cabo una valiosa reconstrucción del debate que condujo a la ruptura cristalizada en el VII Congreso de 1925, la dirección de su análisis se halló orientada a tomar posición en favor del ímpetu revolucionario de la corriente llamada “ultraizquierdista” –también conocida como “chispista”- en contra del “reformismo” de la dirección mayoritaria. Vargas observó que la compulsa entonces librada entre la delegación oficial y la delegación extra-oficial implicó un parteaguas para la vida interna del partido argentino. Según su perspectiva, a partir de entonces “la orientación política fundamental del Partido Comunista de la Argentina y la composición de sus órganos de dirección serían decididos por la Internacional Comunista y, en última instancia, por el Partido Comunista de la URSS”¹. En contraposición a este planteo, sostenemos aquí que la dinámica implementada para superar las confrontaciones intrapartidarias se remonta a la primera gran crisis de 1921. Tampoco coincidimos en que es con la polémica chispista cuando el PCA pierde su autonomía, sino que la misma continúa vigente hasta que se produce el alejamiento del grupo de Penelón. En este capítulo abordaremos las primeras dos crisis del partido.

Aunque la bibliografía existente ha dado cuenta de la importancia en la relación entre el PCA y la IC, la historiografía argentina no brindó estudios sistemáticos que centraran el foco en los comienzos de la participación de los agentes soviéticos en la organización y supervisión del trabajo de la sección argentina. El objetivo de este capítulo es, por ende, realizar una interpretación acerca del papel desempeñado por los enviados de la IC dentro de la esfera de toma de decisiones del PCA. A tal fin, será analizado el corpus que documenta la relación entre el partido mundial de la clase obrera y su sección argentina. Ello permitirá, al mismo tiempo, ahondar en el conocimiento disponible acerca de la diatriba entre autonomía y dependencia que, de manera variable en el período aquí abordado, determinó el signo de las recepciones que de los enviados de la IC efectuó la dirección del comunismo argentino. Especial importancia adquiere a este respecto la postura asumida ante la crucial táctica política correspondiente al denominado “frente único”, consistente en la unidad “por abajo” de la clase obrera para

¹ O. Vargas, *El marxismo y la revolución argentina*, t. 2, op. cit., p. 271.

combatir el influjo de la burocracia sindical,² unificando la acción de los obreros comunistas junto con sus pares que simpatizaban con el socialismo.

2.1. La dirección argentina en la Unión Soviética

Ante la intervención personalista en sus asuntos por parte de los enviados designados en la Unión Soviética, la dirección del PCA intentó hacer valer originalmente su autonomía relativa y exigió para sí una mayor participación en el análisis y la toma de decisiones, las cuales, sugería, debían hacerse conjuntamente y no por disposición unilateral de la IC. Los líderes argentinos rechazaban así el intento de “pasar por encima” a los comunistas sudamericanos a través de los emisarios para el Comité Pro-Ayuda a Rusia: “Los tres representantes de Sudamérica creemos que los resultados prácticos a los efectos de la Ayuda a Rusia no compensarán los gastos que origine esa delegación. Tal vez esta opinión hubiera sido tenido en cuenta si se hubiese consultado a los delegados que representan los países que ese representante ha de visitar”; pero el reconocimiento de la autodeterminación de la agrupación propia se conjugaba con el acatamiento férreo: “nosotros mismos vamos a plantear ante el Comité Ejecutivo lo que nosotros comprendemos que es necesario para el comunismo de la Argentina o lo que pudiera aparecer como una relativa discordancia con sus resoluciones para que pueda tomar una determinación que el Partido Comunista seguirá al pie de la letra”³. En otras palabras, se trataba de una carrera por el disciplinamiento, en la cual la compulsa pasaba por extraer a los agentes soviéticos el poder de conducción que utilizaban para atraer la atención de Moscú y adjudicarlo a la dirección local. Lo novedoso aquí respecto de la historiografía existente que ha abordado en alguna medida el compromiso internacional del PCA es que, si bien era la sección argentina de la IC y por lo tanto debía atender de manera permanente a los puntos aprobados en las “21 condiciones” votadas en el II Congreso celebrado en Moscú, intentó en estos primeros años hacer valer su derecho a la autonomía relativa.

De hecho, el CE del PCA demostraba su descontento por el funcionamiento que estaba teniendo en el país el mecanicismo relacional cominterniano y procuraba revertir el dogmatismo marxista para convertir su *praxis* política en una guía para la acción

² AAVV, “La crisis mundial, la lucha económica y tareas del movimiento sindical revolucionario. Tesis adoptadas por el V Congreso de la I.S.R. sobre los Informes de los camaradas Losovsky y Heckert”, en *Métodos y Tácticas Revolucionarias. Tesis y resoluciones del Vº Congreso de la I.S.R.*, Moscú, Pequeña Biblioteca de la Internacional Sindical Roja, 1930, p. 44.

³ Informe de la delegación argentina al IV Congreso del CE de la IC, julio-octubre 1922, p. 34, Archivo IC, BCNA, r. 1, s. 1.

cuando criticaba la aplicación del “frente único” en la Argentina y destacaba la necesidad de considerar las diferencias existentes entre los capitalismo de Europa y América del Sur, así como en sus estructuras sociales. El tratamiento del CE del PCA a propósito de la orientación de “frente único” se cerró, como se verá en breve, con una votación en la que la propuesta de la IC fue rechazada. En las condiciones políticas imperantes en la Argentina la táctica del “frente único” electoral como vía para la conquista de las masas se presentaba como “un verdadero suicidio del Partido Comunista”⁴. El “frente único” tenía grandes posibilidades de contribuir al éxito de la acción comunista en los países desarrollados de Europa, pero lo cierto era que en Sudamérica el comunismo no había

cumplido aun su primera tarea fundamental: la de formar una fuerte minoría, bien disciplinada y apta para adaptar estas actitudes tácticas que requiere la lucha de clases. Necesita todavía hacer una política inteligente para atraerse a los elementos revolucionarios sinceros de las filas anarquistas y sindicalistas y llevarlos a la acción política.⁵

Refiriendo al movimiento obrero argentino, Juan Greco y Pedro Romo habían dado cuenta un año antes de la necesidad de atender a las especificidades locales, al notar que las realidades sindicales de Argentina y Europa no eran equiparables bajo ningún aspecto. En el informe fueron descritas las condiciones de un país esencialmente agrícola-ganadero y el panorama nacional era de escaso desarrollo industrial y casi nulo desarrollo de las fuerzas productivas, una baja densidad de población que se traducía en una ausencia de organizaciones obreras sólidas (con excepción relativa de Capital Federal, que concentraba 359.614 obreros y empleados sobre una población de 1,5 millón de habitantes). Parte de la responsabilidad por la falta de una tradición de lucha de la clase obrera existente residía, según la perspectiva adoptada, en el apoliticismo anarquista y el parlamentarismo socialista. Asimismo, la experiencia de la Primera Guerra Mundial había “puesto al descubierto el espíritu pequeño burgués de organizaciones y líderes de países europeos”⁶, pero no había producido el mismo efecto dentro del sindicalismo argentino. A diferencia de lo que ocurría en Europa, no era requerimiento luchar contra una burocracia sindical, puesto que en la Argentina ésta

⁴ Informe de la delegación argentina al IV Congreso del CE de la IC, julio-octubre 1922, p. 36, Archivo IC, BCNA, r. 1, s. 1.

⁵ Ibidem.

⁶ Informe de la situación sindical en la Argentina dirigido al CE de la IC, 2/8/1921, p. I, Archivo IC, CCC, 329.15(82) PCa2.

no constituía una problemática real.⁷ No obstante, y a pesar de los reparos puestos a la aplicación mecánica de medidas centralizadas por Moscú, haciendo uso de su capacidad bifronte para oponerse y aceptar al mismo tiempo sin necesidad de mencionar principios de centralismo democrático, el PCA decidió igualmente aprobar las tesis del “frente único” en la esperanza de poder aplicarlas en el plano sindical buscando la unidad con el PSA.

Juan Greco y José Penelón fueron los primeros representantes oficiales del PCA participantes en un congreso de la IC de los que se tenga noticias, considerando que, pese a las suposiciones que tuvieron lugar en la historia del partido argentino, no hay datos fidedignos respecto de la representación de Mashevich en el II Congreso ni de Rodolfo Ghioldi en el III Congreso de la IC como delegados del PCA.⁸ Al informe presentado en Moscú por la delegación oficial integrada por Greco y Penelón a propósito de la situación general argentina se contrapuso un informe paralelo presentado por Pedro Presa y Cosme Givoje, integrantes de la delegación que representaba la minoría en la dirección del partido cristalizada en la corriente “frentista”.

La delegación extraoficial acude el 22 de octubre al CE de la IC en Moscú para tratar la cuestión de la crisis interna por la que atravesaba el partido. Las diferencias entre los delegados que integran la facción marginal y la facción mayoritaria de la dirección del PCA se basaban principalmente en la adopción distintiva de criterios en torno de la política internacionalista concebida por la IC bajo el “frente único”. Las tesis sobre esta orientación y el discurso pronunciado por Zinoviev a este respecto ante el CE de la IC el 4 de diciembre de 1921 fueron publicadas en las páginas de *La Internacional* en varias partes a fines de febrero de 1922.⁹ Los comentarios oficiales del PCA sobre la táctica de “frente único” fueron publicados por primera vez el 11 de marzo.¹⁰ Allí se daba cuenta del cambio de situación mundial que se vivía: el período iniciado con la bancarrota de la Segunda Internacional y orientado a combatir a los “renegados del socialismo” para conducir a las masas obreras a la revolución había decantado en la conformación de una

⁷ Idem, p. XII.

⁸ No obstante, Rodolfo Ghioldi fue el primer dirigente del PCA en viajar a Rusia, y lo hizo acompañado del francés participante en la fundación del Partido Socialista Internacional de la Argentina Zalman Yaselman, esposo de la comunista argentina Julia Coral, quien también asistió al congreso en Moscú sin contar con la credencial oficial. Cf. D. Campione, M. López Cantero y B., op. cit., p. 8, nota 3, p. 43, nota 6; L. Jeifets, V. Jeifets y P. Huber, op. cit., p. 344.

⁹ “Un documento trascendental. Tesis sobre el frente obrero único”, *LI*, año V, N° 303, 23/2/1922, p. 3; “Un documento trascendental. Tesis sobre el frente obrero único (Continuación)”, *LI*, año V, N° 304, 24/2/1922, p. 3; “Un documento trascendental. Tesis sobre el frente obrero único (Continuación)”, *LI*, año V, N° 305, 25/2/1922, p. 3; “Un documento trascendental. Tesis sobre el frente obrero único (Conclusión)”, *LI*, año V, N° 307, 27-28/2/1922, p. 3.

¹⁰ “El Frente Único”, *LI*, año V, N° 318, 11/3/1922, p. 1.

vanguardia comunista cohesionada y disciplinada capaz de dirigir la etapa siguiente, consistente en la penetración dentro de aquellas masas que ostentaban “prejuicios burgueses”. Las opiniones que allí se vuelcan constituyen una crítica a las resoluciones de la IC en lo que hace a su aplicabilidad dentro de un país con las características de la Argentina: “Esta táctica –y eso demuestra la seriedad de la resolución sobre el frente único- no puede ser aplicable en todas partes. Allí donde la vanguardia comunista es aún débil, donde la lucha contra el reformismo es la tarea principal de los comunistas para formar una vanguardia potente y disciplinada, esa táctica es momentáneamente inaplicable”¹¹. Al advertir el escaso desarrollo de la organización partidaria y reconocer que su incidencia dentro del movimiento obrero era prácticamente inexistente todavía, la dirección argentina acusaba todavía una cierta preocupación por atenerse a los principios científicos del marxismo: “la aplicabilidad del frente único se halla sujeta a una serie de causas que exigen un análisis sereno, cuyo resultado debe tenerse siempre en cuenta a fin de que la consigna, a las masas, encuentre la confirmación en los hechos”¹². El “frente único” era una táctica lista para ser implementada en Alemania, pero todavía no estaban dadas las condiciones para que se hiciera lo propio en Argentina. Su aplicación, arguyeron los miembros de la mayoría del CE del PCA, redundaría en un perjuicio antes que en un beneficio.

Nuevamente un editorial del 15 de abril insiste en la inconveniencia del “frente único” para el PCA.¹³ Un día más tarde se dan a conocer las tesis del CE en torno del “frente único”, en donde triunfa la posición contraria a la adopción de dicha táctica para el desarrollo del trabajo comunista entre las masas trabajadoras. Esta postura cuenta con el apoyo de Romo, Greco, Oriolo, Rúgilo, González, Codovilla, Sous, Alberini, Ducasse y Rodolfo Ghioldi. Por su parte, Alberto Palcos había presentado otra moción que bregaba por la realización de los actos conmemorativos del 1º de mayo en conjunción con el PSA. Palcos basaba su posición en el hecho de que la aplicación del “frente único”, decidida por la IC, resultaba una obligación para la sección argentina.¹⁴ A pesar de que se impuso la negativa a cumplir con la resolución de la Comintern, Presa y Givoje hacían constar que era “necesario e importante tener en cuenta que los editoriales citados no interpretaban, de ninguna manera, la opinión del partido ni del C.E., tanto

¹¹ “El Frente Único”, año V, N° 318, 11/3/1922, p. 1. Tampoco estaban habilitados para aplicar el frente único los partidos comunistas de Chile y de Uruguay, por hallarse sus respectivos países desprovistos de movimientos de masas, “El frente único”, *LI*, año V, N° 338, 9/4/1922, p. 2.

¹² “El frente único. Su aplicabilidad”, *LI*, año V, N° 347, 21/4/1922, p. 1.

¹³ “Contra la unidad «socialista»”, *LI*, año V, N° 343, 15/4/1922, p. 1.

¹⁴ “El frente único y el Partido Comunista. Tesis del Comité Ejecutivo”, *LI*, año V, N° 345, 17-18/4/1922, p. 1.

más cuanto que el C.E. no había tratado aún la cuestión”¹⁵. Las opiniones vertidas en el órgano del PCA, se aseveraba, correspondían exclusivamente a su director. De esta manera, queda en evidencia el hecho de que Rodolfo Ghioldi distaba mucho de encarnar aquel personaje entregado sumisamente a Moscú desde los comienzos mismos del comunismo argentino. La política de “frente único” fue de hecho examinada por el CE del PCA el 15 de abril. Ghioldi se oponía en forma abierta al cambio de táctica, en tanto que Alberto Palcos lo apoyaba. De entre los 13 integrantes que acudieron a la reunión, la moción de Ghioldi logró hacerse con 10 sufragios.

El 22 de abril el CE decidió que los centros se expidieran sobre la cuestión del “frente único”. Limitado a las notas alusivas publicadas por *La Internacional*, el conocimiento disponible al respecto era muy limitado, por lo que la votación se realizaría en un vacío casi total de información. El CE esperaba que el debate se diera después y no antes de la votación. De allí que los delegados extraoficiales protestaran por el embargo de periódicos franceses e italianos que contenían sustanciales dosis de información pertinente. Por entonces, *La Internacional* les cerraba sus páginas a quienes, como los delegados, defendían el “frente único”. El centralismo democrático, reflejado en la modalidad con que se dieron los sucesos, quedaba trastocado en sus cimientos, ya que la imposición de las resoluciones votadas por la mayoría al conjunto de los afiliados se decidía antes de que pudieran ser discutidas y la adhesión voluntaria acababa transformándose en sumisión coercitiva: “mientras la mayoría hacía propaganda desde el diario y la tribuna en favor de su criterio, nosotros teníamos el diario cerrado para nuestros artículos y desde la tribuna, por razones de disciplina, no nos era posible hablar”¹⁶.

También existieron discrepancias en torno de la cuestión sindical, el informe de la delegación extraoficial informaba que un cuerpo constituido por 6 afiliados al PCA, con Juan Greco a la cabeza (quien se hallaba a cargo de los Asuntos Gremiales del CE), había configurado la carta orgánica de la USA. La crítica que se hacía a esta acción consistía en que dicha carta quedaba reducida en forma exclusiva a la concepción sindicalista. Esta situación ahondó el distanciamiento entre dos grupos: aquellos que se oponían al proyecto de carta orgánica, integrado por la minoría del CE, y aquellos que lo apoyaban, compuesto por la mayoría del CE, incluyendo a Ghioldi y Penelón -y siendo que este último había sido protagonista en un encendido debate cuando

¹⁵ Carta de la delegación extraoficial del PCA al CE de la IC, 22/10/1922, p. 2, Archivo IC, BCNA, r. 3, s. 21.

¹⁶ Idem, p. 4.

pertenecía a las filas del socialismo, justamente porque defendía la unificación de aspectos sindicales con los políticos para el trazado del plan de lucha-. Se objetó también la renuncia que hacía el CE del PCA a ocupar ningún puesto en el Comité Sindical Central.

Los delegados minoritarios arremetieron también contra el por entonces secretario general, Pedro Romo, por la “obra anticomunista” en que incurrió al traicionar “una huelga del gremio al que perteneció”¹⁷. Las críticas se extendieron a la jerarquía -remarcando los roles de Prieto, Penelón, Codovilla- por no haber contado con la colaboración de los sindicatos en la recaudación de dinero para paliar el hambre en Rusia a través del Comité Pro Ayuda, ni haber aceptado como integrante de dicho comité al delegado de la FJC. En su artículo 13 correspondiente a las condiciones de admisión trazadas por la IC establecía que los partidos comunistas que operaran en la legalidad debían efectuar purgas en forma periódica dentro de todas sus instancias organizativas para apartar a los “elementos interesados o pequeñoburgueses”¹⁸. El 14 de mayo los terceristas fueron expulsados del partido junto a una parte importante de los miembros de la FJC que habían votado a favor de la consigna del “frente único”.¹⁹ Para los denunciantes, la dirección del PCA se había equivocado seriamente al no haber intentado captar a los miembros separados del PSA que profesaban un acercamiento del socialismo a la IC. El sector tercerista había fundado la revista *Nuevo Orden* para publicar documentos de la IC, lo que no alcanzó para que fueran reconocidos como la facción marxista-leninista genuina dentro del PCA. Urge desatacar que, más allá de las consecuencias que recayeron sobre los discrepantes, pocos años después sería imposible concebir una crítica al secretario general del partido, así como a su plana mayor, en especial si dicha crítica debía ser formulada por un sector minoritario dentro del CE.

El informe aporta además algunos datos cuantitativos muy interesantes que ilustran el crecimiento del PCA entre diciembre de 1920 y abril de 1921, al señalar que el tiraje de *La Internacional* pasa de 3000 a 8000 ejemplares y de 1400 afiliado pasa a tener 4000, si bien se aclara que son datos estimativos porque nunca tuvo fichero de afiliados. Pese a este crecimiento, el PCA se encontraba lejos de convertirse en un partido de masas. Y la “depuración” emprendida por la dirección del PCA en sus filas en mayo había hecho mucho por impedir que se llevara adelante con eficacia la conversión del

¹⁷ Idem, p. 8.

¹⁸ AAVV, *Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista. Primera parte*, op. cit., p. 113.

¹⁹ Entre ellos, resultó apartado el primer secretario general de la FJC, Luis Koffman, encolumnado con los terceristas Aldo Cantoni, Alberto Palcos, Cosme Gjiwoje y Silvina Santander. Isidoro Gilbert, *La Fede*, op. cit., 2009, p. 67.

partido en una organización de masas. E incluso el número de afiliados estaba decreciendo aunque de modo paulatino. Signo de ello era la drástica reducción en la tirada de *La Internacional*, que si en marzo vendía 6500 ejemplares, no lograba superar los 3000 para septiembre.

La delegación extraoficial concluía su misiva solicitando al CE de la IC que fuera sancionado el CE del PCA por su rechazo de la política de “frente único”, que rechazara las expulsiones realizadas, y que intercediera activamente en la reorganización interna del partido mediante el envío de un delegado de su confianza. Así, el informe de Presa y Givoje guarda especial importancia, pues denota el funcionamiento que en adelante será la norma procedimental para la resolución de conflictos internos: el grupo que acuerda con la dirección soviética se apresura a buscar su apoyo explícito. Los miembros de la facción tercerista intentaron hacer frente a esa situación eligiendo dos delegados para que llevaran sus planteos a la IC. Cuando cobre especial relevancia la “cuestión Penelón” a fines de 1927, la mayoría propondrá por sí misma la implementación del mecanismo de doble representación ante el CE de la IC, tal como había hecho el grupo tercerista. No obstante, en aquella oportunidad, la minoría en la dirección del PCA se opuso a dirimir las cuestiones internas del partido en Moscú.

Los delegados oficiales del PCA al IV Congreso de la IC llevaron a su regreso a Buenos Aires una carta del CE de la IC en donde se daba cuenta de la ratificación en los nombramientos de Mijail Yaroshevsky y Komin-Alexandrovsky como técnicos para las cuestiones de Sudamérica. El CE del PCA acusó recibo de aquella misiva, comentando que ya habían existido algunas fricciones con ambos enviados. La colaboración de Yaroshevsky, estimaban los firmantes, había estado muy lejos de bregar por el bien del comunismo. Si bien Yaroshevsky había publicado y traducido algunos folletos rusos,²⁰ su posición era de equidistancia entre los comunistas y los socialdemócratas. Pero con quien mayores problemas decían haber tenido los comunistas argentinos era con Komin-Alexandrovsky. Desde el PCA aseguraban que durante todo el tiempo que estuvo en misión en Buenos Aires, nunca se había logrado con él estar de acuerdo, ni en las cuestiones de principio ni de táctica. Era opinión del PCA que Komin-Alexandrovsky interpretaba los desarrollos del movimiento socio-político desde una concepción anarquista. Al propósito de exponer en detalle estas desavenencias al CE de

²⁰Entre 1928 y 1920 fueron publicadas en Buenos Aires sus traducciones correspondientes a aquella parte de la obra de Lenin que era particularmente importante para la coyuntura internacional del momento: “El estado y la revolución”, “El socialismo y la guerra” y “Las lecciones de la Comuna”. Cf. L. Jelfets et al., op. cit, p. 344.

la IC, se les encargó a Penelón y a Greco realizar un viaje a Moscú. De momento querían dejar en claro que la designación de Komin-Alexandrovsky para coordinar y supervisar tareas en la región le había resultado ingratamente sorpresiva a la dirección argentina. Esta hacía saber a Moscú que no le era satisfactorio el nombramiento del enviado soviético, y solicitaban su reemplazo inmediato.²¹ Terminaban la carta diciendo que ellos, en tanto que miembros del CE del PCA, solamente se convertían en jueces de los técnicos nombrados para las cuestiones argentinas. Este episodio resulta notable a los propósitos del presente estudio, pues permite advertir que por entonces, a cuatro años de haberse formado y tan solo uno de haber realizado su ingreso formal a la IC, el PCA todavía gozaba de cierta autonomía. Al menos en cuanto atañía a sus propios asuntos nacionales, la dirección del PCA se veía con derecho a tomar parte activa en las decisiones implicadas y a ofrecer sus cuestionamientos cuando entendiera que las resoluciones tomadas afectaban de manera negativa el camino para el desarrollo del comunismo argentino. A los ojos del CE del PCA, el Kremlin no era todavía infalible.

2.2. La implementación del “frente único”

Las exhortaciones de la IC para que el partido argentino realizara acciones de propaganda contra el fascismo habían llegado al país en fecha muy tardía a su envío. De todas formas, y sin tomar conocimiento de las indicaciones del Comintern, el PCA había comenzado a señalar la necesidad de combatir la emergencia fascista. Los dirigentes comunistas argentinos se alegraban de que la iniciativa en ese sentido hubiera sido adoptada en forma independiente. Los CCEE de la IC y el PCA habían confluído naturalmente en la adopción de acciones idénticas a partir de la llegada a conclusiones igual mediante la aplicación de percepciones dissociadas. Es más interesante todavía advertir el hecho de que, para esta época, a la cúpula del PCA el ejercicio de esta autonomía le parecía algo encomiable. Así, el llamado internacionalista a conformar un “frente único” con motivo del 1° de mayo de 1923 había sido llevado adelante por los comunistas argentinos, aún cuando no pudieron tomar conocimiento de esta proposición, ya que la circular de la IC había llegado a sus manos el 23 de mayo y las acciones pertinentes de todas formas habían sido desarrolladas. Asimismo, a modo de autoexculpación, fueron mencionados los problemas que surgían en torno a la comunicación con Moscú por razones técnicas y que dificultaban, a su vez, el papel

²¹ Carta al Comité Ejecutivo de la Internacional, Buenos Aires, 26 de octubre de 1922, Archivo IC, BCNA, r. 3, s. 19 [En francés].

difusor del PCA de las novedades soviéticas al conjunto de los comunistas en la región sudamericana.²²

Tras considerar el signo cambiante de los tiempos, el PCA lanzó efectivamente por su propia cuenta una invitación a conformar un “frente único” contra el fascismo pero todas las fuerzas interpeladas (organizaciones socialistas, anarquistas y anarco-sindicalistas) manifestaron su inmediato rechazo, salvo la Federación Sindicalista (organización extrasindical de los sindicalistas revolucionarios), los autónomos y algunos gremios adheridos a la USA. Con los delegados de los agrupamientos que acudieron a su llamado, el PCA terminó de dar forma al Comité de Agitación Pro Frente Único Proletario. Su objetivo inmediato era combatir a las reacciones fascista y capitalista.²³

Según los datos arrojados por el informe que la Comisión de Mandatos le hizo llegar durante la trigésima sesión del V Congreso de la IC a Osip Piatnitsky, el PCA contaba por entonces con 3.500 miembros, la misma cantidad que había presentado al momento de la realización del IV Congreso de 1922. El PC de México, el otro de los partidos comunistas de temprana aparición en América Latina, tenía 1.500 miembros en 1922 y 1.000 afiliados tres años más tarde. Chile informaba 2.000 para ambos períodos, en tanto que Uruguay daba cuenta de 1.000 afiliados en el IV Congreso y 600 en el V Congreso. El PC brasilero se encontraba ilegalizado y su incorporación a la IC todavía no había sido resuelta. El PC de América Central tampoco había sido admitido aún y acusaba apenas 50 integrantes. Esto dejaba constancia de que el argentino era el partido comunista, en términos comparativos, más numeroso y mejor posicionado de Latinoamérica. Si a este hecho se suma la disolución del PC de Estados Unidos, que tenía 8.000 miembros en tiempos del IV Congreso de la IC, y el decremento en el volumen del PC canadiense, que de 4.810 había pasado a 4.000 afiliados en el lapso estimado, la estabilidad numérica del PCA aumentaban su importancia en todo el continente.²⁴

No obstante, las relaciones interpartidarias existían y su existencia era percibida como una condición ineludible para la pervivencia de partidos propiamente comunistas. Hubo, efectivamente, lugar dentro del PCA para la apropiación -si bien reflexiva y todavía no acrítica- de disposiciones que no favorecían el trabajo en sus prácticas

²² Informe al Secretario General del CE de la IC, 7/6/1923, p. VI bis, Archivo IC, CCC, 329.15(82) PCa2.

²³ Idem, pp. VIII-IX.

²⁴ Todos los datos obtenidos de AAVV, *V Congreso de la Internacional Comunista. Primera parte*, Córdoba, Cuadernos de Pasado y Presente, N° 55, 1975, p. 401.

políticas cotidianas. Siguiendo las disposiciones del PCUS, el CE y el Congreso Nacional del PCA manifestaron su franca oposición al surgimiento de tendencias en el interior de los PPCC, “y en particular, contra la que encabezaba el compañero Trotsky, dentro del P.C.R., por considerarla perniciosa a la táctica preconizada por el Comintern, para la bolscevización (sic) de los Partidos Comunistas”²⁵. El fin de las disidencias internas y el trabajo de Penelón en el disciplinamiento de los elementos del partido y en la reorganización de éste en base a las células de fábricas estaban dirigidos a garantizar aquella protección antifacciosa. A los fines de profundizar en la expansión del PCA, inmerso en las tareas correspondientes para transformarse en un partido de masas, Codovilla solicitaba a la IC una mayor atención para los movimientos comunistas argentino y sudamericano.²⁶

No eran ocultadas a la IC las aspiraciones de miembros de la dirección del PCA para ser reconocidos como iguales entre sus pares soviéticos y contar con su beneplácito. Así, Codovilla elevó una queja formal cuando a fines de 1924 no se dio curso su reconocimiento como miembro de la delegación argentina. La entrada a Moscú se realizaba vía Berlín, donde miembros del PC alemán se ocupan de los trámites administrativos para la aceptación del ingreso de los comunistas postulantes al viaje. Codovilla terminó teniendo que pagar de su bolsillo el viaje a Rusia. Esto supuso una “inferioridad para un delegado del P.C. de la Argentina” totalmente injustificada, puesto que él “tiene tantos méritos como los demás, para hacerse representar ante la I. Comunista”²⁷. El PCA fue exitoso en su búsqueda por conquistar la aprobación de la IC mediante una política equilibrada entre lo dispuesto por Moscú y las decisiones tomadas en Buenos Aires.

El CE de la IC explicaba que las circunstancias del momento ameritaban un realce de la actividad sindical, dado que la inoperancia demostrada por quienes entonces se hallaban encargados de dirigir el movimiento obrero constituía un escenario inigualable para que los líderes sindicales comunistas comenzaran a arrebatarles la conducción de los gremios. A tal fin, debía ser concertado un plan metódico para ganar posiciones especialmente en aquellos sindicatos en los que existía ya algún tipo de influencia por parte de los comunistas. La llave maestra para llevar a cabo esta tarea venía dada por la organización de células de fábrica y de oficina. Eran las células las que debían concretar

²⁵ J. Coral, Al Secretariado Femenino Internacional, informe del delegado del PCA a la III Conferencia Internacional de Mujeres Comunistas, 19 de mayo de 1924, p. 13, Archivo IC, BCNA, r. 3, s. 24.

²⁶ Idem, p. 14.

²⁷ Carta al Secretario del Presidium del Comintern, Codovilla, Moscú, 24/11/1924, p. 2, Archivo IC, BCNA, r. 3, s. 22.

la realización del cambio de táctica “por lo bajo”, es decir, proponiendo la unidad de acción revolucionaria directamente a las masas trabajadoras, sin pasar por negociaciones previas con los líderes socialistas, anarquistas y sindicalistas. El “frente único”, que implicaba en su superficie la unidad de organización con los reformistas, impulsaba, en realidad, la completa destrucción del reformismo. La IC expresaba su satisfacción por el trabajo realizado en el campo sindical por parte del PCA, cuya penetración se incrementaba en el movimiento obrero trayendo aparejado un aumento paralelo en los niveles de responsabilidad de sus dirigentes y afiliados. Igualmente dejaba en claro la buena comprensión que el PCA había hecho de la táctica de “frente único”, la cual había sido aplicada con acierto:

la esperienza argentina, ratifica la esperienza mondiale. Il carattere di Partito eminentemente proletario, che ha la nostra sezione argentina –che deve sempre e atentamente conservare- ha servito molto, perché, malgrado non fosse un organismo completamente centralizzato, potesse superare la crisi del 1922 e con la esclusione degli elementi sopradetti, purificare le sue file, ridurre i pericoli di questa tattica e lanciarsi appertamente alla sua applicazione, come ha fatto dopo, in diverse occasioni e specialmente nel caso Della lotta contro la reazione e contro la applicazione della legge sulle pensioni, sulla base di un piano di azione concreta.²⁸

El CC era, en definitiva, un organismo “disciplinado e coherente” que debía ser secundado por la totalidad del partido.

En la revista quincenal que desde abril de 1926 comienza a editar el Secretariado Sudamericano de la Internacional Comunista (SSA), *La Correspondencia Sudamericana*, publicación una clara preeminencia de las noticias que implican la realidad de la Argentina. En menor medida, las referencias versan sobre los acontecimientos en Brasil y Uruguay. El SSA hacía hincapié en la necesidad impostergable de avanzar en la cuestión de la organización. Por tal motivo, decidía la publicación de un número doble de *La Correspondencia Sudamericana* destinado a la totalidad de las resoluciones correspondientes a la II Conferencia de Organización de la IC. Estos materiales debían servir a los partidos comunistas de América del Sur para ser estudiados y discutidos en reuniones eventuales de los distintos organismos comunistas.²⁹ Entre las resoluciones publicadas ocupaba un lugar destacado el análisis sobre la organización en células. La implementación del sistema de células resultaba de tanta utilidad en aquellos países en donde los partidos comunistas habían conservado su

²⁸ “Lettera aperta del Comitato Esecutivo della Internazionale Comunista al Partito Comunista dell’ Argentina”, *Ordine Nuovo*, anno I, N° 103, 1/9/1925, (incluido en *LI*, año VIII, N° 1123, p. 4).

²⁹ “Llamado del Secretariado Sudamericano de la Internacional Comunista a los Partidos Sudamericanos”, *La Correspondencia Sudamericana (LCS)*, año I, nros. 9-10, 15-30/8/1926, pp. 1-2.

legalidad como en aquellos otros en donde los comunistas se habían visto obligados a pasar a la clandestinidad. El caso del PC italiano era paradigmático a propósito de esta última consideración.³⁰ En cualquiera de los casos, legalidad o ilegalidad, el trabajo en células permitía al partido adaptarse a las condiciones adversas y favorecer los contactos entre los dirigentes y las bases, pero al mismo tiempo prestaba un importante mecanismo de control, al permitir advertir de manera muy veloz cuáles eran los miembros activos y cuáles los pasivos. La reorganización en células demostraba al instante la calidad del trabajo de los miembros del partido, ya que permitía advertir quiénes eran activos y quiénes pasivos. Esto permitía, a su vez, destinar a actividades que implicaban mayor responsabilidad a los comunistas más competentes, y corregir los errores en las células más ociosas mediante la incorporación de organizadores activos.³¹ La célula de fábrica se presentaba a los ojos de los comunistas como una eficaz herramienta para el acercamiento del partido con los obreros allegados a la socialdemocracia. La célula de calle estaba encargada de llegar a los lugares en donde la célula de empresa no podía tener ocasión de hacerlo.³² La realización del “frente único” entre los obreros había sido facilitada en varios partidos comunistas a causa de la colaboración prestada por la organización en células de empresa. Pero además, las células comunistas habían cumplido el papel central de promover entre los obreros su ingreso o reingreso en los sindicatos.³³

El PCA aprobó la aplicación del sistema de organización por células en su Segunda Conferencia de Buenos Aires. Los datos que allí brindan sobre la composición social del Partido en la Capital que demuestran el nivel de proletarización del comunismo en esta ciudad: los obreros calificados constituyen el 73.20% del total, los obreros no calificados el 4.55%, los obreros independientes el 2,75%, los empleados el 13% y los

³⁰ “Cuando los fascistas se precipitaron no solamente sobre los sindicatos de clase y los Comités de fábrica (donde nuestro partido progresaba sin cesar, venciendo a los reformistas y maximalistas), sino también sobre las organizaciones maximalistas y reformistas (nuestro partido se había puesto a trabajar clandestinamente desde hacía ya bastante tiempo), éstas perdieron toda vinculación con las masas. Solo nuestro partido, por medio de sus células, continuó su trabajo entre los obreros de las fábricas y de las usinas. Este hecho no ha dejado de tener su repercusión entre los obreros, miembros del partido maximalista. Estos últimos se dirigieron varias veces a las células comunistas, pidiéndoles de distribuir los volantes de su partido y de combatir unidos para defender los sindicatos de clase”. Piatnitski, “La Segunda Conferencia de Organización de la Internacional Comunista”, *LCS*, año I, nros. 9-10, 15-30/8/1926, p. 5.

³¹ *Idem*, p. 7.

³² “Resolución sobre la cuestión de las células de empresa y de calle”, *LCS*, año I, nros. 9-10, 15-30/8/1926, pp. 14-19. La aplicación práctica de estos principios fue tratada más en profundidad, diferenciando entre los lugares de implementación, en otra nota del mismo número, “Instrucciones sobre la estructura y el funcionamiento de las células de empresa y de calle”, pp. 20-33.

³³ “Los resultados de la II Conferencia de Organización”, *LCS*, año I, nros. 9-10, 15-30/8/1926, pp. 58.

profesionales el 6,50%.³⁴ Se destacaba en la Conferencia, a su vez, que el número de afiliados comunistas había crecido notablemente en el último año y medio, siendo que en 1925 había recibido un 33,84% de afiliados, y los 6 meses transcurridos de 1926 sumaban un nuevo 21% del total de afiliados, lo que en representaba para el lapso de adopción de la organización celular un incremento del 54,85% de afiliados al PCA en la Capital.³⁵

Ratificando la selección del PCA como líder entre los partidos comunistas del sur continental, el órgano del SSA comentaba el éxito del proceso de bolchevización implementado por el PCA, el cual se reflejaba en el aumento de su influencia entre los obreros en detrimento del poderío debilitado de los socialistas. Prueba de ello era la victoria del PCA en la provincia de Córdoba, donde los comunistas obtuvieron más votos que los socialistas (778 votos contra 776 votos respectivamente), significando la primera derrota sufrida por el socialismo a manos del PCA en una provincia.³⁶ En las elecciones correspondientes a la Capital Federal del 7 de marzo de 1926, el saldo de los sufragios, comparado con el correspondiente a las elecciones de 1924, había representado una disminución de los votos socialistas, que en esos dos años había perdido 13.806 votos (77.362 en 1924, 63.556 en 1926), representando una reducción del 17,8 por ciento. Por su parte el comunismo había logrado un incremento de 1.295, lo que significaba un incremento del 40.5 por ciento (3.194 en 1924, 4.389 en 1926) respecto de las elecciones anteriores.³⁷ Asimismo, la banca de concejal lograda por Penelón era un signo más que venía a complementar las certezas que el partido tenía a propósito de los éxitos conseguidos a partir de la justeza de la línea adoptada por los PPCC tras el V Congreso de la IC.³⁸ Una estrategia de propaganda impulsada por el PCA y destacada por el SSA consistía en la redacción de cartas personales de obreros comunistas que iban dirigidas al electorado obrero y campesino localizado en regiones remotas respecto de los centros de actividad partidaria, lo que posibilitaba que el partido estableciera un vínculo con aquellos trabajadores a los que muy difícilmente hubiera podido llegar la propaganda realizada con medios convencionales. Este era un mecanismo original en la búsqueda por la profundización de la bolchevización del partido y la implementación de un “frente único”.

³⁴ “La Segunda Conferencia comunista regional de Buenos Aires (Rep. Argentina)”, *LCS*, año I, N° 11, 15/9/1926, p. 30.

³⁵ *Idem*, p. 31.

³⁶ “Los progresos del Comunismo en la Argentina”, *LCS*, año I, N° 1, 15/4/1926, p. 27.

³⁷ *Idem*, p. 28.

³⁸ “Un gran triunfo del Partido Comunista de la Argentina”, *LCS*, año I, N° 18, 31/12/1926, p. 24.

El CE de la IC redacta en su sesión del día 12 de mayo de 1926 una carta de apoyo al CC del PCA por el trabajo de bolchevización realizado atendiendo las recomendaciones en ese sentido plasmadas en la carta abierta dirigida a los PPCC adheridos a la IC en enero de 1925. La buena implementación de las pautas “bolchevizadoras” decantaba en la apreciación cominternista acerca de que el PCA se encontraba en condiciones para convertirse en un partido de masas. La IC se apoyaba en lo actuado por el PCA a propósito de la proletarización y la organización en células para demostrar que los lineamientos trazados por la IC en su carta abierta eran acertados. También es de destacar el hecho de que por medio de la IC se reconocía la legitimidad de las direcciones comunistas: “El presidium de la Internacional reconoce al Comité Central, que ha sido elegido por el Congreso, como el representante de la parte más avanzada y consciente del proletariado de la Argentina”³⁹. En opinión del CE de la IC, el PCA tenía que dedicar grandes esfuerzos al reforzamiento de sus cuadros. Solo de este modo podría el partido hallarse en condiciones de efectuar las tareas correspondientes a la parte más conciente del proletariado.

2.3. El trabajo por la elevación teórica de los comunistas argentinos

El jefe del Secretariado Latino de la IC, el suizo Jules Humbert-Droz, tomaba nota del problema que representaba el hecho de que a través de las actividades que llevaban adelante los partidos sudamericanos se percibía la carencia de una verdadera formación comunista. Esto quedaba especialmente reflejado, según su opinión, toda vez en que se destinaban grandes esfuerzos a la defensa de determinadas causas que no tenían en realidad ningún significado para la lucha por la superación de la explotación capitalista. Poco antes de celebrar su VI Congreso de 1924, la dirección del PCA no ocultaba tampoco que estaba atravesando dos tipos de problemas importantes. Un primer orden de problemas, de carácter más general, tenían que ver con una deficiencia para interpretar cuáles eran los principales temas que las coyunturas nacional e internacional requerían tratamiento con mayor urgencia. Esto condujo al partido a otorgar lugares de preeminencia a cuestiones menores y a obviar ciertos temas fundamentales que no encontraron espacio para su adecuado tratamiento. En un segundo orden de problemas, de tipo más particular, aparecía el bajo nivel teórico de los militantes comunistas.⁴⁰

³⁹ Ercoli (Palmiro Togliatti), “Carta del Presidium de la Internacional Comunista al Partido Comunista de la Argentina”, *LCS*, año I, N° 7, 15/7/1926, p. 2.

⁴⁰ Partido Comunista de la Argentina (Sección de la Internacional Comunista), “Informe del Comité Ejecutivo al VI Congreso. A celebrarse en Buenos Aires los días 26, 27 y 28 de julio de 1924”, Buenos Aires, 1924. Firma Juan Greco, secretario general, p. 5, Archivo IC, BCNA, r. 3, s. 23.

Sin embargo, Humbert-Droz señalaba también para algunos países de Sudamérica la existencia de masas obreras y campesinas cuyas acciones reivindicativas estaban dotadas de un carácter revolucionario. Estas masas trabajadoras debían, por ende, ser cooptadas por los comunistas a los fines de forjar verdaderos partidos revolucionarios. El de Argentina era, en opinión de Humbert-Droz, el partido comunista que gozaba de la mejor preparación teórica y política. Era el PCA el más indicado para acelerar los procesos de educación comunista de los partidos vecinos. Esta situación motivaba la creación en Buenos Aires de un Secretariado Sudamericano de la IC.⁴¹ El SSA dependía directamente del CE de la IC, el cual le fijaba funciones y le daba directivas para realizar su trabajo. Las principales tareas del SSA consistían en, por un lado, acelerar el trabajo de educación comunista entre los PPCC sudamericanos, y, por el otro, en coordinar y mantener relaciones estrechas y regulares entre las secciones latinoamericanas y la IC. Cada sección quedaba comprometida en el envío regular de reportes referidos a los puntos más importantes de la actividad política y sindical, los que debían ser centralizados por el SSA. Este último tenía, a su vez, la obligación de remitir informes mensuales al CE de la IC en donde se pusiera el énfasis en las cuestiones políticas generales y fueran sugeridas soluciones prácticas. Pero además de su carácter informativo, el SSA tenía la misión de obrar como órgano ejecutor, controlando que las decisiones de la IC para los partidos sudamericanos fueran efectivamente asumidas.

El PCA tenía destinado, en el concierto de partidos comunistas sudamericanos, el lugar de más alta jerarquía en la nueva disposición organizativa. El partido argentino se hacía cargo de supervisar el funcionamiento del secretariado, sin perder de vista que la dirección política recaía en la IC. Penelón era designado como responsable del SSA. Para promover la formación comunista, el SSA recibía el encargo de editar en castellano cada dos meses una pequeña reseña de aquellas acciones más importantes que eran emprendidas por la IC para ser difundida entre las secciones asociadas, así como también ponía a disposición de los afiliados comunistas algunos de los artículos producidos por el CE de la IC. Pero además se esperaba que se dieran a conocer noticias referidas a cuestiones locales, reflexiones sobre organización y táctica de los partidos comunistas, estudios sobre los movimientos políticos, sociales y sindicales. La IC se ocupaba de financiar al SSA, enviando mensualmente el dinero necesario para suplir los costos de las impresiones, el pago de salarios, gastos de las delegaciones. Los deseos de

⁴¹ Carta de Jules Humbert-Droz al CE del PCA, 16/2/1925, p. 1, Archivo IC, BCNA, r. 3, s. 19 [En francés].

la dirección de la IC eran que el SSA comenzara sus actividades el 1° de marzo de 1925.⁴²

La trascendencia de la formación teórica de la dirección partidaria era un punto que había sido tratado ampliamente en la IC y en el cual había acordado el PCA.⁴³ El Secretariado Político de la IC aprobó la apertura de cursos breves en la Escuela Internacional Lenin de Moscú, la cual había probado su importancia para la preparación de cuadros encargados de conducir la bolchevización de los partidos comunistas. Para la formación de la elite revolucionaria, los cerca de 3000 graduados que tuvo la Escuela Lenin entre 1926 y 1938 recibieron conocimientos sobre teoría marxista, historia del movimiento obrero, economía política y estudios sobre la dictadura del proletariado.⁴⁴ La implementación de los cursos cortos, consistentes en 9 meses de estudios, se explicaba en la necesidad imperiosa que tenían los partidos de contar con cuadros dirigentes en un lapso mucho menor a los dos años implicados en los cursos regulares. Además, se evitaba así privar demasiado tiempo a los partidos intervinientes de algunos de sus organizadores más destacados, ya que en todos los casos los estudiantes enviados a la Escuela Leninista debían tratarse de comunistas con experiencia probada en las direcciones política y sindical. En este punto, la delegación latinoamericana aclaraba que se le iba a otorgar prioridad a aquellos activistas que hubieran demostrado ser “capaces de un intenso trabajo mental”⁴⁵. Los estudiantes debían estar en condiciones, a la finalización de los estudios, de prestar servicios a sus respectivos partidos respondiendo a las decisiones que fueran tomando sus direcciones. Al PCA le correspondía el envío de un estudiante. Los otros países latinoamericanos que disponían del envío aprobado de estudiantes -uno por cada país- eran Brasil, Chile, Uruguay y México. Antonio Cantor fue designado para asistir a la Escuela Lenin, ocupando la vacante otorgada al PCA.⁴⁶

Trascendiendo las posibilidades de una práctica regional que no tuviera en cuenta las especificidades locales, los comunistas argentinos advirtieron en la impronta extranjera del proletariado del país un factor nacional a considerar. Esta percepción dio lugar a la conformación de los grupos idiomáticos, que generaron no pocas controversias tanto a

⁴² Carta de Jules Humbert-Droz al CE del PCA, 16/2/1925, p. 3, Archivo IC, BCNA r. 3, s. 19.

⁴³ Cf. *Boletín Interno*, “El problema de los cuadros. Por la formación de un amplio activo del Partido”, año II, N° 15, octubre de 1932, pp. 4-7.

⁴⁴ Gidon Cohen, “Propensity-Score Methods and the Lenin School”, in *The Journal of Interdisciplinary History*, vol. 36, N° 2, Autumn, 2005, p. 215.

⁴⁵ Acta de la reunión del Secretariado Regional de América latina de la Internacional Comunista, p. 2, Archivo IC, BCNA, r. 3, s. 16.

⁴⁶ Partido Comunista de la Argentina, Sección de la I.C., carta al CE de la IC, Buenos Aires, 23/7/1926 Archivo IC, BCNA, r. 3, s. 24 [En francés].

nivel nacional como ante los organismos comunistas internacionales.⁴⁷ El caso es que, para promover correctamente aquellas actividades que imprimieran un impulso al desarrollo teórico de los afiliados del PCA, era necesario atender a las características específicas de los comunistas argentinos. La presencia de 2,5 millones de extranjeros se traducían en la creación de grupos étnicos locales y se reflejaba a través de sus prácticas particulares dentro del movimiento obrero.⁴⁸ De aquí que fuera esencial profundizar el trabajo del partido entre los diferentes grupos idiomáticos. Esta realidad empujó a Codovilla a escribir a la IC comentando que sería importante que la prensa comunista incluyera una página o media página en italiano para los obreros inmigrantes de procedencia italiana.⁴⁹

Otros obstáculos de peso se interpusieron en el camino del PCA por la consecución de la formación teórica de sus cuadros y afiliados. Así, Romo reconocía la existencia de numerosos y potentes defectos de organización: “Adolecemos de falta de electos de dirección, por una parte, y, por otra, carecemos de los recursos indispensables para realizar un trabajo metódico y permanente”⁵⁰. La imposibilidad de garantizar un sueldo estable siquiera al secretario general redundaba en una subcalificación teórica y una sobre-ocupación laboral de los cuadros, obligados a conseguir un trabajo para solventar sus necesidades materiales básicas. La mitad de los lectores del órgano oficial del partido se había quedado sin trabajo y no podía seguir manteniendo su suscripción al periódico.⁵¹ En su carácter de director de la publicación central comunista, Rodolfo Ghioldi dejaba establecido que la línea política de *La Internacional*, instrumento fundamental para la formación política de la clase obrera, debía ajustarse a lo resuelto por el partido en sus congresos. Al justificar la aparición en las páginas del órgano del PCA de errores de carácter técnico señalaba que estos se debían exclusivamente a que el cuerpo de redactores para todo el periódico no pasaba de tres personas.⁵² Era en realidad la mala situación económica del partido la que empujaba a una reducción del

⁴⁷ La cuestión de los grupos idiomáticos no fue tratada en profundidad ni mucho menos subsanada, razón por la cual reapareció a mediados de la década de 1930. Por entonces se imputó nacionalismo pequeño-burgués al grupo judío y socialismo reformista al grupo italiano, y se consideró necesario incrementar el trabajo de sus integrantes en las fábricas. Silvia Schenkolewski-Kroll, op. cit., s/p.

⁴⁸ Informe de la delegación argentina al IV Congreso del CE de la IC, julio-octubre 1922, pp. 1-2, Archivo IC, BCNA, r. 1, s. 1

⁴⁹ Carta de Humert-Droz al Comité Ejecutivo del Partido Comunista Argentino, Moscú, 16 de noviembre de 1925, Archivo IC, BCNA, r. 3, s. 19 [En francés].

⁵⁰ P. Romo, Al Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, Archivo IC, BCNA, r. 3, s. 24, p. 1.

⁵¹ Idem, p. 6.

⁵² Partido Comunista de la Argentina (Sección de la Internacional Comunista), “Informe del Comité Ejecutivo al VI Congreso. A celebrarse en Buenos Aires los días 26, 27 y 28 de julio de 1924”, Buenos Aires, 1924. Firma Juan Greco, secretario general, pp. 10-11 Archivo IC, BCNA, r. 3, s. 23.

personal abocado a las importantes tareas de información periodística. Romo anunció a la IC que, por la crisis económica en que se encontraba el país, *La Internacional* iba a perder su carácter de publicación diaria.⁵³ Para afrontar la crisis habían debido prescindir del único propagandista con que contaba el partido y con el sueldo del único cargo rentado que tenía, correspondiente al secretario general. A partir de entonces, el órgano del PCA se convierte en semanario. En cuanto a la circulación que tenía *La Internacional*, se dejaba constancia de que el tiraje mínimo en 1925 era de 4000 y el máximo de 6000 ejemplares.

En el editorial que daba origen a *La Correspondencia Sudamericana*, SSA de la IC asumía entre sus tareas más eminentes la formación teórica de los comunistas sudamericanos, paso previo e ineludible en la consolidación del Partido Bolchevique, entendido, en un sentido estricto, como un partido de vanguardia. Ante el interrogante de cuál podía ser la modalidad más propicia para conducir la capacitación teórica de los militantes de cada PC, el SSA se hacía eco de una misiva enviada por el CE de la IC en donde se planteaba que “los militantes sudamericanos deben aprender a tratar como bolcheviques sus propios problemas. No se trata, pues, de una cultura libresca, sino práctica”⁵⁴. Deducían de ello los comunistas sudamericanos que

No se trata de teorizar subjetivamente sobre problemas de otros Partidos, sino de saber sacar de ellos las experiencias para aplicarlas a nuestros propios países, a nuestro propio medio. [...] Daremos una información y estudiaremos especialmente nuestros propios problemas. Claro está buscando aplicar las resoluciones y experiencias de la I.C. y de todas sus secciones.⁵⁵

Y esto era en parte lo que intentaba llevar adelante la dirección del PCA, incluso desde aquella sección que poco tiempo después quedará indisolublemente identificada con la conversión de la doctrina marxista en dogma impuesta por Stalin al interior del PCUS y transferida por la IC a sus secciones integrantes. De este modo, Paulino González Alberdi podía, en su calidad de miembro de la Comisión Cooperativa del PCA, sugerir la utilidad de las cooperativas, a partir del uso que les dieron los soviets a los fines de enfrentar el comercio privado en el campo y la ciudad, para la conformación de un sistema económico socialista.⁵⁶ El PCA se servía así de una

⁵³ P. Romo, Partido Comunista de la Argentina, Al C.C. de la I.C., Buenos Aires, 20 de agosto de 1925, Archivo IC, BCNA, r. 3, s. 24.

⁵⁴ “Propósitos”, *LCS*, año I, N° 1, 15/4/1926, p. 1.

⁵⁵ *Idem*.

⁵⁶ Paulino González Alberdi, *LCS*, “El cooperativismo obrero y campesino en la Argentina”, año I, N° 5, 15/6/1926, p. 18.

experiencia soviética particular adaptada teóricamente a las condiciones argentinas sin que mediara en ello imposición de ningún tipo por parte de la dirección del PCUS.

2.4. Los múltiples debates por el sindicalismo: la mayoría del PCA, la minoría del PCA y el CE de la IC

En el panorama provisto por el PCA a la IC resultaba que, para fines de 1924, la Argentina se encontraba atravesando una etapa de prosperidad en las producciones industrial y agraria.⁵⁷ El capital norteamericano constituía un incentivo para el desarrollo de la industria nacional, al tiempo que las malas cosechas en Europa le reportaban beneficios extraordinarios a los productores rurales. Esta coyuntura favorable en el terreno económico se combinaba con una crisis de los partidos políticos burgueses. La UCR había quedado irremediablemente dividida. La pérdida de confianza por los sindicatos en las conducciones socialista, anarquista y sindicalista volvía plausible la posibilidad de que emergiera una conducción sindical desde el comunismo. La influencia comunista en la USA se hallaba en ascenso. La necesidad de un órgano que acompañara el trabajo comunista en los sindicatos se hallaba, por lo tanto, a la orden del día. Asimismo, la creación de la Federación Juvenil Comunista era explicada a los soviéticos como el producto del desarrollo industrial que había dado forma a un proletariado joven; incluso se retrató una Juventud Comunista compuesta exclusivamente por obreros, en donde los estudiantes de clase media parecían no tener participación alguna.

El activismo creciente del comunismo en el campo sindical estaba dando sus primeros frutos. Penelón informó a la IC que la campaña de agitación llevada a cabo por la comisión creada a tales fines por el PCA encontró resistencia policial en la realización de los actos más importantes que se habían preparado, que debían tener lugar en Capital Federal.⁵⁸ No obstante, estimaba en más de 12.000 personas la cantidad de asistentes a las actividades concretadas a tal propósito en las principales ciudades del país. Por su parte, Julia Coral entendía que la traición de los social-reformistas y el sabotaje de la lucha de clases por los anarquistas no hacían sino otorgar ventajas a la burguesía, y que el PCA no contaba con una gran influencia entre los obreros, pero de a poco esta situación iba siendo abandonada. Un reflejo del crecimiento registrado en el

⁵⁷ Resumen sobre la situación política, económica y sindical de la Argentina para el CE de la IC, firmado por Codovilla, 1924 Archivo IC, BCNA, r. 3, s. 22.

⁵⁸ J. Penelón, A la Comisión de Agitación de la Internacional Comunista, Buenos Aires, noviembre de 1924 Archivo IC, BCNA, r. 3, s. 24.

año de 1924 venía dado por la banca lograda en el parlamento provincial de Córdoba y la representación obtenida en la municipalidad de la Capital Federal. El optimismo presentado por esta realidad llevaba a Codovilla a opinar que las condiciones para el desarrollo del comunismo en el país eran inmejorables: “Nunca como en este momento la clase trabajadora argentina, ha sentido la necesidad de un Partido político que encarne sus aspiraciones, la guíe en sus luchas parciales, la capacite para una acción revolucionaria”.⁵⁹

El PCA debía incrementar los esfuerzos para llevar al éxito su campaña en pos del “frente único”, el cual no podía ser tan sólo el producto de la unificación de las distintas centrales sindicales en existencia.⁶⁰ Al mismo tiempo, elevaba una recomendación para que fuera creado un CC de la ISR capaz de coordinar la actividad de todos sus suscriptores en los distintos países en que estos se encontraran. El momento para la unidad era óptimo, dado que la socialdemocracia presentaba fisuras que podían ser aprovechadas para estimular en los trabajadores el alejamiento de Ámsterdam y su acercamiento a Moscú:

Nous croyons que les circonstances sont très favorables pour la formation de cette aile gauche. Il existe dans le parti social-démocrate un courant d'opposition “ouvrière” (le groupe Repetto), dont il faut se servir. La C.O.A. s'est surtout formée sous l' influence de ce groupe. Le nouvelle centrale a officiellement déclaré qu'elle continue à adhérer à l'Internationale d'Amsterdam, mais qu'elle se place sur le terrain du Comité anglo-russe dans la question de l'unité syndicale. Le fait que les réformistes ont provoqué une nouvelle scission dans le mouvement syndical argentin déjà bien divisé, montre combien il faut croire à leur honnêteté. Mais cette attitude envers le Comité anglo-russe est la preuve officielle que la sympathie pour l'unité est très vive parmi les ouvriers argentins, même parmi ceux adhérant à la C.O.A.⁶¹

En las páginas del órgano del SSA, el PCA destacaba las dificultades que la profunda división de las fuerzas sindicales representaba para el trabajo de organización en los establecimientos fabriles. Los fraccionamientos se encontraban agravados por la creación de una nueva central obrera, la Confederación Obrera Argentina, impulsada por el socialismo a partir de un desprendimiento de la USA a mediados de 1924. En ese entonces, este fue percibido como un acto de emulación de aquellas prácticas escisionistas que tradicionalmente eran atribuidas al anarquismo.⁶² De todas formas, en opinión de Aurelio Hernández no todas eran malas noticias en el estado del campo

⁵⁹ J. Coral, Al Secretariado Femenino Internacional, informe del delegado del PCA a la III Conferencia Internacional de Mujeres Comunistas, 19 de mayo de 1924, pp. 3-4, Archivo IC, BCNA, r. 3, s. 24.

⁶⁰ Idem, p. 5.

⁶¹ Idem, p. 8.

⁶² Aurelio A. Hernández, “La organización sindical en la Argentina”, LCS, año I, N° 2, 30/4/1926, p. 22.

sindical: en el último Congreso que la USA había celebrado en abril de 1926, 13.000 de los 27.000 cotizantes allí representados habían manifestado simpatía por la Internacional Sindical Roja, intuyendo que se trataba, tal vez, del instrumento más indicado para conducir la unidad del movimiento obrero.⁶³

La dirección comunista esperaba que el PCA y la ISR se manifestaran abiertamente sobre la cuestión de la inmigración y en contra de la prohibición promovida por los reformistas de la USA. Surgía también la importancia de editar periódicos en la lengua natal de los inmigrantes. Los extranjeros no debían ser tratados como si fueran comunistas de segunda categoría a los cuales urgía asimilar. Se trató en reunión extraordinaria la organización de las agrupaciones idiomáticas, donde existían dos posibilidades: organización sobre base territorial y organización de los extranjeros en comisiones.⁶⁴ Con niveles de desocupación entre 350.000 y 400.000 parados se hacía evidente la necesidad de que el partido adoptara alguna posición tajante al respecto. La plataforma del partido a este respecto debía consistir, según se sugería, en el pago de medio salario a los desocupados por patrones y gobierno, mantenimiento de la jornada laboral de 8 horas con la prohibición expresa de horas extras. El PCA se proponía exigir que dentro de los sindicatos se conformara una sección para desocupados y encargó al Agitprop la elaboración de un plan de propaganda con el que el partido pudiera llegar a los grupos sociales marginales.⁶⁵

Dos hechos básicos caracterizaban, entonces, el movimiento sindical argentino de la época: la profunda crisis de la USA, que si en el momento de su fundación en 1922 había contado con 80.000 afiliados, al finalizar el período aquí abordado no pasaba de los 16.000 y el nacimiento de la Confederación Obrera Argentina (COA). La IC tenía preferencias por lograr un acercamiento con la USA. Sin embargo, temeroso de que se suscitaran consecuencias contraproducentes, el CE de la ISR aprobaba en su sesión del 12 de abril de 1926 en Moscú el envío de un saludo a la USA dejando en claro su preocupación de que esta central obrera pudiera experimentar fracturas a causa su adhesión a la central sindical del comunismo internacional: “El Comité Ejecutivo hace un llamado urgente a todos los partidarios de la I.S.R., para que no insistan sobre la necesidad de la adhesión de la U.S.A., a nuestra Internacional, si esta adhesión puede ocasionar perjuicios a la unidad del movimiento sindical argentino”⁶⁶. No obstante, el

⁶³ Idem, p. 24.

⁶⁴ Reunión extraordinaria del CC del PCA, 20/8/1927, Archivo IC, BCNA, r. 4, s. 31.

⁶⁵ Comité Regional de la Capital, Acta N° 29, sesión del 30/8/1927, Archivo IC, BCNA, r. 4, s. 34.

⁶⁶ Comité Ejecutivo de la I.S.R., “La Internacional Sindical Roja saluda al Congreso de la Unión Sindical Argentina”, LCS, año I, N° 4, 30/5/1926, p. 27.

PCA realizaba una autocrítica al advertir que durante mucho tiempo había negado la potencia con la que el reformismo había penetrado en el movimiento sindical. Ello había supuesto una gran dificultad para los comunistas argentinos al momento de adoptar medidas tácticas y de organización para disputar correctamente al reformismo en el terreno sindical. El partido tenía que concentrar su trabajo en la COA y no, como lo había hecho hasta ese entonces, en la cada vez más devaluada USA.

Desde la realización de su II Congreso, la USA estaba dando pasos que la llevaban a convertirse en una pequeña secta distanciada de los trabajadores, al demostrar la incapacidad de sus dirigentes a la hora de efectuar una correcta lectura de las necesidades urgentes del momento.⁶⁷ Como corolario de esta situación, la USA había dado un paso más hacia su conversión en una organización sectaria. Por el contrario, el PCA señalaba la necesidad impostergable de guiar la conformación de una organización sindical de masas.⁶⁸ La atención puesta sobre la USA por parte de la IC llegaba en momentos en que una supuesta “tendencia sectaria” de la central obrera, observable en la desvinculación por parte de su dirección respecto de los problemas inmediatos de los obreros, se traducía en su decadencia, diagnóstico que se extraía de contraponer la reducción drástica en el número de sus cotizantes. El promedio de cotizaciones mensuales de 1924 era de 28.288, mientras que para 1925 esta cifra había descendido a 15.926, lo que representaba el abandono del 50 por ciento del total de sus adherentes.⁶⁹ En cambio, la COA se hallaba por entonces en ascenso. Una vez que se produjo la partida de la Unión Ferroviaria de la USA y fue acordada su incorporación a la joven central sindical que había sido creada al promediar el año de 1924, sus principales líderes -José Negri, José Domenech y Manuel Palmeiro- se hicieron cargo de la dirección de la misma. El puesto de secretario general de la COA, que tras el arribo de los ferroviarios había alcanzado la cifra de 90.000 cotizantes, fue ocupado alternativamente entre los socialistas Negri y Pérez Leirós.⁷⁰

La Argentina era para Codovilla un país con desarrollo industrial gradual, dotado de una tradición sindical definida.⁷¹ Mientras que el trabajo sindical de los comunistas había sido destruido por la dirección anarcosindicalista, la USA demostraba su incapacidad para conducir la unidad sindical que le permitiera dar el paso para la conversión de una organización que nucleara a las masas trabajadoras. Codovilla

⁶⁷ Carta del Comité Central del PCA al CE de la IC y al Bureau Ejecutivo de la ISR, 20/4/1928, p. 2, Archivo IC, BCNA, r. 1, s. 9 [En francés].

⁶⁸ “El Congreso de la Unión Sindical Argentina”, *LCS*, año I, N° 4, 30/5/1926, pp. 1-2.

⁶⁹ “Sobre el Congreso de la U. S. Argentina”, *LCS*, año I, N° 5, 15/6/1926, p. 5.

⁷⁰ H. Camarero, *A la conquista de la clase obrera*, op. cit., p. 109.

⁷¹ V. Codovilla, “El movimiento obrero en la A. Latina”, *LCS*, año II, nros. 30-31, 15/9/1927, pp. 10-14.

remarcaba la necesidad de reunir el conjunto de las fuerzas del sindicalismo en una única organización de masas. La que parecía poder llegar a reunir los requisitos para tal fin era, en su opinión, la COA. Mediante un congreso de unidad se debía realizar la integración de las organizaciones autónomas y aquellas que se hallaban asimiladas en la USA dentro de la COA. Para la promoción de esta transformación en la estructura sindical argentina, el PCA debía llevar adelante, de forma inmediata, una gran campaña de reclutamiento sindical entre el proletariado que en su mayor parte se haya disperso y por fuera de todo marco organizativo.

Se advierte de este modo que también en lo que hace a la cuestión sindical la dirección del PCA se opuso a aceptar en primera instancia las perspectivas que había trazado la IC a partir tanto de los informes suministrados por los comunistas argentinos como por los asesores cominternianos que actuaban en el país y en la región sudamericana. Si bien los comunistas ejercían una gravitación importante dentro de la USA a partir del control de la Unión Obrera Local de Buenos Aires, la cual nucleaba a 40 sindicatos, la relación se complicó cuando intentaron en el congreso sindical de 1926 dejar sin efecto el artículo de la USA que impedía la participación política de sus miembros. Pese a las recomendaciones de la IC, se inició entonces una serie de cruces entre sindicalistas y comunistas que terminó, entre julio y octubre de 1927, con la expulsión de estos últimos del CC de la central.⁷² Los comunistas argentinos esgrimieron incluso una habilidad especial para adaptarse a las circunstancias cambiantes: si en un principio se opusieron a la división de la USA y hasta clamaban por el retorno de aquellos gremios que la habían abandonado,⁷³ terminaron por considerar dos años más tarde, de acuerdo a los planteos aquí recuperados, que la mejor opción para penetrar en el movimiento obrero consistía en apoyar el crecimiento de la COA.

2.5. La Carta Abierta ante la cuestión del programa

Siendo secretario general del PCA, cargo por entonces de carácter rotativo, Pedro Romo observaba que el relevamiento de datos estadísticos referentes a la composición del partido había sido retrasado debido a que la conflictividad interna que había experimentado recientemente “produjeron cierta confusión y desorganización”, pero al mismo tiempo dejaba constancia de que “esa situación ha desaparecido por completo, delineándose claramente varios traidores que encabezaron el movimiento escisionista e

⁷² H. Camarero, *A la conquista de la clase obrera*, op. cit., pp. 111-112.

⁷³ Idem, p. 107.

ingresando nuevamente al Partido algunos trabajadores que les habían seguido”⁷⁴. Romo efectuaba esta afirmación un mes antes de que se diera con la celebración del IV Congreso del PCA el comienzo del predominio del sector “verbalista”.

Por su parte, también Miguel Contreras, delegado argentino en la I Conferencia de la ISR, intentó hacer llegar a Moscú en la antesala del V Congreso que también dominaron los antiprograma, la imagen de un PCA sin fisuras. Contreras negaba la existencia de tendencias de izquierda y derecha al interior del partido e intentó minimizar la naturaleza del conflicto, asegurando que tan “sólo han existido divergencias en la cuestión de determinar si el partido debía darse o no un programa de puntos concretos”.⁷⁵ No obstante, el nuevo conflicto interno que experimentaba el PCA desde entonces en torno a la cuestión del programa alcanzaría su punto álgido poco tiempo después.

En sus orígenes el PCA había sido antiprogramático, y había basado su política en los parámetros de una declaración poco desarrollada que instaba a la utilización de conceptos comunistas y criticaba con severidad el orden social burgués cuya destrucción promovía. Este programa de acción había despreciado por completo la conveniencia defender reivindicaciones inmediatas, que era considerado patrimonio del reformismo. La cuestión del programa volvió a ser discutida de manera abierta en el congreso de julio de 1923. En aquella instancia se impuso la posición de la minoría, encabezada por Oriolo y Teófilo González, partidaria de ratificar la declaración de principios de 1921. Aduciendo incompatibilidades entre reformas inmediatas y el programa vigente del partido, Cayetano Oriolo y Teófilo González se habían opuesto al paquete de medidas (fijación de alquileres máximos, rechazo del incremento de las tarifas tranviarias, igualdad de salarios entre hombres y mujeres) que desde el CE del PCA intentaban promover Romo y Di Palma.⁷⁶

Los planteos antiprogramáticos se basaban en la interpretación de que el partido se encontraba transitando una etapa en la cual urgía captar la atención de los dirigentes sindicales, quienes, a causa de su adscripción antipolítica, podían resultar ahuyentados si se adoptaban un programa político. Las masas, por su parte, debían ser preparadas teóricamente para que pudieran comprender sin equívocos los contenidos del programa del partido cuando finalmente fuera creado. En definitiva, este enfoque estimaba que el

⁷⁴ Informe al Secretario General del CE de la IC, 7/6/1923, p. I, Archivo IC, CCC, 329.15(82) PCa2, p. 1.

⁷⁵ Reporte de la delegación argentina al Comité del V Congreso. Informe de Miguel Contreras, 1924, Archivo IC, BCNA, r. 1, s. 2.

⁷⁶ N. di Palma, “El viejo «programa» del partido y su pretendida justificación histórica”, *LI*, año VIII, N° 1124, 2/9/1925, pp. 2-3.

programa debía reservarse para cuando el PCA, habiendo cumplimentado la etapa inicial, estuviera en condiciones de dirigirse a las masas en general. Expuesta en Rusia por Penelón y Lucenda, la declaración fue criticada por Alfred Stirner (seudónimo del comunista de origen suizo Edgar Woog). Este último les anunció entonces que enviaría a la Argentina una carta en donde sería estudiada la situación del país y se evaluaría la táctica del PCA según la línea política de la IC. A su regreso de Rusia, Lucenda percibió la existencia de tres posturas diferentes en torno de la cuestión del programa: por un lado, estaba la posición liderada por Rodolfo Ghioldi, favorable a la redacción de un programa para el partido que debía ser la conclusión de un trabajo previo de examen de su historia, contemplando particularmente sus errores y aciertos; por otro lado, Cayetano Oriolo reforzaba su teoría etapista; por último, estaba la posición “centrista”, indefinida, de Angélica Mendoza, que terminó por adherir a la concepción antiprograma.⁷⁷

La Carta Abierta dio paso a una serie de sesiones de debate que tuvieron lugar en el local del PCA en la calle Estados Unidos 1056. Allí intervinieron activamente, entre otros, Loíacono, Mendoza, González, Bergés, Muller, Ghitor, Lucendo, Raurich y Codovilla.⁷⁸ La carta de la IC presentaba, a grandes rasgos, cinco situaciones problemáticas de porte. En primer lugar, se realizaba un estudio histórico del PCA poniendo el foco en su organización, orientación y táctica, y señalaba el error en que se había incurrido al no adoptar una centralización democrática sistematizada. En segundo lugar, se efectuaba un análisis de las condiciones específicas de la Argentina. Como tercer problema, se llamaba a fijar posiciones claras en el terreno sindical, considerando en él la principal cuestión para la clase obrera. Un cuarto aspecto problemático, era la lucha contra el imperialismo. La quinta y última cuestión pasaba por el problema táctico del Frente Único.⁷⁹ La Carta Abierta de la IC llegó al país en abril de 1925. Fue inmediatamente publicada en *La Internacional* y alrededor de su contenido giraron las discusiones que en los meses siguientes ocuparon a la dirección comunista, hasta que se produjo la eyección del grupo minoritario. Entre las tareas urgentes del PCA estaba la necesidad de luchar contra el imperialismo norteamericano que se encontraba en pleno desarrollo entre los países semi-coloniales de América del Sur. Los comunistas debían hacerse cargo de poner en evidencia la relación entre la lucha antiimperialista y la lucha

⁷⁷ “En víspera del Congreso del partido. A propósito de las actuales discusiones en el Partido”, *LI*, año VIII, N° 1160, 13/10/1925, p. 2.

⁷⁸ “El viernes seguirá el comentario de la Carta Abierta”, *LI*, año VIII, N° 1124, 2/9/1925, p. 2.

⁷⁹ T. Arfuch, “Función de la Carta Abierta”, *LI*, año VIII, N° 1137, 17/9/1925, p. 2.

de clases, puesto que las masas obreras y campesinas no podían por sí solas vislumbrar su trasfondo problemático.⁸⁰ Si bien la lucha final contra la explotación capitalista solo podía librarse en el plano internacional, a ella contribuía la lucha antiimperialista, la cual prestaba un servicio para acelerar la destrucción del *statu quo* mundial al tiempo que minaba el poder de la burguesía a escala nacional.⁸¹

Como miembro del grupo que rechazaba las reivindicaciones inmediatas, Teófilo Arfuch presentó la cuestión del programa como si fuera una más entre todos los puntos planteados por la IC para el caso de la sección argentina. No obstante, ésta era la cuestión central. Recogiendo la importancia destinada por el CE de la IC a la redacción de un programa en reemplazo de la antigua declaración, Lucenda afirmaba que esta tarea era la única que podía evitar que el partido cayera en el sectarismo y dirigiera su rumbo hacia las antípodas, permitiéndole transformarse en un partido de masas.

Codovilla no dudaba en interpretar de la manera menos autónoma y más disciplinada los mensajes de la Comintern para la bolchevización de los partidos, que fue aceptada por el PCA en su III Congreso: “La I.C. en sus tesis sobre bolchevización de los partidos, insiste en cada párrafo sobre la necesidad de homogeneizar ideológicamente a los mismos, base fundamental para poder hacer de ellos partidos monolíticos”⁸². Por lo tanto, sin que Codovilla lo pusiera por expreso, se entendía que en su concepción la existencia de una disidencia al interior de la dirección del PCA hacía más que obstaculizar el proceso de bolchevización: implícitamente implicaba un rechazo a los mensajes de aquella entidad superior que era la IC. Incluso aseguraba Codovilla que había recibido con sorpresa la noticia de que la Carta Abierta que había entregado al volver de Rusia había causado más desinterés que conmoción. Pese a su carácter de documento histórico fundamental, Lucenda notaba, al igual que Codovilla que la carta había pasado inadvertida hasta que se reunió el Comité ampliado que reflató el valor de la carta como guía para la organización del PCA en concordancia con la línea allí presentada.

La IC celebraba la separación dentro del PCA de los elementos reformistas que, amparándose en la aplicación práctica del “frente único”, la emprendían contra la “dirección honrada” en su intento por disgregar las fuerzas comunistas. La existencia de una organización disciplinada y homogénea aparecía como una característica *sine qua*

⁸⁰ “Lettera aperta del Comitato Esecutivo della Internazionale Comunista al Partito Comunista dell’ Argentina”, *Ordine Nuovo*, anno I, N° 104, 2/9/1925 (incluido en *LI*, año VIII, N° 1124, p. 4).

⁸¹ *Idem*.

⁸² V. Codovilla, “¿Partido político o conglomerado de fracciones?”, *LI*, año VIII, N° 1140, 20/9/1925, p. 2

non para realizar un verdadero trabajo activo entre los obreros. Por eso, sostenía la IC que el momento crítico por el que había pasado el PCA a partir del desafío contrarrevolucionario planteado por los verbalistas constituía una buena ocasión para fortalecer la disciplina interna y avanzar en la bolchevización del partido.⁸³ Un paso definitivo en ese sentido debía ser dado mediante la elaboración de un verdadero programa de partido.

En el Proyecto de Programa del PCA, la comisión redactora buscó las causas de la ausencia de un programa de reformas inmediatas no dentro del propio partido sino en las masas trabajadoras. Era el “estado psicológico de las masas” que siguió al triunfo de la revolución proletaria en Rusia, con la necesidad de combatir el reformismo, lo que había determinado la interpretación fallida de una situación de explosión revolucionaria a nivel mundial. El Comité de Propaganda de la IC se había ocupado de poner en aviso a las masas de que, si bien el capitalismo experimentaba una crisis mundial, las perspectivas de una revolución mundial inmediata no eran realistas. Sin admitir el error en que había incurrido la propia dirección comunista, sostenía ahora que la “organización y acción de clase sólo pueden hacerse sobre la base que ha constituido *siempre* la fuerza dinámica de la acción revolucionaria: las necesidades inmediatas de los asalariados”⁸⁴ (el subrayado es nuestro).

Una vez fuera del CE del PCA, por renuncia voluntaria, Cayetano Oriolo intervino en un debate acerca de la Carta Abierta de la IC.⁸⁵ La redacción de LI hizo explícita la intención del CE de abrir públicamente la discusión. Tras el Primer Congreso Extraordinario, celebrado en los días 25 y 26 de diciembre de 1920, los comunistas de la ciudad de Rosario, cuya figura más visible era Tomás Velles, dieron forma a un programa que incluía las reivindicaciones inmediatas, el cual terminó siendo aprobado más tarde por el PCA. Entendía Oriolo que este reformismo de derecha había encontrado posibilidades concretas de expresión a partir de la negativa del CE del PCA a discutir cualquier actualización del programa. Asimismo, Oriolo intentó demostrar que Rodolfo Ghioldi, si bien ahora se autoproclamaba promotor de la introducción de las reivindicaciones inmediatas al programa de acción del PCA, anteriormente se había revelado como uno de sus más enérgicos detractores. Antes de que Moscú pusiera el eje

⁸³ “Lettera aperta del Comitato Esecutivo della Internazionale Comunista al Partito Comunista dell’ Argentina”, *Ordine Nuovo*, anno I, N° 106, 4/9/1925 (incluido en LI, año VIII, N° 1126, p. 4).

⁸⁴ “Proyecto de Programa del Partido Comunista de la Argentina”, LI, año VIII, N° 1168, 29/10/1925, p. 4.

⁸⁵ C. Oriolo, “Orientación leninista de nuestro partido. Estamos con la Carta Abierta de la Internacional Comunista – No hay crisis política”, LI, año VIII, N° 1127, 5/9/1925, pp. 2-3.

en las reivindicaciones, dando paso al vuelco de Ghioldi y el resto de la dirección oportunista, sostenía Oriolo que él mismo había pretendido incorporarlas como parte de la minoría en el CE que conformaba junto a Teófilo González en el congreso de 1923: “Sostenemos, en principio, que no puede haber comunistas que se opongan a las *reivindicaciones inmediatas*, así como no puede aceptarse que los haya que se opongan a la acción parlamentaria que se opongan a la acción parlamentaria o a la táctica de frente único”, pues, en su opinión, estaba claro que existía “una diferencia fundamental entre las reivindicaciones comunistas y las de los reformistas”. Pretendía Oriolo presentarse así como un inspirador del sentido leninista auténtico, que había intentado forjar la táctica comunista del “frente único” mediante la implementación de reivindicaciones inmediatas en los contenidos programáticos del PCA incluso antes de que así lo dispusiera el CE de la IC. Por ende, la conducta preclara de la minoría “verbalista” queda implícitamente exculpada de aquellas equivocaciones tácticas previas que habían hecho del partido una secta antes que un partido de masas.

Oriolo manifestó que no tenía intenciones de abandonar el partido, y advirtiendo que el favor de la IC se encontraba del lado de la mayoría de la dirección argentina, hizo todo lo posible por presentar la cuestión del programa como una problemática zanjada. Recurrió para ello a la fuente máxima de legitimidad posible: la Carta Abierta. Aunque la Carta Abierta llevaba la firma de Humbert-Droz, fue en realidad redactada por Penelón durante su estadía en Moscú y revisada por Codovilla.⁸⁶ Allí se procuró dejar en evidencia que la IC constataba “con agrado que, finalmente, el Partido Comunista de la Argentina ha reconocido su error y se apresta a corregirlo”⁸⁷. La autocrítica había sido ya efectuada y ahora debía surtir efecto en la modificación del programa. Quien no respetaba el mandato de Moscú, violentando las expresiones vertidas por la IC en su misiva, era el propio Ghioldi, al intentar revivir sin motivo con sustento real este aquel asunto superado: “No hay crisis política, compañero Ghioldi; en la cuestión del programa, el Partido, por unanimidad, está con las reivindicaciones inmediatas”. Tampoco era cierto que Oriolo hubiera mostrado desconfianza hacia el CE del PCA; antes bien, había realizado un reclamo para que los informes que fueran en adelante elevados a la IC se dieran a publicidad dentro del partido.

⁸⁶ D. Kersffeld, “«Chispismo» y comunismo: crónica de una disidencia en la izquierda argentina de los años ‘20”, en *Revista Estudios*, vol. 26, N° 1, 2013, pp. 8-9.

⁸⁷ C. Oriolo, “Orientación leninista de nuestro partido. Estamos con la Carta Abierta de la Internacional Comunista – No hay crisis política (Conclusión)”, *LI*, año VIII, N° 1127, 5/9/1925, p. 2.

Tampoco Teófilo González, así como la gran mayoría de quienes habían defendido en el pasado la prescindencia de programa, deseaban distanciarse del Partido Comunista. En su defensa, González denunció entonces una operación en la que habría estado incurriendo el CE del PCA al utilizar la Carta Abierta con intenciones de monopolizar una dirección partidaria que ya hegemonizaban.⁸⁸ En su opinión, no se estaba valorando el sentido pedagógico plasmado por la IC en su documento para el partido argentino, sino que se la había convertido en un instrumento de autoridad para la acusación de una minoría a la que no le cabía sino la condena de la expulsión. La autocrítica intrapartidaria se convertía así en un recurso de sentencia disciplinaria que vedaba toda posibilidad de reparación.

En su calidad de miembro del CE del PCA, Di Palma pretendió poner al descubierto la maniobra de Oriolo cuando contestó su descargo, afirmando que los verbalistas no apoyaban en absoluto la utilidad de las mejoras inmediatas de las masas trabajadoras para la lucha del PCA, ya que éstas eran competencia de las organizaciones sindicales.⁸⁹ Por su parte, Romo respondió a Oriolo que todos los miembros del CE tenían a su disposición las copias de todos los informes que los delegados argentinos presentaron ante la IC. No obstante, ni Oriolo ni Teófilo González habían manifestado ningún interés por consultarlos.⁹⁰

A su turno, Pedro Loíacono acusó en el órgano oficial del partido a Ghioldi, Codovilla y Romo de ser los verdaderos oportunistas dentro del partido.⁹¹ Entendía Loíacono que este sector buscaba hacerse con el control absoluto de la dirección cuando continuaba desacreditando a la minoría que, tras la lectura y discusión de la Carta Abierta, había decidido avalar la creación de una comisión encargada de redactar un programa de reivindicaciones inmediatas. Fue Codovilla el encargado de cerrar el debate mediante una respuesta articulada en varias partes que fueron apareciendo en números corridos de *La Internacional*. Para Codovilla no podía seguir aceptando el partido entre sus filas a personalidades de probada incapacidad a la hora de asumir equivocaciones y conducir modificaciones reales para subsanarlas. Antes bien, entendía que detrás de la aceptación de la facción antiprograma se escondía un oportunismo táctico: aunque hicieran explícita la voluntad unánime de adherir al programa de

⁸⁸ Teófilo González, “Aclarando conceptos programáticos”, *LI*, año VIII, N° 1141, 22/9/1925, p. 3.

⁸⁹ N. di Palma, “La conformación ideológica de los que aceptan la Carta Abierta”, *LI*, año VIII, N° 1127, 5/9/1925, p. 2

⁹⁰ Pedro Romoño, “Las cosas en su lugar. Contestando a Oriolo”, *LI*, VIII, N° 1133, 12/9/1925, p. 2.

⁹¹ Pedro Loíacono, “La carta abierta de la I.C. y la cuestión programática a través de la historia de nuestro partido”, año VIII, N° 1170, 31/10/1925, p. 2.

reivindicaciones inmediatas, los disidentes mantenían en la práctica su rechazo a la bolchevización, tal como, en la perspectiva de Codovilla, dejaban entrever en sus escritos. Si Oriolo y sus compañeros no se decidían a abandonar el partido era para “no perder el contacto con la gran mayoría del partido y por ende no perder la oportunidad de realizar su política antibolchevique”⁹².

La Carta Abierta definitivamente había acalorado los ánimos dentro del PCA hasta niveles probablemente insospechados por la propia IC. El dirigente textil italiano Silvio Ravetto manifestaba su incompreensión por la recepción beligerante que se había hecho de un documento en el que, además de revelar “tuti gli errori comessi nel passato dal Partito, afferma e dichiara che il Partito é a posto con la internazionale Comunista, sulla linea tattica e di principio, non solo, ma che sempre ha seguito e applicato –nel limite del possibile e a seconda dell’ambiente del possibile- le deliberazioni dei congressi mondiali dell’Internazionale stessa”⁹³. Pero antes que permitir discusiones calmadas que permitieran adoptar soluciones conciliatorias, el intercambio cada vez más subido de tono se perdió en acusaciones personales que dieron paso a la conformación definitiva de dos bloques contrapuestos en el cual la posición frente a la carta de la Comintern con la que todos decían acordar sirvió para que la facción mayoritaria en la dirección se autoproclamara defensora genuina del plan de bolchevización comunista. El derrotero de esta compulsa tenía que ser ratificado por la IC. Y efectivamente así se hizo.

Recientemente llegado a Buenos Aires, Jean Jolles compartía en las páginas de *La Internacional* su juicio valorativo acerca de los enfrentamientos entre el CE y la oposición, no sin haber reconocido primero que su conocimiento sobre el tema se limitaba a las pocas asambleas realizadas a este propósito que había logrado presenciar.⁹⁴ Jolles declaraba que el grupo integrado por Oriolo, González, Arfuch, Raurich y Mendoza, entre otros, poseía una “mentalidad trotskista” contraria al verdadero leninismo. Hacía constar, también, que la separación de esta corriente oportunista era una cuestión de tiempo cuya concreción debía definir el CE, pero de la cual no podría desentenderse a causa de su inevitabilidad.

La facción triunfante aprovechó el visto bueno de autoridad recibido para señalar a Moscú que aquello que podía haber parecido una debilidad era en realidad un signo de

⁹² V. Codovilla, “¿Partido monolítico o conglomerado de fracciones?, *LI*, año VIII, N°1144, 26/9/1925, p. 2.

⁹³ Silvio Ravetto, “La discussione in vista del Congresso. Sotto la bandiera dell’Internazionale Comunista”, *Ordine Nuovo*, anno I, N° 123, 23/9/1925.

⁹⁴ Jean Jolles, “Trotskismo y Leninismo en el Partido Comunista de la Argentina”, *LI*, año VIII, N° 1149, 2/10/1925, p. 2

fortaleza. Entre aquellos cuadros partidarios y sindicales destacados que fueron distanciados del PCA en el VII Congreso reunido del 26 al 28 de diciembre de 1925 y pasaron a encabezar el nuevo Partido Comunista Obrero se encontraban Angélica Mendoza, Héctor Raurich, Cayetano Oriolo, Mateo Fossa, Teófilo González, Rafael Greco, Alberto Astudillo, Romeo Gentile, Modesto Fernández, Francisco Loíacono. Participan de esta experiencia, aunque por muy breve tiempo, Mika Feldman y su compañero Hipólito Etchebéhère, quien acaba de regresar al país tras ser enviado a La Habana en calidad de delegado del SSA para participar, junto a Enrique Flores Magón, del congreso de refundación del PC cubano.⁹⁵ También pasó a integrar sus filas Miguel Contreras, aunque lo hizo por poco tiempo, ya que decidió retornar al PCA. Con posterioridad a las expulsiones, Paulino González Alberdi publicó un artículo en dos números del órgano del partido, en donde presentaba la emergencia de la posición “oportunista” como el producto de una crisis de crecimiento del PCA. Esta crisis interna que, en su opinión, había podido destruir al partido en otro tiempo, ahora no hacía más que fortalecer su unidad y despejar su camino para la bolchevización y su consiguiente transformación en un partido de masas.⁹⁶

2.6. La consolidación orgánica del *chispismo*: el Partido Comunista Obrero en busca del reconocimiento de Moscú

En medio de las diatribas intrapartidarias, Penelón y otros miembros del CE habían logrado renovar credenciales en sus cargos, pero no ocurrió lo mismo con Codovilla, quien fue, según el punto de vista de Romo, víctima de una intensa campaña de difamación. El estatuto del partido tuvo hasta 1924 un artículo que establecía la designación por parte del CC de una comisión revisora de cuentas para los libros y balances efectuados por el CE. La comisión revisora no tenía un carácter permanente, sino que era convocada en la víspera de los congresos. Codovilla, por entonces tesorero del partido, fue objeto de varias acusaciones.⁹⁷ Con motivo de la preparación del VI Congreso de 1924 había sido formada una comisión encargada de redactar un proyecto

⁹⁵ Víctor Jefefts y Lazar Jefefts, “Comunismo en Cuba y México. Parte I”, en *Memoria. Revista de política y cultura*, N° 239, diciembre 2009-febrero 2010, p. 58.

⁹⁶ Paulino González Alberdi, “Preparando el Congreso. El grupito opositor: una piedrecilla que obstaculiza el camino hacia la transformación en Partido de masas. Conclusión”, *LI*, año VIII, N° 1154, 8/10/1925, p. 2.

⁹⁷ A partir del cuarto número de *La Chispa*, el PCO publica el informe de control de cuentas realizado por Oriolo. “La malversación de fondo del proletariado. Informe de la Comisión Revisadora de Cuentas al VII Congreso del Partido Comunista de la Argentinna”, *La Chispa*, año I, N° 4, 14/3/1926, p. 3. Este episodio fue recuperado y comentado por Jordán Oriolo, hijo de Cayetano Oriolo, en *Antiesbozo de la historia del Partido Comunista (1918-1918)*, 2 vols., Buenos Aires, CEAL, 1994.

de programa. Cayetano Oriolo y Angélica Mendoza, integrantes de la comisión, aprovecharon la oportunidad, según Romo, para terminar de constituirse en facción opositora y agredir a la dirección. Oriolo se había negado a entregar el informe de la revisión de cuentas y Angélica Mendoza hizo lo propio con el proyecto de programa.

Cuando se convocó a asamblea para conformar la sección de Buenos Aires se dejó establecida una ligazón entre los expulsados de 1922 y los de 1924-1925: Oriolo, Mendoza y Raurich, notables de esta segunda tanda de purgas, habían sido elegidos en sus puestos con los votos del primer grupo.⁹⁸ Romo concluía que en el camino de la bolchevización del partido argentino se presentaba con estos episodios la oportunidad para liquidar los resabios reformistas y anarquistas.

En una asamblea general celebrada el 16 de enero de 1926 se toma la resolución de formar el Partido Comunista Obrero (PCO) y editar un órgano propio. Son designados para ocupar el CC del nuevo partido Cayetano Oriolo (nombrado también para ocupar el puesto de secretario general), Teófilo González, Angélica Mendoza (también directora de *La Chispa*), Modesto Fernández, Rafael Greco, Pascual Loíacono, E. Satanoski, S. Scavelli y Mateo Fossa.⁹⁹ Para la dirección del PCA estaba claro que a través de *La Chispa*, los disidentes que se habían congregado en el PCO junto con los expulsados de 1922 se revelaban como “perfectos instrumentos policiales”¹⁰⁰. El CE del PCA adjuntaba un ejemplar del periódico para que en la IC sacaran sus propias conclusiones. Esta misma posición fue ratificada poco más tarde por la organización internacional. El 26 de mayo de 1926 el CC de la IC envió al PCA una carta firmada por su secretario Jules Humbert-Droz solidarizándose con las tareas de bolchevización llevadas a cabo por la dirección mayoritaria. La carta llegaba en señal de apoyo ante el asesinato de Germán Müller, líder de las juventudes comunistas argentina y sudamericana, a manos del grupo de “pseudo-comunistas” que fundaron el PCO. En la opinión manifestada por la IC, estos últimos pretendían sabotear el trabajo clasista que el PCA estaba llevando a cabo en el marco de su programa de bolchevización.¹⁰¹

El Secretariado de la IC resolvió enviar al Secretariado Sudamericano una nueva misiva, que llevaba la firma de Ercoli (seudónimo de Palmiro Togliatti) e incluía un

⁹⁸ Carta de Pedro Romo al CE de la IC, 4/11/1925, p. 5. Ida Bondareff de Kantor, considerada partidaria de los facciosos tanto de 1922 como de 1925, fue considerado un caso paradigmático de esta situación convulsiva. Carta de Pedro Romo al CE de la IC, 4/11/1925, Archivo IC, BCNA, r. 3, s. 19, p. 1.

⁹⁹ “Partido Comunista Obrero”, *La Chispa*, año I, N° 1, 30/1/1926, p. 4.

¹⁰⁰ Partido Comunista de la Argentina, Sección de la I.C., Al Comp. Humbert-Droz, secretario del Comintern, Buenos Aires, 4/2/1926, Archivo IC, BCNA, r. 3, s. 24, p. 3.

¹⁰¹ “La Internacional Comunista denuncia a una agrupación enemiga del Comunismo”, *LCS*, año I, N° 5, 15/6/1926, pp. 1-2.

pedido de publicación en los órganos comunistas y afines al comunismo de América, en la que se denunciaba el carácter anticomunista del grupo chispista, el cual continuaba lanzando panfletos en los que repudiaba la acción de los dirigentes del PCA. La carta constituía un intento por revertir los dichos volcados en *La Chispa* y, al mismo tiempo, descalificar al grupo que se organizaba en torno a sus páginas:

Las pretendidas declaraciones de amistad hacia la Rusia de los Soviets y el Comintern, hechas por ese grupo, no son más que la máscara que sirve para velar su propósito contrarrevolucionario. No se puede ser amigo de la revolución soviética y del Comintern cuando se combate por todos los medios -por el asesinato inclusive- los Partidos Comunistas que constituyen la base segura no solamente de la primera Revolución Proletaria, sino también un punto de apoyo para el desarrollo de la revolución mundial. El Comintern conoce ya esta táctica que ha sido empleada por todos los traidores a la causa comunista: simular, en las palabras, ser amigo del movimiento comunista internacional, pero de hecho buscar a disgregar los Partidos Comunistas de sus países. En consecuencia, nosotros ponemos en guardia a las organizaciones revolucionarias de América contra esos pretendidos “comunistas obreros” y las invitamos a denunciar, como ya lo ha hecho el Comintern, a esos elementos como enemigos del comunismo y como agentes patronales.¹⁰²

Esto equivalía a otorgar, una vez más, el apoyo del comunismo soviético a la conducción comunista argentina. Era el PCA y no su desprendimiento en el PCO la auténtica encarnación de la vanguardia de la clase obrera argentina. Estas críticas iniciales, aunque lapidarias, no impidieron a los comunistas disidentes reunidos en el PCO intentar el reestablecimiento de vínculos con Moscú. En efecto, sus dirigentes enviaron un informe a la IC. Explicaban allí que el inicio de los contactos se había visto demorado porque los primeros esfuerzos habían sido volcados a la tarea inmediata de elaborar una historia detallada y crítica del movimiento comunista argentino que desembocó en la escisión de 1925 y la subsiguiente emergencia del nuevo partido comunista. Finalmente se decidió en el I Congreso del PCO, reunido en agosto de 1927, que se contactaría a la IC con el fin de solicitar que ésta estudiara los problemas que conllevaba la coexistencia de dos partidos comunistas en la Argentina. Lógicamente, el PCO se presentaba a sí mismo como el auténtico partido comunista en el país, en tanto que el PCA había resultado víctima de las malas artes de una dirección oportunista. En el informe se aseguraba que, si bien formalmente el PCO había estado fuera de la IC, en la realidad se había adaptado a las líneas políticas emanadas por el organismo comunista internacional. El I Congreso del PCO decidió por unanimidad ratificar “su adhesión

¹⁰² “Declaración del Secretariado del Comintern a todos los Partidos Comunistas y organizaciones revolucionarias de América”, *LCS*, año I, N° 16, 30/11/1926, pp. 1-2

incondicional a la Internacional Comunista”.¹⁰³ Tan infalible resultaba la IC a los ojos de los comunistas chispistas que, cuando Rafael Greco, enviado por la Unión Obrera Local y el Sindicato de Metalúrgicos para representar al sindicalismo argentino en los festejos por el X aniversario de la Revolución de Octubre, fue expulsado de Moscú, se responsabilizó por ello no al gobierno ruso sino a Codovilla, atribuyéndole la realización una engañosa obra de propaganda negativa en Moscú en contra del PCO.¹⁰⁴

Lejos de sentirse identificados con la representación peyorativa que de ellos había formulado la dirección mayoritaria del PCA al afirmar que se trataba de una “media docena de enemigos de la bolchevización”, los miembros del PCO habían sido los “fieles soldados”¹⁰⁵ de la IC. La participación en la dirección de la Unión Obrera Local dentro de la USA y la edición relativamente exitosa de su órgano *La Chispa* (6.000 ejemplares distribuidos en la Capital y el interior del país) eran destacados por el PCO para refrendar sus palabras. Incluso antes de que lo hiciera el partido comunista oficial desde *La Internacional*, los chispistas fueron verdaderos pioneros a la hora de utilizar la prensa para criticar a Trotsky y ensalzar así todavía más a Stalin.¹⁰⁶

Para los chispistas había sido el CE triunfante en el VII Congreso el que había malogrado la relación con la IC para obtener réditos personales. Dentro del PCO notaban cómo esta intención de acumular poder dentro del partido había decantado en el ejercicio de una “propaganda exclusivamente internacional”. Es decir, una vez producido el alejamiento del sector opositor al CE, continuaron las maniobras para tergiversar el sentido de la conformación del PCA en sección argentina de la IC: “la sección argentina de la I.C. no ha sido en ningún instante la vanguardia del proletariado nacional, sino simplemente el registrador de la conciencia confusa y de los intereses aún indefinidos de la clase obrera. La prueba más acabada de esa afirmación, es la ausencia de estrategia en la orientación en la política del Partido y de la clase obrera”. En realidad el PCO extremaba la realidad, siendo que *La Internacional* nunca dejó de publicar noticias actualizadas informando sobre el desarrollo de los diversos movimientos huelguísticos y relativos al movimiento obrero en general.¹⁰⁷

¹⁰³ “El Partido Comunista Obrero realizó el primer Congreso Comunista del país”, *La Chispa*, año II, N° 40, 27/8/1927, p. 1.

¹⁰⁴ “Manifiesto del Partido Comunista Obrero sobre la expulsión de Rafael Greco de Rusia”, *La Chispa*, año II, N° 48, 17/12/1927, p. 1.

¹⁰⁵ Informe del Comité Central del Partido Comunista Obrero de la República Argentina al Comité Central de la Internacional Comunista, septiembre de 1927, Archivo IC, BNCA, r. 5, s. 37 [En francés].

¹⁰⁶ D. Kersffeld, “«Chispismo» y comunismo”, op. cit., p. 10.

¹⁰⁷ “Creación y Organización del Partido Comunista Obrero. Causas que las originan”, *La Chispa*, año I, N° 1, 30/1/1926, p. 1.

El reclamo de reconocimiento por parte de la IC que llevaba a cabo el PCO cobró mayor intensidad cuando en el partido ingresaron aquellos que habían abandonado el PCA en su última ruptura de 1928, producida por la facción que era conducida por el hasta ese momento jefe del SSA. Desde entonces se argumentará que es el propio Penelón quien “denuncia a la dirección [mayoritaria del PCA] de ser agentes del capitalismo infiltrados en el movimiento comunista y de agentes policiales”¹⁰⁸. El elevado número de escisiones significativas experimentadas con elevada frecuencia por el PCA -la primera en 1922, la segunda en 1925 y la tercera en 1927-1928-, la participación en la escena política argentina de tres partidos comunistas diferentes (ahora que se sumaba también el Partido Comunista de la Región Argentina de Penelón), afectaban de manera inevitable el prestigio del comunismo entre los obreros, favoreciendo así a sus competidores socialistas. Esto no implicaba una unificación de criterios entre el grupo de Penelón y el comunismo obrero. Antes bien, los comunistas obreros intentarían aprovechar en su favor los conflictos recientes entre distintas facciones para mostrarse ante la IC como la única fuerza comunista homogénea y unificada. En el PCO no olvidaban que en la reyerta que les costó su expulsión del PCA, Penelón había defendido a Codovilla ante las acusaciones por malversación de fondos. El penelonismo, al igual que el “comunismo oficial”, tergiversaba los hechos según su propia conveniencia. Aunque contara con las menores posibilidades de hacerse con el beneplácito de la IC, habiendo sido ya duramente criticado en Moscú, el PCO se iba a mostrar como la única opción sólida posible frente al desbaratado PCA -o “ex P.C.”, como pasó a ser denominado por la prensa chispista-¹⁰⁹ y al inestable Partido Comunista de la Región Argentina de Penelón. De lo contrario no se explica porqué los chispistas eligieron este momento en particular para entablar conversaciones con el movimiento comunista internacional radicado en Moscú.

Sin embargo, dos semanas más tarde el PCO hizo una propuesta de unidad al PCA y al Partido Comunista de la Región Argentina y se apresuró a enviar una copia de ello a la IC. Llegado el caso de que se produjera un muy probable rechazo a esta repentina invitación por parte de los dos nucleamientos interpelados, por entonces lejos de cualquier intento certero de pacificación, podrían argüir que habían hecho todo cuanto les era posible para evitar que continuara el faccionalismo que obstaculizaba el trabajo

¹⁰⁸ Carta del Partido Comunista Obrero al secretario de la Internacional Comunista, 28/1/1928, p. 1, Archivo IC, BNCA, r. 5, s. 37.

¹⁰⁹ “Permanente”, *La Chispa*, año I, N° 2, 13/2/1926, p. 1.

en profundidad con las masas trabajadoras.¹¹⁰ Y de hecho el propio PCO dejaba en claro lo titánico de su empresa al señalar que en las condiciones vigentes “los tres partidos en que se encuentra dividido el movimiento comunista en el país poseen posiciones ideológicas y tácticas completamente antagónicas que determinan una lucha previa a toda acción efectiva”¹¹¹. Como parte crucial de esta misma operación, el PCO llamaba a la IC a colaborar en la solución de la crisis que experimentaba su sección argentina. Bien puede ser que, como afirmaban sus mismos promotores, el PCO no actuara motivado en un afán por expandir sus áreas de influencia. Hasta en la IC reconocían que, mientras se demoraba el PCA en definir una política sindical a nivel nacional, los chispistas continuaban ganando posiciones en el movimiento obrero. Pero definitivamente la proposición se hallaba atravesada por el interés en lograr la aceptación del grupo por parte de la IC.¹¹² Los chispistas siguieron manifestándose partidarios de la unidad comunista aun cuando la propuesta del comunismo obrero no encontró los resultados esperados.¹¹³

Es interesante destacar que, a pesar de que buscaba denodadamente el apoyo de la IC, la conducción del PCO no dudó en recriminarle su falta de compromiso a la hora de combatir a la “facción oportunista”. El desarrollo del PCA había involucrado en lugar de avanzar en cierta medida por la irresponsabilidad de la IC, que al haber considerado la validez de los informes tendenciosos que le eran suministrados, no había hecho nada para deponer a la dirección mayoritaria. Pero en lugar de realizar un análisis serio de la situación argentina, la IC había optado en todo momento por sacarse de encima el problema lo antes posible, y el método para hacerlo había sido fallar siempre a favor de las mayorías. Por una vez, se deducía de los argumentos expuestos, la IC se enfrentaba a la posibilidad de revertir el facilismo y obrar con justicia en favor del movimiento comunista. Una vez más, era IC mediante “una amplia intervención” la única que podía “solucionar la crisis permanente de la sección [argentina] de la I.C.”¹¹⁴.

El Secretariado de la IC dio a conocer fuertes críticas contra el autoproclamado “Partido Comunista Obrero”, conformado por los chispistas. En opinión del organismo

¹¹⁰ Carta al Secretario de la Comisión de Control de la IC [firmada por Pascual Loícono, secretario general del PCO], 17/2/1928, Archivo IC, BNCA, r. 5, s. 37.

¹¹¹ Cf. “Frente a la nueva escisión, el partido Comunista Obrero propone la unificación de las fuerzas comunistas”, *La Chispa*, N° 52, III, 11/2/1928, p. 1.

¹¹² “Frente a la nueva escisión, el partido Comunista Obrero propone la unificación de las fuerzas comunistas”, *La Chispa*, año III, N° 52, 11/2/1928, p. 1

¹¹³ “El partido Comunista Obrero mantiene su posición unionista”, *La Chispa*, año III, N° 53, 25/2/1928, p. 1

¹¹⁴ Carta del Partido Comunista Obrero al secretario de la Internacional Comunista, 28/1/1928, p. 4, Archivo IC, BNCA, r. 5, s. 37.

comunista internacional, el chispismo había llevado adelante una campaña de difamación contra el comunismo, tanto por medio de su órgano *La Chispa* como a través de la impresión de panfletos y circulares.¹¹⁵ La IC se expedía sobre estas actividades de “carácter anti-comunista” en base a los malestares que los comunistas argentinos le remitían. Ya había dado su apoyo al CC del PCA cuando se produjo el envío de la célebre carta abierta apoyando lo que entendía era una lucha justificada contra aquellos que intentaban sabotear la organización revolucionaria de los trabajadores argentinos. La misiva enviada por los chispistas al PCUS y a la IC solicitando su incorporación al partido mundial del proletariado no son, para el Secretariado, más que una farsa para disfrazar su intencionalidad contrarrevolucionaria.

Como parte de la situación de crisis interna experimentada por el CE del PCA ante la consolidación de la facción chispista, la IC decide exigir a sus secciones que cese de inmediato toda controversia pública.¹¹⁶

Por su parte, destacaba Próspero Malvestiti, representante sindical de Buenos Aires y futuro delegado del PCA en el IV Congreso de la Profintern de 1928, el hecho de que la existencia de facciones al interior de un Partido Comunista era incongruente con su existencia como sección de la IC, ya que implicaba un fraccionamiento de la influencia de la influencia entre las masas trabajadoras, entre las cuales pasaba a reinar el desconcierto.¹¹⁷ La única beneficiaria de semejante disgregación era la burguesía. Como única forma para revertir esta situación, Malvestiti proponía que se celebrara de urgencia un Congreso Nacional en el que debían confluir los miembros de los tres Partidos Comunistas de Argentina: el PCA y sus dos desprendimientos. La IC se encargaría de supervisar la unificación.

El CE de la IC entendía que a la hora de discutir y resolver problemas que hacía al desarrollo de su actividad política cotidiana, el PCA adoptaba formas organizativas patriarcales que no estaban en consonancia con las tareas actuales que requería llevar a cabo el partido para avanzar en el desarrollo de su influencia entre los trabajadores. No existía por parte del CC del PCA un verdadero trabajo de dirección colectiva, sino que se hacía pesar el personalismo de algunos miembros destacados de la dirección. Esta situación relegaba al partido a un lugar de mera propaganda, sin incidencia real entre los

¹¹⁵ Declaraciones del Secretariado de la IC a los Partidos Comunistas y organizaciones revolucionarias de América, 1928, Archivo IC, BNCA, r. 1, s. 13 [En francés].

¹¹⁶ 15/3/1928, Archivo IC, BNCA, r. 1, s. 13 [En francés].

¹¹⁷ Carta de Próspero Malvestiti dirigida al Secretario de la Comisión argentina, 12/2/1928, Archivo IC, BNCA, r. 1, s. 13. Cf. también Carta de Prospero Malvestiti a Humbert Droz, Moscú, 14/4/1928, Archivo IC, BNCA, r. 1, s. 13 [En francés].

obreros argentinos. Era justamente la contradicción existente entre “les méthodes de travail et d’organisation et les tâches du Parti” lo que contribuía “à faire dégénérer la discussion politique en une lutte fractionnelle”¹¹⁸.

La existencia de una facción de “desviación oportunista” en la dirección del PCA, compuesta por Penelón y una minoría del partido era la cristalización de dicha lógica contradictoria. Al oportunismo del círculo de Penelón no siempre se había opuesto “une ligne révolutionnaire conséquente et juste”¹¹⁹. Era por esto que el CE de la IC consideraba necesario evaluar el desarrollo del PCA y señalar algunas de sus debilidades más importantes. La primera de ellas consiste en la subvaloración con que el grueso del CC habría analizado la presencia de expresiones antiimperialistas en América Latina a partir de una coyuntura internacional de expansión de los capitales monopolistas inglés y norteamericano que acentuaba la posibilidad de guerra. El abandono de esta lucha y sus banderas por parte del PCA se vio directamente afectado por la negativa a dar forma a una Liga Antiimperialista en el país, actividad que acabó siendo recogida por fuerzas políticas hostiles al comunismo. Tampoco se combatió con la fuerza suficiente a los socialistas por su postura socialtraidora, y se subestimó la dimensión de un potencial conflicto entre las potencias capitalitas y la Unión Soviética y contra las colonias que se hallaban en proceso de lucha por su liberación.

En un informe para la IC elaborado por Codovilla, el futuro líder del PCA hablaba sobre las tareas inmediatas del líder contemporáneo del comunismo argentino con el resto de los partidos sudamericanos, y dejaba en evidencia las aspiraciones que debían motivar la mediación argentina cuando afirmaba la necesidad imperativa de que, haciendo uso de su investidura como integrante del CE de la IC, “se traslade cuanto antes a esos países [sudamericanos], constate “de visu” las deficiencias, para poder luego mantener una estrecha relación con esos P. Comunistas, y someterlos sobre las directivas del Comintern”¹²⁰. Es decir, en estos años la actitud del PCA no es ni de autonomía ni de subordinación al PCUS. Se manifiestan espacios para la convivencia de la discrepancia contraria al mecanicismo dogmático –tal el caso de Rodolfo Ghioldi y la minoría del CC protestando contra la implementación *à la russe* del “frente único”- y la aceptación sin objeciones –tal el ímpetu de la vigilancia pro-soviética de Codovilla, quien no obstante no se desentendía todavía de criticar a sus anchas a los emisarios de la

¹¹⁸ Carta del Presidium de la IC sobre resolución argentina, 9/4/1928, p. 1, Archivo IC, BNCA, r. 1, s. 9.

¹¹⁹ Idem, p. 2.

¹²⁰ Resumen sobre la situación política, económica y sindical de la Argentina para el CE de la IC, firmado por Codovilla, 1924, p. 11, Archivo IC, BNCA, r. 3, s. 22.

IC en la Argentina-. Es decir, antes de la expulsión de los penelonistas, el perfil de la dirección argentina estuvo mucho menos definido y toda una suerte de contradicciones tuvieron lugar en su seno, habilitando incluso la cristalización de luchas intestinas.

2.7. Facciones y reordenamiento permanente

Para Jorge Abelardo Ramos el comunismo argentino surge de una situación artificial en un marco semicolonial, sin que la sociedad estuviera preparada para recibirlo en su seno, a consecuencia de la ruptura en la cadena imperialista británica que influenciaba la vida política del socialismo local. Ramos adelanta la fecha de dependencia del PCA respecto del PCUS en casi una década, y considera que fue el elevado grado de sujeción primaria lo que condujo a la implantación ciega de las fórmulas gestadas en la Unión Soviética.¹²¹

En la versión oficial presentada por el CE del PCA, era la oposición a la consigna de “ir hacia las masas”, propia de la línea de la bolchevización del partido, lo que provoca una nueva escisión en 1925. La facción “verbalista” se hallaba liderada por Cayetano Oriolo, Teófilo González, Angélica Mendoza, Héctor Raurich, Teófilo Arfuch, Modesto Fernández y Rafael Greco (quien ya había sido expulsado en la crisis de 1922). Los chispistas fueron acusados de sabotear el contenido del programa votado en el **VI Congreso** del PCA, celebrado del 25 al 27 de julio de 1924, para promover, en su reemplazo, toda una suerte de “reivindicaciones radicalizadas que escaparían a la comprensión de las masas obreras, sobre todo en un país como éste en que carecen de la más elemental educación política”¹²². Los “verbalistas” habían dado su consentimiento en una primera instancia a la carta abierta enviada por la IC para que se adoptara la política de bolchevización del partido. Pero entonces este grupo pasó a criticar el contenido de la Carta Abierta, afirmando que se trataba de una línea reformista y derechista. La misiva en cuestión constituía en realidad una crítica severa a la “corriente extremista-verbalista”, al señalar que el PCA, integrado a una realidad nacional ajena a graves desbarajustes económicos, sociales y políticos, debía dar cuenta de las reivindicaciones concretas e inmediatas a la hora de actualizar su programa de lucha.¹²³ Aunque en un primer momento la minoría del CC rechazó la carta de la IC, muy pronto pasó a considerar la necesidad de adaptarse a su contenido en la intención de no destruir el principal factor de legitimidad con que podía contar. Y es que dentro del partido

¹²¹ . A. Ramos, *El Partido Comunista en la política Argentina*, op. cit., p. 28.

¹²² Carta de Pedro Romo al CE de la IC, 4/11/1925, p. 2, Archivo IC, BNCA, r. 3, s. 19.

¹²³ *Esbozo de Historia del Partido Comunista de la Argentina*, op. cit., p. 55.

podían, en estos años, tener lugar expresiones de descontento hacia algunas imposiciones de la Comintern, pero el espacio de maniobrabilidad para conducirse en ese sentido tenía límites precisos. El episodio que dio lugar al desprendimiento chispista permite advertir de manera sin igual que la cuestión de la autonomía respecto del organismo internacional con base en Moscú quedaba severamente limitada cuando se debía dar satisfacción a una compulsa interna. El segmento mayoritario recurría en tales circunstancias a obtener el reconocimiento de la máxima autoridad del comunismo mundial, y la minoría no encontraba otra respuesta inmediata más que suscribir ella misma a las soluciones propuestas por la IC.

En su proyecto político inicial, el PSI no se diferenciaba de manera tajante del proyecto que se había dado el partido del cual constituía una ruptura ideológica. Si la cuestión del libre comercio y el temprano interés por la participación electoral eran los signos más evidentes de un continuismo respecto de la tradición socialista argentina, la agrupación internacionalista encontró en su apego al bolchevismo ruso, duramente cuestionado desde el principio por el PSA, una fuente de legitimidad única frente a las clases sociales cuyos intereses aspiraba a promover.¹²⁴ Otro elemento de discrepancia mayor vino dado por el marcado interés que tuvo el comunismo, según se ha visto aquí, por tomar posición en el campo sindical.¹²⁵ De hecho, con la elección de Miguel Burgas en la ciudad de Córdoba como primer diputado provincial por el comunismo en la Argentina, el PCA decía garantizar un tipo de práctica parlamentaria en todo opuesta a la usanza liberal: “Su acción no tiende a consolidar la organización parlamentaria, sino a minarla por la base”¹²⁶.

Hasta finales de la década de 1920 las relaciones entre los representantes de la IC en Argentina y la dirección del PCA fueron tirantes a tal punto que, como bien señala Ricardo Melgar Bao, los primeros intentos de establecer contactos entre el Bureau Latinoamericano con sede en México y el Bureau Sudamericano fundado en Buenos Aires fracasaron a causa de que el primero se hallaba concentrado en lograr la consolidación del PC de México, en tanto que el segundo “las posiciones cominternistas no habían cristalizado orgánicamente”¹²⁷. Los líderes del PCA no se sometieron a las directivas de Moscú y, antes bien, rivalizaron con los representantes enviados a Buenos Aires para implementarlas. Al conducirse en este sentido, la dirección del PCA buscó

¹²⁴ Este aspecto fundamental para el posicionamiento original del PSI en el escenario político argentino fue destacada correctamente por E. Bislky, en op. cit., pp. 156-161.

¹²⁵ Hernán Camarero, *A la conquista de la clase obrera*, op. cit., p. 67.

¹²⁶ “Un diputado proletario”, *LI*, año VII, N° 946, 3/4/1924, p. 1.

¹²⁷ R. Melgar Bao, op. cit., p. 383.

generar cierta autonomía respecto de la IC. No obstante, en todo momento se advierte por parte de los altos mandos una intención por rebelarse contra los agentes enviados por el CE de la IC sin entrar en discordancia con los reclamos de disciplina vigilados con profundo interés por la sede matriz de Moscú.

Hemos demostrado que ni la lógica de acudir a la IC para la resolución de los conflictos internos fue una novedad en 1924-1925, ni fue tampoco allí cuando el partido perdió su autonomía en favor de aplicaciones más mecánicas de las fórmulas políticas soviéticas. En una respuesta brindada por el Presidium de la Internacional Comunista a los informes y documentos enviados por el PCA sobre su situación a mediados de 1926 se tocaban varios puntos fundamentales, entre los cuales se dejaba constancia de la correcta interpretación que había efectuado el CC del PCA sobre la Carta Abierta elaborada por la IC en enero de 1925.¹²⁸ La conducción mayoritaria se había revelado, a los ojos de la IC, como un conjunto de comunistas honestos cuya capacidad y disciplina quedaban expuestas en los buenos resultados obtenidos en la campaña de bolchevización emprendida en la Argentina. Los primeros pasos para el desarrollo del PCA en un partido de masas estaban dados. Ante el surgimiento de la facción intrapartidaria “verbalista” contraria a la acción favorable a las reivindicaciones inmediatas, la cual habiendo ganado la mayoría de los votos de los afiliados en los congresos de 1923 y 1924 constituía un lastre del cual debía desembarazarse el PCA, el CE de la IC dio abiertamente su apoyo al sector mayoritario de la dirección. El conflicto interno se había resuelto con la expulsión de los “verbalistas”, que pasaron a fundar el Partido Comunista Obrero y editaron un periódico titulado *La Chispa*.

No obstante, una segunda crisis interna importante atravesó el PCA en la década de 1920, y lo encontró a José Penelón en el centro de los debates. A medida que iba ganando en prominencia dentro del movimiento comunista sudamericano, el fundador histórico del Partido Socialista Internacional no dudaba en manifestar su discordancia con las disposiciones emanadas desde Moscú. En un acto de arrojo, Penelón desarrolló la extraña cualidad, dentro de una dirección partidaria cuyo pro-sovietismo iba en ascenso, de otorgar mayor prioridad a su trabajo local por encima de sus obligaciones en la región sudamericana. Realmente Penelón debió haber sorprendido a todos cuando pidió una prórroga de diez meses para asumir el cargo de organizador del Secretariado Sudamericano, aludiendo a la necesidad más urgente de permanecer al frente del CE del

¹²⁸ Carta del Presidium de la IC al CC del PCA, 12/5/1926, Archivo IC, BNCA, r. 1, s. 9 [En francés].

PCA realizando los trabajos concernientes a la primera fase en la reorganización del partido tras la partida de los chispistas.¹²⁹

Antes de que Codovilla fuera la cabeza más visible de la organización del partido, fue en Penelón y en Ghioldi en quienes recayó el mayor peso de las responsabilidades. Ellos dos debían ser los delegados del PCA al ampliado en Moscú de 1926. Sin embargo, Ghioldi vio complicadas sus tareas en el órgano oficial al tener que realizar otro trabajo más que le permitiera subsistir a causa de la mala situación económica que atravesaba el partido y no pudo viajar, en tanto que Penelón no quería desprenderse de su trabajo en el Secretariado Sudamericano. Por ello, y pese a aducir la falta de interés personal para emprender otro viaje prolongado, Codovilla atribuyó la aceptación de aquel compromiso al reclamo enfático por parte de sus compañeros para que fuera finalmente él quien representara al partido en la Unión Soviética.¹³⁰ De este modo, entendemos aquí que, priorizando primero su compromiso en el partido nacional ante las obligaciones contraídas a nivel regional, y privilegiando después estas últimas sobre aquellas atenciones que insumía el trabajo mundial, Penelón marcó sin lugar a dudas su propio sello en una conducción argentina cada vez más subsumida a las determinaciones cominternianas. De esta crisis, de la manera en que la dirección del PCA la presentó ante el CE de la IC y de sus consecuencias para la reformulación trascendental de la autonomía relativa del partido argentino respecto del partido mundial, nos ocuparemos en el próximo capítulo.

¹²⁹ Cf. Carta del Secretario General del PCA José Penelón al CC de la IC, 25 de abril de 1925, p. 1, Archivo IC, BNCA, r. 3, s. 19.

¹³⁰ Carta de Codovilla a Stirner, Buenos Aires, 12/2/1926, Archivo IC, BNCA, r. 3, s. 24.

CAPÍTULO 3: La compleja relación entre la representación de la IC y la dirección argentina

El surgimiento del SSA en febrero de 1925 fue la consecuencia cabal a nivel organizativo-institucional de un cambio de situación dentro de la Internacional Comunista que terminó por consagrarse en el VI Congreso de 1928 y que implicaba un nuevo reconocimiento de la importancia relativa del subcontinente latinoamericano con la consiguiente necesidad de establecer contactos más estrechos con Moscú. El SSA había sido constituido para coordinar informaciones y acciones entre las secciones nacionales de la IC y su centro en Moscú. En efecto, en vistas de que el VI Congreso de la IC debía tratar, entre otros asuntos, aquellas cuestiones salientes que atravesaba el movimiento comunista en América Latina, el CE de la IC solicitó al SSA y a las secciones nacionales que proporcionaran información sobre los desarrollos estructurales y coyunturales experimentados en cada región.¹ Esta misma dinámica regía a nivel local entre el Secretariado Sudamericano y los partidos sudamericanos. Las misivas que cursaba periódicamente el CE de la IC al SSA eran copiadas y enviadas a cada uno de los PPCC que caían bajo su égida, a los cuales solicitaba en cambio –emulando la lógica llevada a cabo por Moscú– la preparación de informes regulares acerca de cada situación nacional particular, puntualizando en las acciones emprendidas por las masas trabajadoras. Pero aunque Penelón intentó llevar a cabo desde la Argentina y con el PCA como epicentro la coordinación de las tareas que el comunismo debía desarrollar en Sudamérica, lo cierto es que la red de relaciones establecida resultó endeble y no llegó a consolidarse.²

A través de la supremacía que ejercía en la dirección del SSA, y de la comunicación directa que su posición dentro del mismo le proporcionaba con la Comintern, el Comité Ejecutivo del PCA lograba posicionarse como el partido comunista más importante frente a sus homólogos sudamericanos. Sin embargo, dentro de la dirección del PCA existieron dos posturas definidas a este respecto. Por un lado se definía la línea

¹ L. JEIFETS, *Misia Vil'iamsa*, op. cit., p. 82.

² Así las cosas, notan Lazar JEIFETS y Víctor JEIFETS que los contactos mantenidos entre los comunistas ecuatorianos con el SSA no sólo eran inconsistentes, sino que además “habían obedecido principalmente a circunstancias personales”. En opinión de estos investigadores, a Penelón no le interesaba en absoluto promover la formación de un Partido Comunista en Ecuador, y si exponía el caso a Moscú era con la única intención de obtener fondos para propaganda. L. JEIFETS y V. JEIFETS, “Los orígenes del Partido Comunista del Ecuador y la Tercera Internacional”, en *Revista Izquierdas*, año 3, N° 6, 2010. La misma desmotivación por parte del PCA –no ya tan sólo por Penelón– para contribuir a la gestación de un partido revolucionario ecuatoriano es mencionada por Hernán Ibarra, *El pensamiento de la izquierda comunista (1928-1961)*, Quito, Ministerio de Coordinación de la Política y Gobiernos Autónomos Descentralizados, 2013, p. 19.

encabezada por Penelón, quien, pese a ser la máxima autoridad dentro del SSA se oponía a ver en la política internacional ligada a la Unión Soviética el principal objeto de atención y análisis del comunismo argentino. Enfrentada con ella se hallaba la posición internacionalista a ultranza cuya cabeza más visible era Rodolfo Ghioldi. De la existencia de estas dos corrientes en el seno del CE del PCA, vigentes aún antes de que el SSA fuera creado pero que afloran con su surgimiento, se desprendía al mismo tiempo la existencia de dos formas diferentes de relacionarse con el CE de la IC.

Intentaremos mostrar en contraste con lo que ha sostenido durante décadas la historia militante y académica a partir de las propias versiones oficiales del partido que se ocuparon de descalificar al grupo penelonista, el funcionamiento de ciertos márgenes de acción autónomos al interior del PCA que fueron utilizados por Penelón a los fines de llevar a cabo un activismo centrado en los problemas de la Argentina. Asimismo, someteremos a examen la posibilidad de que haya sido la misma dirección mayoritaria del PCA la que, solicitando la intervención del CE cominterniano en los asuntos internos de su sección argentina, condujo a un alineamiento dogmático con la IC.

3.1. ¿Conflictos personales o programáticos? En busca del “desviacionismo zinovievista” en el Secretariado Sudamericano

Operando algunas veces bajo el clave de “Raymond” y otras con el de “Williams”, el revolucionario ruso Boris Mijailov permaneció en Sudamérica entre 1926 y 1927 con el encargo de la Comintern de supervisar las acciones de los partidos comunistas de Chile y Uruguay.³ Participante en las sesiones tanto del SSA como del CC del PCA, la presencia de Raymond suscitó agudas reacciones en los distintos sectores de la dirección argentina. Mucho pesaron en el desarrollo de las discusiones que dieron forma al “*affaire* Penelón” las intervenciones de Raymond. En una secta, comenta Horacio Tarcus, “se vive en un clima de sospecha permanente”.⁴ Esta afirmación resulta confirmada para el caso del PCA durante la segunda mitad de la década de 1920. La presencia del delegado de la IC en la Argentina suscitó desde temprano las más variadas controversias. Situándose entre sus principales detractores, Codovilla dirigió en octubre de 1926 una carta a Moscú en la que acusaba a Raymond de ser un “intrigante”. A pesar de que esto podía haber sido tomado como un acto de insubordinación contra la

³ Cf. L. Jeifets, V. Jeifets y P. Hubert, op. cit., pp. 213-214. Procuramos en este estudio respetar la utilización de seudónimos según aparecen en cada uno de los documentos analizados.

⁴ Horacio Tarcus, “La secta política. Ensayo acerca de la pervivencia de lo sagrado en la modernidad”, en *El Rodaballo*, año V, N° 9, verano, 1998/1999, p. 29.

voluntad de Moscú, Ghitor (Orestes Ghioldi) destacaba el hecho de que la denuncia estaba fundada en algunos dichos que Zinoviev había vertido en una entrevista que mantuvo con Codovilla. Pero el propio Zinoviev, que ya había sido destituido de la presidencia del CE de la IC durante el VII Pleno de diciembre de 1926 y había pasado a integrar durante un breve lapso la Oposición Unificada junto a Trotsky, era un “enemigo del pueblo”, y como tal acabó siendo expulsado del PCUS en noviembre de 1927. Por tal motivo, Ghitor señalaba que las informaciones brindadas por Zinoviev no encontraban sustento en el desempeño de Raymond, quien “ha estado en todo momento contra los opositores del Partido Ruso”⁵. Si bien se evitaban las referencias directas a las razones que motivaron la carta de Codovilla, Ghitor probaba la vinculación de éste con uno de los líderes de la oposición a la conducción de Stalin.

Lo cierto es que, en ese entonces, Codovilla era muy cercano a las posiciones de Penelón, y a poco de su llegada a América del Sur Raymond comenzó a confrontar con este último a propósito de su trabajo al frente del SSA. Evitando desautorizar abiertamente al líder del PCA, Raymond observó la conveniencia de que el Secretariado Sudamericano tuviera más de un miembro, convirtiendo la tarea de Penelón en un trabajo colectivo que implicara a varios miembros de los partidos comunistas del sur del continente. A tal fin, fueron elegidos en Moscú Rodolfo Ghioldi y Pedro Romo como sus compañeros en el Secretariado. Asimismo, fue la IC la que decidió la elección de Ghioldi para dirigir *La Correspondencia Sudamericana*. No obstante, la correspondencia para el Secretariado y la Administración de la revista debía seguir siendo enviada a nombre de José Penelón.⁶

Al referirse a la cuestión de la huelga general, Rodolfo Ghioldi reconocía que en el manifiesto del PCA había recibido un tratamiento algo indefinido. Aclaraba entonces que el partido planificaba realizar una huelga general de 24 o 48 horas a los fines de repudiar la escalada bélica impulsada contra la Unión Soviética por las potencias imperialistas. Ghioldi aceptaba las observaciones referidas al error que suponía limitar el trabajo contra la guerra imperialista a este tipo de manifestaciones esporádicas. Se debía proceder a la adopción de medidas estables de mayor duración. En este sentido, el CC del PCA le exigió a Penelón promover desde el Concejo Deliberante la realización por tiempo indeterminado de una huelga general y un boicot al comercio con Gran Bretaña y los demás enemigos principales del poder soviético en caso de una agresión

⁵ Actas de las sesiones del CE ampliado del PCA, Segunda sesión, 24/12/1927, p. 1, Archivo IC, BNCA, r. 4, s. 30.

⁶ “Dirección de la CORRESPONDENCIA SUDAMERICANA”, LCS, año I, N° 19, 15/1/1927, p. 32.

contra Rusia. Tras considerar que se trataba de una cuestión demasiado compleja que no podía simplificarse tanto, Penelón disientía en relación a la moción sobre el boicot comercial,⁷ y lo hacía ateniéndose a aquellos principios librecambistas que había defendido el grupo parlamentario del socialismo de Juan B. Justo y que habían sido objeto de una recuperación positiva por parte de los marxistas revolucionarios que fundaron el PSI. Raymond discutió a este respecto con Penelón tras señalar que

En el caso de una nueva guerra imperialista o contrarrevolucionaria, la Argentina será, posiblemente, pasiva, neutral, porque eso conviene a su burguesía que hará su negocio con la guerra. ¿Cómo traducir en la práctica la consigna mundial de transformar la guerra imperialista en una guerra civil, en una lucha contra la burguesía nacional? ¿Qué consigna debemos dar aquí? La de ‘ni un kilo de carne, ni una fanega de trigo’ es la aplicación práctica de ese principio. Hay que indicar a los trabajadores el camino para luchar contra la guerra y contra la burguesía nacional.⁸

Las masas trabajadoras, continuaba el enviado soviético, ya habían demostrado su capacidad para movilizarse cuando se manifestaron en favor de las liberaciones de Sacco y Vanzetti, realizando un boicot contra los productos de procedencia norteamericana y británica. A su turno, Penelón se proclamó partidario de “escalonar las consignas” y señaló que el punto central que lo llevaba a contradecir a Raymond consistía en señalar que difícilmente se podría movilizar a las masas del mismo modo en que se había producido con el caso Sacco-Vanzetti. En esta última ocasión se había contado con la intervención activa de los sindicatos, pero, fundamentalmente, la consigna entonces elevada era compartida por los trabajadores por resultarles comprensible; Penelón sostenía que no ocurriría lo mismo con la defensa del estado obrero soviético.⁹ Es muy probable que la presión ejercida por la mayoría del CC para que Penelón diera su aval en una eventual declaración del PCA llamando a boicotear los productos importados desde Estados Unidos haya estado influenciada por la velocidad y la definición con que los miembros del PCO, competidores por el reconocimiento de la IC, se habían volcado a la misma empresa.¹⁰ Pero otra cuestión importante se desprendía de esta situación. Los términos en que se criticaba la *praxis* penelonista remitían a los actores sociales de turno supuestamente antagónicos al proyecto comunista implementado en la Unión Soviética implicados en los enfrentamientos facciosos emergidos al interior del partido soviético y transplantados al caso del partido

⁷ Reunión del CC del PCA, 1/6/1927 (firma Luis Riccardi), Archivo IC, BNCA, r. 4, s. 31.

⁸ Reunión extraordinaria del CC del PCA, 27/8/1927, p. 3, Archivo IC, BNCA, r. 4, s. 31.

⁹ *Idem*, p. 4.

¹⁰ “El boicot a los productos norteamericanos. Declaración del Comité Central del Partido Comunista Obrero”, *La Chispa*, año II, N° 43, 8/10/1927, p.1.

argentino. Se le imputó nuevamente a Penelón el ejercicio de un personalismo zinovievista cuando, producto de su concentración en las actividades electoral y parlamentaria, se opuso a la práctica del boicot aún cuando era la propia IC la que apoyaba su aplicación: “El sometimiento de los jefes debe ser absoluto a los Comités centrales. Penelón ha hecho lo contrario y por eso hemos dicho que tenía desviaciones zinovievistas”.¹¹ Era una operación que se había dado ya en el pasado y se volvería a repetir en el futuro. Y es que no sólo los enemigos externos del PCA eran depositarios de la terminología soviética, sino que la misma práctica se extendía a aquellos “saboteadores internos” que debían pasar a integrar las huestes de la burguesía. Es necesario recordar que para entonces las luchas intestinas entre Stalin y los líderes de la Oposición Obrera dentro del PCUS, todavía desconocidas fuera de Rusia, no habían sido objeto de discusión en el conjunto de los demás partidos comunistas.¹² No obstante, el PCA buscó encontrar desde fines de 1926 los desprendimientos de aquella lejana compulsa dentro de su propio CC.¹³ Así, muy pronto proliferaron las acusaciones de que Penelón y sus seguidores estaban tomando el rumbo del trotskismo.¹⁴

De igual modo, en alusión a la intervención federal de la provincia de Buenos Aires, un acta de reunión del CC del PCA recogía la afirmación efectuada por Raymond respecto de que el yrigoyenismo producía “la impresión de una institución que cuenta con todas las características para transformarse en determinado momento en el fascio argentino”¹⁵. Esta interpretación sobre el radicalismo hubo de dominar el ánimo del PCA durante los años siguientes y hasta la implementación de la política de frentes populares. Asimismo, Raymond no se privó de recetar el predicamento adecuado para combatirlo, destacando que, si la organización celular había sido lo que preservó al PC Italiano de la avanzada fascista, resultaba lógica la adopción de la misma estrategia para el PCA.¹⁶ El representante de la IC volvía a proponer recetas europeas para problemas argentinos.

¹¹ Actas de las sesiones del CE ampliado del PCA, Sexta sesión, 26/12/1927, p. 7, Archivo IC, BNCA, r. 4, s. 30.

¹² Jorge Abelardo Ramos, *El Partido Comunista en la política argentina*, op. cit., pp. 48-49 [en su reedición posterior, *Breve historia de las izquierdas en la Argentina*, tomo I, Buenos Aires, Claridad, 1990, pp. 80-81].

¹³ “Resolución del Comité Central del Partido Comunista de la Argentina sobre las discusiones en el seno del Partido Comunista de la Unión Soviética”, *LI*, año X, N° 3167, 25/12/1926, p. 1.

¹⁴ Es importante destacar, como lo ha hecho Hernán Camarero, que estos enfrentamientos ante una presunta emergencia de simpatizantes trotskistas en la izquierda argentina comenzaron a aflorar con mayor potencia a principios de 1929. H. Camarero, “El *tercer período* de la Comintern en versión criolla”, en op. cit., pp. 205-206, nota 4.

¹⁵ Reunión del CC, 18/3/1927, p. 3, Archivo IC, BNCA, r. 4, s. 31.

¹⁶ Reunión del CC 1/6/1927, p. 2, Archivo IC, BNCA, r. 4, s. 31.

Fueron varias las ocasiones en que Penelón desafió las intenciones de la dirección argentina y del enviado de la IC, lo que acumulativamente fue dando paso a la idea de que estaba forjando un modo de conducción personalista que no iba a ser tolerado por mucho tiempo. Así, el CC del PCA había designado a Penelón para que actuara como delegado del partido en la huelga de los cañeros tucumanos. Sin embargo, Penelón se negó a partir hacia Tucumán, aduciendo la imposibilidad de abandonar sus ocupaciones en el Concejo Deliberante. Las premisas para conformar una nueva organización internacional habían sido elaboradas bajo los conceptos del PC de Rusia y de la Unión “Spartacus” de Alemania. En ellas se había acordado específicamente que la IC “subordinará los intereses del movimiento de cada país a los intereses comunes de la Revolución desde un punto de vista internacional”¹⁷. Era el incumplimiento de este punto fundamental lo que en el fondo se le reclamaba a Penelón cuando se lo conminaba a desviar su trabajo hacia el Secretariado Sudamericano.

Enseguida se convirtió Penelón en blanco de las críticas de Pedro Romo, por entonces secretario general del partido, quien le atribuyó un celo excesivo en su rol de concejal incluso en momentos en los cuales debía ponerse al frente del partido en su calidad de miembro destacado del CC. Pero Penelón rechazaba hacerse cargo de sus funciones prioritarias dentro del PCA, aun cuando situaciones excepcionales como la de la huelga cañera lo ameritaran y además implicaran un distanciamiento ínfimo de su trabajo cotidiano en la ciudad de Buenos Aires. Finalmente fue Romo quien se ofreció a representar al PCA frente a los huelguistas tucumanos y para su reemplazo interino se designó a Rodolfo Ghioldi. Este hecho despertó el malestar de Williams, quien consideraba una equivocación distraer a Romo en momentos en que la intensa actividad política lo reclaman al frente de la secretaría general.

El emisario de la IC acusó a Penelón de intentar en el PCA un golpe de estado.¹⁸ Ghioldi señalaba que había tenido lugar un altercado personal entre estos dos dirigentes, resultado de los comentarios de Raymond sobre el desempeño de Penelón en el Concejo Deliberante. Romo, por su parte, apuntaba contra Penelón, quien desde su punto de vista “procedía en forma brutal contra el delegado de la I.C.”¹⁹. Este comportamiento hostil quedaba especialmente expuesto, según su opinión, en la propuesta elevada por Penelón para que se diera forma a un comité especial encargado de trabajar sobre la cuestión de

¹⁷ “La tercera Internacional. El documento de Moscú”, *Documentos del Progreso*, año I, N° 4, 15/9/1919, p. 6.

¹⁸, Actas de la reunión del CC del PCA, 20/7/1927, p. 2, Archivo IC, BNCA, r. 4, s. 31.

¹⁹ Actas de las sesiones del CE ampliado del PCA, Segunda sesión, 24/12/1927, p. 1, Archivo IC, BNCA, r. 4, s. 30.

Nicaragua, lo que hubiera implicado la escisión de una Liga Anti-imperialista cuya creación había sido impulsada por la IC. La proposición de Penelón encontró un rechazo masivo en el CC del PCA, lo que habría provocado el ahondamiento de su comportamiento aislado y personalista.

Williams había querido demostrar que la línea política del PCA era una línea “oportunistas”, colmada de errores y desviaciones por parte de la “derecha” del partido. Al contrario, argumentaba Codovilla, si a alguien le correspondía el señalamiento de comportamientos oportunistas era al propio representante de la IC en la Argentina. Si Williams consideraba que Penelón estaba dirigiendo el curso del partido hacia posicionamientos socialdemócratas debía, según Codovilla, haber actuado en el mismo momento para combatirlo en lugar de dedicarse a realizar intrigas.²⁰ Por su parte, Ghioldi había sostenido que Codovilla acordaba con las perspectivas políticas de Penelón. El interpelado se defendía afirmando que había destinado sus críticas tanto a la mayoría del CC como a la minoría en toda ocasión en que había considerado necesario. Intentó demostrar esto con el problema de la guerra. En su opinión, la minoría del PCA había reconocido el peligro inmediato que representaba la guerra y se había lanzado a la conformación de un comité de acción contra la guerra, pero se había equivocado al buscar en esta misión el apoyo de los intelectuales y de la pequeña-burguesía. Presidida por Aurelio Hernández, se dieron cita en el salón Vorwärts el 15 de junio de 1927 una serie de organizaciones políticas, sindicales, culturales, sociales, estudiantiles, juveniles y deportivas, a los fines de conformar un Comité de Acción Contra la Guerra. Las causas que motivaron esta acción colectiva residían en la necesidad de lograr la unidad de todos los organismos y particulares que advirtieran el peligro que suponía una eventual guerra conducida por el imperialismo en contra de la Unión Soviética.²¹ El Comité de Acción Contra la Guerra afirmaba que, de producirse el estallido bélico, la Argentina no podría librarse de ser obligada a cumplir la función de abastecer a los ejércitos imperialistas, convirtiéndose “en un punto de apoyo formidable para los ejércitos reaccionarios y en elemento contrarrevolucionario”. Siguiendo las indicaciones de la IC, el Comité de Acción antibélico establecía la necesidad de organizar comités de fábrica ligados a él y declarar una huelga general de 48 horas y el sabotaje comercial. Este programa de acción generó agudos enfrentamientos entre Penelón y Rodolfo

²⁰ Secretariado de Países Latinos, Comisión Argentina, sesión del 21/1/1928, p. 1, Archivo IC, BNCA, r. 2, s. 15 [En francés].

²¹ La nómina completa de organizaciones participantes es mencionada en *LI*, “Comité de acción contra la guerra”, 9/7/1927, año X, N° 3195, p. 5

Ghioldi.²² Sin embargo, la composición social de este comité antibélico lo alejaba, al decir de Codovilla, de cualquier posibilidad de emprender una política coherente. Tal procedimiento implicaba un debilitamiento de la lucha contra la socialdemocracia. También entendía Codovilla que pecaba de reformismo Penelón cuando intentaba concentrar su acción municipal casi exclusivamente en torno de los problemas específicos presentes en los barrios pobres de la Capital Federal. Pero la visión de Codovilla lo llevaba a introducir matices en aquella percepción que advertía en ello el ejercicio de una política meramente posibilista. A decir verdad, reparaba, nunca antes el CC había tomado parte en el trabajo municipal, y esto había facilitado que se cometieran errores de ambas partes, pues si Penelón había incurrido en desviaciones socialdemócratas, por su parte el CC no había tomado ninguna medida para ejercer algún tipo de control sobre su desempeño. A propósito de la cuestión abierta en torno de la labor municipal de Penelón, Codovilla concluía: “A part la question de la protestation retardée au Conseil municipal sur l’affaire Sacco et Vanzetti, Dans la question des quartiers pauvres, il n’y a rien, qui nous indique que des fautes opportunistes graves ont été commises par Pénélon. A l’exception de quelques petites choses, je n’ai rien vu qui puisse dire que Pénélon avait des déviations réformistes sur cette question”²³. No había nada de oportunista en el hecho de que Penelón se hubiera esforzado por prolongar los recorridos de los tranvías en los barrios obreros o en el hecho de que hubiera atendido con urgencia los problemas de vivienda y alquileres. La política de reivindicaciones inmediatas para los barrios pobres, así como también la labor municipal tal como era conducida por Penelón, llevaba en realidad bastante tiempo siendo aplicada y no había sido objeto de reclamos. Más aún, continuaba Codovilla, había existido un consenso unánime a este respecto. De hecho, sobre aquellos mismos aspectos se había basado la campaña que postulaba a Penelón para concejal en 1926. Codovilla demuestra, citando un informe del CC del PCA enviado a la IC con fecha del 28 de abril de 1927 que todos en el partido estaban de acuerdo con el trabajo que estaba realizando Penelón.²⁴ Codovilla había remitido una misiva a Penelón cursando felicitaciones por el trabajo realizado desde su cargo de concejal. Su gesto fue objetado por el dirigente partidario Marcelino Punyet Alberti, diciendo que la opinión de Codovilla no valía de mucho ya que, a causa de sus misiones en el extranjero, llevaba dos años alejado del partido.

²² “¡Luchad contra la guerra!”, *LI*, año X, N° 3198, 30/7/1927, p. 7

²³ *Idem*, p. 3.

²⁴ *Idem*, pp. 64-65.

Ghioldi sostenía que el barrio pobre resultaba idealizado por Penelón “y esto es sostener un concepto pequeño burgués.” Le respondía Penelón que se equivocaba Ghioldi, su apreciación era errónea, puesto que negaba que los barrios pobres se hallaban mayormente habitados por los obreros. Por tanto, si se trataba de que el partido fuera a la conquista de las masas, era lógico que las buscara en sus lugares trabajo, pero también en los lugares donde tenían sus viviendas: “La inmensa mayoría de socios que componen las Sociedades de Fomento, son obreros que están al contacto con los trabajadores de las fábricas, debido al trabajo del Concejo. Hemos llevado nuestra propaganda entre grandes capas que antes no teníamos ninguna vinculación con ellas [...]”²⁵. No obstante estas apreciaciones, cuando Ghioldi intentó responder a la intervención lapidaria que había realizado otro dirigente cominternista, Alfred Stirner,²⁶ matizó los planteos que había defendido contra las políticas de Penelón. Las críticas a la dirección del PCA habían estado basadas, en opinión de Ghioldi, en un puñado de documentos poco fidedignos. Ghioldi sostuvo que el CC del PCA nunca atacó la política en los barrios pobres. Ghioldi afirmaba que el problema en este punto radicaba en la reducción del trabajo del partido a la esfera de los barrios como única forma válida para llevar la presencia del partido a las masas obreras. Esta conducta representaba una desviación ideológica parlamentaria que podía resultar muy cara a las intenciones revolucionarias del comunismo. Además, agregaba Ghioldi que la composición social en los barrios pobres había sido objeto de largas discusiones en el seno del CC del PCA. Ghioldi señalaba que la masa de habitantes en los barrios pobres de la ciudad de Buenos Aires se componía de manera central de aquellos obreros con los cuales el partido buscaba estrechar lazos, sino que había allí un gran número de pequeñoburgueses, pequeños comerciantes y obreros desclasados, y era hacia el mejoramiento en la situación de estos últimos hacia donde se dirigía el trabajo de Penelón. Remarcaba además Ghioldi que, producto de esta orientación política, *La Internacional* estaba dejando de ser un periódico obrero para pasar a convertirse en un periódico de los barrios pobres.

Aunque Ghioldi había planteado lo opuesto, Codovilla aseguraba que los barrios pobres de ninguna manera podían ser equiparados con barrios de la pequeña-burguesía. La proporción de obreros que albergaban tenía que ser abrumadora, aún cuando no se contara con estadísticas oficiales. Codovilla destacaba entre los miembros que

²⁵ Actas de reunión del CC del PCA, 5/9/1927, p. 2, Archivo IC, BNCA, r. 4, s. 31.

²⁶ Comisión argentina del Secretariado de Países Latinos, 1/2/1928, Archivo IC, BNCA, r. 2, s. 15 [En francés].

integraban el grupo identificado con Penelón se hallaban varios cuyas trayectorias políticas eran más destacadas que aquellas que podían esgrimir muchos de los miembros de la mayoría del CC del PCA.²⁷ Consideraba que el “intriguismo” de Williams no tenía vuelta atrás y estaba haciendo mella en la unidad de la dirección, por lo cual Codovilla recordaba los intentos realizados por aquel en 1926 para presentarlo como zinovievista. El trabajo faccionalista de Williams ameritaba su separación del PCA.²⁸

Codovilla discutió con Williams a propósito de las motivaciones del faccionalismo dentro del PCA. Williams insistía en acusar a la dirección del PCA de encontrar en las cuestiones personales la verdadera causa de las complicaciones políticas experimentadas, al tiempo que Codovilla acusaba al emisario de la IC de ser él mismo quien promovía dicha interpretación reduccionista. Cuando el representante de la IC Ivan Stepanov (alias del búlgaro Stoian Mineevich Ivanov.) le reclamó el cierre de su prolongada intervención la sesión del Secretariado Latinoamericano del 21 de enero de 1928, Codovilla proclamó irónicamente estar hablando “para la historia” y denunció que Williams se había presentado a sí mismo como el salvador del PCA y como el iniciador de la reorganización del trabajo partidario sobre la base de células. No obstante, corregía el líder del PCA, esta reorganización había tenido lugar desde 1924, es decir antes de que Williams llegara a la Argentina.

El jefe de la Internacional Sindical Roja, Solomon Lozovsky, entendía que no se trataba en el PCA de una lucha de facciones basada en motivaciones personales sino ideológicas. Pero volvía a indagar sobre la importancia del conflicto: “Est-ce que ces déviations sont tellement graves, tellement profondes qu'il y a lieu de faire deux partis, parce qu'en fait, nous avons déjà deux partis?”²⁹. Para Lozovsky, los representantes del PCA y de la IC presentes se estaban preocupando más de lo que la situación realmente ameritaba. Como fuera, resultaba innegable el hecho de que los conflictos existían y, motivados por el enfrentamiento de concepciones disímiles en torno al pragmatismo comunista que pregonaban los más grandes representantes del CC, las argumentaciones incurrieron desde temprano en personalizaciones.

Quien fuera el más prominente representante del CE de la IC en Latinoamérica, Jules Humbert-Droz, adjudicaba el enfoque personal de las fricciones a la minoría de la

²⁷ Secretariado de Países Latinos, 8° sesión, 1/2/1928, p. 32, Archivo IC, BNCA, r. 2, s. [En francés].

²⁸ Idem, p. 36, Archivo IC, BNCA, r. 2, s. 15.

²⁹ Secretariado de Países Latinos, Comisión Argentina, VI sesión, del 27/1/1928, p. 5, Archivo IC, BNCA, r. 2, s. 15 [En francés].

dirección argentina. Insistió asimismo en la necesidad de reconocer el trabajo realizado por Penelón. Aunque pudieran advertirse desviaciones oportunistas en sus intervenciones en el Consejo Deliberante, no le correspondían acusaciones en el sentido de que se hubiera volcado a las filas de la burguesía. Humbert-Droz, decía estar absolutamente de acuerdo con los planteos formulados por Stepanov.³⁰ Consideraba que no se podía alegar como único motivo de la crisis interna del PCA las supuestas intrigas del representante de la IC en la Argentina, tal como proponía Codovilla. El comunista suizo argumentaba que toda vez que un partido experimentaba una crisis profunda del tipo que atravesaba el PCA, debían buscarse causas más potentes que la influencia personal o las especulaciones de un agente externo.

Acaso haciéndose eco del nuevo espíritu del partido y de las motivaciones que derivaron en la expulsión de los chispistas, fundamentadas en un principio por la negativa de este grupo a elaborar un programa de acción inmediato para el partido, Penelón decidió concentrar su atención primordialmente en el trabajo por las reivindicaciones económico-sociales de la clase obrera. La mayoría de la dirección triunfante en el conflicto interno encontró a través de la banca lograda por Penelón en el Concejo Deliberante un espacio más para el desarrollo de la lucha de clases. Afirmando un interés particular por avanzar en “nuestra campaña en defensa de las reivindicaciones de los barrios suburbanos”, el órgano del PCA publicaba resúmenes de cada uno de los proyectos y gestiones emprendidos por Penelón en el Concejo Deliberante.³¹

Penelón es electo nuevamente concejal por la Capital Federal en noviembre de 1926 al obtener su candidatura 7000 votos, cargo que asume en enero de 1927. La actividad de Penelón en el Concejo Deliberante fue profusa. En su primer día como funcionario,

³⁰ Secretariado de Países Latinos, Comisión argentina, 30/1/1928, p. 1, Archivo IC, BNCA, r. 2, s. 15 [En francés].

³¹ “El concejal comunista denuncia las maniobras divisionistas que hace la burguesía entre los obreros municipales”, *LI*, año X, N° 3195, 9/7/1927, p. 4; “El concejal comunista, prosiguiendo su campaña en pro de los barrios populares visita Villa General Lamadrid”, *LI*, año X, N° 3198, 30/7/1927, p. 5; “La actuación comunista en el C. Deliberante”, *LI*, año XI, N° 3201, 20/8/1927, p. 5; “La actuación comunista en el Concejo. Iniciativa en favor de los obreros de Villa Lugano”, *LI*, año XI, N° 3202, 27/8/1927, p. 4; “El concejal comunista, haciéndose eco de una proposición del Grupo Rojo del sindicato de municipales, presenta una interesante iniciativa que afecta a numerosos obreros”, año XI, N° 3209, *LI*, 15/10/1927, p. 4; “Un proyecto de mejoras y las observaciones realizadas por el concejal comunista por el barrio obrero Nicolás Avellaneda”, *LI*, año XI, N° 3210, 22/10/1927, p. 6; “El concejal comunista impugna los homenajes al régimen de tiranía existente en Perú y expresa su solidaridad con las víctimas del mismo”, *LI*, año XI, N° 3214, 19/11/1927, p. 8; “El concejal comunista denuncia la explotación de que son víctimas y defiende las reivindicaciones de las familias proletarias que viven en los conventillos”, *LI*, año XI, N° 3215, 3/12/1927, p. 2; “Por las reivindicaciones de los barrios de Liniers”, *LI*, año XI, N° 3216, 10/12/1927, p. 2; “Proyectos presentados por el compañero Penelón al Concejo Deliberante”, *LI*, año XI, N° 3217, 17/12/1927, p. 2; “Proyectos presentados en el C.D. por el concejal Penelón”, *LI*, año XI, N° 3219, 31/12/1927, p. 5.

Penelón provocaba gran revuelo al responder una intervención del yrigoyenista Guillermo Faggioli en los siguientes términos encendidos:

Ya sabemos hasta qué punto llega la democracia que padecemos. Sabemos que es una democracia en la que 173.000 electores en la ciudad son los que gobiernan y dirigen una población de dos millones, es decir que representan una mínima parte de la población, que estaría llamada a ejercitar, en realidad, el gobierno de la comuna. [...] Sabemos que la cuestión de la proporcionalidad, como la institución misma del concejo y del Estado, no son sino un engranaje de la clase capitalista. Y dentro de eso buscamos la proporcionalidad porque nos da nuevas armas para poder hacer lucha de clases y traerla hasta este concejo.³²

Sin embargo, la modalidad que adoptó este traslado de la lucha de clases al Concejo Deliberante fue severamente cuestionada por sus compañeros del partido, cobrando especial fuerza cuando entró en contradicción con las tareas urgentes trazadas por el CE de la IC, consistentes en un desplazamiento de Penelón hacia posiciones más relevantes dentro del conjunto del movimiento comunista sudamericano y en la elaboración de la antesala para la definición de la táctica de “clase contra clase”. Comienza desde entonces una serie de ataques a la labor municipal de Penelón. Se critica en primer lugar que éste otorgue un lugar de privilegio a los problemas en los barrios pobres. Penelón incurría así en “un intenso trabajo fraccionista”³³. En adelante, Ghitor (seudónimo de Orestes Ghioldi) insistirá en las sesiones del CE ampliado del PCA que tuvieron lugar del 23 al 27 de diciembre en identificar en Penelón la encarnación de un desviacionismo de derecha obsesionado por desnaturalizar el sentido de las reivindicaciones inmediatas. Advertía Ghitor que tan absorto como estaba Penelón en crear proyectos quedaba imposibilitado de llevarlos a la práctica, con lo que las reivindicaciones no pasaban de una mera exposición formal dentro del Concejo Deliberante.³⁴ En línea con los reclamos de Ghitor, Francisco Muñoz Diez, obrero ferroviario y secretario general del PC de Rosario, veía en Penelón la encarnación de aquellas aspiraciones pequeño-burguesas de las masas trabajadoras que podían encontrar satisfacción a partir de la estabilización económica registrada por el país.³⁵ Por su parte, González Alberdi intuía que la “experiencia reformista” que estaba llevando adelante el concejal comunista no era la

³² Diario de Sesiones del Concejo Deliberante, Versión Taquigráfica de la sesión de Instalación, “Aclaración”, N° 1, 1/1/1927, p. 17.

³³ Actas de las sesiones del CE ampliado del PCA, Segunda sesión, 24/12/1927, p.5, Archivo IC, BCNA r. 4, s. 30.

³⁴ Actas de las sesiones del CE ampliado del PCA, Tercera sesión, 24/12/1927, p. 1, Archivo IC, BCNA r. 4, s. 30.

³⁵ Actas de las sesiones del CE ampliado del PCA, Sexta sesión, 26/12/1927, p. 1, Archivo IC, BCNA r. 4, s. 30.

consecuencia de un posicionamiento individual, sino que se trataba de la manifestación visible correspondiente a una verdadera tendencia en el interior partido. González Alberdi citaba el caso del Comité de Barrio de Parque Patricios, el cual había estado supeditado a las cuestiones que planteaba Penelón, y sentenciaba que: “La minoría, con su golpe de estado, su alzamiento contra la I.C. y contra el Partido se ha alzado contra la disciplina del Partido y ha estado a punto de llevar a éste a la anarquía interna. Si había inmorales, debió la minoría acusarlos en donde correspondía. El ampliado les ofrece una magnífica oportunidad de hacerlo”³⁶. Sumando complicaciones al CC del PCA desde afuera, el socialista Nicolás Repetto había sostenido que el trabajo de Penelón en el Concejo Deliberante guardaba significativas similitudes con su propio trabajo en el parlamento.

En 1922, ante los dichos de sindicalistas apolíticos (Alegría y Pellegrini) que acusaban a Penelón de ser un colaborador de la clase capitalista en el congreso de unidad sindical, el concejal comunista se había defendido esgrimiendo su participación en el Concejo Deliberante a raíz del mandato en él depositado por el PCA: “Precisamente voy a esas instituciones enviado por un partido revolucionario, no para hacer obra de colaboración de clase, no para prestarse al juego de los instrumentos de la burguesía, sino sí, para hacer esa obra de sabotaje, de destrucción interna, esa obra de crítica y de obstrucción, para que así la masa que sigue todavía con la creencia en esas instituciones burguesa, tenga necesariamente que ir perdiendo ese concepto, cosa, compañero presidente, por cierto no es lo que hacen muchos que se titulan prescindentes”. Años más tarde, los mismos señalamientos de colaboración con la clase antagónica le fueron adjudicados por la dirección mayoritaria de su propio partido al concejal comunista, siendo que anteriormente lo habían defendido y le habían brindado todos los espacios para que pudiera efectuar sus descargos, cuando éste pasó a ser considerado un estorbo para el crecimiento del partido. Entonces Penelón volvió a recurrir a los mismos argumentos que ya había esgrimido cuando desempeñaba su primer mandato como concejal.³⁷

En defensa de Penelón, Codovilla resaltó la contradicción en la que caía una parte de la dirección del CC del PCA, asumiendo el juego de intrigas iniciado por Williams, al criticar la labor de Penelón en el Consejo Deliberante. Los informes pasados que la

³⁶ Actas de las sesiones del CE ampliado del PCA, Tercera sesión, 24/12/1927, p. 3, Archivo IC, BCNA r. 4, s. 30.

³⁷ “Política revolucionaria y apoliticismo burgués. Discurso del camarada Penelón”, *LI*, año V, N° 317, 10/3/1922, p. 4.

jefatura del CC del PCA había enviado a la IC a propósito de su actuación eran muy elogiosos. De hecho, desde *La Internacional* se había sostenido que el trabajo de Penelón al frente del Concejo Deliberante constituía, en la soledad de su posición, un fiel reflejo de que el comunismo se encontraba solo en la lucha contra el fascismo y su aliada, la burguesía nacional.³⁸ La actividad que conducía Penelón había sido considerada hasta entonces como un desarrollo importante en la lucha de clases. Esta situación inducía a Codovilla a acusar abiertamente a Williams por su trabajo faccionalista tanto en el CC del PCA como en el Secretariado Sudamericano.³⁹ El representante de la IC insistía en que Penelón había dissociado los dos frentes en los cuales actuaba, al desentender su trabajo en el Consejo Municipal (privado, a su entender, de todo contenido político) del trabajo en el partido.⁴⁰

Desde *La Chispa* también minimizaban las acusaciones del comunismo oficial en contra de Penelón por su concentración parlamentarista, ya que el logro de una banca en el Concejo Deliberante o en el Congreso había sido una aspiración que había acompañado a la dirección del PCA durante una década entera.⁴¹ En otras palabras, los anteriores disidentes planteaban que, en lo relativo al parlamentarismo, no existían diferenciaciones ideológicas entre la minoría y la mayoría del CC del PCA. En realidad, afirmaban en el PCO, la crisis del PCA era el producto de una errónea bolchevización “à la criolla” emprendida por Penelón, por lo que, en vez de presentar los síntomas de un partido comunista en proceso de bolchevización, se perfilaba la cristalización de un partido que acusaba todos los defectos propios de los vetustos partidos de la “política criolla”.⁴²

3.2. Una vez más, la cuestión sindical

Aunque Penelón insistía en señalar que el momento de aparición de las divergencias internas había comenzado a finales de julio de 1927, Mallo López y Ghitor sostenían que las mismas se remontaban a un período anterior. Las controversias generadas en torno de la cuestión de la guerra habían salido a la luz en la reunión que el CC del PCA

³⁸ “Se quiere agredir y hacer callar al concejal comunista”, *LI*, año XI, N° 3204, 17/9/1927, p. 1.

³⁹ Secretariado de Países Latinos, 27/10/1927, p. 3, Archivo IC, BCNA r. 2, s. 14 [En francés].

⁴⁰ Secretariado de Países Latinos, 27/10/1927, pp. 10-11, Archivo IC, BCNA r. 2, s. 14.

⁴¹ “La liquidación de la sección Argentina de la Internacional Comunista”, *La Chispa*, año II, N° 50, 14/1/1928, p. 1.

⁴² “Una nuova scissione nel partito comunista ufficiale”, *Bandiera Rossa*, anno I, N° 3, 31/12/1927 [publicado junto con *La Chispa*, año II, N° 49, 31/12/1927, p. 4]

mantuvo el 1 de junio.⁴³ Las discusiones en el seno del CC del PCA se tornaron faccionalistas cuando abordaron la cuestión sindical y la organización de los grupos ideológicos. Efectivamente, estas dos cuestiones generaron polémicas importantes en el seno del partido, pero también ellas estuvieron fuertemente atravesadas por un tercer eje problemático central: la participación de los representantes de la IC y el rol específico que les fue asignado por la mayoría de la dirección del PCA.

El movimiento obrero argentino se encontró durante la segunda mitad de la década de 1920 sumido en una profunda desorganización. Dispersos en tres centrales sindicales -la USA, la FORA y la COA-, los obreros sindicalizados constituían una fracción dentro del total de los asalariados. La Capital concentraba 450 mil obreros, de entre los cuales 200 mil se desempeñaban en el sector industrial.⁴⁴ Ante el reconocimiento de esta situación, Pedro Romo y José Morales firmaron una circular en la que se hacía manifiesta la preocupación por parte de la Comisión Central Sindical ante una realidad en la que muchos obreros y empleados comunistas no participaban en el terreno sindical, por lo que se recomendaba que las células emprendieran un trabajo profundo para que cada uno de ellos optara por la sindicalización.⁴⁵

Raymond no fue el único representante que lidió con las disensiones internas de los líderes del PCA. Según lo había dispuesto el secretariado de la ISR, su responsable de la Sección de Información Moisey Yakovlevich Zelickman, fue enviado a Sudamérica para organizar allí la representación que iba a tomar parte en el IV Congreso de la ISR y para contribuir a la preparación del Comité Provisional de la ISR para América Latina. Siendo que debía articular acciones con el Bureau Sudamericano de la IC, radicado en Buenos Aires, al llegar a Sudamérica Zelickman entró inmediatamente en contacto con Penelón. Pero, desprovisto del visado requerido para ingresar al país, Zelickman quedó varado en Montevideo. Solicitó, por tanto, que los comunistas argentinos se desplazaran hasta la capital uruguaya. Pero para entonces, según sostenía el enviado de la ISR, resultaba imposible dar con Ghioldi. Reclamó la presencia de Penelón y de Romo, pero estos mandaron a contestarle que no era posible la asistencia de ambos. El motivo era la profunda crisis que estaba viviendo el CC del PCA. Empezó entonces un intercambio de mensajes intenso, en donde Zelickman insistía en el cumplimiento de sus demandas, que eran las de la IC, y la dirección argentina respondía con negativas, sin dejar de

⁴³ Informe de los miembros del CC del PCA Ismael Mallo López y Edmundo Ghitor, 4/11/1927, p. 1, Archivo IC, BCNA, r. 4, s. 32.

⁴⁴ Otto Vargas, *El marxismo y la revolución argentina*, t. II, op. cit., p. 375.

⁴⁵ Comisión Central Sindical, Circular a las células, agrupaciones y centros del Partido, julio de 1928, firman Pedro Romo y José Morales, Archivo IC, BCNA, r. 4, s. 33.

señalar nunca la imposibilidad de que los principales miembros de su conducción abandonaran sus puestos en Buenos Aires.⁴⁶ Zelickman se informó respecto de que en ese momento Penelón conformaba dentro del CC del PCA una minoría compuesta por tres miembros, en tanto que la mayoría se componía de ocho miembros, reducida a siete puesto que se produjo la partida de Ghioldi para asistir al VI Congreso de la IC.⁴⁷

Un rol fundamental fue cumplido por Stepanov. Tomó parte en la redacción del telegrama que el CE de la IC destinó en diciembre de 1927 al PCA con motivo de la compulsión que enfrentó a Penelón con Romo y Ghioldi. El representante de origen búlgaro entendía que estos tres comunistas cometían un gran error al no analizar adecuadamente la pervivencia de los grandes latifundios, que eran en realidad los condicionantes primordiales de cualquier tipo de desarrollo industrial que pudiera llegar a experimentar el país. Suponía también que tanto Ghioldi como Codovilla sobredimensionan las posibilidades de desarrollo industrial de la Argentina.⁴⁸ La Argentina era un país semicolonial, y como tal padecía de una fuerte intervención en su rumbo económico por parte del imperialismo británico y norteamericano. Stepanov consideraba, de hecho, que Codovilla subestimaba “la gravité de la persistence et de la particularité de la crise agraire qui existe dans le pays”⁴⁹. Señalaba también Stepanov la existencia en un amplio sector de la dirección argentina y de los comunistas en general - al igual que ocurría en algunos países europeos- de una preocupante subestimación acerca de los peligros de la guerra. Entendía el emisario de la IC que era necesario abordar con carácter de urgencia la probabilidad cercana de una guerra contra la Unión Soviética.⁵⁰ La edición de *La Internacional* fue destacada por Stepanov como uno de los factores más positivos en la acción del PCA, aunque remarcaba la importancia de que el partido dejara de reducir entre los militantes extranjeros la necesidad de ocuparse exclusivamente de cuestiones particulares de la Argentina.⁵¹

Stepanov adhirió a la propuesta de Codovilla de capitalizar los conflictos entre radicales y socialistas para reforzar la influencia comunista entre los trabajadores y poder crear un movimiento de izquierda dentro de la COA. En cuanto a la USA, las informaciones brindadas por la dirección argentina indicaban que esta central obrera se hallaba en negociaciones con la ISR. Para Romo, de hecho, la USA estaba llevando

⁴⁶ Zelickmann, sesión del 28 de enero de 1928, p. 1, Archivo IC, BCNA, r. 2, s. 15 [En francés].

⁴⁷ Idem, p. 2.

⁴⁸ Comisión argentina del Secretariado de Países Latinos, 7º sesión, 30/1/1928, p. 2, Archivo IC, BCNA, r. 2, s. 15.

⁴⁹ Idem, p. 9.

⁵⁰ Idem, pp. 22-24.

⁵¹ Idem, p. 42.

adelante una política de acercamiento con los comunistas a partir del incremento de la actividad del yrigoyenismo en la COA y la necesidad creciente de balancear la relación de fuerzas entre las dos centrales.⁵² La comisión argentina ante la IC advertía que la USA, hallándose desacreditada su dirección ante un creciente proceso de radicalización de las masas obreras, había enviado tres delegados a Moscú para que entablaran contacto con Lozovsky. El objetivo era avanzar en las negociaciones para producir el ingreso de la USA en la Profintern. De hecho, en la Primera Reunión Sindical Latinoamericana celebrada en diciembre de 1927 y con la aprobación de sus tres delegados, la USA se había mostrado como la central obrera más interesada en la conformación de un Secretariado Sindical Latinoamericano.⁵³ Asimismo, a los miembros elegidos por una conferencia celebrada en Moscú (Miguel Contreras, Eugenio Gómez, Juan Llorca y Juan Ruiz) para que el 3 de septiembre de 1928 se llevara a cabo en la capital uruguaya la creación del Comité Pro Confederación Sindical Latinoamericana, se les sumó Atilio Biondi en calidad de representante de la USA.⁵⁴ Si los acuerdos prosperaban, estimaba la comisión argentina, el partido debía modificar su táctica y adherir a la USA, pero sin dejar por ello de intensificar los contactos con la COA, pues esta última estaba llamada a convertirse en la única central sindical del país.⁵⁵ Para Codovilla el PCA debía mantener una política expectante ante la USA, esperando que ésta definiera su posición ante la ISR. Mientras esto sucedía, el sindicalismo comunista no debía quedar inactivo, sino que el PCA debía fortalecer su participación dentro de la COA e impulsar la incorporación de los sindicatos autónomos, que por sí solos estaban pronunciándose en ese sentido.⁵⁶ Pero Stepanov encontraba en ello una serie de contradicciones, entendiendo que hacía falta despejar dudas acerca de si no se trataba en realidad de una maniobra de la USA para atacar al

⁵² PCA, Acta N° 3, 26/5/1928, p. 2, Archivo IC, BCNA, r. 5, s. 38. Años más tarde, el histórico sindicalista comunista Rubens Iscaro continuaba la línea crítica contra la opción por la unificación en la USA, destacando que para 1926 era la COA la que concentraba las mayores fuerzas del movimiento obrero, más allá de que su principal bastión residiera en el gran número de obreros ferroviarios. R. Iscaro, *Historia del movimiento sindical*, t. IV, op. cit., pp. 20-21.

⁵³ “Resolución de la Primera Reunión Sindical Latino Americana realizada en Diciembre de 1928”, *El Trabajador Latinoamericano (ETL)*, año I, N° 1, 15/9/1928, p. 5. Las demás gremiales firmantes de la resolución, consistentes en un delegado en representación de cada una de ellas, pertenecieron a los Sindicatos Autónomos del Uruguay, el Sindicato Central Obrero de Colombia, la Unión Obrera Provincial de Córdoba, la Confederación Nacional Obrera de Cuba, la Federación Obrera de Chile, la Liga Nacional Campesina de México, la Unión Obrera Local de Buenos Aires, la Federación de los Ferroviarios de Ecuador y de la Federación Obrera de Chimborazo, la Minoría de los Sindicatos Revolucionarios del Brasil.

⁵⁴ “Sesión Constituyente del Comité Pro Confederación Sindical Latino Americana”, *ETL*, año I, N° 1, 15/9/1928, pp. 8-11.

⁵⁵ Comisión argentina, enero de 1928, p. 3, Archivo IC, BCNA, r. 2, s. 15 [En francés].

⁵⁶ Secretariado de Países Latinos, Comisión Argentina, sesión del 21/1/1928, p. 1, Archivo IC, BCNA, r. 2, s. 15 [En francés].

PCA desde adentro de la ISR. Las motivaciones reales debían ser dilucidadas antes de dar una respuesta a la posibilidad de integración de la USA en la central obrera internacional del comunismo.

Más allá de estas coincidencias, Stepanov se oponía al hecho de que Codovilla criticara el trabajo de Williams por enviar informes y telegramas a Moscú sin consultarlo previamente con el CC del PCA. Stepanov entendía que Williams estaba en todo su derecho de hacerlo así, y afirmaba no poder otorgar visos de verosimilitud a los reproches de Codovilla sobre la fuerte influencia que aquel habría estado ejerciendo en el PCA: “je ne puis pas comprendre qu’un parti soit composé d’une masse tellement passive qu’un camarade, qu’une personne puisse la faire marcher ainsi comme il l’entend”⁵⁷. Proclamaba incluso Stepanov la mayor justeza de la línea política de Williams en comparación con la línea propuesta por la dirección argentina.

Ghioldi discrepaba con Lozovsky en cuanto a la conveniencia de abandonar el trabajo de convergencia que los gremios comunistas estaban emprendiendo con la COA para pasar a volcar todos sus esfuerzos a la unidad con la USA. Era advertido que la unidad debía ser conducida a partir de un programa de reivindicaciones inmediatas,⁵⁸ pero la central sindicalista, entendía Ghioldi, se concentraba en intensificar una lucha sectaria contra los comunistas antes que en organizar al proletariado. Síntoma de esta situación era el hecho de que la USA no había convocado a ninguna huelga. Después de haber considerado la posibilidad de que la USA mejorara su organización y abandonara el “sectarismo” para recuperar la senda clasista, los dirigentes de la Federación de la Industria Textil concluían que no había existido actividad seria por parte de la central obrera, que su orientación era “pésima” y que carecía de un verdadero CC.⁵⁹ Esta desviación de la central sindical de sus más inmediatas tareas en la defensa de los intereses de la clase obrera estaba encontrando una respuesta concreta en el abandono de un importante número de sus afiliados. Por el contrario, el trabajo de la COA estaba atrayendo cada vez más obreros a sus filas.⁶⁰ Según Ghioldi el error en el análisis que hacía el líder del Profintern residía en una confusión interpretativa, pues la USA era identificada en los mismos términos en que se concebía el sindicalismo revolucionario en Francia. Por eso Ghioldi recomendaba la lectura de la prensa de la USA, en donde

⁵⁷ Idem, 52.

⁵⁸ Aurelio A. Hernández, “Argentina. Nuestro Partido y la unidad sindical”, *LCS*, 2da. época, N° 3, 31/8/1928, pp. 9-10.

⁵⁹ “Federación de la Industria Textil. Su separación de la U.S.A. Manifiesto a los trabajadores en general y a los de la Industria Textil en Particular”, *LI*, año X, N° 3198, 30/7/1927, p. 4.

⁶⁰ Secretariado de Países Latinos, Comisión Argentina, VIII sesión 1/2/1928, p. 6, Archivo IC, BCNA, r. 2, s. 15.

abundaban los artículos en contra de la experiencia socialista de la Unión Soviética y en contra de los partidos comunistas y sus afiliados en general.

Ghioldi acordaba con las críticas generales formuladas por la IC en cuanto al magro desarrollo del trabajo del PCA en los sindicatos. Según cifras proporcionadas en los informes proporcionados por los delegados de la Conferencia Sindical Latinoamericana, la Argentina contaba por entonces con 10.081.000 habitantes, de los cuales 160.000 eran obreros organizados, lo que representaba un 14,5% del total del proletariado urbano e industrial y un 5,3% del total de los trabajadores organizables.⁶¹ Era correcto, sostenía Ghioldi, señalar la necesidad de reforzar el trabajo de base en las grandes fábricas, pero no acordaba con el tono fatalista implementado por la IC. Había importantes indicadores que daban cuenta de las medidas que ya estaban siendo adoptadas por los comunistas argentinos para revertir esta insuficiencia: se habían creado algunos comités de unidad, se había avanzado en el trabajo efectivo en la base, se publicaba una decena de periódicos sindicales y se disponía de una comisión sindical central “dans laquelle il n’ y a pas un seul fonctionnaire”⁶² (de hecho, la secretaría era presidida por un ferroviario que cumplía con su jornada de trabajo diaria y dedicaba gran parte de su tiempo libre a la actividad gremial).

En su calidad de integrante de la comisión sindical del CE de la IC, Humbert-Droz elaboraba la siguiente autocrítica: al momento de abordar el problema de la unidad en la actividad sindical en la Argentina se había hecho un análisis puramente teórico y académico, por completo alejado de la práctica. El planteo abstracto sobre este tema, cuando estaba claro que era la COA la que captaba la mayor influencia entre los trabajadores por ser la central que cotidianamente defendía sus intereses y por lo tanto era allí donde los comunistas debían dirigir su atención, conducía a la promoción de la unidad por la unidad misma. No obstante, los comunistas argentinos ingresaban en forma individual a la COA antes de sumar sus organizaciones para realizar un trabajo serio con las bases. Quienes se oponían a la táctica que defendía Humbert-Droz sostenían que de los 90.000 obreros que integraban la COA, la gran mayoría pertenecía al sindicato ferroviario, y que por lo tanto, descontados aquellos, tanto esta central como la USA tenían una incidencia similar entre los obreros industriales. Humbert-Droz

⁶¹ “La organización de los desorganizados”, *ETL*, año I, N° 4, 30/10/1928, pp. 12-15. Miguel Contreras situaba a los trabajadores organizados en la Argentina en el orden del 8%. *Bajo la bandera de la CSLA. Resoluciones y documentos varios del Congreso Constituyente de la Confederación Sindical Latino Americana efectuado en Montevideo en Mayo de 1929*, Montevideo, 1929, p. 21.

⁶² Secretariado de Países Latinos, Comisión Argentina, VIII sesión 1/2/1928, p. 11, Archivo IC, BCNA, r. 2, s. 15.

replicaba a esto haciendo constar la enorme importancia que tenían los obreros ferroviarios a la hora de emprender la lucha contra el imperialismo.

Aunque Lozovsky parecía convencido de que la USA se convertiría en el corto plazo en un miembro de la ISR, Humbert-Droz estimaba que esta apreciación ponía muchas expectativas en las declaraciones que habían sido formuladas de manera aislada por algunos de los integrantes de la central argentina. Muy por el contrario, reforzaba su punto de vista Humbert-Droz, resultaba evidente que aquellas manifestaciones emergidas en la USA se encontraban promovidas por la voluntad de entablar la lucha contra el PCA y desorganizarlo desde adentro. Así, antes que comprender un incremento en las fuerzas de la ISR, la adhesión de la USA no iba sino a representar un obstáculo para sus actividades. Se debía tener presente que por entonces la USA tenía entre sus prácticas habituales la exclusión de los comunistas. Humbert-Droz estaba, en definitiva, a favor de dar la directiva para buscar una unificación de fuerzas en la COA. Los miembros de la minoría en el PCA arribaban a las mismas conclusiones, pero con una salvedad importante, que es duramente cuestionada por Humbert-Droz al calificarla de liquidacionista, y es la que consiste en promover la adhesión de los comunistas a la COA sin establecer condiciones y sin realizar una preparación activa. Las tesis defendidas por la mayoría del partido, en cambio, se alineaban detrás de las concepciones sostenidas por Lozovsky, las cuales conducían a la creación de una cuarta central obrera en Argentina.

Humbert-Droz lamentaba que el PCA no hubiera conformado una comisión de trabajo permanente que actuara conjuntamente con Penelón para preparar los diversos proyectos sobre las cuestiones municipales. Esto hubiera permitido, en su opinión, corregir a tiempo los errores cometidos por el líder del PCA. Se dejaba entrever así que en ningún caso se debía responsabilizar por las equivocaciones a la sola persona de Penelón. Otro aspecto en el cual Humbert-Droz se oponía a la crítica que la mayoría, encabezada en este punto por Romo, realizaba contra Penelón cuando se cuestionaba la acción de éste en los barrios pobres. Romo sostenía que si la clase obrera se encontraba en las fábricas y no en los barrios pobres, era entonces allí donde debía concentrarse el trabajo comunista. En cambio, Humbert-Droz argumentaba que la clase obrera habitaba tanto un lugar como en el otro. Por lo tanto, la orientación del trabajo que había estado realizando Penelón desde el Consejo Deliberante era acertada. Por el contrario, era un error del PCA la desvinculación que efectuaba entre reivindicaciones inmediatas en las fábricas y trabajo municipal en los barrios pobres. Pero Penelón incurría en el error

inverso, al concentrarse en el trabajo en los barrios pobres sin establecer lazos con el trabajo en las fábricas.

En definitiva, Humbert-Droz estimaba que la causa de la crisis interna del PCA residía en los métodos de trabajo empleados por su dirección. Según el diagnóstico del comunista helvético, existía en el PCA una mayoría, conducida por Ghioldi, y una minoría, encabezada por Penelón, pero no había realmente un Comité Central. El pedido de intervención de la IC para dirimir estos problemas internos del PCA no había sido elevado por Williams, sino que el telegrama enviado a Moscú en el que se solicitaba participación soviética llevaba la firma de Pedro Romo. El resto de la dirección no había estado al tanto de la comunicación entablada desde Buenos Aires. Esto llevaba a Humbert-Droz a concluir que, definitivamente, el PCA no contaba con un CC. Penelón, de hecho, tomó conocimiento pleno del telegrama cuando el mismo fue respondido por la IC. La contestación fue remitida al mismo Penelón por su calidad de representante del Secretariado Sudamericano, aunque Romo había pedido que la respuesta fuera dirigida a su domicilio personal.⁶³

Para la mala fortuna de Penelón, Humbert-Droz no tuvo la posibilidad de impulsar con fuerza sus críticas y recomendaciones. La caída en desgracia de Bukharin y sus allegados, entre los que se encontraba el propio Humbert-Droz, provocó el congelamiento transitorio de las actividades de la IC. A consecuencia de ello, y advirtiendo la oportunidad que así se abría para reclamar el derecho a actuar en nombre de la IC, Codovilla aprovechó la partida de Humbert-Droz de Buenos Aires para señalar los pasos a seguir ante la eventual revolución que estimaba el SSA tendría lugar dentro del territorio colombiano y que sería utilizada en su provecho por Estados Unidos.⁶⁴

La desorganización y fraccionalismo profundos eran señaladas como dos de las características más salientes del movimiento sindical argentino. A su vez, la minoría obrera que sí se encontraba organizada, lo estaba en una dispersión de núcleos sindicales que atentan considerablemente contra su poderío real:

La concepción de la unidad por la cual el problema sería el siguiente: ‘debemos resolverlo de acuerdo a las masas; si éstas están en la C.O.A., hay que ir a la C.O.A.’ (Rúgilo), es errónea. Identifica prácticamente el ingreso a la C.O.A. con la realización de la unidad. Es una desviación nociva que el P.C. no debe admitir, porque implica una noción derechista del problema de la unidad. También debe rechazarse la tendencia que, a la espera del ingreso a la C.O.A., no encara la lucha por la unidad ni vé su necesidad; es

⁶³ Idem, p. 12.

⁶⁴ Klaus Meschkat, “Helpful Intervention? The Impact of the Comintern on Early Colombian Communism”, in *Latin American Perspectives*, vol. 35, N° 2, March, 2008, p. 46.

en virtud de ella que ha habido oposición a la creación de organismos locales, regionales y nacional para la unidad, cosa que recién se admite llegada la última comunicación de la I.S.R.; de ahí la oposición a la consigna de un congreso de unidad y a la organización del trabajo unitario.

[...]

La cuestión de la adhesión a la C.O.A. no debe plantearse independientemente de la cuestión de la unidad, sino como una parte de nuestro trabajo en este sentido.⁶⁵

Penelón no tuvo reparos a la hora de evaluar negativamente las sugerencias en el terreno sindical formuladas por los representantes de la IC. Raymond y Anselmi habían propuesto, siguiendo indicaciones de la ISR, la creación de un Comité de Unidad Clasista que congregara a la mayor parte de las organizaciones sindicales. Pero, como demostraba Ruggiero Rúgilo, la FORA V no se encontraba en condiciones de afrontar una unificación, en tanto que la USA anarcosindicalista y la COA socialista y sindical reformista tenían intención de que dicho proceso fuera conducido por sus propias centrales.⁶⁶ Era a causa de esta apreciación que los penelonistas creían inconveniente proceder en el sentido indicado por los cominternianos, ya que de hacerlo se obtendrían con seguridad los efectos contrarios: una mayor división del movimiento obrero encarnado por la fundación de una cuarta central sindical.

3.3. ¿La Unión Soviética interviene en el PCA o el PCA solicita la intervención de la Unión Soviética en sus asuntos locales?

El grupo mayoritario de la dirección comunista continuó criticando hasta que se produjo la expulsión del grupo minoritario el trabajo municipal -y particularmente el trabajo en los barrios pobres- llevado adelante por Penelón. De igual modo, comunicó que la dirección del partido no existía más como tal, habiendo sido reemplazada por dos partidos dentro del PCA. En este esquema, Penelón era quien dilataba toda posibilidad de llegar a un acuerdo para poder ganar así algo de tiempo que le permitiera concentrar fuerzas. Esto motivó a la mayoría del CC a solicitar una intervención urgente por parte de la IC en la intención de evitar el estallido de una guerra facciosa. Era necesario, sostenía, que la IC diagramara una plataforma política adecuada para superar la crisis argentina.⁶⁷

El ruso Boris Vasiliev fue delegado por el PCUS en el VI Congreso de la IC y estuvo presente en las sucesivas sesiones que previamente mantuvo el Secretariado Latinoamericano. Vasiliev advertía dos problemas centrales en las presentaciones

⁶⁵ La lucha por la unidad, s/f, Archivo IC, BCNA, r. 4, s. 31.

⁶⁶ E. Corbière, *Orígenes del comunismo argentino*, op. cit., p. 78.

⁶⁷ Declaración de la mayoría del CC, Buenos Aires, 26/10/1927, Archivo IC, BCNA, r. 4, s. 31.

formuladas en el marco de la Comisión Argentina del Secretario de Países Latinos. Por un lado, reprobaba el hecho de que no se hubiera hecho presente en las reuniones ningún representante de la minoría. Sí se habían pronunciado a favor de los puntos de vista del grupo organizado en torno a la figura de Penelón ciertos delegados que, sin formar parte orgánica del mismo, se ocuparon de representarlo. Por otro lado, Vasiliev no entendía cómo podían haber quedado fuera de las exposiciones temas relativos a la vida interna del partido que eran de la máxima importancia. Ninguna referencia de peso se había provisto acerca de las organizaciones de base, las organizaciones en las empresas y las células.⁶⁸ Resultaba prematuro, en su opinión, determinar a partir de estas apreciaciones parciales la existencia de corrientes socialdemócratas en el PCA. Por el contrario, esta falta de definiciones a propósito de las cuestiones que mayor urgencia requerían en su tratamiento acorde a las condiciones de la lucha política en la Argentina, determinaba la carencia de una línea clara y justa, línea verdaderamente bolchevique, tanto por parte de la minoría como de la mayoría del CC del PCA. A Vasiliev le resultaba ilógico que el PCA no resolviera en el seno del mismo partido cuestiones como el de los grupos lingüísticos en lugar de trasladarlos a la IC.⁶⁹

A pesar de los señalamientos reiterados de Vasiliev para que el CC del PCA resolviera por su propia cuenta aquellos problemas internos que no hacían a las cuestiones centrales de la política comunista en la Argentina, Codovilla insistía de todas formas en la necesidad de recurrir a la mediación de la IC como única vía posible para la superación del conflicto. Toda escisión no haría más que perjudicar la influencia del partido en las masas. Por ello, entendía Codovilla, se debía lograr la reunificación de las fuerzas alineadas con la mayoría junto con aquellas otras encuadradas en la minoría del CC del PCA. En este proceso, esperaba, la IC estaba llamada a desempeñar un papel crucial, recayendo en ella la adopción de una resolución política acorde a las urgencias por las que atravesaba el PCA.⁷⁰

Vasiliev se mostraba sorprendido por cómo se había conducido el CC del PCA en su intento por dirimir los conflictos.⁷¹ Repentinamente la sección argentina había enviado un despacho a la IC solicitando el recibimiento de un delegado para tratar en Moscú este problema. A este primer contacto le había seguido inmediatamente una andanada de misivas procedentes de Buenos Aires. Ante esta situación nada habitual en el desarrollo

⁶⁸ Secretariado de Países Latinos, 8° sesión, 1/2/1928, p. 59, Archivo IC, BCNA, r. 2, s. 15.

⁶⁹ Idem, p. 67.

⁷⁰ Idem, p. 93.

⁷¹ Comisión Argentina, IV° sesión, 19/1/1928, Archivo IC, BCNA, r. 2, s. 15 [En francés].

de las actividades cotidianas de la IC, Vasiliev realizaba dos observaciones fundamentales: por un lado, decía no entender el motivo por el cual había surgido de manera tan repentina una oposición interna, y, por otro lado, se preguntaba cómo era posible que el CC del PCA no hubiera tomado ya una decisión para resolver sus propios problemas. En comparación con el presente complicado en extremo que atravesaba el Partido Comunista de México, la gravedad de las diatribas del PCA eran señaladas como un asunto menor. Era el PCA mismo quien debía y podía resolver sobre esta cuestión.

Rodolfo Ghioldi le respondió entonces a Vasiliev que, una vez que habían surgido las divergencias dentro del PCA, Penelón, contando con el apoyo de Codovilla,⁷² decidió negarlas y denunciar los envíos de telegramas a Moscú como si fuera el producto de invenciones desestabilizadoras. Era por esta razón, opinaba Ghioldi, que se había diseñado la estratagema consistente en adjudicar a Williams el papel de “intrigante” dentro del partido, autor responsable de aquellas “invenciones” esgrimidas en torno de supuestas actitudes oportunistas -algunas de las que se encontraban en los artículos firmados por el mismo Rodolfo Ghioldi- por parte de la mayoría del CC del PCA. La defensa de Penelón que tomaron ante la IC en sus manos Codovilla y Stirner, aparecía a los ojos de Ghioldi como una perturbación más dentro de la ya agitada vida interior del PCA, pero que no obstante traía impresa su fecha de caducidad. El comportamiento adoptado por Penelón en las últimas semanas le resultaba a Ghioldi oprobioso y definitivamente condenatorio.

Decía Ghioldi que Codovilla estaba de acuerdo en casi todo con Penelón, e incluso creía que le había escrito a este último carta aconsejándole que adoptara contra la oposición una respuesta muy enérgica. Se basa para esta observación en una mención que, en un proyecto de 13 puntos, realiza al pasar Penelón sobre una carta de Codovilla.⁷³ Por su parte, este último afirmaba que Ghioldi se hallaba políticamente

⁷² En su intención por “limpiar el nombre” de Cayetano Oriolo, acusado de traicionar la causa comunista, su hijo Jordán incurrió en el error ideológico de atribuir a Codovilla un lugar destacado en la compulsa que acabó con la expulsión del sector chispista, poniéndolo en un pie de igualdad con el papel desempeñado por Rodolfo Ghioldi. J. Oriolo, *Antesbozo de la historia del Partido Comunista*, vol. 2, op. cit., pp. 128-136. En realidad, cuando se produjo esta crisis que llevó a la escisión del partido en 1925, Codovilla se encontraba haciendo tareas en el extranjero. Este punto fue advertido por D. Campione, M. López Cantera y B. Maier, “La cuestión Penelón: división en el comunismo argentino a fines de la década del '20”, ponencia presentada en las XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia, Tucumán, 19 al 22 de Septiembre, 2007, p. 4.

⁷³ Secretariado de Países Latinos, Comisión Argentina, VIII sesión 1/2/1928, p. 14, Archivo IC, BCNA, r. 2, s. 15.

alineado en un trabajo fraccional con Williams.⁷⁴ Además de contraatacar, Codovilla se defendió de los ataques propinados por Ghioldi tomando distancia de Penelón, y posicionándose como un indiscutido defensor de la línea política de la IC adujo que él señalaría los errores cometidos por “ghioldistas” y “penelonistas” toda vez que fueran en contra de las resoluciones adoptadas en Moscú. Codovilla encontraba que el principal responsable de la crisis interna por la que atravesaba el PCA era el representante de la IC en la Argentina,⁷⁵ aunque Williams no se cansaba de repetir contra la minoría penelonista en la dirección del PCA la acusación de que sistemáticamente incurrieran en oportunistas desviaciones de derecha.⁷⁶

En su exposición del día 9 de enero, dentro del marco de la serie de sesiones que llevó a cabo el Secretariado Latinoamericano en 1928, Codovilla había dejado en claro que los conflictos por los que entonces atravesaba el PCA constituían la mayor crisis en su corta historia, y revelaba que la base del partido no se había pronunciado todavía ni a favor de la mayoría ni de la minoría. Esto no impidió a Stepanev más tarde preguntar si no se trataba en realidad de una crisis sin importancia exagerada por los representantes del CC del PCA. En opinión de Mallo López y Ghitor, la dirección del partido había cometido su gran error, no obstante, al acudir ante la IC para que le ayudara a resolver sus problemas internos, presentándolos, ahora sí y de manera irremediable, como la contraposición de dos formas de concepción político-organizativas encarnadas por dos facciones antagónicas: “La mayoría del C. Central se complica en trabajos fraccionistas, a nuestro entender por primera vez, al enviar telegramas a la I. Comunista, no importa si a nombre de Raym. [Raymond] (delegado del Komintern), planteando asuntos que únicamente hubieran debido hacerse por el C. Central.”⁷⁷

Los dirigentes cercanos a Penelón intentaron desde el comienzo del conflicto intrapartidario presentar la imagen de un partido unificado desde que tuvo lugar la última segregación a causa de la que había sido una verdadera disidencia ideológica: el chispismo. Plantear la homogeneidad del partido implicaba dejar sin efecto el recurso de depuración de facciones implementado por la IC en sus 21 condiciones. Asimismo, el sector vinculado a Penelón dentro del CC argumentó que si en algún momento se había producido algún tipo de enemistades internas ello no se debió a la formación de una

⁷⁴ “Es claro y cierto que se debe proceder a una determinada división del trabajo y Secretariado de Países Latinos, Comisión Argentina, VIII sesión 1/2/1928, p. 18, Archivo IC, BCNA, r. 2, s. 15.

⁷⁵ Secretariado de Países Latinos, Comisión Argentina, VIII sesión 1/2/1928, p. 36, Archivo IC, BCNA, r. 2, s. 15.

⁷⁶ Idem, p. 74.

⁷⁷ Informe de los miembros del CC del PCA Ismael Mallo López y Edmundo Ghitor, 4/11/1927, p. 3, Archivo IC, r. 4, s. 32.

verdadera disidencia política o ideológica sino a las prácticas intriguistas emprendidas por Rodolfo Ghioldi. Plasmando esta perspectiva, un folleto firmado por una centena de afiliados de la Capital y por la FJC planteaba el interrogante acerca de la posibilidad de la presencia de corrientes antagónicas y otorgaba una respuesta: “¿Hay una disidencia política en el Partido? Evidentemente, no. Hasta el domingo 30 de Octubre en que nos informamos muchos de nosotros de la partida a Moscú de Rodolfo Ghioldi, resuelta a espaldas del Comité Central, que sepamos no existía ninguna disidencia en el Partido que diera lugar al envío de una delegación ante la I.C.”⁷⁸. El manifiesto hacía hincapié en la conducta inmoral que encerraba la unilateralidad con que Ghioldi se había conducido. Para la minoría del CC, era la mayoría la que había tenido un comportamiento favorable a las intrigas, asumiendo una conducta “inmoral” al haber enviado a Rodolfo Ghioldi como delegado a Moscú, al enviar telegramas a la IC y haber realizado reuniones privadas, sin haber buscado para todo ello el consenso de la minoría a través de la participación abierta. Dando lugar al reconocimiento de facciones enfrentadas, Codovilla promovió el envío de dos delegados a Moscú, uno por la mayoría y otro por la minoría. No obstante, Penelón se opuso, negándose a concurrir él mismo o cualquier otro miembro del grupo minoritario.⁷⁹

Ghioldi denunció el inicio en 1927 de un proceso de homogeneización ideológica del CC del PCA conducida por Penelón. Este tema fue largamente discutido hasta que se adoptó la decisión de enviar una doble delegación a Moscú. No obstante esta necesidad planteada por el PCA con carácter de urgencia, la IC había denegado la autorización para el arribo de los delegados. Los conflictos al interior del partido argentino continuaron acrecentándose hasta dejar en octubre el camino libre a Penelón para realizar un golpe de estado en el CC y poder excluir a su facción mayoritaria. Ghioldi había protestado y Codovilla y Stirner le habían propuesto trasladar la cuestión a las bases. Pero la masa, seguía Ghioldi, se había dejado engañar por los falsos argumentos de Penelón. Ghioldi intuía que no se le permitiría decir su discurso a los afiliados. Todo esto lo hacía concluir que el escenario no estaba planteado para tener un debate abierto y democrático con las bases. Así encontraba respuesta la pregunta de Vasiliev en el convencimiento de Ghioldi de que sin la mediación de la IC no habría discusión posible para el CC del PCA.⁸⁰

⁷⁸ Folleto “Manifiesto a todas las Agrupaciones y afiliados del Partido Comunista”, Buenos Aires, s/f (1927), p. 1.

⁷⁹ Actas de las sesiones del CE ampliado del PCA, Cuarta sesión, 25/12/1927, p. 1, Archivo IC, BCNA, r. 4, s. 30.

⁸⁰ Comisión Argentina, IV° sesión, 19/1/1928, Archivo IC, BCNA, r. 2, s. 15 [En francés].

La mayoría de la dirección del PCA continuó impulsando el envío de una doble delegación. Ghioldi insistía a este respecto que “la intervención enérgica de la Internacional Comunista es la que puede resolver solamente estos asuntos”⁸¹. Por el contrario, Penelón era partidario de no enviar ninguna delegación a Moscú y de promover que el conflicto se resolviera internamente sin su injerencia. En opinión de Penelón, obrar en la manera en que propalaba Ghioldi hubiera significado, muy probablemente, el surgimiento de una crisis intrapartidaria. Pero la crisis ya existía y afloraban constantemente nuevos pretextos que contribuían a acrecentar el conflicto general. Así, el diputado comunista cordobés Miguel Burgas traía a colación el tema de que Penelón no comprendía “la disciplina leninista, pues ha llevado a la base los asuntos en discusión.” En esta línea, Ghioldi sostiene que “Llevar el asunto a la base del Partido, sería iniciar una lucha terrible. No puede por otra parte llevarse el asunto a la masa del Partido, sin llevarla previamente ante la I. Comunista”⁸². En su comprensión de lo que debía ser un verdadero partido marxista-leninista, confluía la facción liderada por Ghioldi en la consideración respecto de que el diálogo de la dirección del PCA debía ser con el CE del PCUS antes que con los propios afiliados cuyos intereses decía representar. Desde el trabajo en el Concejo Deliberante, atendiendo exclusivamente a las necesidades inmediatas de la clase obrera, Penelón privilegiaba una forma de hacer política distinta de la mayoría del CC, aunque más tarde terminó concediendo importancia a la participación soviética y diseñó una estrategia que conformara a todos: “Podemos liquidar el asunto no enviado los delegados y haciendo los informes correspondientes, para que nos tracen la línea política necesaria”⁸³.

La propuesta final de Penelón para resolver el conflicto no alcanzó para evitar su distanciamiento definitivo del partido. El CE Ampliado del PCA informó por medio de una circular a sus afiliados los motivos de la separación del grupo minoritario encabezado por Penelón, acusándolo de faccionista y alborotador.⁸⁴ La estrategia asumida por la mayoría de la dirección del PCA para descalificar a Penelón consistía en afirmar que sus prácticas no tenían lugar en el *logos* compartido por la Comintern; antes bien, se trataba de expresiones propias de la Segunda Internacional.⁸⁵ Era por ello que todo influjo que pudiera ejercer la minoría conducida por Penelón debía ser barrido de cuajo:

⁸¹ Actas de la reunión del CC del PCA, 5/10/1927, p. 1, Archivo IC, BCNA, r. 4, s. 31.

⁸² Idem, p. 4.

⁸³ Idem, p. 5, Archivo IC, BCNA, r. 4, s. 31.

⁸⁴ Circular del CE Ampliado del PCA, 26/12/1927, p. 1, Archivo IC, BCNA, r. 4, s. 31.

⁸⁵ Idem, p. 3.

El C.E.A., exhorta, finalmente, a todos los afiliados que hasta hoy han seguido a la minoría y que sinceramente son soldados de la I.C., a pensar serenamente sobre esta hora que vive nuestro partido y les incita a abandonar a aquellos que se quieren ir de la Internacional de Lenin y a volver a ocupar disciplinaria, consiente y resueltamente su puesto de trabajo en el Partido, única forma de probar su verdadera condición de militantes del comunismo. Es necesario que esos afiliados recuerden que todos los que comenzaron por perder la fe en la I.C. y por separarse de ella, terminaron por ponerse contra ella y por caer en las filas de la contrarrevolución. Todavía es hora de reaccionar y el C.E.A., espera que así lo harán todos los que equivocadamente han seguido hasta hoy a esa minoría que hoy borra con el codo lo que ayer escribió con la pluma sobre la disciplina y sobre la grandeza inatacable de la Internacional Comunista.⁸⁶

La conclusión era aleccionadora, no se debía apartar los destinos de la militancia política local de aquellos que unían a la agrupación partidaria con el poderoso entramado relacional internacionalista, pues operar fuera de éste era servir a los intereses de la reacción. Los votos en torno de las distintas cuestiones que se plantean en esta serie de reuniones da cuenta de dos facciones definidas: por un lado se posicionan Ghioldi, Romo, Riccardi, Burgas, Punyet Alberti, Kazandieff; por la otra parte se agrupan Penelón, Ravagni, Moretti, Mallo López (quien acabará mutando de grupo), Semisa.⁸⁷

Particularmente interesante a este respecto fue la argumentación implementada por Codovilla para apoyar la necesidad del concurso de Moscú en los asuntos de la dirección del PCA. El entendía que el partido argentino tenía la necesidad de plantear su problema a la IC, ya que había sido por su intermedio que todas las crisis intrapartidarias anteriores habían arribado a resoluciones pacificadoras, producto de la diagramación de “líneas políticas correctas”, y era entonces cuando la unidad del partido había sido apropiadamente reconstituida.⁸⁸ Es decir, el propio Codovilla reconocía que se había generado una dependencia del PCA respecto de la IC para la adopción de medidas que le ayudaran a llevar a cabo su desarrollo en las formas más convenientes. Lo que quedaba en evidencia mediante este reconocimiento era que esta relación de sujeción del partido argentino había sido construida por su propio CC.

Finalmente Ghioldi fue el elegido para presentarse ante la IC como delegado del PCA. Su ausencia fue aprovechada por la minoría de la dirección, con Penelón y Florindo Moretti a la cabeza, que condujo el proceso que sus detractores denominaron “golpe de estado”, consistente en la suspensión de la mayoría en el CC, la suspensión de

⁸⁶ Idem, p. 4.

⁸⁷ Reunión del CC del PCA (secretario de actas: Semisa), 5/9/1927, p. 4, Archivo IC, BCNA r. 4, s. 31.

⁸⁸ Secretariado de Países Latinos, Comisión Argentina, sesión del 9/1/1928, p. 91, Archivo IC, BCNA, r. 2. s. 15.

las células de la capital y pone a consideración de todos los afiliados la expulsión del partido de varios miembros de la mayoría de la dirección, entre ellos Rodolfo Ghioldi, Pedro Romo y Miguel Burgas. Esta conducta implicaba la violación de los estatutos de la IC, que establecían la imposibilidad de renunciar, suspender o expulsar a ningún miembro de los Comités Centrales de las secciones nacionales. Paulino González Alberdi criticaba la forma en que la minoría del CC y el Comité Regional de la Capital habían presionado a la base del partido para que fueran los responsables de la resolución del conflicto, planteada de manera acelerada y en términos contrarios a los estatutos del PCA y la IC. Ghitor reconocía la gravedad de los telegramas, pero matizaba su importancia real y se oponía a las sanciones extremas que pretendía aplicar la minoría del CC. Paulino González Alberdi y Acenor Dolfi, ambos miembros CR de la Capital que apoyaban a la mayoría en el CC, destacaban que no se incurría en acto de faccionalismo cuando se pedía en Moscú la recepción de los delegados de ambas partes (Ghioldi y Penelón) para plantear los motivos políticos de divergencia y emprender una vía hacia la discusión por parte de la base del PCA. Distinto hubiera sido, aclaraban, si la mayoría del CC hubiese realizado trabajos “al margen del Partido, a favor de determinada orientación, en uno o varios asuntos políticos dados”⁸⁹. Para los representantes de la IC en Buenos Aires el desviacionismo oportunista de Penelón se hallaba demostrado mediante el desempeño de su actividad municipal. El de Penelón era un “oportunismo posibilista”, devenido cultor del personalismo parlamentarista. La IC reconocía a la mayoría del CC como la única sección argentina de la IC, al tiempo que llamaba a la disolución de la facción penelonista y reclamaba su reincorporación en el PCA.⁹⁰

Preocupado como estaba por crear las condiciones para el desarrollo práctico de un marxismo con raigambre nacional, Penelón advirtió la imposibilidad de plantear una revolución argentina en el corto plazo. Fue por ello, según observaba Puiggrós, que el miembro fundador del PSI había decidido dar preeminencia al trabajo comunista por las reivindicaciones inmediatas de los asalariados en el espacio conseguido dentro del Concejo Deliberante. De allí que en dos años de gestión febril hubiera presentado alrededor de 400 proyectos destinados a mejorar la vida quienes habitaban en los barrios pobres de la Capital. Puiggrós interpretaba que la crisis de finales de 1927 revela el interés que las facciones mayoritaria y minoritaria del CE tenían por lograr para sí mismos el reconocimiento moscovita del rol de genuinos conductores del PCA. No

⁸⁹ Comité Regional de la Capital, Acta N° 34, 22/11/1927, p. 2, Archivo IC, BCNA, r. 4, s. 34.

⁹⁰ Carta del CE de la IC sobre resolución argentina, 9/3/1928, p. 10, Archivo IC, r. 1, s. 9.

obstante, a partir del análisis de los documentos cursados entre la IC y su sección argentina se revela una situación diferente, en donde queda al descubierto la búsqueda de legitimación de la mayoría pero también el desinterés del penelonismo en ese sentido. Si los chispistas habían enviado su delegación a Moscú para contraponer su visión de los hechos conflictivos a la versión brindada por la delegación oficial, Penelón en cambio se opuso sin miramientos al reclamo efectuado por el CE de la IC para que asistiera con carácter de inmediatez a la sede oficial en Rusia.

3.4. El “éxito” inmediato en la era del post-penelonismo

El secretario general del PCA, Pedro Romo, advertía que el alejamiento del grupo penelonista, si bien no había tenido ninguna incidencia en el interior del país, representaba en cambio una sangría importante en algunos barrios de la Capital, en donde ellos eran la mayoría.⁹¹ Al mismo tiempo, estacaba el secretario general la mínima organización que el PCA mantenía en el interior del país. Las intrigas, por su parte, no desaparecieron de un día para el otro. Así, Próspero Malvestiti fue presentado por Orestes Ghioldi como un saboteador que operaba dentro del PCA mientras negociaba por detrás con Penelón.⁹² Mientras tanto otros dirigentes intentaban aprovechar la situación para diseñar nuevas estrategias para la consolidación y el crecimiento del partido. Codovilla propuso entonces la infiltración de algunos militantes comunistas dentro del PSA, basándose en una información que había recibido acerca de un supuesto intento de Penelón para establecer contactos con la izquierda del PSA. Pero en el convencimiento de que esta corriente socialista aseguraba mayor interés por negociar algún acercamiento con el PCA, de espíritu revolucionario y no reformista como lo era el grupo de Penelón, Codovilla entendía que la posibilidad que se abría tenía que ser estudiada de cerca, por ello era que recomendaba la penetración incógnita en el PSA.⁹³ Su recomendación caería en saco rato, y ni él mismo seguiría siendo partidario de defenderla, pocos más tarde cuando la IC hizo conocer las resoluciones de su VI Congreso y el socialismo pasó a convertirse en el principal enemigo a combatir.

El PCA presentó como positivo el saldo por la crisis intrapartidaria solventada mediante el distanciamiento de Penelón y los 300 miembros del partido que habían decidido acompañarlo. El comunista italiano afiliado al PCA en 1924, Carlos Ravetto,

⁹¹ CC del PCA, Acta N° 7°, 2/6/1928, p. 1, Archivo IC, r. 5, s. 38.

⁹² CC del PCA, Acta N° 15, 16/7/1928, p. 2, Archivo IC, BCNA, r. 5, s. 38. Con anterioridad Malvestiti había sido descrito por Rodolfo Ghioldi como un “penelonista típico”. Comisión Argentina, IV° sesión, 19/1/1928, Archivo IC, r. 5, s. 38, p. 38 [En francés].

⁹³ CC del PCA, Acta N° 16, 18/7/1928, p. 3, Archivo IC, BCNA, r. 5, s. 38.

presentó en Moscú durante el VI Congreso de la IC un panorama de consolidación de la sección argentina en su camino a la conversión en una agrupación de masas. El fortalecimiento del partido en Santa Fe y Córdoba eran síntomas de la estabilización lograda con la superación de la crisis interna que llevó al distanciamiento de Penelón.⁹⁴ Muy pronto el PCA pudo recuperarse bastante bien de esta sangría al producirse el retorno a sus filas de alrededor de cuarenta militantes que acompañaron importantes cuadros de la talla de Florindo Moretti, Luis Sommi, Pedro y Enrique Chiarante, Germán Müller, Armando y Ricardo Cantoni.⁹⁵

Por medio de la concreción del VIII Congreso Ordinario en noviembre de 1928, en donde se aceptaron las tesis redactadas principalmente por Codovilla y Ghioldi,⁹⁶ la facción dominante en la dirección del PCA determinó que los penelonistas habían idealizado el régimen democrático desarrollado bajo el gobierno radical, habían malinterpretado la táctica de “frente único” al proponer un bloque táctico con los líderes socialistas, habían saboteado la lucha revolucionaria contra el peligro de la guerra.⁹⁷ En síntesis, Penelón y su círculo habían caído en una posición parlamentarista de la que ya no podrían retornar.

Una vez producida su reorganización, el SSA tiene su sesión de apertura de esta segunda etapa en Buenos Aires desde el 29 de junio hasta el 2 de julio. Se decidió allí que el SSA quedara integrado por dos representantes del PCA, uno por Brasil, Chile y Uruguay. El predominio del partido argentino en la región había logrado salir indemne de la crisis que acababa de llegar a su término. La publicación de *La Correspondencia Sudamericana*, el periódico del Secretariado Sudamericano, había quedado suspendida a partir de la crisis que experimentó el PCA en su dirección y que provocó el distanciamiento de José Penelón también del cargo ejecutivo que detentaba dentro del organismo de la IC. Presa del oportunismo electoralista desde su rol como concejal, Penelón no se había atenido a ninguna de las normas de trabajo planteadas por la IC.⁹⁸ Bajo su dirección, en Buenos Aires habían protestado por los envíos espaciados de

⁹⁴ Informe del delegado Ravetto al VI Congreso de la IC, p. 2, Archivo IC, BCNA, r. 1, s. 3.

⁹⁵ H. Camarero, “La estrategia de *clase contra clase*”, op. cit., s/p [Tomado de: <http://www.pacarinadelsur.com/home/oleajes/295-la-estrategia-de-clase-contra-clase-y-sus-efectos-en-la-proletarizacion-del-partido-comunista-argentino-1928-1935>. Último acceso: 28/8/2013].

⁹⁶ Así lo reconocía Alberto Kohen en “Lenin y la cuestión agraria”, en AAVV: *Vigencia del leninismo hoy y en la Argentina*, Buenos Aires, Anteo, 1970, p. 143.

⁹⁷ Byuro Sekretariata Ispolkoma Komintern, *Kommunisticheskii Internatsional pered VII Vsemirnym Kongressom (Materiali)*, Partizdat TsK VKP (b), Moskva, Iyul' 1935, p. 402.

⁹⁸ “Argentina. La crisis interna del P. Comunista”, *LCS*, 2da. época, N° 2, 15/8/1928, p. 13.

informaciones que recibían de parte de las secciones con las que debía trabajar el SSA.⁹⁹ No obstante, cuando recuperó su órgano, el organismo sudamericano pasó a responsabilizar a Penelón por la falta de trabajo orgánico entre los PPCC de la región:

Precedentemente, el S.S. era un organismo unipersonal que contenía las deficiencias de una semejante forma de organización, y la más importante de ellas consistía, sin duda, en el hecho de hacerse punto menos que imposible la discusión de los diversos problemas que preocupan a los partidos sudamericanos, siendo por lo mismo casi nulo el intercambio de experiencias, tan indispensable para el desarrollo de nuestro movimiento.¹⁰⁰

El CC de la IC había decidido la creación de un SSA poco tiempo más tarde de que tuviera lugar la celebración de su V Congreso de 1924. El SSA se gestó en Buenos Aires, bajo la premisa de que operara como lazo entre la IC y los PPCC de América del Sur, y también para coordinar acciones entre los estos últimos. Los primeros problemas organizativos no habían tardado en aparecer: el personalismo era la norma en la dirección y la burocracia y el mecanicismo se imponían como modalidades de gestión.¹⁰¹ La revista que editaba en lengua castellana entre todos los partidos miembros debió dejar de ser publicada durante un año por falta de recursos.

Una vez reanudado el trabajo tras la reorganización del SSA la situación, según el propio organismo, empieza a mejorar. Reaparece el periódico del organismo sudamericano, y lo hace en momentos que se considera que la penetración del imperialismo ha alcanzado en Latinoamérica un nivel sin precedentes. La ocupación de Nicaragua por el imperialismo norteamericano y el recrudecimiento en la represión contra la resistencia sandinista eran las expresiones más claras de este proceso. La VI Conferencia Panamericana no tenía otro propósito que el de constituirse en órgano al servicio del imperialismo norteamericano, ya que buscaba por su intermedio garantizarse el predominio de sus intereses en todo el subcontinente latinoamericano.¹⁰² La eficacia de la Conferencia Panamericana se había revelado en la pasividad con que los gobernantes reunidos de los distintos gobiernos latinoamericanos habían tomado las noticias más importantes del momento: ninguno de ellos había manifestado ningún tipo de solidaridad con el pueblo de Nicaragua ni había exigido que se respetara su

⁹⁹ Tal era, según la apreciación de Codovilla, el caso del PC de Colombia. Véase Lazar Jéfets y Víctor Jéfets, “El Partido Comunista Colombiano, desde su fundación y orientación hacia la «transformación bolchevique». Varios episodios de la historia de relaciones entre Moscú y el comunismo colombiano”, en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, N° 28, 2001, p. 29.

¹⁰⁰ “Dos palabras”, *LCS*, 2da. época, N° 1, agosto de 1928, p. 1.

¹⁰¹ “La I Sesión del Secretariado Sudamericano de la Internacional Comunista”, *LCS*, 2da. época, N° 1, agosto de 1928, pp. 4-5.

¹⁰² “Dos palabras”, *LCS*, 2da. época, N° 1, agosto de 1928, p. 1.

soberanía. Las decisiones tomadas en la Conferencia Panamericana y las acciones emprendidas a partir de ella, debían proporcionarle al imperialismo norteamericano una ventaja superlativa en el campo político en su competencia con el imperialismo inglés. La misma situación se planteaba para el terreno sindical a partir de la actuación de la COPA. El sindicalismo reformista reforzaba sus intentos para anular la lucha de clases mediante un proceso de domesticación de del proletariado latinoamericano.¹⁰³ De esta manera, también en el plano internacional comenzaba a dar sus frutos la reorganización post-penelonista.

También desde las páginas de *La Correspondencia Sudamericana* se censuró en duros términos a Penelón por no haber correspondido al llamado de la IC para que asistiera a Moscú a los fines de resolver con los demás representantes la cuestión de la dirección por la que estaba atravesando el PCA:

El no quiere ir a la sede de la I. C. a discutir la crisis, porque, como él mismo lo dice con inexplicable jactancia, ingenua en sí misma pero absurda y ridícula, no necesita ir a Moscú a buscar cabeza. Pertenece a la categoría de los seres selectos, tocados por la mano de Dios, que pueden prescindir de la I. C., que en nada puede aleccionarlos ni asesorarlos, cuyas cabezas –“las 15 ilustres cabezas de Morón”, según sus propios términos-, merecen la consideración despectiva de estos alquimistas de la cuestión social, que comienzan buscando teorías para terminar plegándose a las más viejas concepciones socialdemócratas.¹⁰⁴

Al reafirmar sus acusaciones de incurrir en prácticas socialdemócratas en momentos en que se incrementaban como nunca antes los ataques contra aquellos grupos que las llevaban a cabo, el PCA clausuraba cualquier posibilidad de reincorporación de Penelón, o al menos la ponía en un lugar en extremo dificultoso para su concreción.

La onda expansiva por la escisión tuvo implicaciones sobre la elección premeditada de los representantes argentinos que debían asistir al próximo congreso de la IC. Los intercambios sobre esta cuestión quedaban ya reducidos a la contraposición de opiniones entre los dos nuevos líderes indiscutidos del partido. Codovilla había propuesto a Antonio Cantor para que asistiera como delegado del PCA al VI Congreso de la IC, aprovechando que se encontraba de viaje en Rusia. Ghioldi discrepaba, sugiriendo que Cantor bien podría representar a la FJC ante la IJC y proponía en su lugar a Pedro Romo como delegado del partido. Pero Codovilla insistía en que era “impolítico” que asistiera al congreso de la IC uno de los dirigentes que había tomado parte en la crisis interna (y que había además encabezado además en ella la posición de

¹⁰³ Idem, p. 2.

¹⁰⁴ “Argentina. La crisis interna del P. Comunista”, *LCS*, 2da. época, N° 2, 15/8/1928, p. 14.

la mayoría), el cual, por el contrario, debería permanecer en el país para tomar parte en el próximo congreso del PCA.¹⁰⁵ El 13 de junio el PCA informó que daría respuesta prontamente al telegrama de Humbert-Droz sobre el envío de delegados argentinos para participar en el VI Congreso de la IC¹⁰⁶, y finalmente el 16 se anuncia que la decisión acerca de la delegación argentina está tomada¹⁰⁷. Viajarían Leonardo A. Pelufo y Carlos Ravetto en representación del partido, en tanto que Alejandro Onofrio y Luis Riccardi lo harán por la Juventud. Aunque una parte muy importante de los cuadros de la juventud y el sindicalismo se habían ido con Penelón para fundar el Partido Comunista de la Región Argentina,¹⁰⁸ la dirección ahora comandada por Rodolfo Ghioldi y Victorio Codovilla intentaba devolver la normalidad al PCA.

En las tesis del VIII Congreso realizado en diciembre de 1928, el PCA había establecido que el debilitamiento del socialismo se debía primeramente “al descontento de las masas obreras frente a la política socialista y, por otra parte, a la competencia irigoyenista, que ha alcanzado a las grandes masas pequeño-burguesas”¹⁰⁹. Pero el movimiento podía darse también dirección contraria, pasando ahora hacia el socialismo a causa de las desilusiones generadas por el yrigoyenismo. Se debían neutralizar aquellas causas que habían posibilitado el surgimiento del penelonismo. Esto se lograría mediante una “completa fusión ideológica” con los afiliados que habían acompañado a Penelón y se habían arrepentido luego. En definitiva, se trataba de alcanzar una perfecta homogeneización política dentro del partido. Una vez alcanzado este objetivo, las tareas relativas a la captación de las masas obreras se verían facilitadas. El PCA decidió incrementar sus vinculaciones con la IC, de quien consideraba recibir una ayuda fundamental para su correcto funcionamiento y la superación de coyunturas críticas.

Una vez producida la ruptura con el sector que, encolumnado en el trabajo realizado a nivel local por Penelón, reclamaba por la construcción de un comunismo de raíz

¹⁰⁵ PCA, Acta N° 7°, 2/6/1928, pp. 3-4, Archivo IC, BCNA, r. 5, s. 38.

¹⁰⁶ PCA, Acta N° 9, 13/6/1928, p. 3, Archivo IC, BCNA, r. 5, s. 38.

¹⁰⁷ PCA, Acta N° 10, 16/6/1928, p. 1, Archivo IC, BCNA, r. 5, s. 38.

¹⁰⁸ Haciendo gala del eminente componente obrero del nuevo partido, el periódico *Adelante* presentó en su número inicial a los siguientes activistas que pasaron a integrarlo: Florindo A. Moretti (ferroviario), José Ravagni (obrero metalúrgico naval), Benjamín Semisa (obrero municipal), Luis Sous (obrero gráfico), Ruggiero Rúgilo (obrero gráfico), Benigno Argüelles (obrero metalúrgico), Gotoldo Hummel (obrero encuadernador), Guillermo Schulze (ebanista), Penelón (obrero gráfico), Germán Müller (carpintero), Juan Toraño (obrero fundidor), Carlos Bianchi (sastre), Anibal Alberini (herrero), Pedro de Palma (obrero maderero), Amadeo Zeme (obrero del calzado), Juan Clerc (electricista), Salomón Jasselman (empelado), Orestes Preto (obrero metalúrgico), Carlos Fasani (obrero industrial), Domingo Torres (obrero gráfico), José N. Caggiano (obrero gráfico), Bernardo Moreno (obrero metalúrgico), Luis V. Sommi (obrero del mueble). “Quiénes son los organizadores del Partido Comunista de la Región Argentina”, *Adelante*, nro. 1, año I, 4/2/1928, p. 4.

¹⁰⁹ “Del VIII Congreso del P.C.A. Tesis sobre la situación económica”, *LCS*, 2da. época, N° 6, 18/12/1928, p. 10.

nacional, la corriente más soviética encontró el camino despejado para ahondar los vínculos del PCA con la IC y el PCUS. Esta modificación sustancial en la postura equilibrada hasta entonces mantenida en el seno de la dirección del partido argentino hubo de coincidir con la mayor disposición de la IC a reconocer en su VI Congreso algún lugar de importancia relativa en el conjunto de partidos directamente implicados en la lucha contra el imperialismo norteamericano -si bien Argentina, así como Latinoamérica toda, nunca salió de un rol subsidiario dentro del entramado de relaciones inter-seccionales- En adelante, y esto se verá con suma claridad cuando analicemos el rol de los líderes del partido argentino en la Guerra Civil española, la dirección del PCA invirtió los términos de la ecuación y puso su trabajo internacional por encima de toda acción que pudiera ser efectuada fronteras adentro.

Por todo lo expuesto, coincidimos con los investigadores rusos Víctor JEIFETS y LAZAR JEIFETS cuando advierten -sin abocarse a desarrollarlo- que las invenciones en torno de las crisis internas vividas por el PCA en los años veinte, largamente reproducidas por las sucesivas historias oficiales del partido, quedan en evidencia cuando se las contrasta con el análisis de la documentación que integra el material heurístico que aquí estamos analizando profusamente. En efecto, esto se hace patente en el caso del rol que jugó Codovilla en plena disputa entre la dirección mayoritaria y la minoría penelonista, “el cual en un principio apoyó los planteamientos de Penelón y sólo en el último momento cambió de criterio, pasando a ser en la historia de este partido [el PCA] el hombre «que desenmascaró desde posiciones marxistas-leninistas el penelonismo»”¹¹⁰. En este sentido, y a pesar del hermetismo con que el PCA había tratado la situación, los chispistas no se privaban de asegurar que la nueva crisis del PCA era producto de nuevas gestiones de Codovilla, según sus miembros un aliado de Penelón, dirigidas a ganar más posiciones dentro de la línea de mando.¹¹¹ Una vez producida la gran escisión de 1927-28, Codovilla dio un vuelco con sus apreciaciones previas comprensivas con el grupo minoritario de la dirección y pasó a considerar que era inaceptable la propuesta de Malvestiti de hacer un congreso de unidad que englobara a chispistas, penelonistas y

¹¹⁰ Víctor JEIFETS y LAZAR JEIFETS, “Los archivos rusos revelan secretos: El movimiento de la izquierda latinoamericana a la luz de los documentos de la Internacional Comunista”, en *Anuario Americanista Europeo*, N° 8, 2010, p. 55. Importa dejar en claro aquí que no es Codovilla quien propulsa la partida de los penelonistas, sino que una vez derrotados estos se suma al coro de voces que componen la mayoría del CC para ya no volver a cuestionar su postura. Es decir que no puede sostenerse a raíz del análisis de la documentación procedente de Moscú, tal como lo hace el historiador Jaime Massardo, que “La salida de Penelón puede verse también como resultado de las maniobras de Codovilla”. J. Massardo, *La formación del imaginario político de Luis Emilio Recabarren*, Santiago, LOM, 2008, p. 50.

¹¹¹ “El Partido Comunista reconocido por la Tercera Internacional, se divide nuevamente”, *La Chispa*, año II, N° 49, 31/12/1927, p. 1.

el partido. Había diferencias de “moralidad proletaria” que hacían irreconciliable cualquier proposición de acercamiento con el chispismo,¹¹² pero parecía que con el penelonismo no estaba todo perdido. Codovilla señalaba una doble vía de trabajo que el PCA debía emprender con la facción de Penelón. Por un lado, sugería no “abrir el fuego” todavía en las páginas de *La Internacional*, dado que reinaba la confusión y el temor en muchos de los que habían acompañado al ex dirigente del PCA. Era aconsejable, por tanto, que la prensa comunista se limitara a brindar información sobre las resoluciones adoptadas sin buscar la confrontación directa. Por otro lado, Codovilla recomendaba tener preparados los mecanismos para “crear un grupo organizado dentro del de Penelón”¹¹³. Además, señalaba, los hechos de 1927 habían dejado al descubierto el bajo nivel de preparación política que primaba dentro del partido. Esta dificultad debía ser superada por medio de la implementación de cursos de capacitación entre todos los afiliados.¹¹⁴ El problema de la instrucción política en los afiliados comunistas empezó a ser despertar cierto interés. Ante los problemas generados en torno del recurrente surgimiento de facciones, también González Alberdi notaba a mediados de 1928 las consecuencias negativas que “el desprecio por el estudio de las cuestiones teóricas”¹¹⁵ había desencadenado dentro del PCA. Para revertir esta situación, continuaba González Alberdi, era imperioso combatir previamente algunos prejuicios entre las bases que consideraban el estudio una “pérdida de tiempo” cuando de lo que en realidad se trataba era de reforzar el trabajo práctico.

Codovilla, que durante su permanencia en Moscú había sido designado a fines de 1926 para representar a Sudamérica en el Presidium del CE de la IC, regresó a Buenos Aires en 1928 y se ocupó de reemplazar a Penelón al frente del SSA¹¹⁶, puesto en el que se mantuvo hasta 1930. A partir de entonces, la composición nacional del SSA se modifica, admitiendo en puestos centrales de su dirección la presencia de funcionarios de la IC, siendo los primeros el italiano Edigio Gennari y el soviético Zinovi Rabinoch.¹¹⁷ La europeización creciente del SSA dio lugar a la pérdida de la autonomía que había disfrutado el organismo durante la gestión de Penelón. Este cambio de situación se hizo patente en la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana de

¹¹² Secretariado de Países Latinos, Comisión Argentina, VIII Sesión 1/2/1928, p. 90, Archivo IC, BCNA, r. 2, s. 15.

¹¹³ PCA, Acta N° 2, 21/5/1928, p. 1, Archivo IC, BCNA, r. 5, s. 38.

¹¹⁴ *Idem*, p. 2.

¹¹⁵ Actas del Comité Central del PCA, Informe del Bureau Político, 4/7/1928, Archivo IC, BCNA, r. 5, s. 38, p. 3.

¹¹⁶ “Penelón ha sido destituido por la IC del cargo de secretario sudamericano”, *LI*, año XI, N° 3231, 24/3/1928, p. 1.

¹¹⁷ O. Ulianova, “Develando un mito”, *op. cit.*, p. 115.

Buenos Aires, celebrada en junio de 1929. Presidida por Codovilla, la Conferencia tuvo por objetivo lograr una mayor sujeción de las secciones sudamericanas a la IC. Concentradas en las urgencias trazadas por la IC en su VII Congreso, las tareas de las secciones de la región pasaban por mejorar la organización interna de los partidos, fortalecer la presencia comunista en el movimiento obrero y emprender una férrea lucha contra el imperialismo.¹¹⁸ Esta realidad consolidó la tendencia a la esterilización de los debates teóricos que se convirtió en moneda corriente con el avance de la stalinización de los partidos comunistas. Representativo de ello fueron los niveles de censura e impugnación que las altas autoridades del movimiento comunista sudamericano dirigieron bajo la atenta mirada de Codovilla a las tesis histórico-socioeconómicas elaboradas por José Carlos Mariátegui en torno de la cuestión indígena en América Latina. El comunista peruano rechazó por “estériles ejercicios teóricos –y a veces solo verbales- condenados a un absoluto descrédito”¹¹⁹ todas aquellas interpretaciones que hasta entonces habían eludido las causas socioeconómicas de la cuestión indígena, ancladas en el problema de la propiedad de la tierra.¹²⁰ Mariátegui y su colaborador y amigo Hugo Pesce se habían alejado de la línea leninista al tomar la cuestión indígena como un problema en sí mismo y no como una subtrama que debía ser analizada y atacada dentro de la más abarcativa problemática de la “cuestión nacional”, solucionable por la célebre vía leninista de la autodeterminación de los pueblos.¹²¹ En la

¹¹⁸ Secretariado Sudamericano de la IC, *El movimiento revolucionario latinoamericano. Versiones de la Primera Conferencia Comunista Latino Americana. Junio 1929*, Buenos Aires, La Correspondencia Sudamericana, 1930. El celo con que Codovilla supervisó el desarrollo de los partidos latinoamericanos, evitando que se salieran de los preceptos cominternianos, dio lugar al surgimiento de interpretaciones académicas poco fundadas. Tal el caso del PC de Cuba y el asesinato en México de Julio Antonio Mella, durante años considerado como un acto dirigido a poner fin al intento de generar un pensamiento marxista crítico con vuelo propio. Cf. Víctor Jelfets y Lazar Jelfets, “Comunismo en Cuba y México. Parte II”, en *Memoria. Revista de política y cultura*, N° 240, marzo 2010, p. 44.

¹¹⁹ “El problema del indio en el Perú. Su nuevo planteamiento”, *ETL*, año I, N° 9, 15/1/1929, p. 10.

¹²⁰ Cf. J. C. Mariátegui, *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 2007, especialmente “El problema del indio” y “El problema de la tierra”, pp. 26-85.

¹²¹ Esta temática es muy rica y compleja, aunque su abordaje excede los propósitos de nuestra investigación y, por otra parte, varios análisis se han ocupado de ella, entre otros: Alberto Flores Galindo, *La agonía de Mariátegui: la polémica con el Komintern*, Lima, Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo, 1980; Aníbal Quijano, “Prólogo. José Carlos Mariátegui: reencuentro y debate”, en J. C. Mariátegui, *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 2007, pp. LXXXVI-CIX; Jesús Chavarría, *José Carlos Mariátegui and the Rise of Modern Peru, 1890-1930*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1979; Marc Becker, “Mariátegui y el problema de las razas en América Latina”, en *Revista Andina*, N° 35, 2002; César Germana, *El “Socialismo Indioamericano” de José Carlos Mariátegui: proyecto de reconstitución del sentido histórico de la sociedad peruana*, Lima, Amauta, 1995; Francisca da Gama, “La Internacional Comunista, Mariátegui y el ‘descubrimiento’ del indígena”, en *Anuario Mariateguiano*, vol. 9, N° 9, 1997, pp. 50-58. Por otra parte, los artículos escritos por Lenin a propósito del derecho de las naciones a la autodeterminación son muchos. Entre los más relevantes cabe mencionar: V. I. Lenin, “El derecho de las naciones a la autodeterminación”, en *Obras completas*, t. XXI, Buenos Aires, Cartago, 1970, pp. 313-376; “El proletariado revolucionario y el derecho de las naciones a la autodeterminación”, t. XXIII, pp. 39-46; “VII Conferencia (de

perspectiva de la dirección mayoritaria del comunismo latinoamericano, cada uno de los aspectos que componían la problemática indígena eran “exactos a los de las minorías nacionales de otros países”.¹²² Por tal motivo, la necrológica con que conmemoró la Confederación Sindical Latino Americana al recientemente fallecido intelectual peruano le reservó un lugar de honor dentro de la conducción del movimiento revolucionario del continente, pero continuó reclamándole el error de no haber advertido que el problema de la tierra entre los indígenas debía por fuerza ser completado con el derecho leninista a la autodeterminación, “ya que las poblaciones indígenas constituyen hoy en América Latina verdaderas nacionalidades oprimidas”¹²³. Acompañando la alineación acrítica con las políticas soviéticas que signó la historia del PCA en las décadas siguientes, la dirección argentina repitió en el SSA la adhesión incondicional a la IC. Codovilla y Ghioldi se encontraban situados a la cabeza de las dos entidades.

3.5. El triunfo del ghioldismo

El día 17 de agosto de 1927 se reunió el Comité Regional de la Capital Federal y quedaron sentadas las bases del enfrentamiento entre la minoría penelonista y la mayoría ghioldista también en lo referente a los grupos idiomáticos. Esta cuestión volvía a entrecruzarse con las propuestas de los enviados cominternianos. El comunista italiano y cuadro de la Profintern Anselmi (cuyo nombre real era Isidoro Azzario) fue el propulsor de la posición adoptada por la mayoría de la dirección argentina, consistente en la mediación de una autonomía relativa de los grupos idiomáticos respecto del partido. Por su parte, Penelón apoyaba una moción basada en el trabajo de los extranjeros subsumido al trabajo partidario a través de la formación de comisiones dentro de las células grandes y de la presencia de un encargado en las células más pequeñas.¹²⁴ Aunque también aquí la postura de la minoría antagonizó con la propuesta del representante de la IC y fue vencida por la mayoría que apoyaba a este último, el problema de los grupos extranjeros tiene una importancia particular, puesto que permite desmitificar la imagen de democratizador y descentralizador que en torno de la figura de Penelón construyeron desde la izquierda algunos opositores al partido comunista oficial.

abril) de toda Rusia del POSDR(b)”, apartado “Discurso sobre el problema nacional”, *Obras completas*, t. XXV, pp. 256-262; “La guerra y la revolución” Conferencia pronunciada el 14 (27) de mayo de 1917”, t. XXV, pp. 380-403; V. I. Lenin, *Notas críticas sobre la cuestión nacional*, Moscú, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1952.

¹²² “El problema indígena en América Latina (por Rabines)”, *ETL*, año II, N° 30, marzo-abril de 1929, p. 18.

¹²³ “Ha muerto José Carlos Mariátegui”, *ETL*, año II, N° 31, mayo de 1929, p. 21.

¹²⁴ Otto Vargas, *El marxismo y la revolución argentina*, t. II, op. cit., p. 370.

Aunque varias décadas más tarde, entrevistado por Emilio Corbière, Ruggiero Rúgilo afirmara que la gran motivación para la salida del grupo penelonista del PCA giró en torno del reemplazo de la organización intrapartidaria basada en el centralismo democrático leninista ejercido en los congresos partidarios por el control stalinista de los cargos electivos y las líneas políticas del partido en manos del CC,¹²⁵ lo cierto es que esta cuestión no ocupó ningún lugar en el momento más candente de la disputa. Esta versión de los hechos permeó en el campo de los estudios que combatieron la historia oficial del PCA. Influenciado por la entrevista realizada a Rúgilo, Jordán Oriolo compartía la idea de que en frente del burocratismo stalinista de Ghioldi y Codovilla se erigía el penelonismo democratizador.

Es demasiado temprana todavía la fecha de 1927 para asegurar que en su rechazo a la bolchevización de los PPCC, Penelón se había opuesto al centralismo verticalista y la muerte de la democracia interna que habrían de caracterizar a los partidos stalinizados en los años siguientes.¹²⁶ Penelón había aprobado en 1925 la organización de células, la proletarianización en la composición de los afiliados y –tal como se desprendía de su postura frente al derrotero por la situación de los chispistas- el disciplinamiento extremo que conllevaba a la eliminación de las facciones. Por citar un caso ilustrativo, como parte del proceso de bolchevización del partido y la lucha encarnizada contra la burguesía, se procedió a la expulsión del afiliado comunista Cacciari, quien habiendo abandonado su condición de trabajador asalariado pasó a dedicarse a la actividad comercial, lo que habría supuesto su participación paralela y contradictoria dentro de la patronal.¹²⁷ La observancia en la disciplina rígida de los afiliados se mantuvo en todos los niveles. Así, por ejemplo, el Comité Regional confirmó las expulsiones de los afiliados Mario Coproni y Luis Stábile, solicitadas por las células que integraban. Las expulsiones, se hacía constar, estaban motivadas por la inactividad y la “morosidad” de los dos afiliados.¹²⁸ Estas cuestiones habían sido discutidas en el seno del CC del partido y ni Penelón ni sus colaboradores habían planteado objeciones sobre la forma en que se había procedido.

¹²⁵ E. Corbière, *Orígenes del comunismo argentino*, op. cit., p. 79.

¹²⁶ Milos Hájek sugiere que incluso la pérdida de la democracia interna dentro del PCUS no se produjo de manera completa sino hasta poco después de la celebración del VI Congreso de la IC. M. Hájek, “La táctica de «clase contra clase» en el VI Congreso”, en AAVV: *VI Congreso de la Internacional Comunista. Tesis, manifiestos y resoluciones. Primera Parte*, México D.F., Cuadernos de Pasado y Presente, nro. 66, 1977, p. 42.

¹²⁷ Acta de la reunión del CC del PCA, 14/7/1927, p. 1, Archivo IC, BCNA, r. 4, s. 31.

¹²⁸ Comité Regional de la Capital, Acta N° 31, sesión del 21/9/1927, Archivo IC, BCNA, r. 4, s. 34,

Si el problema de la bolchevización a la manera stalinista pasaba por la supresión de la democracia interna sustentada en la regularidad en los congresos partidarios, no podía Penelón cuestionar su implementación basado en la transgresión de dichos términos. Los congresos y las conferencias del Partido Bolchevique siguieron sucediéndose anual o bienalmente hasta la celebración del XVII Congreso de fines de enero y comienzos de febrero de 1934. A partir de esta instancia, no casualmente conocida como el “Congreso de los vencedores”, el partido ruso quedó totalmente subsumido a una férrea dirección cristalizada en la figura de Stalin y entonces sí resultó bloqueada cualquier posibilidad de ejercer internamente la democracia.¹²⁹ En este sentido, observaciones como la formulada por Alberto Plá a propósito del combate conciente que habría librado Penelón contra el anquilosamiento de las relaciones intrapartidarias parecen ser más bien el producto de una lectura en retrospectiva. En realidad, no demuestran los documentos una preocupación por el estado de la democracia al interior del PCA. Sí son visibles, en cambio, las disensiones entre el grupo de Penelón y el grupo de Ghioldi se centraron en la política eminentemente reivindicativa del concejal y en su doble posición ante la IC: de prescindencia con sus organismos y de desautorización hostil con sus enviados a Buenos Aires.

El ex comunista Rodolfo Puiggrós se refería en su clásico estudio de la actuación de los partidos en la realidad política argentina en el siglo XX a la crisis abierta en 1927 en los siguientes términos:

Del juego de intrigas y bajas maniobras no queda una sola línea escrita que sirva de experiencia política. Los rivales se acusaban mutuamente de inmoralidades. Todo se reducía a probar que se disponía de la bendición de Moscú, lo que equivalía a tener títulos legítimos de dirigentes. Los afiliados, sometidos a un proceso de decantación, dejaron de pensar por sí mismos y se enajenaron a una autoridad lejana e indirecta que no les perdonaba la menor desviación.¹³⁰

Desde una perspectiva contraria a aquella sostenida por Jordán Oriolo y Ruggiero Rúngilo en sus necesidades por constituir un adversario situado en las antípodas de la intentona despótica de la dupla Ghioldi-Codovilla, la posición de Rodolfo Puiggrós, según se ha notado en este trabajo, es injusta con la actuación de Penelón y de sus colaboradores. No se desprende de la lectura de la documentación soviética la representación del concejal comunista ansioso por responder a las peticiones de la IC.

¹²⁹ Cf. *The Communist International*, “The Congress of victors, the Congress of the construction of classless society”, January 15, vol. XI, N° 2, 1934, pp. 43-54.

¹³⁰ R. Puiggrós, *Historia crítica de los partidos políticos argentinos III. Las izquierdas y el problema nacional*, Buenos Aires, Galerna, 2006, p. 92.

Antes bien, su postura es de abierto desafío, tal como se observa en su negativa a dedicar mayores atenciones al trabajo internacional ante un ímpetu volcado al trabajo dentro del país.

El grupo de Penelón conformó dentro del PCA un intento por situar en un lugar de primer orden el problema de la “nacionalización del comunismo”. Por el contrario, el sector reunido en torno de Rodolfo Ghioldi ponía el plano internacional en el eje de las acciones del PCA. Era de esperar, en consecuencia, aquellos que buscaban ser reconocidos como los representantes de la Comintern en la Argentina encontrarán el campo despejado para consumir su objetivo una vez producida la escisión de 1928.

Muy particular fue el rol cambiante que desempeñó la figura más relevante del PCA dentro de la IC. En su compulsa contra los verbalistas que terminaron fundando el Partido Comunista Obrero, Codovilla había rescatado para dar mayor fundamento a la posición que defendía la el CE las siguientes palabras de Penelón: “El sufragio universal es un arma. El Concejo, una tribuna y un campo de batalla. Las ordenanzas, un instrumento de esclavitud o elementos de liberación. La Municipalidad es parte integrante del poder político burgués. Utilizamos el sufragio para llegar al Concejo a hacer las ordenanzas y conquistar las comunas para el proletariado”¹³¹. Sin embargo, esta lectura cayó en el olvido dos años más tarde, cuando el sector penelonista se inclinó a profundizar una política de reivindicaciones sociales a partir del activismo municipal.

Codovilla, que mientras duró el debate se había identificado con las posturas de Penelón -aun cuando hacerlo había implicado la confrontación con los emisarios de la IC-, abrazó la causa de la mayoría del CC.

Hemos sostenido aquí que si una vez producida la última gran escisión del PCA a fines de la década de 1920 no arribaron más a la Argentina representantes de la IC para seguir realizando trabajos de organización con constancia, ello se debió a que ya no fue necesario hacerlo. Con el distanciamiento del sector “díscolo” de la dirección del PCA que encarnaron Penelón y su círculo, quedaron obsoletas las motivaciones que encontraba el CE de la IC para dirigir una mirada atenta en un partido que, a partir de entonces, ya no representó desafíos a las directivas votadas en Moscú.

Con la separación de Penelón y su círculo, la dirección del PCA experimentaría un giro sustancial. Desde entonces todo intento de análisis marxista que pudiera contrariar los lineamientos que se trazaban en el seno de la IC quedaron anulados y la norma pasó a ser la implementación mecánica y acrítica de las formulaciones relativamente

¹³¹ V. Codovilla, “¿Partido monolítico o conglomerado de fracciones?”, *LI*, 27/9/1925, año VIII, N° 1145, p. 2.

universales que se elaboraban en la Unión Soviética. Todo este proceso de homogeneización, cabe destacar, fue acompañado por la nueva vulgata consistente en un marxismo-leninismo inhabilitado para el debate, tamizado por la ortodoxia y reconvertido en un entramado de pensamientos cerrado a un conjunto de definiciones y manuales.

CAPÍTULO 4: La cuestión de la autonomía en la política cultural del PCA

Cuando el golpe de estado del 6 de septiembre de 1930 puso fin al segundo gobierno de Hipólito Yrigoyen, dando comienzo al largo período de interrupción del sistema constitucional encarnado en la *Década Infame*, los trabajadores argentinos llevaban auestas una larga tradición de luchas económicas y sociales. El desarrollo en el país del anarquismo, el sindicalismo y el socialismo fueron expresiones concretas de dicha situación. Del mismo modo, la expansión del comunismo se convirtió en una realidad incontrastable al promediar los años veinte. A partir de entonces, la penetración comunista en la clase obrera argentina revistió una significación cada vez mayor que se fue viendo reflejada principalmente en el plano sindical, pero que, producto de su adscripción a una ideología que tenía por meta revolucionar la sociedad mundial, no podía dejar de encontrar expresión en otros aspectos de primer orden para la vida colectiva. En este sentido, la acción comunista intentó intervenir en el horizonte cultural de los trabajadores de la Argentina. Una vez producida en 1927 la expulsión de José Penelón de la dirección del PCA, quedó inmediatamente consolidado el dominio absoluto de la dupla conformada por Victorio Codovilla y Rodolfo Ghioldi, quienes dentro del concierto de partidos comunistas suscritos a la IC adscribieron a las posturas mantenidas por Stalin en su lucha facciosa por el control de los mecanismos de poder del PCUS. A partir de entonces se hizo evidente la adopción indiscutida por parte de la dirección argentina de los grandes lineamientos trazados por Moscú. Tras la institucionalización en la Unión Soviética de la doctrina del “realismo socialista” en 1934, quedó implicada la negación total del comunismo a conceder autonomía a las esferas de la cultura y el arte proletarios respecto de la política oficial. Surge así el interrogante acerca de cómo pudo haber repercutido esta disposición en las prácticas culturales que pretendía conducir el comunismo argentino.

La Argentina había pasado por su etapa de profesionalización de los escritores a lo largo de la década de 1880, mediante la conformación de un importante mercado de bienes culturales que acompañó al crecimiento de las ciudades y su complejización social. Mediante este proceso de transformación ganó terreno la prensa de carácter periódico, por lo que el PCA se encontró con un canal de comunicación en pleno desarrollo cuando tomó la decisión de interceder en el campo cultural.¹ Por tal motivo,

¹ Alejandra Laera, “Cronistas, novelistas: la prensa periódica como espacio de profesionalización en la Argentina (1880-1910)”, en Carlos Altamirano (dir.): *Historia de los intelectuales en América Latina. I. La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*, Buenos Aires, Katz, 2008, p. 495.

se propone aquí el abordaje relativo al problema de la relación entre la política cultural oficial del PCA y del PCUS a partir del análisis de la apropiación de los lineamientos soviéticos por el PCA en diarios y revistas afines o controlados por la dirección comunista argentina durante la segunda mitad de la década de 1920 y el primer lustro del decenio siguiente. Al proceder mediante esta metodología entendemos que la inmediatez implícita en los periódicos -indisociables de la realidad concerniente a los momentos mismos en que cada uno de sus números es producido-, al entrelazarse con la vigencia menos limitada de las revistas -atadas a la duración y la suerte que corran las coyunturas que animan sus apariciones-,² permitirá dar a las hipótesis que serán desarrolladas una sustancia mayor y más precisa a la hora de efectuar una comprensión diacrónica del proceso abordado.

En el recorte temporal seleccionado se pueden reconocer dos momentos nodales: en primer lugar, la política del *tercer período*, que fue adoptada tras la celebración del VI Congreso de la IC en 1928, y que consistía en identificar la existencia de dos únicos grupos antagónicos, el comunismo y el fascismo, debiendo ser la tarea fundamental del primero combatir al segundo en una lucha total de “clase contra clase”; en segundo lugar, el viraje hacia la búsqueda de una alianza antifascista de todas las fuerzas democráticas -incluida la burguesía progresista-, cuya razón de ser quedó resumida en la consigna de “frente popular” adoptada por la IC en su congreso de 1935.

Con este fin serán analizadas las revistas culturales vinculadas al PCA durante los años implicados en el estudio propuesto: *Contra. La revista del francotirador argentino*, *Actualidad artística-económica-social* (a fines de 1932 cambia su nombre por el de *Actualidad económica-literaria-artística-científica*), y *Unidad. Por la defensa de la cultura*. Asimismo, se trabajará con el periódico *Bandera Roja* con la intención de hacer foco en las polémicas intelectuales allí plasmadas. Al optar en favor de esta selección de recursos heurísticos se procura tomar en consideración tanto las publicaciones periódicas que oficialmente respondían al partido, como aquellas en las que un espectro de izquierdas algo más amplio aceptaba en su seno la intervención asidua de intelectuales comunistas, y que, en su conjunto, constituyeron el escenario principal para el desarrollo de las problemáticas culturales más salientes que atravesó el comunismo argentino en esta parte de su historia. En todos los casos, se procederá al análisis de

² En este sentido, los consejos editoriales asumen que se encuentran participando en la política cultural de la sociedad a la que está destinada. Beatriz Sarlo, “Intelectuales y revistas: razones de una práctica”, en *América. Cahiers du CRICCAL*, nros. 8-10: Le discours culturel Dans le revue latinoamericaines de 1940 à 1970, Paris, Presses de la Sorbonne Nouvelle-Paris III, 1992, p. 9. Cf. también Nora Pasternac, *Sur: una revista en la tormenta. Los años de formación: 1931-1944*, Buenos Aires, Paradiso, 2002, p. 7.

estas fuentes en diálogo con los lineamientos políticos de los respectivos partidos comunistas, identificando los distintos grados de adhesión de cada comité editorial al PCA.

En este sentido, dentro del período de “clase contra clase”, el diario *Bandera Roja*, como será demostrado en el desarrollo del trabajo, se muestra estrechamente vinculado a la dirección del PCA, mientras que *Actualidad*, en un primer momento, manifiesta mayor grado de autonomía respecto del partido. Por su parte, la revista *Contra* se articula como un punto de encuentro de intelectuales que abrevaban en distintas vertientes del pensamiento de izquierda y, por ende, no padecía control por parte de elementos partidarios. Para el momento en que se produce el viraje hacia la estrategia de “frente popular”, la revista *Actualidad* ya no goza de ningún rasgo de independencia. Por otra parte, animada por el reclamo de reivindicaciones democráticas, se condensa en estos momentos una mirada más heterogénea en la publicación *Unidad*.

4.1. La política internacional en el desarrollo del comunismo en la Argentina

No se trata aquí de realizar una contextualización yuxtapuesta al recorrido argumental propuesto, sino de integrar en una dimensión orgánica y multiforme aquellos elementos que, así como lo señala Sylvia Saftta, confluyeron en la identificación de las prácticas intelectuales de izquierda principalmente con “el alto grado de internacionalización de su compromiso político”³. En otras palabras, nuestra intención es la de situar en un marco de referencia específico la intervención intelectual y cultural de los comunistas argentinos hacia el interior de un panorama que, por el signo cambiante de los tiempos, promovía la reformulación de la función social de dicha práctica en un sentido que no era monopolio de este núcleo político. No obstante, al hacer hincapié en el complejo de relaciones instituidas entre el PCA y el PCUS por medio de la IC, intentamos dar satisfacción a nuestro propósito de destacar la singularidad del proceso de transformación del rol intelectual dentro del grupo político de nuestra competencia. No todos los acontecimientos que signaron transversalmente el período de entreguerras fueron recibidos con el mismo interés ni analizados bajo la misma óptica. Interesa aquí recuperar y analizar, por tanto, las repercusiones que de los fenómenos más salientes del período se registraron tanto en la Unión Soviética como en

³ Sylvia Saftta, “Entre la cultura y la política: Los escritores de izquierda”, en Cattaruzza, Alejandro (dir.), *Nueva Historia Argentina. Tomo 7. Crisis económica, avance del Estado e incertidumbre política (1930-1943)*, Buenos Aires, Sudamericana, 2001, p. 392.

la Argentina, a los fines de comprometer un estudio sobre la relación en la experiencia mediada entre los lineamientos programáticos del PCA y los grandes cambios de estrategias políticas configuradas por el PCUS, poniendo en el centro de la discusión, a modo de barómetro, el desarrollo de las prácticas culturales producidas en su seno. A diferencia de lo ocurrido para el caso de las demás corrientes políticas de izquierda, el comunismo argentino era, por las razones que acabamos de exponer, particularmente sensible a las derivas de la situación internacional.

La Segunda Internacional, a la cual adscribieron los internacionalistas argentinos a causa de su condición de militantes socialistas, tenía la característica especial de operar a modo de un foro donde se realizaba el intercambio de apreciaciones teóricas sobre cuestiones problemáticas comunes. La resolución de los conflictos planteados y discutidos en congresos y conferencias quedaba limitada exclusivamente a la competencia de cada partido socialista nacional.⁴ Este principio organizativo resultó objetado con la emergencia de la Tercera Internacional Comunista. A través de su fundación en marzo de 1919, los comunistas buscaron responder a la necesidad de coordinar conjuntamente las acciones prácticas de las distintas secciones nacionales que componían el nuevo agrupamiento político-ideológico. Así, la IC surgía como el “partido del proletariado mundial”.

En el nuevo panorama internacional que se fue trazando durante el período de entreguerras, una vez terminada la guerra civil rusa y producida la estabilización mundial del capitalismo, la Unión Soviética quedaba al acecho de las agresiones de las grandes naciones occidentales. Cuando consolidó su poder hacia 1927, Stalin utilizó sistemáticamente las presiones de esta situación para avanzar en su proyecto de estimular la revolución industrial “desde arriba”.⁵ La derrota de Trotsky y de su idea de “revolución permanente” había dejado vía libre para la construcción del “socialismo en un solo país”. Sobre la Unión Soviética se cernía la amenaza de un nuevo estallido bélico mundial, producto de la nueva crisis económica de 1929 y de la agudización de la lucha burguesa imperialista. El desarrollo de la industria pesada con fines armamentistas aparecía como una necesidad de primer orden. Era, por tanto, obligación del proletariado mundial bregar por la preservación de la nación comunista. Con motivo de los primeros diez años de existencia de la Unión Soviética se llevó a cabo una

⁴ Cf. Kriegel, Annie, *Las Internacionales Obreras*, op. cit., 1968.

⁵ Cf. E. H. Carr, *Historia de la Rusia Soviética. Bases de una economía planificada (1926-1929)*, 3 tomos, Madrid, Alianza, 1984; Alec Nove, *Historia económica de la Unión Soviética*, Madrid, Alianza, 1991.

conmemoración a la que asistieron numerosas delegaciones de partidos extranjeros, en la que se decidió la creación las Asociaciones de Amistad con la Unión Soviética. Alentadas y ordenadas por la IC,⁶ el principal objetivo de las asociaciones, en su calidad de impares instrumentos propagandísticos, era el de trabajar en la activación de las fuerzas comunistas internacionales para la defensa de la Unión Soviética. El PCUS se había esforzado por dejar en claro que la hegemonía adquirida por Gran Bretaña en los asuntos europeos a partir de la dirección de la política colonial detentada en sus manos, así como de su preeminencia dentro de aquel “instrumento del imperialismo anglo-francés” que era la Sociedad de Naciones, la habilitaban para conformar un “frente único capitalista” contra China y la Unión Soviética.⁷ Recogía esta apreciación el PCA cuando señalaba que resultaba esperable que la cancillería británica arrastra al gobierno argentino a participar en una guerra contra Rusia, en la cual la Argentina tendría la función principal de aprovisionar con “carne, trigo, caballos y otros productos a los ejércitos contrarrevolucionarios”.

El Secretariado Político del CE de la IC cursó indicaciones a todas sus secciones para organizar una movilización de masas que debía desarrollarse el 1° de agosto de 1929 en todos los países del mundo en contra de la guerra imperialista anti-soviética que estaba en pleno proceso de gestación.⁸ El socialismo debía ser igualmente combatido, puesto que, aliado del imperialismo burgués, se convertía entre los trabajadores en su principal difusor y baluarte.⁹ Esta percepción encontró un amplio espacio para su difusión en las páginas de *Actualidad*:

⁶ Los amigos de la Unión Soviética “quedarían bajo el control de la Sociedad para las Relaciones Culturales con el Exterior (VOKS), con sede en Moscú, y, a su vez, del Comité Internacional de los Amigos de la Unión Soviética, cuyo director era Albert Jupkin, situado en Ámsterdam, tras haber funcionado previamente en Berlín hasta la implantación del régimen nazi. Estos organismos estaban sujetos a la influencia del Comisariado Exterior de la Unión Soviética.” Magdalena Garrido Caballero, *Las relaciones entre España y la Unión Soviética a través de las Asociaciones de Amistad en el siglo XX*, Facultad de Letras, Departamento de Historia Moderna, Contemporánea y de América, Universidad de Murcia, 2006, p. 266.

⁷ V. Knorin (obshchee rukovodstvo), *Poslevoenni kapitalizm v osveshchenii Komintern. Sbornik dokumentov i rezoliutsii Kongressov i Ispolkoma Komintern*, Moskva, Latiinoe Izdatel'stvo, 1932, pp. 96, 117; *The Communist International*, “British Imperialism, Fascism and the Anti-Soviet Campaign (By R. Palme Dutt)”, July 15th, vol. X, n° 14, 1933, pp. 482-488; *The Communist International*, “The U.S.S.R. and the League of Nations”, October 20, 1934, vol. XI, N° 20, p. 657.

⁸ Comunicado del Secretariado Latinoamericano a todos los países de América Latina, Moscú, 7 de junio de 1929, Archivo IC, BCNA, r. 7, s. 16 [en francés].

⁹ El propio Stalin, por entonces ya convertido en el máximo referente indiscutido del movimiento comunista internacional, comentaba en su informe ante el CC del XVI Congreso del PCUS del 28 de mayo de 1930: “Los partidos comunistas han dado pruebas de seguir por el buen camino al desplegar una guerra implacable contra la socialdemocracia, agente del capital entre la clase obrera; al combatir sin piedad todas las desviaciones del leninismo, que sólo sirven para llevar agua al molino socialdemócrata”. J. Stalin, *El Plan Quinquenal*, Madrid, Aguilar, 1931, p. 27.

La guerra, que puede decirse ya se ha iniciado con la ocupación de Manchuria por parte de Japón, los violentos combates de Shangai, los preparativos bélicos del imperialismo japonés, el aumento creciente de los armamentos en Francia, Inglaterra, Polonia, Rumania, etc., son los primeros pasos que preludian el ataque a la URSS.

Esta política de guerra es apoyada por los jefes social-demócratas que aparecen en todos los asuntos primordiales, no sólo como defensores del imperialismo, sino como sus teóricos más destacados.

Repetto, el leader del socialismo argentino, en la discusión del presupuesto de guerra, manifestó cínicamente que “los socialistas no cultivan el militarismo, pero que después de haber apreciado las consecuencias de la revolución rusa, consideraba necesario que cada país asegure una defensa suficiente”, vale decir, lo suficiente como para sofocar los movimientos revolucionarios del proletariado.¹⁰

Los campesinos y obreros argentinos estaban llamados a desempeñar un papel fundamental ante esta realidad. Siendo que el capital norteamericano y el británico se disputaban la región latinoamericana en su búsqueda por obtener materias primas -las mismas cuyo acaparamiento adquiriría especial significación en tiempos de guerra-, el nutrido grupo de los explotados y oprimidos de la Argentina debía estar preparado para oponerse de manera taxativa a la exportación de sus productos básicos.¹¹ Contribuyendo al desabastecimiento de las principales naciones capitalistas, inminentes naciones beligerantes, los trabajadores argentinos habrían de prestar un ingente favor a la causa del proletariado mundial. Este temor hacia la inminencia de una guerra conducida por las grandes potencias occidentales contra la patria de los obreros no sólo fue un justificativo poderoso dentro de la Unión Soviética para la industrialización acelerada promovida por Stalin que se mantuvo durante todo el período aquí abordado, sino que encontró consonancia en el común de los partidos comunistas. El PCA fue un comprometido organizador de intensas campañas en contra de la guerra en todos los niveles. No sólo el CC se ocupaba de esta cuestión considerada trascendental para la pervivencia y la evolución del socialismo. Los comités locales eran los instrumentos idóneos para llevar a cabo esta tarea. De tal modo, todavía en 1932, por citar ejemplo, el Comité de Chivilcoy participaba activamente en la campaña de una jornada antibélica -

¹⁰ “Frente a una nueva masacre mundial”, *Actualidad económica-política-social*, año I, N° 2, mayo de 1932, p. 1. La alusión a esta amenaza será en la época una constante en la publicación. Cf. *Actualidad*, por ejemplo, “Habla la Internacional amarilla”, año I, N° 3, junio de 1932, p. 5; C. Moog, “Miseria y falsedad del pacifismo”, *Actualidad*, año I, N° 5 (número extraordinario), agosto de 1932, p. 30-34; “Congreso Contental contra la Guerra Imperialista. Manifiesto de los intelectuales argentinos”, *Actualidad*, año I, N° 10, diciembre de 1932, pp. 5-6.

¹¹ Esta misma postura promovía en septiembre de 1932 el periódico *Mundo Obrero*, sucesor inmediato de *Bandera Roja*, cuando sostenía que el deber de los “OBREROS METALURGICOS, PORTUARIOS, MARITIMOS, FERROVIARIOS, Y DE TODAS LAS FABRICAS, PRIVADAS O DEL ESTADO, EN LAS CUALES SE PREPAREN MATERIALES GUERREROS”, era justamente la de evitar por todos los medios posibles que “¡NI TRIGO, NI ARMAS, NI CARNE, NI MATERIAL BELICO [salieran] DE NUESTROS PUERTOS O ESTACIONES, CON DESTINO A LOS PAISES EN GUERRA!”. “¡Contra la guerra imperialista! Al margen de las resoluciones de la conferencia del Comité Nacional contra la Guerra Imperialista”, *Mundo Obrero*, N° 16, 10/09/1932, p. 2.

contra la amenaza a la Unión Soviética pero también contra la guerra entre Paraguay y Bolivia en el Chaco Boreal- a realizarse el primer día del mes de agosto en la plaza 25 de Mayo de dicha ciudad.¹² Las acciones locales estaban de todos modos coordinadas nacionalmente por la Comisión de Agitación y Propaganda.¹³ Pero la agitación contra la guerra no se hallaba exenta de persecuciones policiales a lo largo de todo el país,¹⁴ lo que no impidió a los comunistas convertirla en una de las causas defendidas con mayor convicción. De esta manera, cobra toda su dimensión nuestro planteo respecto de la necesidad de destacar la importancia especial que revistió desde un principio el desarrollo de la cuestión internacional para la realización de las distintas experiencias comunistas en el período considerado.

4.2. Algunos antecedentes inmediatos en el proyecto cultural clasista del PCUS

En los años del Primer Plan Quinquenal, el concepto de “revolución cultural” fue utilizado para referir a la confrontación política existente entre la *intelligentsia* burguesa rusa y el PCUS. En este proceso de lucha de clases en danza, comenzó a adquirir especial importancia la creación de una *intelligentsia* proletaria. Durante los primeros años posteriores al triunfo revolucionario, atravesados por la guerra civil contra los ejércitos blancos y de sus aliados llegados del extranjero, el Partido Bolchevique había evitado cualquier tipo de alineamiento con alguna corriente cultural en particular. A pesar de que los partidarios de la *proletkult*, en primer lugar, pero también de los futuristas y de otros grupos culturales izquierdistas, se pronunciaron de manera inmediata a favor de la revolución, y aún cuando estos dispusieron de una destacada exposición social, los bolcheviques se mantuvieron incólumes en su posición.¹⁵

Los orígenes de la *proletkult* se remitían al grupo *Vpered* que habían fundado algunos socialdemócratas rusos exiliados en Italia a comienzos del siglo XX y cuyo objetivo apuntaba a contribuir en la creación de un proletariado consciente e intelectualizado. Entre sus miembros originarios más destacados se encontraban Aleksandr Bogdanov y Anatoly Lunacharsky, quienes tendrían un papel central en la política cultural rusa que siguió al triunfo de la revolución. Dado que las urgencias de la guerra civil hacían de la cultura una cuestión de segundo orden para el flamante gobierno, recayó en los

¹² “Preparemos la jornada contra la guerra”, volante del PCA, Chivilcoy, 23/7/1932.

¹³ “Las tareas del Partido en la lucha contra la guerra”, *Boletín Interno*, Editado por el Agitprop del Partido Comunista, año II, N° 14, agosto de 1932, pp. 1-4.

¹⁴ Cf. “A los trabajadores de Ciudadela y Pueblos Circunvecinos”, volante del Comité de Zona Nor-Oeste del Partido Comunista, 4/8/1932, Archivo IC, BCNA, r. 5, s. 44.

¹⁵ S. Fitzpatrick, “The Civil War as a formative experience”, in Abbott Gleason, Peter Kenez, and Richard Stites (eds.): *Bolshevik Culture. Experiment and order in the Russian Revolution*, Bloomington, Indiana University Press, 1985, p. 70.

miembros de la *prolekult* la generación de toda una serie de prácticas culturales originales basadas en la experimentación artística.¹⁶ Se daba además la situación de que en su mayor parte las masas, sumidas en un analfabetismo que ascendía al 60% de la población, carecían del manejo de los conocimientos y las habilidades que debían brindar una instrucción general.¹⁷ Esta realidad llevaba al PCUS a advertir que el grueso de la población no se hallaba todavía preparado para aceptar una cultura socialista.

Tanto la ciencia como la cultura conformaron, en el período previo a la consolidación de Stalin en el poder, “una suerte de zona políticamente neutral”¹⁸. Esto no significaba que la cultura se desarrollara sin vinculaciones con la política. De hecho, había canales de circulación para discursos como el que por entonces promovía Bogdanov, figura fundante de la *proletkult*, para quien el arte y la crítica estaban llamados a desempeñar una función clasista sin parangón en el proceso organizativo del proletariado internacional:

[...] ¿necesita la clase obrera conocer otros tipos de organización aparte del suyo propio? ¿Puede, e incluso, en general, debe elaborar y conformar su propio tipo de organización de otra manera que no sea confrontándolo y comparándolo con otros tipos de organización, de otro modo que no sea criticándolos y volviendo sobre ellos, de otro modo que no sea empleando sus elementos? En ese caso, ¿quién habría podido introducirla en las profundidades mismas de otra organización de vida y de pensamiento mejor que un gran maestro-artista?

[...] el arte enseña a la clase obrera la organización universal y la solución universal de los problemas de organización; eso le resulta indispensable para poder realizar el ideal de organización mundial.¹⁹

A diferencia de lo que comúnmente sostenía el grueso de los pensadores marxistas rusos, Bogdanov había desarrollado la idea de que la cultura, la política y la economía conformaban esferas escindidas, lo que permitiría mantener la autonomía de cada una de ellas respecto de las demás. Las propuestas de Bogdanov no sólo no pasaron desapercibidas por el Partido Bolchevique, sino que además fueron recogidas por

¹⁶ Cf. Orlando Figes, *El baile de Natacha. Una historia cultural rusa*, Barcelona, Edhasa, 2006, pp. 537-539.

¹⁷ V. Mezhuiev, *La cultura y la historia*, Moscú, Progreso, 1980, p. 239. Estudios recientes sitúan el analfabetismo dentro de Rusia para 1914 en el orden del 70,5% de la población, llegando incluso a trepar en algunos análisis hasta el 80%. Carlos Hermida Revillas, “Cuestiones sobre Stalin”, en *Revista Historia y Comunicación Social*, vol. 10, 2005, p. 142.

¹⁸ Boris Kagarlistky, *Los intelectuales y el estado soviético. De 1917 al presente*, Buenos Aires, Prometeo, 2006, p. 77.

¹⁹ A. Bogdanov, *El arte y la cultura proletaria*, Madrid, Alberto Corazón, 1979, pp. 54-55. La originalidad del ideario de Bogdanov en relación al rol de la cultura en la transformación social lo llevaba a establecer distinciones de clase basadas en función de la posesión de conocimiento que se expresaba en la formación de experiencias organizativas y de una ideología propias. James C. McClelland, “Utopianism versus Revolutionary Heroism in Bolshevik Policy: The Proletarian Culture Debate”, in *Slavic Review*, Vol. 39, No. 3, September 1980, p. 409.

Anatoly Lunacharsky, quien, en su rol de flamante comisario soviético de educación, las llevó consigo para la planificación inicial del Comisariado Popular de Educación (*Narkompros*, según su acrónimo ruso).²⁰

No obstante, la política no echó mano de la implementación de proyectos culturales de una manera activa y premeditada como se produciría algunos años más tarde. Eran tiempos agitados en los que el pragmatismo se imponía a toda previsión teórica, situación extrema que quedaba reflejada en el caso nodal del traspaso de la economía social igualitaria planteada en el VIII Congreso del PCUS (18 al 23 de marzo de 1919), provocado por de la escasez rampante de recursos alimenticios, hacia una economía cuyo desarrollo quedaba sustentada en la competencia laboral y la desigualdad salarial, según se proponía en el IX Congreso (29 de marzo a 5 de abril de 1920).²¹ Esto redundaba en una visible liberalización del campo de la cultura y de las artes. Tal como lo afirmó el propio Lunacharsky, Rusia “tenía que defenderse, en primer término, en el «frente de batalla» auténtico; en segundo lugar urgía resolver el problema de la misma existencia, vale decir, la base económica, y por último, después de haberse afirmado en estos dos frentes, nuestro país pudo dedicar sus fuerzas a la cultura”²².

La “neutralidad” de la cultura era un síntoma de las particularidades de una coyuntura inédita y en pleno desarrollo en la cual no existían mecanismos pero tampoco motivaciones para coaccionar a críticos y artistas para que se mostraran partidarios del proyecto comunista. La *intelligentsia* rusa, tal como lo entendían los mencheviques, se había distanciado de la revolución tras la derrota de 1905, asustados por los métodos de lucha radicales que empleaban los bolcheviques.²³ De hecho, a su regreso de Moscú, Penelón observó que los *intelligenty* conformaban muy probablemente el sector más reacio a abrazar la causa de la revolución.²⁴ No obstante, tras el triunfo de octubre la respuesta de la *intelligentsia* fue heterogénea: una parte adhirió a los bolcheviques, otra parte se unió a los blancos, y la gran mayoría intentó encontrar un camino intermedio. Claro que en un contexto de guerra civil la adopción de una tercera posición era algo

²⁰ Sheila Fitzpatrick, *Lunacharski y la organización soviética de la educación y de las artes (1917-1921)*, Madrid, Siglo XXI, 1977, p. 113. Cf. también S. Fitzpatrick, “Lunacharsky”, in *Soviet Studies*, vol. 20, no. 4, April 1969, pp. 527-35; Howard R. Holter, “The Legacy of Lunacharsky and Artistic Freedom in the USSR”, in *Slavic Review*, vol. 29, no. 2, June 1970, pp. 262-82.

²¹ Cf. Stanislaw Wellisz, *La economía en el bloque soviético*, Madrid, Alianza, 1966, p. 26.

²² Anatoli Lunacharsky, “La cultura soviética en los últimos siete años”, *Revista de Oriente*, año I, N° 3, agosto de 1925, p. 4.

²³ Nadiezhda Krupskaya, *Lenin. Su vida. Su doctrina*, Buenos Aires, Rescate, 1984, pp. 159, 195-196. Cf. G. M. Hamburg, “Russian intelligentsias”, in William Leatherbarrow and Derek Oxford (eds.): *A History of Russian Thought*, Cambridge, Cambridge University Press, 2010, pp. 56-62.

²⁴ “La conferencia de los compañeros Penelón y Greco. Impresiones de los delegados argentinos a la Rusia de los Soviets”, *LI*, año VI, N° 611, 3/4/1923, p. 4.

muy difícil de sostener, motivo por el cual no fueron pocos los miembros de este sector de la *intelligentsia* que se encontraron en la necesidad de emigrar. Además, desde que se produjo la expropiación de la burguesía capitalista y la aristocracia feudal, se incrementó el resquemor hacia los *intelligenty*, siendo que conformaban ellos la elite más visible que había sobrevivido al fin de la Rusia prerrevolucionaria.²⁵

Por todo esto, la relación entre los *intelligenty* y los bolcheviques era, en general, de cooperación conflictiva.²⁶ La revolución abrió un amplio acceso a la actividad cultural para los hijos de los trabajadores y para los miembros de las minorías nacionales. El número de estudiantes había crecido significativamente con respecto a los niveles de la preguerra. Los controles sobre la cultura no se habían extremado y los primeros pasos de la cultura dados en los años veinte fueron de expectativas abiertas. La censura distaba en mucho de ser practicada con el grado de sistematización que adquiriría durante el stalinismo maduro. Si bien los bolcheviques planeaban poner a disposición de los *intelligenty* el máximo de libertad creativa dentro de los límites de la dictadura revolucionaria, lo cierto es que la *intelligentsia* no dejaba de desconfiar de los bolcheviques. Y esta desconfianza fue confirmada en momentos en que se preparaba y se desarrollaba el X Congreso del PCUS.

En los primeros años de la NEP se conformó dentro del partido un grupo disidente que se hacía llamar Oposición Obrera, dirigido por Aleksandr Shliapnikov y Aleksandra Kollontai, dos viejos y respetados militantes que habían ganado notoriedad desde los primeros días de la revolución. La Oposición Obrera esperaba que la organización y el control de la producción en las fábricas quedaran bajo el dominio de los obreros, representados por los sindicatos, en lugar de que las palancas de mando quedaran firmes en manos del Estado a partir de la militarización de las organizaciones sindicales propuesta por Trotsky. En paralelo al surgimiento de la Oposición Obrera, se produjo una insurrección de los marineros de la Armada Roja con base en Kronstadt, exigiendo concesiones para los obreros y campesinos. Las dos formas de disidencia reflejaban el sentimiento de profundo descontento frente a la tendencia de la política del partido. Los marineros de Kronstadt fueron masacrados por las unidades del Ejército Rojo. El resultado fue, para el partido, el reforzamiento de la unidad interna. En el X Congreso celebrado en marzo de 1921 se decidió el fin de las facciones. En el afán por evitar disidencias que pudieran decantar en el estallido de nuevas guerra civiles, el PCUS dio

²⁵ S. Fitzpatrick, "Ascribing class. The construction of social identity in Soviet Russia", in S. Fitzpatrick (ed.): *Stalinism. New directions*, London & New York, Routledge, 2000, p. 24.

²⁶ B. Kagarlitsky, op. cit., p. 78.

curso a la prohibición de las actividades de grupos con plataformas propias en favor de la concentración de la autoridad en los órganos centrales del partido. Los socialistas revolucionarios de derecha y los mencheviques fueron proscritos y sus órganos de prensa fueron prohibidos.²⁷

Fue a causa de estas relaciones cada vez más tirantes entre los bolcheviques y los no-bolcheviques que los primeros tomaron la decisión de no limitarse a hacer intentos por dialogar con la vieja *intelligentsia*, sino que al mismo tiempo intentaban crear en forma vertiginosa otra nueva. Una vez muerto Lenin y dejada de lado su concepción poco urgente de las capacidades revolucionarias de la cultura según las condiciones de la Rusia de su tiempo, el método seleccionado por los comunistas para emprender la batalla por el campo de la cultura, sostuvo Sheila Fitzpatrick en un estudio célebre, pasó a ser nada menos que el de la guerra de clases.²⁸ A partir del año de 1928 la relación entre cultura y política comenzó a sufrir una transformación radical dentro del movimiento comunista soviético, transformación que iba a ejercer una fuerte influencia sobre la dinámica impresa hasta entonces en las políticas culturales de las secciones nacionales integradas en la IC.

4.3. Algunos antecedentes inmediatos en el proyecto cultural clasista del PCA

En los primeros años de la década de 1920, el PCA careció de una orientación definida respecto de la cultura y el arte. Más aún, no hay indicios aparentes en sus publicaciones que indiquen siquiera un intento dirigido a subsanar esta situación, que poco más tarde sería asumida como una falencia y un factor de debilidad, pero que por entonces no representaban por sí misma un problema de consideración. En este sentido, ante los problemas generados en torno del recurrente surgimiento de facciones, González Alberdi notaba a mediados de 1928 las consecuencias negativas que “el desprecio por el estudio de las cuestiones teóricas”²⁹ había desencadenado dentro del

²⁷ Sobre este proceso de supresión de expresiones políticas heterogéneas, son especialmente interesantes los estudios de Simon Pirani, *The Russian Revolution in Retreat, 1920-24. Soviet workers and the new communist elite*, London and New York, Routledge, 2008, pp. 90-114, y Maurice Brinton, *Los bolcheviques y el control obrero, 1917-1921. El Estado y la contrarrevolución*, París, Ruedo Ibérico, 1972.

²⁸ S. Fitzpatrick, “Cultural Revolution as class war”, in S. Fitzpatrick (ed.): *Cultural Revolution in Russia, 1928-1931*, Bloomington and London, Indiana University Press, 1978, p. 8. Cf. también S. Fitzpatrick, *La Revolución Rusa*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005, pp. 179-187. Para mayor información a propósito del concepto de “revolución cultural” puede remitirse al debate suscitado dos décadas más tarde de su aparición en el campo historiográfico: Michael David-Fox, “What Is Cultural Revolution?”, in *Russian Review*, Vol. 58, No. 2, April, 1999, pp. 181-201; S. Fitzpatrick, “Cultural Revolution Revisited”, in *Russian Review*, Vol. 58, No. 2, April, 1999, pp. 202-209; M. David-Fox, “Mentalite or Cultural System: A Reply to Sheila Fitzpatrick”, in *Russian Review*, Vol. 58, No. 2, April, 1999, pp. 210-211.

²⁹ Actas del Comité Central del PCA, 4/7/1928, p. 3, Archivo IC, BCNA, r. 5, s. 38.

PCA. Para revertir esta situación, continuaba González Alberdi, resultaba imperioso combatir previamente algunos prejuicios entre las bases que consideraban el estudio una “pérdida de tiempo” cuando de lo que en realidad se trataba era de reforzar el trabajo práctico. Esta inexperiencia determinó que, al igual que ocurría en la dirección bolchevique bajo el comando de Lenin, primara en el partido argentino cierta perspectiva aperturista que habilitaba la convivencia entre tendencias estéticas eclécticas aún cuando no tuvieran demasiada posibilidad de establecer diálogos entre sí. Esto queda evidenciado particularmente al advertir que había todavía dentro del PCA espacios para las expresiones vanguardistas,³⁰ contra las cuales se libraría una compulsa encarnizada al ser implementada la búsqueda por la construcción de una cultura propia del proletariado al finalizar la década.

La emergencia de estas vanguardias culturales se constituyó como una marca identificatoria de aquellos tiempos en que la “modernidad periférica” de Buenos Aires registraba “la convivencia conflictiva de obras cuyo texto plástico mantenía efectos residuales junto a otras que evidenciaban un cambio de lenguaje y exhibían distintos grados de renovación”³¹. No obstante, en esta primera etapa de indefiniciones culturales, o más bien de definición por la participación abierta desprovista de descalificaciones taxativas fundamentadas en consideraciones clasistas, el PCA pudo seguir aplicando la postura lável que para el trazado de programas en materia de arte y cultura había llevado adelante el PSA³² y que constituía una parte de la herencia ideológica sobre la cual no se había realizado todavía ningún tipo de miramientos específicos.

Demasiado concentrado en los obstáculos, preocupaciones e inquietudes que se le presentaban al PCA en tanto que fuerza política nueva en estado de formación, la cuestión cultural no figuraba entre los temas más urgentes de su agenda. Se sostiene

³⁰ Esta ausencia de un programa cultural definido dentro del comunismo argentino a comienzos de la década de 1920 es analizada por Daniela Lucena en “Arte y militancia: encuentros (y desencuentros) entre los artistas y el Partido Comunista Argentino”, en *Ramona. Revista de artes visuales*, N° 74, septiembre de 2007, pp. 44-51; D. Lucena, “Por el hambre en Rusia. Una ofrenda de los artistas argentinos al pueblo de los soviets”, en *Sociedad*, Buenos Aires, 2007, pp. 63-82.

³¹ Beatriz Sarlo, *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2003, p. 275.

³² De hecho, una vez producido el desprendimiento de los socialistas revolucionarios, el PSA continuó mostrándose ampliamente receptivo de las producciones culturales más variadas, incorporando incluso aquellas que generaba una Unión Soviética con las que existían muchos puntos de conflicto. A propósito de la recepción de las obras literarias soviéticas por el socialismo argentino, resulta de suma pertinencia el estudio sobre la revista *Claridad* efectuado en Helene Hary, *La Russie en Argentine*, Tesis de Maestría, inédita, Université de Rennes, 2006. Cf. especialmente pp. 24-32. No obstante, urge aclarar que la redacción de *Claridad* insistía en definir a esta publicación como independiente de toda bandería política, si bien sus lazos orgánicos con el Partido Socialista eran evidentes (Juan B. Justo y Mario Bravo, entre otros importantes líderes del socialismo, habían tenido una participación activa en su misma fundación). Cf. Florencia Ferreira de Cassone, “Roberto Arlt y *Claridad*”, en *Revista de Literaturas Modernas*, N° 32, Mendoza, 2002, pp. 49-66.

aquí que si el PCA no intenta formar un proyecto cultural en los tempranos años veinte, y si siquiera pretende otorgarle un espacio adecuado para un tratamiento pormenorizado, ello se debe a dos motivos centrales: en primer lugar, la escasa formación teórica tanto de cuadros como de militantes de base hacían muy dificultosa esa operación en caso de que hubiera mediado un interés dirigido en ese sentido; en segundo lugar, el PCA no tenía necesidad de fundar por entonces de invertir energías utilizadas en otros campos durante su fase formativa para crear una cultura proletaria. La percepción de que el capitalismo se hallaba a las puertas de su misma destrucción, tal como se verá más adelante, sobrevolaba una parte importante de las producciones intelectuales del período. En este sentido, siempre resulta más fácil -o cuando menos, de menor complejidad- continuar construyendo procesos amplios desde la interacción con aquellos elementos conocidos y reconocidos como propios a partir de la experiencia. Acerca de esta situación, Aníbal Ponce escribía en 1928:

La urgencia de la aplicación política ha alejado al marxismo durante mucho tiempo, del arte y de la estética. Sin duda que algunas observaciones de no escaso interés podrían recogerse en casi todas las obras de sus clásicos. Pero no es menos serio que si se comparan los problemas del arte con los de las otras disciplinas que el marxismo ha ayudado a comprender o a plantear por lo menos de un modo más exacto, resultaría para aquellos un saldo desfavorable en demasía.³³

Bajo este punto de vista, sería poco conveniente advertir en esta apertura inicial del comunismo argentino sobre el campo cultural una correspondencia directa con las decisiones asumidas por el bolchevismo para su implementación en la Unión Soviética.

Las disputas que, finalmente, se irán suscitando al promediar los años veinte en torno de la cuestión referida a la utilidad del arte y el rol social del artista no fueron patrimonio exclusivo del comunismo. Tampoco se inician con los comunistas, más que de manera individualizada y dentro de movimientos culturales más amplios, las reflexiones sobre esta materia. Así, la heterogénea corriente literaria que se organizó alrededor de la publicación quincenal *Martín Fierro*, editada entre febrero de 1924 y noviembre de 1927, constituye una prueba flagrante de que la politización de las prácticas culturales fue una preocupación central que adquirió especial intensidad desde antes de que el PCA considerara a la cultura como una materia que merecía ser objeto de atención. La aparición de esta publicación vanguardista, nacida al calor de la insatisfacción por el predominio de la tendencia homogénea encarnada por la revista

³³ A. Ponce, "Lunatcharski: «el marxismo y el arte»", *Obras Completas*, vol. IV, Buenos Aires, Cartago, 1974, pp. 96-97 [septiembre-noviembre de 1928].

Nosotros, fue una consecuencia del proceso histórico de “crecimiento y complejización del campo intelectual”³⁴. Mediante su subtítulo, *Martín Fierro* se presentaba como un periódico “de arte y crítica libre”. Cuando desde el Comité Yrigoyenista de Intelectuales Jóvenes (entre los que se encontraban Francisco Luis Bernárdez, Nicolás Olivari, Ricardo Molinari, Pablo Rojas Paz, Sixto Pondal Ríos, Leopoldo Marechal, Ulyses Petit de Murat, Carlos Mastronardi, Leopoldo Hurtado y Jorge Luis Borges) intentaron publicar en el periódico un manifiesto en apoyo de la postulación de Yrigoyen para un nuevo mandato presidencial,³⁵ su director, el alvearista Evar Méndez, se sintió en la obligación de renunciar a su cargo tras estimar que la libertad de creación que se destacaba como baluarte de *Martín Fierro* quedaba obstruida de forma irresoluble al verse enredada en cuestiones políticas de orden práctico: “el programa de *Martín Fierro* –reafirma el Director en su despedida– le exige permanecer desvinculado de todo interés y asunto de índole política y consagrarse por entero, únicamente, a los problemas literarios y artísticos”³⁶. Experiencias previas de tinte político, como lo fueron el recibimiento con honores al futurista italiano Filippo Marinetti, vinculado con el fascismo de Mussolini, o los constantes elogios a la obra de Leopoldo Lugones, no habían alcanzado a representar grandes desafíos al interior de la redacción. Podía argumentarse ante aquellos sucesos la centralidad dada a las cuestiones culturales implicadas. Pero la acción impulsada por los jóvenes intelectuales yrigoyenistas había invertido los términos: la cultura parecía ponerse al servicio de intereses políticos.

De esta manera, cuando el problema vinculado a la necesidad de otorgar una definición precisa al lugar asignados al arte y a la cultura para la construcción del socialismo se convierte en una preocupación de porte para el PCA, existe ya un debate relativamente maduro al respecto, debate que atraviesa una parte muy importante del mundo de las letras argentinas. La fuerza expansiva de aquellas discusiones no venía dada solamente por el peso de las figuras implicadas en ellas, sino también por la difusión alcanzada. *Martín Fierro* llegó a tener una tirada de veinte mil ejemplares, cifra nada despreciable para un periódico de literatura y crítica literaria. Integrada tanto por miembros del grupo conocido como “Florida” (por ser la intersección de esa calle con

³⁴ Beatriz Sarlo, “Vanguardia y criollismo: la aventura de *Martín Fierro*”, en Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo: *Ensayos Argentinos. De Sarmiento a la Vanguardia*, Buenos Aires, Ariel, 1997, p. 217.

³⁵ Antonio Requeni, *Cronicón de las peñas de Buenos Aires*, Buenos Aires, Corregidor, 1986, p. 82. Tomado de F. Ferreira de Cassone, “Boedo y Florida en las páginas de *Los Pensadores*”, en *Anuario de Filosofía Argentina y Americana*, vol. 25, 2008, pp. 23-24.

³⁶ *Martín Fierro. Periódico quincenal de arte y crítica libre*, 2ª época, año IV, Nº 44–45, Buenos Aires, agosto 31 - noviembre 15 de 1927. Citado por F. Ferreira de Cassone, “Boedo y Florida en las páginas de *Los Pensadores*”, op. cit., p. 24.

Tucumán, en la ciudad de Buenos Aires, su lugar de encuentro), también participaron de manera recurrente en sus páginas algunos integrantes del llamado “grupo de Boedo” (organizado alrededor de la editorial socialista Claridad, fundada por Antonio Zamora en febrero de 1922).³⁷

Personajes emblemáticos de la cultura para el comunismo argentino como llegarían a serlo Raúl González Tuñón y Cayetano Córdova Iturburu, entre otros, debieron intervenir en los debates generados entre las corrientes literarias heterogéneas que en 1924 dieron forma a los grupos de Florida y de Boedo. Aunque ambos movimientos bregaban por el ejercicio de una literatura ajena a los academicismos y pasible de provocar una renovación profunda de la cultura porteña, diferían en cuanto a las formas estéticas que defendía cada uno de ellos, tradicionalistas en un caso, modernistas en el otro.³⁸ Pero emergió también otro motivo de desencuentro, para nuestro interés más trascendente, relacionado con la problemática de la relación entre arte y política. Qué postura era conveniente que adoptara el artista en su actividad creativa respecto de la política era un problema que empezaba a exigir un pronto tratamiento. El grupo de Florida optó por adscribir al apoliticismo. El grupo de Boedo desconoció cualquier posibilidad de desligar la literatura de la política y se abocó a delinear las características de un “arte social”. Es de destacar que ninguno de los dos agrupamientos se caracterizaba por su composición sociopolítica. La inexistencia de identificaciones inmediatas entre grupos políticos y lineamientos estético-culturales era lo que llevaba a Álvaro Yunque -él mismo colaborador en diversos emprendimientos culturales impulsados por anarquistas primero, por socialistas después, y por último comunistas- a observar que en los boedistas se hallaba representado todo el arco político de izquierda y de centro-izquierda, lo que se traducía en la carencia de una única orientación política y estética. Este es el “motivo por el cual no debe llamar la atención la posterior aparición de algunos de sus miembros en el bando opuesto, es decir, el traspaso no estaría dado por la inexistencia de un antagonismo entre ambos sectores sino por la heterogeneidad

³⁷ Beatriz Sarlo Sabajanes (comp.), “Prólogo”, en *Revista Martín Fierro (1924-1927). Antología*, Buenos Aires, Carlos Pérez Editor, 1969, pp. 7-14. Sobre la importancia y repercusión del movimiento martinfierrista, ver también B. Sarlo, “Vanguardia y criollismo”, op. cit.

³⁸ Leonardo Candiano y Lucas Peralta, “Raúl González Tuñón: Otras imágenes del verso. Reflejo e invención”, en Susana Cella (comp.): *Por Tuñón*, Buenos Aires, Ediciones del CCC, 2005, pp. 101-102. Para un panorama más completo a propósito de los posicionamientos políticos y estéticos que envolvieron las discusiones entre los escritores de Florida y de Boedo, ver también Leonardo Candiano y Lucas Peralta, *Boedo. Orígenes de una literatura militante. Historia del primer movimiento cultural de la izquierda argentina*, Buenos Aires, Ediciones del CCC, 2007.

reinante en los mismos”³⁹. Pero las reyertas entre Boedo y Florida, si bien concentraron gran parte de los debates culturales centrales suscitados en los años veinte, estuvieron lejos de consumir la totalidad de sus aristas. Desde el momento en que la cultura pasa a ser campo de competencia del PCUS, la dirección del PCA empieza a desarrollar una marcada injerencia en la conformación de una cultura proletaria.

Cuando la definición de la política de lucha de “clase contra clase” atravesó por completo a partir de 1928 la dimensión de la política cultural que debía implementarse en una sociedad que se hallaba imbuida en la construcción del socialismo y amenazada por agentes contrarrevolucionarios extranjeros que habían de operar en connivencia con saboteadores locales, entonces las corrientes culturales hasta ese momento admitidas en el seno del PCUS acabaron perdiendo todo *status* igualitario. La convivencia armónica se vio pronto reemplazada por el antagonismo irreconciliable. La política impuesta por la facción stalinista en su combate contra la “oposición de derecha” que tuvo lugar con anterioridad al proceso de las grandes purgas, resultó así, a partir de la explotación de las tensiones sociales existentes en tiempos de la NEP, potenciada por la política cultural.⁴⁰

Ahora bien, ¿cuál era la situación política en Argentina en el mismo año en que la Unión Soviética oficializaba la lucha encarnizada contra todo lo que no fuera íntegramente obrero? El fin del gobierno de Alvear y el comienzo para Yrigoyen de un segundo mandato, logrado a través del desarrollo de elecciones libres y del normal funcionamiento de las instituciones y normativas constitucionales en el marco de ejercicio de una democracia limitada y delegativa en la que el PCA aceptaba participar, difícilmente pudieran ser motivo de analogías con el complicado y peculiar presente soviético. Sin embargo, ante situaciones nacionales distintas el comunismo internacional apoyó la identificación de soluciones ante problemáticas que respondían a diagnósticos dispares.

Aunque el PCA hacía hincapié en la necesidad de aportar a la construcción de una “cultura obrera” contrapuesta a la “cultura popular”, sus prácticas dentro de este terreno

³⁹ Leonardo Candiano y Lucas Peralta, “Raúl González Tuñón: Otras imágenes del verso. Reflejo e invención”, op. cit., p. 7.

⁴⁰ S. Fitzpatrick, “Cultural Revolution as class war”, op. cit., p. 17. Vale recordar que la novedad de los problemas que se le plantean a los bolcheviques tras la revolución triunfante, puntualmente aquellas circunstancias que acompañaron la implementación de la NEP, dieron las pautas para el registro de una “era experimental” verdaderamente revolucionaria. Cf. Alan Wood, *Stalin and Stalinism*, London and New York, Routledge, 2005, p. 27.

fueron bastante similares a aquellas que dedicaba el PSA a sus afiliados.⁴¹ Es por ello que las diferenciaciones entre agrupamientos políticos fueron promovidas a partir de la creación de una simbología propia a través de las formas estéticas plasmadas en las creaciones culturales comunistas.⁴² De este modo, vuelve a cobrar fuerza aquella consideración anteriormente expuesta acerca de la existencia de una tradición compartida con el socialismo, del cual los comunistas habían terminado por disociarse, pero que de ninguna manera significaba un renunciamiento inmediato a la totalidad de las ideas y acciones en las que habían tomado parte. Esta relación fue tornándose compleja a partir de la consumación en esos tiempos de una sujeción cada vez más evidente por parte de la dirección del PCA hacia el diseño incipiente y la puesta en práctica paulatina de una política cultural oficialmente asumida por la dirección del PCUS. Este proceso no pudo ser llevado a cabo sin contratiempos. Algunos intelectuales y escritores que se habían sentido atraídos por los éxitos relativos del mundo comunista en contraposición a las penurias vigentes en el sistema capitalista tuvieron algunos reparos al momento de abrazar la causa cultural que promovía el PCA. Es aquí donde se sucedieron una serie de intercambios originales, que fueron moldeando y explicitando los términos en los que era aceptada la participación de los intelectuales, al tiempo que se delineaban los principios en torno al lugar destinado a las prácticas culturales dentro de una relación de jerarquías con las prácticas políticas.

4.4. El papel del intelectual para el PCA durante la estrategia de “clase contra” clase: las polémicas Arlt-Ghioldi

Las discusiones en torno al rol del intelectual hicieron su aparición de manera más o menos esporádica en la Argentina a comienzos del decenio de 1930, hasta convertirse en un tema de indiscutible trascendencia en los últimos años de la Segunda Guerra Mundial. Según Florencia Suárez Guerrini, este interés creciente por comenzar a lograr algún tipo de consenso que permitiera definir cuál era o cuál debía ser la función social de los intelectuales se debió, en gran parte, al arribo a la ciudad de Buenos Aires, así

⁴¹ H. Camarero, “El Partido Comunista argentino y sus políticas en favor de una cultura obrera en las décadas de 1920 y 1930”, op. cit, s/p. En este artículo, Camarero disecciona el funcionamiento de las actividades culturales organizadas por el PCA en el plano concreto de las experiencias participativas de sus afiliados.

⁴² Uno de los primeros casos visibles de esta práctica es el de la revista *Documentos del Progreso*, editada entre 1919 y 1921, que establecía un puente con el proletariado “a partir de estéticas que le eran conocidas [a este último] por ser las de las publicaciones comunistas”. Margarita A. C. Martínez, *A diestra y siniestra: un análisis de los símbolos políticos del partido comunista argentino y la derecha nacionalista 1920-1950*, Tesis de Licenciatura en Ciencias de la Comunicación Social, inédita, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, 1999, p. 30.

como a otras ciudades de América, de un importante número de exiliados italianos, españoles y alemanes que buscaban escapar a los regímenes totalitarios por los que estaban atravesando sus países de origen.⁴³

Así, el año de 1932 encuentra al periódico *Bandera Roja* convertido en el espacio en el que se desarrolla una intensa polémica entre el Roberto Arlt y Rodolfo Ghioldi, cuyos núcleos problemáticos principales giran en torno de la tarea del intelectual revolucionario y su relación con el partido. En las páginas de *Bandera Roja* publicaban los más granados teóricos del comunismo (entre ellos, el líder comunista)⁴⁴ y algunos allegados destacados no-afiliados (como era el caso del autor de *El juguete rabioso*). Las discusiones allí vertidas gozaban de un elenco reducido, pero su difusión aspiraba a alcanzar al gran público. El periódico había sido fundado en el mes de junio bajo la intención del partido de contar con una publicación periódica legal y tenía una circulación superior a los 20.000 ejemplares.⁴⁵ José Aricó y Sylvia Saítta coinciden en señalar que la diferencia determinante entre Arlt y Ghioldi en esta polémica consiste en su postura sobre el problema de la autonomía de los intelectuales y de la cultura de izquierda respecto del PCA. En este sentido, dice Aricó que los comunistas del PCA “rechazan con soberbio desdén la pretensión arltiana de otorgar una funcionalidad autónoma a la cultura de izquierda y un papel relevante a los intelectuales”⁴⁶. Asimismo, Sylvia Saítta señala:

Como ha planteado Aricó, la exigencia de claridad ideológica que Ghioldi demandaba a Arlt exhibió la debilidad intrínseca de una corriente política aislada de esa misma clase a la que pretendía representar, y el desdén con el que el obrerismo del partido miraba a los intelectuales. Arlt pretendía nada menos que otorgar funcionalidad autónoma a la cultura de izquierda y un papel relevante a los intelectuales que bajo el influjo de la experiencia rusa se desplazaban hacia el comunismo.⁴⁷

⁴³ Florencia Suárez Guerrini, “De la torre de marfil al foro. Revistas culturales y guerra europea en la escena intelectual porteña”, Comunicación presentada en las *Cuartas Jornadas Archivo y Memoria. La memoria de los conflictos: legados documentales para la Historia*. Madrid, 19-20 de febrero de 2009, p. 2

[http://www.archivoy memoria.com/jornada_04/docu_04/4J_Comunicacion_27_Florencia%20Su%C3%A1rez%20Guerrini_web.pdf. Último acceso: 12/10/2012]

⁴⁴ Es necesario tener presente que fue Rodolfo Ghioldi quien operó durante todo este período como el fusible entre la dirección partidaria y los intelectuales de izquierda. En opinión de Néstor Kohan, el papel de Codovilla dentro del partido era más pragmático, quedando imposibilitado a causa de su magra formación teórica de entablar contactos regulares y de alguna consistencia en el ámbito cultural del comunismo. N. Kohan, “Herejes y Ortodoxos”, op. cit., pp. 74-75.

⁴⁵ Por su parte, *La Internacional* tenía en 1934 una tirada de 15.000 ejemplares, convirtiéndose en uno de los cinco periódicos más importantes del país; por su parte, la revista teórica *Soviet* tuvo un tiraje de 8.000 ejemplares. No quedan dudas, tal como lo demuestran estas cifras, de que la llegada del partido al público lector no era nada despreciable. Byuro Sekretariata Ispolkoma Kominterna, op. cit., p. 403.

⁴⁶ J. Aricó, “Arlt y los comunistas”, en *La Ciudad Futura. Revista de cultura socialista*, año I, N° 3, diciembre de 1986. p. 22.

⁴⁷ S. Saítta, “Entre la cultura y la política”, op. cit., p. 406.

El problema de la autonomía de la cultura se convertía así en la cuestión de fondo que debía atravesar la construcción de todo proyecto que planteara la vinculación entre los intelectuales y el partido.

Los principales ejes de la controversia giran en torno de la función del intelectual en tanto especialista crítico de la realidad social de su tiempo, indagando los servicios que podrían prestar a la causa de la emancipación de los trabajadores asalariados.⁴⁸ Se tornaba imprescindible el análisis de las distintas variantes acerca del trabajo específico que intelectuales y artistas comprometidos con la transformación radical de la sociedad podían realizar de manera coordinada con el partido de la revolución, es decir, con el PCA.

No obstante estas afirmaciones de Aricó y Saítta, es posible afirmar, como intentaremos demostrar a continuación, que el problema no reside en la pretensión de autonomía de la cultura de Arlt, sino en su intención de que el conjunto del partido y de los trabajadores se subordinen a los intelectuales.

Los planteos referidos al lugar de legitimidad desde el cual podían el artista y el escritor intervenir políticamente habían sido cuestionados a partir de las primeras experiencias de los círculos literario-filosóficos de la Argentina.⁴⁹ Lo que importaba ahora, para los comunistas y sus “compañeros de ruta”, era lograr algún tipo de definición respecto de la función del intelectual y de su relación con el partido. Esta discusión había sido iniciada por Arlt. En su artículo “El bacilo de Calos Marx”, introdujo la definición de intelectual como “técnico en ideología”, y sostuvo que éste

⁴⁸ Cf. J. Aricó, “Arlt y los comunistas”, op. cit.

⁴⁹ La redacción de la revista *Inicial* (integrada por Roberto A. Ortelli, Homero Guglielmini, Roberto Smith y Alfredo Brandán Caraffa) era especialmente corrosiva al considerar que se trataba de una operación de usurpación por parte de los artistas argentinos, amparados en el escaso desarrollo que estaba atravesando en los primeros años veinte la cultura nacional: “En nuestro país, por defecto de intensidad cultural, los artistas de talento pretenden ocupar el lugar que los pensadores y hombres de ciencia detentan en el mundo. Y esto no tendría gravedad si fueran tan honrados como para declarar que sus opiniones son nada más que divulgación de artículos y de libros autorizados”. “¿Reaccionarios? ¿Poco definidos?”, *Inicial*, año I, N° 2, Buenos Aires, noviembre de 1923. Reproducido en *Inicial. Revista de la nueva generación (1923-1927)*, Fernando Rodríguez (Estudio preliminar), Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 2004, pp. 104-105. Otro círculo intelectual pionero en la elaboración de revistas culturales, conformado por el grupo de estudiantes “Renovación” oriundo de la ciudad de La Plata, entendía que “El país, en materia de cultura, está muy lejos de alcanzar el ritmo de la cultura europea”. *Valoraciones*, “Intenciones”, tomo I, núm. 1, septiembre de 1923, p. 3; aunque, por otro lado, algún tiempo más tarde dentro de este último agrupamiento se hacía un diagnóstico positivo de la situación, al destacar que la Argentina integraba el compendio de “naciones serias” de América que se hallaban en vías de dar a su cultura una forma específica y una estabilidad acorde. *Valoraciones*, Pedro Henríquez Ureña, “Camino de nuestra historia literaria”, tomo II, N° 6, junio de 1925 [redactado en mayo de 1925], p. 253.

podía dotar al partido de una fuerza de penetración sin igual.⁵⁰ La participación del intelectual en el partido no era materia de discusión para Arlt. El punto de conflictividad estaba puesto en el papel que el intelectual estaba llamado a desempeñar al interior del partido. Bajo el amparo de Nikolai Bukharin, uno de los máximos ideólogos del PCUS y jefe principal de la IC desde 1926, Arlt se pregunta en un segundo artículo intitulado “Ghioldi y el bacilo de Marx” si la dirección del movimiento revolucionario es una tarea que corresponde al proletariado considerado en su totalidad, o si le cabe tan sólo a “una minoría inteligente contenida por este mismo proletariado”⁵¹. Esta “minoría inteligente” bien podía acusar un origen pequeño-burgués, lo que no importaba demasiado, bajo su perspectiva, y de hecho no representaba ningún peligro, puesto que “un intelectual pequeño-burgués que defiende los intereses de la clase comunista deja de ser pequeño-burgués”⁵². Los casos paradigmáticos de Marx y de Lenin representaban bien esta situación, en donde cada uno de ellos, despreciando las costumbres demarcatorias de su extracción social, se mostraron capaces de dirigir a las masas trabajadoras, estuvieron dispuestos a cumplir ese papel y lo hicieron de manera inmejorable. En otras palabras, la discusión central para Arlt pasaba por el rol del intelectual en el seno del partido, es decir, por la urgencia de asignarle una función particular en la coordinación de la lucha de los trabajadores a partir de sus características específicas. Arlt se había ocupado de dejar bien en claro que la función del intelectual no podía bajo ningún aspecto, desentenderse de la intencionalidad política en que se sustenta toda su producción. Es así como en su nota “Manuel Gálvez asustado”, discute con el artículo “Extremismo y Literatura” publicado por Gálvez en *Il Mattino D'Italia*, en donde se entroniza la literatura italiana por carecer de intencionalidad política. Gálvez representaba, según su ocasional detractor, el prototipo de intelectual burgués que atentaba contra el oficio de sus pares revolucionarios, razón por la cual debía ser combatido:

Gálvez voluntariamente, fisiológicamente constituye la rata que el autor de “Los Endemoniados” ridiculiza.

Medianía burguesa, con rentas, se inicia en la literatura con libejos liberaloides en una época en que ser liberal no es peligroso sino de buen gusto. Porque Gálvez tuvo su chifladura de anarquista en un tiempo. Cuando publicó Nacha Regules se creyó el sucesor de Dostojewsky. Y como es natural no escribía entonces que “debía prohibirse la entrada al país de libros peligrosos”, porque a él, personalmente, le encantaba haber escrito un libro que pareciera peligroso.⁵³

⁵⁰ R. Arlt, “El bacilo de Carlos Marx”, *Bandera Roja* (en adelante *BR*), I, N° 18, 18/4/1932, p. 2.

⁵¹ R. Arlt, “Ghioldi y el bacilo de Marx”, *BR*, I, N° 33, 4/5/1932, p. 2.

⁵² Idem.

⁵³ R. Arlt, “Manuel Gálvez asustado”, *Actualidad*, año I, N° 2, mayo de 1932, p. 10.

Aunque los denodados intentos de Arlt por destacar la importancia de los intelectuales para el triunfo de la revolución socialista lo llevaron a argumentar lógicamente a favor de la necesidad crucial de reservar para la cultura de izquierda un campo de acción propio, los políticos profesionales del PCA no estaban dispuestos a conceder razón a estas aspiraciones. A través de una nota firmada con el pseudónimo de Artero, un miembro aparente del PCA exponía su descontento frente a los supuestos enunciados por Arlt acerca de que el estudio constituía el mecanismo superior y exclusivo del intelectual respecto de otras instancias de formación política. Para Artero el propagandista revolucionario no podía desligarse de las necesidades cotidianas del proletariado, debía participar en las diversas formas organizativas de la clase obrera, compartir la calle en las luchas contra la burguesía, pero sin por ello descuidar el estudio.⁵⁴ Es decir, el estudio no se volvía una acción negativa, contraria a los principios revolucionarios, sino que podía colaborar en la preparación del proletariado para la defensa y promoción de sus intereses. El punto de divergencia determinante con la posición arltiana estaba en la centralidad y exclusividad que el escritor destinaba a la práctica del estudio como instancia de formación. Artero, al tiempo en que inscribe el estudio en una serie más amplia de momentos formativos del propagandista, no reconoce al intelectual en tanto trabajador, dado que lo presenta *por fuera* de la clase y con el deber de transitar, en un dejo obrerista, el derrotero del proletariado.⁵⁵ Se advierte, en este sentido, el modo en que el proceso de proletarización del partido iniciado por los comunistas en 1925 sentenció el rumbo que debían continuar sus lineamientos programáticos.⁵⁶ En sus diferencias, no obstante, tanto Arlt como Artero, comparten que el papel del intelectual consiste en la propaganda de los intereses y las luchas del proletariado desde su participación en el partido.

⁵⁴ Artero, "Contestando a Roberto Arlt", *BR*, año I, N° 21, 21/4/1932, p. 2. Diez años antes, en noviembre de 1922, la IC había establecido que los partidos comunistas se abocaran a la creación de escuelas, conferencias y cursos, dotadas de profesores y bibliotecas, a los fines de elevar el nivel educativo de los obreros. AAVV: *Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista. Segunda parte*, México D.F., Cuadernos de Pasado y Presente, N° 47, 1977, p. 259.

⁵⁵ La desconfianza de Artero en los intelectuales era puesta en evidencia con ironía por alguien que firmaba como "Uno de tantos" al sostener: "Estudiemos, pues. No tenga miedo el compañero Artero que después que estemos doctorados en comunismo nos guardemos herméticamente nuestro conocimiento! El saber de uno se irradia constantemente entre el ambiente en que actúa, aún sin querer, en la conversación corriente". "Refutando a Artero", *BR*, "N° 23, 23/4/1932, p. 2. Iguales reservas había tenido en 1924 Clara Zetkin, para quien aquellos no dejaban de ser "aliados vacilantes". AAVV, *V Congreso de la Internacional Comunista. Primera parte*, op. cit., p. 393.

⁵⁶ Es este acontecimiento histórico en la vida del PCA lo que lleva a Hernán Camarero a discrepar con Aricó en la delimitación del momento a partir del cual se habría profundizado de manera notable la inserción comunista en el movimiento obrero. Camarero, H., "Los comunistas argentinos en el mundo del trabajo, 1925-1943", op. cit., pp. 150-151; J. Aricó, "Los comunistas y el movimiento obrero", op. cit., p. 16.

La respuesta de Artero a Arlt es continuada por Rodolfo Ghioldi, quien para esta época -y debido al viaje al emprendido por Codovilla en 1931 que habrá de mantenerlo ocupado en el extranjero durante los próximos diez años- es el máximo dirigente del PCA. En un extenso artículo, publicado en dos partes,⁵⁷ Ghioldi caracteriza el artículo de Arlt como una expresión de “las inquietudes de una capa social densa e importante, que busca un puesto en la lucha de clases”: “la pequeña burguesía en general” y “la intelectualidad en particular”⁵⁸. Esta “capa social”, advierte, puede estar “ligada orgánicamente a los imperialistas” o bien “optar por la vecindad y compañía del proletariado”.⁵⁹ No obstante, sostiene que existe un temor latente entre la pequeña burguesía ante la dirección del proletariado y que, en consecuencia, su objetivo es establecer una alianza con la clase obrera bajo una dirección propia, pequeño-burguesa. Las derivas de los líderes universitarios de 1918 que terminaron trabajando para los “enemigos” (como el caso de Sánchez Viamonte, integrando el gobierno de Uruburu), demuestran para Ghioldi que “la pequeño-burguesía no puede dirigir al proletariado, ni marchar independientemente”, sino que “debe trabajar con el proletariado bajo su dirección”. En este sentido, señala como problema en Arlt su “teoría de las minorías selectas”. A partir de su argumentación, Ghioldi prescribe dos deberes para los núcleos intelectuales: renunciar a la teoría de la minoría selecta; emprender el estudio del marxismo-leninismo sin intentar ser la dirección.⁶⁰

La respuesta de Arlt llegó a través del artículo “Ghioldi y el bacilo de Marx”, al que se hizo referencia más arriba.⁶¹ Allí afirma Arlt que no admite discusión la apreciación de que “el intelectual pequeño-burgués no debe pretender orientar al proletariado sino orientarse con él”. No obstante, minimiza el carácter taxativo de esta afirmación al

⁵⁷ R. Ghioldi, “Sobre el «Bacilo de Marx»”, *BR*, año I, N° 24, 24/4/1932, p. 2; R. Ghioldi, “Sobre el «Bacilo de Marx»”, *BR*, año I, N° 25, 25/4/1932, p. 2.

⁵⁸ R. Ghioldi, “Sobre el «Bacilo de Marx»”, *BR*, año I, N° 24, 24/4/1932, p. 2.

⁵⁹ Con anterioridad, Víctor Serge había advertido que el intelectual tenía asignado un lugar de primer orden en el movimiento obrero revolucionario, “pero a condición de romper sin temores con la clase de que precede, burguesa o pequeña-burguesa, de transformarse realmente en un revolucionario”. V. Serge, “Los intelectuales y la revolución”, *Revista de Oriente*, año I, N° 5, noviembre de 1925, p. 20.

⁶⁰ No era mucha la originalidad que el dirigente comunista argentino podía reclamar para sus observaciones. En los mismos términos se había referido tres años antes Lozovsky, secretario general del Profintern, a una relación necesaria pero complicada en su complejidad que mediaba entre la clase obrera y los intelectuales: “Los intelectuales que van a la clase obrera para educarla, para ayudarla, para encontrar nuevos elementos y ponerlos a la cabeza del movimiento sindical, están con nosotros totalmente y marchamos juntos. Pero cada vez que hay un movimiento cualquiera, cada vez que vemos un movimiento intelectual pequeño-burgués que quiere colocarse al lado del movimiento obrero, que quiere tener la dirección espiritual, es preciso oponerse inmediatamente”. A. Losovsky, *El movimiento sindical latinoamericano (sus virtudes y sus defectos)*, Montevideo, Ediciones del Comité Pro-CSLA, marzo de 1929, p. 25.

⁶¹ Este artículo aparece encabezado por una advertencia firmada por la redacción de *Bandera Roja* en donde se manifiesta no estar de acuerdo con el contenido del artículo y se sentencia que la polémica debe quedar terminada con una futura respuesta de Ghioldi.

introducir la condición de que esto será así “siempre y cuando el proletariado sea marxista”. La salvedad que hacía aquí Arlt residía en su preocupación ante una realidad en la que el escaso conocimiento generalizado entre los obreros a propósito de las grandes ideas de la doctrina marxista –dirá que “de cien proletarios... 90 ignoran quién es Marx”–, el escritor se plantea cuál debería ser, ante tal estado de la situación, el camino a seguir por el intelectual comprometido: ¿debe ser “el de guía o el de...”?. Esta pregunta retórica sin segundo término de opción y el encadenamiento lógico en el que se inscribe, implica que Arlt no duda sobre cuál debe ser el papel del intelectual en ese contexto histórico, como afirma Saítta, sino que ya tiene una definición: los intelectuales deben ser la dirección. Sin embargo, Arlt incurría en una contradicción flagrante cuando, al mismo tiempo que estimaba la falta casi total de prédica marxista entre los obreros argentinos -requisito insoslayable en su plan para la intervención intelectual-, insistía en advertir una amplia difusión para la literatura marxista entre las clases oprimidas del país:

El otro día escribí en “Bandera Roja”, que los libreros manifestaban que los libros de más venta en la actualidad, eran aquellos relacionados con el estado de Rusia, y las novelas de carácter revolucionario, sobre todo las de post-guerra.

Se explica.

La gente se hartó de mentiras. Los escritores de clase burguesa, que se adobaron un estilo particular, una moral para satisfacción de críticos de periódicos “con ética”, viven retrasados en cincuenta años, en lo que se refiere a las necesidades del público, y entonces, decididamente desalentado, este público se ha volcado al libro extranjero. Y como los escritores de más circulación son marxistas en su credo político, puede comprenderse qué género de novelas escribirán. Aparte que son grandes escritores.

[...]

Si aquí se prohibiera la entrada de libros revolucionarios, sépalo una vez por todas, estoy seguro que hasta en las alforjas de los analfabetos encontraríamos volúmenes de ediciones clandestinas marxistas. Convéznase, la ola de fuego avanza, y únicamente los ciegos no lo ven.⁶²

En esto último, llevaba consigo bastante razón. La política editorial del comunismo puso en el orden del día la necesidad de acercar a sus lectores una amplia colección de textos de teoría marxista. En 1932 las revistas culturales comunistas publicitaban sus *Cursos de iniciación marxista*, destinados a quienes quisieran estudiar con método y en forma sistemática los grandes nudos del pensamiento revolucionario. También impulsó tiradas populares de folletos a cargo de las principales personalidades del comunismo mundial: Marx, Engels, Lenin, Stalin, Molotov, Radek. Pero también asignaba un

⁶² R. Arlt, “Manuel Gálvez asustado”, *Actualidad*, año I, N° 2, mayo de 1932, p. 11.

espacio importante a la difusión de obras literarias: Gorki, Castelnuovo, Arlt, Abramson. Por primera vez se editaba en lengua castellana la *Crítica al programa de Gotha*. Así, una interesante campaña de difusión de las ideas marxistas pretendía hacer mella en la magra formación cultural de los trabajadores. En 1930, el dirigente cominternista Stepanov había dicho que el nivel político y teórico del PCA estaba muy escasamente desarrollado. Causante de esto era el hecho de que la literatura marxista editada en español era muy poca.⁶³ La necesidad imperiosa de formar cuadros dotados de un conocimiento idóneo del acervo teórico marxista, así como la importancia dada a la elevación del nivel político e ideológico de los afiliados, hacían de la actividad editorial una cuestión de gran importancia para la vida y el desarrollo del partido.

No fue Ghioldi en solitario sino la redacción de *Bandera Roja* en su conjunto quien tomó la decisión de responder a Arlt. Por medio de la publicación del artículo “La cuestión Arlt”,⁶⁴ y tal como había anticipado, se da conclusión a la polémica. La redacción acuerda con las críticas que Artero y Ghioldi habían formulado a las argumentaciones de Arlt, en tanto encuentra en ellas la “persistencia de la ideología individualista pequeño-burguesa, que enfoca el problema social desde un punto de vista puramente individual y psicológico”⁶⁵. Estos mismos argumentos serán esgrimidos por la redacción para criticar a *Actualidad* en el artículo “¿«Marxismo» anti-comunista?”⁶⁶, en función de que la revista caracterizó al proletariado argentino como “desquiciado, desorganizado y desmoralizado por divisiones de secta, de capillas, de predominio personal, por intransigencias y otras lacras”. Concluye al respecto la redacción: “...debe seguirse con atención crítica cada tentativa de divulgar marxismo, porque no es la primera vez que, so capa de ello, se pasó de contrabando mercancía anticomunista”. Esta breve reyerta permite advertir los distintos grados de adhesión de las publicaciones a la dirección del PCA y cómo, en consecuencia, *Bandera Roja* intenta presentarse como el lugarteniente de la verdadera doctrina marxista y comunista, al configurarse como defensora de los intereses del proletariado y al acusar a todo otro intelectual o publicación que sostenga distintas perspectivas o caracterizaciones (como los casos de Arlt y *Actualidad*, dirigida por Castelnuovo), de vicios pequeño-burgueses.

⁶³ Versión taquigráfica de la intervención del delegado del Partido Comunista de la Argentina, Gálvez, en la Conferencia de los Partidos Comunistas de América Latina en Moscú, 2 de octubre de 1930, p. 30, Archivo IC, BCNA, r. 3, s. 17 [En francés]

⁶⁴ “La cuestión Arlt”, *BR*, N° 39, 10/5/1932, p. 2.

⁶⁵ *Idem*.

⁶⁶ LUC, “¿«Marxismo» anti-comunista?”, *BR*, N° 10, 10/4/1932, pp. 1, 4.

Asimismo, en la réplica que la redacción formula hacia Arlt, es posible percibir que se hace explícita la propuesta subyacente al artículo de Ghioldi respecto del carácter de la conducción del proletariado, a partir de una cita de las tesis del VI Congreso de la IC en el mes de julio de 1928, a las cuales el PCA había adherido en su VIII Congreso Ordinario de noviembre, en el cual se había sentenciado la liquidación de la crisis interna del partido a partir de la separación de José Penelón y sus seguidores: “[La] dirección proletaria de las masas explotadas, por intermedio de su parte más consciente, congregada en el PARTIDO COMUNISTA, se obtendrá a través de una lucha sin cuartel, despiadada, contra todas las ideologías adversas”⁶⁷. Se evidencia ahora en toda su dimensión el motivo de discrepancia irreconciliable entre Roberto Arlt y sus polemistas vinculados -por pertenencia o por colaboración- al PCA: cuál es el actor social que debe erigirse en la dirección del proletariado.

En la revista que quincenalmente editaba el Secretariado Sudamericano de la Internacional Comunista se había plasmado el centro nervioso de esta concepción de partido revolucionario y su relación con las masas trabajadoras que era adoptada por la dirección del PCA, al afirmar que “La base del partido comunista es la clase obrera. El partido comunista no es más que la fracción más consciente, la más activa y más revolucionaria de la clase obrera”⁶⁸. No obstante, si bien Ghioldi y el resto de los polemistas comunistas rebaten la posición elitista de Arlt que insiste en adjudicar a los intelectuales el rol de “minoría selecta” que debe dirigir al proletariado, en la tesis contra-argumentativa a la que recurre la redacción de *Bandera Roja* subyace la misma lógica que antes habían criticado en su interpelado, pero introduciendo una modificación sustancial. La dirección proletaria no deja, en la exposición de los miembros del PCA, de estar conformada por “su parte más consciente”, es decir, por una minoría que se distingue a partir de su mayor grado de conciencia. Entre esta perspectiva y la que defendía Arlt no había contrastes visibles. Sin embargo, la discusión trasciende, en última instancia, a propósito de quiénes son los que integran aquella minoría conciente. En la opinión de *Bandera Roja* esa minoría ya está “congregada en el PARTIDO COMUNISTA”. Pero Arlt no estaba afiliado, y en sus planes esa caracterización debía ser ocupada por los intelectuales en la vanguardia del movimiento revolucionario de masas.⁶⁹ De aquí se desprende una consecuencia de suma

⁶⁷ “La cuestión Arlt”, *BR*, N° 39, 10/5/1932, p. 2.

⁶⁸ “Estructura de la organización del partido y modificaciones a las directivas sobre la estructura del partido”, *LCS*, año I, N° 9-10, 15-30/8/1926, pp. 40-41.

⁶⁹ La participación por parte de un grupo nutrido de intelectuales y artistas en la defensa de algunas de las banderas que levantaba el comunismo no fue una característica distintiva de la Argentina. En Francia, por

importancia para comprender la evaluación de los condicionamientos organizativo-revolucionarios que acompañó y justificó el trazado de las diferentes tácticas que adoptó la dirección comunista ante la emergencia de coyunturas cambiantes.

Si consideramos que Ghioldi había tenido una entrevista con Elías Castelnuovo y Arlt a partir de la cual comienzan a escribir en el naciente diario *Bandera Roja*,⁷⁰ no es descabellado imaginar la posibilidad de que tanto Ghioldi como Castelnuovo y Arlt estén considerando la incorporación de estos últimos al PCA. Y, en este sentido, lo que están discutiendo Arlt y Ghioldi, a partir de una base de presupuestos comunes, no es la autonomía de la cultura respecto del partido, sino las condiciones en que intelectuales que ya disponen de un capital simbólico conformado por fuera del partido ingresan a la estructura partidaria. Es decir, la disputa gira en torno de la distribución de los espacios dirigenciales al interior del mismo: ¿los intelectuales que se incorporan al PCA deben subordinarse a direcciones ya establecidas, tal como sostiene la redacción de *Bandera Roja*, o por su condición de “estudiosos” y su erudición marxiana son una “minoría selecta” que deben ser la guía del proletariado y, en consecuencia, dirección del partido?

Entender la polémica en este marco, permite ser fiel a los términos de la discusión, sin exagerar la “pretensión arlteana de otorgar una funcionalidad autónoma a la cultura” ni minimizar el “papel relevante” para los intelectuales que imagina Arlt, que no es otro que ser la dirección política del proletariado en busca de su revolución.

4.5. El rol del intelectual revolucionario en tiempos de dependencia: las polémicas Barletta-Moog y González Tuñón-Moog

citar un ejemplo, los casos en que emergieron “compañeros de ruta” fueron bastante resonantes. Cf. François Dosse, *La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales, historia intelectual*, Universitat de Valencia, 2006, p. 73. Por otra parte, la independencia de Roberto Arlt, cercano a las posiciones antifascistas defendidas por los comunistas pero no afiliado al partido, le permitió intervenir activamente en otras publicaciones culturales. Así, no mediaron inconsistencias lógicas ni abandonos tácticos cuando años más tarde participó en las páginas de la revista *Argentina Libre*, cuyas posturas a favor de la democracia partían de puntos de vista distintos a los del escritor. Andrés Bisso, *El antifascismo argentino*, Buenos Aires, Buenos Libros-CeDInCI Editores, 2007, p. 94. El texto en cuestión, firmado por el autor de Arlt, es “Fosco, o la economía política al revés”, incluido en la estupenda obra compilatoria de Bisso, pp. 623-627 [publicado originalmente en *Argentina Libre*, año I, N° 36, 7/11/1940, p. 13].

⁷⁰ Dice Daniela Lucena: “...en vísperas de la publicación de *Bandera Roja*, Ghioldi se entrevista con Arlt y Elías Castelnuovo en el local del Teatro del Pueblo dirigido por Barletta, a raíz del manifiesto por la Unión de Escritores Proletarios que ambos habían organizado. Luego de esa reunión Arlt y Castelnuovo comienzan a escribir para el diario comunista”. En “Arte y comunismo argentino: debates estéticos y políticos en la década del ‘30”, en *V Jornadas de Jóvenes Investigadores*, Facultad de Ciencias Sociales (UBA), Instituto Gino Germani, 2009. [Recuperado de http://www.iigg.fsoc.uba.ar/jovenes_investigadores/5jornadasjovenes/EJE4/Mesa%202/Lucena.pdf]

El rol del intelectual fue, asimismo, protagonista en otra polémica de porte: aquella que encontró a Carlos Moog, intelectual orgánico del PCA,⁷¹ discutiendo con el por entonces director del Teatro del Pueblo, Leónidas Barletta. El disparador de la compulsa teórica fueron las expresiones volcadas por este último en su revista *Metrópolis*, donde había clamado por un arte profiláctico, desentendido del desarrollo de la lucha de clases, en el cual la práctica intelectual y artística no tenía por qué hallarse atravesada por las concepciones ideológicas del intelectual y del artista. Barletta concebía un arte que se consumía en el goce estético, y ello resultaba merecedor de toda suerte de agravios en la perspectiva opuesta de Moog, favorable a la idea de un arte indisociable del devenir social y de la consiguiente postura ideológica del artista. Lo interesante aquí es la posibilidad de advertir en la postura defendida por el intelectual comunista la adopción de un paradigma de lucha de clases en dos planos, uno material o físico y otro ideológico o intelectual, en donde tiene lugar para el campo del activismo cultural la reproducción de la misma estrategia que se adopta para llevar adelante la confrontación en la lucha política y económica:

Hoy por hoy el pensador y el artista se hallan ante un dilema fatal, del que no pueden escapar, pues ante ellos solo existen dos caminos para seguir: o están con el proletariado o están con la burguesía. O son revolucionarios desembozadamente, y todas sus ideas, todos sus actos, toda su propaganda pertenecen por entero al bloque proletario que enfrenta al bloque burgués, o bien integran, consciente o inconscientemente, este último, participando así del papel conservador y obstructivo de servir y defender todo lo viejo y consagrado que tiene el mismo. *El término medio no existe hoy, prácticamente.* [...] Así, del mismo modo que en política todo lo que se declara “apolítico” es indudablemente conservador, el pensador y el artista *independientes*, (aunque ellos no lo sepan), hacen el juego a la burguesía con su “neutralidad”, la que desaparece por tal motivo, y entonces, tácitamente pasan a formar parte de uno de los dos bloques que luchan en estos momentos: el de los reaccionarios y contra-revolucionarios [...].⁷²

A través de sus afirmaciones, Carlos Moog demostraba de manera cristalina cómo podía -y debía- realizarse la traducción de la consigna del *tercer período* en la esfera del arte y la cultura. Moog adscribía a una concepción del arte como reflejo exclusivo de la ideología, y de la ideología como reflejo de la base económica.⁷³ Así, la actividad

⁷¹ Utilizamos este concepto en el sentido dado por Gramsci, referido a aquellos trabajadores cuyo trabajo se compone mayormente del ejercicio de sus facultades intelectuales y que se hayan estrechamente vinculados a alguna de las clases fundamentales que componen una sociedad a través de su contribución a la consecución de sus principales aspiraciones ideológicas. Cf. Antonio Gramsci, *Los intelectuales y la organización de la cultura*, México D.F., Nueva Visión, 1997, pp. 9-27.

⁷² C. Moog, “El Arte y nuestras ideas sociales”, *Actualidad*, año I, N° 3, junio de 1932, pp. 40-41.

⁷³ Cf. C. Moog, “El Arte y nuestras ideas sociales”, *Actualidad*, año I, N° 4, julio de 1932, pp. 29-32.

cultural del comunismo quedaba supeditada a las disposiciones emanadas desde la *praxis* política.⁷⁴ La misma acción cultural, por la fuerza de las circunstancias, nunca podía tomar distancia respecto de las construcciones teórico-políticas existentes; antes bien, aquella era asumida como un dispositivo al servicio de estas últimas. De lo que se trataba era de hacer explícita esta relación y de tomar conciencia de su trascendencia. Esta misma necesidad de compromiso conciente fue la que sirvió de centro a la argumentación de Moog en su compulsa con el eclecticismo de *Contra*. La acción proletaria encontraba en esta exposición una única vía para desenvolverse: el correlato mecánico entre la posición política oficial adoptada nacionalmente, la que a su vez se hallaba subordinada a la política oficial soviética cuya aplicación era decretada internacionalmente. El marxismo incipiente -e incluso “ingenuo”, tan colmado de buenas intenciones como se hallaba- de Raúl González Tuñón podía ser superado tan sólo mediante el reconocimiento de la trascendencia de las consignas del VI Congreso de la IC para todos los campos de la actividad social:

Y no existiendo, en los instantes actuales, más que un solo camino de lucha desde el cual se combate a la burguesía, sin tregua, en forma implacable, verdaderamente “clase contra clase”, sin concesiones ni claudicaciones, es en este terreno, el del marxismo-leninismo, en donde debe referirse y actuar el escritor verdaderamente revolucionario, que no lo sea de café y de palabras.⁷⁵

En definitiva, los intelectuales orgánicos del PCA hacían bandera de la rígida lectura que de la realidad sociopolítica elevaba el comunismo soviético, asumiendo como un dogma la división planetaria entre comunismo y fascismo. Es bajo este mismo espíritu que los comunistas y sus seguidores deciden fundar el Teatro Proletario, cuyo objetivo era el de contrarrestar los efectos de aquel teatro burgués que era la cristalización de la fórmula del “arte puro” o “arte por el arte mismo”. Del mismo modo, el artista plástico Facio Hebequer, quien expuso sus obras en sindicatos y en la Unión Soviética, es presentado por el partido como el paradigma del artista genuinamente proletario,⁷⁶ en

⁷⁴ En este sentido, Antonio Fernández García observaba con atino que “La cultura a la soviética se convirtió en un instrumento más de la propaganda”, pero enseguida agrega que así lo hacía “aunque se aureolara su misión con el timbre de defensa del socialismo”, ante lo que cabe preguntarse en qué sistema y bajo qué régimen un instrumento de la propaganda oficial no se encolumna detrás de las promesas que dice encarnar. A. Fernández García, “Auge y caída del comunismo”, en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, N° 21, 1999, p. 128.

⁷⁵ C. Moog, “Contra «Contra»”, *Contra. La revista de los franco-tiradores*, año I, N° 3, julio de 1933, p. 12.

⁷⁶ Anticipándose a esta canonización, Castelnuovo había trazado un lazo parental entre el pintor argentino y el realista ruso Máximo Gorki. Cf. E. Castelnuovo, “Un pintor gorkiano: Guillermo Facio Hebequer”, en *Inicial*, año I, N° 6, Buenos Aires, septiembre de 1924, pp. 45-56.

contraposición a “la concepción burguesa de un Barletta o conciliadora -“centrista”- de un Córdova Iturburu.⁷⁷ Esta intención de generar manifestaciones culturales que sostuvieran la línea del nuevo arte revolucionario de la Unión Soviética, también se evidencia en las iniciativas de *Bandera Roja*, el cual, para financiarse, realiza festivales en donde proyectan películas del cine soviético, de las que destaca la redacción, por ejemplo, su “categoría artística e intención social”, en el caso de *Cama y sofá*, de Abram Room,⁷⁸ o el hecho de que traten un “tema interesante y sugerente” como “el amor libre”, en el caso de *La tempestad amarilla*, de Vsevolod Pudovkin.⁷⁹ Según informa el diario en números siguientes, estos festivales desbordaban de público, a punto tal que más de mil personas se quedaban en la puerta del teatro al no haber podido conseguir localidad.⁸⁰ Estos eventos culturales de apoyo al diario, no sólo se realizaban tan sólo en la Capital Federal, sino que muy pronto llegaron a organizarse eventos en apoyo de *Bandera Roja*, por ejemplo, en la ciudad de Mar del Plata y en el partido bonaerense de San Martín.⁸¹ La proyección de películas soviéticas como actividad básica del PCA para, en primer lugar, la discusión y la propaganda entre los espectadores, pero también como espacio propicio para la difusión y distribución de los periódicos oficiales del partido, era una práctica habitual que había sido ejercida con anterioridad. El cine soviético, de tal modo, había animado por caso la celebración de un 1º de mayo de finales de la década de 1920 incluso en la pequeña ciudad santafesina de Rufino, ocasión que había sido aprovechada también para vender y promocionar *La Internacional*.⁸²

Esta afición de Moog por los lineamientos del PCUS también se percibe en la polémica que establece con Raúl González Tuñón, en la revista *Contra*, cuyos cinco números se publicaron entre abril y septiembre de 1933. Urge señalar aquí que esta publicación, si bien nació animada en la intención de que pudieran converger en ella las

⁷⁷ “La muestra de Facio Hebequer”, *Actualidad*, año I, N° 6, agosto de 1932, p. 23.

⁷⁸ Resulta interesante, destacar el hecho de que en abril de 1927 esta misma realización fílmica había sido cuestionada con ahínco por los censores del PCUS tras considerar que, en su representación de las costumbres contemporáneas presentes en el modo de vida propio de la clase obrera moscovita, se había plasmado una perspectiva burguesa. Peter Kenez, “The Cultural Revolution in Cinema”, in *Slavic Review*, Vol. 47, N° 3, Autumn, 1988, pp. 417-418. No obstante, la película de Room adquiriría un status de mito para la historia del cine soviético ya en los años inmediatos posteriores a las objeciones recibidas. Esto da cuenta del estado volátil y cambiante de una cultura en proceso de cimentación, que, al igual que en el resto de las esferas de la vida soviética, debía realizarse sin la posibilidad de tomar parámetros preexistentes. Era factible, por tanto, que se sucediera por momentos toda una suerte de giros inesperados.

⁷⁹ “Mañana en el Excelsior: festival de ‘Bandera Roja’”, *BR*, I, N° 1, 1/4/1932, p. 4.

⁸⁰ “Fue grandioso el festival de anoche”, *BR*, año I, N° 3, 3/4/1932, p. 4.

⁸¹ “Hoy se realizará en el Cine Alberdi un festival por ‘Bandera Roja’”, *BR*, N° 8, 8/4/1932, p. 2; “En San Martín habrá un acto de ‘Bandera Roja’”, *BR*, año I, N° 6, 6/4/1932, p. 4.

⁸² Luis de Salvo, *Ejemplar dirigente obrero. Testimonios de un militante ferroviario y del movimiento de jubilados*, Buenos Aires, Anteo, 1984, p. 17.

distintas voces de la izquierda argentina, lo cierto es que, a pesar de su breve existencia, el comunismo logró rápidamente imponer su hegemonía.⁸³

La polémica, al igual que aquella que analizamos con anterioridad, se desarrolla en torno del problema de la función del intelectual. González Tuñón, director de *Contra*, publicó en el primer número de la revista un artículo en donde intenta dar fundamento a su labor intelectual. En este sentido, desarrolla dos posibles “posiciones ideales” para el “escritor valiente”:

1º: Si cree [el escritor valiente] que vivimos en un país semicolonial, esperar a que la revolución se extienda a Inglaterra, Francia, Alemania. [...] Mientras, debe hacer propaganda desde el libro, el diario, la revista, la calle, para tratar de crear conciencia revolucionaria.

2º: Si cree que la revolución es posible en Sud América, afiliarse al Partido Comunista y luchar por la revolución.⁸⁴

González Tuñón explicita su postura y concluye: “Yo estoy ahí, en donde esos caminos se abren. Confieso con honradez que me inclino a elegir el primero”.

Moog responde el breve texto de González Tuñón con el extenso artículo “Contra *Contra*”, publicado en dos partes, en los números 3 y 5 de la revista (correspondientes a los meses de julio y septiembre). Allí desacredita el artículo de González Tuñón dado que, si bien lo califica como “sincero y entusiasta”, encuentra en él “unas serie de afirmaciones completamente arbitrarias y confusionistas”. Moog critica que no se trata de “creer” si la Argentina es o no es un país semicolonial, ni de adoptar una “posición ideal” como escritor, como sostiene Tuñón, sino que “el escritor que [...] desee luchar contra la burguesía, bajo la dirección del proletariado, debe adoptar una posición CLARAMENTE DEFINIDA, INSOSPECHABLE” y que “no existiendo [...] más que un solo camino de lucha [...], [el camino de la] *clase contra clase*, es en este terreno [...] en donde debe definirse y actuar el escritor verdaderamente revolucionario”⁸⁵. Asimismo, sostiene Moog que el intelectual “está en la ineludible obligación de estudiar, y muy bien, muy a fondo, la realidad social [...] utilizando para ello el método científico del materialismo dialéctico”, en tanto “un riguroso análisis marxista [...] del país en que reside es quien ha de demostrarle, científica y exactamente, si se encuentra o

⁸³ Cf. S. Saítta, “Polémicas ideológicas, debates literarios en *Contra. La revista de los franco-tiradores*”, Estudio Preliminar a *Contra. La revista de los franco-tiradores*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 2005, pp. 13-33.

⁸⁴ R. González Tuñón, “Algunas opiniones que explican algunas actitudes”, *Contra*, año I, N° 1, abril de 1933, p. 6.

⁸⁵ C. Moog, “Contra «Contra»”, *Contra. La revista de los franco-tiradores*, año I, N° 3, julio de 1933, p. 12.

no en un país colonial [...]. De este estudio surgirá, irrefutablemente, la acción revolucionaria”⁸⁶. Una vez más, es posible advertir que desde el PCA se reconoce el valor del estudio, desde un abordaje cientificista, para las prácticas militantes revolucionarias en tanto permite, desde su perspectiva, abandonar las *creencias* y aprehender la *verdad* de un momento histórico.

La concepción referida a la actividad cultural que procuró normalizar el PCA durante el fin de la década de 1920 y la primera mitad de los años ‘30, ¿quedaría trastocada tras la institucionalización soviética de la doctrina del “realismo socialista” y -sobre todo- con el abandono de la línea de “clase contra clase”? ¿Perdería finalmente la cultura su lugar subsidiario frente a la política y la economía, o esta sujeción encontraría una nueva forma de reproducirse? Intentaremos responder estos interrogantes a continuación.

4.6. La *intelligentsia* soviética se transforma: el Primer Congreso de Escritores Soviéticos en la configuración del “realismo socialista”

El rol del intelectual soviético fue genéticamente distinto al rol del intelectual occidental. Uno y otro nacieron y se desarrollaron en ambientes muy diferentes, lo que contribuyó a dar a cada uno su fisonomía y su funcionalidad específicas. Comparando ambos casos, Raymond Aron destacaba en un estudio clásico que en la Rusia pre y posrevolucionaria los *intelligenty* eran “los ingenieros del alma”, concepción que distaba mucho del profesional de “las artes y las letras” que era el intelectual occidental.⁸⁷

Las características más salientes del *intelligent* consisten en, por una parte, el ejercicio de pensamiento autónomo a partir de su dominio de la alta cultura, y, por la otra parte, la oposición crítica a las formas autocráticas. Este último elemento se vio modificado cuando, tras el triunfo de la revolución bolchevique, el incipiente gobierno revolucionario “proclamó oficialmente que lo que llama *intelligentsia* es uno de los tres pilares del orden socialista, junto con el proletariado y el campesinado”.⁸⁸ Lo más importante en la transformación de las características propias de los *intelligenty* consistió en el hecho de que durante el stalinismo más maduro, posterior a 1929,

⁸⁶ Idem.

⁸⁷ Raymond Aron, *L'opium des intellectuels*, Paris, Hachette, 1991, p. 218. Para un análisis más exhaustivo sobre las especificidades de la *intelligentsia* rusa ver Nicolas Berdiaev, “Formation de l'intelligentsia russe et son caracteres. Slavophilisme et occidentalisme”, en *Les sources et le sens du communisme russe*, France, Gallimard, 1951, pp. 30-64.

⁸⁸ Martin Malia, “¿Qué es la *intelligentsia* rusa?”, en Juan Marsal (comp.): *Los intelectuales políticos*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1971, p. 26-27.

perdieron el lugar de oposición que tradicionalmente venían ocupando. El “realismo socialista” fue la cristalización más acabada de esta situación en que la *intelligentsia* fue reprimida primero y domesticada después.

La doctrina del “realismo socialista” fue definida por primera vez en agosto de 1934 durante el Primer Congreso de la Unión de Escritores Soviéticos. El Congreso entregó su definición de lo que era el “realismo socialista”, la cual iba a mantenerse en los mismos términos a lo largo de toda su existencia, y que consistía en demandar a los artistas la representación de la verdad entendida como “la realidad en su desarrollo revolucionario”.⁸⁹ El materialismo histórico demostraba así su incompatibilidad con el historicismo. El sentido de la historia quedaba reducido dentro del esquema que le asignaba el marxismo stalinista a advertir el movimiento impreso en la marcha de la sociedad soviética hacia el comunismo. A través del análisis de las prácticas concretas de la doctrina del “realismo socialista” plasmadas en representaciones cinematográficas, Peter Kenez⁹⁰ destaca que el artista soviético debía desarrollar la habilidad de ver en el presente el germen del futuro comunista. Con este supuesto se esperaba que el marxismo fuera no solamente una herramienta útil para interpretar el pasado y el presente, sino que también permitía predecir el futuro. En otras palabras, el arte había de contribuir ya no en la creación de las condiciones necesarias para llevar a cabo transformaciones sobre la realidad social, sino, antes bien, en la creación de la realidad social futura misma. El problema relativo a cómo conciliar, en esta inoculación de un sistema de causas finales en el *corpus* marxista, el mundo realmente existente con un mundo existente en el plano ideal, podía ser salvado mediante la trasmutación subrepticia del primero por el segundo. En esto mismo residía el poder y la eficacia del “realismo socialista”. Por otra parte, quedaba claro en esta diagramación que el arte socialista debía asumir una misión pedagógica. No alcanzaba con que se generara un tipo de arte puramente volcado al entretenimiento, sino que el consumo de las producciones artísticas tenía que contener en gran medida una finalidad educativa. Tanto así que terminó ocurriendo lo contrario: el arte soviético operó en primer lugar como dispositivo educativo, y en segundo lugar como un medio de entretenimiento pasible de llegar al grueso de las masas. La validación de todo un cúmulo de

⁸⁹ Andrei Zhdanov, “El realismo socialista”, en Adolfo Sánchez Vázquez (comp.), *Estética y marxismo*, t. 2, México, Era, 1970, p. 239. Para una crítica del “realismo socialista” desde la literatura soviética, cf. Anónimo Soviético [Andrei Siniavsky], *¿Qué es el Realismo Socialista?*, Buenos Aires, Sur, 1960, pp. 116-117, 122.

⁹⁰ Peter Kenez, “Socialist realism, 1933-1941”, *Cinema and Soviet Society, 1917-1953*, New York, Cambridge University Press, 1992, pp. 157-185. Cf. también Marc Ferro, “Ficción y realidad en el cine. Una huelga en la vieja Rusia”, *Cine e Historia*, Barcelona, Gustavo Gili, 1980, pp. 40-45.

representaciones de un mundo idealizado carente de conflicto social como parte constitutiva central de la realidad concreta había sido uno de los objetivos de largo plazo que el Agitprop había asumido algunos años antes de su encasillamiento dentro de la égida del “realismo socialista”.⁹¹

Con anterioridad a la unidad concertada en el Congreso de Escritores Soviéticos, los narradores y ensayistas comunistas de la Unión Soviética se habían agrupado en torno de la Asociación Pansoviética de Escritores Proletarios (VAPP, según siglas eslavas). Conducida por el grupo Octubre, la VAPP tenía como propósito central luchar contra las tendencias literarias burguesas. A comienzos de 1928 Stalin decidió que la VAPP, “brazo literario” del Plan Quinquenal, se constituyera en el instrumento clave para la difusión de la revolución cultural que se hallaba en proceso de construcción.⁹² Una vez que se consideró este objetivo cubierto, la VAPP continuó en funciones, transgrediendo la naturaleza temporal con que había sido dada a luz. Fue por entonces que el Comité Central del PCUS, hasta el momento del “triunfo proletario” en el mundo de las artes erigido en su más encumbrado promotor, decidió quitarle su apoyo e impulsar su disolución, que tuvo lugar el 23 de abril de 1932.

Constituye en este episodio una paradoja histórica el hecho de que la decisión de la dirección soviética se basó en la consideración de que la VAPP estaba ejerciendo una injerencia demasiado fuerte sobre los escritores, excediendo su papel primigenio de guías para la correcta realización de su actividad. Con este precedente, cabría haber esperado que la creación de una Asociación Única de Escritores Soviéticos partiera del reforzamiento de aquellos puntos débiles por los cuales su antecesora había sucumbido. No obstante, la experiencia fue exactamente la contraria. Los artistas soviéticos pronto encontrarían reducidos los espacios de intervención para sus prácticas.

El abandono del ultraizquierdismo decidido en el VII Congreso de la IC no se produjo de la noche a la mañana. Aún en los días en que se celebraba el encuentro de escritores soviéticos, la cultura seguía siendo percibida bajo la óptica de un clasismo irreconciliable. De esta manera, para algunos la neutralidad política de la cultura no había dejado de ser una falacia de la burguesía, una clase que, habiendo perdido todo viso de progresismo, había tomado definitivamente partido por las reacciones económica y política, pero también cultural.⁹³ La producción artística implicaba

⁹¹ Vladimir Brovkin, *Russia after Lenin. Politics, Culture and Society, 1921-1929*, London and New York, Routledge, 2005, p. 84.

⁹² Cf. J. C. McClelland, op. cit., p. 425; O. Figes, *El baile de Natacha*, op. cit., pp. 560-569.

⁹³ Cf. V. Kirpotin, “El Realismo Socialista”, en AAVV: *Congreso de Escritores Soviéticos de Moscú. Agosto de 1934*, Montevideo, Centro de Trabajadores Intelectuales del Uruguay, 1935, pp. 125-134.

forzosamente el posicionamiento político de su autor. La cuestión de clase resultaba así inherente a la creación cultural, y era precisamente el punto de vista de la clase obrera el que debía ser abordado por el “realismo socialista”:

La temática del realismo socialista no es puramente una demostración objetiva sobre esto o aquello que se expresa en la producción artística. Ella encierra también en sí el momento de la relación práctica del autor con lo descrito y define su posición política de clase, en forma absolutamente natural, por aquello de que la unidad y la relación práctica del autor realiza la descripción de la lucha actual de la clase obrera, que deviene el problema más importante, no sólo para el espectador y el lector sino también para el mismo autor.⁹⁴

El arte proletario continuaba así teniendo asignado un papel de primer orden dentro del plan socialista para la destrucción del capitalismo.

Como cabe suponer, los escritores reunidos en agosto y septiembre de 1934 intentaron dar una imagen idílica del propósito que se proponían llevar adelante. En una fórmula que se esforzaba en combinar autonomía con teleología, el escritor antifascista Vladimir Pozner, futuro admirador las mismas formas del surrealismo que serían suprimidas dentro de la Unión Soviética, resumía la difícil tarea que a partir de la celebración de su Primer Congreso tenían por delante los escritores soviéticos en la necesidad de “confeccionar un método, -especie de guía común del Arte- dejando librado de crear a su antojo en la más absoluta libertad de procedimientos, gustos y modos a los artistas”, y sentenciaba que dicho método era el “realismo socialista”, del cual “surge el mundo en movimiento, no sólo el mundo tal cual es, sino aquel que debe ser y el que será”⁹⁵. La literatura se inauguraba así en el desarrollo de una práctica que no ponía el énfasis en la descripción, sino en la transformación inmediata del mundo. Pero también marcaba diferencias el arte socialista respecto de la esencia y las finalidades del arte burgués. A su turno en el Congreso, Nikolai Bukharin había concluido su exposición destacando que “el realismo socialista es el método de creación artística y el estilo del arte socialista que representa el mundo verdadero y el mundo de los sentimientos humanos; estilo que se distingue del realismo burgués, tanto por el contenido de los objetos de la representación artística, como por las particularidades del estilo mismo”⁹⁶. Pocos meses más tarde quedarían borradas las distancias entre una cultura burguesa y una cultura proletaria, sin que ello significara el renunciamiento a las

⁹⁴ V. Kirpotin, “La Dramaturgia Soviética”, en ídem, p. 118.

⁹⁵ Cf. Vladimir Pozner, “Introducción”, en ídem, p. 17.

⁹⁶ N. Bujarin, “La Poesía y el Realismo Socialista”, en ídem, p. 91.

demás condiciones del “realismo socialista”, es decir, la contribución del arte y la literatura, mediante la construcción en el plano abstracto de la realidad socialista futura, al proceso de transformación de la realidad social existente en el tiempo presente.

4.7. La estrategia de “frente popular” en la política cultural del PCA

El “realismo socialista” logró hacerse en la Unión Soviética con el monopolio del campo artístico. Ello fue posible porque gozaba de la connivencia de la dirección partidaria, que si bien no lo había originado lo alentaba en su crecimiento. Así, el arte abstracto y el surrealismo quedaban prohibidos bajo el pretexto de que se trataba de manifestaciones burguesas.⁹⁷ Los artistas que se mantenían dentro de los parámetros trazados por el “realismo socialista” terminaban siendo los únicos habilitados para poner a circular sus trabajos. En esta dominación casi absoluta del campo cultural soviético residía el poder de esta doctrina, pero también en ella reposaba su supeditación a la política del aparato estatal y del partido. Vale decir que cuando la IC adopta un año más tarde la oficialización de la orientación de “frente popular”, el PCUS dispone ya bajo su ala del control absoluto de los procesos creativos. Ahora bien, ¿cómo respondería el PCA a esta nueva postura de su homólogo soviético?

En noviembre de 1934, los comunistas que intervienen en la revista del partido *Actualidad*, describen la realización del Primer Congreso de Escritores Soviéticos y lo presentan como “el Octubre de la literatura internacional”⁹⁸. La nota reproducía el discurso pronunciado en aquella ocasión por Máximo Gorki. Se trataba nada menos que de quien, con anterioridad a la oficialización del “realismo socialista”, había alcanzado - junto a Dimitri Furmanov, autor de la célebre novela *Chapaev*- el status de máximo representante de dicha corriente. Su obra *La madre* constituía el modelo ideal de los cánones que a partir de agosto del ‘34 pretendía el régimen soviético para las producciones artísticas. De este modo, el hecho de que en primer término se transcribiera la intervención completa del escritor ruso resultaba ser producto de una intención deliberada. En el mismo número de la revista se incluía un artículo de Carlos Moog, intelectual orgánico del PCA, sosteniendo que el Congreso de Escritores había conseguido cristalizar la unificación de intereses correspondientes a nacionalidades totalmente diversas -otrrora oprimidas bajo el zarismo-, al tiempo que lograba profundizar entre ellas un amalgamamiento ideológico.⁹⁹

⁹⁷ P. Kenez, *Cinema and Soviet Society*, op. cit., pp. 157-159.

⁹⁸ “Primer Congreso de Literatura Soviética”, *Actualidad*, año III, N° 7, noviembre de 1934, p. 5.

⁹⁹ Idem, p. 34.

Emergió junto a la política frentepopulista el “compañero de ruta” como nuevo actor político, es decir, el acompañamiento y el apoyo ideológico recibidos por los emprendimientos unificadores comunistas desde todo un cúmulo de intelectuales, científicos, artistas, y miembros de las distintas profesiones liberales en general, que integraban la clase media.¹⁰⁰ Retomando el concepto *instrument de connaissance* esbozado por Paul Nizan, Ludmila Stern destaca que el proceso de aprehensión de las producciones literarias y artísticas soviéticas realizado por los intelectuales occidentales les incapacitó para distinguir entre la realidad y la ficción, lo que condujo a la creación de un “mito cultural de la Unión Soviética”.¹⁰¹ Efectivamente, el apego a las ideas izquierdistas en los años '30 trascendía en la Argentina el círculo de la clase obrera, puesto que un segmento nada desdeñable de la clase media llegó a experimentar cierta fascinación por los logros económicos de la Unión Soviética en tiempos en que el capitalismo mundial parecía hallarse cercado por sus propias contradicciones.¹⁰²

El ámbito de la cultura, imbuida por la depresión mundial del capitalismo, no podía sino producir obras artísticas que cristalizaran y transmitieran una profunda sensación de congoja y desilusión. Tratando de encontrar un lugar donde encajar, muchos miembros de la esfera intelectual y artística comenzaron a desarrollar una suerte de atracción por lo exótico de las civilizaciones extraeuropeas antes ignoradas.¹⁰³ Pero la decadencia sufrida por las ideas y los valores europeos abría un campo de posibilidades para la emergencia y el desarrollo de un patrón cultural representativo de las sociedades americanas. La razón había sido desacralizada por el propio racionalismo, dando por tierra con la eficacia del mito hasta entonces amparaba con tanto éxito el proyecto civilizatorio de la burguesía. En esta misma dirección apuntaba la apreciación de José Carlos Mariátegui cuando sostenía que el “alma desencantada” de Ortega y Gasset y el “alma encantada” introducida por Romain Rolland eran en realidad dos partes constitutivas de una misma existencia: la primera correspondía a “la decadente civilización burguesa”; la segunda, a “los forjadores de la nueva civilización”.¹⁰⁴

¹⁰⁰ Víctor Alba, *Historia del Frente Popular (Análisis de una táctica política)*, México D.F., Libro Mex Editores, 1959, p. 109.

¹⁰¹ Ludmila Stern, op. cit., p. 12.

¹⁰² Ver E. Adamovsky, *Historia de la clase media argentina, Apogeo y decadencia de una ilusión, 1919-2003*, Buenos Aires, Planeta, 2009, p. 236; Susana Biasi, “Los intelectuales y sus opciones en la década de 1920”, en *Épocas. Revista de Historia*, N° 3, Buenos Aires, Universidad del Salvador, 2010, p. 245.

¹⁰³ Ver Juan Pablo Fusi Aizpúrua, “La crisis de la conciencia europea”, en Mercedes Cabrera, Santos Juliá, Pablo Martín Aceña (comps.): *Europa en crisis, 1919-1939*, Madrid, Pablo Iglesias, 1991, pp. 327-341.

¹⁰⁴ José Carlos Mariátegui, “La emoción de nuestro tiempo”, en *Sagitario*, año I, núm. 2, La Plata, julio-agosto de 1925 [redactado en Lima en junio de 1925], p. 182.

En el nuevo esquema programático, el PSA y el PCA debían buscar su solidaridad para enfrentar con más fuerza al enemigo común. El camino dirigido a concretar la unidad entre el PSA y el PCA era complejo en extremo. Mediaba entre ambos partidos todo un pasado reciente y continuo de fuertes acusaciones cruzadas. El ultraizquierdismo defendido por el comunismo desde 1928 no había hecho más que acrecentar la desconfianza socialista. Por su parte, el PSA no se había guardado en ningún momento de reclamar ante el comunismo la presencia de intereses y metodologías de acción extranjerizantes.¹⁰⁵ Pese a ello, el PCA puso mucha atención a lo que sucedía durante la celebración del VII Congreso Extraordinario del Partido Socialista, ya que allí se consumaba el distanciamiento entre una mayoría anquilosada y una minoría propensa a participar en la lucha antifascista.¹⁰⁶ Pero cuando en el Congreso del PSA celebrado en Santa Fe en 1934 el ala izquierda socialista reclama la politización de las organizaciones gremiales y su discurso se orienta a la transformación revolucionaria de la sociedad argentina, la dirección la acusa de estar actuando bajo el influjo de comunistas infiltrados para preparar la implosión del PSA.¹⁰⁷ Vale decir que si el traspaso hacia una orientación política colaborativa que implicara una transformación total respecto de las directivas sectarias¹⁰⁸ hasta entonces justificadas con ahínco en su implementación había sido difícil de asimilar para los propios afiliados al PCA, tanto más complicado iba a ser para el resto de los partidos y fuerzas de izquierda aceptar la verosimilitud de las propuestas comunistas. No obstante, como se ha visto, el movimiento comunista contaba con el sustento de la realidad sociopolítica del momento. Asimismo, es interesante advertir que ya para mayo de 1935 son los comunistas de *Actualidad* quienes promueven la constitución en Buenos Aires de un Comité Pro-ayuda a las víctimas del terror fascista en conjunción con la heterogénea serie de revistas *Izquierda*, *Nueva Revista* y *Claridad*.

¹⁰⁵ Daniel Kerssfield, “Del esoterismo al *marketing*: aproximaciones a los archivos de la Comintern”, en *Iconos. Revista de Ciencias Sociales*, N° 41, Quito, septiembre de 2011, p. 87.

¹⁰⁶ “El VII Congreso extraordinario del Partido Socialista”, *Actualidad*, año, IV, junio de 1935, N° 2, p. 1-2, 21.

¹⁰⁷ Cf. Mariana Luzzi, “De la revisión de la táctica al Frente Popular. El socialismo argentino a través de *Claridad*, 1930-1936”, en *Prismas. Revista de historia intelectual*, N° 6, Universidad Nacional de Quilmes, 2002, p. 249. Los socialistas, confiados en que era el suyo el único partido en condiciones de salvar a la democracia, rechazarían también en abril de 1939 los intentos de acercamiento emprendidos por la Concentración Obrera y el Partido Socialista Obrero. Andrés Bisso, “Los socialistas argentinos y la apelación antifascista durante el «fraude tardío» (1938-1943)”, en Hernán Camarero y Carlos Miguel Herrera (eds.): *El Partido Socialista en Argentina*, Buenos Aires, Prometeo, 2005, pp. 329-330.

¹⁰⁸ Utilizamos el término referido a prácticas sectarias en un sentido acotado para aludir a las acciones emprendidas “grupo separado, al margen del proceso social, con intereses propios y con una dinámica interna también propia”. H. Tarcus, “La secta política”, op. cit., p. 23.

A similares conclusiones arribaba la Comisión Directiva de la Agrupación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores (AIAPE) tras haber decidido, el 23 de diciembre de 1935, que las clases medias corrían el peligro de caer víctimas del fascismo. Ese día la AIAPE dio su conformidad para apoyar la táctica de “frente popular”. Creada en Buenos Aires bajo el auspicio del PCA, siguiendo el ejemplo del parisino Comité de Vigilance des Intellectuels Antifascistes, la AIAPE se hallaba integrada en su cúspide por un grupo de pensadores de variada extracción ideológica y social,¹⁰⁹ siendo el antifascismo el núcleo común que posibilitaba -justificándola- su unidad. Quien fuera su director hasta 1936, Aníbal Ponce, definía la composición heterogénea y la razón de ser universalista de esta organización en los siguientes términos:

Agrupación de trabajadores intelectuales sin más propósito que el de defender a la cultura nacional de la ofensiva fascista, AIAPE no podía tener otra norma de conducta que la que surge de sus propósitos clarísimos: ni partido político, ni capilla sectaria, ni tertulia de snobs, ni asociación de revolucionarios. No importa que este o aquel de sus asociados o de sus dirigentes expongan a título personal las opiniones que crean justas o intervengan con el mismo carácter en las manifestaciones políticas que sus convicciones le dictan. Como miembro de la AIAPE o en los actos de la AIAPE, el asociado o el dirigente sólo aspira a denunciar y combatir las irrupciones del fascismo en el campo cultural que nos es propio.¹¹⁰

El PCA conduce asimismo la fundación en septiembre de 1937 del Comité Contra el Racismo y el Antisemitismo. El socialismo, el demoprogresismo y el radicalismo acudieron a la convocatoria comunista. En su primer congreso, celebrado en Buenos Aires en agosto de 1938, participaron figuras como Alfredo Palacios, Lisandro de la Torre, Salvador Allende, Arturo Frondizi y Arturo Illia. El Comité contra el Racismo y el Antisemitismo tuvo también como propósito confrontar con las prácticas políticas impulsadas, de manera supuestamente creciente y amenazante, por el fascismo.¹¹¹

Esta acción unificadora a la que se lanzaba febrilmente el comunismo (y que encontraba una vía de desarrollo particularmente fértil a partir de la defensa de la Segunda República española) partía de considerar que las posibilidades de un fascismo extremando posiciones en la Argentina eran a todas luces certeras. No obstante, tal como demostró Andrés Bisso, la apropiación del concepto de “antifascismo” que tuvo

¹⁰⁹ La AIAPE estaba compuesta por Aníbal Ponce, Alvaro Yunque, Augusto Bunge, Ernesto Giudici, Emilio Troise, Córdova Iturburu, Sergio Bagú, Liborio Justo, Rodríguez Zelada, Wladimiro Acosta, Faustino Jorge, César Tiempo, Jorge Thénon, José Gabriel, Samuel Eichelbaum y Ricardo Setaro.

¹¹⁰ Aníbal Ponce, “El primer año de AIAPE”, *Obras Completas*, vol. 4, op. cit., p. 627 [agosto de 1936].

¹¹¹ Germán Claus Friedmann, “Alemanes antinazis e italianos antifascistas en Buenos Aires durante la Segunda Guerra Mundial”, en *Revista Escuela de Historia*, año 5, vol. 1, N° 5, 2006, pp. 166-167.

lugar en la Argentina adquirió una fuerte carga ideológica, orientada a la crítica denodada contra el gobierno inconstitucional y a la promoción del acercamiento del comunismo con las demás fuerzas políticas democráticas, antes que una función de confrontación directa contra la avanzada del “fascismo real”.¹¹² El propio Solomon Lozovsky, prominente secretario general de la Internacional Sindical Roja y encargado de las cuestiones coloniales, había sostenido en 1928 que el fascismo se correspondía con formaciones políticas y económicas avanzadas, motivo por el cual en América Latina, región sumida en el atraso, un eventual desarrollo fascista resultaba una posibilidad bastante remota.¹¹³

Sin embargo, los comunistas se ocuparon de difundir la idea de que el compromiso para refrenar el avance del autoritarismo era una responsabilidad inmediata que atañía al conjunto de los intelectuales y artistas que estuvieran a favor de las libertades democráticas. Emilio Troise, que sustituyó a Ponce en la dirección de la AIAPE, definía en forma sintética la naturaleza del fascismo, señalando su origen histórico localizado al tiempo que advertía las posibilidades coyunturales de su expansión en cualquier lugar del mundo:

El fascismo es un fenómeno italiano, es decir, local, en cuanto se desarrolla en Italia; pero el fascismo es un fenómeno universal, en cuanto representa la forma última que asume la dictadura de la clase capitalista, en un momento incierto de su historia, y como tentativa de superar la crisis de posguerra. Ello significa que mañana puede aparecer en cualquier otro país. Sólo el esfuerzo resuelto, sólo la disposición al sacrificio de las masas obreras y socialistas podrán impedirlo y esperamos que la experiencia actual de Italia será provechosa.¹¹⁴

Una forma argentina del antifascismo pareció entonces verse consolidada a partir de 1935 y sus elementos constitutivos fueron aglutinados en torno de un rechazo común hacia aquellas expresiones antidemocráticas que eran la marca distintiva del gobierno golpista de José Félix Uriburu y del gobierno fraudulento de Agustín P. Justo. Esto contribuye a explicar la amplitud de la convocatoria y la heterogeneidad de sus partes integrantes. Pero la operación identificatoria de un “fascismo criollo” no estuvo exenta

¹¹² Andrés Bisso, “El antifascismo latinoamericano: usos locales y continentales de un discurso europeo”, en *Asian Journal Of Latin American Studies*, vol. 3, Seul, 2000, pp. 91-116.

¹¹³ V. Alba, *América Latina y los congresos del Partido Comunista ruso*, San José de Costa Rica, Instituto Internacional de Estudios Político-Sociales, s/f, p. 86.

¹¹⁴ E. Troise, *Significado de la reacción espiritualista y católica de la pos-guerra. ¿Qué es el fascismo?*, Buenos Aires, Socorro Rojo Internacional, s/f.

de complicaciones, y, de hecho, fue recién con la llegada de Perón al poder que terminó de conformarse en el escenario intelectual argentino la imagen local del fascismo.¹¹⁵

Las consideraciones sobre la cultura acompañaron el cambio de posición política implementado por el comunismo. Se determinó que los problemas centrales hasta entonces planteados en torno del arte requerían de un ajuste en los tiempos que corrían. La fuerza de las circunstancias hacía que ya no fuera practicable un tipo de arte centrado en la prolongación de la guerra de clases. Tras el ascenso del nazismo al poder en Alemania se habían ido sucediendo en forma anual toda una serie de movilizaciones militares (golpe de estado en Austria en 1934, guerra de Etiopía en 1935, reocupación alemana de Renania en 1936, guerra civil en España entre 1936 y 1939, invasión de Japón a China en 1937, ocupación nazi en Austria y Checoslovaquia en 1938), por lo que la operación asociativa entre “fascismo” y “guerra” no resultaba una construcción demasiado artificial o tendenciosa. La dicotomía que emergió a partir de esta situación entre quienes, *grosso modo*, aspiraban a contribuir activamente en la defensa de las libertades democráticas y quienes se oponían a hacerlo, contribuía a desdibujar las identificaciones y pertenencias políticas. No pocos conservadores podían evitar sentirse impelidos a tomar parte en la lucha contra el avance del autoritarismo fascista, en tanto que la izquierda pacifista no-comunista hubo de mostrarse reacia a tomar cartas en el asunto.¹¹⁶ Puede decirse entonces que fue la fuerza de los acontecimientos la que empujó al comunismo a buscar alianzas abiertas de corte antifascista, lo que no debe desmerecer la capacidad de esta fuerza política a la hora de realizar una lectura certera de la coyuntura que se estaba desarrollando de manera intensa al promediar los años treinta. El arte como herramienta de guerra de clases pasaba a ser una herramienta de oposición, oposición que mediaba entre la libertad democrática y una autocracia reaccionaria. No todo era nuevo en este proceso ensalzado en 1935. Sin ir más lejos, el 17 de agosto de 1934, a su turno en el Primer Congreso de Escritores Soviéticos, el mismo Andrei Zhdanov había brindado una imagen asociativa entre el fascismo y la barbarie.¹¹⁷ Lo que sucede a partir del VII Congreso de la IC, es que aquella consideración zhdanovista se oficializa y se masifica. A partir de entonces la dicotomía

¹¹⁵ Ricardo Pasolini, “Intelectuales antifascistas y comunismo durante la década de 1930. Un recorrido posible: entre Buenos Aires y Tandil”, en *Estudios Sociales. Revista Universitaria Semestral*, Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral, 2004, p. 26. Cf. también James Cane, “Unity for the Defense of Culture: The AIAPE and the Cultural Politics of Argentine Antifascism, 1935-1943”, in *The Hispanic American Historical Review*, Vol. 77, No. 3, Duke University Press, August 1997.

¹¹⁶ E. Hobsbawm, “En la era del antifascismo, 1929-1945”, en *Cómo cambiar el mundo. Marx y el marxismo 1840-2011*, Crítica, Barcelona, 2011, pp. 274-275.

¹¹⁷ Cf. A. Zhdanov, “El realismo socialista”, op. cit., p. 237.

no estará trazada ya entre comunismo y fascismo, sino entre explotadores y explotados, en la cual, de todas formas, se seguirá exigiendo la definición ideológica del artista. En palabras del poeta Arturo Verkause, quien había sido colaborador en la revista filocomunista *Contra*,

Si bien ni el arte ni la ciencia son burguesas o proletarias, es evidente que frente a una sociedad opresora que maneja éstas en su exclusivo beneficio, la clase revolucionaria que aspira a conquistar el poder, debe crear un arte de oposición, así como ha creado una economía de oposición.

[...]

El artista es todavía –en general- bastante ignorante; y no ha creído que debía compenetrarse de los problemas sociales. Hoy, que éstos le afectan a su pesar, comprende que ya no existen “torres de marfil”, y que debe acercarse definitivamente a alguno de los dos bandos en pugna. El de los explotadores y el de los explotados.¹¹⁸

La AIAPE nacía al calor de la necesidad de dejar atrás las distinciones basadas en banderías partidarias con el objetivo de enfrentar a un enemigo común, la reacción fascista, tal como se expresa en el editorial que abre el primer número de su revista, *Unidad por la defensa de la cultura*. Esta expresión antiobrera de la política, el fascismo, era la responsable de que tuviera espacio para expandirse “Un periodismo nulo y servil, un teatro crepuscular, una pintura melancólica y mercenaria, una literatura decadente sin nervio ni gravitación alguna, una ciencia envilecida en el servicio de la destrucción y de la muerte y una industria del papel impreso definitivamente quebrantada”¹¹⁹. No mantenerse impasible, tomar partido ante la realidad feroz de los acontecimientos, era una tarea que entre el grupo de los interpelados aparecía con un carácter de obligatoriedad. Esta postura fue especialmente sostenida por Cayetano Córdova Iturburu, Raúl González Tuñón y Pablo Rojas Paz cuando, en su calidad de miembros de la Delegación Argentina ante el Segundo Congreso Internacional de Escritores por la Defensa de la Cultura realizado en Valencia, señalaron el deber de todos los intelectuales y artistas de poner sus capacidades al servicio de la causa republicana en la Guerra Civil española. Aquel escritor que no se pronunciara en favor -ya fuera por manifestarse en contra, ya por no manifestarse en absoluto- de la defensa del libre ejercicio de la democracia encarnado por el gobierno constitucional que daba cuerpo a la Segunda República de España, incurría en la traición de “los intereses auténticos de la cultura”¹²⁰. La dimensión política de la cultura, su función

¹¹⁸ A. Verkause, “De los artistas y del arte”, *Actualidad*, año V, enero-abril de 1936, N° 1, pp. 31-32.

¹¹⁹ *Unidad por la defensa de la cultura*, año I, enero de 1936, N° 1, p. 1.

¹²⁰ La delegación argentina (Córdova Iturburu, Raúl González Tuñón, Pablo Rojas Paz), “Nuestra ponencia apoyada en Valencia”, *Unidad*, año II, septiembre de 1937, N° 2, p. 8.

incombustiblemente propagandística, era lo que le otorgaba en tanto que actividad una genuina unidad de sentido.¹²¹ De igual modo, Raúl González Tuñón aprovechó la instancia del congreso para promover la defensa encarnizada de la Unión Soviética, tras considerar que al ser amenazada se agredía simultáneamente a la República española favoreciendo al fascismo internacional.¹²²

Todavía en 1935 González Tuñón, afiliado finalmente al PCA un año antes, publicaba una poesía como “Epitafio para la tumba de un obrero” sin que a la dirección del partido se le ocurriese aplicarle sanción alguna por su llamamiento a que los intelectuales abandonen su mentalidad clasista originaria y acudan a aportar en las luchas por la emancipación de los obreros.¹²³ Pero a medida que corrían los meses y la orientación de “frente popular” se iba asentando y consolidando, se hacía claro que en el nuevo emprendimiento cultural encabezado por los comunistas comprendido por *Unidad* no interesaba ya que las producciones artísticas representaran los intereses de una clase social particular, la del proletariado, sino que primaba ahora la urgencia de un arte no elitista. En este sentido, Héctor Agosti publica una nota homenajeando a Facio Hebequer en donde reconoce al dibujante el haber sido un eterno buscador de “las grandes posibilidades de su arte como expresión de masas”¹²⁴. Importaba entonces que el arte rompiera con aquel lugar de privilegio que se reservaba a una minoría enriquecida para que empezara, de una vez por todas, a convertirse en una creación humana al servicio de los intereses y necesidades de las masas mayoritariamente desfavorecidas.

De tal suerte, la existencia de una escisión entre un “arte proletario” y un “arte burgués”, tal como había sido promovida durante los años de la táctica de “clase contra clase”, expiraba definitivamente en la Argentina en 1935, coincidiendo su fecha de caducidad con la celebración del VII Congreso de la IC.¹²⁵ La nueva función asignada al arte, y con ella también al artista, fue objeto de una reflexión mucho menor de la que habían resultado destinatarios en el período precedente, correspondiente a la etapa de “clase contra clase”. Prácticamente no hubo espacio para que se instaurara una nueva

¹²¹ Ernesto Giudici, “Hacia el congreso de la cultura nacional”, *Unidad*, año II, octubre-noviembre de 1937, N° 3-4, pp. 7-8.

¹²² Luis Mario Schneider, *II Congreso Internacional de Escritores Antifascistas (1937). Volumen I. Inteligencia y Guerra Civil Española*, Barcelona, Laia B, 1978, p. 287.

¹²³ María Fernanda Alle, “‘Me fui detrás de los obreros cantando’: poesía, historia y revolución en Todos bailan de Raúl González Tuñón”, en *Anclajes*, vol. XV, N° 2, noviembre de 2011, p. 5.

¹²⁴ H. P. Agosti, “Facio Hebequer, artista del proletariado”, *Unidad*, año I, enero de 1936, N° 1, p. 12.

¹²⁵ Lo mismo ocurría en el mundo de la ciencia, que desde entonces pasa a ser uno solo más allá de las inclinaciones clasistas de cada científico. Cf. S. M. Neuschlosz, “Ciencia clasista y ciencia humana”, *Unidad*, año II, enero de 1938, N° 5, pp. 8-9.

polémica a este respecto. La explicación de ello viene dada, según se propone aquí, por el cambio de táctica asumido: a partir de entonces, el comunismo no entró en reyertas teóricas con los defensores del arte fascista, y, a su vez, la amplitud de ideologías aceptadas fue tan grande que obturó la generación de discusiones al interior de las publicaciones del partido. Las repercusiones locales del caso paradigmático de André Gide eran reveladoras en este sentido. El escritor francés, quien desde julio de 1933 había sido un asiduo colaborador del mensual *Commune* que editaba la organización cultural comunista Association des Écrivains et Artistes Révolutionnaires,¹²⁶ comunicó a sus lectores las impresiones negativas que se había llevado en su paso por la Unión Soviética, las cuales había ampliado en una segunda entrega que retomaba las causas de su desencanto.¹²⁷ Por este motivo fue duramente cuestionado por los intelectuales suscriptos a la AIAPE a través de las páginas de la revista *Unidad*. Las objeciones no estuvieron orientadas -o no lo estuvieron en primera instancia- por el contenido de las acusaciones impresas en las afirmaciones de Gide, sino por el hecho de que éste había actuado en solitario, despreciando en su omisión el trabajo emprendido por sus pares a nivel internacional para actuar conjuntamente. Había atentado contra aquel principio “corporativista” que constituía uno de los elementos fundantes de los modernos grupos intelectuales de Occidente. Se sobreentendía que dar a publicidad las críticas individualmente concebidas podría poner en riesgo la posibilidad de la unidad colectivamente promovida.¹²⁸ Dentro de esta lógica compartida por los intelectuales occidentales de acudir al unísono con una respuesta común ante una acción interna considerada agravante o contraria a la naturaleza del grupo en cuestión, la campaña impulsada alrededor de la bitácora de André Gide constituyó para los defensores de la experiencia soviética un paradigma para la acción pública coordinada.¹²⁹

¹²⁶ Cf. Christopher Moore, “Socialist Realism and the Music of the French Popular Front”, in *The Journal of Musicology*, vol. 25, N° 4, Fall 2008, pp. 477-478.

¹²⁷ André Gide, *Regreso de la U.R.S.S.*, Buenos Aires, SUR, 1936; A. Gide, *Retoques a mi regreso de la U.R.S.S.*, Buenos Aires, SUR, 1937. El punto de vista de Gide fue rápidamente contestado por Fernand Grenier, destacado agitador de la Asociación Amigos de la URSS. F. Grenier, *Respuesta a “Regreso de la U.R.S.S.” de André Gide*, Santiago de Chile, 1937.

¹²⁸ Cf. Andrés Bisso y Adrián Celentano, “La lucha antifascista de la Agrupación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores (AIAPE) (1935-1943)”, en: Hugo E. Biagini y Arturo A. Roig (directores): *El pensamiento alternativo en la Argentina del siglo XX: identidad, utopía, integración (1900 - 1930)*, tomo II, Buenos Aires, Biblos, 2006, p. 241. Un escándalo muy similar se había producido en el campo cultural comunista y pro-comunista cuando el escritor rumano Panaït Istrati publicó las impresiones desencantadas sobre Rusia que fue recogiendo en un viaje realizado entre 1927 y 1929. Istrati no sólo había perdido el favor de su protector Romain Rolland, sino que todo el bloque que conformaba la cultura de izquierda en Francia se había volcado públicamente en su contra.

¹²⁹ L. Stern, op. cit., p. 29.

4.8. Batir el nazifascismo, el nuevo deber de la cultura comunista

La cuestión de la política cultural comunista pone en debate -entre otros temas centrales- la necesidad de definir el sentido que se debe dar a la presencia de los intelectuales dentro del partido. Las polémicas suscitadas en ese terreno fueron sobre todo abonadas en el arco temporal que recorrió la implementación de la política ultraizquierdista de “clase contra clase”. La agresividad clasista entonces propuesta por el comunismo se combinó con la búsqueda efervescente de una unidad de sentido para la actividad cultural que llevaban adelante tanto los intelectuales y artistas afiliados al PCA como aquellos otros que, sin encuadrarse en sus filas, compartían posicionamientos afines.

Distinta fue la situación una vez que el PCA siguió la senda de los “frentes populares”. El “realismo socialista”, en tanto que doctrina estética estatal soviética subsumida a la concepción marxista promovida por el partido guía del comunismo mundial, tenía la obligación de regirse por una lógica de conflicto social ausente. Su trasposición a la Argentina permitió que las violentas acusaciones que se destinaban al socialismo y al radicalismo fueran estratégicamente reemplazadas por juicios valorativos positivos que pretendían echar por tierra el comportamiento precedente. El principal enemigo a vencer era ahora el mejor aliado a considerar. Este cambio de postura redundó en la apertura de discursos que trajo aparejado el cese casi absoluto de los enfrentamientos teóricos hacia el interior del campo cultural. El sentido de la práctica cultural recibía así una definición lo suficientemente amplia como para evitar enfrentamientos entre todos aquellos que adherían al numeroso espectro de las fuerzas democráticas. Las publicaciones periódicas culturales gestionadas bajo el ala del PCA durante estos dos períodos constituyeron el escenario en que se desarrollaron estas cuestiones, tal como quedó registrado en las páginas que fueron recuperadas para el presente estudio.

Hemos procurado demostrar aquí que a través de su participación activa en el órgano de la AIAPE, *Unidad por la defensa de la cultura*, los comunistas no pudieron realizar desde sus páginas denuncias ni fuertes ni demasiado explícitas en contra del gobierno nacional. Si a esta situación se agrega la hegemonía ejercida por el comunismo dentro del organismo antifascista, y si no se pierde de vista el compromiso estrecho mantenido por el PCA con el desarrollo de la política internacional de la Unión Soviética, se obtiene entonces, según nuestra perspectiva, que la inclusión de elementos propios del agitado contexto mundial debían por fuerza influir en el diseño local de una política

antifascista. Tal como lo entendía Troise, la faceta más dura y acabada del fascismo no había todavía encontrado expresión en la Argentina, lo que no implicaba que fuera descuidada esta cuestión, sino que, por el contrario, debía reforzarse. En otras palabras, la crítica política debía estar velada y el intelectual comprometido debía desarrollar la habilidad para criticar por elevación: la situación política nacional podía y debía ser combatida críticamente a través de su empalme con el avance internacional del fascismo, sobre el cual recaían las alusiones directas.

Dado que se pretendía ganar para la causa democrática el mayor número de adeptos posibles, las confrontaciones debían mantenerse controladas y limitadas a su mínima expresión. Continuando en esta lógica de la armonía del campo propio, el presidente de la Alianza de Intelectuales Antifascistas, José Bergamín, había dado a conocer la posición de la delegación española ante el *affaire* Gide en los siguientes términos: “Ante sus ataques al pueblo ruso y a sus escritores, nosotros los españoles rechazamos cuanto pueda crear una enemistad con los que están identificados con nuestra causa”¹³⁰. Desde que condujo su viraje hacia la orientación táctica de “frente popular”, el PCA se reveló eficiente en su propia búsqueda por la “pacificación” del campo cultural democrático.

¹³⁰ Manuel Aznar Soler, *II Congreso Internacional de Escritores Antifascistas (1937). Volumen II. Pensamiento literario y compromiso antifascista de la inteligencia española republicana*, Barcelona, Laia B, 1978, p. 145.

CAPÍTULO 5: La Unión Soviética ante la Guerra Civil española: la relación entre la IC y el PCE a partir del rol de Victorio Codovilla

La situación de España era extremadamente compleja al momento de estallar la Guerra Civil el 17 de julio, complejidad que excedía con mucho la visión tradicional de una España dual, dividida entre una zona a medio camino de su modernización y otra zona en la que persistía el atraso. La coalición de fuerzas políticas y sindicales reunidas en el gobierno de Frente Popular (FP) acusó desde un principio la existencia de disidencias internas. Las fricciones no eran nuevas, sino que se inscribían en su propia génesis, pues eran expresión de las características específicas del desarrollo histórico español. La multiplicidad de instrumentaciones teóricas adoptadas por cada uno de los encuadramientos participantes en el FP se reveló como un importantísimo factor de desestabilización en momentos en que unos intentaban consolidar el aparato de gobierno para ganar la guerra, en tanto que otros clamaban por la defensa a ultranza del proceso revolucionario como condición insustituible para aplastar la sublevación franquista. A partir del momento en que se origina esta situación parece activarse con gran intensidad el funcionamiento de impulsos centrífugos en el seno del cuerpo republicano. La incidencia que esta situación novedosa iba a ejercer sobre los procesos políticos peninsulares quedaba expuesta de manera cristalina en la confrontación cada vez más encarnizada entre los intentos de experiencias radicalizadas apoyadas por el gobierno de Francisco Largo Caballero y el proyecto reformista basado en la búsqueda de un acercamiento pluriclasista entre las fuerzas antifascistas que impulsaban los comunistas.

Las estrategias de procedimiento que asumió el PCE durante el lapso en que se extendió la guerra fratricida estuvieron en gran medida determinadas por las expectativas que la misma generaba en el plano internacional, principalmente por las reacciones suscitadas en la Unión Soviética. El vertiginoso auge del PCE no puede explicarse sin tomar en cuenta su filiación inmediata con la IC. Para alcanzar la preponderancia que acabó adquiriendo, el comunismo español debió experimentar una transformación interna muy profunda, la cual quedó plasmada en su conversión de grupúsculo a partido de masas. En este proceso tuvo un desempeño de primer orden Victorio Codovilla. Contando con el padrinazgo de Osip Piatnitsky, Codovilla fue designado para realizar trabajos fundamentales de reorganización y disciplinamiento en el PCE, cargo en el que fue ratificado hasta el momento en que se produjo la llegada a

España de Palmiro Togliatti en calidad de autoridad máxima de la IC. El objetivo de este capítulo es, por lo tanto, abordar dos cuestiones centrales interrelacionadas: en primer lugar, buscaremos indagar cuáles fueron los intereses fundamentales de la Unión Soviética en el contexto del conflicto bélico español y de qué manera coadyuvaron al hacer del PCE una fuerza cada vez más gravitante por medio de las líneas trazadas por la IC; en segundo lugar por orden lógico pero primero en importancia argumentativa, recompondremos el rol desempeñado Victorio Codovilla, planteando la hipótesis de que el dirigente del PCA llevó a cabo en España la importación de una forma de centralización verticalista, supeditada a Moscú y contraria a toda posibilidad de expresión disidente, que desde unos pocos años se había convertido (si bien en una magnitud mucho menor como producto de la importancia diferencial otorgada por la Unión Soviética a la Argentina y a España en aquellos años) en una práctica normalizada en la vida política de la sección argentina.

Para proceder en el sentido indicado, serán analizados tanto los escritos de Codovilla relativos al trabajo realizado en su paso por España como las diversas menciones, habitualmente esporádicas y fragmentarias, de que fue objeto en los testimonios plasmados por opositores al comunismo y por “renegados”. Los documentos oficiales del partido español evitaron, según se expondrá en este estudio, efectuar referencias a colaboradores extranjeros que pudieran dar lugar a suposiciones indeseadas a los propósitos de distanciar públicamente la causa republicana de las políticas centrales implementadas por Moscú. De igual modo, la dirección del PCA fue muy reservada al momento de difundir el papel de Codovilla en el PCE. Aunque los historiadores no desconocen el rol de Victorio Codovilla dentro del PCE, es también cierto que no existen ni libros ni artículos que aborden específicamente sus actividades en España entre 1932 y 1937. Incluso algunos autores que en la actualidad retoman aquellas interpretaciones tendientes a advertir en Codovilla y el PCE la encarnación de instrumentos serviles de Moscú, extremando las posiciones señaladas en el estudio pionero de Burnett Bolloten,¹ cuanto mucho dan cuenta en forma epidérmica de las actividades del delegado de la IC, sin servirse de ellas en todo su potencial para sustentar las posiciones que intentan sostener.²

¹ B. Bolloten, *The Grand Camouflage: The Communist Conspiracy in the Spanish Civil War*, New York, Frederick A. Praeger, 1961. Una crítica fundamentada a sus postulados centrales se encuentra en Julio Aróstegui, “Burnett Bolloten y la Guerra Civil Española: La Persistencia del «Gran Engaño»”, *Historia Contemporánea*, N° 3, Universidad del País Vasco, 1990, pp. 151-177.

² Por citar un ejemplo paradigmático de esta corriente con mayores intenciones propagandísticas que historiográficas, en una de sus obras más difundidas Luis Pío Moa menciona apenas una sola vez a

A través del trabajo propuesto para este capítulo no remitiremos a las relaciones entre el PCA y el PCUS más que para analizar la importancia del rol desempeñado por Codovilla, pero se ha de dejar en claro que sus acciones serán consideradas como la representación de una concepción específica de la lucha comunista, correspondiente a la sección argentina de la IC. En nuestra perspectiva, de este modo, Codovilla fue dentro del PCE el portador de una lógica que se hallaba preestablecida en su propio partido.

5.1. La difícil convivencia del PCE al interior del Frente Popular español

En las elecciones generales de noviembre de 1933 se había alzado triunfante la Confederación Española de Derechas Autónomas, un conglomerado de fuerzas conservadoras. Este resultado electoral dio inicio al denominado Bienio Negro. El fascismo se encontraba en España en la fase inicial de su expansión, y resultaba necesario, por tanto, preparar una contraofensiva que permitiera contrarrestar su avance.³ La lucha de clases expresada a través del frente único debía profundizarse y ampliarse, trascendiendo el terreno de la política y alcanzando la esfera sindical. Pero la principal tarea consistía en el logro del apoyo de las masas, sin el cual no podría llegar a buen puerto una respuesta más agresiva contra los embates del capital.⁴ Era necesario sacar al PCE de su aislamiento.

En su intervención ante el VII Congreso de la IC, Dimitrov advirtió que en Alemania el grueso del proletariado había decidido apoyar el proyecto fascista; los obreros comunistas y la facción revolucionaria de los socialistas parlamentarios constituían la reserva moral del proletariado mundial y eran, por tanto, los encargados de convencer a sus pares, al campesinado y a la pequeña burguesía de la necesidad urgente de salvar las libertades democráticas derrocando la dictadura fascista.⁵ En España, donde la asonada

Codovilla para referir a aquella reunión que mantuvo con Largo Caballero en la cual se discutió la conveniencia de llamar *soviets* a la Alianza Obrera. L. P. Moa, *Los orígenes de la guerra civil española*, Madrid, Ediciones Encuentro, 1999, pp. 304-305.

³ Sin embargo, recordando la derrota de la dictadura de Primo de Rivera pero desconociendo la importancia del triunfo de la derecha conservadora que había de gobernar España de 1933 a 1935, Stalin presentó un informe al XVII Congreso del PCUS en donde exponía un análisis entusiasta a propósito de la derrota final inminente del fascismo en ese país. J. Stalin, "Informe que presenta el Secretario General del Partido Comunista de la U.R.S.S., Stalin, al XVII Congreso del Partido", en AAVV: *Balance de 1933 y plan para 1934*, Madrid, Aguilar, 1934, p. 10.

⁴ O. B. Kuusinen i D. Z. Manuil'ski, "Iz vystuplenii O. V. Kuusinenena i D. Z. Manuil'skogo na zasedanii Prezidiuma IKKI", Institut Markizma-Leninizma pri TsK KPSS, Shirinia K. K. (otvetstvennyi redaktor): *VII Kongress Kommunisticheskogo Internatsionala i bor'ba protiv fashizma i voiny (Sbornik dokumentov)*, Moskva, Politizdat, 1975, pp. 39-41 [publicado originalmente en Pechataetsia po mekstu zhurnala «Voprosy istorii KPSS», 1969, N° 3, pp. 4-6].

⁵ G. Dimitrov, "Pis'mo G. Dimitrova v komissiiu po vtoromu punktu poriadka dnia kongressa", ídem, p. 28-29 [extraído de la revista *Voprosi Istorii KPSS*, No. 7, 1965, pp. 83-85]. Cf. también M. Hájek, *Historia*, op. cit., pp. 283-284.

militar de julio de 1936 había dado la voz de alarma, se trataba de evitar que llegara a producirse una situación crítica similar. Teniendo a su favor el hecho de haber conservado la legalidad, el comunismo español presentaba buenas posibilidades de lograr un acercamiento eficaz con las masas. La responsabilidad que le cabía al PCE en esta difícil tarea era la del partido-guía. El PCE entabló el diálogo con las demás fuerzas políticas y sindicales para la conformación de un verdadero “frente único”. La orientación de “frente popular” confirmada desde entonces les permitió a los comunistas españoles romper con la situación de aislamiento, realización que quedó evidenciada a partir de los buenos resultados obtenidos en el terreno electoral.

Tras la victoria electoral del Frente Popular en las elecciones a diputados de febrero de 1936 el PCE, que había sido incluido en varias listas y obtuvo 13 bancas,⁶ contaba con 100.000 miembros, en tanto que la CNT sumaba aproximadamente dos millones de afiliados, al igual que la UGT y el PSOE juntos, y la FAI y el POUM contaban con 10.000 cada uno.⁷ No obstante, esta distribución numérica y sus posibilidades de determinación política iban a verse trastocadas en un lapso extraordinariamente breve. La concentración de poder en el gobierno central, necesario para romper una situación de equilibrio en la cual ninguna fuerza podía hacer primar sus propias interpretaciones de conducir el desarrollo de la joven República en la contienda, solamente podía llevarse a cabo mediante una disminución proporcional de la gravitación ejercida por las demás fuerzas participantes.

El flamante gobierno del Frente Popular tenía presente que debía evitar la proliferación de divisiones internas, y para ello se propuso promover políticas que lograsen satisfacer las pretensiones del grueso de los partidarios de la coalición. Así Largo Caballero tuviese como premisa crucial para su mandato la posibilidad concreta de que la guerra fuese ganada con una supremacía del proletariado en el campo político, la complejidad de la coyuntura no podía dejar de dictarle la necesidad de conservar el apoyo de las pequeñas burguesías republicanas. De este modo, el jefe de gobierno estuvo en condiciones de presentarse como el garante propicio de una alianza interclasista que parecía de gran relevancia al momento de emprender el apuntalamiento del estado republicano, jaqueado por las crecientes amenazas que le eran propinadas por los sectores de derecha. La conjunción de representaciones políticas y de fuerzas sociales con el propósito de mancomunar esfuerzos en la creación de una suerte de

⁶ V. Alba, *Historia del Frente Popular*, op. cit., p. 118.

⁷ V. Alba, *Dos revolucionarios: Joaquín Maurín, Andreu Nin*, Madrid, Seminarios y Ediciones, 1975, p. 220.

“bloque antifascista” desde donde coordinar los objetivos bélicos planteados en el nuevo proyecto político de amplia base, constituyó la esencia misma del gobierno de Largo Caballero. No obstante esta situación de aparente solidaridad basada en la tolerancia mutua y la cooperación consecuente, lo cierto es que el equilibrio alcanzado se halló lejos de representar una unificación entre partes iguales, y más bien se trató de “una alianza social donde había una hegemonía determinada y una compleja relación interna entre los grupos”⁸. Qué grupo sería el que detentaría esa hegemonía era lo que estaba en disputa; por el momento, ninguno estaba en condiciones de aventajar a otro en esa tarea.

La sublevación militar afectó gravemente esta frágil realidad, pues tuvo el efecto inmediato de exacerbar los ánimos revolucionarios, lo que hubo de representar un obstáculo serio para el buen desempeño de la convivencia republicana. La avanzada antidemocrática contribuyó a extremar la idea de que era plausible la realización de un proceso revolucionario en el interior de un orden constitucional preestablecido que resultaba inadecuado para transformar el tejido social en las condiciones existentes.⁹ En una carta dirigida a Stalin el 12 de enero de 1937, Largo Caballero dejaba en claro esta sensación de inestabilidad política, al revelar que, “cualquiera que sea la suerte que lo porvenir reserva a la institución parlamentaria, ésta no goza entre nosotros, ni aun entre los republicanos, de defensores entusiastas”¹⁰.

En sintonía con esta coyuntura, el estallido político-social que se suscitó en simultáneo con el levantamiento de los sublevados, dio por resultado la creación de un poder político virtualmente escindido del gobierno oficial, el cual sustentaba su fortaleza en el enfrentamiento directo con las relaciones de propiedad vigentes y en el avasallamiento del monopolio estatal de la violencia. Sin embargo, las fuerzas revolucionarias no sólo no confluyeron en la formación de un órgano de coordinación paralelo, sino que incluso coincidieron en percibir que el sistema estatal remozado podía servir bien a sus necesidades organizativas, de modo tal que el ingreso de nucleamientos anarcosindicalistas y obreristas acabó bien pronto por nutrir los cimientos del gobierno.¹¹ La inserción de los sectores más radicalizados en el seno de un aparato de

⁸ Julio Aróstegui, “Los dos Estados”, en *La guerra civil*, vol. 11, Historia 16, 1986, p. 12.

⁹ Manuel Tuñón de Lara, “Cultura y culturas. Ideologías y actitudes mentales”, en *La guerra civil española 50 años después*, Barcelona, 1986, p. 285.

¹⁰ Cita reproducida por E. H. Carr, *La KOMINTERN y la Guerra Civil Española*, Madrid, Alianza, 1986, p. 113.

¹¹ Esta situación quedó notablemente plasmada en Cataluña, en donde si bien el anarquismo tomó en sus manos las riendas de un proceso revolucionario sin parangón en el centro de España, al mismo tiempo se

gobierno que encontraba su más sólido sustento en la preservación de estructuras sociales ya fundadas, contribuyó a enrarecer un panorama político que ya de por sí era bastante confuso.

Al hacerse cargo de la jefatura del gobierno español, Largo Caballero se mostró abierto en su discurso y no dio indicios de que, en lo inmediato, fuera a inclinar la balanza en favor de los argumentos que clamaban por una modificación sensible de la forma republicana parlamentaria existente. El estado general de incertidumbre política llevaba uno de los cofundadores del POUM, Juan Andrade, a sugerir que “los elementos burgueses y los reformistas y comunistas, se recuperaron rápidamente, y amparados en Largo Caballero, cuya aureola revolucionaria prestigiaba sus propósitos, aunque no sabía muy bien políticamente lo que quería y a dónde iba, se formó un gobierno nacional que fue el de la liquidación del poder obrero”¹². Muy pronto quedaría en evidencia que el triunfo del FP “no fue tanto la ocasión de instaurar un gobierno eficaz de la izquierda como una fisura a través de la cual comenzó a derramarse la lava del descontento social”¹³. Con el estallido de la Guerra Civil se pudo observar la imposibilidad de dar por tierra con un conflicto, demasiado madurado ya, entre las fuerzas que insistían en advertir que la necesidad de avanzar en la revolución social era condición *sine qua non* para ganar la guerra, y aquellas que, mediante la inversión de términos de la ecuación planteada por sus pares, consideraban que para poder obtener el triunfo en el campo de batalla era inevitable que previamente fuera apagada la chispa revolucionaria.¹⁴ El camino hacia la preponderancia de esta última posición quedó allanado al producirse la caída de Largo Caballero.

Corresponde, llegado este punto, indagar acerca de las motivaciones principales que condujeron a que se produjese el deceso de un gobierno que, a simple vista y a juzgar por la positiva realización de los presupuestos trazados con el fin de establecer los puentes internos que permitieran a la unidad antifascista hacer frente a la arremetida golpista, estaba registrando buenos -aunque moderados- resultados, habida cuenta de la dificultad y la magnitud de la operación asumida.¹⁵ El hecho de haber logrado el

produjo la conversión paulatina del movimiento separatista catalán en un partido solidario con el gobierno de Madrid. Hugh Thomas, *La guerra civil española*, París, Ruedo Ibérico, 1962, pp. 152-153.

¹² Juan Andrade, *La traición de la revolución española*, Buenos Aires, Biblioteca Proletaria, 1971, pp. 12-13.

¹³ Eric Hobsbawm, *Historia del Siglo XX*, Buenos Aires, Crítica, 2003, p. 163.

¹⁴ La compulsa por diferencias tácticas se agravaba según el legendario militante anarquista Diego Abad de Santillán, por las diferencias éticas que mediaban entre los encuadramientos. Diego Abad de Santillán, “Prólogo”, en Manuel Villar: *España en la ruta de la libertad*, Buenos Aires, Reconstruir, 1962, p. 16.

¹⁵ Eduardo Comin Colomer, *Historia del Partido Comunista de España*, vol. II, Madrid, Editora Nacional, 1965, pp. 673-727.

compromiso del anarquismo para la participación en el desempeño de las instituciones democráticas, representa el punto culminante de las aspiraciones de Largo Caballero destinadas a zanjar las fricciones ideológicas, sin dejar por ello en los márgenes a ninguna organización político-social de envergadura.

Las reacciones generadas por la derrota sufrida en el frente de Málaga en febrero de 1937, así como los disturbios experimentados en Cataluña (con epicentro en Barcelona) al despuntar el mes de mayo, no alcanzan por sí solos para explicar la decisión de terminar con la etapa abierta por el gobierno de Largo Caballero, aunque sí son razones suficientes para captar la justificación que encontró el sector dentro del FP que terminaría dominando la situación.¹⁶ El comunismo español, atendiendo a las directivas

¹⁶ No es objetivo del presente estudio analizar las causas por las cuales tuvo lugar la caída del gobierno de Largo Caballero. No obstante, vale la pena explicitar la complejidad de esta problemática, que con el paso de las décadas no ha dejado de dar lugar a nuevas literaturas. Se ha mantenido invariable el desarrollo de dos tipos de producciones fundamentales: A) aquellas que consideran que la caída de la conducción pluralista de Largo Caballero se halló alentada por el comunismo local en su intención de conformar un gobierno adicto a los intereses del comunismo soviético, cuya estrategia de “socialismo en un solo país” habría terminado por sumir a España en una guerra de desgaste en la que, para ganar el visto bueno de la diplomacia internacional, se requería que ninguno de los dos bandos contrincantes resultara vencedor; B) aquellos que conciben la participación soviética como la única posibilidad real con que contaba la República para hacer frente en forma efectiva al poderío cada vez mayor de los sublevados a causa de la falta de compromiso por parte de las potencias democráticas de Europa, y que coinciden en percibir la política de defensa militar a ultranza como condición *sine qua non* para evitar sucumbir en las condiciones de guerra sin paz negociable planteadas por Franco. Sobre el primer grupo, son muy representativos los siguientes estudios: F. Largo Caballero, *Largo Caballero Denuncia. La traición del Partido Comunista Español*, Buenos Aires, Ediciones del Servicio de Propaganda España, diciembre de 1937; Franz Borkenau, *The spanish cockpit*, London, Faber and Faber, 1938; Abad de Santillán, *Por qué perdimos la guerra*, Buenos Aires, Ediciones Imán, 1940; Julián Gorkin, *Caníbales políticos. Hitler y Stalin en España*, México, Quetzal, 1941; Salvador de Madariaga, *España. Ensayo de historia contemporánea*, Buenos Aires, Sudamericana, 1944; Valentín González, *Vida y muerte en la URSS*, Buenos Aires, Hays Bell, 1951; V. González, *Comunista en España y antiestalinista en la URSS*, México, Guaranda, 1952; Jesús Hernández, *Yo fui un ministro de Stalin*, México, América, 1953; Indalecio Prieto, *Entresijos de la guerra de España (Intrigas nazis, fascistas y comunistas)*, Buenos Aires, Bases, 1954; Hugh Thomas, *La guerra civil española*, París, Ruedo Ibérico, 1962 [1961]; Burnett Bolloten, *El Gran Engaño: Las izquierdas y su lucha por el poder en la zona republicana*, Biblioteca Universal Caralt, 1975 [1961]; Manuel Azaña, *Causas de la guerra de España*, Barcelona, Grijalbo, 1986; Michael Alpert, *Aguas peligrosas. Nueva Historia Internacional de la Guerra Civil Española*, Madrid, Akal, 1998 [1994]; Antonio Elorza y Marta Bizcarrondo, *Queridos Camaradas. La Internacional Comunista y España, 1919-1939*, Barcelona, Planeta, 1999; Ronald Radosh, Mary R. Habeck y Grigory Sevostianov, *España traicionada. Stalin y la guerra civil*, Barcelona, Planeta, 2002 [2001]; Daniel Kowalsky, *La Unión Soviética y la Guerra Civil Española. Una revisión crítica*, Barcelona, Crítica, 2004 [2003]; Enrique Moradiellos, *1936. Los mitos de la Guerra Civil*, Barcelona, Península, 2004. En el grupo de análisis que adoptan la segunda perspectiva, entre tantos otros: Julio Álvarez del Vayo, *La guerra empezó en España (Lucha por la libertad)*, México, Séneca, 1940; David Cattell, *Soviet diplomacy and the Spanish Civil War*, Los Angeles, University of California Press, 1957; Dolores Ibárruri, *El único camino*, París, Editions Sociales, 1964; Raymond Carr (ed.), *The Republic and the Civil War in Spain*, London, Macmillan 1971; Abdón Mateos, “La división de los socialistas”, en *La guerra civil*, vol. 15, Historia 16, 1986; Ángel Viñas, “Los condicionantes internacionales”, en AAVV: *La guerra civil española 50 años después*, Barcelona, Labor, 1986; A. Viñas, “El impacto internacional del estallido de la guerra”, en *La guerra civil*, vol. 8, Historia 16, 1986; A. Viñas, *La soledad de la República: El abandono de las democracias y el viraje hacia la Unión Soviética*, Barcelona, Crítica, 2006; A. Viñas, *El escudo de la República: el oro de España, la apuesta soviética y los hechos de mayo de 1937*, Barcelona, Crítica, 2007; A. Viñas, *El honor de la República: entre el acoso fascista, la hostilidad británica y la política de*

impartidas desde Moscú, tenía por mandato la función de poner coto lo antes posible a la pluralidad de opiniones que emanaban en torno a las aplicaciones programáticas en la política local. Aunque una minoría de los anarcosindicalistas de la CNT-FAI y la totalidad del grupo marxista-leninista del POUM consideraba que, por medio de la cooptación proletaria para el ejercicio de gobierno, lo que realmente se intentaba hacer era emplear “los estados mayores de las organizaciones obreras para sofocar y minimizar los cambios sociales en marcha por medio de la reconstrucción del Estado tradicional”, por su parte los comunistas, así como los socialistas de derecha y los republicanos, consintieron en percibir que en realidad la penetración izquierdista en el aparato de gobierno “parecía la culminación del avasallamiento del Estado”¹⁷.

La problemática emanada de la necesidad de implantar un gobierno de guerra eficaz ponía en el centro de la discusión la cuestión relativa al papel de los sindicatos y de los partidos políticos. Al comunismo y a sus aliados republicanos y socialistas moderados les parecía que la posición sindicalista tendería a privilegiar la construcción de una República obrerista en detrimento de las clases medias, sin cuyo consentimiento quedaría trunco todo intento firme por consolidar una alianza antifascista.¹⁸ Estos agrupamientos políticos, que emergían con un poder cada vez mayor, insistían en percibir que los tiempos críticos requerían una solución partidista. Las medidas adoptadas por Largo Caballero eran, en su mayoría, la expresión de un líder sindicalista.¹⁹ Para la doctrina que finalmente acabó imponiéndose, el sindicato no debía ser más que una herramienta para incrementar la productividad.

En contra de las concepciones esbozadas por la vanguardia revolucionaria, el grupo que logró hacerse con el manejo de los mayores instrumentos para conducir el proceso defensivo del bando republicano, se encargó de dejar muy pronto en claro que el nuevo gobierno encabezado por el socialista de derecha Juan Negrín, tendría entre sus prioridades más altas el fortalecimiento inmediato del poder. A los fines de llevar adelante la concreción de tal propósito se estipulaba necesario provocar la concentración de la autoridad política, para lo cual se requería previamente la

Stalin, Barcelona, Crítica, 2008; Mary Nash, *Rojas. Las mujeres republicanas en la guerra civil*, Madrid, Taurus, 1999; Yuri Rybalkin, *Stalin y España. La ayuda militar soviética a la República*, Madrid, Marcial Pons, 2007 [2000]; A. Viñas y Fernando Hernández Sánchez, *El desplome de la República: La verdadera historia del final de la Guerra Civil*, Barcelona, Crítica, 2009.

¹⁷ Albert Balcells, “España entre dos gobiernos”, en *La guerra civil*, vol. 16, Historia 16, 1986, p. 40.

¹⁸ Raymond Carr, *España. 1808-1939*, Barcelona, Ariel, 1970, p. 639.

¹⁹ Sintomático de ello es que, apenas terminados los cruces armados en Cataluña e inmediatamente antes de que se produjera su renuncia definitiva, Largo Caballero propuso la formación de un gobierno enteramente sindicalista, que debía estar dirigido por la CNT y la UGT. José Alfonso, *El asedio de Madrid*, Barcelona, Bruguera, 1976, p. 108.

marginación de aquellas resistencias que propugnaban la heterogeneidad de los objetivos concebidos como los más urgentes. Es justamente a partir de este instante que la obtención de un triunfo militar sin apelativos se erige en principio motor de la dinámica estatal, quedando relegadas a un lejano segundo plano aquellas consignas revolucionarias que, según lo percibido por el emisario de Moscú, Palmiro Togliatti, alentaban la “indisciplina organizada”²⁰. Ante la presencia de un PCE dotado de un caudal de militantes y prestigio mucho mayor al que acusaba antes de que estallara la guerra, se haría muy pronto evidente que “la URSS haría todo lo que estaba en sus manos para frenar los excesos de la revolución española”²¹. Para junio de 1937 el gobierno de Negrín había ordenado y ejecutado ya la disolución del POUM así como el encarcelamiento de su dirección. El sentido de las acciones políticas emprendidas por el gobierno de Negrín se reveló en la historiografía como un campo minado de acertijos difíciles de resolver.²² El problema vinculado a las posibilidades de que un partido político de poco peso en la escena local pudiera ponerse a la cabeza del proceso de disgregación del equilibrio de fuerzas imperante e imponer sus propios designios en la reconversión siguiente del aparato del estado y del ejército es una de estas cuestiones centrales, la cual intentaremos recomponer a continuación a los fines operativos de nuestra investigación.

5.2. La Unión Soviética y el PCE, los apoyos materiales e ideológicos del gobierno de Juan Negrín

²⁰ Carmen Grimau, “Contornos ideológicos de la imagen republicana. 1936-39 (De la imagen unitaria a la imagen unificada)”, en Julio Aróstegui (coord.): *Historia y memoria de la guerra civil. Encuentro en Castilla y León*, tomo I, Salamanca, 24-27 de septiembre de 1986, Junta de Castilla y León, Conserjería de Cultura y Bienestar Social, Valladolid, 1988, p. 382.

²¹ Michael Alpert, op. cit., p. 190.

²² Síntoma de ello es la rehabilitación póstuma que le concedió el PSOE recién en su congreso de 2008, y siquiera aun entonces se puede dar por alcanzado un consenso a este respecto, que sigue generando las más encendidas polémicas. A. Viñas, “Negrín y 35 viejos militantes socialistas”, *El País*, Madrid, 8/7/2008. Entre las principales obras de referencia que abordan la naturaleza de las medidas tomadas por Negrín: Joan Llach, *Negrín: ¡Resistir es vencer!*, Barcelona, Planeta, 1985; Santiago Álvarez, *Negrín, personalidad histórica*, 2 tomos, Madrid, Ediciones de la Torre, 1994; Manuel Tuñón de Lara, Ricardo Miralles y Bonifacio N. Díaz Chico, *Juan Negrín López. El hombre necesario*, Las Palmas, Gobierno de Canarias, 1996; R. Moradiellos, “El enigma del Doctor Juan Negrín: perfil político de un gobernante socialista”, en *Revista de Estudios Políticos* (Nueva Época), N° 109, Julio-Septiembre 2000; Ricardo Mirelles, *Juan Negrín: la República en guerra*, Madrid, Temas de Hoy, 2003; Francisco Olaya Morales, *El expolio de la República: de Negrín al Partido Socialista, con escala en Moscú. El robo del oro español y los bienes particulares*, Barcelona, Belacqua, 2004; R. Mirelles e Irene Sen (ed.), *Juan Negrín. Médico y jefe de gobierno, 1892-1956*, Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 2006; E. Moradiellos, *Negrín. Una biografía de la figura más difamada de la España del siglo XX*, Barcelona, Península, 2006; Gabriel Jackson, *Juan Negrín. Médico, socialista y jefe del Gobierno de la II República española*, Barcelona, Crítica, 2008.

Como consecuencia de los primeros cinco meses de duración del conflicto armado, el CC del PCE realizaba un balance de los acontecimientos y trazaba una serie de componentes prescriptivos que esperaba fueran asumidos para su desarrollo. La base de toda diagramación futura descansaba en el principio de lograr una victoria militar definitiva:

Para ganar la guerra hay que asegurar el orden republicano. Asegurar el orden republicano significa imponer a todos los ciudadanos el acatamiento a los Poderes legalmente constituidos dentro de un sistema democrático popular; significa acabar con el principio de la aceptación formal de los órganos de Poder, al mismo tiempo que se entorpece de hecho su labor o se los suplanta en la práctica con Comités de partidos, Sindicatos o grupos que obran a su libre albedrío. Dentro de la legalidad republicana, el Gobierno y los Poderes constituidos deben disponer de los medios coercitivos necesarios para imponer el orden y el respeto a la ley democráticas que libremente se ha dado el pueblo, a todos los que intenten salirse de ellos y acabar con ese sistema abusivo de tomarse la justicia por su mano, en vez de aplicar la justicia democrática y revolucionaria a través de los órganos establecidos por la ley o de los que se creen durante el curso de la guerra civil.²³

En otras palabras, si se pretendía ganar la guerra, siguiendo la lógica del PCE, Largo Caballero debía ser forzosamente depuesto en sus funciones. El jefe del Gobierno español era la garantía para el ejercicio de una cierta autonomía de organizaciones políticas y sindicales que no podía seguir existiendo si se pretendía con seriedad dar curso a una reorganización centralizada del poder que permitiera impartir una dirección propicia a las necesidades político-militares del momento. Una vez lograda la expulsión de Largo Caballero, los comunistas argentinos impusieron a sus aliados la consideración de que, con el ascenso de Negrín al poder, se consolidaba el contenido democrático del FP.²⁴

La crisis de mayo, en consecuencia, “fue un triunfo de la campaña comunista en favor de la «disciplina» y del restablecimiento del control del gobierno central”,²⁵ es decir que significó el fin de la situación de doble poder que había caracterizado el panorama político republicano desde el 19 de julio del año anterior. No obstante, se ha

²³ “El P.C. publica a los 5 meses de lucha, un balance y guión del porvenir”, *La Nueva España (LNE)*, 16/2/1937, N° extraordinario, Suplemento conmemorativo del triunfo del Frente Popular, p. 14.

²⁴ “La constitución del nuevo gabinete afianza el contenido democrático del frente popular” *LNE*, 20/5/1937, N° 61, p. 1. Para Viñas el único responsable por la caída de Largo Caballero había sido Indalecio Prieto, y si los comunistas españoles se atribuían el episodio ello se debía simplemente al hecho de que “a algunos dirigentes comunistas les habían entrado ciertos sueños de grandeza”, *El honor de la República. Entre el acoso fascista, la hostilidad británica y la política de Stalin*, Barcelona, Crítica, 2010, p. 103.

²⁵ Raymond Carr, *La tragedia española. La guerra civil en perspectiva*, Madrid, Alianza, 1986, p. 190. Un estudio reciente sobre las jornadas de mayo de 1937 en Ferrán Gallego, *La crisis del antifascismo: Barcelona, mayo de 1937*, Barcelona, Debolsillo, 2008.

de destacar que la presencia de numerosos ministros republicanos opositores a la conducción de Largo Caballero, carentes de interés por salvar al gobierno, acude a explicar la agonía de de su gobierno. El comunismo español, por sí solo, era todavía una fuerza de importancia relativa, aunque en constante ascenso. La llegada de Juan Negrín al poder, pondría al PCE en una situación inmejorable para que pudiera terminar de experimentar un crecimiento abrupto. El nuevo gobierno estimuló la penetración soviética en los asuntos españoles, dejando atado en gran medida su destino a las determinaciones de Moscú. El hecho de que, pese a no gozar de una popularidad siquiera comparable a la de Indalecio Prieto (que por entonces podía aparecer como sucesor natural de Largo Caballero), fuera Juan Negrín quien resultó elegido para ocupar el lugar vacante en el gobierno, encuentra cierta lógica en las posiciones a favor y en contra encarnadas por cada uno de ellos respecto de las aspiraciones de los comunistas. En la conciencia de que una participación demasiado visible del PCE podía hacer peligrar la unidad del FP, un telegrama enviado desde Moscú el 24 de julio de 1936 había recomendado que los comunistas hicieran todo cuanto les fuera posible para no implicarse en forma directa y visible en el ejercicio del gobierno.²⁶ Desde que abandonó sus ocupaciones científicas para pasar a abocarse casi exclusivamente a la actividad política, Negrín tenía por costumbre jactarse en público de que, dentro del PSOE, él era el único socialista no-marxista.²⁷ El perfil político de Juan Negrín encajaba con las necesidades comunistas del momento.

La preocupación que despertaba el trotskismo en el círculo de Stalin constituye una causal de primer orden, cada vez más relevante a medida que nuevos materiales documentales son desempolvados de los archivos soviéticos, a la hora de explicar las motivaciones que indujeron a la Unión Soviética a inmiscuirse en los problemas españoles.²⁸ No obstante, el POUM, concebido por la IC como el aliado natural del trotskismo internacional en España, no sólo había roto relaciones con Trotsky,²⁹ sino que además era a todas luces una agrupación con una inserción social indiscutiblemente endeble, todo lo cual hace pensar que difícilmente pudiera hallarse en estos focos anti-

²⁶ Incluido en la compilación documental elaborada por R. Radosh, M. R. Habeck y G. Sevostianov (eds.), op. cit., p. 48.

²⁷ E. Moradiellos, “El enigma del Doctor Juan Negrín”, op. cit., p. 249.

²⁸ Ann Talbot, “La España Republicana y la Unión Soviética: política e intervención extranjera en la Guerra Civil Española, 1936-39”, en *Congreso Internacional La Guerra Civil Española 1936-1939*, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, Madrid, 2006, pp. 4-5 [Recuperado de: http://www.secc.es/media/docs/9_2_Ann_Talbot.pdf. Último acceso: 11/2/2011].

²⁹ Andreu Nin era la única persona dentro del POUM que tenía una relación personal con Trotsky, y la relación entre ambos se encontraba muy deteriorada desde fines de 1933, V. Alba, *Dos revolucionarios*, op. cit., pp. 364-366.

stalinistas un factor de peso genuino en la intervención soviética. La alarma registrada en el Kremlin acerca de un proceso revolucionario en ciernes que convenía ver postergado en tiempos de una política exterior especialmente preocupante para la Unión Soviética, cristalizada en la política de “socialismo en un solo país”, resulta totalmente innegable.

Más allá de toda polémica en torno de la naturaleza del favoritismo acrítico o la necesidad realista, la irrevocabilidad de los datos fácticos señala que los primeros actos de gobierno de Negrín no sólo hallaron una correspondencia inmediata con las pretensiones del PCE, sino que incluso fueron alentados por este último. Así, a poco de haberse hecho cargo del puesto de mayor jerarquía en el entramado institucional encargado de dirigir las riendas de la República, Negrín consintió el pedido comunista de disolver tanto el Consejo de Aragón como los consejos de Información y Propaganda y de Orden Público.³⁰ Estas medidas supusieron un claro revés para el trabajo que se encontraba desarrollando la CNT. Del mismo modo, y a contramarcha de la postura de Largo Caballero, sufrió su cierre el órgano del POUM, *La Batalla*, que a comienzos de la década de 1930 había tenido una tirada de 3.000 ejemplares,³¹ y poco después, en el mes de junio, fue proscripto dicho partido. Cuando asumió la jefatura de gobierno, Negrín se expidió a favor de la centralización de la propaganda oficial. Aunque la prensa gráfica continuó gozando de cierto espacio para la difusión de una multiplicidad de voces (siempre y cuando los grupos ideológicos que las ponían en funcionamiento no hubieran sido ferozmente reprimidos), hubo una preocupación evidente por ejercer un control temprano de las emisoras de radio republicanas.³² Las decisiones respecto de qué estaba permitido informar a la población quedaban así a criterio de Negrín y sus apoyos mayoritarios en el poder: los socialistas de derecha y los comunistas.

Asimismo, nada se hizo por esclarecer el “*affaire Nin*”.³³ El PCE tenía carta blanca para actuar y, de hecho, se procedió a investigar no a los que encargados de la represión, sino a quienes habían sido reprimidos. Esto permitió, entre otras cosas, que *Nuevo Aragón*, el órgano del Consejo de Aragón de inspiración colectivista, resultara ilegalizado y reemplazado por *El Día*, que respondía al PCE. Del mismo modo, las

³⁰ Cf. Antony Beevor, *La Guerra Civil Española*, Barcelona, Crítica, 2006, p. 404.

³¹ Víctor Alba, *Dos revolucionarios*, op. cit.

³² Alejandro Pizarroso, “Los medios de comunicación (1876-1939)”, en A. Bahamonde (coord.): *Historia de España. Siglo XX. 1875-1939*, Madrid, Cátedra, 2005, p. 729.

³³ El dirigente principal del POUM, Andreu Nin, había sido víctima de las prácticas para-policiales conducidas por Orlov en España en contra de los “traidores” a la causa republicana. A propósito de las actividades subterfugios llevadas a cabo por el NKVD en España, son especialmente interesantes las documentaciones aportadas por V. Alba, *El proceso del P.O.U.M. (Junio de 1937-octubre de 1938). Transcripción del sumario, juicio oral y sentencia del Tribunal Especial*, Barcelona, Lerna, 1989.

materias primas y maquinarias, reservados por los anarquistas para la actividad agrícola colectiva, fueron repartidas entre los pequeños propietarios.³⁴ La democracia practicada al interior de las fábricas que en tiempos de la jefatura de Largo Caballero había dado lugar a un crecimiento económico sostenido fue, no obstante, aniquilada durante el gobierno de su sucesor, lo que redundó en un declive en el desarrollo industrial.³⁵

El secretario general del PCE, el ex anarquista José Díaz, se había mostrado insatisfecho por la benevolencia con que el gobierno de Largo Caballero había tratado a los “trotskistas” del POUM, auténticos “agentes del fascismo”³⁶ quienes empleaban su periódico *La Batalla* como una tribuna desde la cual se adjudicaba a la conformación del FP la causa del levantamiento franquista. La plana mayor del PCE se hacía eco de las disposiciones adoptadas por el PCUS desde el momento mismo en que el trotskismo, aunque derrotado por la *troika* conformada por Stalin-Kamenev-Zinoviev, se convertía en un problema a tratar con la máxima atención. Entre los anuncios referentes al proceso de bolchevización iniciado con la celebración del V Congreso de la IC, Zinoviev había señalado en el pensamiento de Trotsky la fusión menchevique del “oportunismo occidental” con “la frase «radical e izquierdista»”³⁷. Identificado con un antagonista interno de gran peligro para el leninismo, el líder del organismo comunista internacional hacía constar que se trataba de un fenómeno mundial y por lo tanto no exclusivo de la experiencia rusa. Denunciar y combatir el trotskismo en cada sección era “aplicar el leninismo en la IC”.

Esta persecución tenía lugar en momentos en que el PCUS había decretado en la Unión Soviética el aplastamiento definitivo de los enemigos de clase externos al partido y determinado, al mismo tiempo, la lucha contra los adversarios infiltrados en el partido. Según sostenía Stalin en los meses de febrero y marzo de 1937, dicha confrontación sería más virulenta a medida que más cerca se estuviera de alcanzar la construcción del socialismo. Tales planteos constituyeron la justificación de las grandes purgas conocidas con el nombre de *Yezhovchina*, desarrolladas entre 1936 y 1938.³⁸ La sección española de la IC no tuvo mayores reparos a la hora de implementar localmente

³⁴ A. Beevor, op. cit., p. 439-442.

³⁵ Aleksandr V. Shubin, “Spain’s Decisive Moment”, *The International Newsletter of Communist Studies*, XVII, N° 24, 2011, p. 103. Este autor entiende que la paralización de la revolución llevada adelante por el nuevo gobierno implicaba el fin de los incentivos para una lucha por la victoria. Idem, p. 106.

³⁶ José Díaz, “Qué somos y qué queremos los comunistas”, en *Nuestra Revista* (Buenos Aires), año I, N° 2, Agosto de 1937, p. 19.

³⁷ Grigori Zinoviev, “Tesis sobre la bolchevización de los partidos de la Internacional Comunista adoptadas por el V° Plenario Ampliado del Ejecutivo de la Internacional Comunista”, en *V Congreso de la Internacional Comunista. Segunda parte*, Córdoba, Cuadernos de Pasado y Presente, N° 56, 1975, p. 193.

³⁸ Cf. Annie Kriegel, *Los grandes procesos en los sistemas comunistas*, op. cit., pp. 32-33.

esta modalidad represiva contra todos aquellos que eran identificados como “enemigos” de la clase obrera y de su vanguardia, el partido comunista. En un telegrama remitido por los miembros del CE de la IC Georgi Dimitrov y Mikhail Moskvín, el 21 de enero de 1937 se solicitaba al secretario general del PCE lo siguiente: “Use the trial of Pyatakov and consorts to politically liquidate the POUM and try to obtain from working elements of this organization a declaration condemning Trotsky’s terrorist band”³⁹. Como se ha afirmado desde un principio, los conflictos internos del PCUS atravesaron el desarrollo de la IC durante toda su existencia, y lo hicieron de modo muy especial a partir de la muerte de Lenin. No sorprende entonces que estas fricciones se hayan visto exacerbadas en un momento crítico de las dimensiones de la guerra de España.

No obstante, según aduciría años más tarde Santiago Carrillo en sus memorias, los miembros del PCE no tuvieron noticias de la represión organizada por el NKVD en España hasta mucho tiempo después de terminadas las hostilidades.⁴⁰ Esto era sostenido aun cuando ya desde comienzos de 1936 el CE de la IC transmitía su preocupación a varios de los partidos comunistas (incluyendo al PCE y al Bureau Sudamericano) a causa de la intensa campaña mediática que estaba llevando a cabo Trotsky por medio de su participación activa en las páginas del periódico *New York American*, desde donde denunciaba los casos de torturas y detenciones que padecían los trotskistas a manos del gobierno soviético.⁴¹ Lógicamente, ningún dirigente comunista pareció estar interesado en indagar la posible veracidad de los artículos de Trotsky, siquiera para refutarlos con sustento. Sin dar ningún crédito a estas acusaciones, Dolores Ibárruri, la célebre Pasionaria, opinaba que Largo Caballero intentaba por todos los medios forjar un gobierno sindical junto con los anarquistas, haciendo a un lado a republicanos y comunistas, y “aplustando el cuello” a estos últimos en lugar de hacerlo a los sublevados.⁴² Las interpretaciones de los hechos que envolvieron la represión del POUM brindadas por los líderes del comunismo español coincidieron en señalar que aquella fuerza revolucionaria había corrido la única suerte posible: su desintegración.

³⁹ RGASPI, f. 495, op. 184, d. 12 (original en francés). Citado por W. J. Chase, op. cit., p. 196.

⁴⁰ Santiago Carrillo, *Memorias. El testimonio polémico de un protagonista relevante de nuestra transición*, Barcelona, Planeta, 2008, p. 274. La persecución sufrida por la izquierda del bando republicano está, de hecho, lejos de ser considerada por el entonces secretario de la Juventud Socialista, como una causa de porte a la hora de explicar la derrota de la República.

⁴¹ Telegrama del Secretariado del CE de la IC a los Partidos Comunistas de Estados Unidos, Inglaterra, Francia, Bélgica, España, Grecia, Holanda y Noruega y al Bureau Sudamericano sobre el bloque de Trotsky con Hearst, 23 de enero de 1936, RGASPI, f. 495, op. 184, d. 77 (original en alemán). Documento reproducido por William J. Chase, op. cit., pp. 126-27.

⁴² Dolores Ibárruri, *El único camino*, op. cit., p. 362.

La fuerza de los acontecimientos parecía demostrar que ni los revolucionarios colaborarían con los moderados (entre los que se hallaba el PCE), ni los moderados consideraban factible establecer alianzas con los revolucionarios. Esta realidad queda especialmente plasmada en el proyecto de creación de un Partido Único del Proletariado Español trazado por el Pleno del Comité Central del PCE el 17 junio de 1937, el cual elevado a la dirección del PSOE. Este plan, que fue fomentado con ahínco por el PCUS y la IC, había sido concebido durante el gobierno de Largo Caballero, pero quedó abortado al entender que la izquierda revolucionaria del socialismo español no tenía intenciones de abandonar su “sectarismo radicalizado”.⁴³

Es importante llegado este punto recuperar la crítica a los estudios recientes que intentan ver en la figura de Negrín al último gran estratega republicano cuyo único problema fue el haber llegado demasiado tarde a hacerse cargo del gobierno realizada por Pelai Pagès i Blanch, quien recuerda que por medio de esta postura se “olvida que el gobierno de la República y el propio Negrín estaban sometidos al chantaje de las armas soviéticas, de las cuales dependía la República para sobrevivir”.⁴⁴ Por su parte, como contemporáneo de la guerra civil, Frank Borkenau advertía, a medida que se desencadenaban los sucesos, que la política comunista en España no estuvo centralmente dictada por las necesidades que aquejaban a los defensores de la legalidad republicana, sino que sus lineamientos más destacados estuvieron impulsados por las maniobras que la contienda abría para la representación de los intereses soviéticos; y lo más perjudicial de todo era que estos últimos chocaban directamente con los intereses de las masas.⁴⁵ Pero el caso es que el mismo PCE había logrado concitar en el pueblo español apoyos suficientes para convertirse él mismo en un partido de masas.

5.3. La dirección soviética en los entretelones de la diplomacia internacional

A partir de la gran cantidad de aristas que presenta un proceso de inmensa trascendencia para la vida política occidental del siglo XX como lo fue el conflicto fratricida español, una parte importante del enorme espectro que compone sus

⁴³ El proyecto de unidad que impulsaba el PCE en un partido único con el PSOE, y cuyo malogrado derrotero fue atribuido por el comunismo al sector socialista vinculado a Largo Caballero, es abordado a partir del análisis de documentación soviética novedosa por Josep Puigsech Farràs, “La encrucijada del comunismo español durante la guerra civil: el PCE y las contradicciones del la creación del partido único del proletariado”, en *Studia Histórica. Historia Contemporánea*, N° 24 Salamanca, Universidad de Salamanca, 2006, pp. 19-34, ver especialmente pp. 29-33.

⁴⁴ P. Pagès i Blanch, “El asesinato de Andreu Nin, más datos para la polémica”, en *Ebre 38: revista Internacional de la Guerra Civil (1936-1939)*, N° 4, Barcelona, Universitat de Barcelona, 2010, p. 70.

⁴⁵ F. Borkenau, op. cit., pp. 289-292. De aquí, también, la percepción de que la Unión Soviética posee “un doble espacio para maniobrar, que emplea con cinismo, pues lo que hace como Estado es distinto de lo que hace como revolución”, Francois Furet, *El pasado de una ilusión*, México, FCE, 1996, p. 17.

problemáticas subyacentes ha sido abordada con propósitos y criterios metodológicos diversos.⁴⁶ Entre sus núcleos temáticos más salientes, el problema de la intervención de la Unión Soviética en la Segunda República española asediada por la ola de reacción antidemocrática que durante el período de entreguerras recorre Europa -pero también gran parte de América- es sin lugar a dudas aquél que, dada su extrema complejidad, ha capturado en la actualidad la atención de los historiadores. Los estudios académicos concentrados en esta cuestión específica cobraron significativa relevancia a lo largo de los últimos diez años. Esto se debió, por una parte, al hecho de que se está lejos aún de poder alcanzar una articulación acabada en torno de la gran cantidad de líneas de análisis que la magnitud contenida en la significación histórica de esta cuestión requiere para que se pueda obtener una comprensión más o menos cabal de la misma. Por otra parte, la dificultad que necesariamente supone la imposibilidad todavía vigente para acceder de manera libre a la consulta de la totalidad de las fuentes esenciales ha atentado contra la solidez de las construcciones teóricas forjadas en torno de esta problemática y que precisan de su sustento, acrecentando así el carácter provisorio del resultado de las hipótesis trazadas.

A partir del momento en que la toma de posición activa por parte de las naciones fascistas se hizo patente en su apoyo al golpismo castrense, el bando republicano no pudo ya dejar de advertir la necesidad de contar para sí con el compromiso de las potencias democráticas para tratar de igualar la relación de fuerzas y evitar el hundimiento de la República. Y lo cierto es que Moscú no podía ver con buenos ojos el estallido del conflicto español. El proyecto de “socialismo en un solo país” tendía a estabilizar las relaciones, siempre candentes, entre la Unión Soviética y las potencias capitalistas. Con tal propósito, y partir de la celebración de su VII Congreso, la IC había decidido suavizar su discurso, dejando atrás las acusaciones a los socialdemócratas de

⁴⁶ Algunos estados de la cuestión que ayudan a ordenar un poco el extenso panorama trazado en torno de la guerra española son: Juan Andrés Blanco Rodríguez, “El registro historiográfico de la Guerra Civil, 1936-2004”, en J. Aróstegui y F. Godicheau (eds.): *Guerra Civil. Mito y memoria*, Madrid, Marcial Pons-Casa de Velázquez, 2006, pp. 373-406; J. A. Blanco Rodríguez, “La historiografía de la guerra civil española”, en *Hispania Nova: Revista de historia contemporánea*, N° 7, 2007, s/p, disponible en <http://hispanianova.rediris.es/7/dossier/07d014.pdf>; Hugo García, “La historiografía en la Guerra Civil en el nuevo siglo”, *Ayer*, N° 62 (2), 2006, pp. 285-305. Acerca de las distintas corrientes interpretativas presentes en la prensa del momento en que se desarrollaba la contienda, que ejercieron no poca influencia en las perspectivas historiográficas posteriores, ver Rafael Zaragoza Pelayo, “Las causas de la guerra civil española desde la perspectiva actual: aproximación a los diversos enfoques históricos”, en *Historia Actual Online*, Cádiz, Universidad de Cádiz, N° 14, Otoño 2007, pp. 167-174.

“socialfascismo”, y había adoptado la defensa de las formas parlamentarias de gobierno, en reemplazo de la vía revolucionaria, como la mejor forma de contener al fascismo.⁴⁷

En su intervención ante el VII Congreso de la IC, Dimitrov advirtió que en Alemania el grueso de los obreros había decidido apoyar el proyecto fascista en 1932; los obreros comunistas y la facción revolucionaria de los socialistas parlamentarios constituían la reserva moral del proletariado mundial y eran, por tanto, los encargados de convencer a sus pares, al campesinado y a la pequeña burguesía de la necesidad urgente de salvar las libertades democráticas derrocando la dictadura fascista.⁴⁸ Se trataba de evitar que en España, donde la asonada militar de julio de 1936 había dado la voz de alarma, llegara a producirse una situación crítica similar. Teniendo a su favor el hecho de haber conservado la legalidad, el comunismo español presentaba buenas posibilidades de lograr un acercamiento eficaz con las masas. La responsabilidad que le cabía al PCE en esta difícil tarea era la del partido guía.

Habiéndose declarado ya la guerra, el PCUS estaba en condiciones de estimar los efectos nefastos que hubiese implicado rehuir a su condición de vanguardia en la lucha mundial contra la opresión, y se vio en la obligación de evaluar en qué terreno serían menores los costos producidos por la contienda española. Antes de comprometerse con el envío a España del contingente de aviadores soviéticos que en noviembre de 1936 conformó escuadrillas de caza y bombardeos, erigiéndose en la primera acción directa adoptada ante la crisis republicana, la Unión Soviética decidió el arribo al país occidental de un cuerpo de especialistas de elevado nivel. Este grupo tenía la misión de informar sobre la situación concreta planteada al inicio de las hostilidades para poder evaluar así de manera más criteriosa y fundada los recursos que implicaría una eventual colaboración soviética en suelo español.⁴⁹ Esto demuestra que a Moscú le importaba la situación española en un principio y que hizo valer el cálculo para saber hasta dónde comprometerse. La Unión Soviética demoró poco más de dos meses y medio desde que comenzó el conflicto hispánico en decidirse a aplicar alguna forma de intervención. Así,

⁴⁷ Extremadamente ilustrativo de esta transformación programática, en reunión de la comisión preparatoria del VII Congreso, “El representante del PC bolchevique, D. Manuilski, expuso la idea de que la consigna de lucha inmediata para instaurar la dictadura del proletariado no corresponde a la situación actual en numerosos países capitalistas”, citado por Jacques Droz, *Historia general del socialismo*, Destino, Barcelona, 1983, p. 142. Cf. también a este respecto G. Dimitrov, *Dimitroff contra los incendiarios del Reichstag. Cartas y apuntes de la prisión y durante el proceso de Leipzig*, Barcelona, Europa-América, 1936, p. 48.

⁴⁸ G. Dimitroff, “La ofensiva del fascismo y las tareas de la Internacional Comunista en la lucha por la unidad de la clase obrera contra el fascismo”, *VII Congreso de la Internacional Comunista. Discursos íntegros. Resoluciones adoptadas*, Madrid, Bergua, s/f, p. 104.

⁴⁹ M. Patrick Laureau, “L’aviation soviétique en Espagne en 1936: L’échelon précurseur”, in *Mélanges de la Casa de Velázquez*, t. 21, 1985, pp. 309-310, 326-ss.

en un primer momento los soviéticos concentraron toda forma de colaboración con el bando republicano en la organización de campañas de ayuda humanitaria. Pero esta situación iba a modificarse pronto, y nuevas prácticas de intervención de la mayor importancia comenzarían a perfilar un compromiso más firme. Como primera medida para dar el paso en el sentido señalado se procedió a tomar posesión de los puestos diplomáticos desde los cuales se podía emprender, sin generar miramientos por parte del anticomunismo internacional, actividades de supervisión encubiertas dentro del marco legal reconocido.

Walter Krivitsky, General del Servicio Secreto Militar Soviético en Europa Oriental, se jactaba de ser “el único superviviente en el extranjero del grupo de funcionarios soviéticos que tomó participación directa en la intervención” soviética en España y “el único que goza ahora de libertad para revelar este dramático capítulo de la historia contemporánea”⁵⁰. A lo largo de su exposición se esfuerza por dejar en claro que la intención de Stalin era la de lograr mejores términos de conversación con Francia y Gran Bretaña para superar el aislamiento de la URSS a partir de la colocación de la República española bajo el área de influencia soviética.⁵¹ Sus apreciaciones deben ser tomadas con el mayor de los recaudos, pues el mismo autor confiesa que se encuentra enemistado con la Unión Soviética de Stalin desde el otoño de 1937, es decir, durante uno de los períodos de más intensa actividad soviética en suelo español. No obstante, la posibilidad de considerar críticamente el relato de uno de los más altos responsables de la política militar soviética en España no debería ser descalificada de antemano. Así, bien vale la aclaración que sustenta de fuente especializada, confirmada por su carácter de enemigo del régimen estalinista, referida al hecho de que el líder soviético no tuvo en ningún momento siquiera la menor intención de convertir el territorio en conflicto ni en un pilar ni en un apoyo de la revolución proletaria mundial. A los fines de evitar fricciones con los países en los que tenía puestas sus expectativas, Francia y Gran Bretaña, el gobierno de Stalin decidió silenciar el inicio de las contribuciones soviéticas a los defensores de la República. Con tal propósito el día 28 de agosto de 1936 procedió a decretar la prohibición absoluta de cualquier tipo de material de guerra hacia España. Esta orden fue dada a publicidad en el mundo entero por medio del Ministerio de Comercio Exterior de la Unión Soviética.⁵²

⁵⁰ W. Krivitsky, *Yo, Jefe del Servicio Secreto Militar Soviético*, Guadalajara, NOS, 1945, p. 121.

⁵¹ Idem, pp. 121-165. La organización del tráfico de armamentos para España es comentada por Krivitsky en pp. 131-139.

⁵² Idem, p. 127.

No estaba en los planes de la dirección soviética reducir la dimensión trágica del enfrentamiento: el PCE recibiría indicaciones para encauzar la gestión de la defensa y poder así, a renglón seguido, articular las fuerzas republicanas hacia el desencadenamiento de una guerra prolongada. De aquí, probablemente, que la Unión Soviética escatimara sus envíos armamentistas y de tropas, limitándolos, preferentemente, a los períodos más excepcionales de la avanzada franquista. En este sentido, es importante mencionar que ya para el verano de 1938 se registra un cese casi absoluto de la colaboración soviética.⁵³ Comentaba el presidente de la República, Manuel Azaña, que los pedidos elevados por su gobierno a la Unión Soviética siempre estaban muy lejos de ser correspondidos por completo, y que, durante el período crítico señalado, pasaron entre seis y ocho meses sin que llegara al país ningún aporte soviético.⁵⁴

La urgencia en el aprovisionamiento de material bélico acompañó a la República a lo largo de toda la guerra civil y sin duda alguna constituye uno de los factores más relevantes a la hora de explicar su derrota. El Congreso norteamericano había establecido en 1935 una nueva legislación por la cual, en caso de que estallara un conflicto militar, no se proporcionaría armamentos de producción nacional a ninguna de las naciones beligerantes. De tal suerte, cuando estalló la guerra etíope-italiana quedó demostrado a quién se favorecía por medio de la flamante ley. Ante la inexistencia de una industria pesada, con la consiguiente carencia de un arsenal apropiado al cual echar mano ante la agresión extranjera, Etiopía se encontraba ante la necesidad imperiosa de procurarse por medio de la importación de aquellos pertrechos que Estados Unidos no le permitía adquirir. En tanto, Italia contaba con los recursos materiales suficientes como para someter militarmente a la nación africana. En su temor por lo que consideraban podía significar una contribución al exacerbamiento de los ánimos imperialistas de la reacción fascista, Gran Bretaña y Francia optaron por plegarse a la decisión norteamericana en materia de seguridad internacional. Pero las cosas iban a empeorar pues, además de las naciones económicamente atrasadas, se perjudicaría también a los gobiernos autónomos débiles. Cuando la inmensa mayoría de la oficialidad del ejército español inició su carrera golpista, el Congreso de Estados Unidos aprobó una enmienda a su ley de tráfico de armas que extendía su aplicación al caso de las guerras civiles,⁵⁵ y

⁵³ M. Alpert, op. cit., p. 231.

⁵⁴ Manuel Azaña, op. cit., p. 49.

⁵⁵ Boris Ponomariov (dir.): *Historia del Partido Comunista de la Unión Soviética*, segunda edición aumentada, Buenos Aires, Fundamentos, 1964, p. 496.

entonces el gobierno constitucional republicano se enfrentó con un obstáculo crucial dentro del drama general que le tocaba atravesar: la negativa a reconocer su legítimo derecho de recurrir al mercado internacional de armamentos.⁵⁶

Hacia fines de 1936 el gobierno español había terminado de dar forma a la negociación, iniciada en 1935, de un tratado comercial que contenía cláusulas referidas a transacciones de material bélico.⁵⁷ De más está aclarar que el destino del acuerdo no fue fructífero. Su incumplimiento no era más que otra demostración de que la República no podía contar con el empleo de aquel derecho legal que le permitiría al gobierno español recurrir a la colaboración de sus pares extranjeros para enfrentar las sublevaciones internas. Es esta, por tanto, una problemática de enorme envergadura, puesto que dicha realidad acabó por imprimir de manera insoslayable el curso que habría de adquirir la República, y que se mantendría vigente aún en su fase terminal. A partir de este momento se hacía más patente que nunca la realización de los esfuerzos tendientes a satisfacer la máxima, elevada al status de dogma oficial, que se encarnaba en la disposición comunista de guerra total.

En su renovador estudio sobre pertrechos y asesores enviados por la Unión Soviética a España en el lapso 1936-1939, el militar e historiador ruso Yuri Rybalkin, quien acredita una amplia erudición en el tema y ha gozado del acceso especial a fuentes debido a su desempeño como investigador del Instituto de Historia Militar del Ministerio de Defensa de la Federación Rusa, se expide muy rápidamente, sin ahondar en explicaciones, acerca de una cuestión tan importante como es el hecho de que las características del armamento enviado por Moscú a la República eran, en notable medida, para el desarrollo de una guerra de tipo defensivo.⁵⁸ Es de primer orden señalar que esto se condice con el rol atribuido por la Unión Soviética a la guerra civil, pues si

⁵⁶ En dos de los estudios más completos que existen sobre la cuestión armamentística en la guerra civil, Gerald Howson y Enrique Moradiellos, cada uno por su parte, veían en el Comité de No-Intervención uno de los factores incuestionables y que más presentes se ha de tener en cuenta a la hora de evaluar comparativamente el potencial material directo de un bando y del otro. No se trataba tanto de una proposición analítica novedosa como de una argumentación sólida basada en el empleo de fuentes de primera mano. Además, Howson aportaba el dato de los que habrían pagado los republicanos españoles a los soviéticos a cambio de un material obsoleto y entregado en menores cantidades a las acordadas. G. Howson, *Armas para España*, Barcelona, Península, 2000; E. Moradiellos, *El reñidero de Europa. Las dimensiones internacionales de la Guerra Civil española*, Barcelona, Península, 2001.

⁵⁷ Gabriel Jackson, *La República Española y la Guerra Civil*, Barcelona, Crítica, 1999, p. 229.

⁵⁸ Y. Rybalkin, op. cit., pp. 69-72. La composición de los armamentos soviéticos enviados en el período de mayor colaboración con la causa republicana, correspondiente a los primeros meses de la guerra, es detallada en “Anexo 3. Del informe remitido por el *komkor* S. Uritski al mariscal Voroshílov sobre los transportes de material de guerra enviados a la España republicana (8 de mayo de 1937)”, ídem, pp. 207-215. Si Stalin realmente pronunció la opinión de que los republicanos debían pasar a la ofensiva, tal como asegura Viñas, lo cierto es que no tuvo ninguna correlación con los hechos que alentó el PCUS. A. Viñas, *El escudo*, op. cit., p. 341.

para obtener triunfos bélicos resulta inevitable, en determinado momento de la conflagración, lanzar ataques ofensivos sobre el enemigo, queda claro entonces que la posición que se esperaba que adoptaran los republicanos era la de permanecer a la expectativa de los movimientos que hiciera el bando rival. Esta información contribuye a abonar la tesis de que Stalin no apostaba a un triunfo republicano inmediato, sino que contaba con que tuviera lugar una prolongada guerra de desgaste. En el III Congreso de la IC se había establecido que el partido comunista era, “en el período de la revolución mundial, debido a su misma esencia, un partido de ataque, un partido de asalto contra la sociedad capitalista” que tenía “el deber, en cuanto se comprende una lucha defensiva contra la sociedad capitalista, de profundizarla y ampliarla, de convertirla en una ofensiva”⁵⁹. Las directivas asumidas tras el VII y último Congreso de la IC no representaban necesariamente una contradicción respecto de esta lógica, puesto que, a la luz de lo actuado por la Unión Soviética en la España republicana, se advertía que la situación política internacional no se condecía con la realización de un período de la revolución mundial. Los delegados del PCE que asistieron en Moscú al VII Congreso de la IC fueron José Díaz, Jesús Hernández, Vicente Uribe, Pedro Checa y Dolores Ibárruri,⁶⁰ es decir, su plana mayor completa, lo que da cuenta de la estrechez en los lazos que mediaban entre los dos partidos varios meses antes del estallido del conflicto civil, e incluso con anterioridad al triunfo del FP español. Se cristaliza de este modo la idea de que “La «luz verde» para el viraje tenía que venir de Stalin o no habría viraje.”⁶¹

Fue en este afán por desempeñar un papel más directo en el desarrollo de los acontecimientos de la República que se decidió la ocupación de la embajada soviética en España. Marcel Rosenberg fue destinado a Madrid el 28 de agosto de 1936. Pero el hombre más relevante para los intereses de Estado de los soviéticos en el exterior era el máximo responsable del NKVD. Por entonces ese cargo estuvo desempeñado por Aleksandr Orlov, agente de inteligencia de gran prestigio dentro del Politburó. Orlov entró en suelo español al promediar el mes de septiembre con la orden de observar y controlar el desempeño de la táctica de guerrillas implementadas por los republicanos en el territorio enemigo. Poco antes de la llegada de Orlov se había producido el arribo de una primera tanda de aviadores procedentes de la Unión Soviética.⁶²

⁵⁹ “Tercer Congreso de la IC. Junio de 1921”, en AAVV, *Los cuatro primeros congresos. Segunda parte*, op. cit., p. 50.

⁶⁰ F. Comin Colomer, op. cit., p. 514.

⁶¹ F. Claudín, op. cit., p. 138.

⁶² Stanley Payne, *Unión Soviética, comunismo y revolución en España (1931-1939)*, Barcelona, Plaza & Janés, 2003, p. 179.

El embajador soviético en Gran Bretaña y representante soviético en el Comité de No-Intervención, Ivan Maisky, sostuvo que, además de haber puesto al descubierto la connivencia de las potencias capitalistas con el pronunciamiento antirrepublicano, “La parte soviética había logrado asimismo mostrar que el interés de la URSS por los acontecimientos de España no obedecía a ninguna consideración de carácter egoísta nacional, sino que estaba dictado únicamente por la preocupación de salvaguardar la paz en el mundo entero”⁶³. No obstante, cuando la Unión Soviética consiguió que, en la calidad de miembro activo del acuerdo de No-Intervención que ostentaba, le fuera reconocido su derecho a patrullar las costas españolas a los fines de evitar el incumplimiento de cualquiera de las partes, el gobierno soviético se rehusó a participar en el control de las vías de acceso a España, definiendo una nueva política exterior en el asunto español. Se hacía constar, de este modo, que la lucha librada al interior del Comité de No-Intervención por parte del representante soviético no tenía más propósito que el de otorgar una mejora en la posición de fuerza correspondiente a la misma Unión Soviética. La solidaridad con España no era tan desinteresada como se intentaba hacer aparecer, sino que muy fácilmente emergían aquellos condicionamientos que coartaban las expresiones de la misma.

5.4. El papel de Codovilla en la reorganización del PCE

Ante la certera amenaza de un ascenso fascista en el país a partir de la instauración de la primera fase de la dictadura de Miguel Primo de Rivera en 1923, el PCE intentó cerrar filas en torno de un frente único, tal como por entonces alentaban a hacer la IC y PCUS. A tal propósito, los comunistas españoles tentaron un acercamiento con la UGT y PSOE, pero los líderes de estos últimos rechazaron férreamente en un primer momento el convite para emprender acciones unificadas.⁶⁴ La alianza con el por entonces grupúsculo comunista generaba más riesgos que expectativas. Las persecuciones a dirigentes políticos de izquierda y el atentado contra locales del PCE fueron habituales desde la consolidación del Directorio Militar en el estado. Un año más tarde recrudeció la represión, principalmente en Bilbao y Asturias, llegando a situaciones en que los militantes del PCE eran juzgados en consejos de guerra, y decantando en la creación de la denominada Sección de Investigación Comunista,

⁶³ Ivan Maisky, *Cuadernos españoles*, Moscú, Progreso, s/f, p. 64.

⁶⁴ Comisión del Comité Central del Partido Comunista de España, *Historia del Partido Comunista de España*, Buenos Aires, Anteo, 1961, pp. 29-31.

organizada por el general Mola y encargada de reprimir las actividades comunistas en el país.⁶⁵

En el período de reflujo que experimentó durante los años más crudos de la represión ejercida por el gobierno de Primo de Rivera, el PCE se vio obligado a trabajar en la clandestinidad y debió concertar sus reuniones en Francia. Hubo que esperar hasta la instauración de la Segunda República en abril de 1931 para que el PCE pudiera realizar un congreso partidario en su propio país, lo que finalmente ocurrió con su IV Congreso. En aquellos actos en los que participan varios partidos se comienza a dar curso a la planificación de la construcción del FP, pero a los comunistas se les reserva los turnos que resultan menos favorables para captar a la audiencia.⁶⁶ Esto da cuenta del peso real que por entonces tenía el comunismo en las masas trabajadoras españolas. La Comisión encargada de redactar una historia oficial del PCE en 1961, encabezada por Dolores Ibárruri, situó en el año de 1932 el momento en que se produjo la cesura definitiva con el sectarismo extremista de quien hasta entonces había desempeñado el cargo de secretario general, José Bullejos, y con el “oportunismo pequeñoburgués” que habían introducido tanto algunos ex-miembros importantes del PSOE -entre ellos César González y Ramón Lamonedá- como el grupo de sindicalistas catalanes liderados por Joaquín Maurín.⁶⁷ El momento elegido por la Comisión redactora para situar los comienzos de la “historia grande” del comunismo español coincidía precisamente -aunque en la causa del lógico afán autonomista no fuera siquiera mencionado-⁶⁸ con la llegada al país de su re-organizador cominterniano, Victorio Codovilla. No obstante, el trabajo del líder del PCA en España tuvo un lugar muy destacado entre 1932 y 1937.

La decisión de apartar a Bullejos y sus colaboradores más cercanos en la dirección del PCE (Gabriel León Trilla, Manuel Adame Misa, Etlvino Vega Martínez)⁶⁹ fue el producto de sus diferencias irreconciliables con la política general de la IC, y Codovilla fue el encargado de conducir las expulsiones. En el IV Congreso que el PCE celebró en Sevilla, José Díaz resultó electo secretario general. La elección de este ex militante del anarcosindicalismo para suceder a Bullejos quedaba explicada por el concepto que

⁶⁵ Ídem, pp. 32-40.

⁶⁶ D. Ibárruri, *El único camino*, op. cit., pp. 211-215.

⁶⁷ Cf. Comisión del Comité Central del Partido Comunista de España, op. cit., pp. 33-36. Esta versión a propósito del cambio radical en la dirección española fue oficializada también en los análisis del PCA. Cf. *Nueva Era*, “Dolores Ibárruri (Pasionaria) cumple 60 años”, año VII, N° 6, diciembre de 1955, p. 11.

⁶⁸ No solo el nombre de Codovilla no es incorporado al texto ni una vez, sino que absolutamente todos aquellos destacados dirigentes del comunismo internacional que contribuyeron en alguna medida a moldear la fisonomía del PCE brillan por su ausencia, aún cuando el trabajo se centra sobre los años de mayor intervención extranjera durante la Guerra Civil.

⁶⁹ Cf. E. Ravines, op. cit., p. 307.

sobre este último tenía el comunismo soviético y que era sintetizado por Codovilla en los siguientes términos: “A pesar de su origen anarquista -y quizás como reacción contra ese origen- José Díaz fue, ante todo y sobre todo, un gran *realizador*. Luchó tenazmente para desterrar del movimiento obrero y popular el *verbalismo* revolucionario, la agitación *abstracta* y la «teoría» de la *espontaneidad*.”⁷⁰ Para la fecha de su encumbramiento, Díaz reunía los requisitos necesarios acorde a las consignas del comunismo internacional del momento, representados en la percepción de una lucha interclasista a ultranza en la que el único conductor posible para la victoria de la clase obrera y el campesinado era el Partido Comunista.

El papel de Codovilla en la reorganización del partido español fue riguroso y dio frutos rápidamente. Cuando José Díaz y Dolores Ibárruri se hicieron cargo de la dirección, el PCE abandonó la posición de aislamiento que mantenía hasta entonces y comenzó su camino hacia una defensa general de la República que pudiera brindarle nuevos apoyos sociales.⁷¹ Los crecimientos más notables no se dieron entre las poblaciones con mayor desarrollo sindical (como Cataluña y Asturias), sino entre los obreros que no gozaban de sindicatos organizados (como las ciudades andaluzas de Córdoba y Sevilla).⁷² Aunque la República inició un período de democracia abierta que permitió al comunismo actuar dentro de los marcos de la legalidad, esto no era condición suficiente –aunque sí necesaria- para que el PCE experimentara el gran salto numérico que efectivamente registró entre sus filas. La transformación de la dirección comunista tuvo profundas implicaciones en la organización de las tareas fundamentales del comunismo, y el modo en que fueron encaradas fue lo que le permitió salir del lugar minoritario que detentó hasta la reconversión de su Comité Central para pasar a convertirse en un verdadero partido de masas. La elección del primer diputado comunista de España en febrero de 1933, José Antonio Balbontín Gutiérrez, era sintomática de los nuevos tiempos que atravesaba el PCE.

Intentando tomar parte directa en cada una de las acciones vitales del comunismo español, el trabajo de Codovilla en España fue altamente dinámico y tuvo una incidencia muy fuerte en la organización central de la estructura del PCE. Las

⁷⁰ V. Codovilla, “José Díaz. Ejemplo de dirigente obrero y popular”, *Una trayectoria consecuente en la lucha por la liberación nacional y social del pueblo argentino*, tomo I, Buenos Aires, Anteo, 1964, p. 78. Según El Campesino, la elección de José se basó principalmente en la necesidad del PCE de contar con un referente dentro de la CNT para lograr un mayor acercamiento a los trabajadores afiliados a la central anarcosindicalista. Valentín González, *Comunista en España*, op. cit., p. 92.

⁷¹ S. Carrillo, op. cit., p. 98.

⁷² Tim Rees, “The ‘Good Bolsheviks’: The Spanish Communist Party and the Third Period”, in Mathew Worley (ed.): *In Search of Revolution: International Communist Parties in the Third Period*, London-New York, I. B. Tauris, 2004, p. 194.

actividades de Codovilla en la redacción del órgano de prensa del PCE *Mundo Obrero*, ya de por sí relevantes, funcionaban además como pantalla de otros asuntos fundamentales del partido. Las persecuciones de las que fueron víctimas los comunistas en España fueron reforzadas en el Bienio Negro que tuvo lugar entre 1933 y 1935. Los recaudos tomados por el mayor representante que tuvo la IC en suelo español en aquellos años encontraban justificación. De hecho, Codovilla fue detenido por sus actividades políticas y debió pasar un período en prisión. Fue entonces cuando Rodolfo Ghioldi fue designado por el CE de la IC en su XII Pleno, por pedido expreso de Manuilsky, para supervisar el trabajo de la redacción de *Mundo Obrero*, cargo que desempeñó hasta su partida a Moscú en 1934.⁷³

Al trazar las tareas inmediatas de las secciones de la IC, su CE había establecido que el PCE debía crear comités de fábrica a los fines de posicionar al partido como vanguardia del movimiento de masas trabajadoras, y Codovilla se hizo cargo de recoger esta indicación.⁷⁴ Además de promover la creación de comités de fábrica, gestionó la formación de partidos comunistas regionales, la formación de cuadros y la cooptación por el PCE de partidos de izquierda menores. Se ocupó igualmente de gestionar el ingreso en el gobierno de los dos comunistas que pasaron a integrar el gabinete heterogéneo conformado por Largo Caballero.⁷⁵ Fue también Codovilla quien tomó en sus manos la planificación para el ingreso de las Juventudes Socialistas en las filas del comunismo.⁷⁶ Los encargados de viajar a Moscú para tratar con la IC y la Internacional Juvenil Comunista en una reunión solicitada por Codovilla fueron, justamente, este último y Santiago Carrillo. El trabajo de asimilación del socialismo en las filas del comunismo que condujo el miembro del PSOE Julio Álvarez del Vayo, comenzó en la promoción de la unidad de las Juventudes socialista y comunista. En esta función organizativa, según retrataba el destacado líder de la izquierda socialista Luis Araquistain, cumplió un papel de primer orden el líder del PCA durante el inicio de 1936: “Yo viví en Madrid en un piso sobre el de Vayo y podía presenciar la entrada en su casa de los dirigentes jóvenes socialistas para entrevistarse con el agente del Komintern en España, un tal Codovilla, que usaba el falso nombre de Medina y hablaba

⁷³ Cf Valerian Goncharov, *El camarada Victorio. Semblanza de V. Codovilla*, Buenos Aires, Fundamentos, 1981, p. 69.

⁷⁴ Cf. Secretariado Político del CE de la IC, *Las decisiones del pleno del C.E. de la I. Comunista*, Buenos Aires, La Internacional, 1933, p. 32.

⁷⁵ G. Mochkofsky op. cit., p. 152.

⁷⁶ A. Beevor, op. cit., p. 72.

español con marcado acento sudamericano”.⁷⁷ La unificación de las organizaciones juveniles, de la cual entonces fue el histórico líder del PCA uno de sus principales artífices, finalmente tuvo lugar en abril de 1936.⁷⁸

En el plano militar y pese a no tener conocimientos militares, Codovilla fue, junto con el italiano Vittorio Vidali, el único cuadro extranjero en la reunión del PCE donde se decidió la formación del mítico Quinto Regimiento.⁷⁹ Enrique Castro Delgado, primer jefe del Quinto Regimiento, relató que José Díaz, Pedro Checa y Victorio Codovilla conformaban la “troika suprema” del partido español.⁸⁰ Asimismo, la Comisión Política encargada de gestionar con el Consejo Militar la organización de las Brigadas Internacionales, que estuvo integrada por el secretario general del PCE, contó también con la participación atenta de Codovilla.⁸¹ Así, no ha de extrañar que Codovilla fuera señalado en la documentación soviética como uno de los máximos responsables de haber pergeñado la labor de propaganda consistente en asociar al POUM y a la CNT con el fascismo.⁸² Existen indicios recientes de que la resonante masacre de la Cárcel Modelo de Paracuellos, consistente en la ejecución de más de 2500 franquistas entre los que se hallaban varios cuadros civiles y oficiales militares opositores a la República, atribuida en un principio al líder de la Juventud Comunista Santiago Carrillo, en realidad fue ordenada por el propio dirigente del PCA.⁸³

El planteo de estrategias orientadas a dar resolución al problema referido a cómo hacer para que el Partido Socialista Unificado de Cataluña, incorporado a la IC desde su formación a comienzos de julio de 1936, hiciera a un lado el antifascismo pluri-ideológico en una región en la que el POUM y la CNT-FAI ejercían una poderosa influencia entre las masas trabajadoras y quedara posicionado bajo la égida del comunismo oficial fue un motivo de profunda preocupación para Codovilla.⁸⁴ Esta importante cuestión ideológica y organizativa comenzó a ser subsanada desde abril de 1937 por medio de la intervención del Partido Comunista de Francia, que operó a modo

⁷⁷ Luis Araquistain, *El comunismo en la guerra civil española*, s/l, Nuevo Correo, 1946 [1939], s/p.

⁷⁸ P. Preston, “Les matances de Paracuellos”, *Ebre 38: revista internacional de la Guerra Civil, 1936-1939*, N° 5, Barcelona, Universitat de Barcelona, 2010, pp. 134-135.

⁷⁹ Los demás cuadros que asistieron a dicha reunión fueron José Díaz, Dolores Ibárruri, Pedro Checa, Francisco Antón, Daniel Ortega y Juan Modesto. J. Modesto.

⁸⁰ E. Castro Delgado, *Hombres made in Moscú*, Barcelona, Luis de Caralt, 1963, p. 417.

⁸¹ V. Goncharov, op. cit., p. 72.

⁸² Radosh, op. cit., pp. 225-226.

⁸³ A. Elorza, “Codovilla en Paracuellos”, en *El País*, Madrid, 1/11/2008.

⁸⁴ Ya en 1932 los soviéticos habrían impulsado un intento de organizar las fuerzas comunistas en Cataluña y en el País Vasco a fin de contrarrestar el ascenso de los “trotskistas” del Bloque Obrero y Campesino de Maurín Cf. Enrique Ucelay-Da Cal, *The shadow of a doubt, fascist and communist alternatives in Catalan separatism, 1919-1939*, WP N° 198, Barcelona, Universitat Autònoma de Barcelona, Institut de Ciències Polítiques i Socials, 2002, p. 42.

de correa de transmisión entre Cataluña y Moscú. Muy pronto se advirtió que la independencia del Partido Socialista Unificado de Cataluña iba quedando seriamente limitada -aunque no sepultada- a medida que el PCE lograba una inserción cada vez mayor en el gobierno de la República.⁸⁵

La comparación de las cifras correspondiente al volumen de afiliados del partido durante distintos momentos de la década del '30 permite comprender en toda su dimensión el incremento numérico -junto a los cambios cualitativos que lógicamente trajo aparejados- experimentado a partir del arribo de Codovilla a España. Utilizando el seudónimo de Luis Medina, la máxima autoridad del PCA llegó a Madrid en marzo de 1932. El partido tenía 800 miembros en 1931, 20.000 en 1934, 30.000 afiliados en febrero de 1936, 60.000 después del triunfo del FP en febrero del mismo año, 100.000 al producirse el alzamiento militar-fascista de julio, 300.000 en 1938.⁸⁶ En marzo de 1939, durante su presentación durante la celebración del XVIII Congreso del PCUS, Manuilsky analizaba el desarrollo de la capacidad de organización del comunismo en Europa occidental e informaba que el PCE era el partido comunista más grande de la región con sus 300.000 afiliados, seguido por Francia con 270.000, con una muy lejana Checoslovaquia en tercer lugar (60.000 adherentes).⁸⁷ El partido español era el más numeroso de toda Europa.

El crecimiento sideral en tan breve lapso se produce, según Codovilla, a partir del reemplazo de la dirección "sectario-oportunista" de Bullejos por un nuevo y eficaz grupo jerárquico, acaecido en agosto de 1932, que se ocupará especialmente de llevar la línea política del partido al conjunto de las masas populares, rompiendo así con el aislamiento en que hasta entonces se encontraba el comunismo.⁸⁸ El éxito de la nueva orientación del partido quedó cristalizado en la transformación de su composición social, ampliamente heterogénea en su interclasismo.⁸⁹ Lo primero que salta a la vista es lo injustificado del ensañamiento personal y la recriminación a Bullejos por la adopción

⁸⁵ Josep Puigsech Farràs, "El peso de la hoz y el martillo: la Internacional Comunista y el PCE frente al PSCU, 1936-1943", en *Hispania. Revista Española de Historia*, vol. LXIX, N° 232, mayo-agosto de 2009, pp. 456-459, 464.

⁸⁶ Pablo Domínguez alerta sobre el hecho de que "estas cifras se han venido repitiendo a lo largo de los años y han quedado como 'oficiales', pero parecen exageradas a la luz de las correspondencias personales que se fueron conociendo en los últimos años. Como sea, es indudable que el crecimiento fue importante, y en la última elección antes del estallido de la contienda obtendrían 220 mil votos, dentro del Frente Popular que ganó los comicios". P. Domínguez, op. cit., p. 68.

⁸⁷ Daniel Sassoon, *Cien años de Socialismo*, Buenos Aires, Edhasa, 2001, p. 62.

⁸⁸ Victorio Codovilla, "José Díaz", op. cit., p. 113-115.

⁸⁹ "En marzo de 1937, la composición social del Partido Comunista español era como sigue: sobre 249.120 miembros, 87.660 obreros industriales, 62.250 obreros agrícolas, 76.700 campesinos, 15.485 hombres de las clases medias, 7.045 intelectuales y profesionales liberales, 19.300 mujeres. (Dentro de esta cifra no figuran los 45.000 afiliados del Partido Socialista Unificado de Cataluña.)". Ídem, p. 118.

de un posicionamiento sectario ultraizquierdista que había sido propuesto y votado en el VI Congreso de la IC, y alentada su implementación también en el PCA por el mismo Codovilla.

Pero además es cierto que si bien la política de “frente popular” permitió al PCE llegar a sectores de la sociedad mucho mayores que en su etapa previa, también es evidente lo que Codovilla omitió explicar: que el PCE creció en tan poco tiempo ayudado también por la participación material soviética y por su predominio en la organización y el control en varios eslabones del aparato militar (dirigido a enfrentar al franquismo) y represivo (utilizado hacia el interior del bando republicano). Está claro que el crecimiento más imponente del comunismo español se produjo justamente cuanto más concentrado fue su poderío dentro del gobierno republicano. Anarquistas, trotskistas y socialistas de izquierda habían sido o bien aniquilados política y físicamente, o bien desplazados de los distintos intersticios del aparato del Estado. No es a partir del inicio del mandato de Juan Negrín como presidente del Consejo de Ministros que tiene lugar este ascenso notable en la gravitación social del PCE, sino que es a partir del aumento en la importancia del comunismo para la supervivencia republicana, alimentada por los crecientes desembarcos de armamentos procedentes de la Unión Soviética, cuando el PCE obtiene sus mayores conquistas. No importa discutir aquí si fue Negrín quien se benefició con los comunistas o si fue al revés. Lo que importa destacar es que los intereses de ambos en medio de la coyuntura eran coincidentes. El reemplazo de Largo Caballero por un político de la estampa de Negrín, mucho más proclive a otorgar centralidad y eminencia a los comunistas, fue una consecuencia y no una causa de esta realidad. Siguiendo las cifras suministradas por Codovilla, el PCE contaba 249.120 afiliados para marzo de 1937,⁹⁰ es decir que había obtenido el apoyo de 150.000 afiliados nuevos desde julio de 1936. El PCE se hallaba en pleno proceso de conversión en un partido de masas antes de que tuviera lugar la revuelta catalana en mayo de 1937 que derivó en el alejamiento de Largo Caballero de la presidencia del gobierno español. No obstante, siguiendo el ejemplo de lo actuado por Maurice Thorez en la Francia de León Blum, Stalin ordenó a Dimitrov disuadir a los comunistas para que bajaran los niveles de visibilidad del partido, lo que equivalía a reducir el número de miembros comunistas en el gabinete de Negrín. Reticente en un principio, el PCE terminó cediendo a los pedidos del partido soviético y Vicente Uribe se convirtió en el único designado para continuar en funciones públicas de gobierno.

⁹⁰ Victorio Codovilla, “José Díaz...”, op. cit., p. 121.

Tal fue la importancia de la presencia de Codovilla para el comunismo en España que fue él y no un representante del CC del PCE el encargado de interactuar con el gobierno nacional. No obstante, las relaciones de Codovilla con Largo Caballero fueron tensas durante el período que lo tuvo a este último como presidente del gobierno español, y entonces el líder ítalo-argentino resultó instruido en enero de 1937 sobre la necesidad inmediata de mejorarlas.⁹¹ El modo personalista empleado por el interlocutor principal de la IC ante el PCE fue denunciado a causa de sus efectos contraproducentes por nada menos que André Marty, apodado “el carnicero de Albacete” por las características rigurosas de su trato, que a nivel interno combinaban la dureza extrema con la unilateralidad.⁹² Según su apreciación, Codovilla se comportaba como si el partido fuera propiedad suya. El comunista francés señalaba también con justeza que, en contra de las disposiciones aprobadas por el VII Congreso de la IC intenciones de Moscú vinculadas a la necesidad de que los agentes soviéticos no se inmiscuyeran de manera flagrante en los asuntos españoles, cayeron en saco roto a poco de iniciadas las hostilidades bélicas. Los emisarios de la IC debían encontrar la forma de que sus exigencias fueran atendidas por los comunistas españoles, pero logrando al mismo tiempo que su presencia pasara lo más desapercibida posible al conjunto de los elementos activos -tanto direcciones como bases- del bando republicano. Comportamientos personalistas pro-soviéticos a ultranza, como lo era el de Codovilla, resultaban perjudiciales a los impulsos dirigidos para la conformación del “frente único”.⁹³ A pesar de estas resoluciones, los miembros del PCE quedaban relegados a la función de meros ejecutores de las órdenes del ítalo-argentino. El papel de este último no era ya el de un representante de la IC, sino el de un auténtico secretario general del PCE, aún cuando no era siquiera un miembro real del mismo.

En palabras del dirigente juvenil Santiago Carrillo, Codovilla

“fue el artífice del equipo dirigente que, con Pepe [José Díaz] y Dolores [Ibárruri] en cabeza, dirigió el partido durante la guerra y en los primeros años del franquismo [...] Durante meses estuve reuniéndome con él, sin conocer personalmente a los titulares de la dirección. Llegué a pensar que el partido lo dirigía él y en cierto modo no me alejaba demasiado de la realidad”.⁹⁴

⁹¹ A. Viñas, *El escudo*, op. cit., nota 63, p. 209.

⁹² Cf. informe de Marty a la IC con fecha 14 de octubre de 1936, incluido en la compilación documental elaborada por Ronald Radosh, M. R. Habeck y G. Sevostianov, op. cit., pp. 70-76.

⁹³ Archivo del Instituto de Marxismo-Leninismo, Moscú; documentos de la Internacional Comunista. Reproducido en AAVV, *Guerra y revolución en España. 1936-1939*, t. III, Moscú, Progreso, 1971, p. 218.

⁹⁴ S. Carrillo, *Memorias*, op. cit., pp. 321-322.

Mayores repercusiones generó la manera de proceder de Codovilla cuando fue detectada por el líder del PCI apenas llegó a España. Togliatti manifestó un profundo disgusto en relación a lo actuado por Codovilla en el PCE, al punto de concluir uno de sus informes para Moscú comentando: “Creo que hemos cometido un serio error dejando al Partido Comunista español en la situación actual bajo la vigilancia de L. [Luis Medina, seudónimo de Codovilla]”⁹⁵. Cabe destacar que el de Codovilla no fue un comportamiento especial y solitario, sino parte de una práctica bastante habitual entre los especialistas políticos y militares que asistían a colaborar con la República.⁹⁶ Pero cuando su comportamiento llamativo comenzó a ser considerado inadmisibles, Codovilla fue virtualmente expulsado de España por Ercoli (alias utilizado por Togliatti durante su estadía en España, a veces reemplazado por el de “Alfredo”) en noviembre de 1937. Encargado de corregir los errores en las líneas políticas trazadas en España, Togliatti había escrito al CE de la IC refiriéndose a Codovilla en los siguientes términos:

No estoy contento con su permanencia aquí. No sé si le habéis dado a entender bien en qué han consistido sus errores. En cualquier caso, él no lo ha entendido. En la primera conversación que tuve con él me habló como si no se le hubiera hecho *ninguna crítica*. Le propuse que fuera 2 o 3 días a Albacete para examinar de cerca algunas cuestiones de las BI. No quiso. Se fue de viaje a Madrid con una buena mitad del BP [Bureau Político], y eso, en vísperas del Pleno, nos estorbó bastante en la preparación. Noto que los camaradas que le son más próximos (J. y D.) [Jesús Hernández y Dolores Ibárruri] están mal orientados en lo que me había esforzado por comunicarles (espíritu crítico, calma, etc.). Conclusión: su permanencia aquí *me hace más difícil el trabajo*, es inútil e incluso, me parece, invisible. La diferencia existente entre el modo en que ha trabajado y ha orientado al partido y el modo en que yo me esfuerzo por trabajar es demasiado grande

⁹⁵ Carta de Togliatti fechada el 15 de septiembre de 1937, en Radosh, op. cit., p. 496. La desconfianza de Togliatti hacia el líder del PCA no era nueva. Interesado en el desarrollo de los asuntos políticos españoles desde la inmediata caída de la dictadura de Miguel Primo de Rivera, había inaugurado sus intervenciones en España con la corrección de un manifiesto del PCE a los trabajadores de aquel país que había sido confeccionado por Codovilla. Cf. Giuseppe Vacca, “La lezione del fascismo”, en Palmiro Togliatti: *Sul fascismo*, Roma-Bari, Laterza, 2004, p. CXXXVIII.

⁹⁶ Walter Krivitsky cuenta que accede en marzo de 1937 a la lectura de un informe confidencial preparado por el general Berzin para el Comisario del Pueblo de Defensa de la Unión Soviética, Kliment Voroshilov. Allí se alertaba sobre los atropellos evidentes que cometían los miembros de la NKVD, cuya represión resultaba intolerable en muchos sectores del mando republicano: Slutsky, jefe de la División Extranjera de la O.G.P.U. [policía secreta rusa por entonces reconvertida en la NKVD], continuó diciéndome que nuestros hombres se comportaban en España como si estuviesen en una colonia, tratando incluso a los mismos dirigentes españoles del modo como los colonizadores tratan a los indígenas. [...] Stashevsky [agregado comercial soviético que coincidió con el por entonces ministro de Hacienda Juan Negrín, ya por decisión propia o por recomendación de este último, en la necesidad de enviar el oro español a Moscú a modo de «cuenta corriente» para la compra de armamentos] también estimaba que la conducta de la O.G.P.U. en las zonas republicanas era un error. W. Krivitsky, op. cit., p. 155. En la época en que fueron publicados, los testimonios de Krivitsky fueron desmentidos por la prensa internacional comunista bajo el argumento de que se trataba de provocaciones pro-fascistas llevadas a cabo por un trotskista cuyo nombre real era Misha Levinsky. O. Ulianova, “Develando un mito”, op. cit., p. 153.

para que pueda ser de otro modo. Examinad el acta del BP que os adjunto para daros cuenta de la equivocada orientación que imprimía a la dirección del partido.⁹⁷

El informe de Togliatti daba cuenta del modo personalista en que conducía Codovilla, pero también hace evidente la enorme influencia que ejercía dentro del PCE, al punto tal de que la dirección del partido español confiaba en él y lo acompañaba cuando así lo solicitaba. Sin embargo, acabó imponiéndose la posición de Togliatti y Codovilla fue relegado de sus funciones en España. Instalado en París, el líder del PCA no se desentenderá de los asuntos españoles, sino que se dedicará a administrar desde allí las tareas de la Comisión de Solidaridad con España. Sin lugar a dudas, el jefe del comunismo argentino había dejado una huella indeleble en la trayectoria que habría de seguir dirigiendo los destinos del PCE aún cuando él no estuviera ya para dirigirlo.

5.5. La proyección del PCA en el PCE

Pese a que su estallido se produjo dentro de confines geográficos precisos, la Guerra Civil española fue, en más de un sentido, una guerra de carácter internacional. El PCUS, más allá de las distintas reacciones que fue adoptando a lo largo de la coyuntura, acusó un marcado interés por los acontecimientos suscitados en España. La expectativa puesta en la evolución del gobierno republicano no residió en una preocupación genuina respecto del futuro de la nación peninsular, sino antes bien en el hecho de que el destino de ésta se inscribía en el marco mucho más amplio de las proyecciones políticas internacionales de la propia Unión Soviética. Del mismo modo, se hizo evidente que sólo mediante la obtención del apoyo comunista podía el gobierno español granjearse la colaboración de su homólogo soviético; Largo Caballero tenía plena conciencia de esta realidad, y la decisión de impulsar su reemplazo en la dirección del gobierno central en momentos en que su figura pasaba a ser considerada por el comunismo como un obstáculo para sus propósitos más urgentes, no debió tomarlo por sorpresa.

Si en 1932 el PCE tentó a la izquierda del PSOE a un acercamiento en el que las expectativas de bolchevización encontraban abono para su realización, las mismas quedaron totalmente vedadas tres años más tarde, cuando la estrategia del PCE consistió

⁹⁷ Palmiro Togliatti, "Sobre los problemas del Comité Central del PCE, 25 de noviembre de 1937", en *Escritos sobre la guerra de España*, Barcelona, Crítica, 1980, p. 164. Dos meses antes, el 13 de septiembre de 1937, Togliatti había decidido terminar su carta a la IC destacando que, en su opinión, se había "cometido un grave error dejando al Partido Comunista Español bajo la tutela de L. [Luis]". Angel Viñas, "Apéndice documental", CD-ROM, en *El honor de la República*, op. cit., p. 41. Cf. también Paolo Spriano, *Storia del Partito comunista italiano. I fronti popolari, Stalin, la guerra*, Torino, Einaudi, 1975, p. 215.

en distender los ánimos revolucionarios de sus miembros, aliados y colaboradores. El PCE, en franca connivencia con las directivas impartidas por un PCUS esforzado hasta las últimas consecuencias en ganarse el visto bueno de la opinión internacional, había decidido privilegiar la “alianza interclasista” en detrimento de la “alianza intraclasista”. En un partido de naturaleza verticalista y jerárquica como lo fue el PCE, este cambio de posición, eficaz a pesar de la notable efervescencia política y social que por entonces vivía la nación, difícilmente pueda explicarse si no se tienen en cuenta la consolidación de una dirección fuerte y la imposición de una disciplina rígida. Tales eran dos de los pilares organizativos elementales promovidos por el líder del PCA, Victorio Codovilla.

En el prólogo al compendio de textos de Codovilla seleccionados con motivo de su 60º aniversario por la Comisión Nacional de Agitación y Propaganda adjunta al Comité Central del PCA, sólo dos breves párrafos se destinan al accionar de su dirigente histórico en España. Se le atribuye allí a Codovilla el pasado de una experiencia mayormente receptiva basada no en las lecciones impartidas por él al PCE, sino en las enseñanzas de las que fue destinatario por parte de éste último. Antes que ensalzar su labor reorganizadora, se intentaba dejar constancia de que antes que en la figura del interventor que la IC asignó a su sección española, la “extraordinaria vitalidad revolucionaria” recayó en el “pueblo español dirigido por su Partido Comunista”⁹⁸. Según se ha advertido en este capítulo, fue aquella misma intencionalidad dissociativa entre la política reformista concreta que por entonces promovían los comunistas en España y una eventual política revolucionaria gestionada en la Unión Soviética la razón por la cual el modo de conducción personalista del dirigente del PCA resultó incompatible con la estrategia del PCE y acabó por provocar su salida del país. Lo cierto es que cuando Codovilla partió definitivamente hacia París, había realizado una crucial contribución esencial para la disposición de un intenso mecanismo de control y de represión dentro del FP que alteraba las posibilidades reales de conformar un frente de resistencia unificado con el conjunto de las fuerzas políticas y sindicales que defendían el proyecto de ganar la revolución para ganar la guerra.

Efectivamente, en el proceso de crecimiento del comunismo español vinculado al comunismo soviético, hemos sostenido aquí, jugó un papel de primer orden el dirigente máximo del PCA. Su desempeño y las implicancias que éste tuvo guardaron una importancia decisiva para el desarrollo de los acontecimientos a partir de la

⁹⁸ Comité Central del Partido Comunista de la Argentina, “Prólogo”, en V. Codovilla, *Nuestro camino desemboca en la victoria*, Buenos Aires, Fundamentos, 1954, p. 14.

reorganización del PCE y de la Juventud Comunista primero, y, una vez que se consumó la hegemonía comunista dentro del FP, del gobierno y el ejército después.

Si bien desmedido en sus efectos, el comportamiento del comunismo español, sumado a las acciones emprendidas por la IC y el PCUS, no fue irracional en su puesta en práctica de una determinada forma de comprensión acerca de la capacidad transformadora de la política. Mucho se ha escrito acerca de la intromisión del PCUS en el asunto español y del dirigismo que ejerció dentro del PCE y del gobierno republicano. Lejos de negar la enorme incidencia de dicha relación, habiéndole reconocido una significación definitoria, nos oponemos a ver en ella el reflejo de un acto de inmadurez y sumisión *quasi* automático. El PCE se sirvió de los ingentes beneficios que la pertenencia a un movimiento revolucionario exitoso podía prestarle. Sin el apoyo de la Unión Soviética y de la IC era seguro que la República hubiera colapsado mucho antes de lo que en realidad consiguió soportar. Pero, asimismo, su prescindencia hubiese significado la conservación del lugar marginal que había detentado mientras no contó con los aportes de signo diverso a cargo de factores exógenos a la vida política nacional. Victorio Codovilla se erigió en una pieza clave en esta operación volcada a vincular estrechamente los comunismos soviético y español, aplicando aquella misma concepción de partido que tenía para el PCA, más allá de que en el PCE dispuso de medios apropiados para cristalizarla debido a la fuerza de los acontecimientos.

Pero aunque fue quien llevó a cabo sin duda alguna las acciones más importantes, no sólo Codovilla hizo a un lado sus obligaciones más inmediatas con el comunismo argentino y se comprometió con la lucha antifascista en España. También se hicieron presentes en territorio español durante el conflicto armado muchos otros cuadros destacados del PCA. A los fines de avanzar en la hipótesis propuesta en nuestra introducción, referida al traslado de una parte central de la dirección comunista argentina como aporte específico de la Argentina a la defensa de la República española, recuperaremos en el próximo capítulo las implicaciones que sus contribuciones a la resistencia republicana tuvieron para el desarrollo del PCA.

CAPÍTULO 6: El rol de la dirección del PCA en la España republicana y su significado en relación a la IC

La sublevación franquista tuvo repercusiones inmediatas en las distintas secciones nacionales que componían la IC. No obstante, fue en la dirección argentina donde el PCUS consintió en que recayera una parte de sus instrucciones para la realización de algunas funciones de importancia capital en el desarrollo de los acontecimientos. Se sostiene aquí que cuando la intervención de un partido en un conflicto de carácter internacional comprende el envío de un segmento esencial de su plana mayor, entonces la calidad de dicha intervención, mucho antes que su cantidad, adquiere una significación especialmente importante. Esta situación se produjo con el PCA y su manera de vincularse en la defensa de la República española. Varios de sus dirigentes históricos máximos -Victorio Codovilla y Juan José Real, por citar algunos de los casos más célebres- fueron destinados a trabajar sobre los cuadros del PCE con el fin de desarrollar tareas de organización y propaganda comunista en la península ibérica, abandonando sus ocupaciones en la Argentina en aquellos instantes en que la violencia política alcanzaba un especial recrudecimiento. Del mismo modo, fueron muchos los miembros destacados del CC de la Federación Juvenil Comunista de la Argentina que tomaron parte en las Brigadas Internacionales (BI) y en la dirección de las Juventudes Socialistas Unificadas de España -tales los casos, por ejemplo, de Luis Sommi, José Acosta y Raquel Levenson-. A tal fin habremos de contrapesar el rol desempeñado por las bases del PCA en las Brigadas Internacionales con el papel desarrollado por la dirección del PCA como colaboradores de la dirigencia del PCE, partiendo para establecer dicha comparación tanto de los aportes realizados para la defensa de la causa republicana como de los efectos provocados en la Argentina a causa de sus respectivos distanciamientos.

En el campo historiográfico local, el lugar adjudicado a las políticas específicamente propias del PCA se redujo básicamente a la mención de las campañas de solidaridad por él emprendidas. No obstante, se sostiene aquí que el rol desempeñado por el comunismo argentino queda perjudicialmente reducido en su gravitación real de los acontecimientos cuando no se advierte la existencia de la triangulación que mediaba entre: a) un único baluarte sobre el cuál se podía sostener -al menos militarmente, lo que en tiempos de guerra es decir demasiado- la República; b) un gobierno híbrido en el que las oscilaciones en el manejo del poder político iban decantando hacia las manos del ascendente PCE; c) un partido que asumía la misión histórica signada en el hecho de ser

el primero de Latinoamérica en su género y que, a partir de 1927, nunca ocultó su lealtad hacia la “gran patria socialista”. A través de la orientación de “frente popular” adoptada en el VII Congreso de la Internacional Comunista, el Kremlin pretendió ensayar una respuesta articulada por el conjunto de los partidos comunistas nacionales al desafío abierto por la avanzada antiliberal en el mundo occidental. El PCA demostró un alto grado de adhesión hacia los postulados soviéticos, siendo su actividad práctica un reflejo de esta situación.

Planteamos aquí, por lo tanto, que la participación de la dirección política del comunismo argentino durante la Guerra Civil merece ser debidamente analizada, pues ella constituirá un aporte fundamental para la comprensión más acabada acerca de la dependencia que acusó el PCA respecto del PCUS en la década de 1930. En otras palabras, la injerencia cambiante del gobierno moscovita en los conflictos de la Segunda República a través del dominio creciente del PCE en el gobierno español, y el control centralizado de este último por su par soviético con objetivos funcionales a sus propios intereses geopolíticos, hacen de la guerra civil un momento de trascendencia única para la interpretación del complejo relacional entablado entre el Partido Comunista de la Unión Soviética con el español, pero también con el argentino.

6.1. La importancia de la Guerra Civil española para el PCA

En los años treinta la comunidad española en Argentina era demasiado grande como para que la repercusión de la Guerra Civil no fuera igualmente amplia entre sus miembros, superando la cifra de 300.000 españoles dentro de un total de habitantes en Buenos Aires que ascendía los 2,5 millones¹. Cuando el conflicto español estalló, los distintos sectores de la sociedad argentina poseían ya una clara postura adoptada en lo referente a la situación ibérica, y es por eso que se volcaron con tanta velocidad y definición a apoyar a uno u otro bando. La historiadora Silvina Montenegro destacó que esta identificación palmaria se debió al hecho de que las fricciones españolas más inmediatamente imbricadas en la guerra peninsular en realidad se hallaban en danza desde unos pocos meses anteriores a su estallido, motivo por el cual, cuando la conflagración se transformó finalmente de potencia en acto, ésta resultó ser el producto de una realidad con la que todos se hallaban familiarizados.² La conmemoración del 1º de mayo de 1936, con sus arengas contra el fascismo a partir del triunfo del FP español, aparecía así como el precedente directo en relación a la movilización popular ante la

¹ L. A. Romero, op. cit., p. 19.

² S. Montenegro, op. cit., p. 61.

asonada franquista del 18 de julio.³ La Guerra Civil española generó condiciones especiales para la llegada del comunismo en el conjunto de la sociedad argentina, y el PCA no desaprovechó la oportunidad que se le presentaba.

En un acto público realizado en el centro cultural “Anatole France” de Buenos Aires el 15 de abril de 1932, el balance de Rodolfo Ghioldi sobre el primer año de vida del gobierno republicano español, en línea con la radicalización decretada por la IC en su VI Congreso, arrojaba que éste se había encontrado lejos de asumir una política revolucionaria: no había entregado la tierra al campesinado ni había dado lugar a la revolución agraria, las condiciones de vida de los trabajadores permanecían inmutables, las hostilidades contra los obreros expresadas en deportaciones y encarcelamientos había continuado el curso impreso por el primorriverismo.⁴ Esta situación cambió por completo cuatro años más tarde. En primer lugar, el PCA comprendió que para salir de su encierro necesitaba promover el carácter universal -no clasista- de la guerra española.⁵ Así, en su número inaugural, el periódico comunista *Hoy* establecía que

“La lucha que se desarrolla en España no interesa solamente a la clase obrera, interesa al pueblo en su conjunto. No son únicamente los obreros y campesinos españoles quienes empuñan las armas contra los facciosos, son también los nacionalistas vascos y catalanes, las minorías nacionales oprimidas por la secular política de la monarquía.”⁶

La identificación de la causa republicana con la causa general de la democracia era una construcción promovida por el gobierno republicano que no sería abandonada en tanto el conflicto fratricida no encontrara finalización. En este sentido, el campo cultural fue un espacio privilegiado para el desarrollo de los debates y la propaganda destinada a destacar la urgente necesidad de involucramiento general en una lucha sin cuartel que se libraba entre la democracia y el autoritarismo. Esta operación de reconocimiento de la situación y de la conformación de los bandos antagónicos alentó entre los comunistas la necesidad de promocionar una disociación entre la causa republicana y la revolución

³ En opinión de Marianetti, el Día del Trabajador de 1936 representaba el inicio de la fase más avanzada en la defensa de las libertades democráticas y contra el fascismo. B. Marianetti, *Frente Popular. ¿Para qué? ¿Con quiénes? ¿Contra quién?*, Buenos Aires, Ajax, 1936, p. 3.

⁴ “Realizose el acto polémico sobre la España republicana”, *BR*, N° 17, 17/4/1932, p. 4.

⁵ El propio José Díaz, en un discurso pronunciado el 9 de mayo de 1937 en Valencia, se había ocupado de dejar públicamente en claro el motivo de fuerza que guiaba el comportamiento del PCE a lo largo del conflicto, expresado en la concatenación lógica de triunfo de la guerra seguido de “revolución popular” - ya no “obrero y campesina”-. J. Díaz, *Qué somos y qué queremos los comunistas*, Buenos Aires, Editorial F. P., 1937. Reproducido por el PCA en *Nuestra Revista*, “Qué somos y qué queremos los comunistas”, agosto de 1937, año I, N° 2, pp. 15-22.

⁶ “Apoyemos a la España democrática”, *Hoy*, año I, N° 1, 17/9/1936, p. 5.

socialista.⁷ El Segundo Congreso Internacional de Escritores, tal como lo destacaba Raúl González Tuñón, guardaba una doble consideración, pues además de reafirmar el compromiso de los intelectuales antifascistas que en 1935 se habían dado cita en París para conformar la Asociación Internacional de Escritores en Defensa de la Cultura, tenía la particularidad en esta nueva oportunidad de llevarse a cabo en Valencia.⁸ La estrategia del comunismo y del gobierno español consistía en demostrar la fortaleza del campo antifascista dentro del país al mismo tiempo que se avanzaba en la señalización del alcance mundial de la contienda. Esta maniobra era respaldada por la conservación y profundización del carácter multitudinario de las fuerzas políticas integradas en el gobierno republicano. Cuando en mayo de 1937 se inauguró en París, con motivo de la promoción de la paz internacional, la Exposición Internacional “Arts et Techniques Dans la Vie moderne”, el pabellón destinado a la República española se cuidó de mantener aquella representación de la unidad española que el gobierno de FP intentaba generar en el extranjero.⁹ Las corrientes estéticas afines a los distintos nucleamientos políticos que integraban el gobierno republicano estuvieron presentes en el pabellón español.

Dentro de la serie de prácticas que encontró a los intelectuales de izquierda sumidos en la defensa de la causa republicana ocupa un lugar destacado el papel de Cayetano Córdova Iturburu. Habiendo partido hacia España desde Buenos Aires el 15 de febrero de 1937, publicó a su regreso un libro de propaganda pro-republicana en el cual se hacía eco de las estrategias en boga destinadas a politizar sin polemizar con potenciales aliados. En definitiva y en concreto, era en su perspectiva el Partido Comunista el que había logrado impulsar y realizar la unidad en el Frente Popular a partir de su “tenaz prédica unitaria”¹⁰. Publicado en Buenos Aires en plena contienda, son evidentes los recaudos tomados a la hora de no concentrar todo el heroísmo en el desempeño unilateral de los comunistas españoles. Antes bien, se notan los esfuerzos por evitar alusiones explícitas al comunismo. Las referencias son a la unidad antifascista reunida en el FP. Los personajes de sus recuerdos no son los grandes políticos y militares – Modesto, Líster, el “Campesino”, Mera, la “Pasionaria”, el comandante Durand, Galán,

⁷ Un ejemplo nacional de esta posición en el folleto de L. V. Sommi, “La unión del pueblo contra el fascismo: Informe presentado al IX Congreso del Partido Comunista Argentino”, enero de 1938.

⁸ R. González Tuñón, *Nueva Cultura*, N° 4-5, junio-julio de 1937, Valencia [tomado de Manuel Aznar Soler y Luis Mario Schneider (eds.), *II Congreso Internacional de Escritores Antifascistas (1937). Volumen III. Ponencias, documentos y testimonios*, Barcelona, Laia B, 1979, pp. 40-41.

⁹ Cf. David Priestland, *Bandera roja. Historia política y cultural del comunismo*, Barcelona, Crítica, 2010, pp. 191-193.

¹⁰ C. Córdova Iturburu, *España bajo el comando del pueblo*, op. cit., p. 142.

José Díaz, Jesús Hernández, el general Miaja, apenas son enumerados en la introducción-, sino hombres corrientes, soldados desconocidos que proporcionan las anécdotas de sacrificio de las que se nutre el libro. Córdova Iturburu traducía en términos pluralistas y no-partidistas lo que el comunismo español propuso desde temprano y nunca abandonó en todo el tiempo en que se extendió el conflicto: mando único, sí, pero en manos del PCE.

Los esfuerzos republicanos por mostrar al mundo un gobierno democrático y pluralista, no ejercido por fuerzas políticas transgresoras de las leyes de propiedad vigentes, fueron reproducidos por los núcleos de ayuda a España en la Argentina, incluyendo la FOARE. De este modo, *La Nueva España*, órgano de prensa del Comité de Ayuda al Gobierno Español del Frente Popular, se esforzaba en explicar que la defensa de la República era obligación de todos los hombres y mujeres respetuosos del liberalismo, y que por lo tanto el argumento esgrimido por los enemigos del gobierno español respecto de una supuesta lucha contra el comunismo era una proverbial falacia.¹¹ La avanzada franquista no estaba dirigida a eliminar el comunismo, sino que tenía por todo propósito la aniquilación de la democracia. La clase media española no había caído presa de las tergiversaciones que promovía la unidad de derechas militar-fascista-clerical, y había comprendido a tiempo que no se avecinaban sobre la península ningún proceso de transformación anárquica ni ninguna “ola de terror rojo”.¹² Los comunistas -españoles, argentinos y soviéticos- estaban dando sobradas muestras de que velarían porque así fuera.

Pero el gobierno argentino de todas formas había identificado el pro-republicanismo en el país con la causa de los bolcheviques. El PCA, que había sido proscrito al poco tiempo de producido el derrocamiento de Yrigoyen, sumaba un nuevo obstáculo con la legislación anticomunista. Las actividades del partido quedaban relegadas a la clandestinidad, lo que no le impediría dar muestras de una encomiable habilidad para permear en el conjunto de la sociedad argentina. La Guerra Civil española puso a prueba esta capacidad para romper la circunscripción del obrero comunista convencido, al tiempo que constituyó también una ocasión única para su maduración y perfeccionamiento. Proliferaron en la Argentina bajo el auspicio del PCA numerosos comités de ayuda regionales entre los que se destacó por su importancia, pero también por ser uno de los pocos casos estudiados, el Centro Republicano Español de Mar del

¹¹ Marcial Edalb, “Hay que proclamar la verdad sobre España”, N° 22, *LNE*, 2/1/1937, p. 1.

¹² Idem, p. 2.

Plata, fundado en 1929, que en sus orígenes bregó por la instauración de la República.¹³ Una vez estallado el conflicto fratricida, el Centro Republicano Español marplatense dio forma a una Subcomisión de Socorro a España, que pasó a actuar supeditada a la Asociación Amigos de la República Española. Los comités de ayuda a España, a su vez, contaron con un destacado aporte del sector femenino, que implicó una ruptura respecto del comportamiento social tradicionalmente ocupada por la mujer argentina.¹⁴ La quiebra radical del rol de las mujeres españolas contribuyó a animar esta transformación, expresada colaboración femenina a través de la organización de numerosas colectas. El PCA, como fundador y gestor más importante de los comités de ayuda en Argentina participó, de esta manera y sin que formara parte de una proposición meditada, en nuevas formas de experiencias liberadoras de las mujeres obreras y de clase media.

La Comisión Pro Presos Sociales, encabezada por el PCA y alentada desde su formación por el SRI, contaba con una experiencia de años en la que la defensa del anarquista español Ascaso, Durruty y Jover en 1927, si bien había provocado el malestar en el anarquismo argentino, había constituido un hito.¹⁵ En ese entonces se había designado a Luis Riccardi para que participara en las reuniones del SRI.¹⁶ Los comunistas argentinos nunca dejaron de protestar ante los procesos abiertos contra detenidos políticos tanto de Argentina como de España. Por su parte la FOARE, principal organismo de colaboración con la causa republicana,¹⁷ quedó rápidamente bajo la esfera de influencia del PCA.

Esta intensa participación en los legalizados movimientos de solidaridad es lo que, durante este periodo, permite al proscrito PCA tomar de manera eficiente contacto con

¹³ L. Bocanegra, “La ayuda argentina a la República española”, op. cit., p. 2.

¹⁴ Santiago Allende, Federico Boido, Eugenia Galiñanes, Leandro Gamallo, “La Guerra Civil Española en la Argentina: Una mirada desde las publicaciones periódicas de la colectividad española en el país”, en *V Encuentro de Bibliotecas de Colectividades*, Biblioteca Nacional de la República Argentina, Hemeroteca, 2010, pp. 15-16. [Disponible en: <http://www.bn.gov.ar/descargas/recursos/colectividades/7-guerracivil.pdf>. Último acceso: 24/04/2012]

¹⁵ Cf. Osvaldo Bayer, *Los anarquistas expropiadores y otros ensayos*, Buenos Aires, Booket, 2007, p. 51.

¹⁶ Reunión del CC, 18/3/1927, p. 1, Archivo IC, BCNA, r. 4, s. 31.

¹⁷ El pequeño grupo de federaciones de carácter nacional que fueron formados en la Argentina se completó con la Asociación Amigos de la República Española y la Comisión Coordinadora de la Ayuda a España en Argentina (Coordinadora); la FOARE demostró ser la más dinámica de ellas tres las tres federaciones de carácter nacional. También existió desde temprano una gran cantidad de comités provinciales de ayuda a la República. Asimismo es importante mencionar que el desarrollo de campañas para ayudar a España y la formación de organismos para coordinar las tareas fueron promovidas entre los partidos comunistas nacionales desde el Comité Ejecutivo de la IC entre fines de 1936 y otoño de 1938. Cf. D. Kowalsky, *La Unión Soviética y la guerra civil española.*, op. cit., p. 99.

las masas.¹⁸ Su intervención en la guerra fratricida les permitió a los comunistas argentinos interactuar en la sociedad argentina desde una posición activa que, dado el contexto político nacional, no habrían podido conseguir por otros medios. Pero, a su vez, se ha de señalar que si el comunismo logra erigirse en el gran organizador de la solidaridad con la República, ello se debe en parte al hecho de que ejercía un hábil pragmatismo en otro ámbito legalizado: la práctica sindical.

La IC había dispuesto en 1928 la implementación de una “política de sindicalismo doble”¹⁹, que consistía en que cada una de sus secciones conformara centrales obreras disociadas de los grupos obreros ya existentes. Tomando en consideración estas prerrogativas, el PCA había dado forma en 1929 al Comité de Unidad Sindical Clasista (CUSC).²⁰ La situación política de aislamiento, ilegalidad y represión que atravesaba el PCA implicó en 1935 el abandono del trabajo que hasta entonces los comunistas habían estado realizando en solitario dentro del CUSC. La Confederación General del Trabajo (CGT) nucleaba al momento de estallar la Guerra Civil española a 262.630 obreros.²¹ La aparición de la CGT había sido originalmente considerada por el PCA como la organización de una fuerza sindical de traición al movimiento obrero, aliada natural de la junta militar fascista que había llegado al poder tras la caída de Yrigoyen, ya que su programa de reformas tenía por finalidad “convertir los organismos sindicales en simples resortes del aparato del Estado capitalista, opresor de los obreros”²². No obstante, en respuesta a la política de cooperación con la izquierda democrática impulsada por la IC a partir de su VII Congreso, el PCA determinó en Rosario en los días 2 a 4 de agosto de 1935 que había llegado la hora de disolver su propia central, el CUSC, para ingresar en las filas de la CGT aquellos sindicatos que dominaba.²³ La primera acción de la CGT estuvo centrada en la necesidad de asistir a los obreros que habían sido -y continuaban siendo- detenidos por la policía en función de la orden

¹⁸ “Entre 1936 y 1939, los comunistas vincularon sus propias posibilidades de expansión a la acción potencial dentro del movimiento de solidaridad. No fueron los únicos. [...] Pero ninguna agrupación se planteó una política tan consciente y elaborada como el PCA y nadie fue tan eficaz en su consecución”. M. Quijada, op. cit., p. 164.

¹⁹ Robert J. Alexander, *El movimiento obrero en América Latina*, México D.F., Roble, 1967, p. 61.

²⁰ Cf. H. Camarero, “Partido y sindicato en la Argentina. La actuación de los comunistas en los gremios hasta mediados de los años treinta”, en *Ciclos en la historia, la economía y la sociedad*, vol. 20, N° 39, enero/junio, 2012.

²¹ Joel Horowitz, “El movimiento obrero”, en Alejandro Cattaruzza (dir.): *Crisis económica, avance del estado e incertidumbre política (1930-1943)*, t. 7, Buenos Aires, Sudamericana, 2001, p. 260.

²² “El «programa mínimo» de la C.G.T. reformista de la Argentina (Luis Cecchini)”, *ETL*, año III, N° 40-41, mayo-junio de 1931, p. 56.

²³ Sin embargo, los gremios ligados al PCA no pudieron integrar la CGT hasta el cambio de manos de su dirección desde los sindicalistas a los socialistas, ocurrido en 1936, puesto que era grande la desconfianza sobre el respeto de los comunistas hacia el principio de no-partidismo que regía la vida de la central. H. Camarero, *A la conquista de la clase obrera*, op. cit., p. 211.

dictaminada por el Poder Ejecutivo nacional para amedrentar al trabajo asalariado que protestaba por los efectos de la crisis universal del capitalismo.²⁴ Quedaban atrás los días en los que el comunismo denunciaba a la CGT por prestar su apoyo tácito al gobierno militar para llevar a cabo su campaña de deportaciones y encarcelamientos de luchadores sociales.²⁵

Al interior de la CGT se había producido una profunda compulsa por la decisión original de mantener a la central obrera alejada de todo partido político y grupo ideológico. Promediando la década, los socialistas comenzaron a cuestionar el apoliticismo taxativo del sindicalismo en detrimento de una orientación de aproximación a las fuerzas democráticas que clamaban por el restablecimiento del orden constitucional.²⁶ Dicha operación de traspaso ya había sido operada en las organizaciones de trabajadores de España y Francia, bajo el marco de los frentes populares, experiencia que, sin lugar a dudas, ejerció una influencia fundamental en la reformulación estratégica del PSA y de otros partidos políticos.²⁷ Es esta realidad de lucha contra el nuevo orden antiliberal lo que conduce al movimiento obrero argentino, en la comprensión de problemáticas comunes, a tomar partido por la defensa de la República española. A partir de los años '30 el peso de la dirección de los sindicatos había ido traspasando de los servicios a la industria y la construcción.²⁸ Desde que los reclamos de los albañiles concluyen en la huelga exitosa de diciembre de 1935 y enero de 1936, los comunistas, que habían sido los conductores de la lucha y que en adelante se convierten en los forjadores de la FONC, ganan considerable prestigio entre los obreros. La FONC recibió afiliados prácticamente a lo largo de todo el país.²⁹ A partir de 1937, el de la construcción demostrará ser el gremio más dinámico del movimiento obrero, lo que se verá reflejado en el creciente número de cotizantes registrado en sus filas.³⁰ Esto situaba al comunismo en una posición favorable al momento de ejercer una fuerte influencia en el planteo de directrices para hacer frente desde la Argentina a la

²⁴ Sebastián Marotta, *El movimiento sindical argentino. Su génesis y desarrollo. Tomo III. Período: 1920-1935*, Buenos Aires, Calomino, 1970, pp. 318-320.

²⁵ Cf. "La lucha contra las deportaciones en la Argentina", *ETL*, año IV, N° 44-45, noviembre-diciembre de 1931, pp. 6-7.

²⁶ Samuel L. Baily, *Movimiento obrero, nacionalismo y política en la Argentina*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1985, pp. 67-69. H. Matsushita, op. cit., p. 146.

²⁷ Con anterioridad a las prácticas de frente popular de Europa occidental, "los actores políticos de esta etapa argentina, se rehusaban a asociar las amenazas que pesaban sobre el futuro de la democracia en el mundo con los dilemas que ésta afrontaba en la Argentina", en Tulio Halperin Donghi, *La Argentina y la tormenta del mundo. Ideas e ideologías entre 1930 y 1945*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004, p. 15.

²⁸ Julio Godio, Héctor Palomino, Archim Wachendorfer, *El movimiento sindical argentino (1880-1987)*, Buenos Aires, Puntosur, 1988, p. 35.

²⁹ Joel Horowitz, "El movimiento obrero", op. cit., p. 265.

³⁰ Cf. Celia Durruty, op. cit., pp. 51-ss.

realidad española, actividad que, simultáneamente, posibilitaba al PCA cooptar mayores apoyos en los mundos del trabajo. Así, la agitación político-social expresada a través de las campañas de lucha gremial y de lucha antifascista conformaba un mismo proceso dialéctico.

En el acto convocado por la CGT con motivo del 1º de mayo en 1936 se desempeñaron como oradores el sindicalista José Domenech, el socialista Mario Bravo, el radical Arturo Frondizi y el demoprogresista de la Torre, en tanto que al PCA no se le otorgó un lugar para dirigirse a las masas congregadas.³¹ Un año más tarde la situación de los comunistas iba a ser muy distinta. En la Argentina todo un conglomerado de organizaciones sindicales y organismos de ayuda, en conjunción con un grupo de partidos democráticos, preparó una gran manifestación de solidaridad con España para el 1º de Mayo de 1937.³² En este activismo el PCA se mostraba como el principal promotor.

El CC del PCA anunciaba al promediar el año de 1937 el carácter decisivo que habrán de revestir los meses siguientes en el desarrollo de la Guerra Civil española y llamaba a reforzar de manera considerable la colaboración destinada al pueblo español.³³ El PCA reclamaba que fueran reconocidos el gobierno constitucional de España y su libertad de comercio (lo que incluiría la compra de armamentos corriente para cualquier gobierno dentro del género legal). Había que luchar por la expulsión de todas las fuerzas nazifascistas extranjeras y el respeto de la seguridad internacional según había sido estipulada por la Sociedad de Naciones. También era importante en lo inmediato proceder a singularizar y difundir la posición soviética respecto del conflicto. Estas acciones debían ser acompañadas por una potente campaña de propaganda y agitación en apoyo del gobierno de FP. Al llevar la información del conflicto español a las masas se debía hacer constar de manera clara y concisa la diferencia existente entre la excepcional situación ibérica y las condiciones políticas vigentes en la Argentina. El PCA seguía el curso señalado por Dimitrov: la Argentina no era España, y por lo tanto

³¹ Julio Godio, *El movimiento obrero argentino (1930-1943)*, op. cit., p. 212.

³² Cf. “Una gran manifestación de solidaridad con España se realizará el 1o. de Mayo”, *LNE*, N° 54, 25/4/1937, pp. 1, 3; “Los comités de ayuda a España engrosarán la manifestación. La solidaridad con España será consigna básica”, *LNE*, N° 55, 29/4/1937, p. 1; “El 1o. de mayo de 1937 debe ser solidaridad con España leal”, *LNE*, N° extraordinario en solidaridad con los trabajadores españoles, 1/5/1937, p. 1. El PCA volvería a revelarse como un organizador central en el acto de la CGT por el Día del Trabajador en 1938. Cf. Luis V. Sommi, *¡Unidad! Por el pan, la libertad y la paz del pueblo argentino*, Buenos Aires, Partido Comunista Argentino, 1938.

³³ Resolución del CC del PCA para la ayuda a la España republicana, 10/7/1937, Archivo IC, BCNA, r. 1, s. 13 [En francés].

sus partidos comunistas debían darse programas de acción distintos.³⁴ La ayuda material era sumamente importante. Esta se componía especialmente de la colecta de fondos que debían ser cambiados por bienes de consumo en forma urgente para su inmediato envío. No obstante, la herramienta de mayor fuerza en este sentido la constituían los padrinazgos, los que podían adquirir diversas formas: las ciudades sobre otras ciudades, los sindicatos sobre las unidades militares, los intelectuales sobre los hospitales.

Asimismo, la campaña de propaganda ideológica conducida por el PCA rindió ingentes frutos. La actividad de los comités de ayuda fue extremadamente efectiva. Mónica Quijada demostró con abundancia de datos que, partiendo del índice poblacional de la época, la Argentina fue el país en donde se lograron las mayores recaudaciones de dinero para contribuir con la causa republicana. De hecho, a partir de enero de 1937, *La Nueva España* estuvo en condiciones materiales, dada su elevada tirada (basada en parte en el éxito de su llamado a que cada suscriptor debía hacer un nuevo suscriptor), de dejar de ser semanario para pasar a adquirir aparición bisemanal. En definitiva, la FOARE, que se regía por los dictámenes de la IC, fue registrando un crecimiento progresivo en la organización de las actividades tocantes a la colaboración con la República. Las actividades de difusión fueron impulsadas con especial energía por los comunistas desde la FOARE. Desde el trabajo de organización y centralización de la ayuda para España realizado por la FOARE, la dirección comunista logró con particular pericia “atraerse tanto a los grupos independientes -es decir, los comités que operaban libres de las tutelas de los partidos- como de los que estaban bajo el ala de los anarquistas de la Coordinadora o de la red republicano-socialista, es decir, del Centro Republicano Español y el Partido Socialista Argentino”³⁵. A partir de este desequilibrio, toda colaboración para España estuvo mucho más mediada por las regulaciones y disposiciones comunistas, expresadas a través de la conducción de su partido.

6.2. Una reflexión en torno de los interbrigadistas argentinos

Basta asomarse a los títulos de los libros y artículos que componen la inmensa producción historiográfica sobre la Guerra Civil de España para advertir muy rápidamente que, si bien se trató de una coyuntura que desde muy pronto adquirió una

³⁴ Carta del Secretariado del CE de la IC, firmada por Dimitrov, 29 de junio de 1937, Archivo IC, BCNA, r. 1, s. 13 [En ruso].

³⁵ S. Montenegro, op. cit., p. 80. Esto no impediría, de todas formas, el surgimiento de algunas discrepancias y delaciones respecto de la naturaleza de las acciones de colaboración comunista con la causa republicana. En este sentido, Joaquín Coca, uno de los fundadores del Partido Socialista Obrero, advertía que los emprendimientos pro-republicanos constituían “el negocio político y pecuniario que el PC explotaba al por mayor”. Joaquín Coca, *Quinta columna bolchevique*, Buenos Aires, s/e, 1940, s/p.

relevancia y una impronta internacionales, pareciera tratarse de un suceso en el que todos los implicados tenían en realidad un origen europeo. Excluyendo el notable caso de México, las prácticas latinoamericanas en la lucha por la defensa de la democracia republicana, salvo muy pocas excepciones, no han sido objeto de estudios de larga proyección. Creemos que la asistencia brindada por el aparato del Estado conducido por Lázaro Cárdenas no fue pasada por alto por los investigadores sociales justamente a causa de que se trató de la intervención de un gobierno nacional. Por tanto, proponemos aquí que si el amplio espectro de expresiones que adquirió la solidaridad latinoamericana hacia el pueblo español y su democracia pluralista no resultó merecedora de ningún tipo de miramientos por parte de las distintas corrientes de la historiografía que se dedicaron a su estudio, eminentemente generada en el Europa occidental, ello no se debió a la negación del papel que pudieron haber jugado distintos actores sociales de América Latina en dicho proceso, sino que su explicación reside en el hecho de que en toda esta región las distintas formas de acción pro-republicanas partieron de la iniciativa civil, ajena a la voluntad concitada en los estados nacionales.

En los últimos años, no obstante, se ha dado inicio a una serie de estudios relativos a la participación argentina en los ejércitos de voluntarios apadrinados por la IC condensados en las BI. Existe cierto consenso historiográfico en la consideración de que la utilidad de las BI vino dada por su importancia propagandística a nivel mundial y no tanto por una capacidad –que no tuvo en ningún momento- de desestabilizar el desarrollo de los acontecimientos militares. El total de brigadistas que operó en un mismo tiempo no llegó a superar el orden de los 20.000. Es precisamente por esto que, aún cuando se parta del reconocimiento de la fórmula por la cual “cantidad” deviene “calidad”, termina por resultar evidente que los contingentes de voluntarios argentinos que dejaron todo para socorrer a la España republicana, no alcanzaron a representar un factor desequilibrante. Y esto fue así -aún concediendo que pudiera su número haber oscilado entre los 800 y los 1.000 combatientes a lo largo de todo el conflicto-³⁶ principalmente por dos motivos: en primer lugar, porque su número no fue lo suficientemente elevado, si bien fue alto en la proporción de las nacionalidades; en segundo lugar, porque el conjunto de las BI, cuya escasa formación militar iba en

³⁶ Así lo estiman Lucas González, Jerónimo Boragina, Gustavo Dorado y Ernesto Sommaro, si bien ellos pueden organizar un listado de 540 voluntarios argentinos, en op. cit. Ya en 1993 Víctor Trifone y Gustavo Svarzman situaban el número de brigadistas argentinos en torno de los cinco centenares, en op. cit., pp. 14, 87.

desmedro de la efectividad de las operaciones en que tomaban parte, nunca desempeñó un papel determinante.

En nuestra opinión el rol destacado desempeñado por la Argentina en la lucha antifascista librada en la península ibérica, lo particular en su intervención, viene dado por otro aspecto, de poco número y mucho peso: el aporte del PCA en la reconfiguración y el comportamiento del PCE. Resulta altamente llamativo que no se hayan investigado todavía las conexiones entre las direcciones de uno y otro partido. En este sentido, las tareas organizativas a nivel partidario desempeñadas por la máxima figura del comunismo argentino no han sido destinatarias del análisis que ameritan, es decir, de una interpretación que rompa el aislamiento de la acción individual y la ponga en relación con el complejo problemático que la excede y le da sentido. Por el contrario, se reconoce la importancia de su participación y -aunque en forma epidérmica- se la delimita, pero no se la disecciona y mucho menos se la comprueba.

El vasto compendio de estudios de índole diversa que integran la historiografía general referida a la Guerra Civil española, con la excepción de cierto lugar destacado reservado a la participación del México de Lázaro Cárdenas, omite la participación latinoamericana en el conflicto. En un intento por superar este silencio, un grupo de jóvenes historiadores argentinos radicado en la ciudad de Mar del Plata ha tomado recientemente el caso de las Brigadas Internacionales como paradigmático de dicha situación. Las producciones sobre este tema efectuadas por el grupo mencionado, escasas aunque constantes,³⁷ denuncian la acción tendenciosa en que incurren aquellos autores que se esfuerzan por todos los medios en poner el énfasis en la intervención de los brigadistas europeos, destacando aún aquellos casos en que la participación de ciertas nacionalidades del continente llega a ejercer una incidencia numérica prácticamente nula.³⁸ No obstante, estos nuevos estudios caen en la misma práctica en que incurre la historiografía confrontada, consistente en rescatar el volumen de voluntarios perteneciente al país de origen de los propios investigadores con la intención de posicionarlo mejor en el *ranking* de las distintas naciones que prestaron colaboración a la España republicana.³⁹

³⁷ Cf. “Introducción”.

³⁸ Cf. L. González, J. Boragina, G. Dorado, E. Sommaro, op. cit., p. 87.

³⁹ Este grupo de estudios recientes reconoce la magnitud de la experiencia de los voluntarios cubanos que tomaron parte en la defensa de la causa republicana. L. González et al, op. cit., pp. 89 y 94. Hasta el año 1981 se contaba aquí con una nómina de 732 milicianos arribados a España procedentes de Cuba, listado que fue elevado a la cifra de 1.056 a la luz de la apertura de archivos. Cf. Ramón Nicolau González (dir.), *Cuba y la defensa de la República española (1936-1939)*, La Habana, Editora Política, 1981; Denise Urcelay-Maragnès, “Los voluntarios cubanos en la guerra civil española (1936-1939): la leyenda roja”, en

El interés de los investigadores actuales no está puesto únicamente (aunque sí centralmente) en resignificar la importancia numérica de las BI, y en particular aquella que corresponde a los voluntarios argentinos, sino que también tienen por objeto romper con las perspectivas dominantes que favorecieron el relato de la oficialidad,⁴⁰ intentando, por ende, dar cuenta de una “historia desde abajo”. Sin lugar a dudas, resulta muy valioso el desglose por oficios y profesiones desempeñados por 189 de los 540 voluntarios argentinos comprobados que fueron enviados a España. A través de este aporte se estableció la diferenciación en siete categorías dentro de las cuales fueron encasillados los combatientes argentinos. Aunque la muestra se compone del total de las fuerzas políticas participantes -con clara preponderancia comunista-, no deja de ser esclarecedor el desglose que arroja la presencia de 21 dirigentes, conformando el segundo grupo mayoritario, a la par del grupo de los profesionales. La más numerosa de las categorías es la de los obreros y trabajadores, con 110 miembros.⁴¹ La proporción de dirigentes es llamativamente elevada dentro del conjunto total. Desde el punto de vista aquí adoptado, constituye este un indicio definitorio de que en realidad la singularidad del apoyo brindado por el PCA a su homólogo español reside en su “calidad” y no en su “cantidad”. El PCE requería de cuadros experimentados para que tomaran parte en las tareas de organización, y los comunistas argentinos, habiendo recibido las indicaciones del caso provenientes de la IC, acudieron al llamado.

El acta de fundación de las BI tiene lugar en la reunión del CE de la IC el 18 de septiembre de 1936, instante en que se decide la creación de un ejército internacional de obreros voluntarios. No obstante, el momento concreto en que comienzan a funcionar las BI tiene lugar en Albacete cuando, durante el mes de octubre del mismo año, se realiza el reclutamiento espontáneo de alrededor de 1500 voluntarios que deseaban

Historia Social, N° 63, 2009, pp. 41-58; Angelina Rojas Blaquier, “La contribución internacionalista del pueblo cubano a la lucha antifascista. A propósito del 65 aniversario de la lucha sobre el fascismo”, *Calibán. Revista Cubana de Pensamiento e Historia*, VIII, julio-agosto-septiembre de 2010, s/p [Tomado de http://www.revistacaliban.cu/articulo.php?numero=8&article_id=88. Último acceso: 14/11/2012].

⁴⁰ En una medida nada despreciable esta entronización de los mandos puede comprenderse en el hecho de que fueron miembros destacados de altos rangos militares los primeros en reseñar la acción de las BI en la guerra. Dos de los más antiguos y evidentes casos a este respecto son los de los italianos Luigi Longo y Pietro Nenni, ambos participantes en calidad de comisarios políticos en el Batallón Garibaldi de las Brigadas Internacionales. Cf. Luigi Longo, *Las Brigadas Internacionales en España*, México, Era, 1966 [1era ed. en italiano 1956]; Pietro Nenni, *La guerra de España*, México, Era, 1967 [1era ed. en italiano 1958].

⁴¹ Para el año de 1926 la estructura social de los miembros del PCA de la Capital Federal arrojaba la siguiente composición: el 77,75% eran obreros, el 13% empleados, el 2,75% trabajadores independientes y el 6,5% se desempeñaba en profesiones laborales. Estos datos son tomados de Hernán Camarero, *A la conquista de la clase obrera*, p. 39 (incluye el desglose completo por rama de ocupación). Sobre la continuación de la campaña de proletarización y bolchevización del partido en la primera mitad de la década de 1930, cf. especialmente ídem, pp. 22-42.

tomar parte en la lucha contra el fascismo, logrando para ello la obtención del visto bueno de Largo Caballero.⁴² Según Josep Puigsech Farràs, si los interbrigadistas aceptaron de buen grado que la IC ejerciera la dirección ello se debió a “motivos puramente organizativos, ya que alguien tenía que ordenar, coordinar e instruir a los miles de brigadistas que llegaban a España para luchar contra las fuerzas sublevadas”.⁴³ Las problemáticas vinculadas a la participación extranjera en España, lejos de hallarse medianamente resueltas, continúan pendientes de nuevos y más exhaustivos abordajes acorde con la aparición de materiales documentales inéditos. Así, ni siquiera los aspectos más salientes de dicha acción internacional se hallan cubiertos en cuanto atañe a los acontecimientos militares, en el sentido de que se trataría no “tanto de contar de nuevo la ayuda material recibida de alemanes, italianos o soviéticos, sino de valorar la conceptualización técnica, táctica o estratégica de estos elementos para tomar determinadas decisiones en el campo de batalla”.⁴⁴

La participación en la Guerra Civil de los voluntarios argentinos no queda exceptuada de esta situación de desconocimiento parcial generalizado que se ciñe sobre la mayor parte de los temas centrales que signaron el desarrollo de los acontecimientos en el conflicto de 1936-1939. Un paso importante para comenzar a revertir esta falencia fue dado por Mónica Quijada, quien señaló la dificultad de rastrear a los voluntarios a causa de la necesidad de evadir los controles del Comité de No-Intervención, ocultando nacionalidades, y es ella quien observa la manera en que la marcada ascendencia española en la población argentina permitió a los voluntarios argentinos sortear con mayor fortuna los controles.⁴⁵ Tanto el PCA como los anarquistas argentinos, los principales reclutadores de voluntarios, debieron quemar varias de sus documentaciones para salvaguardar la integridad física de quienes se desplazaban a la zona de conflicto. Además, muchas veces los voluntarios salían ilegalmente del país. Estas partidas no registradas no eran motivadas por la situación legal de quienes se desplazaban, sino que encontraba motivaciones de orden inter-gubernamental. Y es que para no tensar más las relaciones diplomáticas que mediaban entre los gobiernos español y argentino, el

⁴² Rémi Skoutelsky, “Las Brigadas Internacionales: algunas definiciones”, *Congreso Internacional La Guerra Civil Española 1936-1939*, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, Madrid, 2006, p. 5.

⁴³ J. Puigsech Farràs, “Entre el ejército del Comintern y la solidaridad antifascista: la trayectoria de Giuseppe di Vittorio en el debate sobre la naturaleza de las Brigadas Internacionales”, en *Studia Historica. Historia Contemporánea*, N° 28, Salamanca, 2010, p. 312.

⁴⁴ Hernán Rodríguez Velasco, “La historia militar y la guerra civil española: una aproximación crítica a sus fuentes”, en *Studia Histórica. Historia Contemporánea*, N° 24, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2006, p. 79.

⁴⁵ M. Quijada, *Aires de República, aires de Cruzada*, op. cit., p. 227.

gobierno republicano en Valencia se opuso en reiteradas oportunidades a recibir de buen grado el envío de voluntarios argentinos.⁴⁶

El PCA impulsó en Argentina durante el mes de agosto de 1937 la formación de la FOARE con el fin de reunir ayuda material y humana para el frente de batalla.⁴⁷ La cuestión de los voluntarios era en España una temática al rojo vivo desde comienzos de ese año. Por ello, en el órgano de la FOARE se deslindaban responsabilidades por el envío de los mismos, al tiempo que se planteaba su existencia como el efecto lógico de la violación nazifascista de los acuerdos concitados en el Comité de No-Intervención. Allí se insistía también en que no debían recaer en la Unión Soviética las acusaciones formuladas a raíz de la vía desesperada que habían tomado los internacionalistas que se consideraban a sí mismos defensores de las libertades democráticas a la hora de canalizar sus aspiraciones en una coyuntura en la cual se había manifestado un profundo desprecio hacia las resoluciones diplomáticas. Con el control editorial de los comunistas publicaron *La Nueva España*, que tuvo una tirada de 45.000 ejemplares. A través de este periódico se hacía constar que tampoco -y se insistía mucho en ello por razonamientos tácticos- habían sido el gobierno conservador inglés ni el gobierno socialista francés los autores de una política internacional que en su fracaso limitaba toda posibilidad de respuesta liberal anti-autoritaria:

La nota enviada por los gobiernos de Gran Bretaña y Francia a Alemania, Italia, Portugal y Rusia, relacionada con la necesidad de suspender el envío de voluntarios a la península ha quedado restringida en su importancia a la sola actitud que frente a la misma pueda asumir el Reich. Porque sobrentiende que el envío de voluntarios que efectúan los otros países no significa una ingerencia directa de los mismos en el problema interno español. En cambio el Reich no sólo ha enviado ya dos divisiones de ejército, sino que se propone aumentar su envío con otras cinco divisiones, integradas por 60.000 hombres, que es lo que el ex general Franco estima necesario para poder continuar la lucha con algunas probabilidades de triunfo.

[...]

Francia, Gran Bretaña y la U.R.S.S. han agotado todos los recursos imaginables para impedir una guerra europea. Han sido toleradas agresiones que, como en el caso del hundimiento del “Konsomol”, habrían sido suficiente argumento en otros tiempos para una declaración inmediata de guerra.⁴⁸

Esta consideración que hacía la redacción del “Órgano del Comité de Ayuda al Gobierno Español del Frente Popular”, iba a admitir la paulatina irrupción en sus

⁴⁶ Idem, p. 228.

⁴⁷ La declaración de formación de la FOARE fue dada a publicidad en *España Republicana*, 14/8/1937, p. 5.

⁴⁸ “El fascismo, que encendió la guerra en España, quiere extender la hoguera a toda Europa”, *LNE*, N° 22, 2/1/1937, p. 1.

páginas de voces discordantes. De esta manera, el periódico incluía pocos días más tarde artículo de César Falcón de *Altavoz del Frente*, en donde la política anglo-francesa era considerada una farsa.⁴⁹ A partir de entonces arreciarán las críticas negativas al Comité de No-Intervención y a las dos potencias occidentales signatarias de sus postulados y hasta la propia redacción pasaría a referirse a la diplomacia europea como “la forma más sutil de la hipocresía humana”⁵⁰.

6.3. Más allá de las cuantificaciones posibles: quiénes eran, qué buscaban y cómo eran organizados los voluntarios argentinos

Siguiendo la práctica usual impuesta por la IC a los delegados de las distintas secciones, la Comisión Central de Cuadros (Sección extranjeros), integrada al Partido Comunista de España, establecía que

Todo camarada que no es español y que desea entrar en las filas del P. C. de España, deberá escribir una biografía según las normas de este cuestionario, y mandarlo con su demanda, al C. C. por la vía del Partido. Esta disposición se aplica igualmente a todo camarada que era, antes, miembro de uno de nuestros partidos hermanos y que desea también obtener el carnet del Partido por el año en curso.⁵¹

A continuación de este encabezado, el formulario se desglosaba en las siguientes secciones, según orden: “Personal”; “Desenvolvimiento profesional”; “Vida sindical”; “Vida social”; “Vida política”, fraccionada en “a) Actividad de Partido” (motivo de la afiliación, cargos ocupados en la estructura partidaria y acciones en las que estuvo implicado), “b) Posición política y moral” (además de consultar sobre la participación en facciones o corrientes de oposición en el seno del partido y penalizaciones por indisciplina, se preguntaba si se tenía relaciones con trotskistas y, en caso afirmativo, con quiénes), “c) Nivel cultural”, “d) Capacidades y experiencias militares”; “e) Vida en España”. Se solicitaba, como último término, que se mencionaran los nombres de los

⁴⁹ “La diplomacia europea ha hecho una exhibición de hipocresía”, *LNE*, N° 25, 14/1/1937, p. 4.

⁵⁰ “El fascismo internacional pretende aniquilar todos los sistemas democráticos”, *LNE*, N° 30, 31/1/1937, p. 1.

⁵¹ Archivo Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en Argentina, AR CEDINCI COL-12-Brigadas Internacionales (en adelante Archivo CeDIInCI, BI). Se trata de un compendio de 217 documentos correspondientes a 498 listas de voluntarios solicitadas por Gabriela Mochkofski el 17 de junio de 2005, correspondiente a materiales reproducidos del Federal’noe Arkhivnoe Agentstvo Rossii. Rossiiskii Gosudarstvennyi Arkhiv Sotsial’no-Politicheskoi Istorii (Archivo Estatal Ruso de Historia Socio-Política), fondo 545, inventario 6. Sobre la evolución que experimentaron las biografías y autobiografías de los militantes comunistas requeridas por la IC a medida que se perfeccionaba su armado burocrático en los años ’30, cf. Claude Pannetier and Bernard Pudal, “Communist Prosopography in France: Research in Progress based on French Institutional Communist Autobiographies”, in Kevin Morgan, Gidon Cohen and Andrew Flinn (eds.): *Agents of the Revolution. New Biographical Approaches to the History of International Communism in the Age of Lenin and Stalin*, Bern, Peter Lang, 2005, pp. 31-33.

camaradas que podían ratificar todo cuanto había sido afirmado. La nota aclaratoria con que cerraba la plantilla daba cuenta de dos de las preocupaciones centrales del comunismo, de vieja data: la disciplina -el suministro de informaciones no fidedignas sería castigado con la expulsión del partido- y el temor a la conspiración interna -los comunistas debían notificar todas sus actuaciones al CC del PCE, y en caso de que quisieran gozar de una mayor seguridad para la correcta entrega y el nulo sabotaje de datos, podían hacer personalmente entrega de los cuestionarios solicitados-.

De la lectura de estos documentos se desprende que casi todos los voluntarios argentinos estaban radicados en Buenos Aires al momento de partir para España. A fines de 1937 y comienzos de 1938, las biografías de los militantes se reducían solamente a las informaciones más generales: datos personales básicos, tiempo de militancia en el PC y cargo desarrollado en él, antecedentes por indisciplina, pertenencia, preparación y cargo militares, instrucción general, instrucción política propia y de familiares cercanos, camaradas que pudieran responder por los datos provistos por el firmante.⁵² Por otro lado, en el boletín de ingreso exigido por el PCE a los miembros del ejército, se hacía constar en el membrete central, a renglón seguido del nombre de la organización partidaria y entre paréntesis, que se trataba de la Sección Española de la Internacional Comunista.⁵³ La complejización en el control de la información correspondiente a los nuevos enrolados en las filas del ejército republicano podía responder a la necesidad creciente de combatir las prácticas de infiltración en las que el bando rival demostraba ser bastante avezado. Pero también puede estar dando cuenta de la creciente capacidad de la dirección del PCE para organizarse internamente según sus aspiraciones de incrementar la eficiencia de sus diversas actividades.

Se insistía mucho en estas biografías sobre el aporte de información acerca del conocimiento que pudieran tener las autoridades oficiales del país nativo tanto de la condición de comunista del militante biografiado como del destino de su partida. Llama la atención que en varios de los casos a los que se tiene acceso, los comunistas argentinos en España señalan el reconocimiento de sus actividades políticas dentro y fuera de la Argentina por parte de las autoridades. Incluso se aseguraba la posibilidad de retornar al país legalmente. Algunos de los casos en los que no se contaba con el regreso

⁵² Así aparecen los formularios de ingreso completados por Fanny Jacovkis, Biografía Militar (en adelante BM), Archivo CeDInCI, BI, doc. 115, 5/11/1937, y José María González Fernández, BM, Archivo CeDInCI, BI, doc. 116, 23/4/1938. Este último se había desarrollado en la Argentina como miembro de propaganda del Comité Central, actividad por la que había sido condenado a 6 meses de prisión y había tomado parte en la Revolución de Asturias.

⁵³ *Boletín* núm. 2, Partido Comunista de España (S.E. de la I.C.), Archivo CeDInCI, BI, doc. 113.

tenían que ver con las deserciones de quienes no habían querido prestar servicio militar en el ejército nacional; en estos casos la salida del país se había producido sin el consentimiento de las autoridades nacionales y el retorno quedaba atado al procesamiento de los desertores.⁵⁴ Asimismo, afirman que su salida al exterior se produjo por medios legales, haciendo uso de pasaporte argentino legal. Esto obliga a matizar las afirmaciones vertidas en los trabajos más sólidos y reconocidos que se centraron en la participación argentina en la guerra civil de España, puesto que en ellos, tal como se ha señalado más arriba, se advertía una necesidad por parte del voluntario comunista argentino de continuar, dado el recrudecimiento de la represión estatal sobre el partido y las organizaciones a él vinculadas desde el derrocamiento del gobierno constitucional, operando bajo el recurso de la clandestinidad aun al momento de dejar el país para prestar colaboración en España. Este señalamiento no significa en absoluto que se deba dar por tierra con aquellas apreciaciones,⁵⁵ sino que implica la conveniencia de particularizar cada caso, a los fines de evitar la adopción de una regla general que no encuentra correlato en las complejidades de la realidad analizada.

El Comisariado de Guerra de las Brigadas Internacionales disponía que los combatientes completaran una ficha con varios datos personales y relativos a la pertenencia política o sindical y los contactos actualizados con sus organizaciones en cualquier parte del extranjero, pero también incluía una encuesta en donde cada uno de ellos debía brindar sus apreciaciones personales respecto de algunos aspectos organizativos del ejército republicano y de las políticas de emergencia asumidas por el gobierno del FP. Además del oficio era necesario constar el salario medio percibido en el lugar de trabajo anterior a la partida hacia España, lo que bien podía apuntar a sondear la correspondencia entre la política de unidad frentepopulista y la composición del cuerpo de combatientes agregado a las BI.

Era importante también consignar en cada caso el otorgamiento de permisos para alejarse del frente gozados dentro o fuera de España, y la duración de los mismos en caso de que efectivamente hubieran tenido lugar. Está claro que detrás de esta indagación se hallaba la necesidad imperiosa de combatir las filtraciones de la quinta columna. No sorprende entonces que la pregunta siguiente integrada en el formulario

⁵⁴ Tales los casos de Enrique Orlando Suriano, Comisariado de Guerra de las Brigadas Internacionales (CGBI), Archivo CeDInCI, BI, doc. 31, 31/10/1938; Félix Muñoz, CGBI, Archivo CeDInCI, BI, 14/11/1938; Francisco Martínez Pérez, Archivo CeDInCI, BI, CGBI, doc. 35, s/f.

⁵⁵ De hecho el propio Luis Sommi, importante figura del comunismo argentino con proyección internacional, encontró serias dificultades para concretar su viaje a España a causa de su participación reciente como miembro del Presidium del CE de la Internacional Juvenil Comunista en su VI Congreso de 1936. Miguel Burgas, *El primer diputado comunista. Año 1924*, Buenos Aires, Anteo, 1985, p. 43.

aludiera a la consideración que del voluntario tenían los jefes de su unidad. Se solicitaba la mención de elogios recibidos, y en caso de que los hubiera habido, quién los había dispensado, cuándo lo había hecho y por qué motivos. Iguales informaciones eran requeridas ante la mención del brigadista en la orden del día de su unidad.

Estas consultas representan un particular interés a propósito de la funcionalidad que prestaba la guerra civil para la formación de cuadros latinoamericanos. Por ejemplo, ante la pregunta sobre la adquisición de nuevas especialidades políticas o militares en suelo español pasibles de ser dispuestas para la organización de la lucha antifascista en el país de origen del miliciano, el farmacéutico de 27 años Roberto Fierro,⁵⁶ miembro del PCA y de la Asociación Empleados de Farmacia, habiendo llegado a España el 21 de febrero de 1937, aseguraba en su ficha el 18 de noviembre de 1938: “considero que me he capacitado políticamente, pues nunca [sic] siento más convicción por mis ideales que nunca y mi gran ambición es poder extender mis conocimientos a otros camaradas”⁵⁷. En este sentido, es notable el interés puesto en el grado de desarrollo educativo y cultural de los comunistas presentados como voluntarios en España. De esta manera, se lee aquí también la aparición de aquella funcionalidad que le adjudicaban a la formación teórica e intelectual del militante comunista Rodolfo Ghioldi y la redacción de *Bandera Roja*, la cual, según hemos visto en el capítulo 4, no debía estar deslindada de la experiencia práctica inmediata en el terreno de la lucha de clases.

El 30 de abril de 1938, el gobierno de Negrín dio a conocer su programa político plasmado en “treces puntos” consistentes en:

1. La independencia de España.
2. Liberarla de militares extranjeros invasores.
3. República democrática con un gobierno de plena autoridad.
4. Plebiscito para determinar la estructuración jurídica y social de la República Española.
5. Libertades regionales sin menoscabo de la unidad española.
6. Conciencia ciudadana garantizada por el Estado.
7. Garantía de la propiedad legítima y protección al elemento productor.
8. Democracia campesina y liquidación de la propiedad semifeudal.
9. Legislación social que garantice los derechos del trabajador.
10. Mejoramiento cultural, físico y moral de la raza.
11. Ejército al servicio de la Nación, estando libre de tendencias y partidos.
12. Renuncia a la guerra como instrumento de política nacional.
13. Amplia amnistía para los españoles que quieran reconstruir y engrandecer España.⁵⁸

⁵⁶ En su biografía para el PCE consigna entre sus camaradas de mayor confianza a un comisario político argentino de nombre Carlos, muy probablemente el camarada Carlos retratado por su hija, Alicia Dujovne, BM, Archivo CeDInCI, BI, doc. 5, 18/11/1938.

⁵⁷ Idem.

⁵⁸ Reproducidos en S. Álvarez, *Juan Negrín*, op. cit., pp. 127-129.

Mencionaba Fierro la poca difusión y explicación que habían recibido los “trece puntos” del Gobierno de Unión Nacional, por medio de los cuales se intentaba promover la consolidación de la unidad de todas las tendencias políticas y sindicales a los fines de reorganizar las fuerzas republicanas en una batalla final contra los sublevados.⁵⁹ Señalaba en su ficha que eran realmente pocos aquellos combatientes que habían logrado comprender el sentido de los “trece puntos”, lo que les había permitido dar una idea formada respecto de qué actitud asumir frente a estos. Dentro de esta función vital para la supervivencia, los comunistas eran los encargados de encarnar la dirección del movimiento de resistencia.

Cuando se les preguntaba por el lugar al que se conducirían al abandonar el territorio español, no eran pocos los que afirmaban que, aunque se hallaban en condiciones de regresar a la Argentina sin que ello les significara problemas ante la ley, no estaba en sus planes volver. Preferían, en cambio, instalarse en México, incluso cuando confirmaban no tener familiares ni conocidos en ese país. De aquí puede desprenderse el fervor que despertó el gobierno de Lázaro Cárdenas entre los combatientes olvidados por el resto de las democracias de Occidente. A fin de cuentas, era mucho más fácil adaptarse a las condiciones de vida mexicanas que aprender una lengua extremadamente difícil como era el ruso en caso de pensar en echar raíces en la Unión Soviética, la otra nación que había acudido a socorrer a la República y todo cuanto ella representaba de progresista. Pero también debió haber ejercido influencia, no en la elección del destino pero sí en la decisión de no retornar a la Argentina, los elevados niveles de represión padecidos por los luchadores políticos y sindicales a partir del golpe militar encabezado por Uriburu. La libertad de la que habían disfrutado los comunistas argentinos en el terreno custodiado por los republicanos se había reflejado en un amplio margen de maniobra para conducir aquellas acciones consideradas necesarias a los fines de defender la causa política a la que se adhería y por cuyos principios estaban dispuestos a arriesgar la vida. En el país de origen, en cambio, esta posibilidad se hallaba severamente socavada, lo que atentaba contra la consecución de las reales expectativas dentro de un horizonte político reducido a la mínima expresión. Por citar un caso, Alfredo Borello, técnico mecánico que integraba la Juventud Socialista Obrera de Buenos Aires y que prestó servicios de soldado en la 15 Brigada, comentaba que sus

⁵⁹ En opinión del excombatiente Juan José Real, los “trece puntos” de Negrín chocaban con la realidad y se hallaban condenados al fracaso por una doble causa: lo extendido del “aventurerismo anarco-trotskyista” y la división ya producida en dos partes del territorio ante el avance franquista. J. J. Real, *Treinta años de Historia Argentina*, Buenos Aires, Crisol, 1976, pp. 71-72.

posibilidades de retorno a su ciudad de residencia estable estaban dadas “a medias” a causa de “la política filofascista de la Argentina, de su gobierno”⁶⁰. Esta situación llevaba a Borello a desear su reinstalación en la ciudad de México.

Jesús Castilla-Latorre, farmacéutico de 25 años, quien había sido integrante del PSA desde 1929 hasta su expulsión en 1936 por apoyar la política del FP, había acabado por unirse a las filas del PCA y no había dudado a la hora de interceder en España por la defensa de sus ideas. Resulta llamativo advertir que al ser consultado sobre el papel desempeñado por las BI, hacía hincapié en las repercusiones anímicas que generaba en el conjunto de la población favorable a la República: “Más que todo fue un buen estímulo moral para el pueblo español en los primeros momentos, confirmando su espíritu generoso, al retirarse sintiendo abandonar la lucha antes del triunfo, y disponerse a continuarla fuera de España”⁶¹. De hecho, resulta visible el escaso nivel de preparación de los brigadistas a partir del caso de los voluntarios argentinos. Un alto número de ellos responde afirmativamente a la consulta sobre heridas recibidas en el frente de batalla.⁶²

Es importante, asimismo, destacar que, tal como ocurría en el caso de algunos de los dirigentes del PCA enrolados en el frente de batalla, Gerardo Martínez, albañil de profesión que prestó servicios como voluntario en la guerra civil, había participado en 1936 en la huelga de la construcción de Buenos Aires.⁶³ Quizás él y otros más se hayan sentido llamados a tomar parte en una acción tan radical alentados por el resurgir de la organización de los trabajadores huelguistas que, de a poco, recuperaban la confianza en la posibilidad de conducir sus reclamos. En este sentido, se considera aquí que, efectivamente, el proceso huelguístico ocurrido en la Argentina a finales de 1935 y comienzos de 1936 contribuyó grandemente a desentumecer a las masas trabajadoras y

⁶⁰ CGBI, Archivo CeDInCI, BI, doc. 22, 16/10/1938.

⁶¹ CGBI, Archivo CeDInCI, BI, doc. 7, 18/11/1938. El estudiante-empleado comunista Carlos López Stábile también resaltaba la importancia de las BI “como estímulo político del pueblo español”, Archivo CeDInCI, BI, CGBI, doc. 24, 10/12/1938. Del mismo modo, el mecanógrafo cenetista Ricardo Martín Olvurxa (apellido poco legible) combinaba esta función moral-anímica con la dimensión internacional del problema que combatía España, constituyéndose así en guía de una lucha mucho mayor, al aducir que las brigadas eran “una gran inyección de moral a los españoles ya que han podido ver que no están solos en su lucha contra el fascio.”, CGBI, Archivo CeDInCI, BI, doc. 42, 31/10/1938.

⁶² Parece así confirmarse, para el caso de los voluntarios argentinos, la afirmación formulada por Manuel Requena Gallego respecto de que “aunque se ha de reconocer que algunos mandos y soldados tenían la destreza alcanzada durante la Primera Guerra Mundial y otros eran o habían sido militares, sin embargo la mayoría sólo disponían de los conocimientos adquiridos en los entrenamientos en las bases albacetenses, que según algunos brigadistas eran bastante «ineficaces»”. M. Requena Gallego, “Las Brigadas Internacionales: una aproximación historiográfica”, *Ayer*, N° 56, 2004, p. 29.

⁶³ Cf. Gerardo Martínez, BM, Archivo CeDInCI, BI, doc. 47, 2/11/1938.

es lo que, en gran parte, explica la amplia participación que mostraron a través de la organización de la ayuda destinada a España.

El Buró Político del PCE otorgó a Benigno Mochkofsky, quien se había desempeñado como Comandante del 5º Regimiento de Milicias primero y como Mayor del Ejército Popular después, el permiso para “hacer trabajo de partido con los voluntarios internacionales, especialmente con los latino-americanos y más particularmente con los argentinos”⁶⁴. En el informe que Mochkofsky dirige a Andrés Marty a propósito de esta actividad, el argentino hace constar que en el frente de Ripoll, en una reunión del Comité latino en la que se discutió en torno de las deficiencias percibidas en el trabajo de los comisarios, los responsables del partido y demás miembros participantes, “se demostró un bajo nivel político, incompreensión de la mala situación, de sus causas, de la salida de ella”; Mochkofsky advertía que el trasfondo de todo ello venía dado por la “completamente superficial e insuficiente vida de Partido, lo que determinaba el relajamiento de la disciplina en general y también de la disciplina de Partido, debilitamiento de la autoridad de los órganos y de los cuadros del Partido y también de los Comisarios y Mandos”. El señalamiento de esta realidad no necesariamente iba en contra de las respuestas fugaces y poco elaboradas que los voluntarios daban a la consulta respecto del conocimiento de cada uno de ellos de los “trece puntos” del Gobierno de Unión Nacional, sobre el estudio de los mismos, y sobre la opinión que se tenía de ellos. La gran mayoría de los voluntarios argentinos aseguraba tener conocimiento de los “trece puntos” y de haber procedido en el estudio del contenido de cada uno de ellos. En lo referente a la postura personal acerca de estos las respuestas parecen ser mecánicas, la expresión de una verdad compartida por todo el voluntariado. A veces las opiniones volcadas se limitan a reconocer la validez de los puntos en el contexto en que son formuladas. Pero cuando las apreciaciones intentan ser un poco más fundadas, no hay caso en que no se juzgue la justicia de los “trece puntos”, su correcta unificación de los republicanos por encima de toda tendencia política, su importancia en tanto única vía para la victoria y el bienestar del pueblo, su rol como basamento para la posterior reconstrucción de España. Así, las varias líneas punteadas destinadas a ser completadas por los voluntarios eran escasamente intervenidas por sus plumas, lo que denota, efectivamente, que el conocimiento que sobre los puntos de la resistencia probablemente, tal como afirmaba el voluntario Roberto Fierro, no habían sido objeto del estudio que se afirmaba sobre ellos haber realizado. En todo caso, resalta

⁶⁴ Informe para el camarada Andrés Marty, elevado por Benigno Mochkofsky (firmado como Miguel Ortiz), Ripoll-Barcelona, 9/12/1938, Archivo CeDInCI, BI, doc. 13, p. 1.

la importancia de la solución propuesta por Mochkofsky para revertir aquella situación adversa de indisciplina y escasa preparación política. Al tratarse del producto de la ausencia del partido, el remedio era evidente: consistía en reforzar la presencia del partido.

En las fichas de evaluación del desempeño de los voluntarios que confeccionaba el CC del PCE con motivo de sus repatriaciones, el Comité de Partido de la Brigada debía consignar como corolario de la actuación de cada uno de ellos si se estaba en presencia de un buen antifascista -fuera o no militante comunista-, un individuo políticamente vacilante a cuya definición se podía ayudar, o de un enemigo. En este último caso correspondía aclarar si se trataba de un trotskista o de un simple agente provocador.⁶⁵ Llama la atención, más que la reproducción del ensañamiento de la dirección comunista española de marcada raíz soviética del que resultaban destinatarios los grupos de trotskistas asumidos y de trotskistas “por suposición”, el elevado número de voluntarios de comprobado espíritu antifascista en los que se juzgaba una conducta mala o regular. No pocos habían demostrado, a los ojos de sus evaluadores del PCE, un comportamiento “débil”, “defectuoso”, “indiferente”, “quejoso” y “políticamente flojo”, todo lo que parecía ser causa y consecuencia de la falta de apego a la disciplina que el partido intentaba imponer.

6.4. La dirección del PCA cambia de sede

La forma de intervenir en el campo de batalla español que llevaron adelante los comunistas argentinos tuvo un lugar destacado dentro de la adopción del plan soviético que hace de ella una unidad pragmática singularizada. La dirección del PCA desempeñó un papel importante -más allá de los posibles aciertos o equívocos que se le puedan atribuir según cada una de las circunstancias- en el desarrollo de los acontecimientos. Pero si nos limitásemos a tomar nota de cuántos fueron los dirigentes cuadros del PCA que se enrolaron como voluntarios estaríamos cayendo en la misma trampa que criticamos al plantear equivocadamente el problema. A fin de cuentas, si nos quedáramos tan solo en el acto de señalar el número de dirigentes aportados por el PCA a la causa republicana, el mismo criterio podría aplicarse con el anarquismo argentino, que también apartó del país a sus conductores más notables, empezando por Abad de Santillán y Horacio Badaracco. Pero aquí se está planteando otra cosa distinta. Cuando creemos ver en la intervención del comunismo la más específica forma de participación

⁶⁵ Partido Comunista de España, Comité Central, Archivo CeDInCI, BI, docs. 121-213. Las fechas oscilan, casi en su totalidad, entre octubre de 1938 y enero de 1939.

argentina y lo que nos interesa destacar es un proceso de significación dual: por un lado, el desapego transitorio de las ocupaciones de sus ocupaciones cotidianas por parte de algunos dirigentes del partido argentino, y por el otro, la calidad del trabajo desempeñado en España. Desde los puestos que controlaba en el gobierno y el ejército republicanos, el PCE tenía urgencia de líderes comunistas forjados en la experiencia de la acción antes que en la solidez teórica. En este sentido, el papel llevado adelante por Abad de Santillán, acaso el miembro del anarquismo argentino que mayor peso tuvo en el bando republicano, aún cuando llegó a ser consejero de Economía de Cataluña entre diciembre de 1936 y abril de 1937, no encontró en el desarrollo de la contienda ni remotamente las mismas repercusiones que fueron generadas a partir de las actividades organizativas emprendidas por Codovilla en el seno del PCE, las cuales fueron expuestas en el capítulo precedente. Además, vale aclarar, el anarquismo había perdido fuerza en el escenario político argentino y su gravitación social en los años '30 distaba con mucho de aquella otra que había logrado hasta comenzada la década de 1910. Por lo tanto, resultaba lógico esperar que no fuera tan problemáticas las partidas de los principales líderes de las organizaciones anarquistas. Distinta era la situación del PCA, cuyo crecimiento se encontraba en auge al estallar el conflicto español.

A los fines de avanzar en la hipótesis propuesta, referida al traslado de una parte central de la dirección comunista argentina como aporte específico de la Argentina a la defensa de la República española, recuperaremos a continuación el listado de los dirigentes comunistas enrolados como voluntarios reconstituido en la investigación más pertinente a este respecto,⁶⁶ y repondremos muy sucintamente los logros más importantes de cada uno de ellos en sus contribuciones al desarrollo del partido y de las causas por éste promovidas plasmadas en sus trayectorias y cargos desempeñados hasta el momento de la partida a España.⁶⁷

Miguel Burgas, primer diputado comunista en el continente americano, colaborador habitual del periódico del partido *La Internacional* y uno de los dirigentes de la importante huelga de la construcción iniciada a finales de 1935 y que se consagra con la participación masiva de los obreros en la huelga general de enero del año siguiente. Una foja de servicios verdaderamente agitada y prolífica fue la de Miguel Contreras, entre otras cosas, miembro fundador del Comité de Propaganda Gremial, de la Federación

⁶⁶ Nos referimos a la obra colectiva de L. González, J. Boragina, G. Dorado y E. Sommaro, op. cit.

⁶⁷ En este sentido constituyen un aporte irremplazable AAVV, Horacio Tarcus (dir.), *Diccionario biográfico de la izquierda argentina. De los anarquistas a la "nueva izquierda" (1870-1976)*, Buenos Aires, Emecé, 2007; L. Jeifets, *Latinskaia Amerika v Orbite Kominterna (Opyt biograficheskogo slovaria)*, Moskva, Institut Latinskoi Ameriki, 2000; L. Jeifets, V. Jeifets y P. Hubert, op. cit.

Obrera Local de Córdoba, de la Federación Juvenil Comunista, de la Unión Sindical Argentina, de la Confederación Sindical Latinoamericana, del Comité de Unidad Sindical Clasista, delegado por el PCA en el V Congreso de la IC, integrante del Presidium de la Internacional Sindical Roja en Latinoamérica y del Secretariado Sudamericano de la IC, encargado de preparar la participación de varios representantes comunistas en el Congreso Sindical Latinoamericano que tuvo lugar en Montevideo durante el mes de mayo de 1929. Luis Sommi, secretario general de la FJC e integrante del CC del PCA en 1930 que en ese año había tenido una participación destacada en la huelga maderera que desembocó en la creación de un sindicato conducido por el PCA, delegado argentino de la FJC en la Internacional Juvenil Comunista y delegado del Sindicato de la Madera en el V Congreso de la Profintern, representante argentino en la preparación del V Congreso de la IC, realiza un paso más fugaz que el resto de sus compañeros por la guerra civil de España. Entre los comunistas más antiguos que ofrecen su experiencia en la dirección al PCE también se encontraba Francisco Muñoz Diez, organizador del Partido Socialista Internacional en Rosario, miembro CC del PCA, delegado en la I Conferencia Comunista Latinoamericana de Buenos Aires, secretario de la sección argentina del SRI y miembro del Buró Sudamericano de la IC. Benigno Mochkofsky, quien acometió una función muy destacada en la dirección militar de varias de las batallas más importantes de la resistencia, había dado curso a sus relaciones con los comunistas españoles cuando organizó la ayuda para los detenidos por causas políticas a través del SRI. Uno de los representantes de esta última organización en España durante el conflicto fue Francisco Muñoz Diez, antiguo miembro de la Juventud Socialista, integrante del grupo fundador del PCA, secretario del partido en Rosario y participante en la Primera Conferencia Latinoamericana.⁶⁸

El socialista Bernardo Edelman, que había sido dirigente de la Juventud Socialista, tomó parte en la mencionada huelga de la construcción de 1936, y se desempeñó como redactor de *La Vanguardia* y más tarde, ya pasado a las filas comunistas, en *España Republicana*, partió para España junto con su esposa Fanny Jacovsky, que adoptaría el apellido de su esposo y se convertiría en un personaje mítico dentro del PCA. Al momento de partir, Fanny Edelman disponía de una experiencia de unos dos años en torno al trabajo de solidaridad y ayuda con los presos políticos a través del SRI. Quien contaba con mayor permanencia en el SRI era Jesús Manzanelli, antiguo militante del PCA, enviado a Moscú junto a José Peter en octubre de 1932 en calidad de delegado

⁶⁸ D. Campione, M. F. López Cantera y B. Maier, *Buenos Aires-Moscú-Buenos Aires*, op. cit., p. 31, nota 65.

argentino para participar en el Congreso Mundial del organismo sindical de la IC. Al igual que Mochkofsky, Manzanelli ya había operado en suelo español cuando, en 1935, realizó acciones de apoyo a los presos políticos del Bienio Negro; a su vuelta en Argentina, antes de volver a viajar a España cuando estalló la guerra, fue uno de los promotores de la exitosa FOARE. Su hermano José Manzanelli, que lo acompañó a España para tomar parte en el asesoramiento a la dirección del PCE, había sido encarcelado en el penal de Ushuaia en agosto de 1934 por sus trabajos en la dirección sindical comunista; allí trabó relación con Gerónimo Arnedo Álvarez, José Peter, y el propio Benigno Mochkofsky. Antes de convertirse en oficial del Ejército Republicano y luchar codo a codo con Valentín González en Teruel, Ángel Ortelli también había sido uno de los organizadores de las huelgas de 1935-1936, y por su capacidad había sido designado secretario de la Federación Obrera Nacional de la Construcción (FONC) para la Capital en tiempos en que alcanzaba los 40.000 cotizantes.

La FJC funcionaba como una escuela de cuadros a nivel interno. Algunos de sus líderes partieron a la España republicana para prestar colaboración en el conflicto del lado de sus camaradas del PCE. De este modo, Luis V. Sommi, José Acosta, Juan José Real, Raquel Levenson y Adolfo O. Medaglia, miembros destacados de la Federación Juvenil Comunista de la Argentina, entraron en contacto directo con los jóvenes españoles Fernando Claudín y Santiago Carrillo y tomaron parte en las Brigadas Internacionales republicanas y en la Dirección Nacional de las Juventudes Socialistas Unificadas. El Comité Central del PCA era el que localmente debía aprobar el traslado de sus miembros en todos los niveles al frente de combate. Al apoyar estos desplazamientos en momentos de reorganización y crecimiento del comunismo local, se comprometía la pervivencia no solo a la dirección actual del PCA, sino también a su dirección futura.

Hay un problema especial que dentro de esta situación contextual, y a propósito de los objetivos de investigación propuestos, que nos queda por dilucidar: es la cuestión de las causas que motivaron la emigración de una parte esencial de la dirección del PCA en esos momentos difíciles pero a la vez de crecimiento dentro del movimiento obrero. Estimamos que el análisis de dichas motivaciones puede contribuir a arrojar nueva luz acerca del grado de compromiso adquirido por la dirección del PCA con las necesidades coyunturales del PCUS. De esta cuestión procuramos ocuparnos a continuación.

En el contexto de represión general impuesto por el gobierno militar durante la Década Infame, los miembros del PCA se llevaban la peor parte. La agrupación civil

liderada por Carlos Silveyra que se dio a conocer en 1932 bajo el nombre de Comisión Popular Argentina contra el Comunismo, se arrogó la misión de realizar actividades de presión al gobierno nacional para reclamar por la imposición de todo un arsenal de medidas que contribuyeran eliminar la presencia del comunismo en el país.⁶⁹ Por su parte, la ley de represión contra el comunismo que con tanto ahínco había promocionado por el legislador conservador bonaerense Matías Sánchez Sorondo y el gobernador salteño Carlos Serrey, fue finalmente aprobada por la Cámara de Senadores en noviembre de 1936.⁷⁰ Los comunistas argentinos fueron muy habilidosos al momento de incorporar las represiones sufridas localmente por las fuerzas democráticas en un mismo movimiento sistemático internacional y en convertir las confrontaciones españolas en el paradigma de la coyuntura del momento. Así, la ley de Sánchez Sorondo quedó irremediabilmente adherida al fascismo europeo. A través de la FOARE se procedió a dar una canalización efectiva a esta acción denunciatoria. Por mencionar un caso emblemático, cuando se decidió la publicación de 10.000 ejemplares conteniendo los discursos que los senadores Lisandro de la Torre y Mario Bravo pronunciaron en la cámara alta del Congreso de la Nación rechazando las ideas del conservador argentino, a quien se le dio el seudónimo de “apologista de Burgos”, se decidió que la totalidad de lo recaudado por la venta de los libros sería destinado a la ayuda del proletariado español.⁷¹

La nueva legislación represiva “era lo suficientemente ambigua como para impedir también la actividad en favor de la República Española”⁷². Cuando se produjo el levantamiento franquista, el Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto de la Argentina se hallaba dirigido por Carlos Saavedra Lamas. Como representante directo de los intereses de la oligarquía argentina, estrechamente vinculados a los de la clase alta británica, Saavedra Lamas se apresuró a aferrar la política internacional argentina a las

⁶⁹ Mariela Alejandra Rubinzal, “¡A ganar las calles! Movilizaciones nacionalistas en el período de entreguerras”, en Mirta Zaida Lobato (ed.): *Buenos Aires. Manifestaciones, fiestas y rituales en el siglo XX*, Buenos Aires, Biblos, 2011, pp. 135-136.

⁷⁰ La Ley de Represión del Comunismo había empezado a circular como proyecto en 1932 e inmediatamente generó el rechazo uniforme del movimiento obrero, plasmado por los comunistas en las declaraciones emitidas por el SRI y el CUSC. Cf. N. Iñigo Carrera, “La huelga general política de 1932: descripción de los inicios de un ciclo en la historia de la clase obrera argentina”, en *Programa de Investigación sobre el Movimiento de la Sociedad Argentina (PIMSA)*, Documentos y Comunicaciones, año V, N° 5, 2002, p. 57. Dos estudios inevitables a la hora de realizar una indagación de la radicalización de la derecha en la Argentina durante la primera parte del siglo XX son: Sandra McGee Deutsch, *Contrarrevolución en la Argentina, 1900-1932. La Liga Patriótica Argentina*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 2003; S. McGee Deutsch, *Las derechas. La extrema derecha en la Argentina, Brasil y Chile, 1890-1939*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 2005.

⁷¹ “Ya está en prensa el libro que contiene los discursos de los senadores De La Torre y Bravo, contra la represión de las ideas”, *LNE*, N° 23, 7/1/1937, p. 3.

⁷² Raanan Rein, op. cit., p. 34.

disposiciones emanadas por el Comité de No-Intervención. Si bien es cierto que, en vistas de las consideraciones ideológicas derechistas fuertemente anticomunistas de los miembros del fraudulento gobierno argentino, la prescindencia era el mejor resultado que desde la perspectiva del gobierno legal de España se podía obtener, esto de ninguna manera impidió al gobierno nacional activar sus dispositivos de control sobre las prácticas políticas civiles.⁷³ La oposición al oficialismo, contraria también a las simpatías de este último hacia los sublevados españoles, fue violentamente silenciada bajo pretextos basados en la necesidad de combatir al comunismo. Objeto de la misma imposición coercitiva fue el primer contingente de refugiados españoles que llegan al país en septiembre de 1936, asociados por el estado nacional con la “España roja”. Entre otras restricciones públicas, se limitaban en forma drástica los mítines políticos, quedando supeditada la realización de los mismos a la posición ideológica de los grupos organizadores.⁷⁴ De tal suerte, el propio gobierno argentino fue el que se encargó de promover la identificación de cualquier manifestación pro-republicana con toda una serie de derivas del comunismo internacional. Sin embargo, durante casi todo el tiempo por el que se prolongó la contienda, el gobierno argentino reconoció la legitimidad de su par republicano, negándose a ceder ante las presiones de los emisarios del bando sublevado para bregar por un cambio en ese punto.⁷⁵ Fue recién hacia finales de febrero de 1939 cuando Roberto Ortiz decidió conceder al gobierno de Burgos ese reconocimiento, advirtiendo el control absoluto que las fuerzas franquistas ejercían sobre la mayor parte de España.

Los dirigentes del PCA lograron hacer oír su voz desde las páginas de la prensa burguesa, como en el caso de *Crítica*, o en los periódicos de asociaciones interclasistas, como fue la experiencia de *La Nueva España*. Pero toda vez que los comunistas intentaron, durante los años considerados, dirigirse al público desde sus propios órganos de prensa, debieron padecer la censura y la represión. Así, se había entablado un proceso contra algunos de los miembros y colaboradores de *Soviet*, la revista teórica del partido, entre ellos Rodolfo Ghioldi, Paulino González Alberdi, Héctor P. Agosti,

⁷³ Mónica Quijada, op. cit., pp. 25 y 35. pp. 25-27.

⁷⁴ En la ciudad de Mendoza se permitió a principios de diciembre de 1936 una reunión de apoyo al franquismo; al día siguiente un encuentro de solidaridad con los republicanos pautado por el PSA fue vedado por presuntas implicaciones comunistas. E. Goldar, op. cit., p. 31. Las prohibiciones en torno de las manifestaciones pro-republicanas iban a adquirir formas insospechadas. Cuando el Comité Femenino Pro Ambulancia logró reunir los fondos suficientes para efectivizar el propósito de su existencia, se planeó la exhibición del vehículo equipado antes de que partiera el 10 de mayo de 1937 hacia España, pero el gobierno nacional prohibió terminantemente que fuera exhibida en público. “Prohibieron la exhibición de la ambulancia”, *LNE*, 6/5/1937, p. 1.

⁷⁵ S. Montenegro, p. 93.

Miguel Contreras, Orestes Ghioldi, Oscar Creydt, José Peter, Juan Núñez. Incluso el propietario de la imprenta había sido inculcado por actividades ilícitas. Y hasta el mismo órgano del partido debió ser cancelado a raíz de los fuertes golpes asestados al amparo de la nueva Ley de Represión Anticomunista, que desde entonces fue suplantado por el periódico *Hoy* (más tarde *Orientación*). La respuesta generada por el partido fue la de conservar a los miembros de su dirección, lo que implicaba dejar esta última en manos de personas menos calificadas para enfrentar las tareas de organización y acción en el momento más difícil que le tocaba atravesar al comunismo argentino en toda su breve historia. De hecho, según se comenta en *La Internacional* del 11 de agosto de 1934, había pasado un mes desde el levantamiento del estado de sitio, pero la represión y la censura continuaban recayendo sobre los trabajadores y sobre el PCA,⁷⁶ y no fue hasta diciembre que la Cámara Federal de Apelaciones ordenó la liberación de Contreras, Peter, Núñez y Creydt. Esta situación permite entender que para el PCUS - así como para su pupilo- la conservación de la dirección estaba por encima de cualquier otra tarea y el valor que a ella se le asignaba sobre los afiliados.

En momentos en que la Argentina pasaba por un proceso de profunda reacción antidemocrática y en el cual los comunistas se veían obligados a desarrollar formas eficientes de actividad clandestina, resultaba ser que la reconversión de la línea política del partido desde la táctica de “clase contra clase” a la de “frente popular”, tenía que ser llevada a cabo por los pocos dirigentes de peso que habían permanecido en el país junto con los militantes de segunda línea, carentes de una formación teórica y de una experiencia de lucha adecuadas. Y ello en el mismo instante en que en la experiencia novedosa de la heterogénea CGT se llevaba a cabo una situación de “cooperación competitiva” con los socialistas y los sindicalistas dirigida a ganar la conducción de las masas trabajadoras. Si de todas formas la campaña para la conversión del PCA en un partido de masas, sin llegar a concretarse, le permitió con creces salir del reducto al que lo había aislado la orientación política de “clase contra clase”, ello fue un producto más del éxito de las acciones que planteaban romper el cerco a partir de la colaboración ampliada de clases.

Puede pensarse que las altas autoridades del PCUS hubiesen interpretado que los mandos argentinos se encontraban ociosos -además de en peligro constante- a causa de las circunstancias políticas imperantes en el país y hayan entendido que se encontraban en condiciones de realizar un mayor aporte al movimiento comunista internacional en

⁷⁶ “¡Libertad de los presos sociales!!, *LI*, 11/8/1934, año XVIII, N° 3435, pp.1-2.

aquellas regiones en que los PPCC contaban con cierto margen de acción para operar sobre las coyunturas políticas nacionales. Urge recordar que tras el derrocamiento de Yrigoyen, el agente soviético Guralsky (nombre real Abraham Jeifetz), encargado de dirigir la escuela de cuadros que funcionaba en el PCA, se trasladó junto a su alumnado a Montevideo, donde también se asentó el Secretariado Sudamericano de la IC.⁷⁷ Pero lo cierto es que el momento histórico argentino se manifestaba altamente contrario a las conveniencias de dejar acéfalo a un partido con las características verticalistas propias del PCA de aquellos tiempos. De esta manera, la observación de los esfuerzos destinados por el PCA y los costos implicados para defensa de la república nos llevan a discrepar con la afirmación formulada por Luis Alberto Romero acerca de que fue el PSA el partido político que “constituyó el primer y más firme apoyo a la República”⁷⁸.

El sacrificio de algunos intereses locales fundamentales del PCA en función de los requerimientos especiales acordados en los centros de decisión del comunismo internacional iba más allá de las afectaciones que podía encontrar la dirección del partido. El historiador Daniel Kersffeld contribuye a explorar el complejo de relaciones entre la IC y el comunismo argentino al señalar la negativa por parte de los judíos comunistas miembros del PCA a denunciar los vejámenes a que eran condenados los miembros de su comunidad en Alemania desde mediados de la década de 1930. La Unión Soviética aparecía para las poblaciones que profesaban la religión judía como el único territorio seguro frente al crecimiento del nazismo en Alemania y su expansión internacional.⁷⁹ La defensa de la Segunda República española primero, y el pacto acordado entre Ribbentrop y Molotov después, determinaron el orden de prioridades dispuesto entonces por la Comintern. Los judeocomunistas argentinos respondieron, respectivamente, creando la Comisión Israelita de Ayuda a España y adhiriendo a la interpretación de que en la Segunda Guerra Mundial se estaba consumando una guerra interimperialista en la que era imperativo mantener la neutralidad.⁸⁰ El comportamiento

⁷⁷ Cf. Horacio Tarcus, “Los «rojos» para Yrigoyen y Perón”, *Clarín*, 31/8/1997 [<http://edant.clarin.com/diario/1997/09/02/suplementos/i-00301h.htm>. Acceso: 22/6/2011]; I. Gilbert, *El oro de Moscú*, p. 52.

⁷⁸ Para sostener su postura, Romero señala que los vínculos entre el PSA “con las asociaciones españolas, especialmente con las gallegas, eran estrechos. Sus militantes fueron siempre activistas del sindicalismo y del movimiento cultural popular reformista. Los centros socialistas, al igual que los sindicatos dirigidos por ellos, se constituyeron en la base de los grupos solidarios. La Unión Ferroviaria, por ejemplo, a través de sus seccionales, facilitó la extensión del movimiento por todo el país”. L. A. Romero, op. cit., p. 24. Pero, según ha quedado demostrado, el compromiso activista desplegado por el PCA superaba ampliamente este cúmulo de acciones cuya incidencia, si bien importante, resultaba más limitada para el desarrollo de los acontecimientos tanto nacionales como internacionales.

⁷⁹ D. Kersffeld, *Rusos y rojos*, op. cit., p. 48.

⁸⁰ Idem, pp. 139-140. El sector de la comunidad judía que integraba el PCA se volcó con especial entusiasmo a la creación de la Comisión Israelita de Ayuda a España, el cual desarrolló una importante

de los judíos comunistas de la Argentina constituye un notable ejemplo del tipo de lealtades que podían llegar a generar las políticas de la IC a partir de la promulgación del programa de tareas inmediatas del momento.

6.5. Más que nunca, sección argentina de la IC

Durante su exilio en México, el dirigente poumista Víctor Alba consideraba que la Guerra Civil española había desempeñado una función como doble base de operaciones: para la Unión Soviética, como forma de probar instrumentos y estrategias militares; para América Latina, como centro de formación de cuadros.⁸¹ Si bien nuestro texto no ha planteado objeciones a la primera de estas estimaciones, hemos procurado dejar constancia del hecho de que, para el caso del PCA, la guerra civil no supuso un momento para la educación de una elite dirigente de recambio. Por el contrario, la colaboración con el comunismo español supuso para los comunistas argentinos el alejamiento de sus mayores organizadores. Todo ello tuvo lugar en una coyuntura política extraordinaria que se caracterizó, en gran parte, por una feroz represión al comunismo y en la cual se privó a un partido constituido sobre las bases del verticalismo de su más preciado elemento: la dirección.

Para el PCUS y la IC las tareas más inmediatas del PCA estaban en función de las necesidades soviéticas en otras partes del globo. La sección argentina de la Tercera Internacional, que durante tantos años se había ocupado de consolidar una relación quasi-simbiótica con Moscú, acudió inmediatamente a su llamado, aun cuando ello suponía abandonar el desarrollo del comunismo en su propia base de operaciones. Y todo esto sucedía en el exacto momento en que el partido argentino comenzaba a plantearse la necesidad de abandonar el ostracismo político al que lo condenaban la represión estatal y su propia posición sectaria para pasar a interactuar con las fuerzas democráticas en la conformación de un “frente popular” antifascista.

La importancia del papel tanto concreto como simbólico desempeñado por las Brigadas Internacionales en la Guerra Civil española continúa siendo objeto de profundos debates entre los investigadores. Al momento de revalidar la magnitud de la colaboración prestada por cada una de las nacionalidades intervinientes en el conflicto, se ha tomado como parámetro habitual el número de voluntarios enrolados. Un conjunto de trabajos de reciente aparición en la Argentina decidió adoptar la misma metodología.

red de organización y propaganda a través de la publicación de un periódico en idish y la apertura de quince filiales en el interior del país.

⁸¹ V. Alba, *Historia del movimiento obrero en América Latina*, México DF, Libreros Mexicanos Unidos, 1964, pp. 230-232.

En el presente estudio hemos procedido a rebatir la utilidad de este índice para captar en toda su dimensión la incidencia específica de la participación argentina en la defensa de la Segunda República.

El descabezamiento transitorio tanto del PCA como de su Federación Juvenil, operado a través del traslado de algunos de sus líderes y cuadros más destacados hacia el suelo español, da cuenta de otra realidad tanto más singular. El abandono temporal de las ocupaciones que cada miembro experimentado del PCA llevaba a cabo en la Argentina, cuyo valor se hallaba incrementado por la necesidad de contribuir al desarrollo de la lucha contra la dura represión sufrida a manos del gobierno ilegítimo encabezado por José Félix Uriburu, primero, y por Agustín P. Justo, después, a los fines de romper con el lugar del ostracismo al que lo condenaba la ilegalidad, constituye el factor de mayor trascendencia a la hora de evaluar la trascendencia del aporte brindado por la colaboración argentina a la causa republicana.

Más allá de que la partida de algunos de los cuadros principales del partido que se desempeñaban en la dirección, la juventud y los sindicatos, no haya tenido una incidencia negativa *per se* en la expansión que experimentó el PCA en la década de 1930 en la Argentina, lo importante es que se corrió el riesgo de retirar de su centro organizativo a una porción muy importante de sus dirigentes para destinarlos a actividades en la que no se hallaba inmediatamente implicado el crecimiento del partido. Al PCA podía otorgarle mayores réditos políticos entre la población argentina el despliegue de la intensa campaña de solidaridad que llevaba a cabo en suelo nacional en lugar del trabajo que, bastante secretamente, emprendían Codovilla y otros líderes del comunismo argentino en el extranjero. A la hora de determinar cuáles eran las necesidades fundamentales del movimiento obrero y campesino a nivel nacional e internacional en este momento histórico particular, la percepción de la dirección del PCA se encontró irremediabilmente ligada a la estrategia soviética encarnada por la IC.

Se ha mencionado más arriba que, cuando se produce el inicio de la guerra civil de España, las condiciones vigentes en el país eran por entonces adversas para el desarrollo de la actividad política, pese a lo cual el PCA conseguía llevar a cabo una intensa campaña en su defensa de la República española. Lo que principalmente interesa destacar sobre esta compleja cuestión es el hecho de que se evidencia con dicho compromiso el nivel de sujeción que el PCA tuvo hacia el PCUS. Este último asignó funciones cruciales a los principales dirigentes del primero para el desarrollo de algunos aspectos centrales en las planificaciones deparadas al PCE. El descabezamiento

transitorio del PCA y de la Federación Juvenil Comunista, a partir del traslado de los más eminentes cuadros -alentado, autorizado y supervisado por Moscú a través de su órgano político internacional máximo, el CE de la IC- hacia “zonas calientes”, demuestra el valor instrumental que adjudicaban los dirigentes soviéticos al PCA. La lucha antifascista no tenía el mismo significado práctico para la Argentina que para Europa.⁸² Más allá de la posibilidad abierta para la obtención de ciertas capitalizaciones político-ideológicas ante las masas (que, de hecho, fueron concretadas), pero también ante los demás PPCC de Sudamérica a los que siempre buscó liderar, lo cierto es que el futuro del comunismo argentino no tenía mucho en juego a través del desarrollo de la Guerra Civil.

⁸² Cf. Andrés Bisso, “El antifascismo latinoamericano”, op. cit., pp. 91-116.

CAPÍTULO 7: La última contradicción de la IC y la importancia de su desaparición para el PCA

La Unión Soviética se vio sumida en la guerra a partir de la invasión alemana en su territorio, a partir de la ejecución de la Operación Barbarroja en junio de 1941. Esto sin duda alguna motivó la parálisis definitiva de la Tercera Internacional, a la que Stalin nunca había dado mayores créditos y que llevaba seis años sin celebrar sus congresos. De igual modo, la ruptura del tratado de no-agresión por parte del Tercer Reich, producida en vísperas de la celebración del X Congreso nacional del PCA, influyó en el rumbo que tomó este último en los años subsiguientes. En su congreso de 1941 el PCA volvió a contar con la participación de Victorio Codovilla y Rodolfo Ghioldi, de regreso en el país tras prolongados períodos de ausencia. La presencia de ambos fue crucial para la elaboración de los materiales que fueron tratados en dicha instancia y para la reestructuración de la dirección partidaria. Proponemos aquí, por lo tanto, que la expulsión de aquella tendencia intrapartidaria que fue denunciada por generar supuestas controversias redundó en una profundización todavía mayor de la ortodoxia stalinista en la *praxis* del PCA.

Es por ello que este capítulo recorre temporalmente los primeros años de contradicciones comunistas emergidas con motivo de la Segunda Guerra Mundial, pasando por la eliminación virtual de la IC en 1941 hasta llegar a su disolución formal definitiva dos años más tarde. La dependencia teórica que acompañó al PCA durante la mayor parte de su existencia, así como la autodestrucción del organismo que centralizaba el desarrollo de esta dinámica, conllevó al surgimiento de un período de intensa confusión que perjudicó el efecto de las tareas dirigidas a conquistar políticamente las masas. La recomposición de la dirección del PCA, tras haber recuperado a sus dos máximas figuras, íntimamente ligadas a los avatares de la dirección soviética, resultó un factor clave dentro de este proceso de anquilosamiento teórico.

Nuestra hipótesis es que, habiendo sido él mismo responsable directo desde 1928 del estado de subordinación a los lineamientos soviéticos para el análisis de la realidad social argentina, el PCA se encontró imposibilitado de realizar una interpretación acorde a los profundos cambios que tuvieron lugar con posterioridad a la disolución de la IC en mayo de 1943. Dentro de este período en que se produjo un distanciamiento de la dirección respecto de las bases del partido, la Segunda Guerra Mundial, con la disolución de la IC y la posibilidad de que sus secciones extintas ganaran autonomía

respecto de ella, constituye un momento crucial para analizar la solvencia del PCA a la hora de elaborar claves propias de interpretación sobre la realidad social nacional e internacional.

La historiografía especializada en estudios sobre las posturas adoptadas por las fuerzas políticas de la Argentina en tiempos de la Segunda Guerra Mundial tiene una deuda pendiente con el comunismo argentino. Por mencionar un caso emblemático, Mario Rapoport sitúa a los comunistas como parte del bloque de fuerzas opositoras a la neutralidad defendida por el gobierno argentino,¹ sin establecer distinciones entre la primera fase neutralista del PCA y la segunda fase en que promovió la participación más activa del país con los Aliados. Algo similar ocurre en un trabajo de Leonardo Senkman cuya tesis consiste en demostrar que tanto el bloque neutralista como el bloque aliadófilo conformados en la Argentina se hallaron delimitados esencialmente por factores relativos a la política interna;² trabajando sobre colectivos supuestamente homogéneos, Senkman omite aludir a la particularidad del caso comunista, siendo que el PCA se condujo en lo fundamental por razones vinculadas al orden ideológico de la política internacional. Por otra parte, Rapoport consideraba que la lógica impresa en las tesis del VII Congreso de la IC continuó rigiendo la vida de sus secciones hasta después de la finalización de la Segunda Guerra Mundial.³ No obstante, la denuncia contra los imperialismos británico y norteamericano por un lado, y la crítica a los socialistas por su supuesta colaboración con aquél, fueron objeto de abierta confrontación para el PCA. Es decir que, según la perspectiva que aquí adoptamos, existió en realidad un relajamiento de la orientación de “frente popular” desde la finalización de la guerra civil de España hasta el ingreso soviético en la contienda internacional. Por tanto, analizaremos en este capítulo los reclamos del PCA hacia el gobierno y la población de Argentina en el período 1939-1943, planteando la imposibilidad de entender su cambiante posición ante la guerra si no es a partir de su relación con las experiencias y las necesidades de la Unión Soviética.

7.1. Del pacto Ribbentrop-Molotov a la Gran Guerra Patria

¹ M. Rapoport, “Argentina y la Segunda Guerra Mundial: mitos y realidades”, en *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, vol 6, N° 1, enero-junio 1995, s/p [Recuperado de http://www1.tau.ac.il/eial.old/VI_1/rapoport.htm. Último acceso: 8/3/2013].

² L. Senkman, “El nacionalismo y el campo liberal argentinos ante el neutralismo: 1939-1943”, en ídem, s/p [Recuperado de http://www1.tau.ac.il/eial.old/VI_1/rapoport.htm. Último acceso: 8/3/2013].

³ M. Rapoport, “Argentina and the Soviet Union”, op. cit., p. 244.

El Pacto de No-Agresión entre Alemania y la Unión Soviética fue firmado el 23 de agosto de 1939 por el presidente del Consejo de Ministros y Canciller de la Unión Soviética, Vyacheslav Molotov, y el ministro de Asuntos Exteriores de Alemania, von Ribbentrop. Los tiempos que corrieron una vez violentado por el Tercer Reich el pacto de no beligerancia fueron acompañados por la modificación en el neutralismo hasta entonces impartido por los partidos comunistas nacionales. Moscú debió reacomodar las prioridades de su política exterior. Buscando revertir su aislamiento ante la invasión del ejército alemán, la Unión Soviética intentó acercarse a las potencias occidentales democráticas.

El pacto sellado entre Molotov y Ribbentrop en Moscú el 28 de septiembre de 1939 había contribuido a la unificación teórica, bajo un concepto de totalitarismo que experimentaba así una ampliación, de la Unión Soviética stalinista y la Alemania nazi. Si con la llegada de Hitler al poder se habían incrementado los apoyos masivos a la Unión Soviética, sobre todo entre los intelectuales, el pacto germano-soviético aparecía como la culminación de un proceso de derechización que incluía los procesos de Moscú y la represión comunista en el campo republicano de España.⁴ Los cuantiosos esfuerzos volcados a la consecución de la unidad antifascista que había llevado a cabo el comunismo en los años de la guerra española encontraron un límite cuando la Unión Soviética entabló relaciones diplomáticas con la Alemania nazi. De ello resultó el corrimiento de los comunistas, movidos entonces a posiciones de neutralismo ante una guerra a la que se adjudicaban visos de imperialismo ajenos a los intereses del proletariado internacional.⁵ Así, no debieron ser pocos los comunistas y simpatizantes del comunismo que por entonces coincidieron con Trotsky en la consideración de que “La «traición» a las democracias a favor del fascismo privan a la URSS del título de estado obrero”⁶. Esta situación quedó revertida con el ingreso soviético en la guerra y la lucha encarnizada que desató contra las fuerzas invasoras. De hecho, el derrotero de la

⁴ Horacio Crespo, “Para una historiografía del comunismo. Algunas observaciones de método”, *Revista Sociedad*, N° 26, p. 4 [Tomado de: <http://www.sociales.uba.ar/wp-content/uploads/5.-Para-una-historiograf%C3%ADa-del-comunismo-N%C2%BA-26.pdf>. Ultimo acceso: 31/7/2013]; Enzo Traverso, *El totalitarismo. Historia de un debate*, Buenos Aires, Eudeba, 2001, p. 64.

⁵ El campo cultural acompañó el realineamiento planteado por esta nueva situación política, repercutiendo, en el caso argentino, en el abandono de la AIAPE de la casi totalidad de sus miembros no comunistas. Pese a ello, el organismo que nucleaba a los intelectuales antifascistas continuó manifestando su apoyo abierto a la Unión Soviética. Cf. Andrés Bisso, “La comunidad antifascista argentina dividida (1939-1941). Los partidos políticos y los diferentes grupos civiles locales ante el pacto de no agresión entre Hitler y Stalin”, en *Reflejos*, N° 9, Departamento de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Hebrea de Jerusalén, 2000-2001, pp. 88-99.

⁶ L. Trotsky, “La URSS en la guerra” [Coyoacán, México, 25 de septiembre de 1939], en AAVV: *Guerra y Revolución. Una interpretación alternativa de la Segunda Guerra Mundial*, tomo I, Buenos Aires, CEIP, 2004, p. 238.

Segunda Guerra Mundial dejó a la Unión Soviética convertida, a los ojos de Occidente, en una potencia mundial a la que correspondían los mayores méritos en el triunfo sobre el fascismo. Pero además, para gran parte del mundo que simpatizaba con el comunismo, “la victoria se identificó con el nombre de Stalin, así como con la política y la fuerza del Partido Comunista”⁷.

Según la historia oficial del PCUS, la Unión Soviética debió entablar relaciones diplomáticas pacíficas con Alemania no por voluntad sino por necesidad. La intención original del país de los soviets había sido la de establecer contactos amistosos con los gobiernos francés e inglés, pero las propuestas recibidas por parte de estos le habían resultado “completamente inaceptables”, ya que consistían, en la perspectiva soviética, en “imponer solamente a la URSS la obligación de participar en la guerra, arrastrarla a la guerra con Alemania y quedar ellos al margen”⁸. No obstante, habiéndose producido la invasión nazi en la Unión Soviética, tuvo lugar un primer acercamiento en firme entre la Unión Soviética e Inglaterra cuando el día 12 de julio de 1941 acordaron emprender acciones conjuntas contra el ejército alemán; al mes siguiente, el gobierno norteamericano manifestó al gobierno soviético su intención de prestar ayuda económica.⁹

En plan de reforzar lo pactado entre Ribbentrop y Molotov, y advirtiendo la necesidad de demostrar la autonomía de cada uno de los partidos comunistas nacionales respecto de la Unión Soviética bajo el propósito de calmar los nerviosismos nazis latentes en los territorios que el Tercer Reich había anexionado en los últimos tiempos, Stalin consideraba en abril de 1941 que “La Internacional se creó en tiempo de Marx con la expectativa de una inminente revolución internacional. La Komintern se creó en tiempos de Lenin en un momento análogo. Hoy, las tareas nacionales emergen para cada país como una prioridad suprema. No hay que aferrarse a lo que fue el ayer”.¹⁰ La disolución definitiva de la IC se produjo como concesión a los Aliados en señal de acallar todo viso de belicosidad por parte del comunismo soviético para la promoción de la revolución proletaria internacional. A partir de entonces, cada partido comunista

⁷ Así lo recordaba varios años después, una vez ya aplicadas por completo las reformas contenidas en la *perestroika*, el georgiano Edvard Shevardnadze, ministro de Asuntos Exteriores de la Unión Soviética durante el gobierno de Gorbachov, en *El futuro pertenece a la libertad*, Barcelona, Ediciones B, 1991, p. 37.

⁸ *Historia del Partido Comunista de la Unión Soviética*, op. cit., p. 533. Esta misma línea es apoyada con cuantiosa documentación diplomática por Geoffrey Roberts, “The Soviet Decision for a Pact with Nazi Germany”, in *Soviet Studies*, vol. 44, N° 1, 1992, pp. 57-78.

⁹ *Historia del Partido Comunista de la Unión Soviética*, p. 575.

¹⁰ G. Dimitrov, *Dimitrov and Stalin: 1934-1943: Letters from the Soviet Archives*, p. 32, citando el diario de Dimitrov, reproducido en R. Service, *Camaradas. Breve historia del comunismo*, op. cit., p. 311.

debía atender en forma casi exclusiva a los problemas propios de sus respectivas naciones. Es decir, la idea de disolver la Tercera Internacional había cobrado fundamento a partir de la necesidad de llevar tranquilidad a la Alemania nazi, pero se había visto materializada como consecuencia de la urgencia por lograr un voto de confianza ante Gran Bretaña y Francia.

La decisión de poner fin a la Tercer Internacional fue transmitida a Dimitrov por Molotov el 8 de mayo de 1943, si bien no fue asumida por el CE de la IC hasta el 15 de mayo y dada a conocer públicamente el 22 del mismo mes.¹¹ Por entonces el líder del PCUS había sostenido que “La disolución de la Internacional Comunista es adecuada y oportuna, porque aliviará la organización de la presión de todas las naciones que aman la libertad contra el enemigo común, el hitlerismo, y revelará la mentira de los hitlerianos de que Moscú supuestamente pretende interferir en la vida de otros Estados y «bolchevizarlos»”¹². Así como había sucedido en la España asediada, volvía a quedar explicitada la intención soviética de fortalecer el frente Aliado, anteponiendo la urgencia por ganar la guerra contra el nazifascismo a las necesidades socialistas de promover en tal contexto adverso la revolución social. De hecho, la eliminación del “partido de la revolución mundial” parecía postergar indeterminadamente la expansión global del comunismo antes que dejarla supeditada al triunfo sobre las fuerzas internacionales de la reacción.

A partir de la entrada del ejército nazi en suelo soviético la participación bélica de las masas trabajadoras era promovida y organizada por aquel conjunto de naciones y regiones que decían encarnar la conducción de la emancipación de los oprimidos y explotados. No iba a ser fácil para el cuerpo diplomático soviético convencer a sus pares occidentales de la convocatoria soviética para combatir en forma unificada a las fuerzas nazifascistas. No eran menores las argumentaciones dirigidas en aquella dirección que, no obstante, podían esgrimir los políticos y diplomáticos soviéticos. Existía el

¹¹ Estuvieron implicados en la firma de la disolución Zhdanov y Manuilsky por la Unión Soviética, y un conjunto de importantes líderes de los partidos comunistas correspondientes a algunas de las naciones dominadas por las potencias del Eje que por entonces se hallaban en Moscú: Dimitrov y Kollarof por Bulgaria, Pieck y Florin por Alemania, Togliatti por Italia, Thorez y Marty por Francia, Kuusinen por Finlandia, Gottwald por Checoslovaquia y Kopenig por Austria. G. Nollau, op. cit., p. 202. Por su parte, el especialista en estudios sobre la Unión Soviética y Europa oriental Rudolf Schlesinger adelantaba la fecha de la disolución “real no-formal” de la IC al notar que “con la victoria de Mao sobre la concepción ortodoxa -y aunque esa victoria se insertara positivamente en el marco general de la lucha antimperialista-había perdido su importancia específica, así como la había perdido en Europa al aceptar la política de los frentes populares en el VII Congreso mundial”. R. Schlesinger, *La Internacional Comunista y el problema colonial*, Buenos Aires, Cuadernos de Pasado y Presente, N° 52, 1974, p. 131.

¹² Reproducido en Susan Butler (ed.), *Querido Mr. Stalin. La correspondencia entre Franklin D. Roosevelt y Josef V. Stalin*, Barcelona, Paidós, 2007, p. 175.

importante antecedente de los frentes populares. Pero esta experiencia de colaboración pasada no alcanzaba a redefinir las vinculaciones entre comunistas y liberales. A fin de cuentas, en el momento exacto en que el Tercer Reich planeaba el avance de sus tropas en Polonia, la Unión Soviética había procedido, tal como observaba Liborio Justo, a abandonar “a sus antiguos Aliados y se acerca[ba] a los que, aparentemente, eran sus peores enemigos, colaborando con todo cinismo y en la mayor extensión en el plan fascista de atropello y de conquista”¹³. Claro que, de la otra parte, las naciones europeas que se jactaban de poseer gobiernos democráticos habían hecho méritos para granjearse el rechazo del comunismo a partir de la polémica actitud mantenida por medio del control ficticio del Comité de No-Intervención en España. Era necesaria, por lo tanto, la elaboración de nuevos compromisos. Los comunistas de Occidente entendieron pronto que urgía promocionar la identificación de intereses vitales entre el presente de la Unión Soviética y el destino de los países en los que existían partidos comunistas.

A su vez, y tal como quedó plasmado en la conversión de la guerra antifascista en una guerra patriótica, el nacionalismo burgués, tan ardientemente combatido en decenios pasados, se erigía en los mundos del comunismo amenazado como una ideología válida y -sobre todo- eficaz a la hora de movilizar a los trabajadores. Los años de la promoción de los frentes populares y de la Guerra Civil española marcaron en varios aspectos las tendencias de la política internacional y nacionalista que adoptó el PCUS y promulgó la IC para el conjunto de los partidos comunistas miembros, lo que constituía una actualización de esas mismas políticas internacional y nacionalistas tal y como habían sido adoptadas a partir de la consolidación de la estrategia de “socialismo en un solo país”. En este sentido, la Segunda Guerra Mundial, bautizada como “Gran Guerra Patria” por el stalinismo, con todo el despliegue de persecuciones ideológicas tan funcionales a las grandes purgas iniciadas en 1936, encontraba un trazado coherente que sistematizaba el rumbo definido. Así, las modificaciones introducidas en la Constitución de la Unión Soviética adoptada en 1924 por decisión del VII Congreso de los Soviets de la URSS el 6 de febrero de 1935 cerraba la sección sobre “Derechos y deberes fundamentales de los ciudadanos” estableciendo un artículo referido a la cuestión de que “La defensa de la Patria es el deber sagrado de todo ciudadano de la U.R.S.S. La traición a la Patria: la violación del juramento, el pasarse al enemigo, el

¹³ Liborio Justo, “Comunistas rusos contra el comunismo?”, en *La Vanguardia*, 25/8/1939, p. 8. Reproducido en A. Bisso, *El antifascismo argentino*, op. cit., p. 453.

perjuicio causado a la potencia militar del Estado y el espionaje, son castigados con todo el rigor de la ley como el más grave de los crímenes.”¹⁴

Este nacionalismo le resultó funcional a la dirección del PCUS en su nueva creación de una política exterior acorde a los cambiantes tiempos que corrieron a la finalización de la Segunda Guerra Mundial.

Al firmar los términos del acuerdo con su par Ribbentrop, Molotov había afirmado por entonces tener la seguridad de que el Reich deseaba la misma paz internacional que repudiaban Gran Bretaña y Francia.¹⁵ A los ojos del canciller soviético, la existencia de una Alemania fuerte era un requisito indispensable para que la paz europea dejara de ser una entelequia y pasara a convertirse en una realidad concreta. El PCA, a diferencia de la concepción oficial del PCUS expuesta a través de su canciller, efectuó un análisis de los intereses que movilizaban la participación de Alemania en el conflicto mundial. En términos muy duros, los comunistas argentinos declaraban que la actividad imperialista del Tercer Reich era de rapiña. Habiendo llegado tarde a la repartición de los mercados coloniales, la actitud alemana hacía gala de una energía “gangsteril”. La caracterización de la Alemania nazi como un imperialismo con el cual no era ni estratégica ni ideológicamente adecuado forjar una alianza orgánica resultaba convincente en el planteo del PCA, partidario de rechazar la ecuación “simplista” que promovía el PSA respecto de la obligación de las fuerzas políticas argentinas de tomar posición por el bando Aliado que encarnaba la democracia o por el bando nazifascista que condensaba la reacción. En este aspecto, el PCA fue firme en la identificación de la guerra con la lucha imperialista por la obtención de mercados de materias primas y bienes. La política exterior de Alemania se conducía con la misma lógica:

El régimen fascista, entre otras cosas, es la fusión de los grandes consorcios monopolistas con el Estado; es la supeditación del país entero a las necesidades de conquista de esos grandes consorcios: los Krupp, los Goering, etc. El “nuevo orden”, el “espacio vital”, el “racismo”, constituyen la cobertura ideológica de ese programa de expansión de los nazis, de ese programa de dominio de Europa, de conquista de colonias en Asia y en África y de conquistas de posiciones sólidas en América Latina. En una palabra, los imperialistas nazis se proponen desalojar de sus posiciones a los imperialistas ingleses y yanquis.¹⁶

A diferencia de lo que ocurría al PCUS, el PCA no tenía la necesidad de centrar sus ataques teóricos contra Gran Bretaña y Francia para justificar el pacto de no-agresión

¹⁴ *Constitución de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas*, Buenos Aires, Anteo, 1945, p. 59.

¹⁵ Viacheslav Molotov, *Sobre la política exterior de la Unión Soviética (31 octubre 1939)*, Moscú, Lenguas Extranjeras, 1939, p. 7.

¹⁶ “No tiene que participar la Argentina en la guerra”, *LH (La Hora)*, año II, N° 450, 7/4/1941, p. 1.

firmado con Alemania. De tal suerte, el PCA fue mucho más ecuánime al momento de denunciar toda convocatoria dirigida a colaborar con uno u otro bando en guerra, lo que de ninguna manera impidió a los comunistas argentinos apoyar en lo esencial los pactos de no-beligerancia que firmaba la Unión Soviética. Esto quedó claro cuando se produjo el acuerdo de neutralidad, mucho menos utilizado por la propaganda anticomunista, entre Moscú y Tokio el 13 de agosto de 1941. En la perspectiva del PCA, este nuevo tratado, firmado en pleno desarrollo de la guerra imperialista, constituía otra muestra del deseo soviético de que triunfara la causa de la paz mundial.¹⁷

El mismo 22 de junio el periódico del PCA *La Hora* publicó la noticia acerca del sorpresivo ataque que había lanzado Alemania sobre la Unión soviética. Alentado el nazismo en su desarrollo por la ayuda económica y diplomática que le habían proporcionado los imperialismos de Estados Unidos, Inglaterra y Francia, el ejército nazi era ahora considerado como “la avanzada del imperialismo mundial contra el país del socialismo triunfante”¹⁸. Teniendo en cuenta esta interpretación, la gran inquietud que surge es acerca de cómo serían catalogados, pues, los ejércitos galo-británicos, que hasta ese momento se habían encontrado atravesados en la lucha entre imperialismos. ¿Serían acaso “la retaguardia del imperialismo mundial”? Definitivamente esto no ocurrió así. Antes bien, la guerra dejó de expresar un conflicto entre intereses imperialistas para pasar a adquirir un nuevo significado más universal y trascendente. Recuperando la fórmula probada en la Guerra Civil española, aunque ahora con verdaderas posibilidades de éxito a partir de la implicación primera de las potencias occidentales en el meollo del conflicto, el PCUS y los demás partidos comunistas agrupados en la IC revivieron la vieja disyuntiva entre la libertad democrática y el autoritarismo reaccionario.

Como si se hubiera tratado de un preanuncio, aunque fuera presentado exactamente como la imposibilidad categórica de que sucediera, una semana antes de que se produjera el ataque del Tercer Reich a la Unión Soviética, *La Hora* publicó un análisis de Max Werner, especialista en temas militares, en donde, avalando la justificación stalinista acerca de la funcionalidad de la tregua conseguida en 1939 a los fines de incrementar el arsenal soviético, se dejaba asentado que el poderío del Ejército Rojo se encontraba en una clara posición de superioridad material respecto del ejército alemán

¹⁷ “Han firmado un pacto de neutralidad la Unión Soviética y el Japón”, *LH*, año II, N° 457, 14/4/1941, p. 8; “Los pueblos acogen con entusiasmo los éxitos de la U.R.S.S. Sobre el pacto soviético-Nipón”, *LH*, año II, N° 459, 16/4/1941, p. 1.

¹⁸ “El imperialismo mundial usa a Hitler para atacar a la URSS. El pueblo argentino se solidariza con el país del socialismo”, *LH*, año II, N° 525, 22/6/1941, p. 1.

desde 1936.¹⁹ Este reconocimiento adquiriría mayor relevancia puesto que, por motivaciones de orden político, el crítico militar Werner había desertado de la Unión Soviética dos décadas antes del estallido de la guerra.²⁰

Rodolfo Ghioldi dio a conocer un libro de su autoría, *Experiencias militares soviéticas*, en donde se ensalzaban las virtudes del Ejército Rojo, brazo armado del régimen soviético y, por ende, portador de grandes valores e ideas. Según afirmaba Ghioldi, la finalización de su estudio relativo a las prácticas militares soviéticas había coincidido con el 24° aniversario de la creación del Ejército Soviético, correspondiente al 24 de febrero de 1942. Ghioldi planteaba el desarrollo de una guerra que reducía el enfrentamiento de dos bandos al enfrentamiento entre dos países: Alemania y la Unión Soviética. Con cada aspecto bélico que aborda, Ghioldi establece una comparación constante -de carácter emocional antes que teórico-fáctico- entre el ejército alemán y el soviético, en donde siempre el último supera holgadamente a su adversario. Del resto de las naciones beligerantes no hay ninguna referencia. Apenas se menciona que el ejército del Reich no había encontrado ninguna resistencia significativa dentro de una Europa carente de preparación para el desarrollo de la guerra adaptada a las condiciones técnicas y tecnológicas de la época, así como también de la disponibilidad de oficiales idóneos para conducir la defensa de sus países. Le tocaba a la Unión Soviética poner en práctica el concepto de “guerra moderna” y contrarrestar la *blitzkrieg* alemana. A los ojos de Ghioldi, Stalin era “la mayor figura militar del mundo”²¹. Contradiendo su punto de vista, Codovilla afirmó en el mismo mes en que escribió Ghioldi que el alemán era “el ejército más poderoso del mundo desde el doble punto de vista *numérico y mecánico*”²². Su superioridad había sido demostrada mediante la ocupación de gran parte de Europa. Pero si la primacía militar del Reich era tan evidente, ¿cómo pudo la Unión Soviética frenar su aparentemente irrefrenable avance? Coincidiendo ahora sí en las excepcionales características de estrategia atribuidas a Stalin por Ghioldi, Codovilla agregaba a su explicación de las causas en que se originaba la dura resistencia soviética la tenacidad del Ejército Rojo pero también del pueblo soviético entero. Ambos habían

¹⁹ “Una respuesta categórica a los que sueñan con una guerra germano-rusa”, *LH*, N° 518, año II, 15/6/1941, pp. 3, 7.

²⁰ R. Ghioldi, *La política en el mundo*, Buenos Aires, Futuro, 1946 [conferencia pronunciada por R. Ghioldi el 26 de octubre de 1943], p. 166.

²¹ R. Ghioldi, *Experiencias militares soviéticas*, Buenos Aires, Edición del autor, 1942, p. 126. La fundamentación de esta afirmación es desarrollada por el autor en pp. 181-189.

²² V. Codovilla, *Hacia la victoria. Alcance histórico de la alianza entre la Unión Soviética, Gran Bretaña y los Estados Unidos*, Buenos Aires, Anteo, 1942, p. 9.

logrado, a través de su experiencia heroica, dar “muestras de un patriotismo fervoroso, jamás superado en la historia de las naciones”²³.

Sin explicar de qué modo se vinculaba con la dialéctica materialista, Ghioldi destacó que era el factor moral presente en los soldados soviéticos lo que garantizaba el uso de la fuerza militar con fines no de opresión, como era el caso del ejército de Hitler, sino de libertad y justicia.²⁴ Este señalamiento no tenía nada de novedoso. Ya en 1939 había incurrido en la misma operación de elevar metafísicamente el recurso de la violencia la derecha argentina cuando se encargó de situar el “sentido religioso de la existencia”²⁵ como factor de la superioridad alemana. Pero además, y sobre todo, en el informe presentado por Stalin el 6 de noviembre de 1941 ante el Soviet de Diputados, se había hecho hincapié en la distinción moral que motivaba la defensa nacionalista de la patria soviética contra el invasor, de aquella “infame causa” imperialista que resultaba obligada a llevar a cabo el ejército alemán.²⁶ En la perspectiva de Codovilla, la moralidad que envolvía el accionar de un ejército soviético que era tomado como un actor más dentro de la sociedad socialista, tenía reservada una acepción más abarcadora.²⁷ Partiendo del establecimiento de comparaciones generales entre la libertad de culto practicada en la Unión Soviética y las persecuciones padecidas por el clero en la Alemania, Codovilla ponía el foco en el cúmulo de prácticas sociales inmorales que propiciaba el régimen nazi: el trato envilecido dispensado a mujeres y madres, la organización del vicio y la prostitución, la “muerte piadosa” de las personas improductivas. Esto le permitía al líder ítalo-argentino extender el llamado comunista de unidad antifascista a todo el nutrido grupo de católicos de la Argentina. Anticipando el nuevo camino de aperturismo ensanchado que empezaba a ensayar el comunismo en la Argentina, Codovilla proponía la incorporación de los católicos, cualquiera fuera su posición en el complejo relacional capital-trabajo asalariado. Repudiando la mala prensa con sus mitos en contra de la tolerancia religiosa desarrollada por los comunistas, Codovilla exponía los casos puntuales de los máximos referentes del comunismo en el plano de la concreción, los de la Unión Soviética y de la España republicana, en los cuales, contradiciendo las intenciones de trotskistas y anarquistas, las políticas

²³ Idem, p. 16.

²⁴ R. Ghioldi, *Experiencias militares soviéticas*, op. cit., pp. 43-48.

²⁵ Ronald H. Dolkart, “La derecha durante la Década Infame, 1930-1943”, en Sandra McGee Deutsch y R. H. Dolkart (eds.): *La derecha argentina: nacionalistas, neoliberales, militares y clericales*, Buenos Aires, Ediciones B, 2001, p. 186.

²⁶ J. Stalin, *La Gran Guerra Patria de la Unión Soviética*, Moscú, Lenguas Extranjeras, 1946, pp. 21, 25.

²⁷ V. Codovilla, “Los comunistas, los católicos y la unión nacional. Extracto de la intervención en el X Congreso del Partido Comunista, realizado en Córdoba los días 15, 16 y 17 de noviembre de 1941”, en *Una trayectoria consecuyente*, tomo I, op. cit., pp. 47-63.

impartidas por Lenin, Stalin y la Pasionaria habían estado claramente del lado de la permisión de la libertad en los cultos religiosos.

La colaboración de los esfuerzos de guerra entre la Unión Soviética e Inglaterra finalmente fue acordada en los meses de junio y julio de 1942. Los diplomáticos soviéticos acordaron también la ayuda mutua con Estados Unidos. Codovilla veía en ello la consumación de las expectativas trazadas por el canciller británico, Anthony Eden, para que se diera forma a un segundo frente de combate en Europa. Asimismo, notaba que por medio de la celebración de estas alianzas militares quedaban derrotadas las corrientes pro-fascistas dentro de los países democráticos intervinientes. Codovilla rescató el hecho de que Roosevelt hubiera comentado la necesidad de encontrar otra forma de referirse a la llamada “Segunda Guerra Mundial”, puesto que se trataba de una guerra cuya naturaleza inherente era esencialmente distinta respecto de la que había estallado en 1914.²⁸ La posición del presidente de aquella nación en cuyo seno se desarrollaba a pasos agigantados el movimiento imperialista que hasta junio de 1941 había sido denunciado con intensidad por el comunismo argentino se convertía repentinamente, según la opinión de Codovilla, en un fundamento certero de que el contenido de la confrontación bélica internacional contemporánea no resultaba equiparable con los propósitos que habían originado la guerra interimperialista por la cual tuvo lugar el surgimiento del PCA. Así, la Segunda Guerra Mundial era en realidad la primera en su género, tratándose de una guerra internacional por la liberación de los pueblos contra la esclavitud nazi-fascista.

7.2. La posición del comunismo argentino

Tal como advirtió Jorge Abelardo Ramos, la historia oficial del PCA plasmada en el *Esbozo* ocultó los dos años en que el partido se mantuvo neutral tras considerar que se estaba ante un segundo conflicto interimperialista.²⁹ No obstante, las repercusiones que generó la guerra de 1939 dentro del comunismo argentino no fueron objeto de estudios que trascendieran el tono polemista e ideológicamente sesgado que planteó Ramos.

Cuando el PCA, en consonancia con las denuncias políticas difundidas por la IC abandonó tras la invasión del ejército alemán a la Unión Soviética la interpretación de la guerra “interimperialista” y abrazó la causa por la defensa de la democracia, se encontró con una realidad preexistente en donde las problemáticas internas del momento eran analizadas a la luz de los sucesos internacionales. Esta situación puso al PCA en un

²⁸ V. Codovilla, *Hacia la victoria*, op. cit., p. 19.

²⁹ J. A. Ramos, *Breve historia de las izquierdas en la Argentina*, tomo II, op. cit., pp. 55, 63-64.

lugar de privilegio para promover entre las masas mayormente identificadas con la causa de los Aliados la posición de una Unión Soviética se estaba convirtiendo en el principal bastión de la resistencia contra el nazismo.

Al estallar la Segunda Guerra Mundial, el PCA parecía seguro de que la presencia de partidos obreros fuertes y de vanguardia lograría llevar adelante con éxito la movilización de las masas en favor de una conciencia democrática y antifascista capaz de derrotar al nazifascismo y al imperialismo. La campaña de concientización y movilización que debía impulsar la vanguardia del proletariado debía evitar por todos los medios que se cayera en reduccionismos de esencialismo patriótico. La experiencia histórica había dado muestras contundentes de los efectos negativos a los que conduciría una política dirigida en ese sentido. Por otro lado, las condiciones históricas habilitaban a bregar por el internacionalismo obrero en momentos en que el Segundo Plan Quinquenal -y lo que llevaba de ejecutado el tercero- situaban a la Unión Soviética en el plano internacional de las potencias económicas con industria de base autosuficiente y el socialismo se consideraba plenamente consolidado a partir de la erradicación total y definitiva de la explotación capitalista. Se recurrió una vez más a la fórmula del neutralismo militante no-pacifista. Sostuvo entonces el secretario general del PCA que, a diferencia de lo que había sucedido en agosto de 1914, ya no habría forma de que los pueblos resultaran cooptados por el chauvinismo.³⁰ Pero cuando Stalin convirtió la lucha contra el ejército alemán en la “Gran Guerra Patria”, PCA se hizo eco de este cambio de situación. El discurso en la prensa comunista hizo a un lado sus anteriores argumentaciones contra los nacionalismos y la dirección del PCA se abocó a realizar la campaña de reclutamiento masiva que lo convirtiera en un partido de masas.³¹ Señalando que “Los comunistas argentinos aman a su patria y lucha por su independencia” destacaban, contra el pasado reciente, que “los comunistas son enemigos encarnizados de los reaccionarios de todo pelaje”³² y que tenían un compromiso práctico para “predicar el amor a la patria argentina y a las instituciones democráticas”³³. Evidentemente, además de adoptar la postura obvia del PCUS sobre el nazismo, ahora convertido en el principal enemigo a batir, el PCA también proponía la conjugación del principio internacionalista encarnado en el comunismo de 1917 con el

³⁰ Gerónimo Arnedo Álvarez, “Ha que liberar a la humanidad del peligro constante del nazismo agresor”, *Orientación*, año III, N° 118, 28/9/1939, pp. 2-4.

³¹ Cf. “Solicitada. Llamado del Partido Comunista”, *Orientación*, año IV, N° 209, 26/6/1941, p. 10.

³² Comité Central del Partido Comunista de la Argentina, *¡Por la libertad y por la independencia de la patria! Posición de los comunistas argentinos sobre los problemas nacionales e internacionales*, Buenos Aires, Problemas, 1941, p. 60.

³³ *Idem*, p. 61.

espíritu nacionalista desenterrado por Stalin para lograr la movilización de las masas soviéticas.

Desde un principio el PCA intentó enmarcar el significado de la trastienda bélica internacional en un análisis de la situación argentina. Recogió para ello la interpretación que de los hechos daba la Comintern y pretendió moldearla a la realidad nacional. Para la IC estaba claro que la guerra iniciada en 1939 se trataba de la expresión de un nuevo enfrentamiento entre las potencias capitalistas. En su perspectiva, según un manifiesto cominterniano publicado en *La Hora*, periódico fundado por el PCA para oficiar de defensor de la causa por la paz y la neutralidad, los responsables principales por la nueva escalada en la pérdida de vidas humanas eran Francia y Gran Bretaña, sin que se mencionara de manera particularizada el lugar que le tocaba a Alemania en el asunto. En este último aspecto existió una diferencia sustancial que no ha sido notada anteriormente respecto de la postura del comunismo argentino, bastante más crítica (tal como anticipáramos en el apartado anterior) que aquella imagen solidaria y benevolente del estado alemán que fue provista por el gobierno soviético.

Por otro lado, los socialdemócratas volvían a ser, como había sucedido en la Primera Guerra Mundial, los grandes traidores de la clase obrera, encargados de servir de enlace entre esta última y las clases acomodadas por las cuyos intereses se combatía:

Los capitalistas desalmados arrastran al mundo y a los pueblos hacia una nueva masacre mundial. La gran tierra del socialismo se opone al mundo capitalista que siente la fiebre de la guerra. Los factores de la guerra franceses y británicos, y sus servidores social demócratas se sienten exasperados al ver a Rusia ocupar una posición natural frente a la guerra imperialista.³⁴

La nueva conflagración mundial enfrentaba dos grupos de potencias imperialistas en la carrera por hacerse con la hegemonía del mundo, por lo que una eventual participación argentina en nada podría contribuir a la “causa de la civilización y la cultura”³⁵. Esta situación había conducido a *La Hora* a organizar entre sus lectores un plebiscito para que, individual o colectivamente, llegaran a su redacción votos favorables a la neutralidad argentina en la contienda y los favorables a la intervención.³⁶ Ninguna consideración crítica recibieron las intromisiones soviéticas que tuvieron lugar

³⁴ “Dio un Manifiesto la Internacional Comunista para el Día 1o.”, *LH*, año I, N° 111, 1/5/1940, p. 2. Cf. también Benito Marianetti, “La Casa del Pueblo en su triste rol de entregadora servil”, *LH*, año II, N° 512, 9/6/1941, p. 7; “Los jefes «socialistas» arrecian su furiosa campaña por la guerra”, *LH*, N° 514, año II, 11/6/1941, p. 7.

³⁵ “Tres actitudes, dos perspectivas”, *LH*, N° 132, año I, 23/5/1940, p. 1.

³⁶ “Afírmase el repudio a la actual guerra imperialista de Europa”, *LH*, año I, N° 132, 23/5/1940, p. 5.

entre junio y julio de 1940 en las naciones bálticas, así como tampoco las anexiones de Besarabia y Bukovina del norte. Antes bien, desde la perspectiva brindada por el PCA, los pueblos bálticos habían recibido de muy buen grado la decisión de Stalin de ocupar estos territorios fronterizos en la intención de prevenir cualquier posible agresión por parte de las huestes hitlerianas apostadas en sus inmediaciones tras el golpe de estado promovido por el Tercer Reich en Rumania.³⁷

En un artículo de reflexión sobre la guerra de 1914, el Secretariado Sudamericano había proclamado que la pervivencia del imperialismo garantizaba la reproducción de las relaciones asimétricas entre los pueblos, y, por lo tanto, la equidad que planteaba la Sociedad de las Naciones en el terreno internacional no pasaba de ser otro engaño perpetrado por la burguesía.³⁸ La lucha contra el imperialismo resultaba a mediados de los años '20 una tarea especialmente urgente para los partidos de América del Sur:

La realidad vista de frente nos hace constatar que la guerra imperialista ha traído como consecuencia en los países sudamericanos un mayor y más intenso desarrollo del imperialismo y de los antagonismos imperialistas. Hoy, mucho más que en 1914, mucho más que antes de la guerra, los países sudamericanos van siendo países coloniales. El imperialismo yanqui ha adquirido un desarrollo creciente y prosigue incansablemente su obra de penetración económica y política en los países sudamericanos.³⁹

La guerra era un momento de aparición natural dentro del capitalismo, era parte constitutiva de su lógica inherente. El trabajo de los comunistas consistía, entonces, en descorrer el velo de excepcionalidad con que se pretendía encubrir los conflictos bélicos de origen burgués y alertar a los obreros, afiliados al socialismo y a cualquier otra tendencia, para que confluyeran en la unidad mediante la conformación del “frente único”. Tal era, según se desprendía a partir del caso ruso, la única garantía posible para luchar contra el capitalismo, lo que equivalía a luchar contra las causas de la guerra. Esta premisa volvía a quedar demostrada cuando se produjo el estallido de la Segunda Guerra Mundial. No obstante, una vez que tuvo lugar la invasión hitleriana en territorio soviético y fueron consumados los acuerdos correspondientes con los Aliados para coordinar defensas y contraataques, las repercusiones en las teorías y tácticas antiimperialistas.

³⁷ “Los pueblos de Besarabia y Bucovina, como los bálticos, reciben con alborozo las medidas de la Unión Soviética”, *Orientación*, año IV, N° 158, 4/7/1940, p. 2. Cf. R. Service, *Historia de Rusia en el siglo XX*, op. cit., p. 246.

³⁸ “Semana de Agitación contra la Guerra y el Reformismo y por la Unidad Proletaria”, *LCS*, año I, N° 8, 31/7/1926, p. 6.

³⁹ *Idem*, p. 12.

Como parte de la orientación política del “frente popular”, había comenzado en el PCA un relajamiento hacia las concepciones antiimperialistas tal como habían sido enarboladas en el tercer período. De todas maneras, lejos estuvo de producirse un abandono absoluto de las reprobaciones contra el imperialismo inglés y norteamericano. Así, todavía en noviembre de 1940, antes de que tuviera lugar la invasión alemana en la Unión Soviética, Ghioldi aseguraba que las causas del desarrollo y la expansión del nazismo y el fascismo debían buscarse en “la complicidad de la seudodemocracia franco-británica”⁴⁰. Este relajamiento era muy exploratorio todavía y no había entre los dirigentes del partido una posición tomada y compartida al respecto. En el CC del PCA reunido al promediar el año de 1939, en vísperas de la Segunda Guerra Mundial, Ernesto Giudici presentó la moción referida a la necesidad de combatir simultáneamente al nazismo alemán y a los imperialismos estadounidense e inglés. Pero la postura de Giudici fue tan solo apoyada por Luis V. Sommi y Jacobo Lipovetsky, y acabó triunfando la propuesta de Gerónimo Arnedo Álvarez, secretario general desde julio de 1938, quien estimaba la importancia de concentrar toda la atención en la lucha contra el nazismo.⁴¹

En este régimen teórico laxo imperante en la dirección del PCA, la UCR tenía asignada una tarea de peso para complementar el trabajo que los comunistas se sentían llamados a desempeñar en las circunstancias que se vivían. Si la acción del comunismo a favor de la neutralidad estaba dando sus frutos entre el proletariado y la masa popular, el radicalismo se encontraba haciendo lo propio entre la clase media argentina.⁴² En un acto celebrado en Avellaneda que fue organizado por la Comisión por el Derecho de Reunión y Organización, Rodolfo Ghioldi había comentado que en una entrevista mantenida con Marcelo T. de Alvear, ambos habían coincidido en la necesidad de dar un tratamiento nacional a las causas que habían conllevado a la coyuntura bélica internacional. La solución estaba, según afirmaban el referente del radicalismo y el referente del comunismo, en la destrucción del latifundio en todo el país.⁴³ Esta apreciación de quien había sido el conductor del ala de la UCR más fuertemente

⁴⁰ R. Ghioldi, “Nuestro camino”, *Escritos*, tomo IV, Buenos Aires, Anteo, 1977, p. 90 [originalmente publicado en R. Ghioldi, *Nuestro camino. El rol de la clase obrera en la unión nacional*, Buenos Aires, Problemas, 1941].

⁴¹ Cf. Néstor Kohan, “Herejes y Ortodoxos”, op. cit., p. 87; E. Corbière, “Scalabrini Ortiz-Giudici: el otro neutralismo”, en *Todo es Historia*, N° 148, septiembre de 1979, pp. 24-25.

⁴² Benito Marianetti, “La Neutralidad Argentina y la Convención Radical”, *LH*, año II, N° 491, 19/5/1941, p. 7. El radicalismo, afirmaba el periódico del PCA, constituía una “tremenda valla democrática opuesta a sus objetivos reaccionarios [de la oligarquía argentina]”, “Obreros y radicales serían víctimas de una ley represiva”, *LH*, año II, N° 512, 9/6/1941, p. 1.

⁴³ “Ni un soldado para la inicua matanza interimperialista”, *LH*, año II, N° 496, 24/5/1941, p. 5.

vinculada con la oligarquía en los años '20 era mantenida por el PCA desde la implementación de la política de los frentes populares (los comunistas habían apoyado a Alvear en las elecciones de 1937 en las que terminó imponiéndose por fraude el general Justo) y continuó vigente en el período subsiguiente. Así, cuando tuvo lugar la conmemoración por el primer aniversario de la muerte de Alvear, el extinto líder del radicalismo fue presentado como uno de los más altos promotores de la unidad nacional, tras haber entendido que allí se hallaba la única vía para alcanzar la independencia y el progreso del país.⁴⁴ Era en el convencimiento de la justeza de las banderas defendidas conjuntamente con el radicalismo que el CC del PCA decidió editar su folleto “¡Forjemos la Unión Nacional! Fundamentos de la proposición hecha por el C. C. del Partido Comunista a la Convención Nacional de la Unión Cívica Radical, en relación al movimiento de Unión Nacional”⁴⁵. Se insistía allí en que la unidad de las fuerzas democráticas era el único camino para lograr la derrota de los fascismos tanto interior como exterior.

Distinta era, lógicamente, la consideración que despertaba en el PCA la postura belicista enarbolada por el PSA, el cual intentaba atraer para su causa a la UCR.⁴⁶ Habiéndose producido el fracaso de los frentes populares en España y Francia, y haciéndose eco de las prácticas de “quintacolumnismo” tan habituales dentro del bando republicano durante el desarrollo de la Guerra Civil española, el PCA emprendió una campaña de denuncias contra el PSA. Abonando la teoría de que en el país actuaba un grupo de agentes “directos” e “indirectos” del imperialismo, consideraban los comunistas que las posibilidades de que la Argentina abandonara la neutralidad eran mayores que las atravesadas en 1917.⁴⁷ En este sentido, Emilio Troise, uno de los directores de *La Hora* junto a Orestes Ghioldi y Benito Marianetti, manifestaba su repudio a la posición del PSA, la cual, en su opinión, constituía un caso más del fiel reflejo en la práctica del análisis teórico esbozado por Robert Michels a propósito de las tendencias oligárquicas en el PSD alemán.⁴⁸ Los líderes socialistas habían conducido a su partido por el camino del imperialismo, demostrando por un lado el apego de los partidos suscriptores a la Segunda Internacional y sus centrales obreras nucleadas en la

⁴⁴ “Imponente acto de unidad será el homenaje a Alvear”, *LH*, año IV, N° 1092, 22/4/1943, p. 1.

⁴⁵ Comité Central del Partido Comunista, Buenos Aires, 1943.

⁴⁶ Cf. “La cuestión internacional se usa como señuelo para llevar al radicalismo al compromiso con la reacción”, *LH*, año II, N° 492, 20/5/1941, p. 1.

⁴⁷ “El pueblo está contra la guerra”, *LH*, año I, N° 130, 21/5/1940, p. 1.

⁴⁸ E. Troise, “Los socialistas y la guerra”, *LH*, año I, N° 133, 24/5/1940, p. 7.

Sindical Internacional de Ámsterdam con aquellas fuerzas que se autoproclamaban democráticas pero en realidad eran regresivas.

Según lo publicado por *La Vanguardia*, eran en cambio los comunistas los traidores del pueblo argentino al sostener la posición neutralista. La postura socialista implicaba que quienes no apoyaran la intervención en favor de la lucha contra el nazifascismo eran traidores a la democracia, por lo que “neutralidad” equivalía -tal como lo recibían los comunistas- a “nazismo”.⁴⁹ Para el PCA, además de ser los socialistas los verdaderos traidores de la causa del proletariado y el campesinado, eran hipócritas, pues escondían su propósito real, que no era otro sino el de apoyar al imperialismo británico. Los “socialtraidores” de 1930 pasaron a ser los “anglo-yanquis” de 1940. Esta vinculación entre el PSA y el imperialismo inglés era parte de su tradición política que se remontaba a los tiempos de la Gran Guerra: los socialistas identificados con la figura de Juan B. Justo habían sido “los que más se opusieron [en 1914] al imperialismo alemán. En cambio, los socialistas fueron aliadófilos, y ahí se han quedado, pegados a las polleras del imperialismo británico”.⁵⁰ Los comunistas pensaban que cuanto más cerca estuviera de producirse la intervención de Estados Unidos en la guerra, mayores serían los esfuerzos de los socialistas para arrastrar a la Argentina a una declaración de hostilidades contra el Eje.⁵¹

El acuerdo de no-agresión firmado entre la Unión Soviética y el Tercer Reich no se traducía en un apoyo tácito a este último en su enfrentamiento con los imperialismos de Francia y Gran Bretaña. Tratándose de una guerra de carácter netamente imperialista, los comunistas argentinos se veían obligados a repudiar por igual la política exterior almena, que también se basaba en el intento por incrementar los territorios que se hallaban bajo su dominación económica, política y militar. Era por esto que desde las páginas de *La Hora*, se manifestaba “plena solidaridad con los heroicos luchadores antifascistas que juegan su cabeza en el Tercer Reich al luchar contra la guerra y para derrocar a Hitler”.⁵² Este punto de vista había sido negado por el PSA dirigido por Repetto, y al hacerlo había quedado imposibilitado de advertir en su complejidad la totalidad del fenómeno imperialista. No se trataba de apoyar ni al bando Aliados ni a las potencias del Eje. Proceder en tal sentido implicaba, de manera inexorable, tomar

⁴⁹ “Nueva teoría «social-imperialista»”, *LH*, año II, N° 454, 11/4/1941, p. 1; “Las mistificaciones y la superchería de «La Vanguardia»”, *LH*, año II, N° 452, 9/4/1941, p. 3; “Es odio al socialismo el odio antisoviético de «La Vanguardia»”, *LH*, año II, N° 456, 13/4/1941, p. 3.

⁵⁰ “Socialistas que están por la guerra”, *LH*, año I, N° 130, 21/5/1940, p. 1.

⁵¹ “«Socialistas» de «su» Imperialismo”, *LH*, año II, N° 449, 6/4/1941, p. 1.

⁵² “La tercer perspectiva”, *LH*, año I, N° 131, 22/5/1940, p. 1.

posición en favor del imperialismo capitalista. La única salida socialista ante este problema crucial era, entonces, la lucha antiimperialista internacionalista. Movilizado por esta perspectiva, el PCA atacó en duros términos al Comité de Acción Argentina, que llamaba a proclamarse por la democracia y en contra de la reacción nazifascista. Los comunistas señalaron como falaz el argumento del Comité, que planteaba la toma de posición por Gran Bretaña o bien por Alemania. Para el PCA, el dilema no se agotaba en la elección por una de entre dos opciones pro-oligárquicas y pro-imperialistas. Al contrario, el PCA propuso como alternativa popular válida la política del llamado “tercer frente”, que no era otra cosa que la adopción de un neutralismo militante.⁵³ De tal modo, *La Hora* perdió su lema, “Diario de los trabajadores”, y ganó en cambio el de “Diario de la Unidad Nacional”. Se convirtió así en “la voz del pueblo, consustanciado con la prédica democrática, antifascista y unionista”.⁵⁴

La AIAPE, que había dado por terminada la experiencia de *Unidad* al promediar el año de 1938 y redujo sus actividades a la celebración de algunos eventos culturales,⁵⁵ cobró nueva fuerza en 1941. A partir de entonces se volvió a plantear la necesidad de establecer una línea política orgánica. Pasó a ocupar su presidencia Emilio Troise, hasta que fue reemplazado en octubre de 1942 por Jorge Thenon.⁵⁶ En tanto, Cayetano Córdova Iturburu se desempeñaba como vicepresidente y Héctor Agosti como secretario. La presencia comunista dentro de la organización de intelectuales quedaba así garantizada en los puestos máximos de dirección. Dirigido por Agosti, Raúl Larra, Gerardo Pisarello y Arturo Sánchez Riva, el quincenario que la AIAPE comienza a publicar en mayo de 1941, *Nueva Gaceta*, concibió también la Segunda Guerra Mundial como un conflicto de naturaleza imperialista. El PCA insistía por entonces en que todo imperialismo encerraba una tendencia hacia la adopción de lógicas fascistas, por lo que debía advertirse correctamente la dimensión real del asunto. El fascismo era definido como toda “política reaccionaria y represiva al servicio del imperialismo”. Fascista no era solamente la Alemania nazi, sino que también lo eran Inglaterra y Francia. Por ende, la lucha contra el imperialismo era al mismo tiempo una lucha antifascista. La posición contra la guerra que emprendía el PCA era de neutralismo activo, contraria a la pasividad del pacifismo.⁵⁷ Córdova Iturburu afirmaba que la AIAPE promovía, al igual

⁵³ “Respondemos al llamado del Comité «Acción Argentina»”, *LH*, año I, N° 167, 27/6/1940, p. 1.

⁵⁴ “De nuevo en la calle”, *LH*, año IV, N° 1093, 1/4/1943, p. 1.

⁵⁵ Cf. R. Pasolini, *Los marxistas liberales. Antifascismo y cultura comunista en la Argentina del siglo XX*, Buenos Aires, Sudamericana, 2013, p. 75.

⁵⁶ Cf. *Nueva Gaceta*, “La demostración al Doctor Emilio Troise”, N° 20, noviembre de 1942, pp. 6-7.

⁵⁷ “¿Y si triunfara Alemania?”, *LH*, año I, N° 135, 26/5/1940, p. 1.

que el PCA, un neutralismo no pasivo, antipacifista, orientado a combatir el imperialismo de toda nación de la única manera en que podía ser plausible: a través de la victoria de los pueblos contra sus opresores.⁵⁸ Si bien la Argentina necesitaba deslindarse de toda penetración monopólica extranjera para obtener la liberación económica nacional, era contra el imperialismo inglés antes que contra el imperialismo nazi hacia donde debían dirigirse los ataques políticos. La presencia británica en el país revestía una magnitud que todavía no había sido alcanzada por los grandes capitalistas de ninguna otra nación. Era por esto que Ernesto Giudici escribía: “De la penetración nazi nos defendemos solos: nos basta con libertades democráticas para poder combatir toda forma de fascismo y reacción; pero de quien nos resultará más difícil defendernos va a ser de Inglaterra, porque esta dispone de una fuerza económica mayor y, por lo tanto, de una mayor influencia política”⁵⁹. En este sentido, la obra cumbre de Giudici a propósito de la cuestión de la Argentina y la guerra, consistente en la recopilación temática de una serie de artículos de su autoría publicados en el periódico *La Hora* y reunidos para su publicación unificada por la editorial Problemas en 1940, llevó originalmente por nombre *El imperialismo inglés y la liberación nacional*. Fue en una edición posterior de la década de 1970 cuando resultó eliminado el gentilicio en el título de la obra.

Quien más lejos llegó en la interpretación en clave revolucionaria de la Segunda Guerra Mundial fue Benito Marianetti, uno de los principales dirigentes del Partido Socialista Obrero y colaborador asiduo en la prensa del PCA, partido al que finalmente se afilió tras el golpe militar de junio de 1943. Sus opiniones resultan relevantes ya que la autorización para que aparecieran en las páginas del periódico comunista revelan el acuerdo que con ellas tuvo el comunismo. Marianetti recuperaba los planteos revolucionarios que había sostenido el PCA en tiempos del “tercer período” y señalaba que la guerra de 1939 era la consecuencia inevitable de la crisis cíclica del modo de producción capitalista. La guerra era inherente al capitalismo, por lo cual resultaba lógico que chocaran los regímenes de producción de Inglaterra y Francia con el de Alemania. En este sentido, Marianetti llamaba a los dirigentes de la CGT a tomar distancias respecto de un imperialismo inglés que no haría más que continuar profundizando las causas de la dependencia nacional.⁶⁰ Para Marianetti, un triunfo

⁵⁸ “Democracia imperialista y nuevo orden”, *Nueva Gaceta*, N° 2, 2° quincena de mayo, 1941, p. 1. Cf. también *Nueva Gaceta*, “La actitud frente a la guerra”, N° 2, 2° quincena de mayo, 1941, p. 2.

⁵⁹ E. Giudici, *Imperialismo y liberación nacional*, Buenos Aires, Granica, 1974, p. 54.

⁶⁰ Benito Marianetti, “La C.G.T. y la Guerra Interimperialista”, *LH*, año I, N° 143, 3/6/1940, p. 7.

británico implicaría un ahogamiento en los niveles de explotación habituales exigidos por una nación extranjera ávida de los recursos necesarios para realizar la reconstrucción de su propia economía, en tanto que un triunfo alemán habría de suponer el cambio de explotadores.⁶¹

Por otra parte, en el plano más operativo de la realidad política argentina, Marianetti entendía que el presidente Ortiz había sabido mantenerse formalmente a distancia de la posición aliadófila, al tiempo que había estado muy lejos de acordar cualquier tipo de apoyo a la Alemania nazi. Desde su punto de vista, el gobierno argentino había actuado con corrección cuando rechazó los planes de defensa norteamericanos que incluían a la Argentina.⁶² Pero notaba Marianetti que había cometido un grave error al no haber tomado en cuenta la experiencia de Yrigoyen cuando, en su primer mandato y debiendo afrontar las exigencias para que se comprometiera con las demandas de participación efectuadas por Estados Unidos, había adoptado, correctamente, un neutralismo intransigente dirigido a privilegiar los intereses de la “independencia nacional”. Según Marianetti, Ortiz debía adoptar una política internacional más enérgica volcada en esa misma dirección, pero en cambio había dejado ver sus simpatías por los Aliados y, sobre todo, su favoritismo por Gran Bretaña.⁶³ Al igual que Marianetti, también Rodolfo Puiggrós destacó la necesidad de impulsar la liberación nacional de la única forma en que era posible en una nación de tipo colonial como la argentina: suprimiendo la presencia del imperialismo, cualquiera fuese su nacionalidad. Siendo colonia española, la Argentina recién había logrado transformarse “en un sentido progresista” cuando ganó su independencia respecto de la metrópoli.⁶⁴ En tiempos de semicolonialismo, la fórmula era la misma si se buscaba obtener idénticos resultados. El lugar destinado a este tipo de planteos interesados en derivar consecuencias nacionales lógicas a partir del desarrollo variable del orden internacional convulsionado encontró serias limitaciones cuando la Unión Soviética fue forzada a tomar parte en la guerra mundial en el mismo momento en que se producía el retorno al país de Codovilla y Rodolfo Ghioldi, la dupla dirigente más apegada a los lineamientos de la IC.

⁶¹ “Buitres sobre la nación”, *LH*, año I, N° 153, 13/6/1940, p. 5.

⁶² Una comisión dependiente del Departamento de Defensa de Estados Unidos había arribado al Buenos Aires en junio de 1940 con tal propósito. Su presentación ante la cancillería argentina incluía una eventual instalación de bases militares norteamericanas en las islas Malvinas. M. Rapoport, “Argentina y la Segunda Guerra Mundial: mitos y realidades”, op. cit.

⁶³ “Resolvamos como argentinos, los problemas argentinos, afirmó Marianetti en Mendoza”, *LH*, año I, N° 164, 24/6/1940, p. 7.

⁶⁴ “El imperialismo inglés y el progreso nacional”, *LH*, año I, N° 202, 1/8/1940, p. 7.

Desde entonces, el signo de los acontecimientos conducía, según lo explicitaba Augusto Bunge, a revisar la posición comunista respecto de la guerra. Consideraba Bunge que el conflicto interimperialista que había dado paso al estallido bélico pasaba ahora a un segundo plano, al hallarse por entonces en juego “el destino de todos los pueblos del mundo”⁶⁵, y no solamente los de la Unión Soviética y Alemania. Si antes daba igual quién ganara la guerra, la situación no era ya la misma. Un triunfo sobre el nazismo provocaría profundos cambios positivos en todo el continente europeo. Una derrota, en cambio, tan solo acrecentaría el terror. Así, los términos puestos en disputa por los cuales se debía optar eran muy distintos: no se elegía ya entre un imperialismo u otro, sino entre la libertad y la opresión. Los comunistas no debían salir del neutralismo, pero las circunstancias eran señaladas como propicias para que en la Casa del Pueblo reconsideraran las acusaciones por colaboracionismo nazi lanzadas contra el PCA y entendieran de una vez que el problema central no pasaba por abrazar la causa inglesa. A este respecto, Benito Marianetti traía a colación la relevancia que adquiriría en aquellas condiciones la preparación de la clase obrera mundial para detener el proceso internacional de fortalecimiento del bloque antisoviético, del cual la invasión de las tropas nazis no era más que una primera fase.⁶⁶

Además de utilizar su amplia experiencia en organizar comités de ayuda y solidaridad con el pueblo soviético,⁶⁷ los reclamos comunistas se limitaron a demandar el reconocimiento de la Unión Soviética por parte del gobierno argentino y el reestablecimiento de las relaciones comerciales y diplomáticas entre los dos estados.⁶⁸ A través del semanario del PCA *Orientación*, se informaba a los lectores que la Comisión Democrática de Solidaridad y Ayuda de los Pueblos Libres, encargada en 1941 de coordinar la ayuda argentina con la Cruz Roja Soviética, decidía a comienzos del año

⁶⁵ “Sentido del viraje”, *LH*, año II, N° 528, 25/6/1941, p. 4.

⁶⁶ Benito Marianetti, “La reacción imperialista internacional contra la U.R.S.S. y el socialismo”, *LH*, año II, N° 529, 26/6/1941, p. 4.

⁶⁷ Las noticias que llegaban del frente de Stalingrado despertaron con especial sensibilidad el interés de la población argentina, que con motivo de a dicha ocasión participó intensamente en la campaña para recaudar cinco millones de pesos a beneficio de los combatientes de aquella ciudad. Organizada por la Confederación Democrática Argentina de Ayuda a los Pueblos Libres, la campaña solidaria había logrado enviar a la Unión Soviética tabletas de alimento concentrado, medicamentos compuestos por cuatro millones ampollas de inyectables, y vestimentas consistentes en 10.000 prendas de abrigo y 15.000 pares de zapatos. “En el próximo embarque incluirán 10.000 instrumentos quirúrgicos”, *LH*, año II, N° 678, 22/11/1941, p. 7; “Vibra en todo el país un sentimiento fervoroso de solidaridad democrática”, *LH*, año IV, N° 1087, 17/4/1943, p. 5; “El próximo primer embarque de la campaña de los cinco millones será una demostración de entusiasmo inmenso”, *LH*, año IV, N° 1090, 20/4/1943, p. 5; “Hombres y mujeres vuelcan su fervor en la campaña de los cinco millones”, *LH*, año IV, N° 1093, 1/4/1943, pp. 1, 5; “La solidaridad democrática del pueblo instaló la fábrica de alimento para los heroicos combatientes”, *LH*, año IV, N° 1113, 21/4/1943, p. 5.

⁶⁸ “El deber de los amigos de la Unión Soviética”, *LH*, año II, N° 527, 24/6/1941, p. 3.

siguiente ampliar su colaboración con la Unión Soviética, incorporando entre los destinos de sus donaciones de productos a Gran Bretaña, Estados Unidos y China.⁶⁹ El PCA puso mucho énfasis en destacar que no se trataba de emprender una colaboración humanitaria. El combate que se llevaba adelante en suelo soviético guardaba implicaciones inmediatas con la lucha por la independencia y la libertad de los pueblos oprimidos, dentro de los cuales se hallaba la Argentina.

7.3. El X Congreso del PCA

A comienzos de 1941 vuelve a la Argentina Codovilla tras once años de ausencia. Poco tiempo después llega también al país Rodolfo Ghioldi, quien acababa de cumplir una condena de casi cinco de prisión (aunque la pena era en realidad de cuatro años y cuatro meses) en la isla brasilera Fernando de Noronha por su colaboración con el movimiento de liberación nacional conducido por Luis Prestes en noviembre de 1935.⁷⁰ Codovilla y Ghioldi se pusieron inmediatamente al frente del CE, del CC y del Secretariado del PCA. A partir de entonces se inicia un nuevo proceso de purgas en la dirección, el más importante desde la “cuestión Penelón”. Así se produce el alejamiento del grupo “sectario-oportunista” que secundaba a Luis V. Sommi.⁷¹ Asimismo, Codovilla y Ghioldi intervinieron activamente en el desarrollo del X Congreso del PCA, que se llevó a cabo del 15 al 17 de noviembre de 1941. El congreso se celebró en la ciudad de Córdoba, puesto que el gobierno de esta provincia, a pesar de las prohibiciones que regían por disposición del gobierno nacional, autorizó las reuniones

⁶⁹ “Llamamiento de la C.D. [Comisión Democrática] Argentina”, *Orientación*, año V, N° 242, 12/2/1942, p. 3; P. González Alberdi, “Ayudar a la U.R.S.S. y a sus aliados para salvar a la humanidad”, *Orientación*, año V, N° 215, 7/8/1941, p. 6.

⁷⁰ *Esbozo de historia del Partido Comunista de la Argentina*, op. cit., p. 90, nota 157; “Hoy corresponde que el Gobierno de Brasil ponga en libertad al líder obrero argentino, Ghioldi”, *LH*, año I, N° 132, p. 7; *LH*, “Reclaman se permita volver a su patria al ciudadano argentino Rodolfo Ghioldi”, año I, N° 165, 25/6/1940, p. 4; “Víctima de un procedimiento improcedente Rodolfo Ghioldi sigue en Fernando de Noronha”, *LH*, año I, N° 181, 11/7/1940, p. 5. “¿Qué pasa con Rodolfo Ghioldi”, *LH*, año I, N° 207, 6/8/1940, p. 7; “¡Hace 86 días! El retorno de Rodolfo Ghioldi es una cuestión de honor para el país”, *LH*, año I, N° 218, 17/8/1940, p. 1. La Alianza Nacional Libertadora de Brasil pretendió ser, “como el Kuomintang chino de 1925, un partido de un bloque de varias clases representantes por sus organizaciones respectivas, ligadas en un frente unificado contra el imperisliismo, el latifundismo y el fascismo”. Lacerda, “El frente popular antimperialista en el Brasil”, 1936. *Revista de orientación marxista*, año I, N° 3, junio de 1936, p. 29. La diferencia entre la experiencia china y la experiencia brasilera residía, según Lacerda, en que la clase fundamental que tomó la iniciativa en el primer caso había sido la burguesía nacional, mientras que en el segundo caso le había correspondido conformar la alianza al PC de Brasil junto con el movimiento obrero tras el proceso de oleadas huelguísticas de 1934 y 1935.

⁷¹ Es por ello que en la historia oficial del partido Luis Sommi aparece como el responsable ideológico de la interpretación del radicalismo como partido de la reacción. Comisión del Comité Central del Partido Comunista, *Esbozo de Historia del Partido Comunista de la Argentina*, p. 77, nota 26. De igual manera, se dejaba constancia que Sommi ya había cometido errores ideológicos al abrazar, aunque transitoriamente, la causa de José Penelón. *Idem*, p. 64, nota 103.

públicas del partido ilegalizado. La dirección tomó allí en consideración la situación política internacional y estableció la línea política del “frente democrático nacional antifascista”.

Si en la década de 1930 un segmento destacado de la dirección del PCA había considerado conveniente salir de la Argentina por motivos de preservación hasta tanto no se evidenciaran signos de reversión en la reacción anticomunista, no se explicaría entonces porqué los emigrados decidieron volver a comienzos del decenio siguiente. La represión desde el estado fraudulento continuó y alcanzó incluso a los mismos dirigentes que habían regresado. En efecto, en febrero de 1943 tuvo lugar un encuentro entre los líderes del PCA y representantes de la UCR para avanzar en los acuerdos tendientes a crear el frente democrático antifascista. Pero la reunión concluyó con los tres dirigentes más importantes del comunismo detenidos por la policía. Victorio Codovilla pasó por las cárceles de Río Gallegos y La Pampa, Rodolfo Ghioldi fue llevado a la cárcel de Río Gallegos y Juan José Real fue confinado a una cárcel de Corrientes. Codovilla acabó siendo expulsado a Chile, donde permaneció desde abril de 1944 hasta octubre de 1945, en tanto que Ghioldi logró fugarse con la ayuda del partido y vivió un exilio de dos años en Montevideo⁷² De igual modo, Emilio Troise, Benito Marianetti y Julio Notta, directores los dos primeros y subdirector el último del periódico comunista *La Hora*, resultaron intensamente perseguidos por la policía y hasta la publicación sufrió intentos de clausura. Notta fue, de hecho, detenido por la Sección Especial y debió pasar veinte días recluido en la cárcel de Villa Devoto.⁷³ Esta realidad constituye un nuevo fundamento que refuerza nuestra hipótesis acerca de que el traslado de una parte de la dirección partidaria, sindical y juvenil hacia la España republicana en tiempos de la guerra civil tuvo como principal motivación la necesidad de poner la experiencia en organización y ejecución de las tácticas acordadas con la IC. El PCA, la sección más importante de Sudamérica, podía ofrecer una plana mayor disciplinada y eficiente para realizar las tareas requeridas por el reformado Partido Comunista de España, cuyas dimensiones internas y gravitación político-social se hallaban muy retraídas.

⁷² Cf. H. Tarcus (dir.), *Diccionario biográfico de la izquierda argentina*, op. cit., pp. 139 y 254.

⁷³ Algunas de las notas publicadas con el objeto de denunciar la situación por que pasaban la dirección de *La Hora* son: “Legisladores y entidades periodísticas gestionaron el levantamiento de la clausura de «La Hora» y la libertad del Dr. J. Notta”, *LH*, año IV, N° 1086, 16/4/1943, p. 1; Benito Marianetti, “La libertad de prensa”, *LH*, año IV, N° 1086, 16/4/1943, p. 1; “A pesar de las promesas de libertad, continúa detenido nuestro subdirector”, *LH*, año IV, N° 1087, 17/4/1943, pp. 1, 5; “Continúa detenido nuestro subdirector Julio A. Notta; debe decidirse su libertad”, *LH*, año IV, N° 1090, 20/4/1943, p. 1; “Al recibir jubilosamente a su sub-director, LA HORA agradece el apoyo popular”, *LH*, año IV, N° 1093, 1/4/1943, p. 1.

El X Congreso del PCA centró la atención contra la política de neutralidad del gobierno de Castillo. El neutralismo pasó entonces a ser considerado una acción “pro-nazi” que atentaba contra la ayuda destinada a los Aliados y constituía un intento por coartar la lucha antifascista llevada a cabo por los activistas argentinos.⁷⁴ Una vez que se produjo el ingreso de la Unión Soviética en la guerra, los comunistas argentinos fueron caracterizando de nazistas uno a uno a los distintos gobiernos que desde el renunciamiento a la presidencia de Ortiz, el 24 de junio de 1942, y su reemplazo por Ramón Castillo se fueron sucediendo hasta la elección de Juan Domingo Perón. No se debe olvidar que si había sido popularmente conocida la vinculación entre Ortiz y Gran Bretaña -signada especialmente a través del asesoramiento que había brindado a varias empresas inglesas que hacían negocios en Argentina-, igualmente identificable era a los ojos de la sociedad la relación entre Castillo y la Alemania del Führer -tal como quedaba representado en el reconocimiento explícito de que de este vínculo había efectuado a la prensa el embajador alemán von Thermann-.⁷⁵ El ministro de Relaciones Exteriores de Castillo, Enrique Ruiz Guiñazú, fue el encargado de comunicar en la Conferencia de Río de Janeiro de 1942 la decisión del gobierno argentino de mantener la neutralidad, convirtiendo así a la Argentina en el único de los veintiuno allí reunidos que se opuso a romper relaciones con las potencias en pugna. Aunque el gobierno norteamericano rechazó la posición argentina por considerar que representaba un desafío al panamericanismo, el gobierno inglés vio con buenos ojos la decisión de Castillo, puesto que de este modo se “garantizaba la pacífica afluencia de abastecimientos a la isla”⁷⁶. A pesar de esta situación, Luis V. Sommi había efectuado sus proyecciones económicas en función de lo acontecido con el comercio argentino durante la guerra de 1914 y creía que en el corto plazo las exportaciones argentinas de trigo a Inglaterra se verían perjudicadas.⁷⁷ Sommi advertía que las compras de trigo realizadas en 1939 por Inglaterra eran pagadas con las ganancias que previamente habían conseguido en la Argentina a raíz de la explotación monopólica.⁷⁸ Pero esta realidad era anterior al estallido de la guerra y no una consecuencia de él.

⁷⁴ G. Arnedo Alvarez, “Cinco años de lucha. Entre el X° y el XI° Congreso” [Informe presentado al XI° Congreso Nacional del Partido Comunista, agosto de 1946], en *Cuatro décadas de los procesos políticos argentinos*, op. cit., p. 122.

⁷⁵ Horacio Sanguinetti, “Política y Estado”, en *Todo es Historia*, N° 108, mayo de 1976, p. 38.

⁷⁶ Félix Luna, *El 45*, Buenos Aires, Sudamericana, 1971, pp. 23-24.

⁷⁷ “Las compras inglesas de trigo argentino disminuirán este año”, *Orientación*, año III, N° 133, 11/1/1940, p. 4.

⁷⁸ “A bajos precios Inglaterra se lleva nuestra producción triguera”, *Orientación*, año III, N° 135, 25/1/1940, p. 6.

El caso es que, si ante los sucesos que se iban generando en el marco de la Primera Guerra Mundial el PSA había impulsado la ruptura de relaciones con Alemania a los fines de asegurar el desarrollo del libre comercio, la situación era ahora distinta. La Argentina no tuvo en la guerra de 1939 un equivalente del “Monte Protegido”, la embarcación mercante que había resultado víctima de la acción de los submarinos alemanes,⁷⁹ dando pie a las controversias que catapultaron el alejamiento de los marxistas internacionalistas dentro del PSA. El principio de libertad de comercio que el PCA también defendía, pero que, al igual que en los momentos del congreso de la Verdi continuaban ocupando un segundo lugar detrás del internacionalismo, no se encontraba por entonces amenazado. El PCA no se encontró en la necesidad de teorizar acerca del libre comercio en medio de la coyuntura y pudo concentrar su atención en la necesidad de combatir silenciosamente contra el imperialismo primero y aunar esfuerzos por la defensa de la democracia universal después. El PCA no impulsó la ruptura de relaciones con ninguna de las naciones en conflicto por motivos de tráfico comercial. Al hecho de la inexistencia de una guerra submarina que pusiera en peligro a la marina mercante argentina como había sucedido en 1917 se sumó el hecho de que la postura ideológica del PCA fue mucho más endeble, menos definida que la esbozada por el PSA dentro de la Segunda Internacional. Lejos de proponer análisis pormenorizados, los líderes comunistas abogaron por el pragmatismo. De tal manera, Giudici intentaba demostrar que el apego argentino al librecambio era interés de una Inglaterra volcada al proteccionismo⁸⁰, así como también de sus “Aliados socialistas” encargados de promoverlo⁸¹. La solución propuesta por Giudici consistía en recurrir a medidas liberales o proteccionistas según la cuál fuera la ocasión, sin considerar estos dos términos, en consecuencia, ni “absolutos” ni “inmutables”.⁸²

La nueva orientación decidida por el CC fue ratificada en 1942 por el primer pleno que se reunió con posterioridad al X Congreso. El papel reservado al sindicalismo para efectuar la unidad de la clase obrera era esencial. Aunque la dirección de la CGT contaba con una fuerte presencia comunista, no fueron extrañas las expulsiones y suspensiones padecidas por los gremialistas más activos. Una vez en el poder, Castillo

⁷⁹ El buque mercante “Monte Protegido” había abandonado las costas argentinas con anterioridad a la disposición unilateral de guerra submarina irrestricta, por lo que el derecho internacional amparaba la legalidad de sus últimas actividades; sin embargo, fue atacado por los submarinos alemanes el 4 de abril de 1917. Ricardo Weinmann, *Argentina en la Primera Guerra Mundial. Neutralidad, transición política y continuismo económico*, Buenos Aires, Biblos-Fundación Simón Rodríguez, 1994, pp. 114-115.

⁸⁰ E. Giudici, op. cit., p. 95.

⁸¹ Idem, p. 115.

⁸² Idem, p. 106.

se había ocupado de dictar el decreto 31.321 que limitaba la libertad sindical; lo mismo había hecho el gobernador de la provincia de Buenos Aires por medio del decreto 111.⁸³ Su finalidad era la de obstaculizar la actividad del PCA en el mundo sindical. No obstante, ello no impidió que los comunistas tuvieran el control de la mayor parte de las organizaciones sindicales que integraban la central, entre ellas, la Federación Nacional de la Construcción, la Federación Metalúrgica, la Federación Textil, la Federación Gráfica y la Federación de la Alimentación.⁸⁴ Con esta composición en su dirección, la CGT exigió en 1942 al gobierno argentino que rompiera relaciones con las potencias del Eje.

Inmediatamente después de producida la invasión nazi en la Unión Soviética, el PCA pasó a reclamar la conformación de un gobierno popular que fuera pasible de reunir los siguientes requisitos: garantizar las libertades democráticas a todas las clases sociales del país, convocar a elecciones transparentes, perseguir los brotes internos de conspiración nazi-fascista, reestablecer los intercambios comerciales y diplomáticos con Moscú.⁸⁵ La línea política y táctica trazada por el PCA para este período fue consignada sistemáticamente en un texto que sintetizaba las conclusiones a las que había arribado el X Congreso nacional, publicado por la editorial del partido que dirigía Carlos Dujovne bajo el extenso título de *¡Por la libertad y por la independencia de la patria! (Frente Democrático Nacional para aplastar al Fascismo y para construir una Argentina, grande, próspera, feliz y respetada en el mundo). Posición de los comunistas argentinos sobre los problemas nacionales e internacionales*. Allí se dejaba constancia del hecho de que la Segunda Guerra Mundial ponía al descubierto las limitaciones de un sistema económico y social basado en el predominio de una oligarquía latifundista vetusta. La crisis no era coyuntural sino estructural. El PCA llamaba entonces a las fuerzas políticas progresistas a combatir la reacción oligárquica y reinstaurar el orden democrático en el país a partir de la conformación del Frente Democrático Nacional.⁸⁶ Al igual que había ocurrido en los años de “frente popular”, no se hablaba de luchar por un gobierno proletario ni por emprender una defensa anticapitalista, sino que se trata de recuperar las formas constitucionales que le permitan al partido volver a operar en la legalidad.

⁸³ R. Iscaro, *Historia del movimiento sindical*, tomo IV, op. cit., pp. 53-54.

⁸⁴ Cf. V. Codovilla, *El movimiento sindical y la unión nacional. Primera parte del informe rendido al Comité Central del Partido Comunista el 12 de Septiembre de 1942*, Buenos Aires, Anteo, 1942, pp 13-16.

⁸⁵ “El país necesita un gobierno distinto: un gobierno popular”, *LH*, año II, N° 527, 24/6/1941, p. 1.

⁸⁶ CC del PCA, *¡Por la libertad y por la independencia de la patria!*, op. cit., pp. 67-81.

En la definición que elaboraba Gerónimo Arnedo Álvarez, secretario general del PCA desde que fue designado por un pleno del CC ampliado en julio de 1938, el Frente Nacional Democrático cobraba entidad orgánica al ser pensado como un proyecto de construcción *sui generis* realizable en el tiempo que no se culminaba en la conformación de una plataforma electoral y en la cual se le reservaba al comunismo, a pesar de verse todavía obligado a operar en la ilegalidad, el rol de vanguardia del proceso:

[...] la unidad de la clase obrera y del pueblo, la unidad de las diversas fuerzas obreras y democráticas, no es una simple combinación entre las direcciones de las diversas organizaciones o la suma mecánica de sus efectivos con fines electorales o de corto alcance político. Si fuese así, sería efímera y superficial. La unidad popular, verdadera, debe realizarse para la lucha por las reivindicaciones inmediatas más sentidas de la clase obrera y del pueblo, para la lucha contra la reacción y por el aplastamiento del nazifascismo en nuestro país y en el plano mundial. Para una tal lucha los comunistas están a la cabeza del pueblo sin escatimar ningún sacrificio, como lo demuestra la experiencia internacional y nacional.⁸⁷

A través de la conservación del neutralismo, el gobierno de Castillo permitía las actividades nazifascistas en el país al tiempo que reprimía las expresiones democráticas antifascistas. Advertía Arnedo Álvarez que convivían dentro del gobierno distintas corrientes, generando fuertes contradicciones que debilitaban su fuerza.⁸⁸ Era por ello que la acción coordinada de las fuerzas democráticas organizadas debía servirse de la situación de debilidad que atravesaba la reacción para imponer su voluntad. Hasta entonces esto no se había logrado por haber sido precisamente el campo antifascista quien, fruto de la desconexión reinante, adolecía de la capacidad necesaria para contrarrestar al gobierno. De ahí que, a los ojos del secretario general del PCA, la unidad de las fuerzas obreras y democráticas dispersas constituyera la principal e impostergable tarea del comunismo. No era una tarea nada sencilla, puesto que la mayor parte de las energías populares antifascistas se hallaban concentradas en protestas y declamaciones inorgánicas. Las posibilidades de avance en la organización que permitiera llevar a cabo una acción conjunta de magnitud se hallaban comprometidas en los tres casos esenciales por sus sectores dirigenciales. La dirección CGT se hallaba dividida, ocupada como estaba en dirigir una persecución contra sus miembros más

⁸⁷ G. Arnedo Alvarez, "La unión nacional, garantía de la victoria" [Informe rendido al X Congreso del Partido Comunista], en *Cuatro décadas de los procesos políticos argentinos*, tomo I, op. cit., pp. 91-92.

⁸⁸ *LH*, "El gran Frente Democrático Nacional contra el fascismo y la reacción ya está en marcha", N° 679, año II, 23/11/1941, p. 9.

activos.⁸⁹ La UCR contaba con la presencia de una influyente corriente conciliadora que buscaba negociar con la oligarquía encaramada en el poder. El PSA, por último, no lograba desembarazarse de la primacía otorgada más allá de toda coyuntura especial a la cuestión del electoralismo. La acción de las masas concentradas por estos tres grandes agrupamientos quedaba así severamente limitada a causa de la conducta irresponsable de sus dirigentes. Concluía por ello Arnedo Álvarez que le cabía al comunismo la misión histórica de acordar los términos de una unidad sólida con las direcciones de las fuerzas democráticas para poder, entonces sí, conducir la movilización coordinada de las masas. Pero el PCA también tenía que hacer un paso previo antes de proceder en aquella dirección, pues debía primero “terminar con la subestimación del papel del Partido como fuerza dirigente de la clase obrera y del pueblo en las luchas por las reivindicaciones tanto inmediatas como mediatas”⁹⁰, luchando para ello al mismo tiempo por recuperar la legalidad perdida. En la opinión de Codovilla, este trabajo de revalorización del comunismo como fuerza rectora del proceso de concientización sobre el error que significó el pacto de Munich y el peligro creciente generado a partir de él, se encontraba en la segunda mitad del año 1942 dando sus primeros pasos en cada uno de los países democráticos en los que existían partidos comunistas.⁹¹

El programa de acción del PCA era presentado como un plan de liberación nacional en respuesta a los problemas que planteaba una oligarquía latifundista aliada al imperialismo trasnacional que mantenía divididas las fuerzas políticas y sociales del país. El PCA aseguraba que existían en su texto “todas las condiciones para aunar en torno a la realización de ese, o parte de ese, Programa, a todos los Partidos populares, a todas las organizaciones sindicales, a todas las organizaciones campesinas, en fin, a todo el pueblo argentino”⁹². A continuación eran señalados los puntos programáticos coincidentes con aquellos que eran promovidos por el PSA, la CGT, la UCR, el Partido Demócrata Progresista, los partidos provinciales y el Partido Socialista Obrero,⁹³ para terminar rematando la necesidad imperiosa de romper con la fragmentación del campo

⁸⁹ Un año más tarde, el principal problema de la CGT no era su falta de unidad en la dirección, sino su inoperancia. No sorprendía por tanto a Codovilla el hecho de que la central obrera más grande del país no tomara en consideración los intereses fundamentales propuestos por el PCA para el cambio de política exterior, puesto que no se ocupaba siquiera de elaborar un plan económico propio para enfrentar el encarecimiento en el costo de vida de los obreros. V. Codovilla, *La crisis económica y sus repercusiones políticas. Primera parte del informe rendido al Comité Central del Partido Comunista el 12 de Septiembre de 1942*, Buenos Aires, Anteo, 1942, pp. 36-24

⁹⁰ Idem, p. 10.

⁹¹ V. Codovilla, *Esta es la guerra de los pueblos. Primera parte del informe rendido al Comité Central del Partido Comunista el 12 de Septiembre de 1942*, Buenos Aires, Anteo, 1942, p. 38.

⁹² CC del PCA, *¡Por la libertad y por la independencia de la patria!*, op. cit., p.199.

⁹³ Idem, pp. 199-209.

democrático que constituía la única garantía para el predominio de la oligarquía. Llegado este punto, el PCA se ponía a sí mismo en un lugar de la mayor importancia, al establecer que la unidad del pueblo argentino en el Frente Nacional antioligárquico y anti-fascista debía ser necesariamente consecuencia de la unidad del movimiento obrero, tarea en la cual los comunistas, junto con los socialistas y los cegetistas, eran los encargados “naturales” de conducir el proceso.

Así como había sucedido durante el traspaso de la táctica de “clase contra clase” a la orientación de “frente popular”, nuevamente tenía lugar un giro sustancial, ahora dentro de la misma política frentepopulista encarnada en la “unidad nacional”, en su percepción del socialismo. Otra vez, el PSA dejaba de ser una fuerza traidora de la clase obrera para pasar a ser un aliado fundamental en la lucha por las necesidades más elementales de los trabajadores. A partir del curso de las experiencias nacionales e internacionales, los dirigentes socialistas habían comprendido que la lucha contra el fascismo debía congregar a todas las fuerzas democráticas. El PCA dejaba atrás la larga ola de acusaciones cruzadas que entre él -por medio, especialmente, de la pluma de Ernesto Giudici- y el PSA habían animado las páginas del periódico socialista *La Vanguardia*, tildado de antinacional y pro-británico, y el comunista *La Hora*, considerado un instrumento del nazismo en la Argentina.

Según lo acordado por el X Congreso del PCA, las urgencias de los ciudadanos argentinos pasaban por organizar internamente la resistencia contra la infiltración nazifascista y por colaborar en la lucha internacional a favor de la democracia. El PCA denunció de manera orgánica el espíritu “pro-nazi” de la política internacional pergeñada por el Poder Ejecutivo nacional y pasó a reclamar el cese de una neutralidad que resultaba cada vez más forzosa a medida que las agresiones nazis proliferaban contra toda América Latina. Cualquier paralelismo entre la Segunda Guerra Mundial y su predecesora eran ahora completamente negado por los líderes del PCA y denunciadas como el recurso retórico de un gobierno fraudulento desesperado por conservar los intereses de la oligarquía ante la evidencia de los múltiples acontecimientos de desaprobación popular:

El precedente de Irigoyen no es válido para esta guerra del nazismo contra el mundo, como lo muestra el hecho de que uno de los más rabiosos enemigos de Irigoyen, -el ya mencionado Fresco- se haga ahora el abanderado de la neutralidad. Esta es la bandera de los nazis. Aquellos que de buena fe encuentran analogías inexistentes entre esta guerra y

la del 14, deben revisarse cuanto antes, porque peligran de caer en el campo del fresquismo, que es la nueva etiqueta parda en el país.⁹⁴

Las críticas al neutralismo alcanzaron un punto álgido cuando tuvo lugar el ataque de las bases militares que Estados Unidos tenía en Hawaii, Manila y Singapur. El CC del PCA realizó con tal motivo una reunión de emergencia en donde apeló al ideal panamericanista y estableció que las agresiones japonesas alcanzaban a la Argentina por haberse desarrollado en contra de un país del continente americano. El PCA manifestaba su solidaridad con Estados Unidos y con “su gran presidente Roosevelt”. Afirmando que “Un Japón militarista vale por una Alemania nazi” y “un 7 de Diciembre vale por un 22 de Junio”⁹⁵, el PCA entendía que la declaración de guerra de Japón hacia los pueblos norteamericano e inglés, empeñados en la lucha por la libertad, era un nuevo llamado a abandonar el neutralismo. Conservar la postura neutral implicaba acordar tácitamente con las potencias del Eje, lo que suponía a la vez el peligro creciente contra la libertad y la independencia de la Argentina. El PCA planteaba la necesidad de tomar partido ante la diatriba que, en la opinión de su dirección, aquejaba al continente: o se cooperaba activamente con “la gran nación del Norte”, o bien el país se preparaba para ser esclavizado “por las bandas criminales del imperialismo pardo”⁹⁶. Siguiendo la declaración de la Convención de La Habana de julio de 1940 a la que había suscripto la Argentina, la agresión contra cualquier país americano no-beligerante debía ser considerada como una agresión en contra de todos los miembros signatarios, por lo que los comunistas creían factible un ingreso de la Argentina en el conflicto.⁹⁷ La dirección del PCA esperaba que el Poder Ejecutivo nacional diera cumplimiento al compromiso asumido. No obstante, por medio del trabajo del Ministerio de Relaciones Exteriores que encabezaba Enrique Ruiz Guiñazú el gobierno se mantuvo fiel a la neutralidad durante el período aquí abordado, razón por la cual los comunistas no dejaron de hostigarlo para que diera satisfacción a aquellas que en su opinión eran las expectativas de la sociedad argentina: la ruptura de relaciones con las potencias nazifascistas.

⁹⁴ “Gran contribución democrática”, *LH*, año II, N° 676, 20/11/1941, p. 9.

⁹⁵ “Con Estados Unidos”, *LH*, año II, N° 694, 8/12/1941, p. 10.

⁹⁶ “Ante la agresión nadie puede alegar suicida neutralidad”, *LH*, año II, N° 694, 8/12/1941, p. 1.

⁹⁷ “Deben ser exterminados como ratas los agresores”, *LH*, año II, N° 695, 9/12/1941, p. 1. “La Cancillería ha declarado a EE.UU. «no-beligerante»”, *LH*, año II, N° 695, 9/12/1941, pp. 1-2; “Ni esclavos ni rehenes”, *LH*, año II, N° 698, 12/12/1941, p. 1; V. Codovilla, “¡Listos para defender a la Patria! Extracto de la intervención en el X Congreso del Partido Comunista realizado en Córdoba los días 15, 16 y 17 de noviembre de 1941”, en *La Unión Nacional es la victoria. Escritos y discursos*, Buenos Aires, Problemas, 1943, pp. 100-105.

Así como había ocurrido entre la elite política dentro de la misma Unión Soviética, poco importó para los máximos dirigentes del comunismo argentino buscar una argumentación idónea para fundamentar el abandono de la idea de que no era posible acabar con la ideología nazi por medio de la fuerza. Molotov había sostenido incluso que “no sólo es insensato, sino incluso criminal hacer una guerra como la guerra por la «supresión del hitlerismo», que se cubre con la bandera falsa de la lucha por la «democracia»”⁹⁸. En otras palabras, la misma torpeza conceptual que se le había adjudicado a Francia e Inglaterra en su combate contra Alemania tras la ocupación de Polonia, fue la misma fórmula que abrazó, imitando el molde aplicado por el PCUS, la dirección del PCA. Desde junio de 1941 los comunistas argentinos pretendieron presentar el conflicto bélico mundial como una reedición de la vieja antinomia entre “civilización” o “barbarie” que había aflorado en los años previos del “frente popular”. Desde la presidencia de la AIAPE, Troise suscribía a la interpretación de que la guerra perdía su carácter interimperialista al producirse la agresión nazi a la Unión Soviética.⁹⁹ Sin acudir de ningún modo al arsenal teórico revolucionario, el PCA hacía constar que la guerra se realizaba por la defensa de la democracia y que, por su intermedio, el nazifascismo en tanto sistema ideológico debía quedar reducido a cenizas. Era esta una misión inmediata. De hecho, Agosti sostuvo que, desde su constitución el 28 de junio de 1935, la AIAPE nunca había sentido tanto la necesidad de unir a los intelectuales argentinos como en aquellos momentos en que esperaban el pronto desenlace de la derrota nazi, “porque entiende que frente al enemigo común toda división de capilla estética debe postergarse, todo rencor pasado debe olvidarse”¹⁰⁰.

Sobre la disolución de la Tercera Internacional que tuvo lugar en medio de estas exigencias no se dijo en el PCA nada de importancia. Para Rodolfo Ghioldi, la implosión de la IC era la etapa final de su desarrollo natural. Habiendo dado el gran salto cualitativo al interpretar el signo de los tiempos a mediados de la década de 1930 y al haber acertado en la solución propuesta, consistente en la unificación de la clase obrera con todas las fuerzas antifascistas, cuya expresión era por entonces el combate contra el Eje y por la independencia de las naciones, la IC moría por causas naturales.¹⁰¹

⁹⁸ V. Molotov, op. cit., p. 8.

⁹⁹ “La nueva guerra”, *Nueva Gaceta*, N° 5, 1° quincena de julio, 1941, pp. 1, 7.

¹⁰⁰ “Vida de la A.I.A.P.E. Memoria del ejercicio 1941-1942”, *Nueva Gaceta*, N° 19, octubre de 1942, p. 10.

¹⁰¹ *Crítica*, “Según R. Ghioldi, no tiene aquí efectos prácticos”, año XXX, N° 10.488 26/5/1943, p. 5. En dicha entrevista Ghioldi comentó que el PCA ya se había desafilado de la IC en 1939. Resulta extraña su afirmación, puesto que no hemos encontrado ninguna otra referencia a este supuesto hecho ni en las publicaciones periódicas, ni en bibliografía primaria ni secundaria. El ex jefe de la Agencia TASS en

De esta manera, quedaba evidenciado el hecho de que el comunismo internacional reforzaba la postura adoptada en la convulsionada República española, al aceptar la liquidación temporaria (cada vez más permanente) de la revolución fuera de la Unión Soviética. Todos los grandes acontecimientos que involucraron al PCUS permiten dar cuenta de la pertinencia que en realidad tenían sus posicionamientos, por encima de aquellos efectuados por el CE de la IC, para decidir las acciones y los compromisos que asumía el PCA. Había estado claro desde un principio que a Stalin no le preocupaba demasiado conservar la IC. Si algo pudo haber funcionado como preanuncio de su disolución debió haber sido esta razón.

Nadie en la dirección del PCA se preguntó cómo era posible que si a la hora de denunciar los atropellos de la avanzada de la barbarie nazifascista a mediados de la década de 1930 y clamar por la unidad de las fuerzas democráticas para defender la civilización y la Unión Soviética había cumplido un rol fundamental la Tercera Internacional en la organización de los frentes solidarios y la coordinación de sus actividades, en mayo de 1943 la función que le tocaba a la organización comunista internacional era la de desorganizarse. La IC había demostrado ser una eficiente correa de transmisión entre las secciones nacionales que la integraban toda vez que se había aludido a la necesidad de forjar el “frente único” por la democracia. Así había ocurrido cuando la IC propuso a la Segunda Internacional emprender acciones conjuntas en las distintas circunstancias claves de la historia política en el decenio de 1930: en febrero de 1933 ante el ascenso al poder de Hitler en Alemania; en octubre de 1934 con la Revolución de Asturias; en abril de 1935 ante el peligro de que estallara una nueva guerra provocada por el fascismo; en septiembre de 1935 a causa de la invasión italiana en Abisinia; en octubre de 1936 a causa del levantamiento fascista en España; en junio de 1937 tras producirse la caída de Bilbao a manos de los sublevados; en mayo de 1938 para redoblar la lucha antifascista; antes y después de los acuerdos de Munich para

Buenos Aires, Isidoro Gilbert, señala incluso lo siguiente: “Una de las últimas colaboraciones de la Internacional Comunista antes de su disolución en 1943 fue instalar una red de transmisores y receptores que mantenían un contacto (no del todo fluido) entre Buenos Aires y Moscú”. I. Gilbert, *El oro de Moscú*, op. cit., p. 120. Dado que proponemos aquí que la preocupación central del PCA pasaba por fortalecer su vínculo con el PCUS antes que con la IC (la cual operaba dentro de esta lógica como una suerte de “correa de transmisión entre las direcciones argentina y soviética), la comprobación de lo dicho por Ghioldi no modificaría en lo sustancial nuestra hipótesis. Sería interesante de todos modos responder al interrogante respecto de por qué Ghioldi hace su comentario sobre la desafiliación del PCA a la IC casi cuatro años antes de la disolución de esta última. No obstante, la única mención encontrada al respecto es esta que traemos a colación, por lo que concentrarnos en su análisis implicaría limitarnos al terreno de la conjetura.

contrarrestar el golpe fascista en Checoslovaquia.¹⁰² Por más que Ghioldi intentara presentar un panorama favorable al desarrollo de la solidaridad internacional, en donde solamente cambiaban “las formas” al primar los “contactos directos entre partidos, encuentros circunstanciales (en ocasión de algún congreso, por ejemplo), y otros”¹⁰³, no lograba explicar de qué manera podía esta suerte de “espontaneísmo estructurado” reemplazar de un día para el otro el entramado de instituciones y el complejo relacional centralista que había dirigido la orientación del movimiento comunista mundial desde 1919. En todo caso, podía resultar menos problemática a tal propósito el planteo de la disolución con posterioridad a la derrota final del fascismo. A fin de cuentas, si se proponía la necesidad de superar a la IC como forma de organización de los partidos comunistas a escala nacional en una serie de contextos nacionales diferentes a los que había encontrado cada uno de ellos cuando fue creado y adhirió al partido comunista mundial, por el contrario su organización había sido defendida con énfasis a la hora de enfrentar los embates fascistas y había demostrado tener un alto poder de eficacia a tales efectos. Tanto era así que en el PCA destacaban el hecho de que en el mundo fuera recordada la IC especialmente por su papel en “la etapa de la lucha mundial contra el fascismo”¹⁰⁴.

7.4. Del antibelicismo a la guerra, del padrinazgo a la orfandad

Nuestro interés estuvo puesto en analizar el modo en que se realizó el cambio de posición frente a la guerra y en qué medida dejó o no el PCA de tratar a los aliados ocasionales de la Unión Soviética como enemigos estructurales en la lucha por el socialismo. Es decir que nos preguntamos cómo fue posible que argumentaciones como las efectuadas por Marianetti -dirigidas a advertir la naturaleza imperialista y antifascista de la guerra capitalista- desaparecieran sin dejar rastros del discurso comunista en la Argentina. Por todo lo expuesto, podemos afirmar que una vez más quedaban relegados los intereses nacionales en detrimento de las necesidades urgentes del campo internacional. Gran Bretaña no fue más cuestionada, en tanto duró el conflicto con la participación de la Unión Soviética, y el capital británico dejó de ser señalado como el principal agente del sometimiento económico de la Argentina. Eludiendo siquiera justificar la reciente complicidad con los imperialismos británico y

¹⁰² G. Dimitrov, “El frente único del proletariado internacional y de los pueblos contra el fascismo”, en *Selección de trabajos*, Buenos Aires, Estudio, 1972, pp. 342-344 [7 de noviembre de 1938].

¹⁰³ R. Ghioldi, “Aniversario de la Internacional Comunista, en *Escritos*, tomo IV, op. cit., p. 130” [publicado originalmente en *Nueva Era*, N° 6, julio de 1959].

¹⁰⁴ “De la Primera a la Tercera Internacional”, año VII, N° 297, *Orientación*, 27/5/1943, p. 4.

norteamericano, el PCA daba a entender que la liberación nacional podía esperar, siempre que fuera necesario contribuir prioritariamente a la salvaguarda del bienestar de la república de los soviets. Las aspiraciones de las que habían dado cuenta los comunistas argentinos para situar el análisis de la coyuntura internacional en función del análisis de las necesidades nacionales no pretendían quedar así truncas, sino antes bien ser promovidas en forma adecuada. Y es que la política de liberación nacional quedaba indisolublemente supeditada a la lucha antifascista por la liberación universal.

Mediante la invasión hitleriana a la Unión Soviética, la guerra dejó de ser vista como una oportunidad impar para la ruptura de las relaciones de subordinación que la economía argentina tenía con el capital imperialista foráneo. La liberación económica nacional sobre el imperialismo pasó a ser reemplazada entonces por la liberación política mundial sobre el nazifascismo. Aunque Mario Rapoport ha arrojado la posibilidad de que el carácter monolítico adjudicado por años en la literatura militante y académica a la IC haya sido más aparente que real,¹⁰⁵ hemos visto que para el caso del PCA queda claro que se hacía de aquella construcción idealizada del partido mundial una condición necesaria en las acciones que componían su realidad cotidiana por la consolidación de la dirección y la legitimación frente al movimiento obrero. Ante los hechos de junio de 1941 no fue ya necesario esperar a la celebración de un nuevo congreso de la Tercera Internacional para definir la estrategia y la táctica del momento, sino que los partidos comunistas se lanzaron en forma más automática a corregir la política internacional en la resistencia antiazi.¹⁰⁶ Los reflejos comunistas ante la nueva avanzada reaccionaria que ponía en peligro la existencia de la Unión Soviética fueron deudores de la experiencia del “frente popular”.

Tampoco es que el PCA hubiera podido hacer otra cosa más que apoyar a la Unión Soviética. Pero si hubiese seguido un plan revolucionario a mediano plazo bien podría haber hecho hincapié en el cambio de signo de la guerra y la importancia de la alianza estratégica con los Aliados hasta superar la coyuntura. No obstante, ni reconvirtió su teoría de la guerra interimperialista en una explicación marxista acorde a la situación, ni cuestionó la decisión unilateral tomada por el PCUS de disolver la Tercera Internacional. Su apego a la explicaciones que de los vaivenes brindada Moscú fue total, y así fue como la lucha entre imperialismos colonialistas se transformó de la noche a la mañana en una lucha por la democracia y contra la reacción fascista.

¹⁰⁵ M. Rapoport, “Argentina and the Soviet Union”, op. cit., p. 248.

¹⁰⁶ Cf. D. Sassoon, op. cit., p. 116. Fernando Claudín, no obstante, atribuía todavía el viraje mecánico a la dirección de la IC. F. Claudín, op. cit., pp. 247-248.

Hemos llegado en este capítulo a conclusiones divergentes respecto de aquella idea que concibe en el enfoque igualador de los efectos de las potencias imperialistas para la Argentina -tal como lo fue la política neutralista enarbolada por el PCA- una intención de favorecer la política alemana. En este sentido, discrepamos con la postura de Alejandro Horowicz cuando, basándose exclusivamente en el libro clásico de Giudici, propone que

Si se quiere, esta igualación política de las potencias y prácticas imperialistas aplanan el problema en beneficio de Alemania. El razonamiento funciona así: puesto que todas las potencias imperialistas son iguales, da lo mismo pactar con cualquiera de ellas. Si la Unión Soviética puede pactar con Alemania y desentenderse de los polacos y su destino, ¿por qué la liberación de la Argentina no puede ser el subproducto de una victoria del Eje?¹⁰⁷

Reflexionando tres décadas después de concluida la contienda y conociendo la experiencia registrada con posterioridad a la incorporación soviética en el campo Aliado, el ex secretario general del PCA Juan José Real entendía que, por el contrario, era la victoria *sobre* el Eje lo que había de llevar automáticamente a un relajamiento del sistema mundial de dominación, resultando de ello un relajamiento de la dependencia argentina respecto de la metrópolis.¹⁰⁸ Pero lo que importa destacar es que, según hemos advertido a partir del análisis de los escritos comunistas de la época, desde septiembre de 1939 hasta junio de 1941 el PCA en ningún momento planteó la conveniencia de un triunfo alemán. Antes bien, fueron muy repetidas las argumentaciones indicadoras de la reproducción del sistema internacional de dominación que devendría de la destrucción de uno solo de los bandos enfrentados. En el número inicial de *Nueva Gaceta*, Rodolfo Puiggrós observaba: “Las acusaciones que se hacen mutuamente son exactas en absoluto y llevan implícita una definición del carácter de la guerra que corresponde tanto a los nazis como a los angloyanquis”¹⁰⁹. Localmente salía peor posicionado, incluso, el imperialismo anglonorteamericano, responsable de “la conformación agropecuaria de la economía de América Latina y su adaptación como apéndice a las exigencias de las grandes potencias”. El imperialismo nazi presentaba, por su parte, altos niveles de peligrosidad vinculados más a su potencialidad que a su acción concreta en la región. Según Puiggrós, la diferencia entre ambos imperialismos parecía residir,

¹⁰⁷ A. Horowicz, “Influencia liberal en el análisis histórico del Partido Comunista Argentino. Los casos de Puiggrós, Giudici y Agosti”, en *Revista Sociedad*, N° 28, 2010, p. 6 [<http://www.sociales.uba.ar/wp-content/uploads/10.-Influencia-liberal-en-el-an%C3%A1lisis-hist%C3%B3rico-del-Partido-Comunista-Argentino-Los-casos-de-Puiggr%C3%B3s.pdf>]. Último acceso: 12/9/2013].

¹⁰⁸ J. J. Real, *Treinta años de historia argentina*, op. cit., p. 75.

¹⁰⁹ “La guerra en América Latina”, *Nueva Gaceta*, N° 1, 1° quincena de mayo, 1943, pp. 1.

para la situación latinoamericana, en que los imperialistas norteamericanos y –sobre todo- ingleses habían consumado su proyecto de dominación económico-social en la argentina, en tanto que la amenaza nazi no pasaba de ser una posibilidad, si bien se hacía más plausible cada día.

Por otra parte, se coincide aquí con las apreciaciones vertidas por Darío Macor cuando, tras mencionar los efectos generados a gran escala por las tensiones cada vez más explosivas entre las direcciones política y sindical dentro del PSA en un contexto signado sucesivamente por la guerra civil en España y el estallido de la Segunda Guerra Mundial, advierte que el comunismo encontró “un espacio de desarrollo político sobrevaluado en relación con sus fuerzas electorales efectivas”¹¹⁰. El crecimiento del PCA iniciado en la etapa de “frente popular” continuó en aquellos años, resultando crucial a partir de junio de 1941 el acercamiento a algunas de las banderas propias de la tradición liberal a partir de la promoción de la línea antifascista que tomaba partido por los Aliados.¹¹¹ No obstante, en Argentina la retórica antifascista pro-aliada demostró haber alcanzado su límite cuando la Unión Democrática fue derrotada en los comicios. El prestigio que le otorgaba al PCA la pertenencia a la IC se perdió definitivamente tras su disolución en 1943, lo que coincidió con el comienzo de un proceso signado no por el desgaste sino por el distanciamiento práctico que se produce en la relación entre el comunismo y los obreros desde los inicios mismos del peronismo otorgador de mejoras sociales. Más allá de los componentes locales, este reflujo parcial fue un fenómeno general registrado en varios partidos comunistas occidentales. En este sentido, el historiador británico David Priestland afirmó que

Tras la derrota de los nazis, el comportamiento agresivo de la Unión Soviética y los comunistas locales en Europa central y oriental, y el aparente surgimiento en Occidente de una nueva forma de capitalismo, más dispuesto a hacer concesiones a los trabajadores, el comunismo no parecía ni tan necesario ni tan atractivo. No es, pues, sorprendente que los frentes populares no sobrevivieran mucho tiempo a la guerra mundial.¹¹²

Negando el carácter conciliatorio que realmente la motivó, Dimitrov adujo que la disolución de la IC se debía a razones de orden práctico.¹¹³ El dirigente búlgaro decía esperar que de la nueva individualidad otorgada permitiera a cada partido comunista

¹¹⁰ D. Macor, “Partidos, coaliciones y sistema de poder”, Alejandro Cattaruzza (dir.): *Nueva Historia Argentina. Crisis económica, avance del Estado e incertidumbre política (1930-1943)*, tomo VII, Buenos Aires, Sudamericana, 2001, p. 82.

¹¹¹ Laura Prado Acosta, op. cit., s/p. [Recuperado en: <http://nuevomundo.revues.org/64825?lang=en#ftn7>. Último acceso: 2/9/2013].

¹¹² D. Priestland, op. cit., p. 193.

¹¹³ Daniela Spenser, “Las vicisitudes de la Internacional Comunista”, en *Desacatos*, México D.F., Centro de investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, otoño, N° 7, 2001, p. 134.

desenvolverse con mayor soltura para así ganar en fortalecimiento de cada estructura partidaria. Este capítulo demuestra que con el PCA pasó justamente lo contrario. Dentro de la lógica de la dirección argentina, la libertad de acción se tradujo en aislamiento antes que en autonomía.

Luis Sommi advertía la desaparición de relaciones fluidas entre el PCUS y el PCA desde la disolución de la IC hasta 1951.¹¹⁴ ¿Pero qué significaba exactamente esta afirmación? En realidad, era evidente que durante el desarrollo de la Segunda Guerra Mundial y el comienzo de la Guerra Fría el PCUS había abandonado todo interés inmediato de coordinar los esfuerzos llevados a cabo por cada partido comunista en los diversos escenarios políticos nacionales. Sin embargo, este distanciamiento unilateral no implicó una aceptación a rajatabla por parte de la dirección comunista argentina, cuya brújula siguió encontrando su norte en la Unión Soviética. Efectivamente, desde el PCA se continuó cultivando la imagen de un PCUS monolítico con propiedades de alcance internacional. Este punto es central para establecer de manera amplia la conexión entre las causas endógenas y las causas exógenas que impidieron al PCA responder con las herramientas adecuadas al desafío planteado ante las masas por el movimiento peronista en ciernes. Vale recordar que, mediante términos duramente peyorativos y analogías furiosas, un intelectual como Ernesto Giudici, uno de los más renombrados especialistas del partido en el análisis teórico, coincidía con Codovilla en advertir en el peronismo el resultado otoñal en Argentina de manifestaciones nazis mantenidas durante largo tiempo en estado de latencia.¹¹⁵

Urge recordar, tal como quedó plasmado en los episodios de *Bandera Roja* analizados en el capítulo 4, que la “causa pragmática” había sido abrazada por el encargado de planear las cuestiones culturales del partido en detrimento del estudio teórico, cuya importancia –junto con el rol del intelectual comunista- era puesta en discusión por primera vez. Por tanto, estas limitaciones analíticas no constituyeron una condición del período, sino que fueron parte de la trayectoria del PCA ligada al proceso de burocratización cristalizado a finales de la década de 1920.

¹¹⁴ I. Gilbert, *El oro de Moscú*, op. cit., p. 49

¹¹⁵ Cf. E. Giudici, “Contenido y forma del naziperonismo”, *Antinazi*, año 2, N° 53, 21/2/1946, p. 7, reproducido en A. Bisso, *El antifascismo argentino*, op. cit., pp. 248-253. El mismo Giudici se había mostrado disgustado diez años antes por lo que consideraba era una eclosión de artículos periodísticos y de opinión reducidos al repudio del fascismo, en tanto que se carecía de análisis medianamente profundos. E. Giudici, “Fascismo mundial y argentino”, en *Contrafascismo*, año 1, N° 2, agosto-septiembre de 1936, p. 3, reproducido en A. Bisso, ídem, p. 270. El escrito más importante de Codovilla a propósito de la primera interpretación brindada por el PCA sobre el peronismo es *Batir el nazi-peronismo*, Buenos Aires, Anteo, 1945.

CONSIDERACIONES FINALES

Aunque la IC tenía potestad para interferir en la vida interna de los partidos comunistas suscriptores cuando lo considerase necesario, las modalidades y sus alcances no estaban ni formalmente ni informalmente estipulados. Los pedidos presentados por la dirección del PCA para que se produjeran las intervenciones del CE de la IC en las discusiones internas que derivaron en sus dos grandes crisis de 1925 y 1928, además de haber sido provocadas por la sección nacional y no demandadas por la IC, representan dos casos singulares en los cuales el partido intervenido exigió un nivel de compromiso en el arbitraje de sus facciones mayor al que el organismo internacional mismo se encontraba dispuesto a conceder.

Cuando la dirección del PCA debió resolver problemas internos cada una de sus facciones no dudó un instante en dirigirse a Moscú para solicitar el reconocimiento del grupo al que representaban los delegados enviados. La mayoría del CE del PCA se condujo de ese modo a lo largo de toda la década de 1920. Las sucesivas oposiciones internas que se fueron gestando desde sectores minoritarios dentro de la dirección del partido adoptaron la misma estrategia para garantizar su legitimidad frente al conjunto de los afiliados del PCA. Así quedó reflejado primero en la llegada a Rusia de una delegación extraoficial representativa de la facción frentista, y más tarde con los intentos efectuados por el grupo chispista congregado en torno del flamante Partido Comunista Obrero. El caso de la facción penelonista, reacia a concurrir a la Unión Soviética para solicitar la intermediación de la IC, significó una ruptura con la práctica habitual que se había ocupado de naturalizar no la dirección cominterniana ni la dirección soviética, sino la propia dirigencia del PCA.

Ahora bien, hemos demostrado que esta relación dependiente generada a la hora de dar satisfacción a la resolución de conflictos intrapartidarios, no encontró una correspondencia similar en los vínculos entablados por el PCA con la IC y el PCUS en tanto las disidencias surgidas en los primeros años de vida de la sección argentina no conformaron facciones y quedaron reducidas a la expresión limitada y controlable propia de las tendencias. De tal suerte, en una actitud que podía ser percibida como desafiante, el grupo mayoritario de la conducción del PCA había puesto grandes reparos ante los planteos para que se adoptara en la Argentina la táctica del frente único, y había destacado para ello la necesidad de realizar una lectura materialista de las condiciones específicas del país. Asimismo, los líderes comunistas argentinos no habían ahorrado en críticas contra los delegados que sucesivamente habían llegado con mandato para

supervisar las actividades del partido. Tampoco se habían destinado esfuerzos serios para dar cumplimiento a los pedidos de información periódica, señalados por el CE de la IC como una función de primer orden para el adecuado trazado organizativo de las tareas generales de los partidos. No obstante, bien distinto fue el comportamiento del PCA cuando requería de la IC el reconocimiento de su papel como primer partido comunista de América Latina y reclamaba en base a su antigüedad la asistencia en la fundación y consolidación de partidos comunistas en los países vecinos. Para entonces, los miembros del CE del PCA se autoproclamaban disciplinados interlocutores en la región del PCUS y la IC.

En el campo del proyecto cultural comunista, arribamos a la conclusión de que con el traspaso cominterniano de la política ultraizquierdista propia de la lucha de “clase contra clase” a la reformulación del “frente popular” contenida en la alianza de fuerzas democráticas no se modifica la concepción que sobre la funcionalidad de la cultura sostiene el PCA. La producción artística e intelectual seguirá desempeñando en su programa general un lugar secundario, carente de autonomía, subsidiario de los requerimientos planteados *por y para* los grandes lineamientos políticos. Sí se produce, en cambio, una modificación en la intencionalidad comprendida en la actividad cultural comunista. No podía ser de otra manera. Si la actividad política corría su eje, y la actividad cultural debía acompañarla en su desarrollo, resultaba inevitable, en consecuencia, que el PCA acompasara su política cultural a la política a secas. Las tensiones originadas por esta situación se canalizaron principalmente en torno del significado que podía llegar a otorgarse a la función del intelectual revolucionario dentro de una sociedad capitalista.

De acuerdo con el objetivo delineado en la introducción, hemos planteamos una premisa original por la cual recibió especial consideración el estallido de la Guerra Civil española, basada en nuestra hipótesis de que la coyuntura fratricida peninsular presenta una circunstancia crucial para advertir la evolución del vínculo existente entre los partidos comunistas de la Argentina y la Unión Soviética. Se pretendió buscar así la matriz del comportamiento asumido por el comunismo argentino a través de aquella coyuntura impar en que la intervención soviética tuvo una importancia decisiva para la conducción militar, pero sobre todo política, del gobierno republicano de España. Fenómeno a la vez político, social, militar y cultural, la guerra de España no cesó de generar controversias en todas las dimensiones posibles. Concluimos allí que Codovilla, pieza clave en la reorganización del PCE, no se limitó a cumplir un rol de ejecutor, sino

que se preocupó por implementar una concepción particular de Partido Comunista integrado a la Tercera Internacional, y esta era la concepción que la dirección de la sección argentina pretendió para su partido desde que decidió privarse de su autonomía parcial. Asimismo, mediante el análisis de los mecanismos de participación del PCA en cada una de sus manifestaciones, hemos demostrado que la injerencia del gobierno moscovita en el conflicto español a través del predominio sobre el PCE con presencia en el gobierno republicano, y el control centralizado de este último por su par soviético, hicieron de la Guerra Civil un momento de trascendencia única a fin de avanzar en la comprensión del complejo relacional entablado entre el PCUS y el PCA, concluyendo que la actividad de la dirección y la política nacional de este último fueron reconfiguradas en función de objetivos afines a los intereses geopolíticos soviéticos.

Asimismo, un lugar destacado fue reservado al estallido de la Segunda Guerra Mundial y la posición cambiante de la dirección del PCA según dos etapas cruciales de su desarrollo: el pacto de no-agresión sellado entre Ribbentrop y Molotov y la invasión de Alemania a la Unión Soviética. Aunque dotado de una complejidad menor en comparación con el signo de los acontecimientos enmarcados en la Guerra Civil española (la cual implicó a un mismo tiempo el abandono de la lucha contra la burguesía democrática y la dependencia absoluta respecto de Moscú generada por el gobierno de Frente Popular para prolongar su subsistencia), creemos haber demostrado que este episodio revistió una gran importancia para el análisis del estado de la situación que atravesaba la dirección del PCA en momentos en que se concretaba la disolución de la IC. Lo destacable de la guerra de 1939-1945 y los giros que fue tomando no consistió, según nuestra perspectiva, en el hecho de que el PCA apoyó a la Unión Soviética en el combate contra los soldados germanos y promovió la ruptura de relaciones con las potencias del Eje. Esta postura, largamente criticada por los adversarios del comunismo que habían abandonado el partido y los detractores que siempre estuvieron fuera del mismo, en realidad resultaba lógica y tácticamente viable. Lo que en realidad debió haber generado controversias, según la perspectiva que hemos adoptado en nuestro análisis, venía dado por el reclamo para que el gobierno argentino hiciera a un lado el neutralismo. No obstante, fueron las propias debilidades inherentes al PCA, acostumbrado a realizar diagnósticos y proponer líneas de acción basados en los planteos a las problemáticas soviéticas del momento, las que confluyeron en la solidificación de un partido poco elástico y favorable a la interpretación inadecuada - cuando no a la tergiversación- de las situaciones coyunturales nacionales.

Si bien escapa a los propósitos inmediatos de esta tesis, consideramos de importancia referir muy brevemente a unos pocos señalamientos acerca de la postura que adoptó el PCA frente al célebre Informe Secreto al XX Congreso del PCUS, pronunciado por Nikita Khrushchev el 25 de febrero de 1956. Este evento permite comprender las implicaciones que generó a largo plazo el reduccionismo crítico-práctico que devino del proceso de burocratización iniciado tras la resolución de la crisis del penelonismo.

El XX Congreso del PCUS implicó, tal como lo presentó Louis Althusser, la visibilización de una “crisis del marxismo” de larga data. Si no se había logrado siquiera después de las denuncias presentadas en el Informe Secreto elaborar una crítica dentro del PCUS y del PCA desde “una perspectiva histórica, teórica y política suficiente para tratar de descubrir, aunque no es fácil, el carácter, el sentido y el alcance de esta crisis”¹, ello se debió en primera medida al hecho de que dicha crisis del pensamiento marxista continuó estando circunspecta a los límites impuestos por la ortodoxia soviética. Las resoluciones del PCUS dadas a conocer el 30 de junio de 1956 a través del folleto “Acerca del culto a la personalidad y de sus consecuencias” fueron reproducidas por el periódico del PCA *Nuestra Palabra*,² aunque no sin antes aclarar en su título que se trataba de una lucha en la que el partido soviético había resultado airoso: fue publicado en Buenos Aires con el título modificado de “Sobre la lucha victoriosa contra el culto de la personalidad y sus consecuencias. Resolución del Comité Central del Partido Comunista de la U.R.S.S.”.

Por otra parte, Palmiro Togliatti había presentado en junio ante el CC del Partido Comunista de Italia un informe que criticaba severamente el reduccionismo concentrado en la fórmula del “culto a la personalidad” como causa por los “crímenes de Stalin”, proclamada por Khrushchev con el apoyo tácito del resto de la dirección soviética. Convirtiéndose en el primer líder comunista en criticar abiertamente a la dirección soviética -hecho que se magnificaba por su pertenencia pasada a la Internacional Comunista y su pertenencia actual al poderoso Partido Comunista italiano-, Togliatti fue blanco de duros ataques provenientes de la Unión soviética. Las impugnaciones realizadas por el histórico dirigente italiano consistían en el rechazo soviético a que se abriera el juego a interpretaciones más fundamentadas sobre los “errores” de Stalin a partir de sus comentarios sobre el proceso de burocratización que había experimentado

¹ Louis Althusser, “Dos o tres palabras (brutales) sobre Marx y Lenin”, en *Dialéctica*, año V, N° 8, junio de 1980, p. 99.

² *Nuestra Palabra*, “Sobre la lucha victoriosa contra el culto de la personalidad y sus consecuencias. Resolución del Comité Central del Partido Comunista de la U.R.S.S.”, año VII, N° 321, 18/7/1956, pp. 4-6.

la Unión Soviética y cuyos efectos iban más allá de las ejecuciones, deportaciones y arrestos en campos de trabajo forzado padecidas por los más eminentes cuadros comunistas. El Partido Comunista de Uruguay publicó en su periódico *Justicia* del día 20 de marzo un artículo titulado “Stalin, su grandeza, sus fallas” en donde se reproducían extractos del informe crítico de Togliatti.³ El PCA, en cambio, decidió omitir por completo las sus críticas. En tiempos en que las teorías relativas a la “vía nacional al socialismo” estaban a la orden del día, provocando el consiguiente cuestionamiento del rol de guía y contención históricamente desempeñado por el PCUS en el conjunto del movimiento comunista internacional, el PCA abogó sin dudar por el conservadorismo y se ciñó a las condenas soviéticas ante los desafíos planteados a su autoridad. Había sido demasiado profunda la dependencia generada por el PCA con el PCUS en tiempo de la IC, por lo que no le iba a resultar fácil a la dirección argentina - que no fue proclive a la renovación, lo que atentó severamente contra sus posibilidades de flexibilizar su táctica y su estrategia- romper con la lógica mecanicista.

Este comportamiento tenía un origen preciso, ya que era parte fundamental de la tradición que el mismo partido argentino se había ocupado de generar desde el último cisma experimentado de los años ‘20, con la consolidación de la dirección en manos de Victorio Codovilla y Rodolfo Ghioldi. Cuando el Informe Secreto al XX Congreso del PCUS dio lugar a la emergencia de distensiones sociales parciales y reclamos políticos intensos, el PCA continuó haciendo valer su papel de primer partido comunista de América Latina y el seguidor más disciplinado del PCUS en la región. Así, se puede notar a partir de las claves principales del XX Congreso del PCUS que, aunque la Tercera Internacional ya no existía, la dirección del PCA, se negaba a dar por tierra con la metodología que había asumido para ser la voz cantante del CE de la IC en América del Sur. El PCUS pasaba entonces a ocupar el lugar monolítico que anteriormente había desempeñado la IC.

El camino recorrido en este trabajo nos lleva a considerar que el desarrollo de estudios orientados a ofrecer una visión abarcadora a propósito de las diversas problemáticas surgidas en torno de la *praxis* política del PCA en los años de la IC se encuentra enormemente favorecido por la posibilidad de acceder a la consulta de los archivos de Moscú abiertos en 1991. En este sentido, entendemos que la presente tesis constituye un esfuerzo por aportar al conocimiento de esta parte fundamental de la rica historia de la izquierda en la Argentina, tomando como punto de inicio la consideración

³ Gerardo Leibner, *Camaradas y compañeros. Una historia social y política de los comunistas del Uruguay*, tomo II, Montevideo, Trilce, 2011, p. 271.

de que en un partido con las características del PCA, de orientación jerárquico-verticalista y volcado al exterior, las grandes líneas políticas asumidas ante diferentes coyunturas no pueden dissociarse bajo ningún punto de vista de las derivas de la política internacional, especialmente de aquellas que envolvían a la Unión Soviética y que eran replicadas por la IC.

A través de las cartas entre dirigentes, copias taquigráficas de las sesiones partidarias, boletines informativos y periódicos del partido, de organizaciones juveniles, sindicales y sociales adjuntas, el abordaje crítico del compendio documental contenido en el Archivo de la IC nos ha permitido dar cuenta de las complejidades inmersas en los múltiples posicionamientos que dentro del PCA fueron adoptados ante el desarrollo de los acontecimientos históricos. Se ha advertido a lo largo de nuestro estudio que, ante varias circunstancias, los dirigentes del PCA no dudaron en contradecir las disposiciones de Moscú. Antes bien, y lejos de haber sido constituido como un apéndice del Partido Bolchevique dentro de la Comintern, el PCA hizo gala en sus primeros años de existencia de un activismo que bregaba por el desarrollo de la autonomía, si bien dentro de los márgenes que le eran posibilitados a partir de su pertenencia a un órgano mundial para la coordinación de los diversos partidos comunistas. Esta situación, que había sido anticipada de manera sincrónica por Daniel Campione, queda así expuesta en su trayectoria y resulta sustentada por un amplio *corpus* documental.

Asimismo, ha quedado demostrado que, a partir del proceso de aniquilación de las facciones emergidas en los años '20, tuvo lugar dentro del partido argentino una homogeneización ideológico-metodológica que no admitió fisuras entre sus integrantes. Algo había ocurrido para que los dirigentes de un partido que se habían opuesto en primera instancia a la implementación de la gran orientación internacionalista contenida en la táctica del “frente único” pasara a continuación a asumir sin reservas aquellas indicaciones emanadas por la IC que podían llegar a afectar de manera crucial la situación delicada del PCA durante la Década Infame, es decir, en los tiempos de mayor represión política hasta entonces experimentada. Los líderes comunistas cultivaron a partir de allí la idea de que todos los miembros del partido debían “asimilar” la línea política y no simplemente “adherir” a ella.⁴ La aplicación de la línea era la comprobación de su correcta asimilación. Ya no había lugar para las disensiones.

El proceso de bolchevización del partido que encaró la mayoría de la dirección argentina condujo a su burocratización, con la consiguiente pérdida de autonomía

⁴ J. J. Real, *Problemas de organización*, Buenos Aires, Anteo, 1948, p. 29.

relativa y la hipertrofia de la ideología marxista. Como si la ley de hierro de la oligarquización y desideologización de los partidos socialistas presentada por Robert Michels en su estudio clásico tuviera alcance en la región más austral del continente americano, hemos visto que en el recorte temporal aquí realizado la dirección del partido se conservó en un puñado de manos que retuvo el control de los puestos esenciales para la toma de decisiones. Es en este recorrido que nuestro estudio permite concluir la presencia dentro de la vida del Partido Comunista de la Argentina de una realidad compleja y cambiante, en la cual se advierten dos momentos divisorios centrales de su historia más joven: una primera etapa en donde se generan resquicios dentro de la dirección para la emergencia de facciones que desafían a la mayoría del Comité Central y plantean formas de participación política que encuentran apoyo entre los afiliados de base, y una segunda etapa en la que la mayoría de la dirección se abroquela forzando la anulación de las facciones y acudiendo de manera cada vez más notoria a la intervención del Comité Ejecutivo de la Tercera Internacional para la resolución de sus conflictos internos. En otras palabras, ni el PCA nació atado a Moscú, ni fueron los comunistas soviéticos los que empujaron al PCA a convertirse en su discípulo más atento de Sudamérica.

En un informe presentado ante la IC en nombre de la delegación argentina acerca de la situación por la que atravesaba el partido argentino y de las tácticas que había implementado en el año de 1929, Luis V. Sommi (bajo el alias de Gálvez) reconocía que a causa de las crisis internas que debió atravesar el partido había quedado muy desorganizado, especialmente en la Capital Federal. La debilidad del PCA, según su opinión, residía en la magra penetración lograda en las grandes industrias y el escaso acercamiento con las masas de obreros agrícolas. Sommi destacaba que si las crisis intrapartidarias se habían solucionado había sido en gran parte por la ayuda prestada por la IC tras el Congreso de 1928. A partir de los consejos recibidos, el PCA había logrado experimentar un crecimiento, paulatino pero regular, hasta que el 1° de agosto de 1929 consiguió experimentar un fortalecimiento marcado en el trabajo por la conquista de las masas trabajadoras que se desempeñaban en las ramas fundamentales de la economía nacional.⁵ Así, incluso en la propia visión que el PCA tenía de sí mismo, la dependencia que se fue forjando respecto de la intervención soviética vía IC inició, tras el apartamiento de José Penelón y su grupo, un proceso que no se hubo de detener en todo

⁵ Versión taquigráfica de la intervención del delegado del Partido Comunista de la Argentina, Gálvez, en la Conferencia de los Partidos Comunistas de América Latina en Moscú, 2 de octubre de 1930, p. 3, Archivo IC, BCNA, r. 7, s. 17.

el tiempo por el que se prolongó la existencia de la organización mundial y que era percibido como la garantía para el crecimiento.

No caben dudas de que la dirección soviética actuó en convivencia con las direcciones comunistas vernáculas. Incluso, queda claro que muchas de las decisiones adoptadas por la Tercera Internacional en su relación con las secciones nacionales dependieron con mucho de las informaciones que suministraban los delegados que éstas enviaban regularmente a Moscú. Con este señalamiento entendemos que se acaba por romper con cualquier hipótesis de una IC que actuaba en solitario, dirimiendo conflictos y abordando coyunturas en forma completamente unilateral.

Mediante la difusión de un boletín, el Bureau Sudamericano informaba que “[...] hasta el presente, no ha sido dado crear fuertes partidos comunistas. Todavía son orgánicamente, poco desarrollados, políticamente no completamente independientes y, en parte, faltos de independencia. De ahí que sea tanto mayor la necesidad de salir de ese período, que podríamos llamar de infancia, en que se encuentran.”⁶ Este punto de debilidad, nunca del todo solventado dentro del período aquí abordado, constituye uno de los puntales que abonan la teoría aquí planteada respecto del golpe fundamental que significó para un partido poco consolidado localmente como lo fue el PCA, más acostumbrado a operar dentro de una lógica internacional y en coordinación con las acciones emprendidas por el PCUS y la IC, la disolución de la estructura interpartidaria que había regido la vida de las secciones nacionales durante 24 años. A diferencia de la Primera Internacional con la cual buscó identificarse en sus orígenes, la Tercera Internacional buscó erigirse en “«estado mayor general» de la movilización popular” y su lectura del internacionalismo derivó en la desnacionalización del marxismo.⁷ Ciertamente, desde que la *intelligentsia* soviética acrecentó su hegemonía dentro de la IC la doctrina marxista se convirtió en un dogma. Según notaba el destacado filósofo polaco Leszek Kolakowski, a partir de entonces “el marxismo se había osificado como una ideología de partido institucionalizada y, aunque políticamente efectivo, había perdido todo su valor filosófico”⁸. En este sentido, estaba claro que la formación de cuadros implicaba una tendencia muy fuerte hacia el adoctrinamiento antes que a la

⁶ “¡Formad partidos de masas!”, *Boletín del Bureau Sudamericano de la Internacional Comunista*, año I, nros. 14-15, 1/5/1931, p. 1.

⁷ Augusto Varas, “Ideal socialista y teoría marxista en Chile: Recabarren y el Comintern”, *Documento de Trabajo. Programa FLACSO*, Santiago de Chile, N° 153, julio de 1982, p. 36.

⁸ L. Kolakowski, *Las principales corrientes del marxismo. Tomo III. La crisis*, Madrid, Alianza, 1985, p. 120.

adquisición de destrezas para la labor teórica orientada a plantear problemas de la realidad concreta e idear soluciones acordes para transformarla.

La traspolación conceptual inmersa en los análisis que efectuó la dirección argentina ante las sucesivas coyunturas nacionales existió, pero distó mucho de ser el producto de un control férreo impuesto por Moscú y la “obsecuencia” de Buenos Aires. Antes bien, se debe reconocer que su recorrido no fue lineal. Lejos de estar presente en su génesis, debieron tener lugar varios episodios claves para determinar el ordenamiento de los conflictos y sus resoluciones: las sucesivas purgas, el alejamiento de la plana mayor de la dirección en los años '30 y su regreso al país a comienzos de la década siguiente, las resoluciones contenidas en el programa político y de acción adoptado en el X Congreso nacional.

Y si los comunistas argentinos fueron gradualmente, a medida que surgían los desafíos facciosos, arrojándose cada vez más al PCUS y a la IC, ello se debió más bien a los intereses pragmáticos en juego. La proximidad con los más altos órganos de decisión soviéticos se reveló pronto como el mecanismo inobjetable e “infalible” a la hora de sustentar la posición propia. Representativo de ello fue la ausencia de congresos regulares, condición ineludible para la práctica del centralismo democrático. Transcurrió casi una década entre el VIII Congreso nacional (noviembre de 1928) y el IX Congreso nacional (enero de 1938) del PCA. Es muy cierto que en esos años los miembros del partido fueron rigurosamente perseguidos por el aparato represivo del estado. No obstante, igualmente difícil se le había vuelto al PSA realizar sus congresos en 1910, pero ello había decidido a sus miembros a reunir su órgano máximo en Montevideo en la intención de no perder la regularidad. Que no surgieran discrepancias en el seno del partido ante las exigencias de abandonar el neutralismo durante la Segunda Guerra Mundial plasmadas desde junio de 1941, es una muestra evidente de que la discusión interna había quedado vedada en favor de un centralismo antidemocrático. Cuando es el partido el que ejecuta la voluntad de sus órganos y no al contrario, y cuando las decisiones sobre qué es lo vinculante para el partido se toman de arriba hacia abajo y no al revés,⁹ entonces se está ante un partido en el cual la democracia interna ha dejado de ser esencial en la construcción del entramado de relaciones entre sus diversas partes componentes.

La pregunta matriz que delineó la formulación de las cuestiones y guió su tratamiento a lo largo de esta tesis fue la siguiente: ¿puede explicarse el desarrollo del

⁹ Cf. Rubén Hernández Valle, “La democracia interna de los partidos políticos”, en *Revista de Derecho Político*, N° 53, 2002, p. 479.

comunismo en la Argentina durante los años de la IC a través de la relación del PCA con ella y con el PCUS, considerando en todo momento su incidencia con las adaptaciones teórico-prácticas acordes a las distintas coyunturas nacionales? En este sentido, cabe formular como una línea de investigación eventual el interrogante referido a si puede interpretarse el descenso en la gravitación política, sindical y social del PCA solamente por factores endógenos –contradicciones ideológico-pragmáticas- o por factores exógenos –el auge del peronismo-, o antes bien, ambos elementos deben ser integrados en un análisis que los contemple y ponga el foco en las características internacionalistas de la organización partidaria. En efecto, el Partido Comunista de la Argentina es, durante sus primeros treinta años de existencia, un partido políticamente endeble. Su pertenencia a un movimiento revolucionario de carácter mundial le daba una fuerza que difícilmente habría podido obtener de otra manera. La decisión soviética de poner fin a la Tercera Internacional, no obstante, transformó necesariamente esta situación, la cual, a su vez, coincidió con el desarrollo de las políticas de acción social emprendidas por Juan Domingo Perón. El abordaje íntegro de esta cuestión de índole poliédrica requerirá de un estudio individual pormenorizado, de un análisis total del PCA en tiempos del primer peronismo. No obstante, creemos haber contribuido a sentar las bases para una futura investigación dirigida en ese sentido.

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

Fuentes:

Libros y folletos

AAVV, *Bajo la bandera de la CSLA. Resoluciones y documentos varios del Congreso Constituyente de la Confederación Sindical Latino Americana efectuado en Montevideo en Mayo de 1929*, Montevideo, 1929.

—————, *Métodos y Tácticas Revolucionarias. Tesis y resoluciones del Vº Congreso de la I.S.R.*, Moscú, Pequeña Biblioteca de la Internacional Sindical Roja, 1930.

—————, *Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista. Primera parte*, Córdoba, Cuadernos de Pasado y Presente, N° 43, 1973.

—————, *Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista. Segunda parte*, México D.F., Cuadernos de Pasado y Presente, N° 47, 1977.

—————, *V Congreso de la Internacional Comunista. Primera parte*, Córdoba, Cuadernos de Pasado y Presente, nro. 55, 1975.

—————, *V Congreso de la Internacional Comunista. Segunda parte*, Córdoba, Cuadernos de Pasado y Presente, N° 56, 1975.

—————, *VI Congreso de la Internacional Comunista. Tesis, manifiestos y resoluciones. Primera Parte*, México D.F., Cuadernos de Pasado y Presente, nro. 66, 1977.

—————, *VI Congreso de la Internacional Comunista. Informes y discusiones. Segunda parte*, México D.F., Cuadernos de Pasado y Presente, nro. 67, 1978.

—————, *VII Congreso de la Internacional Comunista. Discursos íntegros. Resoluciones adoptadas*, Madrid, Bergua, s/f

—————, *Congreso de Escritores Soviéticos de Moscú. Agosto de 1934*, Montevideo, Centro de Trabajadores Intelectuales del Uruguay, 1935.

—————, *VII Kongress Kommunisticheskogo Internatsionala i bor'ba protiv fashizma i voiny (Sbornik dokumentov)*, Moskva, Politizdat, 1975.

Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista. Segunda parte, México D.F., Cuadernos de Pasado y Presente, N° 47, 1977.

—————, *Guerra y revolución en España. 1936-1939*, t. III, Moscú, Progreso, 1971.

—————, *Guerra y Revolución. Una interpretación alternativa de la Segunda Guerra Mundial*, tomo I, Buenos Aires, CEIP, 2004.

Araquistain, Luis, *El comunismo en la guerra civil española*, s/l, Nuevo Correo, 1946.

Arnedo Alvarez, Gerónimo, *Cuatro décadas de los procesos políticos argentinos. Selección de trabajos*, Buenos Aires, Fundamentos, 3 vols., 1977-1978.

Butler, Susan (ed.), *Querido Mr. Stalin. La correspondencia entre Franklin D. Roosevelt y Josef V. Stalin*, Barcelona, Paidós, 2007.

Burgas, Miguel, *El primer diputado comunista. Año 1924*, Buenos Aires, Anteo, 1985.

Bogdanov, Aleksandr, *El arte y la cultura proletaria*, Madrid, Alberto Corazón, 1979.

Byuro Sekretariata Ispolkoma Komintern, *Kommunisticheskii Internatsional pered VII Vsemirnym Kongressom (Materiali)*, Partizdat TsK VKP (b), Moskva, Iyul' 1935.

Coca, Joaquín, *Quinta columna bolchevique*, Buenos Aires, s/e, 1940.

Codovilla, Victorio, *Hacia la victoria. Alcance histórico de la alianza entre la Unión Soviética, Gran Bretaña y los Estados Unidos*, Buenos Aires, Anteo, 1942.

—————, *¿Hacia dónde marcha el mundo?*, Buenos Aires, Anteo 1943.

—————, *El movimiento sindical y la unión nacional. Primera parte del informe rendido al Comité Central del Partido Comunista el 12 de Septiembre de 1942*, Buenos Aires, Anteo, 1942.

—————, *La crisis económica y sus repercusiones políticas. Primera parte del informe rendido al Comité Central del Partido Comunista el 12 de Septiembre de 1942*, Buenos Aires, Anteo, 1942.

—————, *Esta es la guerra de los pueblos. Primera parte del informe rendido al Comité Central del Partido Comunista el 12 de Septiembre de 1942*, Buenos Aires, Anteo, 1942.

—————, *La unión nacional es la victoria (discursos y escritos)*, Buenos Aires, Problemas, 1943.

—————, *Batir el nazi-peronismo*, Buenos Aires, Anteo, 1945.

—————, *Nuestro camino desemboca en la victoria*, Buenos Aires, Fundamentos, 1954.

—————, *Una trayectoria consecuente en la lucha por la liberación nacional y social del pueblo argentino: trabajos escogidos*, Buenos Aires, Anteo, 4 vols., 1964.

Comité Central del Partido Comunista de la Argentina, *¡Por la libertad y por la independencia de la patria! Posición de los comunistas argentinos sobre los problemas nacionales e internacionales*, Buenos Aires, Problemas, 1941.

Comisión del Comité Central del Partido Comunista, *Esbozo de Historia del Partido Comunista de la Argentina. (Origen y desarrollo del Partido Comunista y del movimiento obrero y popular argentino)*, Buenos Aires, Anteo, 1947.

Comisión del Comité Central del Partido Comunista de España, *Historia del Partido Comunista de España*, Buenos Aires, Anteo, 1961.

Córdoba Iturburu, Cayetano, *España bajo el comando del pueblo*, Buenos Aires, Acento, 1938.

De Salvo, Luis, *Ejemplar dirigente obrero. Testimonios de un militante ferroviario y del movimiento de jubilados*, Buenos Aires, Anteo, 1984.

Del Valle Iberlucea, Enrique, *Discursos parlamentarios*, Valencia, F. Sempere y Compañía, s/f [circa 1915].

Díaz, José, “Qué somos y qué queremos los comunistas”, en *Nuestra Revista* (Buenos Aires), año I, N° 2, Agosto de 1937.

Dickmann, Enrique, *Recuerdos de un militante socialista*, Buenos Aires, La Vanguardia, 1949.

Dimitrov, Georgi, *Selección de trabajos*, Buenos Aires, Estudio, 1972.

—————, *Dimitroff contra los incendiarios del Reichstag. Cartas y apuntes de la prisión y durante el proceso de Leipzig*, Barcelona, Europa-América, 1936.

Edelman, Bernardo, *España contra el fascismo*, Buenos Aires, JAEL, 1939.

Edelman, Fanny, *Banderas. Pasiones. Camaradas*, Buenos Aires, Dirple, 1996.

Etchebéhère, Mika, *Mi guerra de España. Testimonio de una miliciana al mando de una columna del POUM*, Barcelona, Plaza & Janés, 1987.

Gide, André, *Regreso de la U.R.S.S.*, Buenos Aires, SUR, 1936.

—————, *Retoques a mi regreso de la U.R.S.S.*, Buenos Aires, SUR, 1937.

Ghioldi, Rodolfo, *Experiencias militares soviéticas*, Buenos Aires, Edición del autor, 1942.

—————, *Los comunistas al servicio de la patria*, Buenos Aires, Ed. del Partido Comunista, 1945.

—————, *La política en el mundo*, Buenos Aires, Futuro, 1946.

—————, *Escritos*, Buenos Aires, Anteo, 4 vols., 1975-1977.

Giudici, Ernesto, *Imperialismo y liberación nacional*, Buenos Aires, Granica, 1974.

González Alberdi, Paulino, *La primera conferencia comunista latinoamericana*, Buenos Aires, Centro de Estudios, 1978.

- Grenier, Fernand, *Respuesta a "Regreso de la U.R.S.S." de André Gide*, Santiago de Chile, 1937.
- Jiménez, Norma A., *Testimonios republicanos de la Guerra Civil española*, Buenos Aires, La rosa blindada, 2001.
- Joukovsky, Samuel, *Uno de tantos (un argentino en la guerra civil española)*, Buenos Aires, s/e, 1998.
- Knorin, V. (obshchee rukovodstvo), *Poslevoennyi kapitalizm v osveshchenii Kominterna. Sbornik dokumentov i rezoliutsii Kongressov i Ispolkoma Kominterna*, Moskva, Latiinoe Izdatel'stvo, 1932.
- Krivitsky, Walter, *Yo, Jefe del Servicio Secreto Militar Soviético*, Guadalajara, NOS, 1945.
- Krupskaya, Nadiezhda, *Lenin Su vida. Su doctrina*, Buenos Aires, Rescate, 1984.
- Largo Caballero, Francisco, *Largo Caballero Denuncia. La traición del Partido Comunista Español*, Buenos Aires, Ediciones del Servicio de Propaganda España, diciembre de 1937.
- Lenin, V. I., *Notas críticas sobre la cuestión nacional*, Moscú, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1952.
- , *Obras completas*, varios tomos, Buenos Aires, Cartago, 1970.
- Lozovsky, Aleksandrovich, *El movimiento sindical latinoamericano (sus virtudes y sus defectos)*, Montevideo, Ediciones del Comité Pro-CSLA, marzo de 1929.
- Maisky, Ivan, *Cuadernos españoles*, Moscú, Progreso, s/f.
- Marianetti, Benito, *Frente Popular. ¿Para qué? ¿Con quiénes? ¿Contra quién?*, Buenos Aires, Ajax, 1936.
- , *Argentina. Realidad y perspectivas*, Buenos Aires, Platina, 1964.
- Mariátegui, José Carlos, *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 2007.
- Molotov, Viacheslav, *Sobre la política exterior de la Unión Soviética (31 octubre 1939)*, Moscú, Lenguas Extranjeras, 1939.
- Partido Socialista Internacional, *Historia del socialismo marxista en Argentina*, Buenos Aires, s/e, 1919.
- Ponce, Aníbal, *Obras Completas*, tomo IV, Buenos Aires, Cartago, 1974.
- Ponomariov, Boris (dir.), *Historia del Partido Comunista de la Unión Soviética*, segunda edición aumentada, Buenos Aires, Fundamentos, 1964.
- Real, Juan José, *Problemas de organización*, Buenos Aires, Anteo, 1948.

Real, “Recuerdos de la derrota y de la huída”, en AAVV: *Los que fueron a España*, Buenos Aires, Crisis, 1973.

S/a, “Manifiesto a todas las Agrupaciones y afiliados del Partido Comunista”, firmado por un centenar de afiliados de Capital, Buenos Aires, s/f (1927).

—————, “Preparemos la jornada contra la guerra”, volante del PCA, Chivilcoy, 23/7/1932.

—————, “A los trabajadores de Ciudadela y Pueblos Circunvecinos”, volante del Comité de Zona Nor-Oeste del Partido Comunista, 4/8/1932.

—————, *Constitución de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas*, Buenos Aires, Anteo, 1945.

Secretariado Sudamericano de la IC, *El movimiento revolucionario latinoamericano. Versiones de la Primera Conferencia Comunista Latino Americana. Junio 1929*, Buenos Aires, La Correspondencia Sudamericana, 1930.

Secretariado Político del CE de la IC, *Las decisiones del pleno del C.E. de la I. Comunista*, Buenos Aires, La Internacional, 1933.

Sommi, Luis V., *La unión del pueblo contra el fascismo: Informe presentado al IX Congreso del Partido Comunista Argentino*, 1938.

—————, *¡Unidad! Por el pan, la libertad y la paz del pueblo argentino*, Buenos Aires, Partido Comunista Argentino, 1938.

Stalin, José, *El Plan Quinquenal*, Madrid, Aguilar, 1931.

—————, “Informe que presenta el Secretario General del Partido Comunista de la U.R.S.S., Stalin, al XVII Congreso del Partido”, en AAVV: *Balace de 1933 y plan para 1934*, Madrid, Aguilar, 1934.

—————, *La Gran Guerra Patria de la Unión Soviética*, Moscú, Lenguas Extranjeras, 1946.

Togliatti, Palmiro, *Escritos sobre la guerra de España*, Barcelona, Crítica, 1980.

Troise, Emilio, *Significado de la reacción espiritualista y católica de la pos-guerra. ¿Qué es el fascismo?*, Buenos Aires, Socorro Rojo Internacional, s/f.

Trotsky, León, *El gran organizador de derrotas*, Madrid, Hoy, 1930.

—————, *Los cinco primeros años de la Internacional Comunista*, Buenos Aires, Ediciones Pluma, 1974.

Ulbricht, Walter, *X Plenum Ispolkoma Komintern. Mezhdunarodnoe polozhenie i zadachi Kommunisticheskogo Internatsionala*, Moskva, Gosudarstvennoe Izdatel'stvo, 1929.

Zhdanov, Andrei, "El realismo socialista", en Adolfo Sánchez Vázquez (comp.), *Estética y marxismo*, t. 2, México, Era, 1970.

Archivos documentales

Internacional Comunista (Comintern): su relación con el Partido Comunista de la Argentina, 1921-1940. Biblioteca del Congreso de la Nación Argentina – Centro Cultural de la Cooperación.

AR CEDINCI COL-12-Brigadas Internacionales. Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en Argentina.

Publicaciones periódicas

1936. Revista de orientación marxista

Actualidad

Adelante

Bandera Roja

Bandiera Rossa

Boletín Interno (Agitprop del Partido Comunista)

Boletín del Bureau Sudamericano de la Internacional Comunista

Boletín de la Liga Anti-Imperialista

Contra

Crítica

Diario de Sesiones del Concejo Deliberante

Documentos del Progreso

España Republicana

El Trabajador Latinoamericano

Frente Único

Hoy

Inicial

La Chispa

La Correspondencia Sudamericana

La Hora

La Internacional
La Nueva España
Lo Stato Operaio
Mundo Obrero
Nueva Era
Nueva Gaceta
Nuestra Palabra
Ordine Nuovo
Orientación
Palabra Socialista
Revista de Oriente
Revista Comunista
Soviet
The Communist International
Unidad
Valoraciones

Bibliografía:

- AAVV, “Komintern i Latinskaia Amerika”, *Latinskaia Amerika*, N° 10, 1999.
- , “Komintern i Latinskaia Amerika”, *Latinskaia Amerika*, N° 12, 1999.
- Abad de Santillán, Diego, *Por qué perdimos la guerra*, Buenos Aires, Ediciones Imán, 1940.
- , “Prólogo”, en Manuel Villar: *España en la ruta de la libertad*, Buenos Aires, Reconstruir, 1962.
- Acha, Omar, *La Nación futura. Rodolfo Puiggrós en las encrucijadas argentinas del siglo XX*, Buenos Aires, Eudeba, 2007.
- , “La historia de izquierda en la Argentina”, en *Herramienta*, 2009.
- Adamovsky, Ezequiel, *Historia de la clase media argentina, Apogeo y decadencia de una ilusión, 1919-2003*, Buenos Aires, Planeta, 2009.
- , *Historia de las clases populares en la Argentina*, vol. 2, Buenos Aires, Sudamericana, 2012.

- Aguila, Gabriela, “Los comunistas y el movimiento obrero en Rosario 1943-1946”, en *Anuario 15. Rosario: Escuela de Historia, Facultad de Humanidades y Artes*, Universidad Nacional de Rosario, 1991-1992.
- Alba, Víctor, *Historia del Frente Popular (Análisis de una táctica política)*, México D.F., Libro Mex Editores, 1959.
- , *Historia del movimiento obrero en América Latina*, México DF, Libreros Mexicanos Unidos, 1964.
- , *Dos revolucionarios: Joaquín Maurín, Andreu Nin*, Madrid, Seminarios y Ediciones, 1975.
- , *El proceso del P.O.U.M. (Junio de 1937-octubre de 1938). Transcripción del sumario, juicio oral y sentencia del Tribunal Especial*, Barcelona, Lerna, 1989.
- , *América Latina y los congresos del Partido Comunista ruso*, San José de Costa Rica, Instituto Internacional de Estudios Político-Sociales, s/f.
- Albert, Gleb J., “Think Tank, Publisher, Symbol: The Comintern in the Early Soviet Media Landscape”, in *The International Newsletter of Communist Studies*, XVII, N° 24, 2011.
- Alexander, Robert J., *Communism in Latin America*, New Brunswick, N. J., Rutgers University Press, 1957.
- , *El movimiento obrero en América Latina*, México D.F., Roble, 1967.
- Alfonso, José, *El asedio de Madrid*, Barcelona, Bruguera, 1976, p. 108.
- Alle, María Fernanda, “‘Me fui detrás de los obreros cantando’: poesía, historia y revolución en Todos bailan de Raúl González Tuñón”, en *Anclajes*, vol. XV, N° 2, noviembre de 2011.
- Allende, Santiago, Federico Boido, Eugenia Galiñanes, Leandro Gamallo, “La Guerra Civil Española en la Argentina: Una mirada desde las publicaciones periódicas de la colectividad española en el país”, en *V Encuentro de Bibliotecas de Colectividades*, Biblioteca Nacional de la República Argentina, Hemeroteca, 2010.
- Alpert, Michael, *Agua peligrosas. Nueva Historia Internacional de la Guerra Civil Española*, Madrid, Akal, 1998.
- Altamirano, Carlos, *Peronismo y cultura de izquierda*, Buenos Aires, Tesis, 2001.
- Althusser, Louis, “Dos o tres palabras (brutales) sobre Marx y Lenin”, en *Dialéctica*, año V, N° 8, junio de 1980.

- Álvarez, Santiago, *Negrín, personalidad histórica*, 2 tomos, Madrid, Ediciones de la Torre, 1994.
- Álvarez del Vayo, Julio, *La guerra empezó en España (Lucha por la libertad)*, México, Séneca, 1940.
- Amaral, Samuel, “Peronismo y marxismo en los años fríos: Rodolfo Puiggrós y el Movimiento Obrero Peronista, 1947-1955”, *Investigaciones y Ensayos*, N° 50, 2000.
- , *La renuencia de las masas: el Partido Comunista ante el peronismo, 1945-1955*, Buenos Aires, Documentos de Trabajo - Universidad del Cema, N° 379, 2008.
- Anderson, Perry, “La historia de los partidos comunistas”, en Raphael Samuel (ed.): *Historia popular y teoría socialista*, Barcelona, Crítica, 1984.
- Andrade, Juan, *La traición de la revolución española*, Buenos Aires, Biblioteca Proletaria, 1971.
- Ansaldi, Waldo, Alfredo Pucciarelli y José Villaruel (edits.), *Representaciones inconclusas. Las clases, los actores y los discursos de la memoria. 1912-1946*, Buenos Aires, Biblos, 1995.
- Arévalo, Oscar, *El Partido Comunista*, Buenos Aires, CEAL, 1983.
- , “Historia del Partido Comunista”, en *Todo es Historia*, N° 250, abril de 1988.
- Aricó, José, “Los comunistas en los años treinta”, en *Controversia*, N° 2-3, México, 1979.
- , “Arlt y los comunistas”, en *La Ciudad Futura. Revista de cultura socialista*, I, N° 3, diciembre de 1986.
- Aricó, “Los comunistas y el movimiento obrero”, en *La Ciudad Futura. Revista de cultura socialista*, 4, marzo, 1987.
- Aron, Raymond. *L'opium des intellectuels*, Paris, Hachette, 1991.
- Aróstegui, Julio, “Los dos Estados”, en *La guerra civil*, vol. 11, Historia 16, 1986.
- , “Burnett Bolloten y la Guerra Civil Española: La Persistencia del «Gran Engaño»”, *Historia Contemporánea*, N° 3, Universidad del País Vasco, 1990.
- Arranz Notario, Luis, “Modelos de partido”, en *Ayer*, N° 20, 1995.
- Azaña, Manuel, *Causas de la guerra de España*, Barcelona, Grijalbo, 1986.
- Aznar Soler, Manuel, *II Congreso Internacional de Escritores Antifascistas (1937). Volumen II. Pensamiento literario y compromiso antifascista de la inteligencia española republicana*, Barcelona, Laia B, 1978.

- Baily, Samuel L., *Movimiento obrero, nacionalismo y política en la Argentina*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1985.
- Balcells, Albert, “España entre dos gobiernos”, en *La guerra civil*, vol. 16, Historia 16, 1986.
- Bao, Melgar, “Redes y representaciones cominternistas: el Buró Latinoamericano (1919-1921)”, en *Universum*, Universidad de Talca, N° 16, 2001.
- Baumann, Gino, *Los Voluntarios Latinoamericanos: En las Brigadas Internacionales, las milicias, la retaguardia y el ejército republicano*, San José de Costa Rica, Guayacán, 1997.
- , *Los voluntarios latinoamericanos en la Guerra Civil Española*, Universidad de Castilla-La Mancha, 2009.
- Bayer, Osvaldo, *Los anarquistas expropiadores y otros ensayos*, Buenos Aires, Booket, 2007.
- Becker, Marc, “Mariátegui y el problema de las razas en América Latina”, *Revista Andina*, N° 35, 2002.
- Beevor, Antony, *La Guerra Civil Española*, Barcelona, Crítica, 2006.
- Béjar, María Dolores, “Cómo vieron y vivieron los argentinos la contienda”, en *Todo es Historia*, Buenos Aires, N° 148, 1979.
- Berdiaev, Nicolas, “Formation de l’intelligentzia russe et son caracteres. Slavophilisme et occidentalisme”, en *Les sources et le sens du communisme russe*, France, Gallimard, 1951.
- Bertaccini, Rita, *El nacimiento del Partido Comunista*, Buenos Aires, Anteo, 1988.
- Biasi, Susana, “Los intelectuales y sus opciones en la década de 1920”, en *Épocas. Revista de Historia*, N° 3, Buenos Aires, Universidad del Salvador, 2010.
- Bilsky, Edgardo, *La semana trágica*, Buenos Aires, CEICS-Ediciones RyR, 2011.
- Bisso, Andrés, “El antifascismo latinoamericano: usos locales y continentales de un discurso europeo”, en *Asian Journal Of Latin American Studies*, vol. 3, Seul, 2000.
- , “La comunidad antifascista argentina dividida (1939-1941). Los partidos políticos y los diferentes grupos civiles locales ante el pacto de no agresión entre Hitler y Stalin”, en *Reflejos*, N° 9, Departamento de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Hebrea de Jerusalén, 2000-2001.
- , “Los socialistas argentinos y la apelación antifascista durante el «fraude tardío» (1938-1943)”, en Hernán Camarero y Carlos Miguel Herrera (eds.): *El Partido Socialista en Argentina*, Buenos Aires, Prometeo, 2005.

—————, *El antifascismo argentino*, Buenos Aires, Buenos Libros-CeDInCI Editores, 2007.

Bisso, Andrés y Adrián Celentano, “La lucha antifascista de la Agrupación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores (AIAPE) (1935-1943)”, en: Hugo E. Biagini y Arturo A. Roig (directores): *El pensamiento alternativo en la Argentina del siglo XX: identidad, utopía, integración (1900 - 1930)*, tomo II, Buenos Aires, Biblos, 2006.

Blanco Rodríguez, Juan Andrés, “El registro historiográfico de la Guerra Civil, 1936-2004”, en J. Aróstegui y F. Godicheau (eds.): *Guerra Civil. Mito y memoria*, Madrid, Marcial Pons-Casa de Velázquez, 2006.

Blanco Rodríguez, “La historiografía de la guerra civil española”, en *Hispania Nova: Revista de historia contemporánea*, N° 7, 2007.

Bocanegra, Lidia, *El fin de la Guerra Civil española y el exilio republicano: visiones y prácticas de la sociedad argentina a través de la prensa. El caso de Mar del Plata, 1939*, Tesis Doctoral, Universidad de Lleida, junio de 2006.

—————, “El impacto del exilio republicano español en la sociedad argentina. Una visión a través de la prensa marplatense, 1939”, Congreso Internacional: A 70 años de la Guerra Civil española, *Ariadna Tucma: Revista Latinoamericana*, Buenos Aires, 2007.

—————, “La ayuda argentina a la República española. Un análisis a través del ejemplo marplatense, 1939”, en *Congreso Internacional La Guerra Civil Española 1936-1939*, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, Madrid, 2006.

—————, “El final de la Guerra Civil española en la prensa marplatense”, en *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe (EIAL)*, Volumen 18:2, Instituto de Historia y Cultura de América Latina, Universidad de Tel Aviv, Israel, 2008.

—————, “Argentina en la Guerra de España”, en Juan Bautista Vilar y Abdón Mateos (eds.): *Historia del Presente*, N° 12, 2da. época, Madrid, Eneida, 2008.

—————, “La República Argentina: el debate sobre la guerra civil y la inmigración”, en Abdón Mateos (ed.): *Ay de los vencidos. El exilio y los países de acogida*, Madrid. Eneida, 2009.

Bolloten, Burnett, *The Grand Camouflage: The Communist Conspiracy in the Spanish Civil War*, New York, Frederick A. Praeger, 1961.

- , *El Gran Engaño: Las izquierdas y su lucha por el poder en la zona republicana*, Biblioteca Universal Caralt, 1975.
- Bonardi, Laurent, “La guerre civile espagnole dans la presse argentine”, *Revista de Historia Actual*, N° 7, 2009.
- Boragina, Jerónimo, “Voluntarios de Argentina en la Guerra Civil española”, en *El Rapto de Europa*, Madrid, Editorial Calamar Edición y Diseño SRL, junio de 2008.
- , “Brigadistas argentinos en la guerra civil española, olvidados de la Historia”, entrevista a J. Boragina, *Publico.es*, 8/10/2008.
- , “Carlos Kern Alemann, uno de tantos”, Buenos Aires, Goethe Institut, 2009.
- , “Voluntarios argentinos en la Brigada XV Abraham Lincoln”, en *The Volunteer*, 1/6/2010.
- Boragina, Jerónimo y Ernesto Sommaro, “Brigadistas por la República. Mar del Plata y la Guerra Civil Española”, en *Todo es Historia*, N° 468, Buenos Aires, julio de 2006.
- Borkenau, Franz, *The spanish cockpit*, London, Faber and Faber, 1938.
- Bou, Marilú, “1936: el fraude, el frente, el fascismo”, en *Todo es Historia*, año XIX, N° 237, febrero de 1987.
- Brinton, Maurice, *Los bolcheviques y el control obrero, 1917-1921. El Estado y la contrarrevolución*, París, Ruedo Ibérico, 1972.
- Brovkin, Vladimir, *Russia after Lenin. Politics, Culture and Society, 1921-1929*, London and New York, Routledge, 2005.
- Caballero, Manuel, *La Internacional Comunista y la revolución latinoamericana*, Caracas, Nueva Sociedad, 1987.
- Camarero, Hernán, “Los comunistas argentinos en el mundo del trabajo, 1925-1943. Balance historiográfico e hipótesis interpretativas”, en *Ciclos*, N° 22, Buenos Aires, IIHES/Facultad de Ciencias Económicas/UBA, 2do semestre, 2001.
- , “La experiencia comunista en el mundo de los trabajadores, 1925-1935”, en *Prismas: revista de historia intelectual*, vol. 6, N° 6, 2001.
- , “El Partido Comunista y los sindicatos en la Argentina durante las décadas de 1920 y 1930”, ponencia presentada en las IX Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia, Tucumán, 19 al 22 de septiembre, en *Historiapolitica.com*, 2007.
- , *A la conquista de la clase obrera. Los comunistas y el mundo del trabajo en la Argentina, 1920-1935*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007.

—————, *Comunismo y movimiento obrero en América, 1914-1943*, tesis de doctorado, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 2008.

—————, “Perfiles de una organización política obrerista. Proletarización, células de base y subjetividad militante revolucionaria en las primeras décadas del Partido Comunista Argentino”, en Pablo Pérez Branda (comp.): *Partidos y micropolítica. Investigaciones históricas sobre partidos políticos en la Argentina del siglo XX*, Mar del Plata, Ediciones Suárez, 2011.

—————, “El tercer período de la Comintern en versión criolla. Avatares de una orientación combativa y sectaria del Partido Comunista hacia el movimiento obrero argentino”, en *A Contracorriente*, vol. 8, N° 3, Spring 2011.

—————, “La estrategia de *clase contra clase* y sus efectos en la proletarización del Partido Comunista argentino, 1928-1935”, en *Pacarina del Sur. Revista del pensamiento crítico latinoamericano*, vol. II, 2011.

—————, “El Partido Comunista argentino y sus políticas en favor de una cultura obrera en las décadas de 1920 y 1930”, en *Pacarina del Sur*, año 3, N° 11, abril-junio 2012.

—————, “Partido y sindicato en la Argentina. La actuación de los comunistas en los gremios hasta mediados de los años treinta”, en *Ciclos en la historia, la economía y la sociedad*, vol. 20, N° 39, enero/junio, 2012.

Camarero, Hernán y Alejandro Schneider, *La polémica Penelón-Marotta (marxismo y sindicalismo soreliano, 1912-1918)*, Buenos Aires, CEAL, 1991.

Campione, Daniel, “Los comunistas argentinos. Bases para la reconstrucción de su historia”, en *Periferias. Revista de Ciencias Sociales*, año 1, N° 1, segundo semestre, 1996.

—————, *Juan Ferlini. Un marxista revolucionario en el Concejo Deliberante*, Buenos Aires, Cuadernos de la FISyP, N° 5 (2° serie), marzo de 2001.

Campione, Daniel, Mercedes López Cantera y Bárbara Maier, *Buenos Aires-Moscú-Buenos Aires. Los comunistas argentinos y la Tercera Internacional. Primera parte (1921-1926)*, Buenos Aires, Ediciones del CCC, 2007.

—————, “La cuestión Penelón: división en el comunismo argentino a fines de la década del ‘20”, ponencia presentada en las XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia, Tucumán, 19 al 22 de Septiembre, 2007.

- Candiano, Leonardo y Lucas Peralta, “Raúl González Tuñón: Otras imágenes del verso. Reflejo e invención”, en Susana Cella (comp.): *Por Tuñón*, Buenos Aires, Ediciones del CCC, 2005.
- , *Boedo. Orígenes de una literatura militante. Historia del primer movimiento cultural de la izquierda argentina*, Buenos Aires, Ediciones del CCC, 2007.
- Cane, James, “Unity for the Defense of Culture: The AIAPE and the Cultural Politics of Argentine Antifascism, 1935-1943”, in *The Hispanic American Historical Review*, Vol. 77, No. 3, Duke University Press, August 1997.
- Cantón, Darío, *El Parlamento Argentino en épocas de cambio: 1890, 1916 y 1946*, Buenos Aires, Editorial del Instituto, 1966.
- , *Elecciones y partidos políticos en la Argentina. Historia, interpretación y balance: 1910-1966*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1973.
- Cantón, Darío y Jorge Raúl Jorrot, *Elecciones en la ciudad, 1892-2001. Tomo II (1912-1973)*, Buenos Aires, Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires, 2001.
- Carr, Edward Hewlett, *Historia de la Rusia Soviética. Bases de una economía planificada (1926-1929)*, 3 tomos, Madrid, Alianza, 1984.
- , *El Ocaso de la Comintern 1930-1935*, Madrid, Alianza, 1986.
- , *La KOMINTERN y la Guerra Civil Española*, Madrid, Alianza, 1986.
- Carr, Raymond, *España. 1808-1939*, Barcelona, Ariel, 1970.
- , (ed.), *The Republic and the Civil War in Spain*, London, Macmillan 1971.
- , *La tragedia española. La guerra civil en perspectiva*, Madrid, Alianza, 1986.
- Carrillo, Santiago, *Memorias. El testimonio polémico de un protagonista relevante de nuestra transición*, Barcelona, Planeta, 2008.
- Casas, Saúl Luis, *La Guerra Civil Española y el Antifascismo en la Argentina 1936-1941. Las Baleares y la Ayuda a la República*, Tesis de Maestría, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata, inédita, 2005.
- , “El antifascismo y la lucha política en la Argentina en el contexto de la Guerra Civil Española”, en *Congreso Internacional La Guerra Civil Española 1936-1939*, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, Madrid, 2006.
- Casola, Natalia, “El Partido Comunista Argentino y el golpe militar de 1976: las raíces históricas de la convergencia cívico-militar”, en *Revista Izquierdas*, año 3, N° 6, 2010.

—————, “¡Soldados de la patria no apunten contra el pueblo!”, en *Conflicto Social*, Año 3, N° 3, Junio 2010.

—————, *Estrategia, militancia y represión. El Partido Comunista de Argentina bajo última dictadura militar, 1976-1983*, Tesis de Doctorado, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, 2012.

—————, “«¡Los comunistas no somos subversivos!»». El PC y la dictadura militar argentina (1976-1983)”, en *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, año I, N° 2, marzo de 2013.

Castro Delgado, Enrique, *Hombres made in Moscú*, Barcelona, Luis de Caralt, 1963.

Cattaruzza, Alejandro, “Historias rojas. Los intelectuales comunistas y el pasado nacional en los años 1930s”, en *Prohistoria*, año XI, N° 11, Rosario, primavera 2007.

—————, “Visiones del pasado y tradiciones nacionales en el Partido Comunista Argentino (ca. 1925-1950)”, en *A Contracorriente*, vol. 5, N° 2, Winter 2008.

Cattell, David, *Soviet diplomacy and the Spanish Civil War*, Los Angeles, University of California Press, 1957.

Ceruso, Diego, *Comisiones internas de fábrica. Desde la huelga de la construcción de 1935 hasta el golpe de estado de 1943*, Buenos Aires, PIMSA-Dialektik, 2010.

Chase, William J., *Enemies within the gates? The Comintern and the Stalinist repression, 1934-1939*, New Haven and London, Yale University Press, 2001.

Chavarría, Jesús, *José Carlos Mariátegui and the Rise of Modern Peru, 1890-1930*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1979.

Cheresky, Isidoro, “Sindicatos y fuerzas políticas en la Argentina preperonista (1930-1943)”, en Pablo González Casanova (comp.): *Historia del movimiento obrero en América Latina*, vol. 4, México, Siglo XXI, 1984.

Chernenko, Anatoli y Alexei Shliajov, “Participantes de la primera revolución rusa en la Argentina”, en *Revista “América Latina” del Instituto de América Latina de la Academia de Ciencias de la URSS*, Ediciones N de P, agosto de 1981.

Cicogna, María Paula, “Breve historia de los refugiados en Argentina durante el siglo XX”, en *Historia Actual Online*, N° 18, Invierno, 2009.

Claudín, Fernando, *La crisis del movimiento comunista. I. Del Komintern al Kominform*, París, Ruedo Ibérico, 1970.

Cohen, Gidon, “Propensity-Score Methods and the Lenin School”, in *The Journal of Interdisciplinary History*, vol. 36, N° 2, Autumn, 2005.

- Comellas, María Jesús, “El estallido de la Guerra Civil Española en la prensa argentina”, en *Res Gesta*, N° 31, Rosario, 1992.
- Comin Colomer, Eduardo, *Historia del Partido Comunista de España*, vol. II, Madrid, Editora Nacional, 1965.
- Corbière, Emilio, “Orígenes del comunismo argentino”, en *Todo es Historia*, N° 81, febrero, 1974.
- , “La fundación del Partido Comunista, 1917-1920”, en *Todo es Historia*, N° 106, marzo, 1976.
- , “Scalabrini Ortiz-Giudici: el otro neutralismo”, en *Todo es Historia*, N° 148, septiembre de 1979.
- , *Orígenes del comunismo argentino: el Partido Socialista Internacional*, Buenos Aires, CEAL, 1984.
- Crespo, Horacio, “Para una historiografía del comunismo. Algunas observaciones de método”, en *Revista Sociedad*, N° 26, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 2008.
- Da Gama, Francisca, “La Internacional Comunista, Mariátegui y el ‘descubrimiento’ del indígena”, en *Anuario Mariateguiano*, vol. 9, N° 9, 1997.
- David-Fox, Michael, “What Is Cultural Revolution?”, in *Russian Review*, Vol. 58, No. 2, April, 1999.
- , “Mentalite or Cultural System: A Reply to Sheila Fitzpatrick”, in *Russian Review*, Vol. 58, No. 2, April, 1999.
- De Madariaga, Salvador, *España. Ensayo de historia contemporánea*, Buenos Aires, Sudamericana, 1944.
- Del Campo, Hugo, *Sindicalismo y peronismo*, Buenos Aires, CLACSO, 1983.
- Díaz, Hernán M., *Historia de la Federación de Sociedades Gallegas. Identidades políticas y prácticas militantes*, Buenos Aires, Biblios, 2007.
- Dolkart, Ronald H., “La derecha durante la Década Infame, 1930-1943”, en Sandra McGee Deutsch y R. H. Dolkart (eds.): *La derecha argentina: nacionalistas, neoliberales, militares y clericales*, Buenos Aires, Ediciones B, 2001.
- Domínguez, Pablo, *Victorio Codovilla: la ortodoxia comunista*, Buenos Aires, Capital Intelectual, 2006.
- Dosse, François, *La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales, historia intelectual*, Universitat de Valencia, 2006.

- Doyon, Louise, *Perón y los trabajadores. Los orígenes del sindicalismo peronista, 1943-1955*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006.
- Dreyfus, Michelle et al. (dirs.), *Le Siècle des communismes*, Paris, Les Editions de l'Atelier, 2000.
- Droz, Jacques, *Historia general del socialismo*, Destino, Barcelona, 1983.
- Dujovne Ortiz, Alicia, *El camarada Carlos. Itinerario de un enviado soviético*, Buenos Aires, Aguilar, 2007.
- Durruty, Celia, *Clase obrera y peronismo*, Buenos Aires, Pasado y Presente, 1969.
- Duverger, Maurice, *Los partidos políticos*, México, FCE, 1957.
- Echagüe, Carlos, *El otro imperialismo*, Buenos Aires, Ediciones de Mayo, 1974.
- Elorza, Antonio, "Codovilla en Paracuellos", en *El País*, Madrid, 1/11/2008.
- Elorza, Antonio y Marta Bizcarrondo, *Queridos Camaradas. La Internacional Comunista y España, 1919-1939*, Barcelona, Planeta, 1999.
- Falcoff, Mark, "Argentina", in Mark Falkoff & Fredrick Pike (eds.): *The Spanish Civil War, 1936-1939. American Hemispheric Perspectives*, Lincoln and London, University of Nebraska Press, 1982.
- Fava, Athos, *El Partido Comunista*, Buenos Aires, Sudamericana, 1983.
- Fernández García, Antonio, "Auge y caída del comunismo", en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, N° 21, 1999.
- Fernández Hellmund, Paula Daniela, "Acerca de la convergencia cívico-militar del Partido Comunista de la Argentina (1975-1982)", en *Aletheia*, vol. 2, N° 4, julio 2012.
- Ferreira de Cassone, Florencia "Roberto Arlt y *Claridad*", en *Revista de Literaturas Modernas*, N° 32, Mendoza, 2002.
- , "Boedo y Florida en las páginas de *Los Pensadores*", en *Anuario de Filosofía Argentina y Americana*, vol. 25, 2008.
- Ferro, Marc, "Ficción y realidad en el cine. Una huelga en la vieja Rusia", *Cine e Historia*, Barcelona, Gustavo Gili, 1980.
- Fichet, Gerard, "Tres decenios de relaciones entre América Latina y la Unión Soviética", en *Comercio Exterior*, vol. 31, N° 2, México, 1981.
- Figallo, Beatriz J., *La Argentina en la Guerra Civil Española (Defensa y aplicación del Derecho de Asilo)*, Tesis de Licenciatura, Instituto de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de Rosario, Universidad Católica Argentina, 1984.
- , "Participación de la armada argentina durante la guerra civil española", en *Revista de Historia Naval*, N° 10, 1985.

- , “La II República Española en guerra: los planteamientos del gobierno de Largo Caballero a través del periódico ‘Claridad’”, en *Res Gesta*, Rosario, N° 27-28, 1990.
- , “La Argentina y el régimen primorriverista”, en *Res Gesta*, N° 31, 1992.
- , *La Argentina ante la guerra civil española: el asilo diplomático y el asilo naval*, Rosario, Instituto de Historia, Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, Universidad Católica Argentina, 1996.
- , *Diplomáticos y marinos argentinos durante la crisis española: los asilos de la Guerra Civil*, Buenos Aires, Librería-Editorial Histórica, 2007.
- Figes, Orlando, *El baile de Natacha. Una historia cultural rusa*, Barcelona, Edhasa, 2006.
- Fitzpatrick, Sheila, “Lunacharsky”, in *Soviet Studies*, vol. 20, no. 4, April 1969.
- , *Lunacharski y la organización soviética de la educación y de las artes (1917-1921)*, Madrid, Siglo XXI, 1977.
- , “Cultural Revolution as class war”, in S. Fitzpatrick (ed.): *Cultural Revolution in Russia, 1928-1931*, Bloomington and London, Indiana University Press, 1978.
- , “The Civil War as a formative experience”, in Abbott Gleason, Peter Kenez, and Richard Stites (eds.): *Bolshevik Culture. Experiment and order in the Russian Revolution*, Bloomington, Indiana University Press, 1985.
- , “Cultural Revolution Revisited”, in *Russian Review*, Vol. 58, No. 2, April, 1999.
- , “Ascribing class. The construction of social identity in Soviet Russia”, in S. Fitzpatrick (ed.): *Stalinism. New directions*, London & New York, Routledge, 2000.
- , *La Revolución Rusa*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005.
- Flores Galindo, Alberto, *La agonía de Mariátegui: la polémica con el Komintern*, Lima, Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo, 1980.
- Florinsky, Michael T., “World Revolution and Soviet Foreign Policy”, in *Political Science Quarterly*, vol. 47, N° 2, June, 1932.
- Friedmann, Germán Claus, “Alemanes antinazis e italianos antifascistas en Buenos Aires durante la Segunda Guerra Mundial”, en *Revista Escuela de Historia*, año 5, vol. 1, N° 5, 2006.

- Furet, Francois, *El pasado de una ilusión*, México, FCE, 1996.
- Fusi Aizpúrua, Juan Pablo, “La crisis de la conciencia europea”, en Mercedes Cabrera, Santos Juliá, Pablo Martín Aceña (comps.): *Europa en crisis, 1919-1939*, Madrid, Pablo Iglesias, 1991.
- Gallego, Ferrán, *La crisis del antifascismo: Barcelona, mayo de 1937*, Barcelona, Debolsillo, 2008.
- Galletti, Alfredo, *La realidad argentina en el siglo XX. Tomo I: La política y los partidos*, Buenos Aires, FCE, 1961.
- García, Hugo, “La historiografía en la Guerra Civil en el nuevo siglo”, *Ayer*, N° 62 (2), 2006.
- Garrido Caballero, Magdalena, *Las relaciones entre España y la Unión Soviética a través de las Asociaciones de Amistad en el siglo XX*, Facultad de Letras, Departamento de Historia Moderna, Contemporánea y de América, Universidad de Murcia, 2006.
- Germana, César, *El “Socialismo Indo-americano” de José Carlos Mariátegui: proyecto de reconstitución del sentido histórico de la sociedad peruana*, Lima, Amauta, 1995.
- Germani, Gino, *Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*, Buenos Aires, Paidós, 1962.
- Gilbert, Isidoro, *El oro de Moscú. Historia secreta de la diplomacia, el comercio y la inteligencia soviética en la Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 1994.
- , *La Fede. Alistándose para la revolución. La Federación Juvenil Comunista, 1921-2005*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009.
- Godio, Julio, *La Internacional Socialista en la Argentina*, Buenos Aires, CEAL, 2 vols., 1986.
- , *El movimiento obrero argentino (1910-1930). Socialismo, sindicalismo, comunismo*, Buenos Aires, Legasa, 1988.
- , *El movimiento obrero argentino (1930-1943): socialismo, comunismo y nacionalismo obrero*, Buenos Aires, Legasa, 1989.
- Godio, Julio, Héctor Palomino, Archim Wachendorfer, *El movimiento sindical argentino (1880-1987)*, Buenos Aires, Puntosur, 1988.
- Goldar, Ernesto, *Los argentinos y la Guerra Civil Española*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1996.
- Goncharov, Valerian, *El camarada Victorio. Semblanza de V. Codovilla*, Buenos Aires, Fundamentos, 1981.

- González, Ramón Nicolau (dir.), *Cuba y la defensa de la República española (1936-1939)*, La Habana, Editora Política, 1981.
- González, Lucas, Jerónimo Boragina, Gustavo Dorado, Ernesto Sommaro, *Voluntarios de Argentina en la Guerra Civil Española*, Buenos Aires, Ediciones CCC, 2008.
- González, Valentín, *Vida y muerte en la URSS*, Buenos Aires, Hays Bell, 1951.
- , *Comunista en España y antiestalinista en la URSS*, México, Guaranda, 1952.
- Gorkin, Julián, *Caníbales políticos. Hitler y Stalin en España*, México, Quetzal, 1941.
- Gramsci, Antonio, *Los intelectuales y la organización de la cultura*, México D.F., Nueva Visión, 1997.
- Grimau, Carmen, “Contornos ideológicos de la imagen republicana. 1936-39 (De la imagen unitaria a la imagen unificada)”, en Julio Aróstegui (coord.): *Historia y memoria de la guerra civil. Encuentro en Castilla y León*, tomo I, Salamanca, 24-27 de septiembre de 1986, Junta de Castilla y León, Conserjería de Cultura y Bienestar Social, Valladolid, 1988.
- Gutiérrez, Leandro y Luis Alberto Romero, *Sectores populares. Cultura y Política. Buenos Aires en la entreguerra*, Buenos Aires, Sudamericana, 1995.
- Hájek, Milos,
- , *Historia de la Tercera Internacional. La política de frente único (1921-1935)*, Barcelona, Crítica, 1984.
- Halperin Donghi, Tulio, *La Argentina y la tormenta del mundo. Ideas e ideologías entre 1930 y 1945*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004.
- Hamburg, G. M., “Russian intelligentsias”, in William Leatherbarrow and Derec Oxford (eds.): *A History of Russian Thought*, Cambridge, Cambridge University Press, 2010.
- Harmel, Robert and Alexander C. Tan, “Party actors and party change: Does factional dominance matter?”, in *European Journal of Political Research*, vol. 42, N° 3, 2003.
- Hary, Helene, *La Russie en Argentine*, Tesis de Maestría, inédita, Université de Rennes, 2006.
- Haupt, Georges, “Lenin, los Bolcheviques y la Segunda Internacional (1905-1914)”, en Román Rosdolsky et al.: *Guerra y revolución*, Puebla, Universidad Autónoma de Puebla, 1984.
- Hermida Revillas, Carlos, “Cuestiones sobre Stalin”, en *Revista Historia y Comunicación Social*, vol. 10, 2005.

- Hernández Arregui, José, *La formación de la conciencia nacional. 1930-1960*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1973.
- Hernández, Jesús, *Yo fui un ministro de Stalin*, México, América, 1953.
- Hernández Valle, Rubén, “La democracia interna de los partidos políticos”, en *Revista de Derecho Político*, N° 53, 2002.
- Hobsbawm, Eric, et al., *Historia del marxismo*, Barcelona, Bruguera, 1979.
- , *Historia del Siglo XX*, Buenos Aires, Crítica, 2003.
- , “En la era del antifascismo, 1929-1945”, en *Cómo cambiar el mundo. Marx y el marxismo 1840-2011*, Crítica, Barcelona, 2011.
- Holter, Howard R., “The Legacy of Lunacharsky and Artistic Freedom in the USSR”, in *Slavic Review*, vol. 29, no. 2, June 1970.
- Horowicz, Alejandro, “Influencia liberal en el análisis histórico del Partido Comunista Argentino. Los casos de Puiggrós, Giudici y Agosti”, en *Revista Sociedad*, N° 28, 2010.
- Horowitz, Joel, “Ideologías sindicales y políticas estatales en la Argentina, 1930-1943”, en *Desarrollo Económico*, vol. 24, N° 94, julio-septiembre de 1984.
- , “El movimiento obrero”, en Alejandro Cattaruzza (dir.): *Crisis económica, avance del estado e incertidumbre política (1930-1943)*, t. 7, Buenos Aires, Sudamericana, 2001.
- , *Los sindicatos, el Estado y el surgimiento de Perón, 1930-1946*, Buenos Aires, Eduntref, 2004.
- Howson, Gerald, *Armas para España*, Barcelona, Península, 2000.
- Ibarra, Hernán, *El pensamiento de la izquierda comunista (1928-1961)*, Quito, Ministerio de Coordinación de la Política y Gobiernos Autónomos Descentralizados, 2013.
- Ibárruri, Dolores, *El único camino*, París, Editions Sociales, 1964.
- Iñigo Carrera, Nicolás, “La huelga general política de 1932: descripción de los inicios de un ciclo en la historia de la clase obrera argentina”, en *Programa de Investigación sobre el Movimiento de la Sociedad Argentina (PIMSA)*, Documentos y Comunicaciones, año V, N° 5, 2002.
- Iscaro, Rubens, *Origen y desarrollo del movimiento sindical argentino*, Buenos Aires, Anteo, 1958.
- , *Historia del Movimiento Sindical*, 4 vols., Buenos Aires, Ciencias del Hombre, 1973.
- Jackson, Gabriel, *La República Española y la Guerra Civil*, Barcelona, Crítica, 1999.

- , *Juan Negrín. Médico, socialista y jefe del Gobierno de la II República española*, Barcelona, Crítica, 2008.
- James, Daniel, *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990.
- Janda, Kenneth, “Comparative Political Parties: Research and Theory”, in Ada W. Finifter (ed.): *Political Science: The State of the Discipline II*, Washington, D.C., American Political Science Association, 1993.
- Jeifets, Lazar, *Latinskaia Amerika v Orbite Kominterny (Opyt biograficheskogo slovaria)*, Moskva, Institut Latinskoi Ameriki, 2000.
- , *Misia Vil’iamsa i rozhdenie «penelonizma»*, Sankt Peterburg, Nauka, 2005.
- Jeifets, Víctor, “La derrota de los «Lenins argentinos»: La Internacional Comunista, el Partido Comunista y el movimiento obrero de Argentina, 1919-1922”, en *Pacarina del Sur. Revista de pensamiento crítico latinoamericano*, N° 6, enero-marzo 2011.
- Jeifets, Víctor y Lazar Jeifets, “Pora otkazat’sia ot tendentsioznosti i naivnosti”, *Latinskaia Amerika*, N° 4, 1995.
- , “El Partido Comunista Colombiano, desde su fundación y orientación hacia la «transformación bolchevique». Varios episodios de la historia de relaciones entre Moscú y el comunismo colombiano”, en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, N° 28, 2001.
- , “Los archivos rusos revelan secretos: El movimiento de la izquierda latinoamericana a la luz de los documentos de la Internacional Comunista”, en *Anuario Americanista Europeo*, N° 8, 2010.
- , “Comunismo en Cuba y México. Parte II”, en *Memoria. Revista de política y cultura*, N° 240, marzo 2010.
- , “Los orígenes del Partido Comunista del Ecuador y la Tercera Internacional”, en *Revista Izquierdas*, año 3, N° 6, 2010.
- Jeifets, Lazar, Víctor Jeifets y Peter Huber, *La Internacional Comunista y América Latina, 1919-1943. Diccionario biográfico*, Instituto de Latinoamérica de la Academia de Ciencias e Institut pour l’histoire du communisme, Moscú/Ginebra, 2004.
- Juárez, Joe Robert, “Argentine neutrality, mediation, and asylum during the Spanish civil war”, in *The Americas*, vol. XIX, N° 4, 1963.
- Kagarlistky, Boris, *Los intelectuales y el estado soviético. De 1917 al presente*, Buenos Aires, Prometeo, 2006.

- Kahan, Vilém (ed.), *Bibliography of the Communist International (1919-1979)*, Leiden-New York-København-Köln, E. J. Brill, 1990.
- Kazalov, V. P., “Komintern, kompartii i rabochee dvizhenie v Argentine”, *Latinskaia Amerika*, N° 11, 1996.
- Kennedy Grimsted, Patricia, “Increasing reference access to post-1991 Russian archives”, *Slavic Review*, vol. 56, N° 4, Winter, 1997.
- Kenez, Peter, “The Cultural Revolution in Cinema”, in *Slavic Review*, Vol. 47, N° 3, Autumn, 1988.
- , “Socialist realism, 1933-1941”, *Cinema and Soviet Society, 1917-1953*, New York, Cambridge University Press, 1992.
- Kersffeld, Daniel, “Del esoterismo al *marketing*: aproximaciones a los archivos de la Comintern”, en *Iconos. Revista de Ciencias Sociales*, N° 41, Quito, septiembre de 2011.
- , *Rusos y rojos. Judíos comunistas en tiempos de la Comintern*, Buenos Aires, Capital Intelectual, 2012.
- , “«Chispismo» y comunismo: crónica de una disidencia en la izquierda argentina de los años ‘20’”, en *Revista Estudios*, vol. 26, N° 1, 2013.
- Kriegel, Annie, *Las internacionales obreras*, Barcelona, Martínez Roca, 1968.
- , *Los grandes procesos en los sistemas comunistas: la pedagogía infernal*, Madrid, Alianza, 1973.
- Kohan, Néstor, “Herejes y ortodoxos. E. Giudici y las diversas tradiciones culturales del comunismo argentino”, en *Periferias*, nros. 2 y 3, 1997.
- , *Marx en su (tercer) mundo. Hacia un socialismo no colonizado*, Buenos Aires, Biblos, 1998.
- Kohen, Alberto, “Lenin y la cuestión agraria”, en AAVV: *Vigencia del leninismo hoy y en la Argentina*, Buenos Aires, Anteo, 1970.
- Kolakowski, Leszek, *Las principales corrientes del marxismo. Tomo III. La crisis*, Madrid, Alianza, 1985
- Köllner, Patrick and Matthias Basedau, “Factionalism in Political Parties: An Analytical Framework for Comparative Studies”, in Working Papers. Global and Area Studies, N° 12, December 2005.
- Kowalsky, Daniel, *La Unión Soviética y la Guerra Civil Española. Una revisión crítica*, Barcelona, Crítica, 2004.
- Kozlov, Nicholas N. and Eric D. Weitz, “Reflections on the Origins of the ‘Third Period’: Bukharin, the Comintern, and the Political Economy of Weimar Germany”, in *Journal of Contemporary History*, vol. 24, N° 3, July, 1989.

- Kozul, Pedro Rodolfo, “La postura política del Partido Comunista Argentino entre los años 1976-1983. ¿Rumbo a una política errante o errante en una política sin rumbo?”, en *Revista Izquierdas*, N° 16, agosto 2013.
- Kriegel, Annie, *Los grandes procesos en los sistemas comunistas*, Madrid, Alianza, 1973.
- Laera, Alejandra, “Cronistas, novelistas: la prensa periódica como espacio de profesionalización en la Argentina (1880-1910)”, en Carlos Altamirano (dir.): *Historia de los intelectuales en América Latina. I. La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*, Buenos Aires, Katz, 2008.
- Laureau, M. Patrick, “L’aviation soviétique en Espagne en 1936: L’échelon précurseur”, in *Mélanges de la Casa de Velázquez*, t. 21, 1985.
- Leibner, Gerardo, *Camaradas y compañeros. Una historia social y política de los comunistas del Uruguay*, tomo II, Montevideo, Trilce, 2011.
- Leibner, Gerardo y James N. Green, “New Views on the History of Latin American Communism”, in *Latin American Perspectives*, vol. 35, N° 2, March, 2008.
- Levesque, Jacques, “Modèles de conflits entre l’URSS et les autres états socialistes”, *Canadian Journal of Political Science/Revue canadienne de science politique*, vol. 7, N° 1, March, 1974.
- Levitsky, Steven, *La transformación del justicialismo. Del partido sindical al partido clientelista, 1983-1999*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005.
- Licitra, Ducezio Alejandro, *La política del gobierno de Burgos en Argentina y Uruguay durante la Guerra Civil Española*, Tesis de Licenciatura, Departamento de Historia de América, Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense de Madrid, 1986.
- Llarch, Joan, *Negrín: ¡Resistir es vencer!*, Barcelona, Planeta, 1985.
- Lobato, Mirta, “Rojos: algunas reflexiones sobre las relaciones entre los comunistas y el mundo del trabajo en la década de 1930”, en *Prismas: revista de historia intelectual*, vol. 6, N° 6, 2002.
- Longo, Luigi, *Las Brigadas Internacionales en España*, México, Era, 1966.
- Longoni, Ana y Daniela Lucena, “De cómo el jubilo creador se trastocó en desfachatez. El pasaje de Maldonado y los concretos por el Partido Comunista. 1945-1948”, en *Políticas de la Memoria*, N° 4, verano 2003-2004.

- López Cantera, Mercedes, “Una aproximación a los primeros análisis de la dependencia argentina y latinoamericana”, en *Ariadna Tucma Revista Latinoamericana*, N° 7, vol. 1, Marzo 2012-Febrero 213.
- Löwy, Michael, *El marxismo en América Latina*, México, Ediciones Era, 1982.
- Lucena, Daniela, “Arte y militancia: encuentros (y desencuentros) entre los artistas y el Partido Comunista Argentino”, en *Ramona. Revista de artes visuales*, N° 74, septiembre de 2007.
- , “Por el hambre en Rusia. Una ofrenda de los artistas argentinos al pueblo de los soviets”, en *Sociedad*, Buenos Aires, 2007.
- , “Arte y comunismo argentino: debates estéticos y políticos en la década del ‘30”, en *V Jornadas de Jóvenes Investigadores*, Facultad de Ciencias Sociales (UBA), Instituto Gino Germani, 2009.
- Lukács, György, *Revolución socialista y antiparlamentarismo*, Córdoba, Cuadernos de Pasado y Presente, N° 41, 1973.
- , “Prólogo, en *Historia y conciencia de clase*, Madrid, Sarpe, 1985.
- Luna, Félix, *El 45*, Buenos Aires, Sudamericana, 1971.
- Luzzi, Mariana, “De la revisión de la táctica al Frente Popular. El socialismo argentino a través de *Claridad*, 1930-1936”, en *Prismas. Revista de historia intelectual*, N° 6, Universidad Nacional de Quilmes, 2002.
- Lvovich, Daniel y Marcelo Fonticelli, “Clase contra clase. Política e historia en el Partido Comunista argentino (1928-1935)”, en *Desmemorias*, año VI, N° 23/24, 1999.
- Macor, Darío, “Partidos, coaliciones y sistema de poder”, Alejandro Cattaruzza (dir.): *Nueva Historia Argentina. Crisis económica, avance del Estado e incertidumbre política (1930-1943)*, tomo VII, Buenos Aires, Sudamericana, 2001.
- Malia, Martin, “¿Qué es la intelligentsia rusa?”, en Juan Marsal (comp.): *Los intelectuales políticos*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1971.
- Marín, Jaime, *Misión secreta en Brasil. El argentino Rodolfo Ghioldi en la insurrección nacional-libertadora de 1935 liderada por Luis Carlos Prestes*, Buenos Aires, Dialéctica, 1988.
- Marotta, Sebastián, *El movimiento sindical argentino. Su génesis y desarrollo. Tomo III. Período: 1920-1935*, Buenos Aires, Calomino, 1970.
- Martínez, Margarita A. C., *A diestra y siniestra: un análisis de los símbolos políticos del partido comunista argentino y la derecha nacionalista 1920-1950*, Tesis de

- Licenciatura en Ciencias de la Comunicación Social, inédita, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, 1999.
- Massardo, Jaime, *La formación del imaginario político de Luis Emilio Recabarren*, Santiago, LOM, 2008.
- Mateos, Abdón, “La división de los socialistas”, en *La guerra civil*, vol. 15, Historia 16, 1986.
- Matsushita, Hiroshi, *Movimiento obrero argentino 1930/1945. Sus proyecciones en los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Siglo Veinte, 1983.
- Mayochi, Enrique, “La Guerra Civil Española”, *La Nación*, N° 888, Buenos Aires, julio de 1986.
- McClelland, James C., “Utopianism versus Revolutionary Heroism in Bolshevik Policy: The Proletarian Culture Debate”, in *Slavic Review*, Vol. 39, No. 3, September 1980.
- McGee Deutsch, Sandra, *Contrarrevolución en la Argentina, 1900-1932. La Liga Patriótica Argentina*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 2003.
- , *Las derechas. La extrema derecha en la Argentina, Brasil y Chile, 1890-1939*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 2005.
- McKenzie, Kermit E., *Comintern and World Revolution, 1928-1933*, Columbia University Press, New York, 1964.
- Meschkat, Klaus, “Helpful Intervention? The Impact of the Comintern on Early Colombian Communism”, in *Latin American Perspectives*, vol. 35, N° 2, March, 2008.
- Mezhúiev, V., *La cultura y la historia*, Moscú, Progreso, 1980.
- Mirelles, Ricardo, *Juan Negrín: la República en guerra*, Madrid, Temas de Hoy, 2003.
- Mirelles, Ricardo e Irene Sen (ed.), *Juan Negrín. Médico y jefe de gobierno, 1892-1956*, Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 2006.
- Moa, Pío, *Los orígenes de la guerra civil española*, Madrid, Ediciones Encuentro, 1999.
- Mochkofsky, Graciela, *Tío Boris. Un héroe olvidado de la Guerra Civil Española*, Buenos Aires, Sudamericana, 2006.
- , “Guerra Civil española: los argentinos que fueron a pelear contra Franco”, *Clarín*, 4/6/2006.
- Montenegro, Silvina, *La guerra civil española y la política argentina*, Departamento de Historia de América I, Facultad de Geografía e Historia, Universidad Complutense de Madrid, Tesis Doctoral, 2002.

- Montero, José Ramón y Richard Gunther, “Los estudios sobre los partidos políticos: una revisión crítica”, en *Revista de Estudios Políticos* (Nueva Época), N° 118, octubre-diciembre de 2002.
- Moore, Christopher, “Socialist Realism and the Music of the French Popular Front”, in *The Journal of Musicology*, vol. 25, N° 4, Fall 2008.
- Moradiellos, Enrique, “El enigma del Doctor Juan Negrín: perfil político de un gobernante socialista”, en *Revista de Estudios Políticos* (Nueva Época), N° 109, Julio-Septiembre 2000.
- , *El reñidero de Europa. Las dimensiones internacionales de la Guerra Civil española*, Barcelona, Península, 2001.
- , *1936. Los mitos de la Guerra Civil*, Barcelona, Península, 2004.
- , *Negrín. Una biografía de la figura más difamada de la España del siglo XX*, Barcelona, Península, 2006.
- Moral Roncal, Antonio Manuel, “El asilo diplomático: un condicionante de las relaciones internacionales de la República durante la Guerra Civil”, en *Congreso Internacional La Guerra Civil Española 1936-1939*, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 2007.
- Murmis, Miguel y Juan Carlos Portantiero, *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1971.
- Myers, Jorge, “Rodolfo Puiggrós, historiador marxista-leninista: el momento de Argumentos”, en *Prismas: revista de historia intelectual*, vol. 6, N° 6, 2002.
- Nash, Mary, *Rojas. Las mujeres republicanas en la guerra civil*, Madrid, Taurus, 1999.
- Nenni, Pietro, *La guerra de España*, México, Era, 1967.
- Nollau, Günther, *International communism and World revolution. History and methods*, London, Hollis & Carter, 1961.
- Nove, Alec, *Historia económica de la Unión Soviética*, Madrid, Alianza, 1991.
- Olaya Morales, Francisco, *El expolio de la República: de Negrín al Partido Socialista, con escala en Moscú. El robo del oro español y los bienes particulares*, Barcelona, Belacqua, 2004.
- Oñate, Pablo, “Los partidos políticos”, en Rafael del Aguila (ed.): *Manual de ciencia política*, Madrid, Trotta, 2005.
- Pagès i Blanch, Pelai, “El asesinato de Andreu Nin, más datos para la polémica”, en *Ebre 38: revista Internacional de la Guerra Civil (1936-1939)*, N° 4, Barcelona, Universitat de Barcelona, 2010.

- Paso, Leonardo, *Historia de los partidos políticos en la Argentina (1900-1930)*, Buenos Aires, Ediciones Directa, 1983.
- Pasolini, Ricardo, “Intelectuales antifascistas y comunismo durante la década de 1930. Un recorrido posible: entre Buenos Aires y Tandil”, en *Estudios Sociales. Revista Universitaria Semestral*, Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral, 2004.
- , *Los marxistas liberales. Antifascismo y cultura comunista en la Argentina del siglo XX*, Buenos Aires, Sudamericana, 2013.
- Pasternac, Nora, *Sur: una revista en la tormenta. Los años de formación: 1931-1944*, Buenos Aires, Paradiso, 2002.
- Payne, Stanley, *Unión Soviética, comunismo y revolución en España (1931-1939)*, Barcelona, Plaza & Janés, 2003.
- Pennetier, Claude and Bernard Pudal, “Communist Prosopography in France: Research in Progress based on French Institutional Communist Autobiographies”, in Kevin Morgan, Gidon Cohen and Andrew Flinn (eds.): *Agents of the Revolution. New Biographical Approaches to the History of International Communism in the Age of Lenin and Stalin*, Bern, Peter Lang, 2005.
- Pereira, Enrique, “La guerra civil española en la Argentina”, en *Todo es Historia*, Buenos Aires, año X, N° 110, julio de 1976.
- Perosa, Hugo, *Las relaciones argentino-soviéticas contemporáneas*, tomo 1, Buenos Aires, CEAL, 1989.
- Piemonte, Víctor Augusto, “Cuestión nacional y desarrollo económico en tiempos de la Gran Guerra: el Partido Socialista de Argentina en su relación con el librecomercio”, en *Políticas de la Memoria*, N° 10/11/12, Verano 2011/2012.
- Pirani, Simon, *The Russian Revolution in Retreat, 1920-24. Soviet workers and the new communist elite*, London and New York, Routledge, 2008.
- Pittaluga, Roberto, “Los significados del comunismo o la lucha por el nombre”, en *Taller. Revista de Sociedad, Cultura y Política*, vol. 6, N° 17, Buenos Aires, diciembre de 2001.
- , “La revolución rusa: algunas recepciones en la Argentina”, en Ezequiel Adamovsky, Martín Baña y Pablo Fontana (Comps.): *Octubre Rojo. Noventa años después*, Buenos Aires, Libros del Rojas, 2009.
- Pizarroso, Alejandro, “Los medios de comunicación (1876-1939)”, en A. Bahamonde (coord.): *Historia de España. Siglo XX. 1875-1939*, Madrid, Cátedra, 2005.

- Plá, Alberto, “Orígenes del Partido Socialista Argentino, 1986-1918”, en *Cuadernos del Sur*, 4, 1986.
- , “El PCA (1918-1928) y la Internacional Comunista”, en *Anuario*, N° 12, Rosario, Universidad Nacional de Rosario, 1986-1987.
- Poppino, Rollie E., *International Communism in Latin America*, New York, Free Press of Glencoe, 1964.
- Prado Acosta, Laura, “Concepciones culturales en pugna. Repercusiones del inicio de la Guerra Fría, el zhdhanovismo y el peronismo en el Partido Comunista argentino”, *Nuevo Mundo. Nuevos Mundos*, Paris, 2013.
- Preston, Paul, “Les matances de Paracuellos”, *Ebre 38: revista internacional de la Guerra Civil, 1936-1939*, N° 5, Barcelona, Universitat de Barcelona, 2010.
- Priestland, David, *Bandera roja. Historia política y cultural del comunismo*, Barcelona, Crítica, 2010.
- Prieto, Indalecio, *Entresijos de la guerra de España (Intrigas nazis, fascistas y comunistas)*, Buenos Aires, Bases, 1954.
- Procacci, Giuliano, “Las posiciones en litigio”, en AAVV: *El socialismo en un solo país*, Córdoba, Cuadernos de Pasado y Presente, N° 36, 1972.
- Puiggrós, Rodolfo, *Historia crítica de los partidos políticos argentinos III. Las izquierdas y el problema nacional*, Buenos Aires, Galerna, 2006.
- Puigsech Farràs, Josep, “La encrucijada del comunismo español durante la guerra civil: el PCE y las contradicciones del la creación del partido único del proletariado”, en *Studia Histórica. Historia Contemporánea*, N° 24 Salamanca, Universidad de Salamanca, 2006.
- Puigsech Farràs, Josep, “El peso de la hoz y el martillo: la Internacional Comunista y el PCE frente al PSCU, 1936-1943”, en *Hispania. Revista Española de Historia*, vol. LXIX, N° 232, mayo-agosto de 2009.
- , “Entre el ejército del Comintern y la solidaridad antifascista: la trayectoria de Giuseppe di Vittorio en el debate sobre la naturaleza de las Brigadas Internacionales”, en *Studia Historica. Historia Contemporánea*, N° 28, Salamanca, 2010.
- Quijada, Mónica, “Los españoles de la Argentina ante la guerra civil española: las instituciones de la comunidad”, en A. Boix et. al.: *Inmigración, integración e imagen de los latinoamericanos en España. (1938-1987). Apuntes introductorias*, Madrid, Cuadernos sobre Cultura Iberoamericana, 1988.

- , *Relaciones hispano-argentinas, 1936-1948. Coyuntura de Crisis*, Tesis Doctoral, Universidad Complutense, Madrid, 1989.
- , *Aires de República, aires de Cruzada: la Guerra Civil Española en Argentina*, Barcelona, Sendai, 1991.
- Quijada, Mónica y Jean Grugel, “Chile, Spain and Latin America: The Right of Asylum at the Onset of the Second World War”, in *Journal of Latin American Studies*, Vol. 12, part 2, May 1990.
- Quijada, Mónica, Nuria Tabanera y Manuel Azcona, “Actitudes ante la guerra civil española en las sociedades receptoras”, en AAVV: *Historia general de la emigración española a Iberoamérica*, vol. 1, Madrid, Historia 16, 1992.
- Quijano, Aníbal, “Prólogo. José Carlos Mariátegui: reencuentro y debate”, en J. C. Mariátegui, *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 2007.
- Radosh, Ronald, Mary R. Habeck y Grigory Sevostianov, *España traicionada. Stalin y la guerra civil*, Barcelona, Planeta, 2002.
- Rakosi, Mathias, “Noticia histórica”, en AAVV: *Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista. Primera parte*, Córdoba, Cuadernos de Pasado y Presente, N° 43, 1973.
- Ramos, Jorge Abelardo, *El partido comunista en la política argentina. Su historia y su crítica*, Buenos Aires, Coyoacán, 1962.
- , *Historia del Stalinismo en la Argentina*, Buenos Aires, Rancagua, 1974.
- , *Breve Historia de las Izquierdas en la Argentina*, 2 vols., Buenos Aires, Claridad, 1990.
- Rapoport, Mario, “Las relaciones argentino-soviéticas. Comercio y política entre la Argentina y la URSS”, en *Todo es Historia*, nros. 207 y 208, Buenos Aires, 1984.
- , “Argentina and the Soviet Union: History of Political and Commercial Relations (1917-1955)”, in *The Hispanic American Historical Review*, vol. 66, N° 2, May, 1986.
- , *Política y diplomacia en la Argentina. Las relaciones con EEUU y la URSS*, Buenos Aires, Tesis; 1987.
- , *Los partidos de izquierda, el movimiento obrero y la política internacional (1930-1946)*, Buenos Aires, CEAL, 1988.

- , “Argentina y la Segunda Guerra Mundial: mitos y realidades”, en *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, vol 6, N° 1, enero-junio 1995.
- Rapoport y Claudio Spieguel, “La Tercera Internacional y América del Sur. Notas introductorias para su estudio”, ponencia presentada en las *Jornadas sobre los trabajadores en la historia del siglo XX*, Buenos Aires, Fundación Simón Rodríguez, julio 1991.
- Ratzer, José, *El movimiento socialista en Argentina*, Buenos Aires, Agora, 1981.
- Ravines, Eudocio, *La gran estafa: la penetración del Kremlin en Iberoamérica*, Santiago, Francisco Aguirre, 1952.
- Real, Juan José, *Treinta años de historia argentina*, Buenos Aires-Montevideo, Ediciones Actualidad, 1962.
- Rees, Tim, “The ‘Good Bolsheviks’: The Spanish Communist Party and the Third Period”, in Mathew Worley (ed.): *In Search of Revolution: International Communist Parties in the Third Period*, London-New York, I. B. Tauris, 2004.
- Rein, Raanan, “Otro escenario de lucha: franquistas y antifranquistas en la Argentina, 1936-1949”, en *Ciclos en la historia, la economía y la sociedad*, Buenos Aires, año V, vol. V, N° 9, 2° semestre, 1995.
- , “Francoist Spain and Latin America, 1936-1953”, en Stein Ugelvik Larsen (ed.), *Fascism outside Europe. The European impulse against domestic conditions in the diffusion of global fascism*, New York, Columbia University Press, 2001.
- Requena Gallego, Manuel, “Las Brigadas Internacionales: una aproximación historiográfica”, *Ayer*, N° 56, 2004.
- Requeni, Antonio, *Cronicón de las peñas de Buenos Aires*, Buenos Aires, Corregidor, 1986.
- Richards, Edward B., “The Shaping of the Comintern”, *American Slavic and East European Review*, vol. 18, N° 2, April, 1959.
- Risler, Julia y Daniela Lucena, “Arte y Cultura en los años ’20: discusiones en torno al Partido Comunista”, ponencia presentada en *X Jornadas Interescuelas/ Departamentos de Historia*, Rosario, 29-30 de septiembre, 2005.
- Roberts, Geoffrey, “The Soviet Decision for a Pact with Nazi Germany”, in *Soviet Studies*, vol. 44, N° 1, 1992.

- Rodinevitch, Nicolás y Eduardo Comín Colomer, *La Internacional Comunista o Komintern y sus Organizaciones Auxiliares*, Madrid, Ediciones Españolas, 1941.
- Rodríguez Velasco, Hernán, “La historia militar y la guerra civil española: una aproximación crítica a sus fuentes”, en *Studia Historica. Historia Contemporánea*, N° 24, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2006.
- Rojas Blaquier, Angelina, “La contribución internacionalista del pueblo cubano a la lucha antifascista. A propósito del 65 aniversario de la lucha sobre el fascismo”, *Calibán. Revista Cubana de Pensamiento e Historia*, VIII, julio-agosto-septiembre de 2010.
- Romero, Luis Alberto, “La Guerra Civil Española y la polarización ideológica y política: la Argentina 1936-1946”, en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, vol. 38, N° 2, julio-diciembre 2011.
- Rosdolsky, Román, “La política oportunista de la Segunda Internacional y la política de paz de los bolcheviques antes de la Revolución de Octubre”, en Román Rosdolsky et al.: *Guerra y revolución*, Puebla, Universidad Autónoma de Puebla, 1984.
- Rubinzal, Mariela Alejandra, “¡A ganar las calles! Movilizaciones nacionalistas en el período de entreguerras”, en Mirta Zaida Lobato (ed.): *Buenos Aires. Manifestaciones, fiestas y rituales en el siglo XX*, Buenos Aires, Biblos, 2011.
- Rybalkin, Yuri, *Stalin y España. La ayuda militar soviética a la República*, Madrid, Marcial Pons, 2007.
- Saborido, Jorge “Una avanzada franquista en la Argentina: la revista *Por Ellos* (1937)”, en *Anuario*, N° 7, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Nacional de La Pampa, 2006.
- Saítta, Sylvia, “Entre la cultura y la política: Los escritores de izquierda”, en Cattaruzza, Alejandro (dir.), *Nueva Historia Argentina. Tomo 7. Crisis económica, avance del Estado e incertidumbre política (1930-1943)*, Buenos Aires, Sudamericana, 2001.
- , “Polémicas ideológicas, debates literarios en *Contra. La revista de los franco-tiradores*”, Estudio Preliminar a *Contra. La revista de los franco-tiradores*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 2005.
- Saivetz, Carol R. and Sylvia Woodby, *Soviet-Third World Relations*, Westview Press, Boulder, 1985.
- Sanguinetti, Horacio, “Política y Estado”, en *Todo es Historia*, N° 108, mayo de 1976.
- Sarlo, Beatriz (comp.), “Prólogo”, en *Revista Martín Fierro (1924-1927). Antología*, Buenos Aires, Carlos Pérez Editor, 1969.

- , “Intelectuales y revistas: razones de una práctica”, en *América. Cahiers du CRICCAL*, nros. 8-10: Le discours culturel Dans le revue latinoamericaines de 1940 à 1970, Paris, Presses de la Sorbonne Nouvelle-Paris III, 1992.
- , “Vanguardia y criollismo: la aventura de Martín Fierro”, en Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo: *Ensayos Argentinos. De Sarmiento a la Vanguardia*, Buenos Aires, Ariel, 1997.
- , *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2003.
- Sartori, Giovanni, *Partidos y sistemas de partidos*, Madrid, Alianza, 1992.
- Sassoon, Daniel, *Cien años de Socialismo*, Buenos Aires, Edhasa, 2001.
- Schenkolewski-Kroll, Silvia, “El Partido Comunista en la Argentina ante Moscú: deberes y realidades, 1930 – 1941”, en *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, vol 10, N° 2, julio-diciembre, 1999.
- Schlesinger, Rudolf, *La Internacional Comunista y el problema colonial*, Buenos Aires, Cuadernos de Pasado y Presente, N° 52, 1974.
- Schneider, Luis Mario, *II Congreso Internacional de Escritores Antifascistas (1937). Volumen I. Inteligencia y Guerra Civil Española*, Barcelona, Laia B, 1978.
- Schulman, José E., “Algunos de los debates comunistas ante el surgimiento del peronismo y las elecciones de 1946”, *Periferias*, año 6, N° 9.
- Senkman, Leonardo, “La Argentina neutral de 1940 ante los refugiados españoles y judíos”, en *Ciclos*, ano V, vol. V, N° 9, 2° semestre, 1995.
- , “El nacionalismo y el campo liberal argentinos ante el neutralismo: 1939-1943”, en *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, vol 6, N° 1, enero-junio 1995.
- Service, Robert, *Historia de Rusia en el siglo XX*, Barcelona, Crítica, 2000.
- , *Camaradas. Breve historia del comunismo*, Barcelona, Ediciones B, 2009.
- Shevardnadze, Edvard, *El futuro pertenece a la libertad*, Barcelona, Ediciones B, 1991.
- Shubin, Aleksandr V., “Spain’s Decisive Moment”, *The International Newsletter of Communist Studies*, XVII, N° 24, 2011.
- Sigwald Carioli, Susana B., *El proletariado judío. Desde la Semana Roja al Centenario*, Buenos Aires, Editora del Archivo, 1991.
- Silveyra, Carlos M., *El comunismo en la Argentina*, Buenos Aires, Patria, 1936.

- Skoutelsky, Rémi, “Las Brigadas Internacionales: algunas definiciones”, *Congreso Internacional La Guerra Civil Española 1936-1939*, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, Madrid, 2006.
- Soler, Manuel Aznar y Luis Mario Schenider (eds.), *II Congreso Internacional de Escritores Antifascistas (1937). Volumen III. Ponencias, documentos y testimonios*, Barcelona, Laia B, 1979.
- Soviético, Anónimo [Andrei Siniavsky], *¿Qué es el Realismo Socialista?*, Buenos Aires, Sur, 1960.
- Spenser, Daniela, “Las vicisitudes de la Internacional Comunista”, en *Desacatos*, México D.F., Centro de investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, otoño, N° 7, 2001.
- Spilimbergo, Jorge Enea, *El socialismo en la Argentina. Del socialismo cipayo a la izquierda nacional*, Buenos Aires, Mar Dulce, 1969.
- Spriano, Paolo, *Storia del Partito comunista italiano. I fronti popolari, Stalin, la guerra*, Torino, Einaudi, 1975.
- Stern, Ludmila, *Western Intellectuals and the Soviet Union, 1920-40. From Red Square to the Left Bank*, London and New York, Routledge, 2007.
- Suárez Guerrini, Florencia, “De la torre de marfil al foro. Revistas culturales y guerra europea en la escena intelectual porteña”, Comunicación presentada en las *Cuartas Jornadas Archivo y Memoria. La memoria de los conflictos: legados documentales para la Historia*. Madrid, 19-20 de febrero de 2009.
- Svarch, Ariel, *El comunista sobre el tejado. Historia de la militancia comunista en la calle judía (Buenos Aires, 1920-1950)*, Tesis de Licenciatura, inédita, Universidad Torcuato Di Tella, Departamento de Historia, 2005.
- Talbot, Ann, “La España Republicana y la Unión Soviética: política e intervención extranjera en la Guerra Civil Española, 1936-39”, en *Congreso Internacional La Guerra Civil Española 1936-1939*, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, Madrid, 2006.
- Tarcus, Horacio, “Los «rojos» para Yrigoyen y Perón”, *Clarín*, 31/8/1997.
- , “La secta política. Ensayo acerca de la pervivencia de lo sagrado en la modernidad”, en *El Rodaballo*, año V, N° 9, verano, 1998/1999.
- (dir.), *Diccionario biográfico de la izquierda argentina. De los anarquistas a la “nueva izquierda” (1870-1976)*, Buenos Aires, Emecé, 2007.
- Thomas, Hugh, *La guerra civil española*, París, Ruedo Ibérico, 1962.

- Torre, Juan Carlos, *La vieja guardia sindical y Perón. Sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1990.
- Traverso, Enzo, *El totalitarismo. Historia de un debate*, Buenos Aires, Eudeba, 2001.
- Trifone, Víctor y Gustavo Svarzman, *La repercusión de la guerra civil española en la Argentina (1936-1939)*, Buenos Aires, CEAL, 1993.
- Tuñón de Lara, Manuel, “Cultura y culturas. Ideologías y actitudes mentales”, en *La guerra civil española 50 años después*, Barcelona, 1986.
- Tuñón de Lara, Manuel, Ricardo Miralles y Bonifacio N. Díaz Chico, *Juan Negrín López. El hombre necesario*, Las Palmas, Gobierno de Canarias, 1996.
- Ucelay-Da Cal, Enrique, *The shadow of a doubt, fascist and communist alternatives in Catalan separatism, 1919-1939*, WP N° 198, Barcelona, Universitat Autònoma de Barcelona, Institut de Ciències Polítiques i Socials, 2002.
- Ulianova, “Develando un mito: emisarios de la Internacional Comunista en Chile, en *Historia*, vol. 41, N° 1, Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago, enero-junio 2008.
- Ulianova, Olga y Alfredo Riquelme Segovia, *Chile en los archivos soviéticos 1922-1991: Komintern y Chile 1922-1931*, tomo I, Santiago de Chile, LOM, 2005
- , *Chile en los archivos soviéticos 1922-1991: Komintern y Chile 1931-1935*, tomo II, Santiago de Chile, LOM, 2009.
- Urcelay-Maragnès, Denise, “Los voluntarios cubanos en la guerra civil española (1936-1939): la leyenda roja”, en *Historia Social*, N° 63, 2009.
- Vacca, Giuseppe, “La lezione del fascismo”, en Palmiro Togliatti: *Sul fascismo*, Roma-Bari, Laterza, 2004.
- Varas, Augusto (comp.), *América Latina y la Unión Soviética. Una nueva relación*, Buenos Aires, FLACSO-RIAL, Grupo Editor Latinoamericano, 1987.
- , “La Unión Soviética en la política exterior de América Latina: los casos de Chile, Argentina, Brasil y Perú”, en *Documento de trabajo*, N° 158, FLACSO, Santiago, 1982.
- , “Ideal socialista y teoría marxista en Chile: Recabarren y el Comintern”, *Documento de Trabajo. Programa FLACSO*, Santiago de Chile, N° 153, julio de 1982.
- , *De la Komintern a la perestroika. América Latina y la URSS*, Santiago, FLACSO, 1991.
- Vargas, Otto, *El marxismo y la revolución argentina*, tomo I, Buenos Aires, Agora, 1987.

- , *El marxismo y la revolución argentina*, tomo II, Buenos Aires, Agora, 1999.
- Viñas, Ángel, “Los condicionantes internacionales”, en AAVV: *La guerra civil española 50 años después*, Barcelona, Labor, 1986.
- , “El impacto internacional del estallido de la guerra”, en *La guerra civil*, vol. 8, Historia 16, 1986.
- , “Negrín y 35 viejos militantes socialistas”, *El País*, Madrid, 8/7/2008.
- , *La soledad de la República: El abandono de las democracias y el viraje hacia la Unión Soviética*, Barcelona, Crítica, 2010.
- , *El escudo de la República: el oro de España, la apuesta soviética y los hechos de mayo de 1937*, Barcelona, Crítica, 2010.
- , *El honor de la República: entre el acoso fascista, la hostilidad británica y la política de Stalin*, Barcelona, Crítica, 2010.
- Viñas, Ángel y Fernando Hernández Sánchez, *El desplome de la República: La verdadera historia del final de la Guerra Civil*, Barcelona, Crítica, 2009.
- Weinmann, Ricardo, *Argentina en la Primera Guerra Mundial. Neutralidad, transición política y continuismo económico*, Buenos Aires, Biblos-Fundación Simón Rodríguez, 1994.
- Wellisz, Stanislaw, *La economía en el bloque soviético*, Madrid, Alianza, 1966.
- Wood, Alan, *Stalin and Stalinism*, London and New York, Routledge, 2005.
- Zaragoza Pelayo, Rafael, “Las causas de la guerra civil española desde la perspectiva actual: aproximación a los diversos enfoques históricos”, en *Historia Actual Online*, Cádiz, Universidad de Cádiz, N° 14, Otoño 2007.